

de
Gustavo
el férreo



Hans
Fallada



Lectulandia

Hans Fallada, el escritor que con mayor objetividad, pero con mayor crudeza y más intimidad, nos trazó el retrato de la sociedad alemana de la primera postguerra, obligado a permanecer en Alemania durante la época hitleriana, soslayó en todo momento, en sus últimos escritos, cualquier alusión a la ideología política nazi. Sin embargo, no pudo sustraerse a los imperiosos «diktats» que alcanzaban también el campo de las letras. Fruto de ese «dirigismo» literario es este *Gustavo el férreo*, en el que el autor realiza una verdadera filigrana para eludir la apología política.

El autor centra la acción de esta novela en el período 1918-1930, durante el cual Alemania —con su cohorte de cuatro millones de parados— luchaba tesoneramente por encontrar de nuevo su personalidad. Y esa agitación histórica nos la proyecta Hans Fallada alrededor de la figura de Gustavo Hackendahl, un cochero de punto berlinés, hijo del pueblo, en torno al cual gravita un mundo de sentimientos y pasiones magistralmente descrito.

Lectulandia

Hans Fallada

Gustavo el férreo

ePub r1.0

Ablewhite 23.04.16

Título original: *Der eiserne Gustav*
Hans Fallada, 1938
Traducción: Fernando Trías Beristain

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Todos los personajes de este libro, incluido Gustavo el Férreo, son ficticios. En lugar alguno se hace la menor alusión a personajes reales. El único material utilizado por el autor son hechos como los que se publican en cualquier periódico.

CAPÍTULO PRIMERO

LOS BUENOS TIEMPOS DE LA PAZ

1

Quizá se debiera a que en el establo, Rucio, el caballo favorito del viejo Hackendahl, hacía sonar sin descanso la cadena de sujeción con la argolla del pesebre y golpeaba incesantemente con la pezuña contra el empedrado de la cuadra, reclamando su pienso.

Mas quizá también se debiera a las primeras claridades del crepúsculo, que con su gris resplandor había disipado la claridad lunar, que el viejo Hackendahl se hubiera despertado mientras en Berlín alboreaba.

Pero tal vez no fuera su animal favorito ni el crepúsculo matutino lo que en aquel 29 de junio del año 1914 despertaba solo a las tres y veinte de la mañana a Hackendahl, sino algo muy distinto... Luchando aún con la somnolencia había gemido el viejo.

—¡Erich, Erich, no serías capaz de hacer esto!

Luego se había incorporado fijando la vista en la oscuridad de la alcoba sin ver todavía nada. Lentamente fue asomando en sus ojos el reconocimiento; sobre el alto adorno en forma de concha del lecho matrimonial, flanqueado por dos pomos a derecha e izquierda, podía ver directamente la pared en la que está colgado su espadón de los tiempos en que fue primer sargento de caballería en el regimiento de coraceros de Pasewalk, junto al yelmo y debajo de la fotografía que perpetúa el día en que lo licenciaron hace a la sazón veinte años.

Despierto ya, contempla en la penumbra el débil brillo de la hoja del espadón y la dorada águila del yelmo. Todos estos recuerdos le ocasionan hoy en día más dicha y más orgullo que la gran cochera que ha logrado instalar. La consideración de que disfrutaba en el regimiento le tiene más contento que el respeto que dispensan al triunfante hombre de negocios los vecinos de la Frankfurter Allee. Y pasando sin transición a pensar en su pesadilla, dice completamente despierto esta vez:

—No, Erich no haría jamás una cosa así. ¡Jamás! Con ademán decidido pone los pies en la alfombrilla situada al lado de la cama, que es una piel de guanaco.

2

—¿Te levantas ya, Gustavo? —pregunta desde la cama una voz, y se tiende hacia su sitio una mano—. ¡Si acaban de dar las tres!

—Así es, madre —contesta él—. Las tres y veinticinco.

—¿Y por qué, padre? El pienso no es hasta las cuatro...

Él queda casi perplejo.

—Es que tengo la sensación de como si en el establo pudiera haber algún animal enfermo...

Y mete prestamente la cabeza en la jofaina del lavabo para evitar el tener que dar más explicaciones. Pero su mujer espera pacientemente hasta que se ha secado, disponiéndose a arreglar el arremolinado bigote, con pomada, un peine y un cepillo, y dice entonces:

—¡Has estado fantaseando toda la noche acerca de Erich, padre...!

El hombre se detiene de pronto en su peinado. Debería dar una respuesta rápida, pero no se le ocurre y, por tanto, dice con indiferencia:

—Pues no sé...

—¿Qué te pasa con Erich? —pregunta la mujer insistentemente—. Ya me he dado cuenta de que os pasa algo a los dos.

—Eva estuvo ayer otra vez toda la tarde en el café Köller, y no me gusta. La gente dice que es un cafetucho indecente:

—Es joven y ha de divertirse un poco —contesta la madre—. La señorita Koller ha comprado un gramófono. Eva va porque le gusta mucho la música.

—¡Pues no me parece bien! —dice el antiguo primer sargento ferozmente—. Cuídate tú de que las chicas se porten bien y yo ya meteré en cintura a los chicos, Incluso a Erich.

—Es que... —empieza a decir la madre.

Mas ya Hackendahl se ha marchado. Ha dicho lo que quería, y en aquella casa priva su voluntad.

Suspirando, se deja caer la madre en el cojín. «¡Ay, Dios mío, qué hombre! Es rígido como una varilla y quisiera que los chicos vivieran como él. Tiene algún barrunto. Pero ya me cuidaré yo de que los chicos tengan su poco de diversión, tanto Eva como Erich. Erich en especial...».

Y se vuelve a dormir.

3

El padre queda un momento indeciso en el vestíbulo sombrío. Procedente del establo oye el ruido que el caballo produce relinchando, pateando y haciendo sonar la cadena, pero resiste a la tentación de ir a dar secretamente a su favorito un pienso extraordinario. En vez de ello abre precavidamente la puerta de la alcoba de las muchachas.

Ambas duermen tranquilamente. Están acostumbradas a que el padre haga su ronda mañana y noche tal como la hacía en el cuartel, en donde también revisaba los dormitorios por si todo seguía en orden. Cuando Hackendahl se despojó del uniforme y de ser militar, pasó a ser paisano, poniéndose al frente de la cochera que su suegro dejara al morir, no abandonó ninguna de sus costumbres militares. Tanto los cocheros, los caballos como los hijos, tuvieron que aprender a obedecer cual si fueran soldados sujetos a la ordenanza militar. En lo que atañía a los hijos, quedaron estos desposeídos de vida privada y de los íntimos secretos que tanto gustan a los niños. En los armarios y comidas cada cosa tenía que estar en su sitio, pues el padre era despiadado en todo cuanto significaba orden y limpieza. El padre. Esta palabra que pendía amenazadora sobre toda la familia Hackendahl. Significaba para ellos, mando dictamen y el más severo de los juicios.

«Gustavo el Férreo», así era como le llamaba todo el mundo en la Frankfurter Allee. Inflexible. Si bien era terco, rígido e intransigente, era también intachable y recto. Desviado de su rumbo ya bastante tarde para ir a parar a un ambiente burgués que le resultaba demasiado débil, trataba de inculcar en sus hijos los principios por los cuales había llegado, según su opinión al éxito: solicitud, sentimiento del deber, rectitud incondicional y sumisión a la voluntad de quien está más alto tanto se llame Dios, Kaiser o Ley.

Ambas muchachas duermen tranquilamente en sus camas, y el padre, ya dentro de la habitación las mira inquisitivamente. Sobre la silla que está al lado de Sofía, la mayor de ellas, que cuenta a la sazón veintiún años cuelga, cuidadosamente colocado, conservando los pliegues, el uniforme de enfermera, y en la mesilla de noche está la almidonada cofia con la cruz roja. El padre suspira pensando en la terquedad que ha puesto la hija en ser enfermera, valiéndose de su mayoría de edad. Su opinión era que aquella criatura pálida, anémica y un poco beata estaba mucho más indicada para ser profesora, pero Sofía tuvo que imponer su voluntad.

—Si te empeñas en no quererlo, padre —le había dicho a su manera, tranquila y un poco hipócrita—, lo tendré que hacer aún contra tu voluntad.

—Es que yo soy tu padre —había exclamado él, desconcertado por la falta de obediencia—. Todo cuanto hagas en contra de mi voluntad lo harás en contra del cuarto mandamiento.

—El pastor Rienäcker me ha dicho —había contestado ella con voz apagada—

que he sido llamada...

Y no se había avergonzado lo más mínimo de decirle a su padre una cosa tal. ¡Llamada por Dios! ¿Desde cuándo se habla de Dios todopoderoso como si se le conociera personalmente? Para hacer una cosa así se era demasiado poca cosa. El viejo Hackendahl creía en una ordenación de rangos en la tierra como si fuera algo especial: en lo más alto de todo estaba el buen Dios, y muy muy abajo venía él, en tanto que todo lo que entre los dos había, como eran los superiores, el Consejo Supremo o el Kaiser, tenía su sitio determinado más próximo a Dios que el de los Hackendahl.

—Yo solo quiero tu bien, Sofía —le había contestado—. Eres demasiado débil para esa profesión.

—Dios me dará fuerzas —había respondido ella. «Bien, bien, bien». Mecánicamente hace correr el padre las cintas de la cofia que hay en la mesilla de noche, un poco hacia la izquierda, para que formen así un ángulo recto con esta. Si bien sería tal vez bastante más necesario poner orden en la ropa de la segunda de las hijas, Eva, que cuenta a la sazón dieciocho años.

Eva yace sobre un costado con el rostro apoyado en uno de los brazos. Sus cabellos rubios y largos se esparcen en torno a su cabeza como una corona de espigas. Sofía ha trenzado sus cabellos para la noche, tal como debe hacerse formando dos recias trenzas. Eva suele exclamar: «¡Por lo menos quiero tener los cabellos sueltos de noche, ya que todo el día tengo que llevar este moño de vieja...!».

Es una desobediencia, pero el padre no ha sabido decirle que no. ¡Está tan bonita con aquel halo rubio en torno a los claros colores de su rostro! Su corazón siente una especie de alegría al verla yacer de aquel modo, tan llena de vida, convertida ya en una muchacha en flor. ¡Y aún es una niña!

Es aún una niña, indudablemente. ¡Si conocerá él a su Eva...!

Hackendahl frunce las cejas al pensar de nuevo en la Konditorei, aquel miserable cafetucho con su música gangosa que sale de una colosal trompa-embudo pintada de rosa y oro. Ciertamente que desde hace un tiempo frecuenta aquel lugar, pero es tan solo por la música, a causa de aquel aparato puesto de moda. No piensa en hombres ni en besos...

La contempla pensativamente, y bajo su mirada ella se da una vuelta rápida como todo lo que hace, y se pone de espaldas. Luego estira los brazos y emite un sonido encantador. No es más que un «oh». ¡Pero tan bello! Luego fija en él la vista:

—¿Eres tú, padre?

—¡Buenos días! —dice él, lentamente.

—¡Buenos días, padre! —Y con rapidez añade:

—Oye, padre...

—¿Qué pasa? ¡Lo que debes hacer es dormir!

—No te preocupes. En seguida me volveré a dormir. Oye, padre... —y añade con mucho sigilo:— ¿Sabes a qué hora volvió Erich a casa?

—¡No seas delatora!

—¡A la una, padre! ¡Imagínate, a la una!

—Ea, Evita, ¡no se debe ser delator! —repite. Pero lo dice más débilmente, pues lo que acaba de oír le trastorna muchísimo.

—¡Delatarle! ¡Él es el que está delatando todo el día! Y en el café Köller dijeron que tenía dinero, dinero en oro, padre...

—¡No quiero que vayas al café!

—¡Es que me gusta tanto comer nata! Aquí nunca puedo hacerlo —y mira al padre ladina e inquisitivamente, notando al momento que este no piensa en sus faltas—. Y ahora voy a volver a dormirme. ¡Dios mío, qué cansada estoy...!

—Sí, duerme —dice el padre, en tono de advertencia—. Y no vuelvas a delatar nunca. Delatar es muy feo.

En el corredor, vuelve a oír claramente los golpes de Rucio. Son casi las tres y media, y pronto será la hora del pienso. Pero mejor es que vaya primero al cuarto de los chicos.

Tres camas, tres durmientes, tres hijos. Pudiera ser ello como una especie de riqueza, y al padre así le ha parecido con frecuencia. Pero no hoy. Hoy, no. No tan solo por la confusa huella que la pesadilla ha dejado en Hackendahl, ni por la delatora charla de Eva... Hackendahl se detiene en el umbral de la puerta, y escucha.

Escucha ...

Ha oído dormir a cientos y miles de hombres, queda y estrepitosamente, y conoce, por tanto, esa respiración ruidosa, difícil y gangosa que está oyendo. La ha oído en los dormitorios del cuartel, principalmente en las noches de sábados y domingos y después de los días de permiso. Pero no la había oído jamás en aquella alcoba, en el cuarto de sus hijos.

Allí, de pie, sigue escuchándola, mientras las palabras de Eva martillean su mente: «Erich no ha vuelto a casa hasta la una».

Pero no necesita que nadie le explique lo que es un sueño de embriagado, lo distingue sin que se lo indiquen...

Presuroso, se dirige a la cama de Erich y se detiene ante ella, mirando al hijo embriagado. Tendría motivo sobrado para regañar a Heinz, el menor de los hijos, a quien llaman Bubi, por la forma en que ha colgado su ropa, o bien para hacerle comprender al mayor, a Otto, que cuenta a la sazón veinticuatro años, que su padre nota perfectamente que no está durmiendo y que tan solo lo finge. Está demasiado inmóvil en su cama.

Pero Hackendahl queda perplejo, enojado y triste, junto a la cama de su Erich, de su predilecto en secreto, de aquel muchacho dispuesto, alegre y vivaracho, que puede equipararse a Eva en listeza... Enojo y tristeza por la conducta del chico, que está ebrio... Tiene tan solo diecisiete años, y va a la clase primera inferior del colegio. Es el predilecto de sus padres, de sus maestros y de sus condiscípulos... y, sin embargo, está borracho.

El padre permanece allí, de pie, perdido en sus pensamientos. Su pie tropieza con el cobertor de la cama y se enreda en él. O es que tal vez no es el cobertor, sino otra cosa... No tiene ahora tiempo de mirarlo, pues debe mirar al rostro del hijo, escudriñar aquel rostro tan querido. Y trata de leer en él...

Pero la alcoba está aún sumida en la penumbra, y va hasta la ventana, levantando una punta del visillo para que la luz del día que nace caiga de lleno en el rostro del durmiente...

Al hacerlo, su mirada tropieza con otra, con la del mayor de sus hijos, Otto, que le contempla confusa y algo melancólicamente. Cual si Otto le hubiera sorprendido en algo prohibido, Hackendahl se enfurece, dando rienda suelta a este súbito enojo, pues ante Otto puede uno desatarse. Otto es como de arcilla blanda, y ni la furia ni el cariño parecen dejar en él impresión alguna.

El padre levanta el puño, amenazadoramente, cual si fuera a golpearle, y murmura, en un susurro:

—¡Quieto! ¡A dormir inmediatamente!

Y al instante cierra el hijo los ojos.

Durante un momento queda el padre contemplando aquel rostro pálido y blando. Luego se vuelve hacia el otro hijo. Más el pequeño intermedio le ha cambiado, y hasta cierto punto no se encuentra ya solo en el cuarto desde que sabe que el hijo mayor está despierto. Se ha terminado la tranquila reflexión; la ira y la pena se han concretado. Ha de actuar...

¡Ha de actuar!

Lo primero que hace es inclinarse. Esto es, hasta entonces no les había prestado atención, pero había ya notado las ropas dispersadas en la embriaguez. No era el cobertor lo que se enredó en sus pies... y empieza a coger las ropas.

Del bolsillo de la chaqueta se desliza algo que va a caer al suelo, produciendo un leve ruido...

El padre cuelga primero cuidadosamente la chaqueta del respaldo de la silla. Luego recoge la llave del suelo. Es una llave completamente corriente, una llavecita pequeña, de las que se emplean para las cerraduras de armarios y cajones. Está aún bastante nueva, e incluso, a la débil luz de la habitación, cree el padre poder reconocer las huellas de la lima en sus dientes...

No es una llave de serie, acaba de ser limada por algún cerrajero. ¡Nada de particular!

El padre queda completamente inmóvil, conservando aquella llavecita en su mano, y le parece oír pasar, presuroso, el tiempo, rumoreando en sus oídos con sus segundos y minutos que van cayendo como una lluvia espesa, disolviendo todos los demás ruidos, los ruidos de la vida. Y la misma vida parece, tras de aquel velo, como sombría, descolorida y lejana.

Tan solo una llavecita...

No; ya no mira más a la cama del embriagado, y le tiene también sin cuidado que Otto le esté observando o no. Cuando uno está sumido en el dolor, se encuentra incomprensiblemente solo, y nada llega hasta él...

Con pesados pies, cual si se fuera arrastrando, y con los ojos que solo penosamente ven, como si fueran medio ciegos, se va el padre hacia la puerta, llevando la llave con la mano extendida ante él.

¡Aquella llavecita!

En el corredor volvió el viejo Hackendahl a oír como el caballo golpeaba con la pata y hacia sonar la cadena, en señal de advertencia. El animal favorito de su dueño estaba mal acostumbrado, y exigía ya que le dieran su pienso extraordinario. No, ni Rucio, ni Erich, ni el amo de la casa estaban dentro del orden. En el exterior mucho blasonar de justicia y de sentimiento del deber, pero se levantaba media hora antes para dar a Rucio una ración extra, en secreto y antes de que llegara Rabause, el mozo de cuadra. A todos sus hijos les apreciaba igual, pero cuando Erich le hacía halagos e insistía en algo, acababa riendo, y riendo le concedía lo que a los demás les negaba de mal talante.

En su fuero interno habíase disculpado diciéndose que no era nada malo, y que nadie podía ordenar a su corazón que tuviera igual cariño para todos. Pero sí era malo, y no estaba dentro del orden, ni del humano ni del divino, y la prueba de ello la tenía en la mano.

La tenía en la mano. Entre dos dedos tenía aquella llavecita, como si fuera una llave mágica cuya virtud aun no se conoce del todo, y con la que hay que ir con cuidado. Y es una llave mágica, pues le abre al férreo Gustavo nuevos conocimientos. No hay corazón paterno que pueda permanecer férreo, es una tierra arada de nuevo continuamente y muchos de los surcos no reaparecen ya más.

Hackendahl está ahora de pie delante de su mesa escritorio; no sabe, a ciencia cierta, cómo ha llegado hasta allí, pero el caso es que ha llegado y que no hay retrocesos que valgan. ¿Es que, por otra parte, han valido nunca? Un suboficial prusiano no retrocede y, mirando al enemigo a los ojos, ataca, Hackendahl mira la mesa escritorio, que es un gran mueble de roble muy tallado y con aplicaciones de latón representando cabezas de león en las cerraduras.

En una de estas cabezas de león introduce la llave y le da vuelta. ¡Oh prodigio! La llave abre. No le sorprende, pues ya suponía que aquella llave, hecha por un cerrajero, abriría el cajón de su mesa escritorio. Y es lo que hace. Hackendahl mira al interior del cajón. De repente recuerda que hace tiempo, cuando los hijos eran aún pequeños, había siempre, en la parte de delante, a la derecha, un bloque de azúcar cande. El padre enjuiciaba la conducta semanal y cortaba con su cuchillo un pedazo del bloque, mayor o menor según el comportamiento. Lo había considerado bueno y saludable, pues en su niñez el azúcar era algo precioso, y se creía entonces que daba gran fuerza a los niños. Hackendahl quería tener hijos fuertes.

Mas tarde se demostró que tal suposición era falsa. El dentista explicó que el comer mucho azúcar les estropeaba los dientes. Hackendahl había obrado con buena intención aunque equivocadamente. A menudo sucedía así en la vida: se tenía buena intención y se erraba. Tal vez no supiera uno bastante y fuera poco lo aprendido. No había sido lo suficientemente riguroso, y ahora se encontraba con que tenía un hijo

ladrón, lo peor que se puede dar: un ladrón casero, un tipo que roba a sus padres y a sus hermanos...

El viejo suspira ante el cajón de su escritorio. Su orgullo había sido injuriado y su limpieza mancilla da ignominiosamente; puesto que el hijo roba, no puede el padre seguir sin mácula. Mientras está allí, de pie, tiene un sentimiento preciso del tiempo que corre implacablemente. Acaba de oír tocar las cuatro. Tendría que bajar a la cuadra y vigilar el pienso y el almohazamiento de los caballos. Dentro de media hora llegarán los primeros simones nocturnos, de vuelta de su cometido, y tendrá que ajustarles las cuentas. No tiene tiempo de quedarse allí, inactivo, meditando sobre un hijo que ha sido un fracaso.

Eso es; lo que tendría que hacer es recontar el dinero que hay en la bolsita de tela; comprobar a lo que asciende la cantidad que falta, y someter al hijo a un interrogatorio. Luego ir en seguida a vigilar la hora del pienso y de la limpieza, uncir los caballos y pasar cuentas... y en vez de hacer algo de todo ello sacude pensativamente una bolsita de tela en la que Sofía ha marcado con hilo rojo, a punto de cruz, «10 marcos» y que contiene monedas de oro de a diez marcos...

Pero no recuenta el contenido, ni va a ver a su hijo, ni al establo. Está sumido en sus pensamientos. Su período de militar le ha convertido en hombre, proporcionándole los principios básicos. Todo lo que más tarde ha pasado en su existencia burguesa puede cotejarse con algún ejemplo obtenido del tiempo de militar. Se acordaba de muchos robos en los dormitorios de la tropa. Había tipos incorregibles que de continuo estaban robándoles a sus camaradas el tabaco o los embutidos que de sus casas les enviaban. Lo primero que se hacía era darles una paliza, un vapuleo despiadado con una trailla de pasear a los caballos, en plena noche y sobre el trasero al descubierto, en tanto que se les cubría el rostro con una manta, aunque sin necesidad de esto último, pues no hubiera habido suboficial que prestara oídos a sus gritos...

Si, a pesar de todo, la paliza no surtía efecto y el ladrón era verdaderamente incorregible, resultando un enemigo de sus camaradas, se le separaba de la comunidad y se le enviaba a un batallón disciplinario. Vergüenza y oprobio para él. Así actuaban los camaradas, y no podía decirse que un camarada dejara de ser algo excelente; pero ¿es que tal vez no es mucho más aún un padre? ¿No era mucho más rastrero robar a un padre que a un camarada?

El viejo Hackendahl queda allí, de pie, temblando.

Piensa en su hijo, que dentro de tres horas ha de coger los efectos escolares para irse al colegio. Es casi imposible llegar a concebir que el hijo no va a ir ya más al colegio. ¡Aquel hijo que era su orgullo y su ambición! ¡Y, sin embargo, así tiene que ser! Ve a los soldados que fueron expulsados, y, en especial, a uno de ellos que tenía la nariz muy grande, aguileña y pálida. De sus mejillas iban cayendo las lágrimas, pero la voz del oficial siguió enunciando, despiadadamente, la sentencia condenatoria, definitiva e irrevocable, sobre el hombre que robara a sus semejantes...

No hay que dejarse ablandar por el propio corazón; el hecho de que haya pecado la propia carne no cambia nada: un ladrón es siempre un ladrón. La gente le ha motejado de Gustavo el Férreo, medio en broma, porque puede ser testarudo hasta tal extremo. Pero uno puede llegar, si se lo propone, a convertir un mote en un seudónimo honroso.

Y, sin detenerse más, empieza a contar el dinero. A poco, cuando ha acabado de comprobar la suma que falta, se queda un momento atónito. ¿Tanto...? ¡No puede ser! Pero sí es... ¡Más oprobio aún! Toda aquella suma no puede haberla empleado en emborracharse. ¡Diecisiete años! De pronto ve el padre, tras el rostro pálido, despierto y vivo de su hijo, los arrumacos de las mujeres, de las mujeres pagadas, que son una deshonra para cualquier hombre probo... ¡Diecisiete años!

De un golpe empuja el cajón de la mesa escritorio y, cerrándolo con la llave, se va, presuroso y decidido, a la alcoba de los hijos.

6

Al ver regresar tan inesperadamente al padre, apártase, atemorizado, Otto, el mayor de los hijos, que se ha vestido ya, del sitio que ocupaba junto a la ventana. Temerosamente trata de esconder el pedazo de madera y el cuchillo de talla, pues más de diez veces le ha prohibido el padre aquel ridículo entretenimiento de tallar en madera pipas o figuras de animales, por considerarlo una estupidez indigna de un hombre que algún día tendrá que dirigir una cuadra de treinta caballos.

Pero aquella vez pasa por alto el padre la desobediencia del mayor, y va, sin titubeos, hacia la cama de Erich, a quien ordena, cogiéndole firmemente del hombro con una mano:

—¡Despierta!

El durmiente se revuelve y trata de esquivar su hombro del firme apretón. Le tiemblan los párpados, pero no se despierta.

—¡Que te despiertes he dicho! ¿No has oído? —ordena el padre, en voz alta.

Erich sigue tratando de librarse del sueño, pero es en vano. La mano del padre le produce un dolor agudo, y su voz es como una amenaza...

—¿Qué pasa? —pregunta Erich, abriendo penosamente los ojos—. ¿Es ya hora de ir al colegio?

El padre mira, sin decir una palabra, el rostro que va despertando. Luego agarra con una mano el cabello largo y rubio del durmiente y tira de la cabeza hasta ponerla tan cerca de la suya que casi se tocan frente con frente... Sus ojos ya no ven el rostro que tan cerca tiene, y miran tan solo a los ojos húmedos y sombríos del otro. En los ojos del uno se refleja el miedo, y en los del otro, un brillo siniestro...

—¿Qué pasa? —vuelve a preguntar Erich, aunque sin valor ni convencimiento.

El padre no contesta, pues ha leído ya en la mirada del hijo la confesión que busca, y el corazón le late desacompasadamente...

Durante un buen rato queda en silencio, y, de pronto, se encuentra habiendo preguntado, sin quererlo, con voz muy baja:

—¿Qué has hecho del dinero?

La sombría pupila parece contraerse hasta el máximo. ¿Ha contestado el hijo? El padre no lo sabe. Tira de los pelos del otro y golpea una y otra vez su propia frente con la del hijo.

—¡Mi dinero! —murmura—. ¡Ladrón! ¡Falsificador de llaves!

La cabeza se zarandea incesantemente, y ni una sola vez trata de esquivar el horrible tirón.

—¿Qué peste es esa? —pregunta de nuevo el padre—. ¡Hueles a vino y a zorras! ¿A ellas ha ido a parar mi dinero?

De nuevo queda sin respuesta. ¡Ah, ese abandono cobarde y relajado no hace más que aumentar la furia de Hackendahl!

—¿Qué te imaginas que voy a hacer contigo? —gime, casi fuera de sí, por la ira—. ¡Llévate a la Policía...! ¡A la cárcel...!

El hijo no contesta.

—¿Qué quieres tú? —exclama Hackendahl, volviéndose airadamente hacia el mayor—. ¡No te metas en esto, zote!

—Me voy a la cuadra —dice Otto con indiferencia—. ¿Quieres que dé yo el pienso en lugar tuyo?

—¿Tu dar el pienso? —exclama el padre, con desprecio, alegrándose en cierto modo de la interrupción, que le ha hecho, incluso soltar a Erich—. ¡Iríamos bien! No; sal de aquí, que yo voy en seguida.

—¡Muy bien, padre! —dice Otto, obediente, saliendo de la alcoba.

El padre sigue con la vista la pesada figura de su hijo, y luego, desviando la mirada, vuelve a posarla sobre Erich, que a la sazón se ha levantado y, muy pálido y con el semblante descompuesto, está de pie al otro lado de la cama.

—¿Qué tienes que decir? —pregunta, tratando de volver a enfurecerse—. Dilo pronto, pues ya has oído lo que tengo que hacer. He de ganar dinero para que mi señor hijo me lo robe y lo gaste en vino y mancebas...

El hijo mira a su padre con la cabeza baja y temblándole el labio inferior, cual si fuera a llorar. Pero no llora, y ahora que se ha librado de la proximidad de su padre y tiene entre los dos a la cama como protección, se atreve incluso a hablar.

—Quiero disfrutar de la vida... —dice.

—¡Ah!, ¿de modo que quieres disfrutar? —exclama el padre indignado—. ¿Y qué piensas darle a la vida? Cuando uno quiere obtener algo ha de dar también algo—. Mira al hijo y añade, luego, despectivamente: —Pero como tú eres un ladrón, robas las cosas...

—No estoy dispuesto a vivir así —dice el hijo, tercamente, mientras se aparta el pelo que le cuelga por la dolorida frente—. Todo el santo día en el colegio y haciendo los deberes, y cuando quiero salir por media hora te lo he de pedir a ti, que me controlas reloj en mano, por si he dicho media hora y tardo treinta y un minutos.

—¿No puedes vivir así? Cuando yo tenía tu edad era mozo de labranza. Me tenía que levantar a las tres de la mañana, y cuando me acostaba, a las nueve en punto de la noche, me parecía no tener huesos, tan cansado estaba. ¡Y tú no puedes vivir con cinco horas de colegio, buena comida y buena ropa!

—¡Es que yo no soy mozo de labranza! ¡Un colegial no vive como un mozo! ¡Y también los tiempos han cambiado, padre!

—Sí. ¡Y tanto que han cambiado! ¡Se han convertido en tiempos sin respeto y sin honor! Los rojos han armado jaleo ante el palacio, exigiendo del Kaiser el reconocimiento de sus derechos. ¡Sus derechos! ¿También tú te has convertido en uno de esos rojos y quieres demostrarme tus derechos a falsificar llaves y a robar dinero?

—¡Como jamás me das ni un solo *groschen*, padre! —responde el hijo, tercamente—. No faltaría más que no tuviera el derecho de vivir como los demás

colegiales. Tú has sido quien me ha puesto en el mundo y quisiste que estudiara... Pues dame, también, lo que es necesario para ello. Tú no quieres más que tiranizar a la gente. Solo estás contento cuando ves trabajar a los demás ante ti. Eres igual que tu Kaiser: ¡El que no quiera obedecer, será fusilado!

—¡Erich! —exclamó el padre, mortalmente agraviado—. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que no he querido siempre vuestro bien? ¿Cómo te atreves aún a hablar? —preguntó ya más calmado—. Me has robado mis llaves para hacerte una falsa, a escondidas, y me has robado el dinero. ¿Y piensas aún defender una cosa así? ¿No se te ocurre ponerte de rodillas pidiendo perdón, arrepentido? ¿Es que te has vuelto completamente loco? Es el hijo el que ha robado y ¿va a ser la culpa del padre...?

Desconcertado, paseó la vista por la habitación. El ruido había despertado a Heinz de su pesado sueño de chiquillo e, incorporado en la cama, contemplaba al padre. Con su desdeñoso acento berlinés, opinó:

—No te excites, padre. Erich no es normal. Todo el colegio sabe que está majareta perdido. ¡Es rojo...!

—¡Rojo! —exclama el padre—. ¡Un hijo mío rojo! ¡Un Hackendahl socialdemócrata! ¿Es que no sabes que el Kaiser dijo que todos los socialdemócratas eran enemigos de Su patria y la estaban destrozando?

—¡Con tal de que no se les ocurra destrozarse a tu Guillermo! —dijo el hijo—. ¡No sabe más que ir haciendo ruido al arrastrar el sable!

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó Heinz—. ¡Deja que Erich desvaríe! ¡Está loco!

—¡No me faltaba más que oír esto! —exclamó el padre, precipitándose, por encima de la cama, hacia su hijo—. Ya veremos si mi propio hijo...

Y trató de alcanzarle, más este le esquivó...

—¡Calma, no pierdas la calma! —exclamó Heinz desde el lecho.

—Oíd el escándalo que están armando —se lamentó la madre, refugiándose en el cuarto de las muchachas—. ¡Y a tan temprana hora de la mañana! No hay forma de que padre se quede tranquilo. Piensa que está aún en su cuartel...

Eva estaba incorporada en su cama, y con el rostro interesado y casi complacido escuchaba el griterío. En cambio, Sofía habíase arrebujado con el cobertor por encima de los hombros y fingía no oír nada, ni tan siquiera las quejas de la madre.

—¡Sofía! —le dijo la madre, suplicante—. ¡Padre te hará más caso a ti! Vete a calmarle y entérate de lo que pasa. ¿Qué tendrá contra Erich? Ya en sueños se ha peleado con él. ¡Por favor, Sofía!

—¡No quiero tener nada que ver con vuestras peleas y discusiones! —exclamó Sofía, sentándose en la cama y mirando, con el rostro pálido y descompuesto, a su madre—. ¡Ah, cómo me atormentáis! ¡No lo aguanto más! ¡Estas continuas disputas y riñas! ¿Para qué vivirá una...?

—¡Será para ir a la iglesia! —exclamó Eva, burlonamente—. Para ver al pastor Rienäcker. ¡Dios mío, qué guapo está con el bigote que lleva! Así no hay quien se aburra en la iglesia...

—¡No estoy hablando contigo! —dijo la mayor, con indignación—. ¡Oh, qué mezquina eres! Crees que porque tú... Pero no voy a repetir lo que haces de malo; Dios me dispense del pecado de hacer como tú...

—¡No os peleéis, niñas! —rogó la madre, quejumbrosamente—. ¡Nos podríamos llevar todos tan bien! ¡Podríamos llevar una vida tranquilísima, y no hacemos más que pelear y disputar!...

—No, madre —dijo Sofía con decisión—. La vida tranquila no consiste, como tu crees, en ir cada domingo a la Eierhäuschen o a Hundeköhle. A vosotros os parece hermoso, pero solo os lo parece a vosotros. Nosotros, los jóvenes, y en esto doy la razón a Evita y a Erich, encontramos bellas otras cosas.

—Gracias señorita Virtud —dijo Eva con sorna—. No necesito para nada tu ayuda. Yo sola me basto para decirle a mamá lo que quiero. En cuanto a hacer como Erich, llegando borracho a casa, a la una de la noche, después de haberle robado el dinero a padre...

—¡Dios mío! —se lamentó la madre—. ¡Erich no puede haber hecho eso! ¡Si padre se entera, lo mata a golpes! Puede pedirme el dinero a mí...

—¡Madre! —exclamó Sofía, asombrada—. No debes darle dinero a Erich a espaldas de papá. Tenéis que apoyaros el uno al otro, que para eso sois un matrimonio...

—¡Qué estupideces tengo que oír! —dijo Eva, despectivamente—. Son cosas de estas que hacen los curas. Te parecerá mejor que Erich robe el dinero...

—¿Para qué lo necesita? —contestó Sofía, irritada.

—Ya te diré yo qué es lo que te pasa, Sofía —continuó Eva con enfado—. Te has desentendido de todo lo de casa. Prefieres vértelas con un bacín plano de algún paciente de primera clase antes que tener que vaciar el orinal de papá. Te imaginas que es mucho más distinguido, Y te figuras que el buen Dios te lo aprobará y te dará el primer puesto en el cielo...

—¡Madre! —exclamó Sofía, llorosa—. ¡No la dejes hablar tan rastreramente, no lo soportaré!

—¡Sí, para oír decirte la verdad, eres demasiado delicada, pero no para decírnosla a nosotros!

—¡Y me separaré de vosotros! —exclamó Sofía, decidida, secándose las lágrimas con la manga del camisón—. ¡No os necesito! Hoy mismo hablaré con la directora, y esta tarde me voy, con todos mis bártulos, a la Maternidad.

—¡Sofía! —exclamó la madre con acento de súplica—. ¡No hagas una cosa así! ¡Tu padre no lo permitiría jamás! Eres nuestra hija, y como formamos una familia, nos debemos los unos a los otros...

—¡Sí, debemos disputar los unos con los otros! —dijo Eva, furiosa—. ¡Sofía tiene toda la razón, y lo mejor que puede hacer es marcharse! También yo me iré pronto. Todo el mundo ha de procurar para sí, y todo esto de la familia, del amor paterno y fraterno, son tonterías.

—¡Pero, Evita, no digas eso! Nosotros nos queremos...

—¡No nos queremos nada! —exclamó Eva, tercamente—. No nos podemos ni soportar...

—¡No digas eso, Evita!

—¡Yo no estoy dispuesta a escuchar más! —dijo Sofía con decisión—. Que hables así demuestra que no tienes la más mínima fe; ni tú, ni Erich. Y si quieres marcharte de aquí, sé que lo harás por librarte del freno que la familia representa. Hace ya mucho tiempo que lo presentía, y no tengo por qué encontrarte del brazo de un muchacho distinto cada día. Lo he sabido al ver que estabas todo el día en el Parque de Atracciones desde la vez que te vi en el carrusel y te dejabas coger por trece de los chicos.

—Tienes envidia porque ni uno de ellos te miró.

—¡Haced las paces, niñas!

—Y no tuviste la menor vergüenza al ver que el viento te levantaba la falda, hasta que se te vieron las puntillas de los pantalones.

—¡Mejor que mejor!

—¡Ay, Dios, niñas, id a ayudarle! —se lamentaba la madre—. ¡Oíd, oíd! Creo que vuestro padre va a matar a Erich a golpes...

—¿Se ha dormido el amo? —preguntó el viejo mozo de caballos Rabause, que estaba sentado en el cajón del pienso, golpeando contra la madera de este con las zuecos—. Es ya tiempo de dar el pienso.

Veinte caballos habían vuelto la cabeza hacia Otto que acababa de entrar en la cuadra, y habían relinchado queda y esperanzadoramente. Pero conocían a su amo, que les traía el alimento, y sabían que no era Otto.

Así es que, decepcionados, desviaron la cabeza, mordisqueando en la paja que quedaba, e hicieron resonar la cadena que les sujetaba. Solo Rucio golpeó, impaciente el suelo con la pezuña.

—Viene en seguida —contestó Otto, sentándose junto a Rabause, sobre el cajón—. Hace ya rato que está despierto.

—Y ¿por qué no le ha dado aún el pienso a su Rucio? —preguntó Rabause, extrañado—. Los demás días siempre lo hace—. Y añadió, riendo—: El amo cree que no lo noto, pero lo noto perfectamente.

—A nosotros no nos importa nada, Rabause —dijo Otto—. Son los caballos de padre y el pienso de padre; puede hacer lo que le venga en gana.

—¿Es que digo yo alguna otra cosa, Otto? —preguntó el viejo Rabause—. Yo solo digo que da un pienso a escondidas a Rucio, y es la verdad. El amo tiene sus preferidos, aunque no quiera. Es muy natural.

—No sé nada de esto —dijo Otto evasivamente—. Yo hago solo lo que padre quiere.

—Precisamente lo que yo digo, Otto —dijo el viejo con sonrisa forzada—. Tampoco tú eres el favorito.

Durante un rato estuvieron sentados en silencio en el cajón. A poco se aclaró el viejo Rabause la garganta y dándole un codazo a Otto, preguntó:

—Oye, Otto, ¿me has tallado la pipa que te pedí?

—Aún no he tenido tiempo —dijo Otto—. Ya sabe usted que tengo que tener cuidado de que padre no lo vea, pues me lo tiene prohibido.

—Hazla bien bonita —le rogó Rabause—. Quiero que represente a mi Ajax, el que estuve conduciendo durante siete años. Ya sabes que tenía un claro hasta medio hocico.

—Ya la haré —dijo Otto—. En cuanto tenga tiempo.

—¡Lo ves, Otto! Otra vez te has olvidado de recordarme que te llame de usted. Ya sabes que el amo me ha prohibido terminantemente el tú.

—No lo he olvidado. Pero no voy a estar recordándoselo todo el día.

—¡Eso es, precisamente! —exclamó el viejo mozo de caballos, apresuradamente—. Si usted mismo quisiera que le llamara de usted no lo estaría olvidando continuamente. Pero es que tú no lo quieres.

—Ya me ha vuelto a tutear, Rabause.

—¡Lo ves! Tu padre tiene toda la razón al decir que no puede ser que el mozo de caballos le llame de tú al hijo del dueño. Ya no tienes diez años, como cuando vine a vuestra casa; tienes ahora veinticinco...

—Veinticuatro.

—¡Pues veinticuatro! —El mozo de caballos golpeó el cajón con los pies—. ¡Con veinticuatro años quizás tengas que volver a ser soldado!...

—¿Yo soldado? No; ya lo he pasado. Con una vez es suficiente.

—Pero ¿y si hay ahora una guerra?

—¡No habrá guerra!

—¿No has leído los diarios extraordinarios de ayer? Los servios han asesinado al príncipe heredero. Ya verás como hay guerra.

—¿Qué tenemos nosotros que ver con los servios? ¿En dónde paran, después de todo?

—No lo sé muy exactamente, Otto. En algún sitio, por ahí abajo... —Y señaló hacia un lugar cualquiera de la cuadra.

—¡Lo ve usted! A causa de esto no puede haber guerra.

De nuevo guardaron silencio durante un rato. El viejo habló nuevamente:

—Si el amo no viene en seguida... Tengo que dar el pienso. Los taxis tienen que salir puntualmente. ¿Quieres ir a ver si baja, Otto?

—Padre ha dicho que viene en seguida.

—Bueno, si es que le tienes miedo, ya iré yo a llamarle.

—Mejor es que esperemos, Rabause; ya vendrá.

—¿Qué pasa? ¿Hay malos vientos?

Otto asintió.

—¿Otra vez? ¿Tan temprano? El amo complica demasiado las cosas. Se está echando a perder él y estropea a los demás. Tú ya no tienes el menor ánimo, Otto.

—¡Bah! Aun aguantaré un rato. Pero sería estupendo que hubiera una guerra y yo tuviera que salir de casa. Quisiera que me dejaran en paz y no me estuvieran todo el día gritando.

—Los prusianos gritan también a sus soldados, Otto.

—Pero no como padre...

—¡Ahí está! —exclamó Rabause—. ¡Ahí tenemos el escándalo! ¡Ven, Otto! —Y corrió hacia la puerta de la cuadra.

—¿No sería mejor que nos quedáramos aquí? —preguntó Otto, indeciso. Pero a poco siguió al mozo de caballos, que había salido ya de la cuadra.

Por el patio venía el viejo Hackendahl empujando a Erich que, vestido con una camisa y unos pantalones, avanzaba ante él. Por las ventanas atisbaban los rostros de las mujeres, horrorizados y curiosos. El hijo, con su terquedad, había logrado sacar de quicio al padre.

—¿Que quieres ser un estudiante? —gritaba el viejo, empujando a Erich y haciéndole tambalearse—. ¡Un truhán, eres a mis ojos! ¡Un canalla! ¡Un ladrón!

—No voy a consentir eso —exclamaba Erich—. Me...

—¡Señor amo! ¡Señor amo! ¡Por favor; que despierta usted a los vecinos! —rogó el mozo de cuadra, asustado.

—¡Mírele usted, Rabause! —exclamaba el antiguo sargento mayor con amargura—. ¡El señorito se pateo ochenta marcos en una noche y dice aún que tiene derecho a hacerlo! ¡Ponte firmes cuando te habla tu padre! ¡Ya te enseñaré yo quién manda en esta casa...! Hoy mismo te sacaré de la escuela...

—¡No harás eso, padre!

—¡Vaya si lo haré! Te juro que lo hago hoy mismo.

—Señor amo, señor amo, cálmese usted. ¡Reflexione un poco...! ¡Háblale tú también a tu padre, Otto!

—Padre...

—¡Padre!

—Sí; mucho padre. Ya puedes ahora exclamar ¡padre! Es demasiado tarde. Pero las cosas han cambiado para ti, zagal, y ahora soy tan solo tu amo. ¡Y ya me ocuparé yo de que aprendas a obedecer!

—Amo, pues...

—¡Sí, ahora mucho amo! Anda, entra en la cuadra. Desde hoy serás mozo de cuadra, y te juro que tendrás tanto estiércol que recoger, que...

—¡Eso no lo haré jamás, padre! ¡Prefiero escaparme de casa que coger una palada de estiércol!

—Señor amo, reflexione usted en que una cabeza tan clara...

—¿Clara? ¿Para qué? ¿Para robar? ¡Nada, tú te vas inmediatamente a la cuadra, Erich...!

—¡No voy a la cuadra...!

—¡He dicho que irás!

—¡Jamás!

—¿Te niegas a obedecer a tu padre?

—¡Yo no voy a la cuadra ni cogeré jamás una pala!

—¡Erich! ¡No violentes más la situación! Ve a la cuadra, haz el trabajo, obedece; y ya veremos dentro de un año...

—¿Un año? ¡Ni una hora, padre; ni un minuto!

—¿No lo harás...?

—¡Jamás!

El padre quedó pensativo, casi tranquilo.

—Otto, háblale a Erich —rogó el viejo Rabause—. Dile que sea juicioso. No durará un año ni mucho menos. Tu padre se contentará con un mes... con una semana. Le bastará con ver la buena voluntad.

—Erich... —rogó Otto a duras penas.

—¡Oh, déjame en paz! —exclamó Erich, indignado—. ¡Alma en pena! Por haberte tú doblegado siempre se ha vuelto padre así.

—¡Ven! —dijo el padre, que parecía no haber oído—. ¡Ven! —Y poniéndole la mano sobre el hombro, exclamó:— ¡Vamos!

—¡Yo no voy a la cuadra! —dijo el hijo, resistiéndose.

—¡Vamos! —dijo el padre, y arrastrando al hijo se dirigió de nuevo hacia la casa—. ¡Tráeme la llave del sótano, Otto! —exclamó el padre.

Otto salió corriendo.

—¿Cómo...? —preguntó Erich, perplejo.

—¡Ven! —dijo el padre.

Volvieron juntos a la casa, y en vez de subir las escaleras que conducían al piso, bajaron al sótano.

—¡Ea! —dijo el padre, empujando una de las puertas del mismo—. Ahí te quedarás hasta que lo hayas pensado mejor. Te juro que no te dejaré salir hasta que te hayas resuelto a obedecer.

—¿Aquí? —preguntó Erich con incredulidad, mirando al sótano negro, oscuro y enrejado—. ¿Aquí quieres tenerme encerrado...?

—Aquí te quedarás hasta que lo hayas pensado mejor.

—No pienso ceder.

—¡No harás eso; no puedes hacer eso!

—¡Vaya si lo haré! ¡Dame la llave, Otto! Entra, Erich... O ¿es que prefieres obedecer y trabajar en el establo?

—¡Padre! —rogó el hijo, agarrándose al marco de la puerta—. ¡Padre, óyeme por el amor de Dios, cede tú! Tal vez haya sido irreflexivo y te prometo que cambiaré...

—Bien, pues cambia y vete a la cuadra.

—¡Jamás!

—¡Pues adentro!

Y de un empujón introdujo a su hijo en el sótano, cerrando la puerta. Desde el interior se apoyó el hijo contra esta:

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó. El padre dio vuelta a la llave.

Erich empezó a golpear la puerta con los puños. Su voz, casi irreconocible, empezó a gritar:

—¡Tirano! ¡Verdugo! ¡Negrero!

—Ven a dar el pienso, Otto —dijo el padre, saliendo del sótano.

—Eres demasiado duro, padre —susurró Otto.

—¿Cómo? —exclamó el padre, deteniéndose. Erich, encerrado en el sótano, seguía gritando.— ¿Cómo? ¿No ha sido también él duro conmigo? —añadió, mirando severamente a Otto—. ¿No me ha hecho sufrir acaso? ¡Ven a dar el pienso a los caballos, Otto!

El padre subió lentamente las escaleras del sótano ante su hijo Otto, como un hombre muy viejo.

—Ya está —murmuró—. ¡Que Dios nos ayude a todos!

Pero en cuanto salió al patio su actitud hízose más firme. Casi con el antiguo tono autoritario les gritó a las mujeres que estaban en la ventana:

—¿Es que no tenéis nada que hacer? ¡Hala, a trabajar!

Inmediatamente desaparecieron los rostros allí asomados. Hackendahl entró en la cuadra.

—¿Va todo bien, Rabause? —preguntó.

—En la cuadra va todo bien, amo —contestó Rabause.

Y esta fue la única indicación a los acontecimientos recientes que se permitiera hacer.

En la hora que siguió hubo mucho que hacer: un trabajo apresurado y en silencio, pues a las seis y media debían estar listos los caballos para el trabajo diurno.

Mas a pesar de ello pudo Otto encontrar un momento para escabullirse de la cuadra e ir a escuchar lo que sucedía en el sótano. No oyó nada; pero ello no implicaba que el hermano se hubiera dado a la fuga. Las posibilidades de una fuga del hermano eran tan escasas como las de que el padre acabara cediendo. Suspirando hondamente, volvió Otto a su trabajo. Entregado a él notó que también Rabause miraba con más frecuencia que nunca hacia la puerta del establo. Tan solo el padre actuaba como si nada hubiera sucedido.

El viejo Hackendahl no salió del establo hasta que regresaron los coches de servicio nocturno. Como siempre, habló con cada uno de los cocheros, comprobó por sí mismo los aparatos taxímetros, contó el dinero, lo metió en la caja, y lo asentó en los libros. En la noche pasada el negocio había sido excepcionalmente bueno, y los coches no habían tenido casi que esperar en los lugares de estacionamiento.

Hackendahl ingresó mucho dinero en la caja y se animó un poco al ver que no todo resultaba desesperanzador, y que el negocio marchaba.

Le gritó a Rabause que proporcionara a los caballos de los coches nocturnos una ración extraordinaria de cebada. Luego preguntó a uno de los cocheros:

—¿Qué carreras hiciste, Guillermo?

—Había mucho jaleo en la ciudad —dijo el cochero—. La gente está bastante excitada a causa del asesinato del archiduque. Tres veces he tenido que ir hasta la ventanilla en donde se expiden los telegramas. Cogieron al asesino, señor Hackendahl; es un estudiante; pero no recuerdo su nombre. Inmediatamente se tragó un veneno, pero volvió a arrojarlo...

—De modo que un estudiante —dijo el férreo Gustavo—. Y por una cosa así arma la gente tanta camorra. Con dejarle el trasero ensangrentado de una paliza

lograban más que ejecutándole, solo que se acaba muy pronto; que sufra primero... Pero ya no hay disciplina en el mundo...

El viejo cochero levantó la vista de los azules cojines que estaba cepillando en aquel momento para dejarlos listos para el recorrido diurno.

—¿De veras cree usted eso, señor Hackendahl? Yo siempre he pensado que hay demasiada disciplina en este mundo, que todo va a fuerza de mando. El hombre no es ninguna máquina, y siendo algo viviente y con sentimientos...

Pero el viejo Guillermo había elegido un mal momento para desarrollar su punto de vista, pues en aquel instante entró en el patio su colega Piepgras, llevando su simón con la capota levantada, a pesar de que la temperatura de aquella mañana estival no lo requería, así como tampoco el tiempo requería que llevara prendido de ella el cobertor de hule cual si estuviera lloviendo a cántaros. Pero no era por causa del tiempo, sino...

—Sí, señor Hackendahl —dijo Piepgras, bajando jadeante del pescante, apoyando el pie en la alta rueda y quitándose de la abultada frente el sombrero de copa con el número—. ¿Te quieres estar quieta, «Otilia»? Ese animal no puede esperar nunca tranquilamente su pienso... Pues sí, señor Hackendahl; ya me dirá usted qué hubiera podido hacer. A la una en punto de la noche han subido los dos en mi coche frente a una cervecería, y él ha dicho que fuera al Tiergarten y continuara hasta que me llamara con los nudillos. Yo no me di cuenta de que iba algo alumbrado, pero la cuestión es que no llamó. Y sigue que te sigue dando vueltas con el coche preguntando de vez en cuando: «¿No es aun bastante?». Al no recibir contestación, varias veces decidí por fin pararme, y me los encuentro a los dos durmiendo como dos benditos. No hubo ni sacudidas ni gritos que los despertaran, y él no hacía más que decir incoherencias de borracho, y no hubo manera de sacarle dónde vivía.

—¡Siempre vienes con cuentos de estos! —dijo Hackendahl con enfado—. ¡Despiértalos! ¡Haz que te paguen lo que te deben y procura que se vayan pronto de mi cochera!

Y retrocedió un paso.

—¡Pero, señor Hackendahl! —dijo el cochero en tono de reproche—. ¿Cómo puede usted ser así? Son dos tortolitos que vale la pena verlos. Es algo que encanta... Es el verdadero amor personificado...

Y mientras Hackendahl le seguía mirando amenazadoramente, plegó Piepgras con lentitud la capota de su coche y desprendió la cubierta de hule.

Todo un grupo de espectadores se congregó en torno. Cocheros de punto, fatigados de su servicio nocturno, y cocheros diurnos, aun medio dormidos. Tampoco Otto ni Rabause quisieron perderse aquel espectáculo. ¡El viejo Piepgras hacía siempre bromas divertidas! Incluso las mujeres de la casa habían tenido noticia del hecho y volvían a mirar por las ventanas; entre ellas, se asomaba también Bubi...

No era mal cuadro el que se ofrecía a los espectadores. Ambos durmientes tenían un aspecto bueno y regocijante. Si bien habían subido al coche verdaderamente

ebrios, a la sazón dormían con un legítimo sueño infantil. La cabeza de ella se apoyaba tal como las circunstancias lo requerían en el pecho de él, y se mantenían cogidos de las manos, cual si su unión no debiera perderse ni aun incluso entre las selvas del sueño ni las malezas del ensueño...

Todos miraban en silencio la conciliadora visión, y al cabo de un rato dijo el viejo Piepgras plácidamente:

—¿Qué, señor Hackendahl? ¿Me excedí en la descripción? Le alegra a uno ver que incluso en la ciudad de Berlín, en la que las zorras abundan por doquier... se llega a ver una cosa así. Es que en Berlín hay de todo...

¿Quién podría describir lo que pasaba por el ánimo del viejo Hackendahl ante la vista de aquellos dos enamorados...? También en un tiempo había sido joven, y veía que era aquel un amor infantil aun, algo ligero, jubiloso...

Pero aplicándolo a él, había Piepgras mencionado a las zorras que abundaban tanto, y en el mismo instante le había venido a la mente la hija que se escabullía para ir a un café de verdadera mala fama y el hijo que aquella misma mañana olía a perfume barato. De un salto se subió al coche, y tirando del hombro del durmiente le despertó, gritándole airado:

—¡Despierte usted! ¡Váyase inmediatamente de mi cochera, desvergonzado!...

Pero antes que el joven, despertó la muchacha. Se incorporó y miró al desconocido patio y a todos los rostros de hombres extraños que estaban vueltos hacia ella y que tenían todo un aspecto asustado y sombrío. No sabía que aquella lobreguez no obedecía a su presencia, sino al estallido del férreo Gustavo.

Cogiendo a su amigo de la mano le levantó del asiento y exclamó:

—¡Vámonos, Erich! ¿Qué es todo esto? —Y al poco salió corriendo, recogiendo la larga falda, a través del patio en dirección a la puerta, arrastrando consigo a su Erich.

Al viejo Hackendahl el nombre de Erich había acabado de enfurecerle, y se puso a correr tras de ellos, llenándoles de improperios. Al lado suyo corría el cochero de punto, Piepgras, que no habiendo supuesto un final así para su broma, rogaba y suplicaba:

—Señor Hackendahl, ¿qué hace usted? ¡El señorito no me ha pagado aún! ¡Señorito, deténgase usted y págueme la carrera!

Pero la jovencita y el muchacho seguían corriendo cada vez más de prisa, huyendo de los rostros airados de aquel mundo. Avanzaban en la mañana azul y clara de junio...

De momento el viejo Hackendahl detúvose bajo los pilares de la puerta sobre los que había una bola dorada, secó se el rostro y miró como despertando a todos los rostros vueltos hacia él. Los rostros desviaron su mirada con perplejidad y cada uno de ellos se dirigió al trabajo que verdaderamente tenía o que fingía tener.

En silencio atravesó el férreo Gustavo la cochera, exclamando a media voz al pasar:

—¡Acaba ya, Otto! —Y desapareció en la casa.

Al momento el patio se convirtió en un torbellino de susurros y murmullos, congregándose al poco todos sus ocupantes en torno de Piepgras que volvía sin aliento. No había logrado alcanzar a los jóvenes. El amor había viajado aquella noche sin pagar tarifa.

A las siete en punto se tomó el café en casa de Hackendahl, y prescindiendo del talante en que se hallaba, el férreo Gustavo, compareció a las siete en punto, poniéndose de pie al extremo de la mesa, mientras Heinz decía la oración matinal. Luego se produjo un arrastre general de pies y sillas, y al poco apareció madre, con la papilla de harina.

En el silencio dominante oíase el ruido de las cucharillas contra los platos, y sin que nadie osara romperlo miraban ora uno, otra otro, hacia la vacía silla de Erich. De vez en cuando, madre lanzaba un suspiro pensando en el hijo que estaría hambriento en el sótano, y decía: «¡Ay, Dios!» o «¡Dios mío!». Mas nadie le contestaba, hasta que finalmente se lamentó:

—¡Qué día el de hoy! ¡Qué os importa a vosotros! ¡Come tú por lo menos algo, Bubi, no tienes ningún motivo por el cual pasar hambre!

El rapaz dirigió una mirada vigilante a su padre, y dijo luego en tono bajo profundo con su voz en períodos de cambio:

—«Plenus venter non studet libenter»... el vientre lleno no estudia a gusto. En interés de mis ejercicios latinos es conveniente mi renunciación a la repartición de la harina cocida...

—¡Ay, Dios! —suspiró la madre—. Para esto hace una estudiar a sus hijos. Para que luego no entienda una palabra de lo que dicen y además...

No siguió hablando. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y todo el mundo se dio cuenta de que estaba pensando en el hijo encerrado en el sótano y en el poco provecho que había sacado de sus estudios.

—¡Cállate ya! —refunfuñó el padre, dirigiéndose a Heinz.

—¡A la orden, «pater, patriae»! —y añadió imperturbable—: ¿Quieres que lleve conmigo a la escuela una tarjeta de disculpa para Erich?

El padre fulminó con una mirada airada a su hijo, y los demás agacharon la cabeza. Pero la tormenta pasó sin descargar sobre nadie. Hackendahl se limitó a empujar su silla hacia atrás y a salir del comedor.

Media hora más tarde hablan marchado Heinz a la escuela y Sofía al hospital. En la vivienda, Eva arreglaba los aposentos ayudada por la insignificante muchacha de servicio; en la cocina, la señora Hackendahl limpiaba verduras, y en el establo deliberaban Otto y Rabause sobre si era conveniente recordarle al padre las carreras particulares que tenía para aquel día o no...

El viejo Hackendahl estaba sentado ante su mesa escritorio. Tenía abierto ante sí el libro de caja, y junto a él la recaudación matutina, pero ni recontó esta ni la asentó en el libro.

No hacía más que meditar. Meditaba sombría y torpemente. Se decía por centésima vez que el mundo no se desmorona por un robo casero sin importancia, ni

porque un patrono pierda la autoridad ante sus empleados.

No, el mundo no se desmoronaba, pero el suyo sí se había derrumbado. Reflexionaba en por qué sus hijos no querían jamás lo que quería él y por qué mostrábase siempre recalcitrantes. El había obedecido siempre contento a toda clase de superiores, y en cambio, sus hijos, cuando se decidían a obedecerle, lo hacían disgustados y a regañadientes. Tal vez todo cuanto aquel día había pasado no era tan grave como todo eso, y al cabo de un trimestre o de un semestre podría darse como pasado y olvidado. ¡Pero sí era grave! Porque no era tan solo el robo casero, sino algo que daba al traste con todo, lo disgregaba todo, despreciaba lo adquirido...

Con el ceño fruncido contemplaba fijamente el dinero que había encima de la mesa escritorio. La excelente recaudación nocturna no le satisfacía nada, ni se sentía dispuesto a asentarla en el libro de caja. Antes tenía otro asiento que hacer en él.

Sí, no le queda más remedio que hacerlo. Coge la pluma, empieza a temblar y la vuelve a dejar en su sitio. Desazonado contempla fijamente el libro de caja. Lo que se ve obligado a hacer le parece contra el orden y la decencia...

A poco se le ocurre una idea, que tal vez no sirva más que como aplazamiento, de que es posible que todo el dinero no se haya gastado. Se va presuroso al cuarto de los hijos en donde encuentra a Eva haciendo las camas. Está a punto de hacerla salir, pero ¿es que un padre se ha de avergonzar ante sus propios hijos de cualquier cosa que haga? Casi a disgusto coge la chaqueta y el chaleco de Erich, que siguen aún colgados de la silla en que él los pusiera, y empieza a revisar los bolsillos. Pero no encuentra otra cosa que la huella de otra desobediencia: unos cuantos cigarrillos. Este descubrimiento no basta para volver a enfurecerle, y se limita a aplastar los cigarrillos esparciendo el tabaco por el suelo, y le dice secamente a su hija: «Barre esta porquería», y se dirige a la cocina.

La cocina está vacía. Corta una rebanada de pan del grosor de las que se dan a los arrestados en el ejército. Luego mira a su alrededor tratando de descubrir la jarra de loza en la que se les pone el agua, pero en su cocina burguesa no existe tal cosa. Tras algunas vacilaciones coge un pote esmaltado de un litro de cabida y lo llena de agua, dejando antes correr el grifo durante un rato para que sea fresca, pues hasta incluso un detenido ha de gozar de las consideraciones que la ordenanza impone.

Luego baja al sótano llevando ambas cosas.

Cuando se dispone a tomar el oscuro pasillo del sótano oye un rumor. Escucha, carraspea y sigue adelante. Su mujer pasa ante él esquivamente y él dice con firmeza: —¡Aquí nadie tiene nada que buscar! —Y abre la puerta del sótano.

El hijo está de pie junto a la ventana que apenas tiene dos palmos de altura. Cuando entra el padre, ni siquiera se vuelve. Este deja el pan en un cajón, pone junto a él el agua y dice:

—Aquí tienes algo que comer, Erich.

El hijo no se mueve.

—Podrías decir por lo menos «gracias», Erich —le responde el padre.

Ni una palabra.

Hackendahl espera un momento más, y al ver que no sucede nada, dice con más dureza:

—Vuelve tus bolsillos, Erich. Quiero ver si te queda aún dinero...

De nuevo el hijo queda inmovible. Con violento enojo se acerca Hackendahl a él, gritando:

—¿No has oído? ¡He dicho que volvieras los bolsillos!

Sí, es el antiguo y acerado tono de mando con el que ponía orden a toda una compañía, obrando sobre cada uno de los hombres. También el hijo se atemoriza al oírlo, y volviéndose los bolsillos deja ver que no hay nada en ellos...

El padre no quiere creerlo.

—¡Todo el dinero! —exclama—. ¡No es posible que hayas podido despilfarrar ochenta marcos en una sola noche!

El hijo dirige una rápida mirada a su padre. Está casi tentado de reírse de tal desconocimiento de la vida.

—¡Hubieran podido ser ochocientos! —dice con desprecio—. ¿Para qué sirve si no el dinero?

El padre queda atónito. Es aún mucho más grave de lo que pensaba. La generación que ha subido es blanda y ávida de goces, y en vez de ganar algo solo sabe gastarlo. Se le ocurre pensar que ello se debe al ambiente pacífico. ¡El setenta y uno está ya muy lejos! Piensa durante un momento en el archiduque asesinado el día anterior. Las gentes hablan de guerra. No estaría mal, pues así volverían a aprender esos rapaces que la vida es lucha...

—De modo que hubieras despilfarrado también ochocientos —dice con desprecio—. ¡Y en tu vida has sido bueno para ganarte ni ocho marcos! ¡Si no tuvieras a tu padre te repudrirías en medio de la calle!

Y mira de nuevo atónito a su hijo que se limita a hacer con los hombros un ademán displicente. Al verlo Hackendahl, da la vuelta y se va.

Cuidadosamente cierra la puerta del sótano, y al subir cierra también la puerta que conduce al corredor; no quiere que haya más comadreos. ¡No hay que animar a la resistencia!

Va a su despacho y, ahora sí que cogiendo la pluma sin titubeos, asienta en el libro de caja:

29.6. Robados por mi hijo Erich 80 marcos.

Bueno, ya se realizó. Y con súbita decisión mete de un empujón en el cajón del escritorio la recaudación matutina y el libro de caja. ¡Queda tiempo para asentarlos! Lo principal ya se ha hecho.

Se va raudo a su cuarto, y poniéndose su capote azul de cochero, de brillantes botones, arregla el sombrero de copa.

Abajo, en el patio, está preparado para la carrera el ligero coche de primera clase, y Otto sostiene las riendas al exuberante Rucio. Hackendahl sube al pescante, se echa sobre las rodillas la manta para el polvo, reafirma el sombrero, coge el látigo y le dice a Otto:

—A las doce estaré de vuelta, Lleva a Castor y a Senta a la herrería. Las herraduras delanteras están inservibles. ¡Ya hubieras podido darte cuenta! ¡Arre, Rucio!

Y chasquea la lengua. Rucio empieza a trotar y el coche sale de la cochera.

Toda la casa respira.

Tras de los visillos de su dormitorio había estado Eva atisbando impaciente la partida del padre. En rigor sabía ya que no se arriesgaba casi nada cuando, aprovechando que el padre estaba ocupado en la cocina y, en el sótano con Erich, se había introducido en el despacho paterno. No había sido tan tonta de tocar el dinero que estaba sobre la mesa escritorio. La recaudación matutina estaba contada y ella lo sabía.

Y no es que el dinero del cajón, el metido en los saquitos, no lo estuviera, pero cuando el padre notara finalmente que no faltaban allí tan solo ochenta marcos, sino doscientos ochenta, pensaría en Erich como el presunto ladrón. Y Erich ya tenía bastante culpa para que le importara un poco más o menos.

Con el hombro hace un movimiento de desprecio al meter los dedos en el bolsillo del delantal, donde nota las diez monedas de oro. ¡Hay que ser pillito! Desde que su decisión de no quedarse más en aquella casa sin alegría ha adquirido firmeza, va recolectando dinero. Donde ha podido ha ido cogiendo pequeñas sumas, sisando en la compra y empeñando cosas cogidas a escondidas del armario de la lencería de su madre. Se va liberando lenta y seguramente de la dependencia del padre.

¿Va a tener remordimientos de conciencia por robarle? ¡Ni pensarlo! El padre no suelta por su gusto ni un *groschen* y a pesar de que afirma que ahorra para sus hijos, puede vivir cien años y tendrá ella ya casi sesenta antes de que herede. No, en cuanto encuentre la caja abierta sacará lo que pueda, y aquella mañana estaba abierta.

Eva levantó con gesto rápido la lámpara colgante hacia el techo. Es aún una de aquellas antiguas lámparas de petróleo adaptada a la electricidad. Cuanto más alta se sube la bombilla tanto más desciende el contrapeso; un huevo de Pascua de brillante latón ornado de arabescos grabados. Con presteza desengancha el peso y lo abre por su mitad. Desde el vacío interior que antes estaba lleno de arena o perdigones reluce ante ella con el suave rebrillar del oro su pequeño tesoro.

Ella lo mira fijamente, con la respiración cortada por la dicha. ¡Ah, cuán feliz la hacen aquellas doce o quince monedas de oro! Su padre tiene una fortuna sólida que pone en parte en el negocio, en la cochera y en la casa, y parte en sólidos papeles de Estado. En cien mil marcos, más bien más que menos, aprecia ella aquel capital.

Mas el dinero de su padre, el dinero familiar no le inspira ningún concepto. El padre pertenece a la generación que gusta de ganar dinero, pero que se resiste a gastarlo. Era un amontonador de dinero y opinaba que sus hijos, antes de gastarlo, debían ganarlo. Pero los tiempos habían cambiado. O eran las gentes las que habían cambiado, o tal vez era tan solo el antiguo principio del ascenso y descenso: tras de la pleamar viene la bajamar. A la nueva generación no le interesaba el dinero amontonado; era algo muerto, sin sentido, un contrasentido. El dinero estaba solo para gastarlo; ¡dinero que no servía más que para estar guardarlo, era un concepto estúpido!

Por eso la hija de aquel hombre adinerado se deleita hasta tal extremo con el pequeño tesoro que se esconde en el contrapeso de la lámpara, y que ha logrado reunir con cien mil penas y fatigas. Lentamente deja caer las nuevas diez monedas de oro sobre las otras, que producen un sonido ligero y amortiguado que la embriaga. Mas no la embriaga el dinero por sí mismo, sino el pensamiento de lo que podrá comprar con él: libertad y un traje de seda, goce y un nuevo sombrero.

Satisfecha, vuelve a arreglar la lámpara, coloca ante el diminuto espejito —el padre no tolera ninguno mayor— su sombrero de paja de Italia y se va a la cocina.

La madre está sentada junto al fogón en una gran silla, y mecánicamente remueve a distancia algo en un gran cazo valiéndose de una cuchara de mango muy largo. En la madre todo es colgante: el vientre, el pecho, las mejillas... hasta incluso el labio inferior. Junto a la ventana está Otto, que está retorciendo, perplejo, su bigotito fino y escaso.

—¿Qué es lo que quieres ir a comprar, Evita? —pregunta la madre con tono quejumbroso—. Tenemos todo lo necesario para el mediodía. ¡Lo que quieres es salir de casa!

—¡Ni mucho menos! —dice Eva, pasando sin transición de su radiante buen humor a mostrarse enfadada y violenta al oír las quejas de la madre, mil veces oídas—. ¡Ni mucho menos! Tú misma dijiste que esta noche comeríamos arenques con patatas, y si no voy a comprarlos se acabarán.

Ninguna de las dos cosas es cierta, pues ni la madre ha dispuesto comer arenques para cenar ni el mercado de Berlín se queda sin ellos hasta avanzada la tarde. Pero Eva sabe que no hay que detenerse a pensar mucho lo que se le dice a la madre, y que la cuestión es contradecirla, pues cede inmediatamente.

Eso ocurre esta vez.

—No es que diga nada en contra, Evita. Por mí puedes ir. ¿Cuánto necesitas? ¿Te basta con un marco? Pero ya sabes que a tu padre no le gusta que vayas de aquí para allá.

—¡Pues, entonces, que nos ponga un chico para hacer los recados!

—¡Ay, Evita, no digas estas cosas! Sería horrible tener un rapaz desconocido en casa, que se metiera por todas partes sin que pudiese dejarse nada abierto, porque si no desaparecería todo...

Se interrumpe y dirige una mirada de ayuda, entre perpleja y suplicante, al hijo, que permanece mudo ante la ventana.

En vez de dejaría proseguir, dice Eva:

—¡Ah!, ¿lo dices por Erich, madre? ¡No lo tomes así! Ya se cuidarán de él. Padre no le dejará salir del sótano hasta que haya cambiado.

—Pero no puede tenerle así días y aun semanas... —dice la madre, desconcertada. De nuevo mira hacia donde está el hijo—: ¡Di alguna cosa, Otto! ¿También tú crees que...?

—¿Es que he cogido yo el dinero? —exclama Eva, taimadamente—. Cada cual

que se las componga como pueda. Yo no puedo hacer nada.

—¡Así has sido siempre, Eva! —exclama la madre, con tono quejumbroso—. ¡No has pensado nunca en nadie más que en ti! Dices que Erich ha cogido el dinero y... ¿cuántas sisas has hecho tú cuando vas a la compra?

—Yo... —empieza a decir Eva, completamente desconcertada de que la madre haya sido más lista de lo que ella suponía.

Pero en esta se ha disipado ya el débil enojo de hace un momento.

—Ya te lo permito, hija —exclama, llorosa—. ¡Tienes que sacar algo de la vida! Pero mira, Evita —empieza a decir, halagadoramente—, si yo no te delato, podrías tú hacer algo por Erich...

—Yo no he cogido dinero —protesta Eva, por lo que pudiera ser—, yo no hago esas cosas.

—Mira, Evita. Tú eres la preferida de padre, y si tú se lo pides hará la vista gorda. ¿Por qué no vas al sótano y libertas a Erich? Otto dice que al cerrajero le será fácil forzar la cerradura con un martillo y un formón...

—¿Y por qué no va el gran Otto al sótano a liberar a Erich, si tan listo es? O, ¿por qué no vas tú misma, madre? ¡Tú eres su madre! No, eso ni pensarlo. Yo he de ser la tonta que lo haga. ¡Pero no lo seré! Lo que es por mí, ya puede Erich estar allí hasta que quede completamente negro del polvillo de carbón. ¡Me alegraré de que así sea!

Y con esto lanza Eva una mirada triunfadora sobre su madre y su hermano, exclamando al poco:

—¡Y mejor es que también vosotros os guardéis de hacerlo!

Luego coge la bolsa de hule que suele llevar para la compra, y se va de la cocina.

Los otros dos se miraron, desazonados; la madre inclinó la cabeza y, mecánicamente, volvió a remover en el cazo...

—Y aun en el caso de que le saquemos, ¿a dónde iba a ir madre? —preguntó Otto, finalmente—. No puede quedarse aquí en casa.

—Tal vez pueda ir a vivir, durante un tiempo, a casa de algún amigo, hasta que padre se calme.

—Si Erich se escapa, padre no le perdonará jamás, y tanto tiempo no puede vivir en casa de un amigo.

—Puede trabajar.

—No ha aprendido a hacerla. Y es, también, demasiado débil para hacer ningún trabajo corporal.

—Para esto tiene una hijos... —empieza de nuevo la madre.

—Tal vez le dejará salir —dijo Otto, finalmente—. Pero no sabiendo dónde irá... Y tampoco tenemos dinero para darle.

—¡Lo ves! —exclama, excitada, la señora Hackendahl—. Para esto es una la mujer de un hombre rico. ¿Crees que he tenido un marco para mí? ¡Jamás! ¡En todo el tiempo que llevo de casada! Pero así es tu padre, Otto. No era más que un primer sargento, y yo fui quien le proporcionó toda esta cochera...

—¿Qué necesidad hay ahora de hablar mal de padre? Padre es como es; y tú eres como eres; y yo soy tal como soy...

—Sí, y por esto te estás aquí plantado, sin hacer nada, limitándote a mirar de un lado para otro. Sé que estarías más a gusto sentado con tu Rabause sobre el cajón del pienso, tallando algo en madera. Por ti podría derrumbarse el mundo y tu hermano morir y pudrirse...

—Nadie puede salirse de su piel —dijo Otto, inmovible—. A mí, como soy el mayor, padre me ha cogido el primero por su cuenta con mucha más violencia, y así me he vuelto tal como él quería. Yo no puedo ya cambiar.

—Yo —exclamó la madre, decidiéndose a moverse— he sido la que ha vivido más tiempo con padre, mucho más tiempo que tú, y a mi es a quien más ha gritado. Pero cuando un hijo mío está en un apuro, me levanto —y así lo hizo—. Y si no hay nadie que quiera ayudar a mi Erich, lo haré yo. Corre, Otto —dijo con decisión—, tráeme el material con que pueda forzar la cerradura. Luego vete a la cuadra, para que puedas decir que no has estado aquí y que no sabes nada. También yo le tengo miedo a padre. Pero no me quiero dejar vencer por este pánico, porque si no, preferiría no vivir...

El viejo Hackendahl por nada del mundo, a pesar de sus sesenta y cinco años, hubiera dejado de subir por sí mismo al pescante de su coche día tras día, tanto en Verano como en invierno, nevara o hiciera sol. Verdad es que no aceptaba como pasajeros a cuantos se les antojase subir al coche, pues no tenía necesidad de ello. Conducía a una clientela selecta y fija. Señores que al ir, día tras día, de su oficina al banco o al hospital, solo admitían que les llevara el viejo Hackendahl.

—No hay quien conduzca como usted, Hackendahl. Viene siempre puntual, y parte con un trote suave, sin usar del látigo ni de palabrotas, y, sobre todo, sin competir jamás con estos automóviles que ahora están de moda.

—¡Qué va, señor magistrado! ¿A qué vendría la competición? ¡No me voy a rebajar hasta luchar con estos trastos que huelen a bencina! Todos los que van en ellos son candidatos a la muerte, y dentro de diez años ya ni se oirá hablar de esos puf-puf-puf. Habrán pasado de moda. Van muy de prisa, señor magistrado, pero tanto más rápidamente caerán en la fosa...

Así hablaba Hackendahl con su clientela distinguida, y decía lo que pensaba. Y no podía soportar a los automovilistas, solo porque ponían nervioso a su excelente caballo con sus bocinazos, sus olores y su velocidad... Su fogoso animal podía perder el dominio de sí mismo al ver aquellos trastos ruidosos de hojalata, coger el bocado entre los dientes y salir a toda carrera. Y esto no le gustaría a la clientela de ancianos señores que Hackendahl tenía.

Cuando aquella mañana acudió Hackendahl a la villa del Consejero Privado de Sanidad, Buchbinder, en la Bendlerstrasse, no quedó nada complacido al ver ante la puerta uno de aquellos automóviles. Rucio dio un respingo, se encabritó y no hubo manera de que se quisiera acercar al bordillo. Hackendahl se vio obligado a descender del pescante y coger al penco por la cabeza.

El chófer, que esperaba junto a su vehículo, rio solapada y despectivamente.

—¡Vaya! ¿Qué le pasa a tu motor de avena, compañero? —preguntó—. ¿Es que tiene la ignición defectuosa? ¿Quieres que le regule un poco el tubo de escape con la llave inglesa?

Naturalmente, Hackendahl no contestó ni una sola palabra a tales desatinos. Volvió a subir al pescante. Cogió las riendas bien tensas con una mano y el látigo con la otra, en tanto que dejaba apoyar el mango de este sobre una de sus rodillas, adoptando un aspecto tan altivamente señorial como el de su colega de las caballerías reales.

El chófer lo inspeccionó críticamente y dijo:

—¡Magnífico! Espera diez años más, camarada, y te llevarán en triunfo, con un burgomaestre y una doncella de honor, toda vestida de blanco, por debajo de la Puerta de Brandeburgo, por ser el último coche de caballos de primera clase. Luego te

disecarán y te pondrán en el Museo Nacional, o, mejor, en el de Historia Natural. Te colocarán junto a los grandes hombres mono de la antigüedad...

Hackendahl, que al oír aquella jerga legítimamente berlinesa empezó a congestionarse hasta llegar, paulatinamente, a un color rojo azulado, hubiera exteriorizado con mucha violencia su opinión acerca de los hombres mono, de no haber salido de la villa el Consejero de Sanidad, acompañado de un joven. Muy erguido y con los ojos fijos ante él, hizo Hackendahl chasquear la punta del látigo en su sombrero de copa, a guisa de saludo. El chófer, naturalmente, se apoyó lentamente en la portezuela de su vehículo y dijo, únicamente:

—... días.

—¡Buenos días, Hackendahl! —exclamó, complacido, el consejero—. Mire usted, Hackendahl, este es mi hijo, también médico, y está empeñado...

—¡Ya sé, ya sé, señor consejero! —dijo Hackendahl con tono de reproche—. Lo he visto en seguida. Precisamente llevé a sus hijos, por Pascua del año siete, a la estación, para coger el rápido de Munich de las 6,11. ¿Se acuerda usted aún, señorito?

—Es cierto —exclamó el consejero de Sanidad—. ¡Vaya memoria que tiene mi Hackendahl! Pero, mire, Hackendahl, ahora mi hijo se ha convertido en un hombre, y no quiere ya que le lleve usted. Se ha comprado un auto ¡con mi dinero, Hackendahl! ... Y se empeña en no viajar más que en auto...

—Pronto lo dejará, señor consejero —dijo Hackendahl, mirando al auto y al chófer, que sonreía cínica y despectivamente—. En cuanto se haya estrellado contra un árbol o haya atropellado a unas cuantas personas, ya verá como lo deja.

—Bueno, papá —dijo el joven, con impaciencia, ignorando por completo las habladurías de aquel cochero subalterno—, sube, y en cuatro minutos te encuentras ante tu Charité.

—Sí, hijo. Eso es lo que tú dices. Pero dentro de media hora he de operar, y si tengo palpitaciones a causa de vuestra precipitación, o me tiembla la mano...

—¡Papá! ¡Te doy mi palabra de honor! Irás como en una cuna. No notarás nada la velocidad. Cuando sale algo nuevo en cirugía eres el primero en probarlo...

—No sé qué decirte —dijo el viejo, pensativamente—. ¿Qué le parece al usted, Hackendahl?

—Como ordene el señor consejero —dijo Hackendahl, ceremoniosamente—. Pero si me es permitido decir algo, también conmigo está usted dentro de ocho minutos en la Charité. ¡Y conmigo no pasa nada no ha pasado nunca nada!

—Vamos papá, si te has de aconsejar de tu cochero de punto con respecto a los automóviles...

Muchas amarguras y enojos tuvo que pasar el viejo Hackendahl aquella mañana, pero al oírse llamar cochero de punto le resultó casi demasiado. Por suerte dijo inmediatamente el consejero:

—Sabes muy bien, hijo mío, que Hackendahl no es ningún cochero de punto, y voy a decirte algo más: iré con Hackendahl, y tu puedes ir con tu automóvil

tranquilamente, junto a nosotros. Desde puerto seguro contemplare tu barquilla, y si no me parece peligrosa puedes llevarme luego desde la Charité hasta casa.

El Consejero de Sanidad Buchbinder había hablado suave, pero firmemente. El hijo contestó algo enfadado:

—Como tú quieras, papá —y se dirigió hacia su auto.

El anciano subió al coche de Hackendahl, puso sobre sus rodillas la leve manta para el polvo y sentándose cómodamente, dijo:

—Parta usted lentamente, Hackendahl. En seguida nos alcanzará con su «veinte o cuarenta caballos».

Fue una suerte que Hackendahl recibiera tales instrucciones. El caballo hacía ya rato que estaba inquieto por el fantasma que ante él tenía. Justamente acababa el chofer de darle a la manivela cuando, del tubo de escape, que estaba bajo las narices de Rucio, empezaron a salir unas nubecillas espesas, azules y apestosas...

—¡Con suavidad, Hackendahl, con suavidad! —exclamó el consejero, que se sintió casi lanzado fuera de su asiento, por una sacudida—. Conduzca lentamente. Vaya despacio, Hackendahl, no quiero competiciones...

Tampoco Hackendahl las quería, y era una pena que no hubiera medio de hacérselo comprender al caballo. El excitado animal, descendió a galope tendido la Bendlestrasse y doblo con tal ímpetu la esquina de la Tiergartenstrasse que las ruedas rozaron el bordillo.

Un poco más calmado, pero sacando espuma por la boca, fue galopando a lo largo de las fajas de verdor.

—Creo que es usted el demonio, Hackendahl —gimió el consejero desde su asiento.

—Es culpa de Rucio —exclamó Hackendahl—. Odia a los automóviles.

—¡Creía que solo llevaba usted animales dóciles!

—Y es así, señor consejero. Pero cuando un trasto de estos empieza a explotar y a apestar en sus narices...

—Pues vaya despacio, no quiero en modo alguno competiciones —ordenó el consejero.

Por suerte, no había ni asomo de una carrera entre ambos vehículos. Hackendahl pasaba a la sazón por delante de la Rolandsbrunnen y miró, precavidamente a su alrededor: no se veía ni rastro del automóvil.

—¡Seguro que no logra poner en marcha el cacharro! —dijo, jubilosamente, Hackendahl—. Ya vera el señor consejero qué es más seguro, si un caballo formal o una de estas máquinas que siempre tienen avería cuando más se los necesita —y sonrió disimuladamente, pensando en el chófer inclinado sobre el motor.

A buen trote recorrieron la Siegesallee. Las blancas estatuas destacábanse en el verdor, y había por la avenida mucha gente, con trajes estivales.

—¡Hay muchísima gente por la calle! —exclamó el consejero.

—Es cosa del buen tiempo —respondió Hackendahl.

—¡Y de la inquietud! ¿Ha leído ya lo del asesinato de Sarajevo, Hackendahl?

—Sí, señor consejero. ¿Cree usted que habrá guerra?

—¿Guerra? ¿Por los servios? ¡Jamás, Hackendahl! ¡Ya verá! ¡Por una cosa así no puede haber guerra!

En la lejanía sonó la bocina del auto. Hackendahl la oyó, y también la había oído Rucio, que aguzó pendencieramente las orejas.

Hackendahl cogió las riendas más firmemente.

—¡Creo que ahí viene su señor hijo! —exclamó, dirigiéndose a su pasajero.

—Por lo visto ha logrado poner en marcha su cacharro. Pero no me venga con competiciones, se lo ruego, Hackendahl.

La bocina iba sonando cada vez más cerca, casi ininterrumpidamente oíase su chillido, que significaba precaución y alarma para todos los corazones equinos.

Para Rucio era tan solo alarma, y empezó a trotar con más firmeza, moviendo in pacientemente la cabeza de derecha a izquierda y de arriba a abajo...

Directamente tras él sonaba la bola de goma: Tut-tut.

Lentamente fue colocándose el verde vehiculo junto al coche, alcanzó el asiento delantero... los cuartos traseros del caballo... la cabeza... Rucio dio un salto en la horquilla, y al poco pareció el coche quedar parado por un momento. Luego salió el rocín de estampía...

—No debe usted... —exclamaba, desde atrás, la voz del consejero.

El automóvil manteníase junto al caballo, produciendo explosiones, tocando la bocina y despidiendo malos olores. Si bien Hackendahl tenía la vista fija ante él por encima de las orejas del caballo, mientras mantenía firmemente las riendas con la mano, al cuidado de cualquier dificultad, le pareció, a pesar de ello, ver el semblante burlón del chófer, de aquel sinvergüenza que le había dirigido la palabra tratándolo de compañero y que quería hacerlo disecar. ¡Adelante! Aquel sujeto no debía ver ni un signo de debilidad en él. ¡A Rucio ya le pesaría luego lo que estaba haciendo!

Había ya logrado dar la vuelta al obelisco triunfal cuando apareció un nuevo peligro encarnado en un policía de picudo casco.

La loca carrera y el caballo al galope habían excitado su mal humor, y sosteniendo en una mano unas hojas de papel, con la otra levantada se adelantó por la calzada, haciendo signo de que cesara tal conducta perturbadora del tráfico.

Su ruego fue inútil, no por parte de Hackendahl, que obedecía a todo mandato superior, sino por la de Rucio, que, llevado solo por el instinto equino, siguió a toda velocidad. El policía dio un salto hacia atrás, con un susto nada militar, y todo quedó pasado. Siguiendo su loca carrera, tuvo Hackendahl conciencia de que le habían tomado el número del coche y de que le pondrían una multa. ¡Tenía que ser castigado!

Con un tirón desazonado dirigió la cabeza del caballo hacia la derecha, hacía una calle adyacente completamente en calma, y el automóvil burlado prosiguió la dirección emprendida. Rucio hizo aún unos quince pasos al galope, pasó al trote y

luego al paso...

Hackendahl notó que desde atrás el consejero le tiraba del brazo.

—¡Deténgase usted! ¿No me entiende? —gritaba el anciano, con el rostro enrojecido por la ira.

Hackendahl se detuvo.

—Perdone usted, señor consejero —exclamó—. ¡Rucio se me ha desbocado! El automóvil le sacó de quicio. El chófer lo hizo con intención.

—¡Competiciones! —dijo el anciano, que aun temblaba—. Tan viejos los dos, y meterse en carreras locas —Bajó del coche con la rodillas temblorosas—. Es la última vez que me lleva usted, Hackendahl. Mándeme la cuenta. ¡Vergüenza le debería dar!

—¡Pero si no podía hacer nada! Ni el más paciente de los caballos lo hubiera aguantado.

Oyéronse unos bocinazos. Por la parte delantera de la calle venía el automóvil, el triunfante monstruo de laca y metal, que acababa de dar la vuelta a la manzana. Rucio, extenuado, dejaba colgar su cabeza, y ni siquiera se movió cuando el auto se detuvo cerca de él.

—¡Dice usted que es el caballo, y el caballo se queda tan tranquilo al ver el coche! No; es usted el que se ha empeñado en esa carrera loca, solo usted...

Hackendahl no dijo más. Con la mirada melancólica y la cabeza gacha contempló al consejero que subía al coche junto a su sonriente hijo. ¡Es difícil de sobrellevar lo que a veces envía Dios a un hombre probo!

Durante la media hora en que la señora Hackendahl estuvo forcejeando con el formón, el martillo y las tenazas, en la cerradura de la antepuerta de la bodega logró desvencijar la abrazadera, retorcer la plancha... dañarse los dedos. Pero no logró forzar la cerradura.

Extenuada y desconcertada, se sentó en uno de los peldaños de la escalera. A lo lejos, a través de las dos puertas, le parecía oír gritar al hijo encarcelado, pero sus gritos eran inútiles. No podía llegar hasta él. Cuando imaginaba que a causa de una cerradura vanamente desquiciada iba a tener que soportar la más terrible de las reprimendas de su marido, su desconcierto se acentuaba más y más.

Tal como le había sucedido a la sazón, así había ido transcurriendo toda su vida: animada de buenos propósitos y con tan buena disposición como cualquiera, jamás nada le salía a derechas. Ni su matrimonio había sido algo logrado, ni sus hijos resultaron tal como había esperado, ni había podido forzar la cerradura.

Lanzó un mirada a aquel horrible cerrojo de hierro. Naturalmente, se hubiera podido ir a buscar a un cerrajero, pero la ropa sucia es mejor lavarla en casa. Hubiera podido salir al patio y hablar a su hijo por el respiradero del sótano. Pero se exponía a que los vecinos se asomaran burlonamente a las ventanas. Tampoco podía arriesgarse. La vida estaba de tal modo concertada, que no se le podía decir al propio marido lo que a una le disgustaba de él hasta el tedio. Y aun en el caso de que se lo dijera, él no había de escucharla, y si la escuchaba, tampoco cambiaría de proceder. ¡La vida era tan descorazonadora, siempre tan igual, que resultaba insoportable! ¡De todo punto insoportable! Y, sin embargo, se la soportaba.

Una envejecía, engordaba, encontraba más sabrosa la comida... y a todo ello venía a añadirse lo más estúpido de todo, la loca esperanza en el corazón de que todo podría cambiar de pronto.

En aquel cuerpo viejo, desgastado y marchito, se asentaba exactamente la misma esperanza que en el de las jovencillas. Jamás, ni una sola vez, se había colmado, y sin embargo, seguía en él más tenaz que nunca y susurrando: «¡Cuando logres forzar la cerradura y Erich quede libre, tal vez todo cambiará!». Era idiota, pero era así... Entre ella y una vida mejor no había más que aquella simple cerradura. Como siempre, había sido tan solo una pequeñez lo que le impidiera el goce de su existencia. Esto era lo más grave: siempre se había tratado de pequeñeces, jamás de una gran tragedia.

También a su Erich le cupo la misma suerte; por unos cuantos marcos iba a convertirse en una especie de maleante y proscrito; por una pequeñez. La vida era tan horrendamente mezquina, que no daba nada de sí. Cuando alguna muchacha de la vecindad daba a luz un niño, se hablaba de ello durante varios años. Gente insignificante; destinos insignificantes. Poseía ella un cuerpo inusitadamente

voluminoso, cuyo meollo, o sea lo que en esencia era ella misma, seguía siendo del mismo tamaño de otros tiempos, de cuando era Augusta una jovencita; no había medrado.

Está sentada en los escalones del sótano, contemplando la cerradura; luego fija la mirada en su regazo. Sabe que no logrará forzar el cerrojo, y sabe que Erich será por ello desgraciado; tal vez, incluso, se ahorque por ello. Mas no llamará ni a Otto ni al cerrajero. No se le ocurre cómo salir del atolladero.

Y allí queda, sentada y meditando. Tiene la fantasía primitiva de los diecisiete años. Trata de representarse la bodega, y se pregunta si habrá en ella sogas y ganchos, y si será lo suficientemente alta para... De pronto se le ocurre que leyó una vez, en el «Mottenpost», de uno que se ahorcó en el pestillo de la puerta... Y recuerda, al poco, que a los ahorcados les pende de la boca una lengua hinchada y amoratada, y que en los pantalones...

El terror la domina y, levantándose de un salto, empieza a gritar y a golpear con el martillo la puerta del sótano. Mientras golpea grita a todo pulmón: ¡No lo hagas, Erich! ¡Por el amor de tu madre, no lo hagas!

Lo que hace no es consciente, ni oye lo que grita. Mas el corazón atormentado que hay en ella la atosiga y la hace bailar su grotesca danza del dolor... y cuando Otto y Rabause, bajando a toda prisa las escaleras del sótano, preguntan, estremecidos: «¿Qué ha sucedido?», ella se limita a gritar, señalando hacia la puerta: «¡Se ahorca! ¡Se está ahorcando!».

¡Ah, qué cosa más complicada es esta vida! Si la señora Augusta Hackendahl fuera un poco más ladina, más reflexiva y más lista, se diría que había representado toda aquella comedia con el solo objeto de que los hombres abrieran para ella la puerta de la bodega, para así haber alcanzado su objetivo y no quedar detenida por la pequeñez de un cerrojo. Pues sus gritos, sus lamentos, su excitación y su terror pánico, al impedir toda pregunta hacen que los hombres forcejeen, sin pronunciar palabra, puerta y cerradura, mientras ella queda a su lado lanzando sordos gemidos y rogando:

—¡Daos prisa! ¡Ahora lo hace!

Pero la señora Augusta Hackendahl no es lo suficientemente refinada para tramar una cosa así y llevarla a término. Siente verdadero dolor, tiene verdadero terror... y es ella la primera sorprendida cuando, después de forzar la segunda puerta, ve a su Erich sentado tranquilamente sobre un cajón y mordisqueando un mendrugo.

—Pensaba —empieza a balbucear, y guarda silencio. No; no hay nada de ahorcarse, pero ahora que, aunque sin quererlo, ha alcanzado su propósito, le embarga una sensación de dicha. Se apoya en la puerta; con los ojos entornados contempla al hijo, y murmura:

—Erich, ¡qué bien!

Los tres libertadores miran al libertado. Casi se avergüenzan de su excitación al verle tan tranquilo. ¡Y pensar que, como acuciados por la muerte, forzaron las

puertas!

—¡Vaya ánimos que tenéis los tres! —dice Erich, levantándose y desperezándose—. Mirad a Otto, el hijito modelo. Vas a ver como padre la emprende contigo, y al anciano y honrado Rabause. Padre te pondrá en la calle en un amén. ¿También madre...? Si, madre...

Al llegar aquí, hasta incluso aquel sujeto frío se avergüenza un poco y calla.

Todos callan, hasta que de nuevo es Erich el que empieza a hablar. Es singular: este rapaz de diecisiete años actúa como si les sobrepasara a todos en conocimiento de la vida, como si fuera él el más viejo y no el más joven, y los demás lo aceptan.

Y así, Erich pregunta:

—¿Y qué se hace ahora? ¿Qué planes tenéis para el hijo perdido? ¿O es que padre está ya dispuesto a sacrificar el ternero más cebado para la cena de reconciliación?

A la sazón es Rabause el que encuentra estúpida la escena.

—No falta ya casi nada, Erich —dice—, para que vuelva el amo. Y cuando se le sube la mosca a la nariz yo le conozco.

Y dicho esto, se va.

Erich ríe burlonamente, pero su risa es forzada, pues también a él le aterra la inminencia de la llegada del padre.

—Bueno, ¿qué hacemos, madre? No habréis sido tan tontos de venirme a sacar de aquí sin tener algo preparado ¿verdad? ¿Traéis dinero? ¿O algo que llevarme?

Ambos guardan silencio. Es ahora cuando se dan cuenta de que fueron en verdad tontos. Contrariamente al frío razonamiento del hermano, se han comportado con perfecta irreflexión.

—Madre creyó que ibas a hacerte algo... —dice por fin Otto, a media voz.

Erich cae de las nubes.

—¿Yo, hacerme algo? Pero ¿por qué? ¿Por esa porquería? ¿Por un rato de café y ochenta marcos? ¡Sois graciosísimos!

—No por los ochenta marcos —dice de nuevo Otto.

—¿Por qué, pues? ¡Ah! ¿Te refieres a la honra y a la ignominia y demás? ¿Qué me importa a mí la honra y la ignominia de padre? ¡Un pepino! Tengo yo mi propia honra e ignominia; es decir, quiero puntualizar que la ignominia no la conozco, porque cuando se es un hombre avanzado, tal cosa no existe para uno...

A pesar de su seguridad en sí mismo, y a causa de su juventud y poca madurez, se encuentra con que ahora se ha embrollado un poco. Y con tanto más despecho contempla a sus oyentes.

—¿Así es que no habéis preparado nada para mí? —vuelve a preguntar—. Entonces tendré que preocuparme por mí mismo, como siempre.

Y pasando ante ellos sin decirles una palabra, va hacia la puerta del sótano y sube las escaleras.

Madre e hijo se miran uno a otro.

Luego desvían su mirada, cual dos acusados que se avergüenzan de su culpa. La

madre se sienta en el cajón y cogiendo entre sus manos el mordisqueado mendrugo: dice, como para infundirse confianza en su abatimiento:

—¡Ahora no tendrá ya que comer más pan duro!

Mas en el momento en que dice esto le asalta otro mal pensamiento que esfuma su escasa confianza, haciendo que todo parezca más sombrío. Con incertidumbre pregunta, dirigiéndose a Otto:

—¿Y qué hará ahora?

Otto levanta los ojos, perplejo. Tal vez tuvo también el mismo pensamiento que la madre. Mira hacia el techo como si pudiera ver a través de él lo que ocurre en la vivienda.

—¿Y si vuelve a robar? —dice la madre en un susurro.

Otto no contesta.

Ella suspira pesadamente. Desde la liberación de su hijo se va operando en ella una transformación. Ahora él tendrá que cuidarse por sí mismo, y puede volver ella a pensar en el padre.

—No debe hacerlo —repite—. Padre se enfurecería, Otto...

Otto asiente lentamente.

—Por favor, Otto, ve hacia allí —dice—. Ponte ante la puerta, no le dejes entrar. Dile que le daré diez marcos; no, nueve marcos. Le he dado a Eva un marco para la compra. Con nueve marcos puede vivir tres días. Dile esto, Otto, y que hasta entonces ya habré visto si la caja de padre...

—También yo tengo siete marcos.

—Bien; dáselos también. Dile que mande noticias de en dónde se queda. Yo le mandaré lo que pueda por medio de Bubi. Díselo, Otto.

—Sí, madre —dice Otto, disponiéndose a salir.

—Oye, Otto —le llama luego—; dile que tiene que volver a bajar a decirme adiós. De momento yo no puedo subir. La excitación me ha atacado las piernas. No te olvides de decíselo. Tiene que decirme adiós. Soy su madre; yo le he hecho salir.

Otto vuelve a asentir y sale obediente. Otto es el burro de carga de la familia: se le dan órdenes y se le insulta, se le cargan sobre él todos los fardos, y de cuanto piensa y siente, nadie le pregunta jamás. Tampoco entonces dedica la madre a su hijo mayor ni un solo pensamiento. Conserva aún el pan en la mano, lo contempla, lo acaricia, lo huele. Es un buen pan, y es un pan del que ha comido Erich. Lentamente, con fruición, lo mordisquea. El masticarlo, el gusto nutritivo, el tragarlo, la penetración del alimento en ella, le hace bien. El último resto de excitación se desvanece. Come, luego vive. No piensa más en la disputa que tal vez arriba se esté entablando entre los dos hermanos. Tampoco piensa en la próxima discusión con el marido. Come, vive.

Mas apenas acaba de comer el trozo de pan, regresa Otto. Por su cara pálida e inexpresiva no puede colegirse cuál será el mensaje que trae.

—¿Qué? —pregunta la madre, sin dejar de masticar—. ¿Viene Erich?

—Erich se ha marchado ya.

—¿Es que no le has dicho que debía decirme adiós? Te había rogado que lo hicieras, Otto.

—Cuando llegué arriba, Erich se había ya marchado.

—¿Y...? —Impaciente pregunta ella—. Habla ya, Otto. ¿Qué pasa en el cuarto de padre?

—Todo está perfectamente, madre.

—¡Alabado sea *Dios*! —dice, aligerada de su peso—. Siempre lo digo: Erich puede ser irreflexivo, pero no es malo. No; nuestro Erich no es malo.

Espera una confirmación por parte de Otto, pero es demasiado esperar de aquel hijo.

Finalmente dice este:

—Pero ha destrozado la lámpara del cuarto de las chicas...

Ella se extraña.

—¿Por qué la ha de haber roto? ¡No seas tonto, Otto! Seguramente debe de haberlo hecho Doris al limpiar; pero déjate, que ya se lo descontaré yo de su sueldo.

—Bubi nos contó una vez que Eva guardaba sus ahorros en el contrapeso de la lámpara colgante.

—¿Eva? ¿Bubi? ¿De dónde sabe Bubi esto? ¿Y por qué en el contrapeso? En un contrapeso no se puede guardar nada.

—El contrapeso está vacío; se puede destapar.

—Pero... —La madre sigue sin comprender—. Pero ¿por qué ha roto la lámpara?

—Tengo que llevar los caballos a la herrería —dice Otto—. Es seguro que Erich ha cogido el dinero de Eva, Y al hacerla se le ha caído la lámpara y se ha roto.

—¡Yo se lo devolveré a Eva! —exclama la madre—. ¿Cuánto podía tener? ¡Unas cuantas sisas del dinero de la casa! Dile que no arme escándalo; díselo inmediatamente, Otto.

—Ahora tengo que ir con los caballos a la herrería, madre —responde Otto—. Bubi dijo que Eva tenía unos doscientos marcos...

Dicho esto, Otto sale, dejando a la madre ante nuevas preocupaciones.

Eva no se dio gran prisa en la compra de los arenques. Vagabundeó gozando de aquella mañana de junio, pasando por delante del Palacio, en donde la gente estaba de nuevo agrupada en compacta masa esperando al Kaiser...

«¡Qué necios! —pensó Eva—. En el Palacio no ondea el estandarte del Kaiser. De seguro que Su Majestad sigue en su viaje por el Norte. Deben ya haber echado raíces de tanto esperar».

Luego se fue hacia Die Linden, torció por la Friedrichstrasse y lentamente, siguiendo su vagabundeo, llegó hasta los almacenes Wertheim.

Ella llevaba únicamente un marco y no tenía la menor intención de comprar nada en la casa Wertheim. Pero miraba y se alejaba; se alejaba y miraba. Sus ojos irradiaban: la visión de toda aquella seda y aquel terciopelo; aquella profusión, aquella riqueza incesante, la embriagaban. Subía y bajaba escaleras siguiendo el capricho del momento. Al final era ya igual si se detenía a contemplar trajes o porcelanas, termos o sombreros. Lo que la embriagaba no era cada cosa por sí, sino el conjunto. Esplendor y riqueza. Setecientas muestras, ¡cientos de servicios!

Finalmente se encontró perdida en dominios más quietos. A su alrededor había menos gente, la luz parecía más amortiguada. Estaba en el departamento de joyería y bisutería. En las vitrinas rutilaban objetos mates y brillantes. Se inclinó sobre los armarios; respiraba aceleradamente. ¡Suave lucir del oro! ¡Brillo azul y verdoso de los brillantes! Lanzaban sus hacillos de rayos directamente hacia ella. ¡Ah, poseer un día algo así! ¡Relojes y más relojes de oro! ¡Tan bellos, tan pequeños! ¡Anillos muy finos, pero con una piedra mayor que un guisante! ¡Bandejas de plata de elevados bordes por lo que se veía lo macizas que eran...! ¡Y todo lo más que podía lograr con todas sus sisas en la compra eran veinte *pfennigs*!

Lanzó un profundo suspiro.

—Bueno, jovencita —dijo junto a ella una voz muy desenvuelta—. ¿Son cosas muy bellas, eh?

Levantó la vista con toda la predisposición a la defensa que se despierta en las muchachas de gran ciudad ante cualquier intento de conversación masculina. Pero al poco se mostró vacilante. El joven del bigotito negro que estaba junto a ella frente a la vitrina podía ser perfectamente un vendedor. No llevaba sombrero de paja ni Panamá, y en 1914 todos los hombres iban tocados con su sombrero o lo llevaban, al menos, en la mano.

—No voy a comprar nada —dijo, por lo que pudiera ser, retirándose.

—¿Y qué importancia tiene? —preguntó el joven, con su voz desenvuelta, a cuyo sonido se despertó en ella una especie de defensa, si bien no le resultó desagradable—. Mirar no cuesta nada y da gusto. Ande, jovencita —dijo, continuando su palabrería—; imagínese por un momento que yo soy el gordo Wertheim, ¡seguro que

ha de ser gordo!, y usted es mi novia. Y yo le digo: «Elige algo, palomita: lo que el corazón te pida». ¿Qué elegirías, preciosa?

—Es usted gracioso. ¿Qué ocurrencia le ha dado de tutearme?

—Pero, hijita... Si ya le he dicho que soy el gordo Wertheim y usted mi novia. A la novia se la tutea.

—¿Qué ha tomado usted para hacerle hablar tanto antes de almorzar? ¿Por qué está tan excitado?

—¿Yo excitado? ¡Qué va! ¡La excitación se la doy a los demás! Bueno, joven. ¿Qué tal le parecería un collarcito de brillantes, largo por delante, con un cierre también de brillantes por detrás?

—Esto no sirve más que para una vieja —dijo Eva, divertida, a pesar de que tenía la sensación de que en aquel joven había algo que no estaba del todo bien—. No; si yo quisiera algo, sería un anillo de brillantes de estos que están en esta vitrina...

Y se dirigió hacia ella, pasando por delante de un vendedor que se contemplaba aburridamente los dedos, pues era evidente que aquella pareja no eran clientes.

—¿Ve usted? Un anillo así.

—Es una cosita muy mona —dijo el joven con aire de suficiencia—. Pero, jovencita, si fuera usted mi novia no iba a regalarle una quincalla así...

—¡Eso sí que lo creo! —dijo Eva, riendo—. No tiene usted tantos pelos en el bigote como dinero cuesta esto.

—¿Que no tengo? Permítame, señorita, que le diga que me hace usted reír con su conocimiento de los brillantes. Este no es más que bisutería; pura quincalla. Un diamante de cristal, ¿comprende?

—No se las dé de enterado...

—Ya le enseñaré yo las cosas que están bien, jovencita. ¡Mire usted aquí, en este armario! ¡Eso sí que son piedras! Mire lo amarillo que se ve desde aquí, y si lo mira por este lado verá cómo reluce en rojo. ¡Ese sí que tiene sus siete kilates y no tiene ni un carbón! Y este de aquí...

—¡No me hable con tanto fuego! —dijo burlescamente Eva, a quien se le había contagiado el entusiasmo del joven.

—¡Y este de aquí! ¡Hay que ver, hija, lo que hay en este armario! Si usted y yo; si nosotros tuviéramos esto...

—¡Pero no lo tenemos! ¡Ni lo vamos a tener!

—¡Eso no puede decirse, niña! Muchas veces sucede lo que no se piensa. Lleva usted un bolso de Compra muy bonito, y cabe mucha cosa. Si por casualidad tiene que correr, corra cuanto pueda. ¿Qué trenes? ¿Qué puedes tener...?

—¿Qué estupideces está diciendo? —preguntó Eva irritada—. ¿No habrá usted echado la mano a algo?

—¿Ve usted al dependiente ese de allí? —preguntó el hombre, con una voz completamente ronca de excitación—. Ese que se agacha. ¿Puede usted ver el reloj que está encima de su cabeza? ¿Qué hora es? Tengo unos ojos que son una

calamidad. No; si quiere ver la hora se ha de colocar así...

De la excitación de aquel hombre se desprendía algo contagioso. Casi contra su voluntad se colocó Eva como él había dicho. La hora era verdaderamente difícil de ver, y entornó los ojos... Junto a ella oyó un ruido de cristales rotos... Vio como los vendedores se ponían todos a correr movidos de espanto, y también ella echó a correr...

—¡Corra, niña, corra! —gritó la voz ronca junto a ella...

Como una sombra, como algo irreal, vio la destrozada vitrina y una mano que salía cargada de joyas...

—¡Corra ya, estúpida! —volvió a gritar él, lanzándola contra el vendedor que a toda prisa acudía allí. Este trató de echarle mano. Sin saber lo que se hacía, le golpeó y corrió. Venía más gente; rodeó una vitrina; subió dando tumbos una escalera de cinco o seis peldaños de altura y abrió con toda su fuerza una puerta.

Tras ella gritaban varias voces:

—¡Detengan al ladrón!

Un timbre empezó a sonar...

Estaba en el departamento de ultramarinos. Vio varias caras horrorizadas que la contemplaban. Alguien alargó la mano hacia ella, y la esquivó, escondiéndose tras de una mujer gorda. Salió a otro corredor, en donde todo un pilón de frascos de conserva la ocultó... Echó a correr. Había allí una escalera. Abrió la puerta que daba a ella y empezó a descender un piso, dos pisos...

Detúvose a escuchar. ¿Venían? ¿La seguían? ¿Por qué había escapado? ¡Sí no había hecho nada! ¡Qué sinvergüenza de sujeto! ¡Tener el descaro de utilizarla como pantalla para sus robos! ¡Bandido! ¡Como le encontrara otra vez, se pondría a gritar; haría que acudiera todo el mundo; los policías le llevarían a la cárcel! ¡Y entonces se reiría descaradamente a su cara de fresco! ¡A ella, a quien nadie podía reprobar nada, meterla en sus porquerías! ¡Habrás visto!

Lentamente desciende por la escalera con paso tardo y vuelve a huir. Empuja la puerta volante, pasa andando despacio por unos cuantos departamentos y llega cerca de la salida. Más de pronto le acomete un cierto miedo. Se la puede reconocer. A buen seguro que se ha telefoneado ya su descripción a los porteros. Lleva como distintivo la bolsa de compra de hule negro. ¿Por qué la mirará así la vendedora?

Procura dominarse. «No he hecho nada», dícese para tranquilizarse. Pregunta a la vendedora:

—Señorita, ¿dónde está el lavabo?

La vendedora le proporciona información, ella se dirige al lavabo, más al hacerlo cambia de parecer. La escalera, la buena escalera del departamento de ultramarinos la ha salvado ya una vez. ¡Lo mejor que puede hacer es volver a ella!

La escalera está entonces llena de gente que asciende y desciende por ella. Pero tiene paciencia. Coloca el pie en uno de los peldaños y empieza a atarse el cordón del zapato...

Al poco se ve por fin inobservada y coge la bolsa de compra. Sabe, naturalmente, que en el forro del interior va escrito el nombre de «Hackendahl», que tiene que arrancar...

Al ir a hacerlo se detiene. ¡En el interior de la bolsa algo luce y rebrilla!

Temblando, coloca la bolsa en la escalera. ¡Ah, canalla, miserable! ¡La ha hecho cómplice suya por completo; ha arrojado en su bolsa parte del botín! ¡Si la hubieran cogido! ¡Jamás hubiera podido demostrar su inocencia! ¡Ah, si le tuviera allí; si le tuviera allí con todas sus habladurías de bolsas de compra y de echar a correr! ¡Cerdo!

Alguien baja presuroso por la escalera. Mira; es un hombre con el uniforme marrón del almacén. Aprieta los cordones de su zapato, ha extendido con presteza su amplia falda sobre la bolsa...

El uniformado la contempla de reojo. ¿La ha mirado con cara de ceño? En todo caso es ya más que tiempo de salir de la casa. Deben de haber pasado a lo menos diez minutos desde el robo, y con toda probabilidad está ya la policía en todas las puertas... Apenas ha oído el ruido de la puerta volante de abajo, esconde las joyas en el bolsillo de su blanca enagua. No se detiene a observarlas más de cerca, y únicamente cuando coge el anillo de brillantes con la piedra amarillenta, sonrío, diciéndose: «¡Hay que ver qué frescura!».

Arranca entonces el nombre de la bolsa y sale sin ella. Al atravesar la planta baja pasa por delante de mesas de venta, cuyo esplendor se ha convertido para ella en algo usual, y pasando frente al portero, confundida en toda una profusión de clientes, sale a la calle...

¡Ya está fuera! ¡Salvada! ¡Libre!

Cuando los chicos salieron al patio del colegio para el recreo de las once, vieron, naturalmente, el coche de primera categoría parado ante el edificio. Ninguno de ellos le prestó atención, con excepción de Porzig, el famoso maliciosillo, que no pudo contenerse de observar de manera bien perceptible:

—¡Competencia para nuestro querido Bubi! ¡Hackendahl se ufana de su pompa paternal! Decline usted «equus», el penco, Hackendahl...

—¡No armes pendencia, Porzig! —advirtió Hoffmann.

—¡Es precisamente el coche de mi padre! —dijo Heinz Hackendahl—. ¿Crees que por esto me avergüenzo? ¡Qué va!

—¡Oh, asombro! —dijo Porzig, imitando al profesor de griego—. ¡Ciertamente que sí, Hackendahl! ¿Apóyase en la verdad el rumor callejero de que el caballero mayor del Kaiser está en negociaciones con vuestro progenitor acerca de la compra de este rocín deslumbrante?

Rucio, el favorito del padre, presentaba un aspecto desusadamente deplorable. Después de la carrera de la mañana no era más que la ruina de un caballo. Los chicos de la tercera superior miraron primero al caballo y después a los dos antagonistas. Heinz Hackendahl y Hermann Porzig eran enemigos declarados y sus constantes disputas divertían a la clase.

—No graznes, Hermann, ¡oh cuervo! —observó fríamente Bubi Hackendahl—. Los Porzig son coyotes hediondos. Al grito de guerra se esconden en las «wigwams de las squaws».

Esto era una reminiscencia del reverenciado Karl May.

—No veo por ninguna parte el brillante don Pedro de nuestro «Patris équorum», ornato de la corporación de cocheros —exclamó Porzig con bien afectada preocupación. El círculo de los muchachos espectadores se había acrecentado considerablemente y acuciaba la fantasía del burlón.

—¿Dónde se demorará? ¿Por qué no va a llevar al penco ante las cuchillas del salchichero? ¿Estará, indudablemente, en algún mostrador de taberna, bebiéndose un coñac? ¡Habla, legítimo hijo de un coche!

En el colegio era una leyenda de ignorada procedencia que el viejo Fritz había enviado a su Tribunal Supremo un orinal de plata, encolerizado por un dictamen de sus consejeros. Hermann Porzig era hijo de un consejero, así es que Heinz Hackendahl le contestó:

—El brillante don Pedro de mi padre palidece ante el brillo plateado de un don Pedro real. ¿Es cierto que tu padre teme todos los sábados la llegada de tal regalo? ¿Y que tú tienes que escupir en la escobilla?

Al oír un insulto tan grave les acometió a todos los oyentes un estremecimiento de espanto. Porzig enrojeció inmediatamente. Le gustaba más dirigir burlas que

recibir las.

—¡Retira lo del orinal! —exclamó—. Es un insulto para todo el Tribunal Supremo.

—¡Jamás! —exclamó Heinz Hackendahl—. ¡Tu has insultado a mi padre!

—¡Y tú al Tribunal Supremo! ¿Retiras lo dicho?

—¡Jamás!

—¿Guerra a muerte?

—A muerte.

—¿A remuerte?

—¡A archirremuerte! ¡Hasta que uno de nosotros pida merced! —terminó Heinz el canto de desafío del colegio. Miró a su alrededor—. ¡Hoffmann, tú serás mi segundo!

—¡Ellenberg, tú el mío!

—¡Déjalo para luego! —rogó el conciliador Hoffmann—. Nos quedan solo tres minutos de tiempo.

—¡En un minuto pedirá gracia!

—¡Que su inmunda porquería no nos apeste la clase!

Se habían ya despojado de sus chaquetas y ambos estaban en tensión para la pelea.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! —gritaron los ayudantes.

Con los brazos arqueados se acercaron los contendientes uno a otro, y después de tantearse, se agarraron, apoyaron pecho contra pecho, frente contra frente, y pocos momentos más tarde rodaban por la arena del patio de la escuela.

—No tome demasiado a pecho una irreflexión juvenil, señor Hackendahl —le había rogado arriba, en el cuarto de estudio, el director al preocupado padre.— La frase negativa es la virtud para la juventud, tiene hoy más fuerza que nunca.

—Robar dinero no es irreflexión, es maldad. —Había respondido Hackendahl.

—A la juventud actual le es propia una inclinación al goce, que no conocía nuestra generación de viejos —excusó el director—. Un largo período de paz ha dejado adormecida a la juventud...

—¡Debemos tener de nuevo otra guerra! —exclamó Hackendahl.

—¡Por el amor de Dios! ¡No! ¿Se imagina usted qué alarmantes proporciones podría adoptar una guerra moderna?

—¿Por un pueblecillo tal en los Balcanes? En seis semanas se terminaría y habría hecho bien a los jóvenes. Como un baño de acero.

—El mundo entero está lleno de materia inflamable —contestó el director—. Todos miran con envidia a la Alemania que cada vez va haciéndose más fuerte y a nuestro heroico Kaiser. Todo el mundo se nos echaría encima.

—¿A causa de un par de servios cuyo país hasta resulta difícil de encontrar en el

mapa?

—¡A causa de nuestras crecientes riquezas! ¡A causa de nuestra fuerza! ¡A causa de nuestras colonias! ¡A causa de nuestra flota! No, señor Hackendahl, perdone usted; es casi un pecado desear una guerra, simplemente porque el hijo haya hecho una tontería.

—Tiene que tener disciplina militar.

—En menos de un año habrá hecho su bachillerato, y entonces puede usted hacerle servir inmediatamente —dijo el director, excediéndose en palabras—. No le saque ahora precipitadamente de la escuela, por una forma de pensar, que le cierra a él todas las posibilidades.

—Ya me decidiré —dijo Hackendahl, no queriendo ceder.

—¡No tarde mucho en decidirse! —exclamó el pedagogo coactivamente—. ¡Diga ya que sí! Prométamelo.

—Tengo primero que ver...

—Ni esto debe usted hacer. Si le ve usted a él, en su testarudez en su orgullo puede usted cambiar de parecer. ¿Cómo pudo usted encerrarle en una bodega? ¿Tiene esto algo de pedagógico?

—Tampoco a mí en mi juventud me trataron con guantes de seda, y no he robado jamás dinero.

—¿Es usted un juez o es usted un padre? Seguramente también se daría usted alguna satisfacción prohibida. Los humanos somos todos débiles y no tenemos la fama, usted lo sabe ya bien. Por lo tanto dígame ya que sí.

—¡Si me pide perdón!

—¡Señor Hackendahl! ¿Va a pedirle perdón, ahora, en cuando le deje usted salir del sótano? ¡Hay que tratar de obtener lo accesible!

El férreo Gustavo vaciló. Desde el patio del colegio llegaba un griterío ensordecedor.

El director dijo a media voz:

—Es probable que Erich sea el primero en hacer su bachillerato. «Prímus omnium», le llamamos nosotros. El primero de todos, es un alto honor.

Gustavo Hackendahl sonrió:

—Con cebo se cazan los ratones, señor director, ¿no es eso? Bueno, por esta vez haré la vista gorda. El chico vendrá mañana de nuevo a la escuela.

—¡Así se habla, señor Hackendahl! —exclamó el director, jubiloso, tendiéndole la mano—. No se arrepentirá usted... ¿Qué es este escándalo?

Se volvió precipitadamente y corrió hacia la ventana. Desde el patio penetraba un griterío de voces juveniles exultantes y atronadoras.

—¡Eh, Hackendahl! ¡Arriba, Hackendahl!

Porzig había pedido gracia, Bubi era el vencedor. Bañado en sudor y casi ahogado, Porzig apenas podía respirar pesadamente.

—¿Retiras lo del don Pedro, lo del penco, lo de los embutidos de caballo, lo del

mostrador de taberna, todo?

Porzig esta vez emitió solo un gruñido y el círculo dio su aprobación.

—Parece ser —murmuró el director desde la ventana— que se trata de una pequeña disputa de otro hijo Hackendahl. No, mejor será que no nos vean en la ventana; a menudo es más aconsejable hacer como si no se hubiera visto ni oído nada.

—El maldito chiquillo se ha desgarrado los pantalones —masculló Hackendahl tras del superior—. Siempre está echando a perder su cosas, y a su madre le toca zurcirlas.

—El talento de su hijo Heinz radica en otro terreno —opinó el director—. Diría que está más compenetrado con lo práctico de la vida. Tal vez sería cosa de decidir en otra ocasión si lo más adecuado para él no sería un instituto real. Tiene usted dos hijos de buena predisposición...

—Es curioso que el mayor no despunte en nada —dijo Hackendahl—. No es más que un infeliz; en donde se coloca, allí se duerme.

—También tendrá sus disposiciones —opinó el director en tono de aliento—. No hay más que buscar. Buscar y hacerlas resaltar.

—Nada más que un infeliz —repitió Hackendahl—. No me preocupa lo más mínimo, pero tampoco me dé ninguna dicha. ¡Es incluso una cruz!

Otto Hackendahl, una vez entregados los dos caballos en manos del aprendiz del herrero, marchó se apresuradamente, a pesar de que sabía que iba en contra de un precepto del padre: Hackendahl quería que se vigilara al herrero durante su trabajo, no fuera cosa que cortara este una pezuña demasiado hondamente o colocara algún clavo en mala posición.

Pero Otto tenía también sus secretos, y si bien era infeliz mátalas callando, no lo era, con todo, tanto como su padre creía. Entregó los caballos al herrero; todo lo más, de cada veinte, salía uno en que los clavos no estuvieran bien dispuestos, y no tenía que ocurrir esto precisamente aquel día.

Presuroso sale a la calle, y ya con solo verle caminar apresuradamente, más pegado a las casas y evitando la mirada de todos los transeúntes, se adivina que hay algo de raro en él. Propiamente, es un individuo alto y robusto, el más fuerte de todos los hermanos, más fuerte que el padre, pero no tiene buen aire, está desprovisto de energía y de seguridad en sí mismo, le falta voluntad. Tal vez sea verdad lo que le dijo a su madre: su padre se ha ejercitado demasiado con él. Por esto se desmoronó su voluntad. Pero también se debe a que esta voluntad jamás fue fuerte: el árbol fuerte crece contra el viento, los débiles se desmoronan.

Otto va balanceando en la mano un paquete, hasta que se da cuenta de que juguetea con él y lo esconde debajo del brazo como si fuera algún producto del robo. Dobla la esquina de otra calle, la cruza y se dirige, lanzando a su alrededor tímidas miradas, hacia un portal. Atraviesa un patio, traspone una segunda puerta, llega a un segundo patio y empieza presuroso a ascender por una escalera.

Llega al primero de los pisos sin detenerse, al segundo, y sigue ascendiendo. Debe de conocer su camino, pues no mira a los varios rótulos que hay en las diversas puertas. Continuamente le están encontrando varias personas, pero no le prestan atención.

Otto Hackendahl tiene «camouflage», protección por los colores, tan descolorido es, que apenas se le nota.

Ya se detiene ante una puerta. No mira a la placa en que está escrito «Gertrud Gudde, modista». Oprime el timbre, una, dos veces. Se oye ruido en el interior, ruido de movimientos, una voz y la risa de un niño. Otto sonrío.

Sí, así, es. Puede sonreír y no tan solo hacer una mueca, sino sonreír abiertamente, y precisamente porque se siente dichoso. Y sonrío aún más acusadamente cuando ábrese la puerta y corre hacia sus piernas un pequeñín de inseguro andar, gritando jubiloso:

—¡Papá! ¡Papá!

Una mujer dice:

—Hoy has venido tarde, Otto. ¿Qué ha pasado?

—Y dentro de un cuarto de hora tengo que volverme a marchar, Tutti —dice inclinándose sobre sus labios y besándola—. He tenido que dejar plantados a los caballos en la herrería, debo volver en seguida. ¡Sí, sí, Gustavito, aquí está papá! ¿Has dormido bien?

El chiquitín es dichoso; el padre lo levanta en vilo y él ríe y palmorea. También la mujer sonrío, Gertrud Gudde, modista. El director del instituto tuvo razón: nadie está tan desprovisto de aptitudes que no pueda dar la felicidad.

Gertrud Gudde, la pobre, pequeñita, poco desarrollada, con los hombros demasiado altos, con el rostro afilado, aunque con la sosegada mirada de paloma de muchos cargados de espalda; Gertrud Gudde, modista humilde, conoce bien a su Otto, con sus flaquezas, su indecisión, el miedo ante el padre, mas también con su disposición a prodigar la dicha.

—Pero ¿qué pasa en vuestra casa? —pregunta—. Cuéntamelo, Otto, no será tan grave como todo eso.

—De nuevo te he traído unos trabajos de talla —dice él—. Templin te dará aproximadamente unos diez marcos por ellos.

—No quiero que te pases la mitad de la noche en vela tallando. Yo me voy arreglando. Hoy tengo cuatro pruebas.

—¡Ah tú! —dice—. Gustavito, ¿no es cierto que tenemos una madre estupenda?

El niño llama a la madre y palmorea, la madre sonrío. ¡Ah, los dos que han venido a la vida defectuosos, él con la voluntad débil y ella con el cuerpo deformado; ahí los dos, no, los tres en la cocina y el cuarto, solos para sí, dan y reciben tanta dicha!

—¡Ven, un momento, podrás sentarte! Tengo todavía café para ti; aquí hay unas pastas. ¡Anda, come! Gustavito te enseñará entre tanto cómo sabe hacer gimnasia.

Obedientemente hace él lo que ella dice. Tiene siempre algo preparado, venga cuando venga. Es, pues, como si fueran del todo mando y mujer, Y él lo comprende, lo comprende, lo comprende sin una palabra, come siempre, nunca dice que no, aún cuando está harto.

Gustavito muestra sus obritas de arte, de las que la madre está aún más orgullosa que el mismo hijo. La madre a quien hacen dichosa las rectas espaldas y las firme piernas del niño, a ella, que no ha pasado casi ningún día de su vida sin amargura...

—Y ahora cuenta lo que ha sucedido en vuestra casa...

Él lo explica lenta y penosamente. Mas Gertrud Gudde le comprende, lee en su rostro.

Además, conoce a todos de quienes habla: la madre, Erich, Eva y también al temido padre, al férreo Gustavo. De vez en cuando acude como costurera a casa de los Hackendahl, desde hace varios años, Y, así es cómo ella y Otto se conocieron y se amaron. Sin que nadie notara nada, ni siquiera la astuta Eva. El vivo rostro de Gertrud refleja todo cuanto él cuenta y acompaña sus palabras con exclamaciones entrecortadas:

—¡Muy bien, Otto! ¡Lo que dijiste estaba perfectamente! ¿Y forzaste en seguida

la cerradura? ¡Estupendo!

Él la contempla y se siente liberado, tiene la sensación de haber llevado algo a cabo; él, el demolido, el destrozado entre las piedras del molino.

—Pero ¿qué dirá padre de la marcha de Erich? —pregunta finalmente—. Y Eva, que es tan tacaña, ¿qué escándalo promoverá!

—¿Eva? Eva no puede decir nada, al menos a tu padre. Era todo dinero robado y se delataría. ¿No es así?

El asiente lentamente. Así es, esto lo comprende.

—Pero padre... Por lo de Erich... —pregunta de nuevo esperando que también le descargará de aquel peso. 'Ella le contempla pensativamente, con su sosegado mirar de paloma.

—Tu padre —dice— y la figura del férreo Gustavo, que siempre se interpone en su insignificante vida, se eleva descomunadamente tras ellos—. Tu padre —repite sonriendo para darle ánimos—, tu padre se entristecerá mucho: siempre se ha sentido orgullosísimo de Erich. No digas ni una palabra en contra de Erich, ni tan siquiera que ha robado el dinero de Eva. Ya así le resultará bastante difícil. Y confiesa con tranquilidad, que forzaste la cerradura, di, oye, Otto, fíjate en esto, le dices: «también a ti te hubiera hecho salir de cualquier encierro». ¿Te acordarás?

—También a ti te hubiera hecho salir de cualquier encierro, padre —repite con dificultad. Y de pronto exclama—: ¡Pero es cierto, Tutti; así es: no hubiera dejado a padre encerrado!

Y la mira contento.

—¿Lo ves, Otto? No digo más que lo que tú piensas, únicamente que tú no sabes expresarlo así.

—Pero ¿qué hará entonces padre, Tutti?

—Nadie puede saberlo, Otto; con tu padre no se puede nunca saber nada de cierto, por lo testarudo que es... —Tal vez me eche de casa. Y entonces, ¿qué? ¿Tendrás entonces que alimentarme?

—Pero Otto ¡si en cualquier momento encontrarías trabajo! Podrías ir durante el día a una fábrica, como aprendiz, o a trabajar de albañil...

—Sí. Podría hacerlo. Y lo haría.

—Y viviríamos juntos, y tu padre tendría que entregarte tus papeles, y podríamos...

—No, esto no. Contra la voluntad de mi padre no me caso. La Biblia dice...

Es singular, este hombre débil es inflexible en un punto: no quiere casarse contra la voluntad de su padre. Al principio de su amor ella le ha dicho varias veces que podría buscarse los papeles más imprescindibles a espaldas del padre y que ella ordenaría las amonestaciones. ¿Qué iba a cambiar un matrimonio puramente oficial? ¿Cómo podía el padre molestarse por ello, si ni siquiera se enteraría?

Mas no. En esto es él inflexible. En las clases de Religión de la escuela pública, de la preparación para la confirmación que le hiciera el Pastor Klatt, de los abismos

de su alma turbia y oscura se desprende para él este sentimiento: casarse sin la bendición del padre trae desgracia. Necesita la bendición del padre. La bendición en que los demás ni piensan.

Y ella lo sabe, hasta lo ha comprendido. Ha comprendido que en el pecho de este hijo despreciado, el padre es, no solo el dios de la venganza, sino también el del amor; que este hijo despreciado es el que con más tuerza ama al padre. Y no cesa en su empeño en la esperanza de la boda, no por ella, sino por Gustavito, que lleva ya el nombre de pila del abuelo, pero que también alguna vez ha de llevar su honrado apellido. No puede ser de otra forma.

Por eso ansía la boda. ¡Solo por eso!

—¿No podrías, cuando menos, insinuárselo a padre, Otto? —le ha preguntado a menudo—. Alábase por lo menos una vez ante sus ojos cuando voy a trabajar a vuestra casa.

—Lo intentaré, Tutti —contestó él y, sin embargo, no había hecho ni un intento de hablarle.

Es este el único punto en que no están de acuerdo y que saca ella siempre a discusión, a pesar de que sabe que a él le apena. No quiere hacerlo, pero siempre le acude a los labios como le acaba de ocurrir ahora, sin haberlo deseado.

Con presteza añade:

—No, tienes razón. Precisamente ahora no sería indicado, teniendo padre tantos cuidados.

Y mira hacia adelante. Temblando, se posa su mano sobre la mesa, hacia la de él.

—¿No estarás enfadada? —pregunta él, temeroso.

—No, no —le asegura ella prestamente—. Solo que...

—¿En qué piensas? —pregunta él al ver que no sigue hablando.

—Pienso en el asesinato del príncipe austríaco —contesta ella— y en que la gente opina que habrá guerra...

—¿Sí? —pregunta él sin comprenderla.

—¿Tendrías que ir a la guerra, no es cierto?

El asiente.

—Otto —dice ella febrilmente, oprimiendo su mano—. Otto, ¿irías a la guerra sin haberte casado conmigo? ¡Oh, Otto! ¡No lo digo por mí! Pero Gustavito no habría tenido nunca padre si algo te sucediera...

El mira hacia el niño que juega pacíficamente.

—Si hay guerra, Tutti, entonces me caso contigo —dice—. Te lo prometo. Y al ver la luz que hay en sus ojos dice débilmente—: Pero no habrá guerra...

—¡No! ¡No! —grita ella, apresuradamente, aterrorizada por sus egoístas deseos—. ¡Esto sí que no! ¡A este precio no!

Como todas las tardes, el férreo Gustavo había estado en el patio cochero, había pasado las cuentas con los coches de punto de servicio diurno ya de regreso y preparado los coches nocturnos para el trabajo, como todas las tardes. Quizás estuvo un poco más parco de palabras que de costumbre, pero en la excitación general pasó esto inadvertido. Pues aquella tarde los cocheros estaban excitados.

—¡Va a haber guerra! —habían dicho unos.

—¡Simplezas! —exclaman los otros—. El Kaiser acaba de partir de Kiel de nuevo. ¡Si hubiera guerra vendría a Berlín!

—Pero la regata de Kiel se ha aplazado.

—Porque están de luto, no por la guerra. Está con sus parientes.

—«El Noticiero» local dice...

—¡Tú y tus estúpidos noticieros de escándalos! «Adelante» dice que tenemos ciento diez social-demócratas en el Reichstag y que están unidos con los propietarios de todo el mundo: no tendremos guerra.

—¡Calma! —ordenó Hackendahl.

—No admitimos de los capitalistas ni un céntimo para la guerra...

—¡A callar! —ordena Hackendahl de nuevo—. En mi patio no quiero oír estas habladurías.

Callan, pero siguen murmurando a espaldas suyas, y esta vez no le preocupa, por mucho que otras le enfurezca. Tampoco hoy le alegra la recaudación diurna que de nuevo es inusitadamente crecida. Se nota que en Berlín sucede algo. La gente estaba intranquila, no permanecían en sus casas, salían a la calle, se dirigían del Reichstag al Palacio, del Palacio al Ministerio de la Guerra, y de este a las redacciones de los periódicos. Querían enterarse de algo, ver algo. Mas el Palacio estaba a oscuras, el yate del Kaiser bogaba con su dueño por el Cabo Norte; solo al relevo de la guardia podían mostrar su júbilo.

El viejo Hackendahl prohibió en su patio habladurías rojas y siguió luego haciendo sus cuentas. La liquidación diaria era rica, pero ni lo uno le disgustaba ni lo otro le alegraba, y las habladurías sobre la guerra no le interesaban, ¡no interesaban al viejo militar! Pensaba continuamente: «¡Mi Erich se ha marchado! Precisamente cuando me disponía a sacarle del sótano, y cuando quería decirle que podía volver a la escuela y que todo estaba saldado ya, precisamente entonces se ha marchado».

En el patio reina la calma. Los cocheros diurnos se han ido a sus casas y los nocturnos a su trabajo. Hackendahl mira hacia arriba, hacia su casa; en el exterior queda todavía algo de luz del atardecer, mas en el dormitorio matrimonial arde ya la luz. Madre se va ya a la cama. Podría ir él también a acostarse, pero da media vuelta y se dirige al establo.

Rabause reparte a los caballos el segundo pienso, mira de soslayo al jefe,

carraspea, cual si se dispusiera a decir algo, y calla.

Un poco más allá, Otto frota con paja a un caballo.

El cochero lo ha derrengado para alcanzar un tren y ganarse una propina de un marco. Hackendahl se planta allí y contempla pensativamente el masaje:

—¡El vientre, Otto! ¡No te olvides del vientre! —grita finalmente con voz seca.

Otto dirige a su padre una mirada corta y turbia, y frota con vigor el vientre del caballo. Este proceder cosquillea al rocín, que empieza a danzar inquieto y resopla...

—¡Con más energía! —exclama el padre—. ¿Crees que el rocín es una señorita?

Es el tono acostumbrado de los suboficiales, empleado por la fuerza de la costumbre. De nuevo dirige Otto una mirada a su padre. Esta mirada procede de un ojo hinchado y amoratado: el padre le pegó inmediatamente se enteró de que había libertado a Erich. Otto no logró enunciar la frase enseñada por Tutti, tan presto y fuertemente le pegó el padre.

El padre mira casi con odio al hijo entregado al masaje del rocino Sin la precipitada hazaña de liberación de este rapaz, el padre hubiera libertado a Erich y todo hubiese acaecido perfectamente. Por una vez que el que el moscas muerta emprende algo por iniciativa propia, por una sola vez, lo estropea todo.

El padre mira con ira y odio a su hijo mayor.

—¡Levántale la pierna! —grita—. ¿No ves que le haces daño?

El hijo le levanta la pierna, se la coloca sobre la rodilla y sigue frotándola.

—Hoy harás guardia en el establo —ordena Hackendahl—. No quiero que duermas en mi casa.

El hijo sigue frotando.

—¡Estarás hoy de guardia! —vocifera el padre—. ¿No me has entendido?

—Sí, padre —dice el hijo con voz militarmente alta y clara, como se le ha enseñado.

El padre mira una vez más a su hijo con los ojos radiantes de ira, y decide si debe decir algo más que le haga comprender el grado de su desprecio. Mas prescinde de ello. Es demasiado débil; dirá siempre obedientemente «sí, padre»; no conoce la resistencia, tal como tampoco levanta el brazo cuándo se le pega en la cara. Es una esponja; se le puede llenar y comprimir como se quiera, y no se inmuta.

Hackendahl da la vuelta y sale del establo. En el momento de pasar ante el viejo Rabause, que sigue administrando el pienso, dice con aire de concesión:

—Cuando acabes de dar el pienso, puedes irte a: casa a dormir. Hoy te doy fiesta, Rabause.

El viejo Rabause le mira de soslayo; esta vez se atreve a hacerlo y abre la boca.

—He dormido durante el día, señor —balbucea—. No necesito dormir por la noche; Otto lo necesita.

Hackendahl fulmina con una mirada al rebelde; no necesita de ningún defensor de su hijo. El propio hijo es el que debe defenderse si se comete con él alguna injusticia. Pero no se ha cometido desaguisado con él.

—Además, también he contribuido yo a forzar la cerradura del sótano, señor — explica Rabause. Lo encontré justo.

—Ah, ¿sí? —pregunta Hackendahl lentamente—. Conque... ¿Y crees, viejo borracho, que voy a saltarte la piel de la cara como a Otto? Eso es lo que tú quisieras, para que después te pudieras ir haciendo la víctima y el mártir. Pero no te daré este gusto; eres un alfeñique, igual que tu querido Otto. ¡Alfeñiques los dos! ¡Qué asco me dais! —Casi temblando de ira, contempla al viejo—. A las diez te vas del establo y duermes en tu casa, ¿comprendido? —vuelve a gritar—. Este, este, este —señala con el dedo hacia atrás—, este se quedará de guardia.

Y cierra la puerta del establo tras de sí.

Veinte pasos patio arriba, veinte pasos patio abajo. La noche cae, la turbulenta ciudad se va apaciguando, mas en el interior de él no se hará jamás la calma, siempre irá empeorando, empeorando todo. Ni tan siquiera por una vez ha obrado Otto por propio impulso, libertando al hermano; el muy torpe ha necesitado que Rabause abriera el fuego, y él no ha hecho más que seguirle los pasos, tal como durante toda su vida no ha hecho más que seguir los pasos de alguien. Y un ser así es el que le queda a uno en casa, en tanto que el amado, el lleno de vida, huye airado.

Y este corre por el mundo sin dinero, sin comida, sin hogar: sin ninguna clase de apoyo, queda expuesto a todos los peligros de la gran ciudad. ¿Qué será de él?

Grumete de Hamburgo, legionario francés, suicida en el canal de Lanwehr, y lo de menos es que se imagina a su hijo preferido durmiendo en un banco del parque zoológico. ¡Los policías le arrojarán de allí, pues está prohibido dormir al aire libre! El hijo pródigo, entre los cerdos, justamente esto, de él se habla en el Nuevo Testamento, pero no se dice en él ni una palabra de cómo se sintió el padre durante el largo periodo de separación.

Hackendahl da la vuelta y sube presuroso las escaleras, atraviesa el vestíbulo y entra en el dormitorio.

—¿Dónde está Erich?

La madre tiene un sobresalto, se incorpora y lo contempla.

—¿Qué tienes, padre? ¡Qué susto me has dado!

—¿Dónde está Erich? Eso es lo que quiero saber.

—¿Qué sé yo! Ni siquiera me dijo adiós antes de marcharse...

Se detiene. Teme que haya delatado su participación en el hecho, mas él no ha prestado atención. Lo único que quiere saber es dónde está Erich.

—¡No es verdad! —grita furioso—. ¡Tú sabes dónde está!

—¡Te aseguro que no! ¡También a mí me preocupa! Otto le ha buscado, pero él ya se había marchado...

Hackendahl reflexiona.

—No es cierto —dice—. Erich no hubiera huido así. ¿Le has dado dinero?

—¡Nada! ¡Ni un céntimo! —dice ella con tono doliente—. ¡Muy bien sabes tú que no tengo dinero!

Ya está él completamente convencido de que miente. Han escondido en algún sitio a Erich. ¡Demasiado bien le conoce! ¡Como si Erich se hubiera ido de casa sin dinero!

—¡Ya lo sacaré yo en limpio! —dice con tono amenazador, y abandona súbitamente la habitación, para irse al cuarto de las hijas...

Reina allí una casi obscuridad. Eva está echada en la cama. A la última claridad diurna ha estado jugando con sus joyas, se ha probado el anillo, ha prendido los

broches en su camisa de dormir, ¡son tan hermosos!

Cuando aquel mediodía llegó a casa se enteró de lo que había ocurrido con lo robado que tenía escondido en la lámpara y que había mantenido en el más absoluto de los secretos... ¡Y ahora estaban todos enterados de ello! ¡Ah, la ira la dejó desconcertada! ¡Lo que más a gusto hubiera hecho era dirigirse a la policía y denunciar a su hermano, a aquel rastrero maleante!

Mas allí estaban todas aquellas joyas, entre sus temblorosas manos. ¡No podía tener que ver con la policía! Con morbosa curiosidad había estado leyendo la descripción del robo de las joyas en el diario. Naturalmente, cunde la opinión de que el joven y la muchacha son colaboradores, de que ambos trabajan juntos en refinada combinación. Se había encontrado su bolsa de hule...

No, no quedaba más que el silencio y la paciencia; las joyas se deslizan entre sus manos, y esto la hace dichosa. A principios de la mañana ha estado pensando que también ella quería tener su participación en las cosas bonitas de este mundo, y ahora posee ya algo. ¡Posee mucho! ¡No se separará jamás de ese tesoro! ¡Guardará silencio!

Oye los pasos del padre en el corredor, sus denuestos, la voz llorosa de la madre. Prestamente esconde las joyas en una bolsita que cuelga luego entre sus senos por medio de un cordoncito delgado y firme. Luego se vuelve hacia la pared y finge dormir...

El padre está en el umbral de la puerta, escucha.

Desde hace tiempo se ha dedicado a escuchar el dormir de sus hijos; sabe de todos sus ruidos, conoce inmediatamente cuándo fingen y cuándo no...

—¡Eva! —exclama con tono agrio—. Sé que no duermes. ¿Dónde está Erich?

—No lo sé, padre...

—Vaya si lo sabes. Dímelo inmediatamente. —Y casi suplicante, añade:— Sé razonable, Evita; no voy a hacerle nada. Quiero únicamente saber dónde está.

—De veras que no lo sé, padre. Había ido de compras cuando ocurrió toda la comedia. Te lo aseguro, padre. Te lo diría. Por otra parte, yo no le hubiera libertado.

Si esta hija es de la opinión de su padre. A Erich no se le hubiera debido dejar salir. Pero por raro que sea, al padre no le parece bien, expuesto en esta forma.

—No quiero saber —dice— lo que tú piensas. Entérame mañana de si viene Erich o de si manda algún recado, y dímelo inmediatamente.

—Sí, padre.

—¿Lo harás?

—¡Pues claro, padre!

—Bien.

Hackendahl se vuelve, dispuesto a irse, cuando cae en la cuenta de que la segunda cama de aquel cuarto está sin deshacer, y pregunta:

—¿Sofía vuelve a tener servicio nocturno?

—¿Sofía? ¿Es que no te ha dicho madre que también Sofía se ha marchado?

—¿Cómo que se ha marchado?

—Se ha ido con sus piadosas enfermeras. Este mediodía se ha trasladado a vivir a la clínica con todo su equipaje. No éramos lo suficientemente piadosos para ella. Dijo que nos peleábamos con demasiada frecuencia.

—¡Vaya! —se limita a contestar el padre—. ¡Vaya! Bueno, buenas noches, Evita.

Lentamente cierra la puerta y se queda durante un buen rato en el pasillo. Golpe tras golpe y cada vez peor; dos hijos perdidos en un solo día.

«Y tampoco Sofía me dijo adiós. ¿Qué les he hecho yo para que me traten de esta forma? Bueno, sí, he sido inflexible; pero un padre tiene que serlo. Tal vez no he sido lo suficientemente inflexible. Ahora veo lo débiles que son y cómo huyen en cuanto surge alguna dificultad. Hubieran tenido que ser soldados. Con los dientes apretados, sin pestañear y adelante».

Y allí se queda durante largo rato, pasando de un pensamiento a otro; quejumbroso, gruñón, airado. Pero por mucho que les dé vueltas a sus pensamientos, está decidido a no ceder, a no ser blando. Le han herido gravemente, mas no se queja de sus heridas, se queja de que los hijos puedan ser enemigos de su padre, de que le releguen a segundo término.

No, el férreo Gustavo no cede; endereza sus espaldas y emprende la acostumbrada ronda nocturna por la casa. No se esconde en la cama entre lamentaciones, va al dormitorio de los hijos. Los pasos resuenan en él, las camas se destacan débilmente en la oscuridad; de tres que hay en la habitación, dos están sin deshacer...

—Buenas noches, padre —dice Heinz.

—Buenas noches, Bubi. ¿Todavía no duermes? Hace ya rato que debieras estar dormido.

—Ya me dormiré, padre. Tú sigues en pie y te levantas tres horas antes que yo.

—Los viejos no necesitan dormir mucho, Bubi.

—¡Pero tú no eres viejo, padre!

—Vaya si lo soy.

—Vaya que no.

—Que sí.

—No.

El padre recorre el cuarto sumido en la penumbra, y se sienta en la cama del pequeño, preguntándole, en tono de camaradería y nada paternal:

—¿Tienes alguna idea de adónde haya ido Erich?

—Ni idea, padre. ¿Te preocupa?

—Sí; en casa no hay nadie que sepa dónde está.

—No creo que sepan nada, pero mañana veré si me entero, en el colegio. Tal vez sus amigos sepan algo.

—No dejes de hacerlo, Bubi.

—Descuida, padre.

—Y podrías también ir a ver al director. Le había prometido que mañana volvería a mandar a Erich a la escuela. Ya no puedo hacerlo. Explícaselo tal como es...

—¡Oh, padre!...

—¿Que?

—Que no quisiera mañana tener que ir a ver al dire...

—¿Por qué no? ¡Y no quiero que le llames el dire!

—Es que tal vez quiera castigarme. Precisamente hoy uno de mi clase y yo nos hemos pegado, y Kunze nos ha apuntado y ha dicho que se lo dirá al dire... al director.

—Y, ¿por qué os habéis pegado?

—¡Ah, porque sí! Tiene una cara que está pidiendo a gritos que se la ablanden a golpes.

—¿Y se la has ablandado?

—Y tanto, padre. ¡Para obtener nota! Al final lo único que le preocupaba era poder respirar un poco, y estaba continuamente gritando «pax».

—¿Qué quiere decir «pax»?

—Pues, paz. Es lo que uno grita cuando ya no puede más de golpes.

—Bueno, pues por esto puedes ir tranquilamente a hacer mi encargo con el, director. Precisamente el señor director y yo os hemos estado mirando desde la ventana mientras os pegabais.

—¡Estupendo! ¡Tenía ya un resquemor! Un cuatro en conducta me hubiera fastidiado.

Durante unos momentos reina el silencio. El padre se ha pacificado y tranquilizado al lado de aquel hijo.

—Bueno, pues, muy bien, Bubi, no te olvides de ello. ¡Que duermas bien!

—Y tú, también, padre. No te preocupes por Erich.

Es más ladino que tú, que yo y que el director juntos. Erich saldrá siempre adelante de todo.

—Buenas noches, Bubi.

—Buenas noches, padre.

CAPÍTULO II

LA GUERRA

1

Treinta y uno de julio de 1914.

Desde primeras horas de la mañana y hasta muy dentro del parque está la multitud estacionada ante el Palacio Imperial, sobre el que ondea el dorado estandarte del emperador, signo de la presencia allí del más alto señor de los ejércitos. Incesantemente acude y retírase la gente de aquel lugar; esperan una o dos horas y se van de nuevo a sus ocupaciones cotidianas, que desempeñan con prisas y superficialmente, pues sobre todos ellos pesa la cuestión: «¿Habrá guerra?».

Hace tres días que la aliada Austria ha declarado la guerra a Servia. ¿Qué va a suceder? ¿Quedará el mundo en paz? Total, una guerra por los Balcanes, en que se bata un imperio gigantesco contra el pequeño pueblo servio. ¿Qué puede importar? Pero se dice, también, que Rusia moviliza, y que Francia se agita. ¿Qué hará Inglaterra?

El aire es cálido, y se hace cada vez más opresivo. La multitud se inquieta. Por la mañana debiera haber hablado el Kaiser, desde el palacio, mas aun Alemania sigue viviendo en paz con todo el mundo. Ya la tensión es insostenible; ha transcurrido un mes entre incertidumbres, entre idas y venidas, negociaciones incomprensibles, amenazas y promesas de paz; los nervios de la gente están desquiciados por la larga espera. Cualquier decisión es mejor que aquella espera horrible e insegura.

Por la multitud se van abriendo paso vendedores de salchichas, periódicos, y helados. Mas no venden nada, pues la gente no tiene el ánimo para comprar ni para leer las noticias de primeras horas de la mañana, que han quedado ya caducas y falsas. ¡Quieren que se haga pública la decisión! Hablan entre ellos excitada, febrilmente, cada uno sabe algo nuevo. Mas, de pronto, a media conversación, guardan silencio y, olvidándose de todo, se quedan mirando fijamente hacia las ventanas del Palacio, hacia el balcón por el que aquella mañana hubiera debido hablar el Kaiser... Tratan de atisbar por los cristales, mas estos reflejan el sol; y en el espacio en que les es dado atisbar no ven otra cosa que las amarillas cortinas.

¿Qué estará ocurriendo allí dentro? ¿Qué se decidirá aquel atardecer? ¿Qué decisión recaerá sobre cada uno de aquellos que esperan, ya sea hombre, mujer o niño? Han vivido cuarenta años en paz, y no pueden imaginarse lo que el concepto de guerra representa...

Mas a pesar de ello intuyen que una sola palabra que salga de aquella casa, muda y cerrada, puede cambiarlo todo, toda su existencia. Y esperan aquella palabra, que si

bien temen, temen también que no se pronuncie, que tantas semanas de espera hayan sido en vano...

De repente reina entre la multitud un silencio inconmensurable, cual si retuviera la respiración... No ha sucedido nada, ha sucedido nada más que han sonado los relojes de las torres de Berlín desde cerca y desde lejos, presurosos y lentos, en tono alto y en tono bajo y profundo: son las cinco...

Aun no ha sucedido nada, y la gente espera anhelante...

En esto ven cómo se abre la puerta del edificio, y lentamente va dejando espacio; con sorpresa ven salir por ella a un policía, a un guardia berlinés con su uniforme azul y su casco en punta...

Con la vista fija en él siguen todos sus movimientos... El policía se encarama a la barandilla de la escalera y les hace signo de que guarden silencio.

No es necesario, pues reina el más absoluto interés... El policía se quita lentamente el casco, que mantiene ante el pecho. Anhelantes siguen los espectadores cada uno de sus movimientos, a pesar de que es un policía de los más corrientes, tal como pueden verlo, en cualquier momento, en todas las calles de Berlín... Y, sin embargo, les tiene como subyugados. En los años siguientes tendrán que ver cosas horribles e insólitas, pero jamás olvidarán la forma en que aquel guardia se quitó el casco y lo mantuvo ante el pecho.

El policía dispónese a hablar, y quedan todos pendientes de lo que va a decir. ¿Qué será? ¿Significará para ellos la vida o la muerte? ¿La guerra o la paz?

El policía rompe a hablar diciendo:

—Por orden de Su Majestad el Kaiser, os comunico que se ha decretado la movilización.

Y dichas estas palabras, el policía fija la mirada por encima de la multitud y vuelve, como una marioneta, a colocarse el casco.

Durante un momento la multitud guarda silencio, y al poco empieza a oírse entre ella voces aisladas que entonan un himno, al que van uniéndose cientos y miles de voces: «Agradeced a Dios sus mercedes con manos, boca y corazón...».

Maquinalmente, como una marioneta, vuelve el policía a quitarse el casco.

2

Por el Linden cruzan rápidos los automóviles, en los que oficiales, de pie, hacen ondear banderas y, colocándose las manos a guisa de bocina, exclaman: «¡Movilización, movilización!».

La gente ríe, dichosa, y aclama a los oficiales. Cruzan flores por los aires, y las muchachas, arrancando de sus cabezas los inmensos sombreros de paja, los enarbolan por las cintas, gritando, a su vez, con animación: «¡Movilización, movilización! ¡Guerra!».

A los oficiales les ha llegado su hora. ¡Estaban tan hastiados de no hacer más servicio que el de limpiarse las polainas como desde cuarenta años atrás venían haciendo...! Ya apenas si la gente les prestaba atención. ¡Resultaban tan inútiles! A la sazón todo el mundo les aclama, brillan los ojos de la gente. ¡Van a pelear y tal vez a morir por la libertad y la paz de cada uno!

—¡Y que haya tenido la suerte de poder verlo! —exclama el viejo Hackendahl, en el colmo del entusiasmo—. ¡Desde ahora todo irá bien!

Cogido a uno de sus brazos va Heinz, y prendida del otro, Eva. Sonrientes, se mezclan con la multitud. Eva, enardecida, envía besos, con la mano, a los oficiales que van en los autos:

—¡Oh, padre! —exclama Heinz, oprimiendo fuertemente el brazo de su padre contra su pecho.

—¿Qué te pasa, Bubi? —Hackendahl tiene que agacharse muy bajo para poder entender, entre el barullo, lo que su hijo le dice.

—Padre... —le dice, con anhelo—. Padre... —Y ya decidido a expresar su sentimiento, añade—: ¿No podría yo también acompañarles?

El padre no le comprende.

—¿Cómo? ¿Acompañarles?

—Írme con ellos... a la guerra... a luchar con el enemigo. ¡Oh, por favor, padre!

—Pero Bubi —dice el padre. Y si bien emplea un tono de burla, se siente orgulloso de su hijo—: ¡Si tienes solo trece años! Eres aún un niño...

—¡Ah, padre, si tú lo permitieras, estoy seguro de que podría ser! Preséntame en tu regimiento, en Passewalk... ¡Me consta que hay cornetas de mi edad!

—¡Cornetas! ¡Vaya cosa para el hijo de un antiguo primer sargento! En Alemania no hay cornetas... tal vez los haya entre los calzones rojos...

—¡Ay, padre!

—¡Cógete a mí, Eva, cógete bien! ¡Hemos de procurar llegar a casa! ¡Hay que informar a Otto! ¡Otto no debe de saber nada! ¡Si hoy se ha decretado la movilización, tendrá que presentarse mañana, a lo más tardar! O tal vez hoy mismo... ¡Qué sé yo! Andad, vayamos a casa. ¡Tengo que ver inmediatamente lo que pone en su cartilla!

Y caminan en contra de la avalancha, sucediéndoles a menudo que no pueden moverse del sitio. Han de agarrarse muy fuertemente, para no verse separados.

Heinz mira a su padre de soslayo.

—Oye, padre...

—Dime...

—Padre, no te enfades, ¿no tendrá también Erich que ir al servicio?

—¿Que si tendrá? —El padre le contesta con deferencia, como si se tratara de un hijo mayor. También él ha estado reflexionando sobre aquel extremo—. Como tener, no. ¡Si solo tiene diecisiete años! Pero podría presentarse como voluntario.

—¿Erich, voluntario, padre?

—¿Y por qué no? ¿Vas a empezar a hablar mal de tu hermano, Heinz? Ahora no hay lugar a ello, ahora tenemos que apoyarnos unos a otros. Ahora se da todo el mundo cuenta de que depende de los demás, también Erich.

—Sí, padre, también yo lo creo; ahora lo veo todo cambiado.

—Sí, todo cambiado. Ya verás cómo ahora volverá Erich a casa. Volverá por su propio impulso. Y tiene que hacerlo, porque yo tengo su documentación, y la necesitará. Pero aunque así no fuera... volvería igualmente, Bubi, ahora ya sabe que no se puede vivir solo. Cada uno depende del otro, y todos dependen de todos; así somos los alemanes.

—Sí, padre.

—El que hayamos estado buscando inútilmente todas estas últimas semanas era algo que tenía que ser. Tenía que aprender primero lo que representa estar completamente solo, sin tener a nadie. Ahora todos dependemos unos de otros. ¿Ves como Eva habla y ríe con aquel hombre? Hace un momento ni se conocían y dentro de otro momento tampoco se acordarán uno de otro. Pero en este instante se sienten unidos; notan que tienen un interés común: ¡Alemania! Ya verás, en cuanto lleguemos a casa tal vez esté ya Erich con madre, esperando nuestro regreso. De ser así no quiero que se diga ni una palabra acerca del pasado, Bubi. ¿Me comprendes? Todo lo daremos como pasado y olvidado. Ya, desde ahora, no pasará nunca más lo que pasó. Y quiero que os comportéis lo mejor posible, como verdaderos hermanos. Ahora todos somos... ¡Eh! ¿Dónde está Eva? ¡Ah, allí!... ¡Eva, estamos aquí! ¡Esta chica! ¡Ni siquiera ve dónde estamos! —y poniéndose las manos ante la boca grita—: ¡Eva, Hackendahl! ¡Hac-ken-dahl! ¡Por aquí!

Todo un tropel de muchachos avanza por el Linden, cogidos unos a otros, tratando, hasta el extremo que se lo permiten las apreturas, de andar marcando el paso, mientras cantan: «Victoriosos, daremos al traste con Francia...».

Uno de ellos trata, sonriendo, de coger a Eva, que va luchando contra la corriente, y ella, sonriente a su vez, le elude.

Hackendahl mueve la cabeza:

—¡Se nos ha perdido! Ya ni la veo. ¿La ves tú, Bubi? No, ya me doy cuenta de que para ello eres demasiado pequeño... Vamos, Heinz, ya llegará ella sola a casa, y

lo mejor será que nos demos prisa. Hay que informar a Otto, y tal vez esté Erich esperando...

3

Propiamente, a Eva le vino muy bien verse separada de su padre y su hermano. No había hecho nada por obtenerlo, pero cuando acaeció, no se había tomado grandes molestias para volver a reunirse con los suyos. Sonriente, se abrió paso entre la multitud, en dirección completamente opuesta a la de ellos, o sea bajando por el Linden hacia la puerta de Brandeburgo...

La conversación sostenida entre su padre y su hermano la había aburrido soberanamente. No sabían hablar de otra cosa que de Erich y de Otto, de guerra y apoyo mutuo. ¡Simplezas! Que si ahora tenían que apoyarse los unos a los otros y formar una hermandad única; que si el amor... ¡Estaba ya hasta la coronilla de las últimas semanas! Y, además, ¿qué tanta guerra? ¿Por qué había de haber guerra? Por ahora no era más que movilización, y si algo había comprendido durante aquellos últimos tiempos era que no significaba lo mismo movilización que guerra. En todo caso, si la guerra tenía que ser parecida a la movilización de hoy, sería una cosa estupenda. Jamás, hasta entonces, había visto a los hombres tan animados ni con los ojos tan brillantes. Uno, pequeñito, gordo y con perilla, ya maduro, pues de seguro tendría cuarenta años, la cogió, de pronto por el talle:

—¿Qué hay, pequeña? ¿También tú te alegras? Yo estoy contentísimo.

Y antes de que pudiera protestar, ya se había marchado.

—Se busca una madrina de guerra que me zurza, pronto y bien, los calcetines — exclamó, galleando, un mozo. Y todos se echaron a reír.

Era magnífico dejarse mecer y arrastrar por aquella oleada; era regocijante.

A su espalda sintió que alguien le posaba la mano sobre el hombro, y una voz algo ronca preguntó:

—¿Qué tal, señorita, sigue usted bien?

Se volvió y vio, con espanto, el rostro que en cierta ocasión viera por unos minutos y que no había olvidado: un rostro descarado y cetrino, con el bigote muy negro.

—¿Qué quiere usted? —exclamó—. No le conozco de nada. ¡Haga el favor de dejarme en paz!

El joven sonrió. Y; mirándola fijamente, dijo:

—No importa que no me reconozca, ya me irá conociendo.

—¡Déjeme en paz o llamo a un guardia!

—Bueno, pues llámelo ya, señorita, llámelo. Si quiere, le ayudaré a gritar. ¿O será mejor que vayamos juntos a su encuentro? ¿Eh? ¿Sí? A mí no me molesta nada ver el azul de su uniforme; ha sido siempre mi color favorito. También usted lleva un trajecito azul muy bonito, señorita.

Eva había tenido siempre el desparpajo característico de las berlinesas, y no se dejaba amilanar fácilmente por nadie. Mas a la sazón sentíase intimidada, y su

aplomo desaparecía ante la seguridad que aquel sujeto tenía de sí mismo, ante su frío empaque, y el modo desvergonzado con que le sobaba el traje encima del pecho. Y precisamente entre su pecho llevaba colgado...

—Déjeme marchar, por favor —rogó débilmente—. Debe tratarse de una confusión...

—Naturalmente que la voy a dejar marchar —respondió él, sonriendo—. Con este calor, el caminar resulta sano. Vamos, señorita, la acompañaré un rato —y con desenvoltura la cogió del brazo—. Hay que ver a los micos estos —continuó, con tono decidido— lo entusiasmados que están porque podrán ir a la guerra. Como si ya que quieren que haya una carnicería, no les fuera mucho más sencillo hacérsela ellos mismos, ante el espejo, con la navaja de afeitar. ¡Qué va! —dijo, como conclusión—, esto no es, ni mucho menos, para nosotros; a nosotros, que nos den lo bello de la vida.

—Por favor —le rogó ella, con insistencia—. Déjeme marchar, yo no le conozco de nada.

—¡Rapaza! —dijo, en un susurro. De pronto habíase transformado su sonriente rostro, y la miraba con fría y enojada furia—. ¡No me vengas con monsergas! Desde hace cuatro semanas estoy recorriendo Berlín de punta a punta, por si te encuentro, y ahora que finalmente te he hallado ¿crees que voy a dejarte escapar así como así?

Y la mira amenazadoramente. Ella, bajo tal amenaza, se estremece y calla.

—¿Es que te crees que escondí las cosas en tu bolso de compra, cuya imagen está en todas las columnas de anuncios, para que te las guardaras? No, hija, no somos tan estúpidos... Tienes que devolvérmelo todo y bien devuelto...

Y fijó en ella la mirada, haciendo que Eva asintiera en contra de su voluntad...

—Además, en cuanto me lo hayas devuelto todo, todavía no habrá terminado todo entre nosotros. He estado buscando una como tú, salida del cascarón, que venga a aliviarme el trabajo... No te imaginas lo bien que te voy a adiestrar. Vas a ser una gran personalidad; en la Prefectura de Policía tendrán tu retrato enmarcado: «¡Es la que empezó con el robo de joyas en Wertheim!», dirán.

—Por favor, no —suplicó—. La gente...

Su cabeza trabajaba febrilmente, Tenía que resultar posible escabullirse de él y desaparecer entre la muchedumbre... Tan solo esperaba el momento en que cesara la presión que su mano le ejercía en el brazo...

—Pues sí, ¿cómo te llamas?

—Eva... —dijo, débilmente.

—Bien, y ¿qué más, mi lindísima Eva?

—Schmidt.

—¡Ah!, sí, claro, Schmidt. Ya me lo figuraba. También Meier me hubiera resultado lo suficientemente corriente. Y, ¿dónde vive, señorita Schmidt?

—En la calle de Lutzow.

—¡Ah!, ¿conque en la cape de Lutzow? ¿Muy distinguido, verdad? Y, ¿dónde

tienes las cositas aquellas tan relumbrantes? Ya sabes. ¿En casa, no?

—¡Allí las tengo! —dijo ella astutamente. Estaba a la sazón firmemente decidida a ponerle, en cuanto le resultara posible, la mano que le quedaba libre ante los ojos para que, al tratar él de quitárselas, la dejara libre...

—De modo que en casa —repitió él burlonamente—. ¿Es también un buen sitio tu casa? Y, ¿en dónde las tienes metidas? ¿A que es debajo de la almohada, eh?

—No —dijo ella—. En el contrapeso de la lámpara.

—En el contrapeso de la lámpara —repitió él; pensativamente—. No está mal. ¡Tienes talento para tu profesión! No será la primera vez que usas el escondite. ¿Debías ya haber robado antes algo, eh?

Ella no le contestó, enojada por la equivocación cometida.

Y de repente le acomete a él aquella súbita transición desde la burla sonriente y despectiva a la amenaza desnuda y brutal. Su rostro cetrino se acerca a la blanca tez de ella para susurrarle, con voz ronca:

—¡Y ahora te enseñaré yo a qué vamos a jugar, señorita Schimdt de la calle de Lutzow, la de la lámpara colgante! Vamos a jugar a los besos y a las parejas; cuando yo silbe, acudes inmediatamente, ¿entendido? ¿Entendido? Mírame, manceba.

Y ella le mira, temblorosa.

—Tú, ¡manceba de un ladrón! —dice él entre dientes—. La encopetada señorita Eva Hackendahl.

Y fija en ella su mirada, con expresión de triunfo, regodeándose con delicia en su desazón al darse ella cuenta de que no hay evasión posible y que conoce su nombre. No hay escape...

El disfruta con su triunfo. Mas al verla tan descompuesta, presa de mortal palidez y temblando, se disipa su ira.

El vencedor tórnase magnánimo.

—Sí, ya veo que te asombra —dice, sonriendo—. Pues otra vez no te procures un viejo que se ponga a gritar tu nombre hasta medio Linden. Ya ves, yo no soy así, no hago nada que pueda comprometerte. ¿Era tu padre el que gritaba de aquella forma?

Ella asiente.

—¡Cuando te pregunto algo, tienes que contestar! ¡Di sí!

—Sí...

—Di: Sí, Eugen.

—Sí, Eugen.

—Bien, y ahora, ¿dónde vives verdaderamente? Pero no vuelvas a soltarme una bola, pues te aseguro que cada vez que me mientas te romperé los huesos. Y te advierto que lo haré...

Ella está convencida de que es capaz de hacerlo, y no hace más que buscar un medio de evadirse, sin hallarlo...

—¿Dónde vives?

—En la Frankfurter Allee.

—¿En qué número?

—Es una cochera...

Él emite un silbido entre dientes.

—¡Ah!, ¿es aquel tipo de los coches? ¡Si le conozco! ¡Todo el tiempo estaba pensando: tú conoces a este tío con cara de sargento! ¡Pero si me he echado una novia estupenda, un partido de primera, es estupendo! —Y, de repente, se muestra muy enardecido—. Ya verás, pequeña... Evita...

Ella sigue temblando.

—No pongas esta cara de miedo. De mí no tienes que tener miedo. Soy el hombre mejor intencionado de todo Berlín, una verdadera joya, si haces lo que te digo. Así es que esta noche, a las nueve, te espero en la esquina de la calle Frankfurter con la Avenida. ¿Entendido?

Ella asiente, mas al ver en él un movimiento, dice, prestamente:

—Sí, Eugen.

—Las cositas aquellas refulgentes, ya sabes cuáles, no hace falta que finjas traerlas, porque ya veo que las llevas contigo... No tienes que ser tan estúpida como para contarle a un individuo tan experto como yo que las guardas en el contrapeso de la lámpara, en tanto que durante todo el rato estoy viendo la cinta en tu escote...

Eva palidece de nuevo.

—Pero yo no soy así, y te libraré del cuidado. ¿Qué harías con ellas? No las puedes llevar, y te comprometerían. Pero, en cambio, te daré otra cosa que podrás llevar y que también es bonita, así es que lo cogeré...

—¿...?

—Y por lo demás, chiquilla —le dice, oprimiendo su brazo cariñosamente—, lo nuestro va a ser una cosa que estará muy bien, y no tienes por qué tener miedo, pues juntos podemos vivir horas muy buenas.

Y con una risita corta subraya el hecho de que el brazo de ella queda a la sazón inmóvil entre su mano crispada.

—Y una cosa más: no tienes más remedio que encajar, y nada te libraré de ello; cuando yo te diga, desde arriba de mi trono, salta, mejor es que saltes, porque si no, no sé a qué extremo me llevará mi furor.

Y dejándola repentinamente libre, la contempla con recelo.

—¿Tienes miedo? ¿Eh?

Ella asiente, lentamente, con los ojos arrasados en lágrimas.

—Ya te pasará, Evita —dice con superficial consuelo—: Al principio, todo el mundo tiene miedo, pero pasa. Y no me vengas con tonterías como la de correr a denunciarme a la Policía, pues te mataría lentamente, tanto sea ahora como dentro de diez años.

Y después de una breve risa hace un movimiento de asentimiento y le ordena:

—¡Hala!, a casa.

Antes de que ella tenga tiempo de reflexionar, él ha desaparecido.

En una habitación del primer piso de una casa de la calle de Jäger pasea un hombre corpulento y moreno, que va con pantalones y en mangas de camisa. Pasea de un lado a otro, mientras va silbando la Marsellesa, y sus pies, calzados con zapatillas de cuero, pisan blandamente en el suelo cubierto de linóleo.

De vez en cuando acércase el hombre a la ventana y mira hacia abajo, por la calle de Jäger, que participa en algo del tumulto que en aquella primera tarde de movilización reina en Unter den Linden. Luego sacude la cabeza y silba más bajo, pero sigue paseando.

Al poco, ábrese, en el exterior, la puerta del piso: Rum, rum, óyese, al cerrarse, y se perciben unos pasos presurosos que se acercan; la puerta se abre de un tirón y aparece en su marco Erich Hackendahl, respirando aceleradamente y con las mejillas muy enrojecidas.

El individuo corpulento y moreno mira con gravedad al joven.

—¿Qué hay? —pregunta.

Erich se limita a decir:

—Movilización.

El hombre le sigue mirando mientras coge de una silla la chaqueta y empieza a ponérsela.

—Era de esperar —dice, finalmente, con lentitud—. ¡Pero movilización no representa la guerra!

—¡Ah, señor doctor! —exclama Erich, aun sin aliento—. ¡La gente está tan entusiasmada! Han estado cantando: «Agradecemosle a Dios». También yo me he unido a sus cantos, señor doctor.

—¿Y por qué no habían de estar entusiasmados? —pregunta el doctor, acabando de ponerse la chaqueta—. ¡Algo nuevo lo es! Y luego, seguidamente, habrá hablado vuestro radiante Kaiser acerca del glorioso ejército, de enemigos en todo el mundo.

—¡Nada de eso! ¡Nada de eso! —exclama el joven—. ¡Está usted del todo equivocado, señor doctor! Ha salido por el portal un policía, un vulgar guardia, y ha comunicado la movilización. ¡Fue soberbio!

—Es un gran comediante el héroe ese que tenéis por Kaiser —dice, imperturbable, el hombre corpulento—. Por lo visto ahora le da por la sencillez prusiana. Ha copiado a Federico el Grande. Pero Erich, hijo, lo que pasa es que no ves el cebo que os está tendiendo; ya conoces su pasional predilección por la pompa y el boato. ¡De repente va a servirse de un guardia! ¡Pura comedia todo!

—Pero cuando cantamos todos a coro no era ninguna comedia —contestó el joven casi impertinentemente.

—¿Y no te molestaste siquiera en mirar a la gente que cantaba? No era el pueblo, hijo mío, no era el trabajador, el productor. Eran burgueses gordos, y si daban las

gracias a su Dios por la movilización, se las daban por el gran negocio que esta les depara. El mayor de los negocios, ganancias de guerra a costa de los cuerpos de sus hermanos...

—¡Ah, deje esas cosas, señor doctor! —exclamó Erich apasionadamente—. ¡Usted no estuvo allí! Yo estoy convencido de que no pensaban en el negocio y que en lo que pensaban era en Alemania, que se ve amenazada por Rusia, por Francia y, tal vez también, por Inglaterra...

—Decídete con calma, Erich —dijo el individuo moreno, imperturbable a pesar del arranque del joven—. ¡Tienes un juicio muy claro; reflexiónalo antes! Si nosotros nos ponemos ahora a movilizar, amenazamos a nuestra vez a los demás, y tal vez a esta misma hora el trabajador del Neva y del Sena sienten la patria amenazada por nuestra conducta.

Erich se quedó perplejo, pensativo.

—Los demás... —empezó a decir. El individuo sonrió.

—Ahora quieres decirme, Erich, que son los demás los que han empezado, como hacen los niños cuando van a quejarse a su madre. Pero ya no somos niños, Erich. El trabajador, Erich, no tiene otra patria que el proletariado de todo el mundo...

—¡Pero Alemania!...

—Alemania, Erich, es, aún hoy día, un país en que el trabajador ve indefensos sus derechos. Trabaja y fastídate, y esta sigue aún siendo la solución. El trabajador alemán tiene tan solo un amigo en todo el mundo y este es el trabajador francés, el ruso. ¿Y contra él precisamente va a tener que tirar? Y con súbito ardor añade: —Somos ciento diez los diputados social-demócratas en el Reich y no accederemos a los créditos de guerra; votaremos en contra. Con nosotros dirá que no casi un tercio del pueblo alemán.

—Yo he estado ante el palacio —empezó a decir de nuevo Erich al cabo de una pausa, casi con insistencia—, les he oído cantar y he cantado con ellos, había trabajadores que cantaban. No puede ser ninguna mala cosa lo que tanto nos ha enardecido...

—Pues es una mala cosa. Ahora estás aturdido, Erich, pero es un aturdimiento nocivo. No sabes aún lo que representa una guerra en la que los hombres disparan contra sus semejantes, en la que a un hijo de madre le es permitido matar a otro hijo de madre, destrozarlo...

—Y usted, ¿sabe usted lo que es la guerra? —exclamó Erich.

—Sí lo sé. Desde mi juventud he estado luchando por el proletariado y también eso ha sido una guerra, cada día había muertos, mutilados... Pero yo al menos sabía por qué luchaba: era porque el proletariado alemán, y con él el proletariado de todo el mundo, viviera un poco más felizmente, un poco más fácilmente. ¿Por que lucháis vosotros? Dímelo, si puedes.

—¡Luchamos por defender a Alemania!

—Pero ¿en qué consiste tu Alemania? ¿Es que tiene una casa para su hijo y le

proporciona el pan diario y el derecho al trabajo? ¿Es su lecho piojoso el que ha de defender o la guardia que le disuelve sus reuniones? Esto lo tienes en todo el mundo y para ello no necesitas de ninguna Alemania.

—Ha de ser falso lo que usted dice —respondió Erich—. No lo puedo decir con palabras, pero lo siento; Alemania es algo más, y si verdaderamente el trabajador no tiene más que un lecho piojoso como usted dice, aun en este caso será más feliz teniéndolo en Alemania y entre alemanes, que en todo el resto del mundo...

Y quedaron en silencio durante un rato, mientras en la calle crecía el barullo y volvía a decrecer, subía y bajaba como una marea...

El individuo corpulento empezó a moverse como el que sale de un sueño.

—Ahora tendrás que irte, Erich —dijo con calma—. Yo no puedo seguir teniéndote conmigo por más tiempo Erich hizo un movimiento.

—No, Erich, no te lo digo por despecho. Pero soy diputado del partido socialdemócrata y no me es posible tener de secretario a un exaltado por la guerra. Sería absurdo. Cuando viniste a mí, hace cuatro o cinco semanas, sin saber qué camino seguir, pensé entonces que podría ayudarte, que te convertirías en uno de los nuestros, en un colaborador en la gran obra de liberación del proletariado...

—Fue usted muy bueno conmigo, señor doctor —dijo Erich vacilante.

—Habías hecho mal, Erich, y querías hacer aún peor. Lo peor que puede hacer una persona: echarte consciente y deliberadamente en el fango y enlodarte. Yo te conocía de las reuniones políticas, conocía tu ingenio pronto y agresivo, algo crítico que te hacía sentirte desplazado en tu existencia modesta. Me parecías un renovador, un rebelde, y necesitamos de los rebeldes.

Erich hizo un movimiento presuroso, lo pensó mejor y guardó silencio.

—Vas a decir —dijo el diputado— que sigues siendo un rebelde. Pero no lo eres ya, pues quieres intervenir en una guerra que defiende el desorden que impera. Pues quieres alistarte, ¿no es cierto? Como voluntario... ¿no?

Erich asintió con despecho:

—Tengo que hacerlo —dijo—. Siento que el pueblo quiere esta guerra y que no soy yo solo quien la defiende.

—¿De veras? —dijo el diputado con sorna—, ¿de veras queremos esta guerra? Creía que nos defendíamos. En todo caso nosotros, los socialdemócratas no la queremos, y votaremos en contra del Gobierno y de los créditos de guerra. Y daremos al traste con vuestra guerra.

Y le acompañó con un chasquear de los dedos.

—No lograrán dar al traste con la guerra... ¡y también ustedes votarán a favor! —exclamó Erich—. Todavía no ha visto usted al pueblo, no ha hecho más que estar en su despacho y asistir a las reuniones de fracción, pero el pueblo, el verdadero pueblo...

—Naturalmente —dijo el individuo—, sal ahora con que no conozco al pueblo —dijo, abriendo el cajón de la mesa escritorio—; toma, los doscientos marcos que

trajiste, devuélvelos a tu hermana. Es indiferente —exclamó con impaciencia— que este dinero pertenezca o no en rigor a tu hermana, pero quiero que vuelvas al hogar sin gravámenes. Y aquí tienes los ochenta marcos para tu padre, los puedes aceptar sin cuidado; es aproximadamente lo que había pensado darte como sueldo y te lo has ganado con largueza —y continuó más apaciguado—: Mientras te he tenido conmigo he estado satisfecho...

—No soy bueno contigo. No tendría que dejarte marchar yendo a esta aventura. Pero no tengo tiempo de luchar contigo. Ahora hay que ver de impedir esta guerra y esta va a ser mi lucha.

Y durante un momento guardaron silencio.

—¡Tal vez hasta la vista, Erich! —dijo luego el doctor en tono amigable.

—Hasta la vista, señor doctor —contestó Erich en voz baja.

Por primera vez desde hacía muchas semanas se había vuelto a reunir la familia Hackendahl completa a la hora de cenar, y el anciano padre había mirado a su alrededor tan poco férreamente como le era posible. En realidad todo se daba como pasado y olvidado y no cruzaron en absoluto preguntas desagradables. Lo que la paz dispersara lo había vuelto a reunir la inminente guerra.

También Sofía había regresado al hogar, y desde el hospital fue temporalmente a su casa para enterarse de las transformaciones que la guerra iba a implantar en la familia Hackendahl.

—Pues, sí. Otto se incorpora mañana a primera hora —comentó satisfecho el viejo Hackendahl—, y si Erich se presenta voluntario, pronto le recibiréis con vosotros. Y tú, Sofía, ¿dices que también piensas ir pronto al frente en cuanto te den el título de enfermera?

—¡Y yo! —exclamó Bubi—. Tú te empeñas en decir que no, padre, pero yo estoy seguro de que me aceptarán si me presento. Ahora necesitan de todo el mundo.

Todos rieron y Hackendahl opinó:

—¡Mal estaríamos si necesitáramos de chiquillos como tú! Gracias a Dios todavía no nos hacéis falta. Pero, un momento, ¿y en mí, no pensáis?

—¿En ti, padre? ¿Como?

—Bueno, yo también voy a presentarme como voluntario.

—¡Pero padre, si eres un viejo!

—¿Yo viejo? ¡Aún no tengo sesenta y cinco años! Lo que vosotros podéis hacer lo hago yo perfectamente.

—Pero tu negocio, padre, los coches...

—¿Qué me importa a mí el negocio? Ahora lo primero que cuenta es la Patria. No, hijos, está decidido, yo me alisto.

—Siempre ha estado diciendo padre —se lamentó la madre— que no puede tomarse ni un día de vacación, pues el negocio no marcharía sin él. ¡Y ahora, de pronto, le resulta muy fácil poder ir a la guerra!

—¡Podrías preocuparte tú del negocio, madre!

Y de nuevo prorrumpieron todos en risas.

—Lo digo en serio. Pues, ¿quién creéis que va a hacer ahora, todo el trabajo de los hombres que han tenido que ir al frente? ¡Pues vosotras las mujeres! Y verás cómo os salís con ello, madre, Eva puede ayudarte. ¿Qué te pasa, Eva, que estás tan pálida y no dices ni una palabra...?

—Ah, nada, padre. Es el calor que he pasado entre tanta gente como había ante el palacio.

—Padre —comenzó a decir Heinz de nuevo—. ¿No podría ir yo también? ¿Cuánto crees, pues, que puede durar la guerra?

De nuevo rio el padre:

—¡Palomino! Seis semanas o a lo sumo hasta Navidad. ¡Tendrás entonces trece años! No, las Navidades las celebraremos ya todos en casa. Con los modernos medios de lucha...

Y así fue transcurriendo la conversación. Pero el padre Hackendahl no notó que realmente era el único que hablaba y que los demás guardaban todos un singular silencio.

Con la cabeza gacha estaba Erich sentado a la mesa. ¡Ah, sí! Estaba de nuevo en su casa, todo había quedado relegado y olvidado. Había devuelto el dinero y a la mañana siguiente tenía que ir a ver al director para informarse acerca del certificado de terminación de estudios... ¡y luego a alistarse! Igual que en otro tiempo estaba entre la familia y no le reprochaban nada de lo pasado, pero ya a la sazón, después de una hora escasa, sentía en sí como una opresión, como si algo le hurgara en el cuello. Aquellos rostros tan familiares, vistos hasta la saciedad, las perpetuas lamentaciones de la madre, la forma en que padre cogía el cuchillo, el constante olor a establo que Otto despedía. ¡Ah, era como una cadena atada a sus pies!

Mientras estuvo con el abogado no había podido comprender, que él, Erich, hubiera llegado a ser un vulgar ladrón en su propia casa, que hubiera hurtado cobardemente dinero para ir a gastárselo en alcohol y mujeres... A la sazón volvía a encontrarse en aquel ambiente y lo comprendía. Entre aquel ambiente hacía uno lo que fuera para salirse de aquella barahúnda de lamentable pequeña burguesía.

¿Era la misma guerra aquella de la cual estaba hablando el padre con tanta vulgaridad: «Ya les daremos para el pelo a los calzones rojos», había dicho, y aquella de la cual había hablado él con el abogado? No era una guerra totalmente distinta. Aquello de allí, aquel hogar aquella gente no valían la pena de defenderlos una costal había de aniquilarse, aquello no era Alemania.

Eva, la muda, la pálida Eva, que generalmente estaba tan locuaz, estaba sentada ante su plato jugando con el tenedor, mientras la comida no le pasaba de la boca. Como desde muy lejos oía hablar a los demás. Le parecía estar muy lejos, pensando en que a las nueve tenía que estar en la esquina de la calle Frankfurter con la Avenida y el padre no le permitía que saliera después de cenar.

Mas cuando quería inventar cualquier excusa lo embrollaba todo. No podía coordinar sus pensamientos. El rostro cetrino con el bigotito negro y los ojos oscuros venían a interponérsele. «¡Manceba!», le había llamado. Nadie hasta entonces le había hablado en aquellos términos, y de haberlo hecho alguien, ella le hubiera despreciado. A pesar de que no usaba con los hombres de mucho melindre, jamás había tolerado tal cosa y, por lo tanto, no era ninguna manceba. Y en cambio él la había tratado así desde un principio, y entre sus manos sería siempre una tal, él la convertiría en eso...

Ineludible e impertérrito se cernía ante ella el destino. De vez en cuando se entretiene en pensar en que Erich, poco antes de la cena, le ha devuelto su dinero con

unas palabras de excusa pronunciadas entre dientes. Se entretiene en pensar en lo afortunada que ahora sería con casi quinientos marcos y joyas tan valiosas...

Pero en la esquina de la calle Frankfurter con la Avenida luce un farol de gas en la noche estival. Eugen silba y ella acude. Eugen dice: «Suelta», y ella suelta el dinero. Eugen ordena: «Échate aquí», y ella se hecha.

¿Y el tercer hijo? ¿Y Otto? Es el único de las siete personas reunidas en torno a la mesa de la cena que conoce con toda certeza su destino en los días venideros, en aquellos días en que todo se presenta tan incierto. Se incorporará al día siguiente, y le darán su equipo.

Sube por la escalera y oprime por dos veces el botón del timbre. ¿Y entonces? ¿Qué pasará entonces?

Gustavito, el pequeño, estará ya durmiendo y tanto peor resultará. Solos, sin nada que les distraiga, se enfrentarán uno con otro y ella preguntará:

—¿Y tus promesas? ¿Y tus papeles? ¿Y la boda? ¿Y Gustavito?

Su cerebro trabaja con lentitud al reflexionar que los papeles estaban en perfecto orden en la mesa escritorio del padre, en la que para cada hijo hay una carpeta. Mañana por la mañana, justo antes de que él se dirija al cuartel, abrirá el padre la mesa escritorio y le dará lo que necesita: la cartilla militar, la partida de nacimiento, la fe de bautismo... Sí. ¿Los usará entonces...?

Y su cabeza pierde la ilación al llegar a esta pregunta: ¿Qué papeles necesita? ¿Cuáles son los documentos que necesita para presentarse en el cuartel y cuáles para la parroquia? Pero no va a tener tiempo de ir a la parroquia, pues inmediatamente que tenga en su poder los papeles tendrá que ir al cuartel. El cura necesita tiempo, se necesita un coche, un organista, que el capellán haga un sermón y que acudan testigos de boda... ¡y ni tan siquiera tienen el anillo!

Perplejo, levanta la mirada. Contempla los rostros de sus hermanos y de sus padres, y mueve los labios pensando para sí, casi aliviado: «Esto es lo que le diré: ¡no tenemos ni anillos! Y no teniendo anillo no puede uno casarse. ¿Lo comprendes, verdad, Tutti?».

—¿Qué estás diciendo, Otto? —exclama Bubi—. ¡Me hace el efecto que estás pensando en las musarañas!

Todos ríen y el padre dice:

—Otto ya no está con nosotros. Se está repitiendo el Código militar. O los reglamentos de la guerra. ¿No es cierto, Otto?

Otto murmura algo y los demás le olvidan inmediatamente, como tienen por costumbre hacer. «No —piensa— es imposible pedirle a padre los documentos esta misma noche, y aun cuando fuera posible no me servirían de nada, pues por la noche no casan a nadie, y mañana por la mañana no voy a tener tiempo...».

El anciano Hackendahl, el férreo Gustavo, se encuentra a su gusto sentado a la mesa entre la familia reunida de nuevo y piensa: «Todo ha vuelto a su cauce, todos han regresado al hogar como se debe».

Mas se equivoca, y solamente se siente tan a su gusto porque desconoce todo lo que a sus hijos se refiere. Todos se escapan de él con el pensamiento y todos consideran un lastre la unión con la familia; a todos les quema el terreno que pisan. Pero Hackendahl no se da cuenta de nada de esto, y por ello queda muy sorprendido cuando su familia se dispone a dispersarse en cuanto se ha rezado la oración de gracias.

—¡Pero, hijos! —exclama en tono de reproche—. Yo creía que íbamos a estar todos juntos un rato más en buena armonía. ¡Bubi irá a buscar cerveza y unos cigarros y nos quedaremos hablando un rato! ¡Debemos aprovechar este rato para estar juntos!

Pero Sofía dice que tiene que volver inmediatamente al hospital, Otto, que tiene que ir a ponerle una cataplasma al caballo al que se le ha entumecido la pierna y que hay que descongestionársela. Erich que tiene que ir sin falta a palacio a ver lo que hay de nuevo y Eva que tiene que acompañarle durante un trozo pues espera que si le da el aire se le aliviara el dolor de cabeza.

Así es que queda tan solo Bubi y, naturalmente tiene que irse inmediatamente a la cama. Como protesta enérgicamente, da ello cumplida ocasión a que se ejerza un despliegue de arrolladora ordenación militarista. Bubi se ve forzado a obedecer, según todas las reglas del arte y cuando la cosa ha terminado y Bubi queda llorando en su cama, descubre el viejo Hackendahl que entre tanto han desaparecido sus otros hijos.

Solo la madre está cómodamente sentada en el sillón de mimbre junto a la ventana, contemplando el caer de la tarde, y se lamenta con satisfacción:

—Ha sido una cena que estaba muy bien, padre. Pero el jamón estaba un poquitín tostado. ¿Lo notaste también, padre? Y era demasiado grasiento. Le estoy repitiendo continuamente a Eva que compre el jamón cocido en casa de Hoffmann, pero no quiere hacer caso.

El padre Hackendahl se va al establo, pues por lo menos allí podrá hablar un rato con Otto.

Pero Otto no está en el establo. Ha atravesado los dos patios y a la sazón sube realmente por la escalera, por las varias escaleras hasta el quinto piso, haciendo lo que se había representado como una penosa obligación. Es simplemente débil y sin voluntad, pero no cobarde. Va subiendo por las escaleras en vez de quedarse en su casa, y en lugar de ponerle al caballo la cataplasma en la pata congestionada, le ha encomendado este quehacer a Rabause.

Cuando llega al quinto piso da un profundo suspiro.

Mas no titubea y oprime por dos veces el botón del timbre de la puerta de Gertrud Gudde, modista. Tiene que esperar durante un buen rato antes de que Tutti salga a abrir. Tutti que ya estaba durmiendo y que acude completamente despeinada y con una bata de lana.

—¿Tú, Otto? —exclama muy asombrada—. ¿A estas horas?

Es evidente que no sabe aún nada. En todo el día no ha salido de casa. No lee jamás el diario y ha llevado a efecto todas las pruebas que para aquel día tenía convocadas.

—Han movilizado —dice Otto. Y la mira con timidez. Luego añade—: Tengo que volverme a marchar inmediatamente. Padre no sabe que he salido.

—¿Qué quiere decir movilizar? —pregunta ella temerosamente—. ¿Representa la guerra?

—No, no. Representa que mañana tengo que ir al cuartel.

—¿Tienes que servir de nuevo? ¿Ser otra vez soldado? Pero ¿por qué, puesto que no va a haber guerra? ¿No será la guerra?

—No, Tutti.

—Pues, ¿por qué, entonces, tienes que ir al cuartel?

—Tal vez —trata él de explicar lo que ni él mismo comprende muy bien—, tal vez a los demás les entre miedo, cuando vean la de soldados que tenemos.

—¿Y para esto tienes que ir al cuartel?

—Tal vez. No sé nada. Movilización quiere decir que tengo que volver a servir.

—¿Y cuánto tiempo?

—Tampoco lo sé todavía...

Y durante un largo rato reina el silencio. Él está allí sentado con los ojos bajos y se avergüenza de haberle mentado, pues todo el mundo ha estado diciendo que iba a haber guerra. Y en cambio él se limita a decir que la movilización no representa la guerra. Tal vez es la última hora en que les sea dado estar juntos...

Ella ha estado reflexionando. Y luego pregunta:

—¿Qué dice tu padre?

—¡Ah, él!...

—¿Qué dice, Otto?

—Él es como si siguiera siendo militar...

—¿Dice que habrá guerra?

Otto asiente con lentitud.

Reina un prolongado silencio.

Luego, por encima de la mesa, la mano de ella se acerca a la suya. Él trata de esquivarla, pero no lo logra, y ella la aprisiona en la suya. Al principio se resiste y luego acaba introduciéndose entre la mano pequeña y de dedos endurecidos por los pinchazos de la costura.

—Otto —ruega—. Mírame...

De nuevo trata la mano de escapar y de nuevo se deja coger.

—Otto —le ruega Tutti.

—Me avergüenzo tanto... —murmura él.

—¿Por qué, Otto? ¿Tienes miedo de ir a servir?

Apresuradamente sacude él la cabeza.

—¿Miedo de la guerra?

De nuevo sacude la cabeza.

—¿De qué te avergüenzas, pues, Otto?

Él no explica nada y realiza un nuevo intento de liberar su mano, diciendo:

—Creo que debo irme.

Con presteza se levanta ella de la mesa y va a sentarse en sus rodillas.

Y así le dice en voz baja:

—Anda, dime muy bajito de qué te avergüenzas...

Él no tiene en la cabeza más que una sola idea.

—Creo que debo irme a casa —dice, tratando de librarse de ella—. Si no lo hago, padre se enfurecerá...

Ella le ha echado los brazos al cuello, con cariño amortiguado y puro.

—A mí puedes decirme muy bien de qué te avergüenzas Otto —le dice—. Yo no me avergüenzo de ti...

—Tutti —dice él—. ¡Ah, Tutti!... No valgo nada. Padre...

—Sí, di... di, Otto.

—No tengo los papeles...

—¿Qué papeles?

—¡Los papeles! Tengo tanto miedo. ¡Padre no me lo permitirá jamás!

Hay un silencio prolongado. Ella descansa quietamente sobre su pecho, pequeña, débil, frágil... Como si durmiera. Mas no duerme, antes al contrario, tiene los ojos muy abiertos, aquellos ojos con el mirar de paloma dulce, pero vivaz... Trata de encontrar con los suyos los ojos de él, sus ojos tan tímidos y pálidos.

De repente él se levanta y sosteniéndola en brazos la lleva como un niño. Con ella en los brazos pasea por el cuarto olvidándose de ella, de sí mismo, de todo...

Murmura para sí, habla muy quedo:

«Sí, tú —parece decir—, tú crees ser algo. Pero el que ha notado que el caballo

cojeaba he sido yo y no tú... Y que Piepgras te estafaba lo noté yo y no tú... Pero no se trata de esto. Tú quieres dominar en todas partes, no tan solo en casa y en la cuadra, sino en Erich en Heinz y en madre. Tienes que enterarte de lo que piensa cada uno de tus cocheros, y no puede ser otra cosa de lo que tú quieres que piense. De pequeño me construí un molinito que funcionaba con agua, e hice que se moviese poniéndolo debajo del grifo, y tú me destrozaste la ruedecita diciendo que era una porquería, y que gastaba demasiada agua, y que estaba cara; no lo he olvidado jamás...

»Tú y tus hijos... Pero ninguno de tus hijos te quiere, y yo te quiero menos que ninguno. A mí crees tenerme entre tus manos como el que más, pero no me tienes, no tienes nada de mí. Me limito a hacer lo que tú quieres para no tener que oír tus gritos...».

—Otto, Otto. ¿Qué estás diciendo? —exclama ella entre sus brazos.

—Sí, estás aquí conmigo. Te veo aquí conmigo y eres mi bien, mi solo tesoro, mi única dicha. La única que no me ha pisoteado. Pero jamás te he tenido a solas; también aquí ha estado él constantemente, aquí dentro, cuando estábamos juntos, entre nuestra mayor intimidad...

—Otto, Otto.

—Pero si ahora hay una verdadera guerra y yo tengo que alistarme, rogaré por que me mutilen un brazo o una pierna para no tener que trabajar más en su maldito establo bajo sus ojos, para poder irme a cualquier otro sitio, en donde no le vea, en donde le olvide...

—¡Otto, que es tu padre!

—¿Mi padre? No es más que el férreo Gustavo, como dice la gente, y él, además, se enorgullece. No veo de qué hay que enorgullecerse para ser férreo, si se pierde así la condición de hombre y de padre. No quiero ya más ser su hijo, quiero ser un ser con individualidad. Como los demás.

Durante un momento estuvo muy erguido, y al poco fue decayendo.

—Pero no se logrará nada, jamás haré nada... Creí que cuando hubiera guerra tendría el valor de hablar con padre. Pero tampoco ahora me atrevo.

—Otto, no te preocupes por el casamiento. ¡No lo dije por mi ni mucho menos! Hemos sido siempre muy felices, y tú lo sabes bien.

—Felices, felices...

—¡Ah, Otto! Tenemos tiempo; nos casaremos cuando regreses...

—¡Si es que regreso!

Es por la mañana, a las siete de la mañana de un día cualquiera de la semana. De un día de trabajo.

Mas en la cochera de Hackendahl están ociosos todos los coches unos junto a otros, coches de carga y simones, coches de primera y segunda clase. Están unos junto a otros, cual si descansaran, cual si para ellos no hubiera ya trabajo alguno...

Los cocheros van de una a otra parte con sus trajes de domingo y sacan a los caballos de la cuadra. El padre Hackendahl, de pie junto a la bomba, examina cada uno de los rocines, observa si están lo suficientemente limpios, hace que les engrasen las pezuñas, que le coloquen a uno un bridón o falsarrienda... Los caballos están tan excitados como los hombres, y les inquieta no llevar su acostumbrado aditamento. Vuelven la cabeza, miran hacia los vacíos coches, relinchan...

—¡Hoffmann! —grita Hackendahl, amenazador—. Vuelve a peinarle las crines a tu Lise. Hazle la raya, hijo, que queda mucho mejor.

—Sí, señor Hackendahl, para que luego un francés se me enamore de ella.

—O para que coja piojos con los rusos, que se le paseen por encima y por debajo de la raya cantando: «¡Ay, Niki; ay, Niki; qué simpático eres!».

—¡Calma! —ordenó Hackendahl con voz de trueno entre las estrepitosas risas que siguieron. Pero también él está excitado y complacido; es para él un gran día—. ¡A callar, Rabause! ¿Están ya todos fuera?

—Si, señor Hackendahl: treinta y dos caballos. Once yeguas, veinte caballos castrados y luego el garañón... —En todo el caso, el garañón no se nos lo quedarán— dice Hackendahl, pensativamente.

—La mayoría no se los quedarán, jefe —opina Rabause alentadoramente—. Nuestros caballos son demasiado flojos para los militares.

—Quisiera quedarme con un grupo de veinte. ¿Con qué pensáis que vais a hacer rodar los coches? También durante la guerra ha de haber coches.

—¿Y de dónde sacará usted los cocheros, señor Hackendahl? Apenas si nos quedan ocho hombres, pues los demás se van a ir en seguida con los prusianos.

—¡Tomaremos como cocheros a chicos jóvenes!

—Pronto no habrá tampoco chicos jóvenes, jefe, pues casi todos se presentan voluntarios...

—Bueno, pues entonces ya estoy viendo a madre subida al pescante —exclamó Hackendahl, riendo—. Tendrán que conducir las mujeres cuando los hombres se hayan ido.

—Vaya broma, señor jefe —exclama Rabause, entre risas—. Cuando me imagino a su mujer con el sombrero de copa subida en el pescante con el látigo en la mano... ¡Ah, no quisiera perdermelo!...

—Pues andando —ordena Hackendahl con voz estentórea—. ¡Marchen! ¡Ven,

Bubi! —grita, mirando a la ventana ante la que este está—. Si quieres venir, todavía tienes tiempo.

Heinz desaparece de la ventana y aparece la madre, que, semillorosa, semiorgullosa, le hace signos desde la altura. Es una visión insólita: todos los caballos del servicio, tanto nocturno como diurno, abandonan juntos la cochera. Ciento veintiocho herraduras golpean los adoquines de la calzada, mueven las colas, avanzan y sacuden las cabezas... Si, una visión estupenda, es la última vez que la cochera de Hackendahl presenta un aspecto de plenitud y abundancia...

—¿Por qué no ha salido Eva a mirar por la ventana? —pregunta el padre Hackendahl, algo descontento—. ¡Una cosa así no lo ve la chica todos los días!

—¡Ah, Eva! Se pasa el día sentada en su cuarto y está muy rara, padre.

—¿No sabes lo que le pasa, Bubi? ¡La veo muy cambiada!

—Solo sé que no sé nada —dice el colegial, valiéndose de sus clásicos—. Pero me imagino que debe de haberse enamorado de alguien, padre ¡y tal vez él se tenga que ir a la guerra!

—¿Eva? ¡Imposible! ¡Yo lo sabría!

—¿Tú, padre?

—¿Por qué no? ¿Qué quieres decir con esto?

—¡Ah!, nada, en absoluto, padre.

Durante un rato van caminando juntos, en silencio.

En la vía del tranvía de la Frankfurt Allee repiquetean las herraduras. La gente de la calle se detiene y se queda contemplando el espectáculo, que merece la pena: ¡Caballos, a los que llevan a la guerra!

Hackendahl lleva bajo del brazo una carpeta con documentos, en la que van las órdenes de presentación de la Comisión de Examen para sus caballos. Camina lenta y orgullosamente, junto a su compañía, apresurándose a adelantarles en los cruces de calles, para ver si las calles adyacentes están también libres. Hace signos y advertencias:

—¡Franz, no dejes el alazán! ¡Mantenlos al paso, Hoffmann!

Bubi está aún más ocupado. Se detiene en cada una de las columnas de anuncios, lee los pasquines y, corriendo tras de su padre, va a informarle:

—¡Oye, padre, han declarado ya el estado de guerra!

Padre, el Kaiser ha dicho que no reconoce ya partido alguno, que ahora solo cuenta Alemania. ¿Es que los rojos han dejado de serlo?

—Tenemos que ver primero la votación que hacen en el Reichstag. El Kaiser tiene demasiado buen corazón, y piensa siempre que todo el mundo es tan consecuente como él.

—Oye, padre, se advierte a la población que vigile a los espías. Padre, ¿en qué se conocen los espías?

—¡Ya lo veremos! ¡Mantén los ojos bien abiertos, Bubi! El que es un traidor así, queda delatado por su misma mala conciencia, y no puede sostener la mirada de

nadie.

—Oye, padre, vigilaremos a todos cuantos nos tropecemos. Sería muy posible que quisieran espiar cuántos caballos llevan a la guerra.

Pero inmediatamente olvida esta cuestión para pasar a otra:

—¡Padre, padre!...

—Sí, ¿qué? ¿Qué te pasa ahora, Bubi? ¡Tengo que vigilar los caballos!

—¿Te has enterado de lo de los autos con oro, padre? Dicen que los rusos tienen en el país tres autos llenos de oro, y que nosotros tenemos que detenerlos. ¡Padre, tres autos llenos de oro!

—¡No pasarán la frontera! —dice el padre, aliviado.

—¡A los rusos les hemos declarado la guerra! Para este están las fronteras.

—Pero ¿y si hacen marcha atrás, hacia el país de los franceses? A los franceses no les hemos declarado la guerra. ¿Y por qué no, padre? Los franceses son nuestros enemigos hereditarios.

—Todo vendrá a su debido tiempo —explica Hackendahl—. ¡No hay que apresurarse! Ya les llegará la vez a los franceses. ¡Y sobre todo a los ingleses! Nos quieren arrebatarnos nuestra flota y nuestras colonias, porque se mueren de envidia...

La afluencia de gente con sus caballos ha ido aumentando. Si bien al principio de su trayecto no se veía más que algún carnicero o verdulero llevando su caballo a examen, ahora veíase caballo tras caballo. Los cerveceros llevaban sus corpulentos caballos belgas, y otros locales sus animales más ligeros de la Prusia Oriental. Cocheros de grandes casas, con sus patillas, llevaban hannoverianos caballos de tiro, pues en 1914 había mucha gente que seguía creyendo que el automóvil no era verdaderamente distinguido, y seguían adictos a sus coches.

Y en todo aquel barullo y ajeteo saludábanse los conocidos; los cocheros de punto llamaban a sus colegas, quienes criticaban a los caballos de sus competidores; los carniceros, cuyos caballos están siempre muy excitados, porque de dar crédito a una especie circulante se mostraban tan fogosos puesto que cada día les daban sangre de buey con el pienso. Los carniceros, pues, habían convenido entre sí: «¡Si se quedan con el tuyo, transportaré yo tu carne. Y si se quedan con el mío, transportarás tú la mía!». No adivinaban la poca carne que al cabo de poquísimo tiempo iban a tener que transportar.

Y Hackendahl se encuentra con muchos conocidos: al pequeño Kratuter, que tiene uno o dos coches; al propietario de un servicio de pompas fúnebres, que en alguna ocasión ha prestado su caballo negro; al del capitoné de enfrente, a quien el caballo se le estropea tan pronto...

—Buenos días, Orje, hoy sí que hay animación...

—Son unos negreros...

—Ya verás como nos devuelven a todos nuestros rocines. ¿Qué iban a hacer con nosotros? Ya deben de tener los tiros que quieren.

—¿Has oído lo que dicen? Que los franceses han arrojado bombas volantes sobre

Stuttgart.

—Yo mañana me tengo que presentar; el negocio se me ha hundido.

—¿Qué crees que le deben pagar a uno por los pencos? Deberían darle una cantidad relativamente crecida para que uno tenga la compensación de la ganancia.

—¿Quieres hacer negocio con la guerra? Avergüénzate, logrero. ¡En esta guerra no habrá acaparadores!

—¿Y de qué va a vivir madre?

Sí, Hackendahl tiene mucho que hacer; tiene que vigilar a sus caballos y saludar a sus conocidos. En su barrio y en su profesión es un hombre muy considerado, y la gente le escucha cuando habla. Van asintiendo con la cabeza: «Sí, señor, es muy cierto lo que ha dicho el férreo Gustavo. Para nosotros es un despertar, y a los ingleses les daremos en los nudillos. ¿Para qué nos serviría la flota?».

Pero a todo esto han ido llegando hasta donde tienen que doblar la esquina de la calle. Hay allí, entre los últimos edificios, un gran espacio libre. Por lo general, servía para celebrar un mercado semanal, pero a la sazón se le ha plantado de estacas, de palos provistos de una argolla para atar a los caballos. Hay allí militares vestidos de dril, oficiales con el uniforme completo y algo que no se ha visto hasta entonces.

—¿Qué será? ¿Qué debe de representar? ¿Conoces tú este uniforme?

—Sí, ¡qué aspecto más raro!

—¿Qué uniforme será?

Hackendahl asiente con un gesto comprensivo. Como un hombre que ha servido un buen tiempo, puede dar la información adecuada:

—¡Es el gris de campaña!

¡El gris de campaña! La palabra va pasando de boca en boca, pues es algo nuevo. ¡Gris de campaña! No, en aquella guerra no se van a llevar los coloreados uniformes que solían, serán todos gris de campaña...

—Pero ¿por qué? ¡Es una lástima! ¡No tienen aspecto de nada!

—Sí, vete tú diciendo, si logran pasar inadvertidos por las balas.

—Esto lo debe haber ideado Guillermo, ayudado por Moltke.

—¿Y tampoco los franceses llevarán ahora los calzones rojos? ¡Es una pena! Yo que tenía pensado hacerme de mi primer prisionero una chaqueta roja...

A todo esto ya hace rato que ha empezado el examen, e ininterrumpidamente van llamando nombres.

—¡Bueno, un poco más de prisa! ¡Al galope! Bien.

Las piernas están sanas. Oiga, vuélvase a levantar la pata. ¿No está la pezuña dañada?

El veterinario mira los dientes del rocino.

—Ocho años —dice.

—Pues yo lo compré como de seis, señor.

—Ocho.

—¡Acarreo! Caballos de tiro. Segundo grupo... enuncia un oficial, finalmente.

Un escribano va apuntando, y un soldado le coge al propietario las riendas de la mano:

—No, señor, nos quedamos también con los arreos. ¿No has leído en la orden de presentación que tenía que ser con arneses?

El propietario sostiene entre las manos una orden de pago: trescientos cincuenta marcos.

—Mira, Gustavo, trescientos cincuenta marcos por mi zaino. No está mal pagado. Es bastante razonable.

—Muy ajustado —dice Gustavo—. Ni demasiado, ni poco. Muy ajustado, como todo en lo militar.

Y le llega el turno a su cuadra. Caballo tras caballo va siendo presentado... Hackendahl no conduce por sí mismo sus rocines, pues no tiene ninguna necesidad, para esto tiene gente y es una persona importante. Y así se siente a la sazón; hace donación a su patria; no solo hace donación de sus hijos, sino de sus caballos, de toda su propiedad. En aquella hora trascendental puede sacrificar algo por la patria, y ello le enorgullece.

Se queda en pie, junto al grupo de oficiales y tras él está Heinz. Bubi no puede mirar con más delicia a los oficiales de lo que les mira su padre. Aquel es el viejo tono de mando, dicho bruscamente y directo al objeto, conclusiones expresadas en una partícula de minuto. Nada de parloteos femeniles inútiles, nada: no vienes hoy, pues ven mañana.

Uno de los oficiales lanza furibundas miradas a Hackendahl, a través de su monóculo:

—¿Qué está usted haciendo ahí, de pie? ¿Qué está usted escuchando? ¡No se haga sospechoso!

—Es que son mis caballos —dice Hackendahl, como explicación.

—¿Sus caballos? ¡Ah, bueno! ¿Para qué los utilizaba?

—Para el servicio de coches, señor capitán.

—¿Coches? Ahora tendrán que acarrear algo muy distinto. ¡Ja, ja! Pero los tiene en buen estado, ¿entiende de caballos, no?

—He sido primer sargento en los Coraceros de Passewalk, señor capitán.

—Ya se nota que ha servido usted y que entiende de caballos. Son un poco ligeros y un poco pequeños.

Sí, que los caballos de Hackendahl eran buenos lo veía uno en seguida. Uno por uno fueron siendo aceptados, y Hackendahl se hinchaba de orgullo.

—¡Mira, padre, se quedan con todos! —díjole Heinz, en voz baja, muy excitado—. ¿Con qué haréis funcionar los coches?

—No es ahora tiempo de preguntar esto. Lo principal es que el ejército obtenga cuanto necesita.

—¿Qué le ha pasado, pues, al alazán, primer sargento? —preguntó a su vez el oficial—. Es joven, pero sin nervio. ¿Es que no tiene nada en los huesos?

—A la orden, señor capitán. Hace cinco semanas tuvo competencia con un auto, y se asustó; desde entonces no se ha repuesto. Era el mejor que tenía.

—¿Auto? Mala cosa. Es decir... Bueno, los rocines son preferibles en todo caso. El alazán es inútil.

Sí. Rucio resultó inútil, y también el caballo padre fue rechazado. Y luego, a su vez, tres caballos más.

—Son bonitos, pero demasiado viejos. No podrían resistir una marcha.

—A la orden, mi capitán.

Hackendahl recibió su orden de pago. Era una suma muy elevada. Mucho dinero. Los caballos que habían trabajado para Hackendahl y de los cuales él había vivido, se habían transformado en dinero. Era mucho y poco, una suma muy crecida que abarcaba cinco números, mas era, también, el trabajo de toda la vida de Hackendahl, lo que él había logrado formar, por lo que había luchado, escrito en una cifra en un pedazo de papel.

Mirando aquella hojita fue pensando en cómo, día tras día, había ido cuidando de uno y otro caballo, y cómo antes de decidirse a comprar uno solo de ellos había ido diez y veinte veces a tratar de él. Estuvo pensando en lo que le costó inculcarles a los cocheros que no fatigaran con exceso a los caballos; en lo muy a menudo que se había puesto a vigilar detrás de una columna de anuncios, para que, aun durante los períodos de espera, se les diera a los caballos su pienso y se les abrevara. Los caballos, la cuadra, la cochera, eso había llenado toda su vida que la profesión militar no pudo ser. Sentía en sí un vacío tan grande...

—Hoffmann, váyase solo a casa con los caballos. Yo iré a pasear un poco con Heinz.

—Muy bien, señor Hackendahl.

—En cuanto lleguen a casa, engánchelos al coche.

Hoy los simones van muy escasos y tenemos que ver de ganar un poco de lo perdido.

—¿También al alazán, señor Hackendahl?

—Sí, al alazán también. Puedes llevarlo tú mismo, Hoffmann.

—Así lo haremos, señor Hackendahl.

—Ven, Bubi, vamos a dar una vuelta. Hoy tengo ganas de pasear.

—Sí, padre.

—Aquel soldado de allí no tendría que coger al zaino tan arriba del ronzal; este rocín ha estado siempre un poco delicado.

Pero daba lo mismo, pues no eran sus caballos; a la sazón pertenecían a la patria.

Anduvieron un trecho más por la Frankfurter Allee, hasta llegar a donde las casas fueron haciéndose cada vez más raras. Luego venían huertos y pequeños terrenos de cultivo, y más allá el primer verdadero campo de cultivo, lleno de centeno.

—Mira, Bubi, centeno, grano a punto de siega y sin segar. Hace ya tiempo que está maduro. También a él se le ha interpuesto la guerra. ¿A quién pertenecerá a?

Y miró por encima del amplio campo, viéndolo todo quieto y abandonado. No se veía ni un hombre entregado al trabajo, estaban todos por las calles, recorriéndolas presurosos.

—Pronto sucederá lo que esta mañana a primera hora le decía ya a Rabause: las mujeres van a tener que hacer el trabajo de los hombres.

—¿También madre?

—Naturalmente, madre también.

—Mira, padre...

—¿Pues qué tiene madre? Si tiene que hacerlo, no le quedará más remedio que poder. Yo, esta tarde, voy a ver si me presento como voluntario.

—¡Pero si eres demasiado viejo, padre! Y, además, siempre has tenido algo en el corazón.

—No tengo absolutamente nada en el corazón.

—Sí, a veces se te pone un color azul, padre.

—Bueno, la cuestión es que voy a presentarme, y que me aceptarán. Ya lo verás.

—Pero...

—¡Me aceptarán! ¡Y cállate ya, Bubi!

—¡Pues entonces, también me aceptarán a mí, padre!

—¡Que te calles te he dicho, Bubi!

Durante un rato caminaron en silencio. Torcieron un sendero y se encontraron ante una vía férrea algo elevada.

—¿A dónde va este tren padre?

—Hacia Strausberg. Y luego se interna en el Este, hasta Polonia o hasta Rusia...

—Allí viene un tren, padre.

—Sí, también lo veo...

De Berlín, tras dos humeantes locomotoras, venía un tren, un tren con varios vagones de ganado, cuyas puertas estaban corridas. De los vagones de ganado salían cabezas de caballo, y en las puertas iban soldados, soldados vestidos de gris, en tanto que en los vagones abiertos se veían —Bubi prorrumpió en exclamaciones— ¡cañones! Era el primer tren que ante sus ojos partía para la guerra, y tanto el padre como el hijo estaban excitadísimos.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Se van a la guerra! ¡Van a pelear contra los rusos! ¡Hurra por vosotros! —gritaba Bubi—. ¡Dadles una buena paliza!

Los soldados le hacen señas, sonriendo. También el padre grita ¡hurra!, y hace señas a su vez. Vagón tras vagón...

—Cuarenta y uno, cuarenta y dos... —contó Bubi, y luego—: Padre, ¿qué es esto? ¿Esta cosa negra con la chimenea? ¡Qué aspecto más raro! ¿También sirve para disparar?

—Es una cocina de campaña, Heinz. También se les llama cañones de pitanza —explica el padre—. Esto no dispara más que comida...

—Cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco... —siguió contando Heinz, interesado—. Padre, hay cuarenta y siete vagones, sin contar el furgón...

—¡Bubi! —dice Hackendahl, en voz baja.

—¿Qué hay, padre?

—¡No grites tanto! Bubi, mira hacia aquel seto de la derecha... Pero hazlo como quien no quiere la cosa, sin llamar la atención... ¿No ves un hombre entre los matorrales?

—¡Claro!

—Aparta, la vista, que ahora nos está mirando. Haz como si te ataras el cordón del zapato. ¿Qué estará haciendo este hombre aquí, solo entre la maleza?

—Parece como si se hubiera escondido.

Bubi se ató el cordón del zapato, mientras dirigía miradas de soslayo.

—Padre, ahora se ha escondido algo blanco en el bolsillo, algo que tiene todo el aspecto de papel. ¿Habrá apuntado los datos del tren?

—¿Qué datos podía apuntar? —refunfuñó Hackendahl.

—Los soldados, los caballos, los cañones. ¿Será un espía, padre?

—Calma, calma; no tan alto. Vuelve a mirar hacia aquí. ¿Por qué nos estará mirando constantemente? No tenemos nada que ver con el...

—No tiene la conciencia tranquila, padre, es un espía.

—Hay que reflexionar con sangre fría. ¿Qué puede buscar aquí, en este lugar tan solitario? Nosotros, de no haber venido por casualidad...

—¡Padre! ¡Padre! Ahora silba a alguien... ¿Habrá venido con otros?

—¡Todo es posible!

—Ven, padre, nos acercaremos a él y le preguntaremos qué es lo que está buscando aquí. Si, al respondernos, no es capaz de mirarnos frente a frente, le prenderemos.

—¡Si no podemos prenderle! Se nos escaparía al momento.

—Yo corro más que él.

—Pero no puedes retenerle solo, y yo no podría seguirlos, a causa de mi corazón.

—¿Lo ves? Tu corazón no está bien.

—¡Cállate ahora! Ha notado que le observamos. Se va corriendo. Vamos a seguirle.

—Vamos, padre.

—Pero lentamente, Bubi; no hay que perder la cabeza. Tenemos que dar la

sensación de ir paseando, no hay que infundir sospechas...

—A pesar de todo le cogemos, padre...

—¿Has visto cómo se ha vuelto de nuevo hacia nosotros? ¡Ya tiene miedo!

Padre e hijo ardían de igual entusiasmo: tanto la juventud como la vejez son fácilmente inflamables. Fueron siguiendo al hombre sospechoso, y querían serlo ellos tan poco, que hubieran llamado la atención al más Inofensivo. Con el brazo extendido, se mostraban el uno al otro una alondra en el azul del cielo, sin dejar por un momento de seguir con la vista aquel sujeto. Cuando este caminaba con más lentitud, se detenían, y Bubi arrancaba alguna florecilla, en tanto que el padre canturreaba: «¡Gloria! ¡Victoria!». Luego proseguían el camino, y el otro, que se había vuelto para ver lo que hacían, corría, andaba aún más de prisa...

—¡Se nos escapa, padre!

—¡Pues yo aun puedo correr a este paso!

Pero Hackendahl jadeaba ya. No era tan solo el corazón, ni era tan solo el calor, era la excitación: ¡un espía! La calzada estaba muy cerca y llena de gente...

Podríamos decírselo a algún ciclista —dijo Hackendahl, alentadoramente—. Un ciclista no le perdería de vista...

El individuo había alcanzado la calzada casi corriendo. Mas, una vez en ella, no siguió su huida, sino que detuvo a unas cuantas personas y se puso a hablar con ellas muy animadamente...

—¿Serán estos sus compañeros de espionaje? —preguntó Bubi.

—En seguida lo veremos... —dijo con dificultad Hackendahl, perdido el aliento y con el rostro amoratado.

Los hombres aquellos, con el perseguido en el centro, les miraron sin decir palabra.

—¡Estos son! —exclamó el hombre del matorral, con innecesario grito.

Hackendahl avanzó hacia la calle, y los hombres aquellos fueron rodeándole, a él y a su hijo, con cara amenazadora.

—¡Señores míos! —dijo Hackendahl—. He aquí a un...

—Oiga usted —dijo un individuo joven, de cara muy pálida—, ¿qué es lo que acaba de hacer allí, junto al tren?

—Este hombre de ahí —exclamó Hackendahl, señalando al perseguido con el dedo— se ha escondido entre la maleza y ha tomado apuntes de un tren militar.

—¿Yo? —grita el otro—. ¡Qué desvergüenza! ¡Ahora quiere cambiar los papeles! He oído perfectamente cómo este chiquillo ha ido contando los vagones. ¡Espía, más que espía!

—¡Usted es el espía! —exclama Hackendahl, enrojeciendo aún más—. Mi hijo ha visto perfectamente cómo escondía usted algo blanco en el bolsillo.

—¿Y usted? —exclama el otro—. ¿Quién es el que ha estado fingiendo que cogía flores? ¿Cree usted que tiene cara de coger flores? ¡Si está usted rojo a más no poder, porque la conciencia no le deja en paz!

Perplejos, habían estado escuchando los oyentes las crecientes inculpaciones. Sin saber qué partido tomar, miraban al uno y al otro, cambiando entre sí interrogativas miradas.

—¡Tal vez los dos sean espías! —propuso uno—. ¿Y será que no lo sabían el uno del otro? ¿Por qué se escondió usted entre los matorrales? —preguntó al hombre pálido otro de grave y barbudo rostro—. Resulta muy sospechoso.

—Por una necesidad fisiológica —explica el pálido.

—¡Se escondió algo blanco en el bolsillo! —exclama Hackendahl.

—¡Papel higiénico! —grita el otro—. Lo llevo siempre conmigo, por si acaso. Y muestra la certeza de su afirmación.

—¿Y por qué ha contado su hijo los vagones? —pregunta a su vez el hombre grave y barbudo—. Resulta muy sospechoso.

—¡Pues sin más ni más! —exclama, airado, Hackendahl—. Los chicos hacen siempre estas cosas.

—No es motivo —decide el otro—. Venga usted conmigo; en la Frankfurter Allee encontraremos a algún policía.

—¡Pero si es que yo puedo demostrar quién soy! —exclama Hackendahl—. ¡Tengo documentación! —Y abrió la cartera—. Estuve en el examen equino. Soy el propietario de títulos de préstamo, Hackendahl...

—Vamos a ver —el barbudo examina los papeles. Están perfectamente—. Perdónenos, por favor, señor Hackendahl.

—No hay de qué. Pero este tipo...

—Oiga, haga el favor, que yo también puedo demostrar mi identidad. Yo voy al examen equino. Soy el profesor Krüger.

Unos cuantos rieron Y otros refunfuñaron severamente.

—Perdone usted, también señor profesor Krüger. Está visto que ninguno de los dos eran espías. Dense ustedes la mano...

—Señor Hackendahl, lo siento muchísimo...

—Señor Krüger, no ha hecho usted más que cumplir con su deber...

—Vayamos andando juntos...

Y así lo hicieron, satisfechos y un poco cohibidos. Solo Heinz iba a su lado descontento. Que después de todo no hubiera resultado espía, le mortificaba un poco...

Cuando Hackendahl regresó con Bubi al hogar, encontró en él una notita. Había en ella tan solo unas pocas palabras: «Partimos hoy, a las dos, de la estación de término. Otto».

La madre estaba inusitadamente ocupada, y por sí misma puso la mesa, cosa que no había hecho desde varios años atrás, con el solo objeto de que pudieran terminar pronto. Eva estaba atareada en la cocina.

En el momento en que iban a sentarse a la mesa llegó Erich. Había estado toda la mañana corriendo de un cuartel a otro, en donde le había hecho esperar durante varias horas, para acabar rechazándole en todos. «No podemos ya aceptar más gente. A todas horas acuden miles y miles. Tal vez dentro de ocho semanas o de un trimestre».

—Bien, pues esperas este tiempo y entre tanto terminas tus estudios.

Y Erich no quería esto; pensaba no volver a la escuela.

Las semanas pasadas con el abogado le habían cambiado y salió de ellas convertido en un adulto. Le parecía imposible volver a sentarse en un banco de escuela.

—No, un amigo me ha dicho que en Lichterfelde, en la Academia de Cadetes, están formando un batallón de refresco. Mañana a primera hora iré a probar allí.

—No tengas tanta prisa, Erich —rogó la madre—. Tal vez dentro de un trimestre habrá ya acabado la guerra, y a Otto puede pasarle algo.

Era esta una sentencia algo complicada, mas todos la comprendieron. Erich tarareaba, con ardimiento: «Aparta Luisa, aparta la cara no vaya una bala a dar contra ti...».

—No es cosa de pensar en esto, madre —dijo Hackendahl, evasivamente—. Cuando un soldado piensa así no hay manera de que luche.

—Esta mañana, a las diez, estaba en la ventana —se lamentó la madre—, cuando he visto volver a los caballos, a los cinco de los treinta y dos que teníamos, he visto el alazán con la cabeza gacha, y he pensado: «Mira cómo regresan los caballos. ¿Cómo será el regreso de mis hijos?».

Durante un momento reinó un silencio embarazoso. Luego el férreo Gustavo golpeó la mesa con el mango de su cuchillo.

—Calma, madre, ten calma. Si te empiezas a poner así, no te llevo conmigo a la estación.

—¡No me pongo de ninguna manera! —exclamó la madre, apresuradamente, secándose los ojos—. Fue solo una ocurrencia que tuve al ver volver los caballos. ¡Pero en la estación te aseguro que no lloro! ¡Llévame, Gustavo!

Y con un conmovedor intento de sonrisa contempló a los demás.

—¡Está bien! —dijo el padre—. Si te propones ser juiciosa, no tengo nada que decir. Pero tenemos que darnos prisa. La estación de término indica que van hacia

Francia...

En el último momento hubo un contratiempo.

Resultó que Eva no quería acompañarles. Con lágrimas en los ojos aseguró que no podía hacerlo, pues tenía un dolor de cabeza atroz y se sentía muy mal...

—¡Ni pensarlo! —exclamó Hackendahl—. ¡Yéndose tu hermano a la guerra, tú vas a la estación sea como sea! ¡Para una cosa así no hay ni dolores de cabeza ni enfermedades que valgan!

Llorando, aseguró Eva que en realidad no podía y que se caería en medio de la calle...

Pero así como la madre estuvo a punto de verse privada de ir a la estación a causa de sus lágrimas Eva tuvo que ir a pesar de las suyas.

—¡No me vengas con historias! —y con súbita desconfianza, al recordar las palabras de Bubi añadió—: ¿Es que tienes un novio? ¿Eh? En estos últimos tiempos te encuentro muy rara. Espera a que estemos de vuelta, que tenemos que hablar sobre esto.

De mal talante y acalorada, se puso la familia en camino. Eva vio a Eugen esperando en una esquina, en la que le había citado, y le hizo signos de impotencia. El pareció amenazarla, y luego le perdió de vista...

Poco después pensó que, con su partida, el domicilio había quedado bajo la sola vigilancia de la criadita, y que Eugen era capaz de todo, ¡de todo! Incluso de entrar violentamente en el domicilio de sus padres. A gusto hubiera regresado a él, mas ¿de qué iba a servir? En caso de que Eugen hubiera penetrado realmente en el domicilio, su presencia no lograría que no llevara a cabo el robo. Ella no tenía fuerza alguna sobre él y, en cambio, él las tenía todas sobre ella.

A todo esto, el tiempo es tan justo que, llegados a la Alexanderplatz, se dan cuenta de que si no toman algún vehículo no van a llegar al tren. El decidido Erich presenta un taxi automóvil a la consideración del padre, y recibe una mirada de desprecio. También la propuesta de la madre de coger un coche de caballos queda declinada, por demasiado cara. Por suerte viene un ómnibus tirado por caballos, en el que encuentran aún sitio. A empujones emprende la marcha el vehículo.

En la ciudad reina una animación parecida a la del primer día de movilización. En la calle se detienen unos coches de los que bajan chicuelos que venden paquetes de periódicos entre la gente. Los paseantes que suben al ómnibus dan la noticia: se ha declarado la guerra a Francia. Las tropas alemanas han pasado la frontera belga...

Hay un corto asombro. ¡Bélgica! ¿También Bélgica ahora? Mas no queda tiempo para largas reflexiones, pues por todas partes se oye la canción: «Triunfante. Derrotaremos a Francia...».

Los viejos canturrean, entre sonrisas de aprobación, la canción despectiva, en la que se habla de arrojar a Napoleón, y se le llama Napolibum por exigencias de la rima.

El ómnibus no logra avanzar entre el gentío. Bajan de él y se abren paso en

columna cerrada entre la multitud. A la estación, tienen que llegar a la estación.

—Perdone que le haya pisado, señor mío. Es que mi hijo se va en este tren.

—Fue para mí un placer.

Gracias a Dios, por fin han llegado a la estación. Por fin han llegado al Término. Un minuto más y...

Atravesando el vestíbulo suben las escaleras. ¡Todo está lleno a más no poder! Desde arriba les llegan unas notas. Las dos y un minuto. El tren debiera ya de haber partido.

—Mientras no suene la música, el tren no se irá —dice Hackendahl sin aliento.

Hay tal desbarajuste que pasan el control sin billete de andén. El empleado les grita algo pero Hackendahl exclama:

—¡Francia! ¡París!

Y ríe. Varios se unen a sus risas. Hackendahl se siente jovial, jovial y excitado. Corre hacia el tren, acompañado de su familia.

¡Cuán largo es el tren! Por las ventanillas asoman hombres unos junto a otros y encima de otros, todos vestidos de gris de campaña con cascos picudos forrados del mismo color que ostentan en rojo el número de su regimiento. ¡Cuántas mujeres se ven en el andén también con el rostro muy grave y muy pálido! Se ven flores, sí, pero flores entre manos temblorosas y crispadas. Infinidad de chiquillos, mayores y menores, cuyas caras son también serias, y lloran muchos de ellos...

La banda del regimiento toca, pero los rostros siguen graves y solo se habla en voz baja.

—¡Escribe, padre!

—¡Te mandaré desde París una postal con vistas!

Penosa broma guardada para el último momento. Sonrisas desvaídas.

—¡Que te cuides!

—¡También tú y los niños!

—¡No te preocupes ahora de los niños, ya les vigilaré yo!

—¿Dónde está Otto?

Corren a lo largo del tren. De repente les resulta a todos imprescindible ver de nuevo al tan fácilmente prescindible Otto, estrecharle la mano, decirle que se cuide.

—Allí está la Gudde, la modista, ya sabes quien, padre, la que me arrojó el traje negro. ¡Va con un niño! ¿Desde cuándo la Gudde tiene un niño? Si es jorobada. Debe de ser el niño de alguna vecina.

—¿A quién ha acompañado usted hasta el tren, señorita Gudde? ¿Cómo te llamas, pequeño?

—Buenos días, señora Hackendahl. Allí está Otto quiero decir, el señor Hackendahl.

Y todos se abalanzan hacia Otto. La Gudde queda olvidada. Durante un momento, hasta la partida del tren, el tan desdeñado Otto resulta el personaje centro de toda atención.

—¡Que te vaya bien, Otto!

—¡Escribe de vez en cuando!

—¡Aquí te traigo un bocadillo para el viaje Otto!

—Y si vuelve a haber jaleo, Otto, piensa en tu padre. ¡Me gustaría muchísimo que te concedieran la cruz de hierro! ¿Te has enterado ya de si en esta guerra dan también la cruz de hierro?

Otto está de pie tras la ventanilla, muy pálido, con el rostro más gris que el gris de campaña de su uniforme. Va contestando mecánicamente, estrecha las manos de su familia y deja el paquete de comida en su asiento, al lado del paquetito que ella le ha traído...

Y sus ojos buscan de continuo a la otra, a la única a quien ama con todo el ardor de su débil corazón, y que le corresponde con todo el conmisericordioso amor del suyo, tan fuerte. Radiante y amable, sin quejas ni deseos, le está ella contemplando apoyada en un pilar de riego y llevando al niño de una mano:

—No llores, Gustavito. Papá volverá... El no puede oírlo, mas lee en sus labios:

—... Volverá.

No, tal vez no vuelva, pero, por raro que sea, la idea no le asusta. Parte hacia una guerra en la que va a haber lucha, contienda, heridas y un morir lento y doloroso, mas ello no le asusta, no le da el menor miedo...

«Estoy seguro de que no seré cobarde —piensa—. Y, sin embargo, soy demasiado cobarde para decírselo a padre...».

Quisiera comprender por qué le sucede aquello, mas no lo logra... Y sin resolverse a nada, le mira, contempla, los mira a todos bajo su ventanilla, los rostros tan conocidos, y luego su vista se dirige presurosa hacia la columna de hierro, a posarse en aquel rostro amado y único... No, no puede comprenderlo...

—¡Otto! ¿Qué son estas flores? —grita Bubi—. ¿De dónde las has sacado? ¿Es que tienes novia?

Todos ríen ante la idea de que Otto, el indeciso Otto, pueda tener novia. Y también Otto contrae el semblante con una sonrisa penosa.

—¿En dónde la has dejado?

Y todos miran sonriendo a su alrededor buscando una chica para Otto:

—¿Es aquella del traje azul, Otto? Parece muy avispada, pero tal vez lo sea demasiado para ti. Te daría a comer el pan y ella se comería la mantequilla.

Otto vuelve a sonreír angustiosamente.

—Mira allí sigue estando la Gudde —dice la señora Hackendahl en voz baja—. ¿Quién tendrá en el tren? ¿La has visto, Otto?

—¿A quién? ¿Cuándo?

—¡A la Gudde! ¡A nuestra modista! ¡Ya la conoces!

—Yo... precisamente... yo...

Todos se le quedan mirando y él se ruboriza. Mas ellos no notan nada.

—¿No has visto a quién tiene en el tren?

—No, yo... no. No he visto nada.

La banda toca; el tren retrocede un poco y parte...

Se agitan pañuelos y se hacen los últimos intentos de coger las manos de los seres queridos... ¡Ah, la figura solitaria apoyada en aquella columna! No ha sacado el pañuelo ni hace signo alguno. Mas se queda allí de pie, cual si fuera a quedarse para siempre en aquel lugar, paciente, esperándole, sin un reproche, hasta que regrese. Sus ojos se llenan de lágrimas...

—¡No hay que llorar, Otto! —exclama el padre Hackendahl—. ¡Nos veremos de nuevo! —y en voz muy alta, pues el tren ha acelerado su marcha y Hackendahl tiene que quedarse atrás, añade—: ¡Siempre fuiste un buen hijo!

Bubi corre durante un trecho más, justo hasta el final del andén. Ve alejarse el tren, irse empequeñeciendo los varios pañuelos, iniciar una curva, la señal redonda y roja en el último de los vagones. No se ve ya nada.

Heinz vuelve junto a su familia.

—¡Vayamos aprisa! —dice la señora Hackendahl—. Quisiera alcanzar a la Gudde. Me gusta saber de dónde viene aquel niño y por qué lo ha traído a la estación...

Mas Gertrud Gudde ha desaparecido ya con su Gustavito.

El médico director del departamento quirúrgico encontrábase en el cuartito especial destinado a los médicos, lavándose las manos como le ocurría siempre que estaba muy fatigado. Con maquinal actitud cogió el cepillito y se cepilló las uñas, se roció las manos con una solución de sublimado, las sacudió y se las secó.

Encendió un cigarrillo y aspirando hondamente el humo, se acercó a la ventana y contempló pensativamente, sin verlo, el jardín del hospital. Estaba cansado, exhausto; hacía once horas que estaba de pie y no veía aún el final...

«Pero esto no es más que el principio —pensó—. No es más que el principio... —pensaba lentamente sin sentirse especialmente irritado o perplejo—. No es más que el principio...».

Cuatro días de movilización le habían desposeído de tres cuartas partes de sus médicos: se habían marchado.

—Que os vaya bien por ahí —habían dicho al marcharse. Tres cuartas partes de los médicos fuera. Del personal sanitario no había que hablar, y los pacientes sobrepasaban el término medio. Y aquello no era más que el principio...

El médico director dejó el cigarrillo en uno de los ceniceros sin haberle dado más que la primera chupada. Perdido en sus pensamientos acercó se de nuevo al lavabo y volvió a lavarse y cepillarse con la estudiada y concisa precisión habitual. No sabía que lo estaba haciendo. A menudo un colega se lo hacía notar o era la enfermera ayudante en las operaciones la que le decía:

—¿Ya está usted lavándose otra vez las manos, señor profesor? Aun no hace dos minutos que acaba de hacerla.

Mas a la sazón no había allí nadie que pudiera recordárselo. Con gran cuidado se cepillaba las uñas...

—Que os vaya bien —decían los que se marchaban. Mas ¿cómo podía irles bien con apenas una cuarta parte de la nómina de médicos normal? No podía menos de irles mal, de tener que cerrar los ojos continuamente y dar por no vistos los mayores descuidos...

«Costará la vida de algunos seres» —piensa con cansancio.

Desde que trabaja en su profesión y a pesar de haber tenido que acudir a la ayuda de infinidad de pacientes, no ha perdido jamás el sentido de que los que confiaban en él eran seres humanos: madres cuyos hijos quedaron llorando en casa; padres de cuya vida dependía la dicha y el bienestar de una pequeña comunidad.

«Costará la vida a algunos seres —piensa. Mas en el tiempo que va a venir nada tendría tan poco valor como una vida humana—. Y morirían, no solo los enfermos, los desgastados, los viejos; es precisamente la juventud la que tiene que partir, la juventud, la salud. La fuerza del pueblo se irá disminuyendo sistemáticamente, día tras día, semana tras semana, tal vez mes tras mes... y yo, que estoy aquí, ¿me voy a

quejar por tener que operar un apéndice inflamado con media hora de retraso?».

Mira en torno suyo y escucha. Está de nuevo en el lavabo lavándose las manos. El cigarrillo va consumiéndose en el cenicero; mas no es esto lo que ha llamado su atención. Lentamente piensa que tal vez alguien ha llamado a la puerta, y en cuanto dice «adelante», ábrese realmente la puerta y entra una enfermera algo cohibida.

—Bueno, hermana, ¿qué hay? —pregunta con aire distraído, mientras se seca las manos con una toalla—. En seguida voy a hacer la visita. ¿O es que hay alguna novedad?

La enfermera sacude la cabeza y le contempla. Tiene los ojos sorprendentes, un poco tímidos y, sin embargo, obstinados; tiene también un rostro desequilibrado, joven y duro. Es evidente que la vida no le ha sido fácil.

—Tengo un ruego personal que hacerle, señor profesor —dice en voz baja.

—Pues mejor es que se lo haga usted a su directora. Sabe usted perfectamente que de ella dependen ustedes.

—Ya estuve con la directora —dice con voz apagada la enfermera—. Pero me rechazó y pensé entonces en el señor profesor...

—No, hermana, no —dice el médico con energía—. Estoy decidido a no inmiscuirme en los asuntos de las enfermeras. Y, además, tengo ya tantas cosas en la cabeza...

Y mira con actitud concluyente a la enfermera, lanza un suspiro, se levanta las mangas y se acerca al lavabo.

—El señor profesor se estaba lavando en el momento en que entré —dice la enfermera con valor. Naturalmente, el tic del director es conocido en todo el hospital.

—Gracias, hermana —dice el profesor—. Puede usted decir a la ayudante, en las operaciones, ya sabe a quién, a la hermana Lilli, que volveré a empezar dentro de diez minutos.

Y deja que le corra el agua por las manos.

—Sí, señor profesor —y le contempla enfadada y con algo de temor—. Señor profesor, perdone usted que vuelva a comenzar con lo mío. Esta mañana se ha decidido quiénes serán los que marcharán al frente. Y a mí, a mí no me ha tocado.

El director hace un gesto de enfado:

—¡No pueden irse todos! —exclama—. También aquí hay trabajo, mucho trabajo y muy importante.

—¡Señor profesor! ¡Yo tengo que ir! Por favor, señor profesor, dígame a la señora directora que yo tengo que ir. Para usted no significa más que decir una palabra, señor profesor...

El médico director vuélvese y mira con airado enojo a la joven enfermera:

—¿Y por un capricho así viene usted a molestarme en los pocos minutos que tengo de libertad? —exclama airado—. ¡Vergüenza tendría que darle, hermana! ¡Si quiere tener aventuras con jovencillos, no tiene ninguna necesidad de ser enfermera! ¡Las puede encontrar en cualquier esquina! Por lo visto se ha aburrido usted de su

sala en la que no hay más que mujeres viejas... ¡Ah, déjeme usted en paz, hermana!

Pero el profesor se equivocaba si creía que la enfermera, después de aquel rapapolvo enérgico y directo, iba a retirarse corrida. La hermana Sofía quedó allí imperturbable, e incluso tal vez sus ojos perdieron algo de la timidez que en ellos había, para acentuar su fortaleza y obstinación. El médico lo observó, no sin interés.

—No deseo ir al frente por los chicos jóvenes —dijo con energía—. Precisamente la señora directora me cambió a la sala de las viejas porque no sirvo para tratar con hombres. No me gustan los hombres...

—Hermana —dijo con suavidad el profesor—. No quiero que me haga usted una descripción detallada de sus inclinaciones. No me interesa, Váyase usted ya a su sala.

—Sí, señor profesor —dijo con imperturbable terquedad—. Pero, señor profesor, yo tengo que marcharme y usted tiene que ayudarme a conseguirlo...

—¡Hermana, se excede usted!

—Señor profesor, jamás he podido soportar a nadie, jamás le he tenido cariño a ser alguno, ni a mis padres ni a mis hermanos. Ni tampoco a los pacientes de aquí...

—¡Estupendo, hermana! —dijo burlescamente el médico—. Es una recomendación.

—No, jamás he podido soportar a nadie y tampoco a mí me ha podido nadie sufrir. Siempre he pensado que una era del todo inútil... Y ahora, de pronto... por favor, señor profesor, escúcheme por un momento, y ahora de pronto ha surgido esto de la guerra. No entiendo nada de política, señor profesor; no sé ni cómo ni por qué. Pero, de pronto, pienso que tal vez podría ser útil en algo y hacer algo de bueno para que valga la pena de haber venido al mundo...

Durante un momento se le quedó mirando.

—Tal vez usted, señor profesor, no entienda a lo que me refiero, y ni yo misma lo entiendo. Pero me refiero a que las demás, las mujeres, mi hermana y demás, piensan en que un día u otro tendrán hijos y marido a los que querrán. Pero yo no he tenido jamás este sentimiento, señor profesor. Jamás he podido sacar en claro por qué estoy en este mundo. Mi padre...

Se interrumpió. Luego prosiguió:

—Señor profesor, no crea usted que pienso en los soldados jóvenes a los que se les sostiene la cabeza mientras se les da agua... No, pienso en que quiero partir y hacer trabajos que me sean desagradables, desde la noche a la mañana, hasta caer desmayada y siempre así. Y entonces, señor profesor, tal vez entonces sienta que no estoy en el mundo del todo inútilmente —y casi en un sollozo, añadió—: Una quisiera haber sido algo más que una mosca...

Durante un rato hubo entre ambos un silencio. El médico se secaba las manos con lentos movimientos, se acercó luego a la hermana, le levantó la cabeza hasta ver el lloroso rostro, y mirándola a los ojos, preguntó con dulzura:

—Hermana, ¿cree usted que un gran pueblo se lanza a una guerra así para que...? ¿Cómo se llama usted?

—Sofía Hackendahl...

—¿... Para que Sofía Hackendahl no se sienta como una inutilidad en esta vida?

—¡Qué sé yo! —exclamó casi bruscamente, liberando con un movimiento rápido su cabeza de las manos de él—. Lo que si sé es que hace veintiún años que estoy en este mundo y ni por un instante he tenido la sensación de ser de utilidad a alguien.

—Tal vez —dijo el médico reflexionando— esta guerra ha venido realmente para que el hombre vuelva a sentir que sirve para algo en esta vida, Tal vez —y miró a la hermana—. Bueno, ya veré lo que puedo conseguir con su directora. Por lo que sé no está usted muy bien considerada por ella. Pero como ahora me acabo de enterar que, por lo menos en estos puntos, no están del todo de acuerdo usted y ella...

El médico sonrió. Sofía sonrió más mitigadamente, inclinó la cabeza con agradecimiento y se fue.

El médico director se acercó de nuevo al lavabo.

La otra hermana Hackendahl, Eva, había acuciado a sus padres y hermanos para regresar lo antes posible a su domicilio. A la sazón estaba sola y sofocada en su cuarto. No, Eugen no había estado en el piso y no había desvencijado el cajón de ningún escritorio, ni había forzado ni violentado a la criadita Doris; todo estaba exactamente como debiera estar.

¡Y esto era lo peor! ¡Lo peor era que Eugen no hubiese todavía hecho nada! Que aun pudiera hacerla todo, que todo siguiera amenazado y que se tuviera que temer lo peor. ¡Eso era lo grave!

Allí está sentada con las manos puestas en el regazo, oyendo a través de la abierta ventana a su padre hablar con Rabause, mientras piensa: «Sí, a padre no le falta nada. Tiene su establo, sus coches y su Rabause. No se puede quejar. Pero yo...».

Y oye como la madre habla animadamente con Doris en la cocina y piensa que tampoco a esta le va nada mal. Otto, que de todos es el que lo pasaba peor, está ahora lejos, y se ha convertido en algo respetado, en algo bien visto; tiene una misión.

¡Pero ella! También Sofía tiene su misión, y a pesar de que la cumpla con tanta amargura, no es culpa más que de ella, ¡y tiene una misión! Y Heinz tiene su colegio, y Erich tiene también siempre algo, algo nuevo, distinto, ¡pero ella!

No tiene otra cosa que su destino, un destino mezquino y deslucido. No tiene más que a Eugen en la esquina más próxima, que silba para que acuda, valiéndose de un dedo, el silbido de un canalla, y cuando lo oye tiene que acudir. Pertenece a aquel sujeto. ¡Aquella es su misión!

Cuando, dos días antes, la obligó a beber, cuando ella vio que él no cedería, que quería poseerla sin dilación —y no porque la deseara, sino simplemente para que ella supiera que también dentro de aquel orden de cosas le pertenecía, que no le quedaba ya nada propio, nada limpio—, ese día había tenido de pronto una idea que le pareció una lejana esperanza, algo que la ayudaría durante las horribles horas que iba a tener que soportar: tal vez tuviera que servir, y le había preguntado:

—Eugen, ¿no tendrás también tú que presentarte? ¿No serás también soldado?

Lo mismo que su hermana, había considerado la guerra como su liberación; él tendría que partir, y cuando regresara... ¡mas no regresaría! Tipos como aquel no debían regresar; si no, ¿para qué serviría la guerra?

Pero él la había mirado de soslayo y había reído despreciativamente:

—Eso es lo que tú quisieras, cariñito.

—¡Nada de esa, Eugen! Pero como todos los jóvenes se tienen que presentar...

—No, monina, a mí no me dejan servir; soy imprescindible. A mí me quiere la patria demasiado.

—¿Eres imprescindible? Pero todos los jóvenes...

—No tengas miedo, Evita. Yo me quedo contigo.

—Pero...

—¡A ti te entusiasmaría que tuviera que marcharme! Pues no habrá nada de ello. Para dejarse romper los huesos a tiros ya tienen a los demás.

—Pero es que si uno no se presenta resulta desertor, y luego...

—¡Cuántos melindres! No soy desertor, ya te lo he dicho, soy imprescindible. Mi patria renuncia a mí. ¿No lo comprendes aún? ¡Es que no tengo que ver nada con ella, paloma! No tengo los derechos ciudadanos de los burgueses...

—¿Por qué? —pregunta ella, atónita—. ¿Los derechos...?

—Sí, querida. Cuando me llevaron a la cárcel, me despojaron de mis derechos cívicos por tres años. Por esto no tengo el derecho de llevar la chaqueta honorífica de mi Kaiser, y por lo que veo, te apenas por ello...

Y abalanzándose sobre la mesa le dirigió una sonrisa parecida a una mueca. Tan solo de recordarlo se estremecía. No, en verdad no era mojigata, pero que hubiera un hombre que se enorgulleciera de su propio oprobio...

Él debió de leerle los pensamientos en el rostro. Con su súbita transición se mostró sombrío y encolerizado.

—¿Te avergüenzas? ¿Es que te avergüenzas de tu Eungen? Ven, corderita. Ya te enseñaré yo lo que representa para mí la vergüenza. Y si tú sigues teniendo tus derechos cívicos...

De nuevo había vuelto a sonreír con una mueca...

Luego vino lo otro.

Luego... vino... lo... otro...

Allí está sentada muy quedamente. Padre sigue en el establo hablando con Rabause. Se oye el entrechocar de los cubos... Madre sigue también hablando. Bubi silba una canción...

De improviso recuerda a la Gudde y la ve tal como estaba hacía poco, en la estación, como una criatura encogida y pequeña, pero llevando de la mano a un niño sano. Se estremece ante la idea de que también ella pudiera tener un hijo, un hijo de aquel sujeto que exteriormente es sano, pero en su interior es malo y corrompido... Hasta la jorobadita ha obtenido algo de la vida, algo que a ella le está vedado obtener... A poco, se dice: «¡Acaba con estos pensamientos!».

Del armarito coge una pieza de tela que envuelve en un papel, y le grita a Heinz:

—Si madre pregunta, dile que he ido a dar una vuelta.

—¡Díselo tú misma! —grita Bubi, con toda su fraternal cortesía—. ¡No soy tu botones!

Pero ella no quiere ir a decírselo por sí misma a madre, pues no quiere contarle que va a casa de la costurera, ya que madre pensaría en seguida que iba a causa de aquello. Y no va a acusa de aquello, sino que va por propio interés.

¿Va? No, casi corre hacia allí. Anda tan de prisa como puede hacerlo por la calle una muchacha con los largos trajes y los estrechos puntos de mira del año 1914. De continuo está volviendo la cabeza, por si alguien la sigue, pues él se ha convertido en

su pesadilla, en su amenaza constante. Mas, sin ser seguida por nadie, llega a la quieta calle adyacente, y pasando los patios empieza a subir por la escalera...

A su llamada, la Gudde acude inmediatamente. Tiene los ojos enrojecidos, y la mira casi con enemistad. El niño, de unos dos años, se ha agarrado a su falda.

—Perdone, señorita Gudde —dice Eva, algo perpleja por la defensiva mirada—. La vi, hace poco, en la estación, y recordé que tenía aún esta tela sin cortar... Es una tela de verano, y si no me hago ahora, en seguida, un traje, la tendré todo un año sin usar...

Ríe un poco desmayadamente, pues está verdaderamente atónita por la enojada mirada de la otra.

—¡No! —dice la Gudde—. ¡No! Lo siento mucho, señorita. ¡No! No puedo aceptar el trabajo. ¡No!

Este «no» tan constantemente repetido y pronunciado con tanta amargura, acrecienta la desazón de Eva.

—¿Qué le pasa, señorita Gudde? —le pregunta—. Siempre ha trabajado para nosotras. Soy Eva Hackendahl. Usted me conoce.

—En seguida he comprendido —dice la Gudde, con pasión— que lo habían ustedes adivinado. Pero es mi hijo, es nuestro hijo, y de nadie más. No tiene usted que venir a decirme nada, ni ninguno de ustedes los Hackendahl. ¡No! Es mi hijo. Si Otto no era bastante para ustedes...

—¡Otto! —exclama Eva, asombrada.

—¡No se haga la asombrada! ¡Vergüenza debiera de darle! Sí. Otto, pero mi Otto, no vuestro Otto que vosotros habéis hecho de él, vosotros, los Hackendahl, con vuestro padre a la cabeza. ¡El férreo Gustavo! ¡Y tanto! —y con súbita transición añade—: Acaba de marchar a la guerra, y tengo ya mucho miedo por él. Pero si regresa, ya me ocuparé yo de que se libre de todo cuanto tenga nombre de Hackendahl. Entonces bendeciría la guerra, la bendeciría, la bendeciría.

Apoya la cabeza en el marco de la puerta y empieza a llorar desconsoladamente.

Eva ha estado escuchando aquella explosión de sentimientos con los ojos muy abiertos, y al poco se decide a acoger con mucho cuidado a la llorosa mujer:

—Señorita Gudde, por favor, por favor, no llore, el niño...

Pues el niño está junto a ella y no llora. Trata de abrazar a la madre:

—¡Mamita, mamita, no!

—Sí, sí, ya ha pasado, Gustavito. Mamita ríe de nuevo. Mírala cómo ríe, Gustavito. Señorita Hackendahl, ahora ya sabe usted lo que quería saber, y puede irse tranquilamente a su casa. ¡Ah, las cartas que le escribiréis! ¡Ni siquiera así le dejaréis en paz!...

—Nadie tiene prevención contra Otto, créame, señorita Gudde. Lo que pasa es que no creíamos que...

—No, nunca han confiado ustedes en él.

—Y por mí, nadie se enterará de nada, puede usted quedarse con el niño. La

comprendo a usted, comprendo que odie todo lo que lleva el nombre de Hackendahl... Yo misma soy una Hackendahl, y soy tan desgraciada como Otto...

Y ahora es Eva la que empieza a llorar, pero se contiene con más presteza.

—Mire —le dice a la otra, que permanece muda—, yo no tengo ningún pequeño como usted y no puedo tenerlo. ¡Así soy de desgraciada! Por ello he venido aquí, porque la había visto a usted con un niño, con un niño tan hermoso y tan sano. Porque hasta ahora siempre había deseado tener hijos, y, de pronto, he sentido mucha envidia por usted... ¡Tiene usted que comprenderlo!...

La Gudde la mira por unos momentos sin decir palabra, y luego dice, brevemente:

—Entre usted, señorita Hackendahl.

Llevando al niño de la mano, precedió la Gudde a su invitada en su paso hacia la habitación que hacía de sala.

—Deme usted la tela, señorita.

Y Eva le dio la tela, y la costurera sacó y le mostró unas revistas de modas, eligiendo un modelo, mientras le preguntaba:

—¿Quiere que lo hagamos como este? Yo, de usted, no me pondría mangas de jamón, señorita Hackendahl; no haría más que ponerle un fruncido.

Y Eva contestó con mucho tino, como se contesta a cualquier modista, llegando incluso a estar un poco interesada, pues la tela azul, con sus puntitos blancos, era verdaderamente bonita, y podía hacerse con ella algo que estuviera bien.

De improviso dijo la Gudde:

—¡Perdone un momento! —Y se fue al cuarto contiguo, del que volvió, al cabo de un rato, trayendo cuidadosamente algo entre sus manos. Lo mostró a Eva, diciendo, con orgullo:

—Mire usted este crucifijo que ha tallado. ¿No es precioso? —y, sin esperar la respuesta, continuó:

—Lo hubiera podido vender qué sé yo la de veces, pero no quiero desprenderme de él. Lo demás que talla lo llevo a una tienda, y me lo pagan bastante bien. El propietario dice que se evidencia en todo a un artista excelente, al que solo le ha faltado material y un poco de aprendizaje. Pero nunca lo obtendrá —dijo, reemprendiendo el tono de enemistad, apartando cuidadosamente el Cristo—. ¡En su casa, le hacen ustedes limpiar los caballos y cuidar del establo!

Eva miró con desconsuelo a la cuñada, que prosiguió, ya calmada:

—Naturalmente, a él no le hablo como estoy haciendo ahora con usted. Siempre le he dicho: «Otto, haz lo que te manda tu padre», pues también yo veo que tiene la voluntad débil, y que si le indispusiera con ustedes no lograría más que hacerle desgraciado.

Eva dijo con cautela:

—Tal vez regrese fortalecido por la guerra. Usted no puede quedarse aquí siempre sola con el niño, y si Otto tiene tales cualidades... Padre tiene el suficiente dinero para...

—¡Claro que puedo! Puedo perfectamente quedarme aquí sola con el niño y esperarle. Así tengo el niño para mí sola, y a él también para mí sola, aun cuando no sea más que por breve tiempo. En cuanto al dinero, jamás aceptaré ni un *pfennig* de su dinero. Piensan ustedes que el dinero hace la felicidad, pero a todos ustedes les ha hecho desgraciados.

Y volvió a mirar con enfado a Eva, enfado que se disipó inmediatamente al ver el rostro pálido y cansado de esta.

—No; no quiero ahora injuriarla más. Usted afirma que es tan desgraciada como Otto. Pero no sabe usted hasta qué extremo lo es él.

—Tampoco sabe usted hasta qué extremo lo soy yo —dijo Eva. Pero, cambiando súbitamente de idea, preguntó—: ¿Cuándo podré venir a probarme? ¿O prefiere usted que no venga? Tenga usted la seguridad de que no diré nada en casa.

—Puede usted venir todos los días, si es que quiere ver a Gustavito.

—Y pudiera ser muy bien que madre la mandara a buscar, o que viniera por sí misma a su casa, pues siente curiosidad por el niño —dijo Eva—. En este caso, no le hable usted de nada. Madre no sabe qué pensar sobre Otto. Puede usted decir que es el hijo de algún pariente.

—¿Yo mentir acerca de Gustavito? ¡Jamás! Le diré que es mi hijo, pero no tengo por qué responderle si me pregunta quién es el padre.

—Bien, pues me marchó —dijo Eva, mirando de nuevo a la habitación y al niño, que estaba jugando en aquel momento.

Gertrud Gudde vio aquella mirada.

—Dele usted un beso —dijo—. Ya no estoy enfadada con usted.

Pero Eva se limitó a hacer un movimiento de defensa, y dijo, en voz muy baja:

—No, no —saliendo muy apresuradamente al pequeño pasillo que llevaba a la puerta del piso, sin despedirse. Abrió la puerta y esperó a estar en el descansillo de la escalera para decir—: Tal vez vuelva mañana mismo.

—Está bien —dijo Gertrud, asintiendo con un ademán.

—Estaba todo el rato reflexionando —dijo Eva, inclinándose hacia la placa que había junto a la tienda cómo se llamaba usted de nombre. Ya veo que es Gertrud. Yo me llamo Eva.

—Él me llama Tutti —dijo la Gudde en voz muy baja.

—Adiós, Tutti —dijo Eva, con una inclinación de cabeza.

—Adiós, Eva —dijo la Gudde.

Y Eva se marchó. Volvió a la calle.

Para Gustavo Hackendahl había sido un día excitadísimo; había sido un día grande y que le llenaba de orgullo.

Por la mañana tuvo la procesión por la ciudad con los treinta y dos caballos que llevó al examen, los rostros de los paseantes volviéndose al oír el claro repiquetear de las herraduras en el adoquinado.

Luego, el examen mismo, y el capitán que había elogiado sus caballos. Incluso la aventura de curso inesperado con el espía podía uno evocarla con cierto orgullo. Luego vino la tarde y había uno contado entre los más destacados, entre los que mandaban a uno de sus hijos a la guerra por la patria, y sabiendo que pronto otro de ellos iba a llevar el uniforme...

Sí, había sido un día del que estar orgulloso, y tal vez había a la sazón pocos hombres en Berlín que hubieran dado tanto a la patria como él diera.

Mas luego había regresado a su casa, a su casa y a su cochera, que habían sido siempre su orgullo, y lo había encontrado todo ello tan insólito, tan desierto, tan vacío...

Durante un buen rato había estado conversando con Rabause, en el establo, contándole con todo detalle todo cuanto aquel día había sucedido. Rabause había tenido aquel día mucho que hacer, pues había que variar la disposición de todo el establo, ya que a la sazón quedaban en él cinco de los treinta y dos caballos.

Rabause corría de un lado para otro y miraba a su jefe, un poco burlonamente, con el rabillo del ojo, y un par de veces había Hackendahl echado una mano, pero le había resultado penoso.

Recordó el tiempo que hacía que no había realizado un esfuerzo corporal serio. Ahora tendría que ejercitarse un poco. Pronto se habituaría, y era muy probable que le fuera bien para el corazón.

Pero no tenía ninguna necesidad: con cinco caballos, no había ni el suficiente trabajo para un mozo de cuadra. Rabause había pensado lo mismo.

—La cuadra resultará demasiado fría, en invierno, para esos pocos caballos, señor —opinó, pensativamente—. Tendríamos que levantar una pared divisoria.

Hackendahl emitió un gruñido; era contrario a toda clase de obras, con las que no se hacía más que tirar el dinero.

—Para el invierno, hará ya tiempo que habrá terminado la guerra. Y el ejército me habrá devuelto mis caballos.

—Mejor es suponer que la guerra no habrá terminado antes del invierno, señor —le había contestado Rabause—. La del setenta duró todo un invierno, y no teníamos más que un enemigo.

—No hable de lo que no entiende, Rabause —había dicho Hackendahl, enojado—. ¿Qué sabe usted de la guerra y del ejército?

Pero al poco tiempo había salido de la cuadra, pues la perspectiva de varios meses teniendo que trabajar con solo cinco caballos le disgustaba enormemente.

—Esto ya no es una empresa de alquiler de coches —había pensado—. No es ya gran cosa más que un servicio con un coche diurno y otro nocturno. ¡Ya me estoy viendo otra vez con el sombrero de copa, esperando en los lugares de aparcamiento! —Indeciso, quedó se de pie en el patio—. ¡Si por lo menos regresaran ahora los coches! Podría ajustar ahora mismo las cuentas, y tendría algo que hacer.

Mas en el mismo instante recuerda que no hay ya más que cinco coches, y que el ajustar las cuentas es cuestión de unos momentos, que no hay ya coches de servicio nocturno que preparar...

Y allá se queda. Jamás ha dudado de sí mismo, y tampoco ahora duda, pero ¡qué solo se ha quedado! ¿Es que ha vivido por los demás, en vez de, como pensaba, los demás han vivido por él? No lo sabe, ni se para a reflexionarlo; sabe que, de pronto, la vida ya no le gusta. Sí, los hijos... piensa.

Le habían pertenecido a él hasta entonces; les había educado y enseñado; les había acostumbrado a la puntualidad, aplicación y obediencia. Les insultaba o era amable con ellos según lo requería el ánimo y la ocasión, ¡pero ahora habían partido!

Se arreglaban sin él. Le quedaba Bubi, pero con Bubi era difícil el mando y la intromisión; era un colegial muy independiente, y jamás contaba nada de la escuela.

Luego le quedaba también Eva... ¡Eva! De repente recuerda Hackendahl que le ha prometido a Eva que aquel día tiene que hablar con ella. Inmediatamente da la vuelta y sube presurosamente la escalera. Ha encontrado una misión, una ocupación, no se siente ya tan vacío.

Más arriba le espera una desilusión: Eva se ha marchado, no está en casa. También sobre esto ha de hablar con ella. ¡Decirle que no está dispuesto a tolerar aquel continuo marchar de casa! Una hija ha de decir, cuando se marcha, a dónde va y por qué, ¡esto es lo que está dentro del orden! Pero no puede, a la sazón, hablar con ella de esto, pues se ha marchado; de nuevo atente la vacío a su alrededor.

—¿Qué estás haciendo, Bubi?

—Mi composición de latín, padre.

Hackendahl contempla el cuaderno un poco perplejo.

—¿No puedes escribir mejor? ¡Son unos garabatos horribles, Bubi!

—¡Bah! Nuestro profesor de latín garabatea aún más; no sabe luego leer su propia escritura. Nosotros le ayudamos a adivinarla.

—No importa, Bubi. Tienes que escribir con más limpieza.

—Está bien, padre.

Y queda solventado. No hay más que decir. Hackendahl echa una mirada más a lo que Heinz escribe. La escritura no parece muy cambiada de lo que hasta entonces había sido. Pero no tendría sentido ponerse a disputar con Bubi por aquella causa.

Hackendahl se va a la cocina.

En ella está la madre, tomando café. Hackendahl husmea el aroma y,

naturalmente, es café del legítimo, del prohibido para el uso diario, en vez de malta, que es lo dispuesto. Hackendahl ha repetido cien veces y lo repite, entre rayos y centellas, por centésima primera vez, que no quiere que aquello suceda, que no encuentra el dinero en medio de la calle...

Y por centésima primera vez ha prorrumpido la señora Hackendahl en por lo menos media docena de excusas por su infracción de la prohibición: que si Otto había partido, que el calor le había dado dolor de cabeza, que las prisas por llegar a la estación le habían sentado mal, que no había puesto más que cinco granos de café en el caldo de malta, etc., etc.

Está bien. Un poco calmado se va Hackendahl a su cuarto. Sobre la mesa escritorio hay una carpeta con los papeles de la Comisión de examen. Hackendahl recuerda que hay en ella las órdenes de pago de la administración militar, por una crecida suma. Mira el reloj; sí, tiene todavía tiempo de llegar al Banco. Y con la carpeta debajo del brazo se pone en camino...

En el Banco se ve un cierto vacío detrás de las taquillas, pero el empleado de siempre aun saluda al señor Hackendahl con la acostumbrada amabilidad:

—¿Qué tal, señor Hackendahl? ¿Viene a recoger un poco de dinero? —añade, en voz baja, poniéndose la mano delante—. Acabamos de recibirlo: se ha suspendido la obligación de cambio de los billetes.

—¿Y qué quiere decir esto? —pregunta Hackendahl, un poco enojado. Se enoja siempre que no comprende algo inmediatamente.

—Ya no hay oro para los billetes. El oro se ha retirado de la circulación.

—Bueno, será para bien —dice Hackendahl—. Hay que hacerla todo como disponga el Gobierno. Yo he tenido también que entregar mis caballos.

Y coloca encima de la mesa la orden de pago. El empleado le contempla durante un momento.

—Bonita suma —dice con aire de admiración—. Pero también serían muy bonitos los caballos. ¿Lo ponemos en cuenta corriente, señor Hackendahl? Eventualmente, claro, ya comprendo, Tal vez quiera usted, luego, comprar unos papeles, creo que pronto se van a poder comprar buenos papeles bastante baratos; la gente, vende.

—Ya me decidiré —dice Hackendahl. Y añade, repentinamente—: Quizá prefiera comprarme un par de taxis automóviles...

Se le había ocurrido así, de pronto. No es que fuera a ser cuestión de tal compra. Pero era interesante saber la opinión de un hombre de banca sobre aquel extremo...

Naturalmente, el hombre se mostró muy enardecido.

—¡Una idea estupenda! —dijo, aprobando—. Es usted un verdadero hombre del día. El caballo ha muerto; un auto es algo más sólido.

—Si el caballo hubiera muerto, la Administración Militar no me hubiera pagado tanto por ellos, joven —dijo Hackendahl, con una sonrisa agria—. ¿Por qué no está usted sirviendo?

—Por el momento estoy reclamado por mi Banco —respondió el joven con aire importante—. ¡Soy imprescindible!

—¡Bueno, hay que ir a cenar! —dijo Hackendahl como despedida—. ¡Qué tipo más odioso! —pensó—. ¡Qué importancia se da!

En las columnas de anuncios estaban ya pegadas las comunicaciones de que, en adelante, no se cambiarían los billetes por oro. Claro que era indiferente. Jamás había pensado ir con sus billetes al Banco del Reich a pedir que se los cambiaran. Hasta entonces había confiado en el Banco del Reich y en el Gobierno. Y pensaba mantener su confianza... No tuvo ni una idea de intranquilidad. El dinero era dinero tanto si consistía en papel como en oro...

Hackendahl avanza por la Frankfurterstrasse, y recuerda que hay allí un local al que acuden los tratantes de caballos. Echará un vistazo, para ver si hay alguien. Unos cuantos caballos más en la cuadra no estarían nada mal...

La pequeña taberna está llenísima, y Hackendahl, el férreo Gustavo, es recibido con grandes aclamaciones.

—¡A ti te han fastidiado hoy del todo, Gustavo! ¡Se te han llevado caballo tras caballo! ¡Tenías verdaderas preciosidades!

—¡Te va a costar mucho dinero volver a comprarlos! ¡Tendrás que poner tus buenos cuartos encima de la mesa, Gustavo!

—¿Es que hay caballos para comprar?

—Hoy día, no; pero tal vez dentro de dos o tres semanas los haya. Creo que conseguiré reunir una partida en la Prusia Oriental.

—Yo voy a ir a Holanda...

—También los daneses tienen unos caballitos muy bonitos...

—¡Caballos habrá siempre, pero habrá que ver lo que cuestan!

—¿Qué importa esto? ¡Gustavo es un hombre que puede pagar!

—Si me resultan demasiado caros...

—¡Hombre, Gustavo, no digas! ¿Cómo pueden resultarte demasiado caros? ¡Sigues teniendo la cuadra y los coches, pues tienes que tener también caballos! ¿Cómo pueden resultarte demasiado caros? ¡Tienes que tenerlos!

—¡O esto o cerrar!

—¿Gustavo? ¡No me hagas reír! Este, va a seguir teniendo coches cuando a mí no me pueda doler ya ningún diente. ¡Es férreo este Gustavo! ¿No es cierto que lo eres, Gustavo? ¡Férreo!

Le complacía verse rodeado de tanto reconocimiento y admiración. Aquella gente reconocía lo que había llevado a cabo. No había sido ninguna pequeñez convertir la raquílica empresa de su suegro en aquella cuadra modelo. Le había costado trabajo, preocupaciones, cuidados... ¡Mantener a raya a treinta cocheros, tan aficionados como eran a tomarse alguna copa de más, era ya mucho! En su casa todo lo encontraban natural. Allí se acordaban de todo.

—¿Recuerdas aún, Gustavo, aquel zorro viejo de Kublank, que quería engañarte;

que le había dado arsénico al caballo, y que tú, a pesar de todo, no te dejaste...?

Historias de caballos que hacía tiempo habían muerto, de tratantes que ya no desempeñaban su profesión, viejas historias. Pero con ellas se sentía uno reconfortado. Hackendahl se quedó entre ellos mucho más tiempo de lo que hubiera querido, pero ¿qué tenía que hacer en casa?

Comieron todos juntos su cena compuesta de albóndigas frías o salchichas calientes con ensalada de patatas. Luego siguieron juntos. Uno de ellos habló de una pequeña cervecería, con varietés, que quedaba cerca. Sentáronse en una gran mesa, mirando con curiosidad y aprobación hacia el pequeño escenario, en el que una *canzonetista* cantó su canción a grito pelado. Un astroso prestidigitador hizo desaparecer a unos conejos no menos astrosos y realizó, como final, unos juegos de manos con naipes, que los tratantes sabían hacer mejor. Luego, una bailarina enseñó sus blancas enaguas con muchas puntillas, y, como final, dio rapidísimas vueltas sobre un pie, para que pudieran vérselo los pantalones. Los hombres manifestaron ruidosamente su aprobación.

Pero hubo una adición. El empresario estaba a la altura del día. Salieron al escenario dos muchachas, una caracterizada de soldado, con su fusil y su casco, y la otra, de teniente, con sable y monóculo. El soldado tenía que hacer instrucción, pero no quería. El teniente hacía resonar el sable, lanzaba «¡Ahs!» de desesperación y llegaba hasta perder el monóculo, pero el soldado seguía empeñado en no hacer la instrucción.

Nada más. Al poco se demostraba que el soldado opinaba que ya sabía bastante instrucción, y que lo que quería era ir, lo más pronto posible, hacia París. ¡Hacia París! El teniente quedaba entusiasmado ante aquella idea, y juntos se iban, bailando el vals de la victoria, hacia París. Entre bastidores asomaban unas manos que hacían ondear banderas blancas, rojas y negras, y se encendían bengalas.

El piano retumbaba: «Saluda a los héroes», y el público cantaba, en pie, muy serio y animoso.

Hasta que estuvo en camino hacia su casa Hackendahl no cayó en la cuenta de que no se había sentido animado. Se les podía perdonar a ambas muchachas el que sus taconazos no hicieran el sonido que debían. De estas cosas no entendían las chicas. Pero era mejor que no hicieran una cosa como aquella. El vals de la victoria hacia París parecía como si no hubiera más que hacer que ir simplemente bailando, como si no pudieran haber batallas, como si todo el trabajo realizado en tiempo de paz por los militares hubiera sido del todo inútil. ¡No, no estaba bien!

Hackendahl se prometió no volver a aquel local. Tampoco a los tratantes pensaba ir a verlos hasta pasado algún tiempo. Primero tenía que trabajar, ir a buscar caballos. Un hombre que se respeta, no bebe más de cuanto puede soportar.

Llega a su cochera, y por la fuerza de la costumbre, lo primero que hace es ir a la cuadra. En ella solo luce una linterna. Rabause no está. Lógicamente no merece la pena de pagar una guardia de cuadra por cinco caballos.

Hackendahl se acerca a donde está el alazán; el caballo tiene todo el aspecto de cansado, con la cabeza muy gacha. Tiene en su pesebre la suficiente avena, pero se ha llevado a la boca unas cuantas pajas del suelo y ha olvidado mascarlas. Y allí está el caballo, con actitud cansada, saliéndole las pajas del hocico; da verdadera compasión. No ha podido sobreponerse a la carrera, quedó derrengado. Hackendahl se dice que el alazán no se repondrá nunca.

Pero no necesita comer paja ni avena; Hackendahl tiene para su alazán algo mejor. Cuando, hace un rato, bebieron, en el local de las variedades, una taza de café, para terminar la velada, el camarero puso sobre la mesa un azucarero. Naturalmente, todos los tratantes en caballos echaron mano al azucarero, y Hackendahl con ellos, y vaciaron el azucarero, no para su café, sino para los caballos que cada uno tenía en sus casas. En los locales a que acuden frecuentemente los tratantes en caballos no tienen la costumbre de poner el azucarero sobre la mesa, y presentan los terrones contados. ¡Los azucareros se vacían demasiado aprisa!

Hackendahl le alarga el azúcar a su alazán. Este dirige su ojos, de un azul turbio y amarillento blanco, hacia su amo, Resopla sobre la mano.

—¿No lo quieres? —dice Hackendahl con súbito enojo—. ¡Pues déjalo!

Más no le quedan ya ganas de repartir el azúcar entre los otros caballos. Disgustado sale de la cuadra. Sube la escalera que conduce a la vivienda. Mientras lo hace, va pensando en cómo tiene la costumbre de subirla en otras ocasiones cuando regresa por la noche, y en si lo hace queda, ruidosamente o con su paso habitual. Mas no logra acordarse. De todas formas, se decide a no subirla con mucho cuidado: ¡No ha bebido más de lo que puede soportar!

Una vez arriba se queda un momento parado, reflexionando. Naturalmente, tiene que hacer su acostumbrada ronda, como todas las noches, no quiere que nadie note que ha bebido.

Cuando abre la puerta del dormitorio de sus hijos queda sorprendido de la oscuridad que allí reina. No puede comprobar si están estos durmiendo en sus camas. Luego recuerda que aquel día hace su visita de inspección mucho más tarde de lo habitual, y que por ello está el cuarto tan oscuro. Es ya de noche. ¿Qué hora será exactamente? Bueno, en todo caso es ya de noche y por lo habitual suele ser al atardecer.

Cuidadosamente, andando de puntillas, avanza, a tientas por el cuarto. Sigue con la mano la cabecera de una de las camas y baja la mano por ella: tenía razón en su presentimiento; la cama está vacía. Queda allí, parado, pensativamente. Aquello no esta nada bien. La cama no debiera estar vacía, y en ella debiera estar durmiendo su hijo.

Reflexiona en lo que va a hacer. ¿Debe llenar de improperios al rapaz? Mas no puede injuriarle, pues el rapaz no está allí. ¿Debe regañar a los otros? ¡Naturalmente que debe! Los otros pudieran vigilar; siempre que se ausenta un momento sucede algo así.

Va ya a poner en práctica su idea cuando recuerda que lo primero que tiene que hacer es ver si los otros están en su cama. Va tanteando la segunda cama y se apoya en la cabecera: también esta cama está vacía.

Una sonrisa se dibuja en su rostro grave; por suerte se le ha ocurrido inspeccionarlas. Ya ha atrapado a dos. No faltaría más que el tercero tampoco estuviera. ¡Ya les enseñará a los demás lo que quiere decir el orden en su casa!

Mas el tercero está. Heinz yace en su cama durmiendo tranquilamente. El padre va palpando hasta encontrar el rostro, llega a cogerle los cabellos y tira de ellos.

—¡Bubi!

—¡Humm!

—¡Bubi! —Tira con más fuerza.

—Estoy durmiendo...

—Bubi, ¿dónde están los demás?

—¿Quiénes?

—¡Otto!

Bubi se incorpora, medio dormido fija su mirada en el fantasmagórico padre.

—¿Otto?

—¡Sí, no te hagas el tonto! ¡Otto!

—¡Padre! ¡Si tú mismo has acompañado a Otto a la estación!

—¿Yo? ¿A Otto?

—Sí, se ha ido como soldado.

El padre se queda perplejo por haberlo olvidado. Trata de disimular su perplejidad.

—¡Quería decir Erich! —dice.

—¿Erich? —pregunta a su vez Bubi para ganar tiempo.

—Sí, Erich. ¿Dónde está Erich?

—¿Erich?

—Sí, no te extrañes: Erich. Quiero saber dónde está Erich.

—¡Erich! —Bubi ha visto ya claramente el estado en que se encuentra su padre. Inmediatamente decide aprovecharlo para encubrir la ausencia de Erich—. Ha estado ayudando a madre en la liquidación de los coches. ¡Tú no estabas! ¿Dónde estuviste, padre?

—Estuve en el banco... —dice el padre, gruñendo ero Erich...

—Los bancos cierran a las cinco, padre. ¿Dónde estuviste? ¡Cuéntamelo! ¿Estuviste en el palacio?

—He estado enterándome de cómo encontrar caballos Tenemos que comprar nuevos caballos. Pero Erich...

—¿Tendremos nuevos caballos? ¡Estupendo, padre!

—¡Ahora ya no hay caballos en Berlín! Pronto van a llegar. ¡Entonces nos quedaremos con algunos...!

—¡Magnífico! Mira, padre...

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—¿No quieres echarte un poco aquí, en la cama? Así no estaré barras a madre, que duermes ya rato.

—A madre no la molesto nunca al llegar. Ni me oye. No, me voy a echar en la cama de Erich. Por cierto ¿dónde está Erich?

—Primero ha ayudado a madre a hacer la liquidación de los coches. Espera, padre, te ayudaré a soltarte los cordones de los zapatos. Luego podemos estar aquí conversando un ratito. Es muy agradable conversar desde la cama, ¿no te parece?

—¡No, me echaré en la cama de Erich!

—También la de Otto está vacía, padre, y es aún más cómoda que la de Erich... Espera, padre, que colgaré tu chaqueta aquí; no necesitamos encender la luz. Nadie tiene por que notarlo...

—¿Qué es lo que nadie tiene que notar?

—Hoffmann dice que mañana no llevarán taxis abiertos, que saldrán con coches de equipaje. Hoffmann asegura que hay con ello mucho negocio a hacer.

—¡Qué idiotez! —gruñe el viejo Hackendahl—. ¡Coches de equipaje! ¿A quién se le ocurrirá viajar?

—¡Pero si es que todos los que estaban de vacaciones regresan, padre! Parten a toda prisa de donde estaban y lo que quieren es llegar pronto a casa, porque ninguno de ellos había creído en la guerra. A cientos están en las estaciones con sus maletas. ¡Y no encuentran medio alguno de locomoción! Hoffmann dice...

—¡Bah, Hoffmann! —Hackendahl atrae hacia sí el cubrecama—. Primero tengo que reflexionarlo, pues para los coches de equipaje están los caballos muy fatigados.

—Oye, padre.

—¿Qué quieres?

—¿Se puso la cosa muy grave con los tratantes de caballos?

—¿Por qué grave? Todo negocio es grave. Pero no tenían ni un caballo.

—No, yo me refiero tan solo a eso de la bebida. Tú lo aguantas estupendamente, padre; pero es una suerte que madre no note nada.

—¿No note nada de qué?

—¡Bueno, no me negarás que vas un poco cargado!

—¡Yo! ¡Qué va! ¡Ni mucho menos! Te lo parece por la oscuridad. Acabo de venir de la cuadra.

—¿Y en qué cama estás ahora, padre? —pregunta Heinz con una risa ahogada.

—¿En qué cama? ¡Maldito rapaz! ¡Como si no lo supiera!

—¡Dilo, pues! ¿Estás en la cama de Erich o en la de Otto?

—¡Bubi! ¡Tú mismo has dicho que Otto estaba en la guerra!

—Bueno, ¿y qué?

—¡Pues, por lo tanto, estoy en la cama de Erich!

Bubi se siente sacudido por la risa, y hundiendo la cabeza en su almohada, trata de disimularla. Mas llega hasta él la voz del padre:

—¡Bubi!

—¿Qué hay, padre?

—No he ido a ver el cuarto de las chicas. Ayúdame a salir de la cama. Antes de dormirme tengo que ver si las chicas están en casa.

—¿Las chicas, padre?

Y el padre contesta, impaciente e irritado:

—Sí. Ayúdame a salir de la cama. Siento un poco de mareo.

—¡Pero si Sofía vive en el hospital, padre! Hace ya mucho tiempo.

—Sí, ¡está bien! ¡En el hospital! ¡No voy a tolerarlo! Tiene uno cinco hijos y se encuentra sin ninguno.

—Me tienes a mí, padre.

—Y Eva, ¿dónde está?

—Eva hace ya un buen rato que se ha ido a la cama.

—Voy a verlo.

—Déjame ir a mí, padre; tú no harías más que despertarla. Y luego ella se lo contaría a madre...

Bubi se escurre de la cama y va a la habitación contigua. El padre se rebulle en su almohada. Hubiera debido ir por sí mismo, piensa. De Bubi no puede uno fiarse.

Al poco regresa Bubi.

—Eva está durmiendo, padre.

—¿Es realmente cierto?

—Eva duerme bien ciertamente. Duerme sobre un lado y ronca un poco.

—Bueno, está bien. Vamos, pues a dormir nosotros. Buenas noches, Bubi.

—Buenas noches, padre; que duermas bien.

Conversación a oscuras entre dos.

—Ah, te lo quería preguntar: ¿por qué no has acudido esta tarde como yo te había dicho?

—¡Madre estaba conmigo!

—¡Ah, de modo que tu madre es para ti más que yo!

—Y tenía que ir a decir adiós a Otto, que se ha ido a la guerra.

—Bien, de modo que también tu hermano es para ti más que yo.

—No podía hacer otra cosa. Eugen. No me atormentes así. ¡Me haces daño!

—Ahora te diré yo algunas cosas sobre el hacer daño y demás. Si de ahora en adelante no acudes cuando yo silbe, apartándote de tu padre, de tu madre y de toda tu parentela, te la cargas. ¿Has entendido?

—¡Sí, Eugen!

—¡Que te la cargas he dicho!

—¡Sí, Eugen!

—Siempre «¡Sí, Eugen! ¡Sí, Eugen!», Pero ¿sabes lo que quiero decir al afirmar que te la cargarás? ¿Tienes idea de lo que será?

—¡Sí, Eugen!

—¿Harás, pues, todo lo que te diga?

—¡Sí, Eugen!

—¿Me quieres más a mí que a tu padre, a tu madre y a tu hermano juntos?

—¡Oh, Eugen! Sí, Eugen.

—¿Te ha dolido esto? Di: Sí, Eugen.

—¡Sí, Eugen!

—Pues aun te dolerá más esto; esta noche te quedarás aquí conmigo...

—Oh, Eugen, padre...

—¿Qué quieres decir con padre? ¿Qué quieres decir con padre?

—¡Eugen!

—Di inmediatamente, di al momento: Padre es una porquería. Dilo o no sé lo que haré de rabia. Di...

—Padre es una porquería.

—Bien. Esta noche te quedas aquí conmigo...

—¡Si, Eugen!

—¿Te gusta estar con tu Eugen?

—¡Sí, Eugen!

—¿Me quieres más a mí que a tu padre y a tu madre?

—¡Sí, Eugen!

—¿Ves qué dócil te has Vuelto? Me quedaría con seis como tú. Ya verás cómo yo te sigo también gustando. ¿Te gusto, Evita?

—¡Sí, Eugen!

—Anda, coge tus pingos. Vístete y lárgate a casa de tu padre. Date prisa, ¿oyes?

Me asqueas. ¿Te largas?

—¡Sí, Eugen!

—Oye, ¿te quedarás?

—¡Sí, Eugen!

—¿Y ahora quieres largarte?

—Como quieras, Eugen.

—Bueno, pues vete pitando, lárgate. Pero cuando silbe...

—Sí, Eugen, acudiré.

El joven, con el uniforme gris de campaña, subió a grandes zancadas la escalera, abarcando dos escalones cada vez. Llegado a la puerta, oprimió varias veces el timbre sin poner atención en lo que hacía, y al ver que no abrían inmediatamente volvió a oprimirlo unas cuantas veces más. Dio una rápida ojeada a lo que debajo del nombre constaba escrito en la placa, que eran varias cosas en letras muy grandes pero concisas, negras letras sobre blanco esmalte: «Consejero de Justicia. Doctor Meier. Abogado y notario. Horas de despacho, de diez a una y de tres a seis. Miembro del Reichstag».

Volvió a acercar el dedo al botón del timbre y al hacerlo se abrió la puerta.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó el que salió a abrir con voz de tono muy bajo—. El señor consejero de Justicia no recibe a esta hora. ¡Ah!, si eres tú, Erich. Entra. Avisaré inmediatamente al doctor.

—¡Ya le avisaré yo mismo! —exclamó Erich, dirigiéndose presuroso al despacho del diputado.

El hombre corpulento y moreno estaba leyendo el diario:

—No quiero que nadie me moleste —dijo, mas al momento reconoció al intruso—. ¡Ah, Erich! ¡Erich con uniforme! ¡Qué pronto lo has conseguido! Tengo entendido que los regimientos no saben ya cómo sacarse de encima a los voluntarios. ¿Dónde te has incorporado?

—En el batallón de refresco en Lichterfelde. De tres mil que se presentaron aceptaron solo a ciento cincuenta.

—Y a ti entre ellos. Muy bien. Yo siempre lo he dicho, que lo que quieres realmente, lo llevas a cabo. Así es que has querido mostrarte de uniforme a nosotros, a los compañeros rojos. ¡Tienes muy buen aspecto! Muy marcial, que es el máximo elogio prusiano.

—¡No he venido porque quisiera mostrarme en uniforme! No soy tan simple.

—Tal vez no sea ninguna simpleza, Erich. Hoy en día debe ser para varios un sentimiento hermoso llevar el uniforme. Nos defendéis y estáis dispuestos incluso hasta a morir por nosotros.

—Naturalmente, me alegro de ser soldado. ¡Pero no a causa del uniforme!

—Y el tono de tus prusianos, ¿te gusta? Recuerdo que los gritos eran para ti lo que el trapo rojo para los toros. ¿O es que ya no reprenden a gritos?

—Claro que sí —convino Erich—. Es deplorable, y muchas veces me cuesta de dominarme. Y lo más rastrero no son los gritos, sino las burlas y las injurias cuando uno no sabe hacerlo como debiera. Hay muchos que como no han hecho gimnasia ni les sale bien... ¡Durante horas y horas están encima de ellos todos los días!

El diputado contempló el rostro de su amigo:

—Bueno, Erich —dijo—. Espero que sabrás aguantar los gritos, como se dice en

prusiano. El Código militar es muy severo y la rebelión es hoy en día algo que se castiga con la muerte. Ya en otra ocasión te dije que tú eres un rebelde —añadió—. Siempre te resistirás a cualquier clase de coacción, hasta llegar al autoaniquilamiento.

—¡Pero ahora puedo aguantar perfectamente los gritos señor doctor! —exclamó Erich con orgullo—. ¡Cuando la cosa vale la pena se soporta todo! Pienso siempre que nos estarán instruyendo durante un trimestre y luego podremos ir al frente a luchar.

—Tal vez iréis antes de lo que te figuras, Erich. Inglaterra nos ha declarado también la guerra, ¿lo sabías ya?

—¿También Inglaterra? —exclamó el joven atónito—. Pero ¿por qué? Son nuestros primos, de la misma sangre que nosotros, y el Kaiser está emparentado con ellos muy de cerca. ¿Por qué, pues?

—Porque hemos violado la neutralidad belga. Eso es lo que dicen. Y en verdad lo hemos hecho.

—Pero Inglaterra —exclamó el joven— ha prescindido cientos de veces en su historia de los tratados. ¡Jamás ha respetado un documento cuando se trataba del derecho a la vida de su pueblo! ¡Y ahora se trata de nuestro derecho a la vida!

—Es que no dicen lo que piensan —opinó el abogado con una turbia sonrisa—. Hablan de neutralidad belga y se refieren a nuestra flota, a nuestras colonias.

—Si Inglaterra posee casi una quinta parte del mundo ¿de qué le servirían nuestras colonias?

—Un hombre rico nunca lo es lo suficiente. Vamos a pasar malos tiempos, Erich. Estate seguro de que casi todo el mundo odia a Alemania.

—Pero ¿por qué? Nosotros queríamos vivir en paz...

—Porque estamos divididos. Porque no nos comprenden. Siempre han querido comprendernos, pero a Alemania, querido Erich, no hay quien la comprenda. Hay que amarla u odiarla.

—Sí —exclamó el joven—. Ahora me acuerdo de para qué vine aquí. ¡Tuve yo razón, señor diputado, señor miembro del Reichstag, señor social-demócrata! También usted ama a Alemania; todos ustedes han convenido en lo de los créditos de guerra, tanto unos como otros.

—Sí —convino el diputado casi desconcertado—. Hemos aprobado esta guerra. El discurso del canciller del Reich fue lamentable. Aun en el caso de que nos haya dicho la verdad, no nos la ha dicho toda. Quedó mucho que aclarar.

—¡Y ustedes dieron su aprobación!

—La actitud de Austria está dividida. El Kaiser habla de fidelidad de nibelungo, pero aquellos en cuya ayuda acudimos, todavía hoy día no le han declarado la guerra a Rusia. Esos señores de Viena quisieran entregarse únicamente a su guerrilla contra Servia y que nosotros lucháramos a causa de ellos contra todo el mundo.

—¡Y, sin embargo, han dicho ustedes que sí!

—Claro, porque amamos a Alemania, Erich. Se han cometido infinidad de faltas,

tanto por parte del Kaiser como por la de este canciller filósofo: por todos. Pero no se abandona a un hijo en un mal paso por faltas que haya cometido ni tampoco se desampara a su madre... Nosotros hemos aprobado. No podíamos hacer otra cosa. Todo el mundo da su aprobación, Erich. Y no queríamos hacer otra cosa. Esperemos, esperemos que nuestros Gobiernos sean en guerra algo distintos de lo que fueron durante la paz...

—Todo cambiará —dijo Erich. El abogado puso cara de duda:

—A vosotros os tratan en el patio del cuartel igual que antes, Erich, Tampoco cambiarán su actuación en el Gobierno. Erich, ahora hay en el pueblo una voluntad, una fe, una unión. Si no se aprovechan de esta hora, si no se solidarizan con el frente, si también dejan pasar esta ocasión sin utilizarla, entonces, Erich, vendrá un tiempo horrible. Entonces se desmoronará todo y les habrá pasado la hora. Hoy en día todos creen en Alemania y todos la aman, pero *si* pierden esta fe, ese amor, ¿qué pasará? ¡Tal vez nunca más se reponga!

—No la perderemos —dijo Erich—. Pueden tratarnos mal, pueden ser tortuosos. No cuentan para nada. No son más que unos cuantos. Cuando les oigo gritar en los patios del cuartel, pienso siempre que es mi padre el que grita. Es su forma de regañar, son sus expresiones. ¡Lo he odiado tanto y me llegó a resultar tan insoportable, que muchas veces me pongo a temblar al oír el sonido de esa voz! —y guardó silencio un instante, luego añadió en voz muy baja—: Ahora pienso muchas veces que no podía hacer otra cosa. Se ha ido volviendo así. En el fondo, nos quiere a su manera.

El diputado sacudió ligeramente la cabeza:

—Es esta una disculpa, que no podemos aceptar, Erich. Así podría perdonarse toda mezquindad y toda contravención. Pero de todas formas es un cambio ostensible en ti, hijo mío; a cada hora estoy viendo que realmente está sucediendo algo en el pueblo alemán. El osificado funcionario del partido se transforma. Y no es tan solo un patriotismo de hurras. Que dure, Erich. Y que los del Gobierno no dejen pasar desaprovechada esta hora. ¡Tal vez no Vuelva nunca más!

La clase estaba rabiando. Hacía ya cinco minutos que habían tocado el timbre que anunciaba la reanudación de la enseñanza después del recreo, pero hasta entonces no se había presentado profesor alguno.

Esto sucedía con frecuencia en las semanas y meses que sucedieron al comienzo de la guerra. Más de la mitad del profesorado se había incorporado, y con unos cuantos auxiliares miserables, inútiles para el servicio, tratábase de proseguir la enseñanza.

Los muchachos disfrutaban de la insólita libertad con todas sus fuerzas. La declaración de guerra, seguida del triunfal avance de las tropas en Bélgica y Francia, todo ello les había deparado una exaltación que no había medio de atenuar. Sin darse completa cuenta de ello se sentían como los representantes de una nación que triunfaba sobre todos los pueblos de la tierra, eran los hijos y hermanos de los héroes. Cuando hacíanse ondear banderas y tañían de nuevo las campanas: «Luttich ha caído. Amberes está cercada», era como un orgullo propio, como su triunfo, su victoria.

El pálido auxiliar de los anteojos que daba clase en la habitación contigua sacó suplicantemente la cabeza por entre la puerta:

—¡Chicos! ¡Chicos!!

—Estaros quietos. Allí hay alguien que nos quiere decir algo.

—Mi hermano ha escrito que en una cava encontraron tantos barriles de vino...

—¡Chicos! ¡Señores!

—Estaros ya quietos...

—Que simplemente les quitaron el fondo...

—¡Silencio digo! ¡Silencio!

El auxiliar estaba rojo de ira.

—¿Viene usted a darnos clase a nosotros, señor profesor?

—No pero tengo que dar clase al lado mismo. Y con el escándalo que estáis armando, es de todo punto imposible.

—Aquí nadie está armando escándalo.

—¿Quién arma aquí escándalo? ¡Yo, no! ¿Serás tú?

—Usted es aquí el único que arma escándalo, señor profesor.

—¡Escándalo! ¡Escándalo! ¿Hay aquí alguien que se llame escándalo?

—¡Tendrían que avergonzarse, jóvenes! ¿Y quieren ustedes ser jóvenes alemanes? Un chico alemán obedece cuando se le manda algo. Solo obedeciendo se aprende a mandar.

Pero el desgraciado había adoptado un tono del todo impropio, y a la sazón estaban todos enfurecidos contra él.

—¡Usted no tiene nada que mandarnos!

—¿Por qué no está usted, además, en el frente?

—¡En el frente es donde debiera mandar!

—¡El que no es útil para la guerra no tiene derecho a opinar!

—¡Los inútiles que se callen la boca!

El auxiliar se volvió blanco como la tiza.

—Vergüenza debiera... —murmuró—. Es odioso...

Dio unos cuantos pasos hacia la tarima, cambió de idea y dando una rápida vuelta abandonó presuroso la clase.

Durante un momento reinó un silencio absoluto, pues, en el fondo, se avergonzaban un poco.

Luego exclamó una voz grosera con el tono característico del período de cambio de voz:

—El alemán dice: «Hasta la vista», nunca adiós.

Primeras risas.

—¡Dios castigue a Inglaterra! —exclamó otro.

Segundas risas.

—¡Ya los que tocan el pandero!

Risas incontenibles.

Unos cuantos empezaron a cantar la canción que por aquellos tiempos estaba en todas las bocas, la canción de la venganza y del odio: «¿Qué tendrá de nosotros el ruso y el francés? Tiro por tiro y golpe por golpe».

Más y más fueron uniéndose al coro hasta llegar al estribillo que acabaron gritando todos juntos, subiéndose encima de los bancos y llevando el compás con las tapas de los pupitres: «Tenemos solo un enemigo: Inglaterra».

—Suplico un poco de silencio —dijo una voz baja, pero muy clara, desde la tarima.

Allí estaba su profesor, esta vez el que debía ser, que había entrado inadvertidamente entre el entusiasmo del canto. Era un hombre de edad algo avanzada, con la frente muy alta y abombada, que tenía un brillo blanco azulado y un mechón de pelos color rojo intenso, entre los que se mezclaban algunas hebras blancas, y que llevaba muy peinado hacia atrás. Le brillaban los azules ojos. Era el señor Degener, profesor de griego y latín, que propiamente resultaba un hombrecillo hacia el final de los cincuenta años, con el vientre en punta y vestido bastante ridículamente.

—¡A vuestros sitios!

Desazonados, se empujaban unos a otros entre los bancos y se insultaban a media voz:

—Déjame sitio, marmota.

—La marmota lo serás tú, no vayas a dormirte.

—¡Va a pasar algo!

—¡Qué porra! Si me ponen a mí otro castigo, tendré que habérmelas con el concejo.

—¡Degener está hecho un basilisco!

—La clase se ha portado vergonzosamente —dijo el profesor en medio de un profundo silencio anhelante. Estaba pálido de ira, y su rojo pelo se destacaba como una llama—. No solo es indigno de alemanes echarle en cara a cualquier prójimo algún defecto corporal —hablaba el alemán como si lo tradujera de su amado latín—, sino que es también vergonzoso en todos los pueblos del Globo terráqueo, incluso entre los ingleses. Por todas partes es vergonzoso. El señor candidato Tulieb padece de los pulmones. Debería de estar en un sanatorio y se dedica a vuestra enseñanza, porque hay carencia de hombres. No solo se puede morir en el campo del honor yendo al frente. ¡Qué vergüenza!

Estaba levantado, en su púlpito, y ellos sentados, bajo su mirada. Muchos tenían la cabeza agachada, en tanto que otros miraban atónitos hacia la ventana. Mas habían también algunos que miraban abiertamente al amado profesor, a la sazón tan airado.

—Los tres —dijo el profesor Degener— que se sientan más culpables se presentarán ahora en la otra aula y se excusarán ante el señor Tulieb, ante toda la clase reunida. Le pediréis perdón, sin ninguna clase de ambages, sino con arrepentimiento y reconocimiento de vuestra culpa. ¡Con verdadero arrepentimiento!

Y de nuevo paseó la mirada por la clase.

—Yo, por mi parte, voy ahora a abandonar el aula para volver al cabo de cinco minutos. Entre tanto, que la clase se ponga de acuerdo acerca de qué castigo se impone a sí misma por su vergonzoso comportamiento...

—¡Nos han fastidiado!... —dijo en voz baja uno, perdido en sus pensamientos.

—¡Cinco minutos! —exclamó el profesor, disponiéndose a salir, después de haber lanzado una mirada a sus ovejitas. Las piernas se le veían muy delgadas bajo su vientre de huevo de pascua.

—¡Qué gran asno! —dijo uno admirativamente.

—Deja este tono, querido —dijo su vecino, dando al primero un golpe en el bíceps—. Degener tiene mucha razón. ¿Quién va a pedir perdón?

Todos se miraron perplejos.

—Bueno, el primero seré yo —dijo Hoffman—. Y luego, ¿tú, Hackendahl?

—¡Por mí! Pero yo no hablo.

—¡Y yo! —dijo Porzig.

—No, tú no, Porzig, Tú tienes que quedarte aquí a reflexionar acerca de nuestro castigo en común. Pero piensa algo que esté bien y deje satisfecho al pelirrojo.

—¡Debe ser difícil! Mejor es que vengas tú, Lindemann.

Y salieron apresuradamente. Al llegar a la clase contigua llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo a regañadientes el profesor Tulieb. Mas en cuanto reconoció a los tres, se apresuró a añadir—: Os conmino a que abandonéis inmediatamente esta aula.

La clase miró con contento a los tres penitentes.

—¡Hoffman y Hackendahl en Canossa! —exclamó uno en voz bastante alta—.

Recoged nieve, así se arrodillarán sobre más frío.

—Señor candidato, venimos...

—¿Es que no vais a obedecer ni siquiera una vez? ¡Debéis abandonar inmediatamente esta aula! No quiero ni veros...

El señor candidato Tulieb no era un vencedor magnánimo.

—Nos hemos comportado como cerdos —dijo Hoffmann con voz ronca—. Solicitamos su perdón...

—Perdonar está muy pronto dicho... —dijo el candidato—. Me habéis ofendido en mi honor...

—Perdónenos usted, señor candidato —exclamó Hackendahl—. De ahora en adelante, nos portaremos debidamente.

—¿Lo haréis? —El candidato sonrió—. Vosotros los de la clase, mirad. ¡Que os sirva de ejemplo! Estas son las tristes consecuencias de la desobediencia...

Los tres dijeron, como en un gemido sordo:

—Cerdo...

—Pero a mi no me resulta tan y tan fácil. ¿Os ha castigado ya el profesor Degener?

—No.

—Naturalmente. Me lo ha dejado a mí. Vosotros debéis ser los tres promotores. Lo leo en vuestros rostros... Me escribiréis trescientas veces cada uno esta frase:

«Sunt pueri pueri, pueri querilia tractant...». Tradúceme esto tú, ese de ahí.

Heinz Hackendahl tradujo:

—Los niños son niños, los niños hacen niñerías.

—Niñerías, esto es. ¡Idos!

—¿Nos ha perdonado usted, señor candidato? —preguntó Hoffmann con preocupación.

—Cuando me hayáis escrito la frase trescientas veces y me la entreguéis mañana, bien limpio, os perdonaré. Antes no. Se lo podéis decir al profesor Degener.

Los tres se quedaron de pie en el corredor, en silencio y mustios.

—He visto perfectamente cómo has vacilado, Hackendahl —dijo, en voz baja, Lindemann—. Estabas furioso.

—¡Que si lo estaba! Pero pensé que también, cuando se es soldado, se tiene uno que dejar regañar sin pestañear. Vacilé muy poco.

—Anda, ahora tenemos que escribir trescientas veces eso, y no habíamos dicho ni una palabra.

—Principalmente fue el puerco de Lange el que lo hizo.

—Bueno, ahora ya no tiene remedio. Vamos a enterarnos de lo que los demás han decidido entre tanto.

Pero no era nada de particular: habían decidido que, por espacio de un mes, irían todos los domingos al campo a ayudar en la recolección, pues las fuerzas trabajadoras eran escasas, y la recolección había quedado atrasada.

—¡Es bastante prudente! —explicó Hoffmann—. ¿Lo considerará el pelirrojo como un castigo?

—¿Y vosotros? ¿Qué ha decidido para vosotros aquella serpiente con lentes?

—¡Ah! Mejor es que no hablemos de esto...

Y tampoco tuvieron tiempo de hacerlo, pues el profesor Degener subió a la tarima.

—¿Todo ha quedado arreglado? Está bien. No, gracias, no quiero que me comunicéis nada. Estoy completamente convencido de que lo habéis arreglado todo debidamente. En vez de ello —dijo, mirando a la clase—, en vez de coger entre nuestras manos nuestro César, tenemos que hacer otra cosa. ¡Póngase la clase en pie!

Así lo hicieron.

—¡Firmes! —La clase obedece—. En el campo de honor cayeron: Günther Schwarz, hasta hace poco alumno de la clase superior de nuestro colegio, granadero en el tercer regimiento de Guardias de Infantería. Herbert Simmichen, de la clase superior, voluntario en Artillería de campaña, 15.^a compañía, tercer batallón. «Dulce et decorum est pro patri mori...».

Silencio durante un momento. La clase se sienta.

—Os leeré ahora el informe del comandante de la compañía acerca de la muerte de vuestro condiscípulo...

—Falta una sortija. ¿Dónde tienes tu sortija, Evita?

—¡Yo no tengo ninguna, padre! —contestó Eva.

—¡Claro que la tienes! Aquella de la piedra parda. ¿No es cierto, madre, que Evita tiene una sortija?

La madre estaba sentada, con cara compungida, ante la mesa redonda, en la que el padre había colocado todo cuanto de oro había en la casa: su hermoso reloj, muy grueso y con una cadena muy pesada; el relojito adornado de esmaltes, de madre, que se llevaba prendido al pecho con un broche de oro; una funda de lápiz, de oro; un par de grandes gemelos de camisa, cuyo contenido en oro era bastante dudoso. Una cadenita con una cruz, que le habían regalado a Sofía para su confirmación. Las en otro tiempo gruesas alianzas, que el tiempo y el trabajo habían aplanado y laminado. Un broche de oro del que colgaba una perla falsa. Siete monedas de diez marcos y cinco de veinte.

En las paredes y en las columnas de anuncios veíanse estos carteles: «Di mi oro por hierro. Llevad vuestro oro a los lugares de entrega». Los diarios publicaban cada día algo acerca de ello, y la gente admiraba mucho más a los caballeros que llevaban ya en el chaleco la pequeña cadena de hierro en vez de la de oro.

—¡En casa no quedará ni un pedacito de oro! —exclamó el padre Hackendahl—. ¡Tenemos que entregarlo todo! ¿Tenemos aún algo más? Madre, ¿no tenías unas cosas pequeñas para las orejas, que más que pendientes parecían botones? ¡Recuerdo que sí!

—¡Ah, padre! —se lamentó la anciana—. ¡Si son pequeñísimos! ¡Déjame guardarlos! Una ha de poder guardarse algo como recuerdo de la juventud. No pesan absolutamente nada, y una pequeñez así no puede ayudar para nada al Gobierno...

—¡Ni hablar! —decidió Hackendahl—. Tenemos que entregar nuestro oro al Gobierno, y lo haremos. ¡No te entiendo, madre! Has tenido que entregar a Erich y a Otto, y ahora te pones a llorar por unas cuantas cositas de oro.

—También lloro por Erich y por Otto —dijo la mujer, levantándose penosamente—. Siempre que oigo al cartero subir la escalera me pongo a llorar.

—¡Ya lo sé, madre! —dijo conciliadoramente—. No resulta fácil, pero tenemos que hacerlo para vencer. Y, en compensación, nos entregarán hierro, madre. ¡Por algo me llaman el férreo Gustavo! El hierro va mucho más de acuerdo con nosotros que el oro.

—¡Ya voy a buscarlos, padre!

Y se fue al dormitorio. El padre miró en torno suyo. Eva se había marchado también. No, no había olvidado a Eva, y contempló el montoncito de oro: el anillo no estaba entre ello. «Hay que entregarlo todo —pensó—. Si uno se guarda para sí lo que le es más querido, no resulta ningún sacrificio».

Durante un rato estuvo escuchando. En la casa había un gran silencio, mas a la sazón reinaba siempre un silencio mortal en la casa mientras Bubi estaba en la escuela. Bubi era el único que aportaba un poco de vida a la casa. ¡Silencio de muerte! Hackendahl recordaba: hasta entonces Eva solía cantar mucho, y a la sazón ya no cantaba nunca. Silencio mortal. Y ahora tenía que ir a buscarla a su cuarto para que le entregara el anillo.

Hackendahl sentó se en la silla de su mujer, ante la mesa redonda, y estuvo contemplando el montón de oro. Para un pequeño burgués era una gran cantidad lo que allí inmolaba. Mas no era suficiente, faltaba una sortija, y cuando falta, aunque sea muy poca cosa, el sacrificio no vale. Era como en el ejército. El cumplimiento de la ordenanza que no caía del todo dentro de ella no resultaba cumplimiento alguno. Y aun cuando fuera tan solo un botón el que tuviera un punto mate, o que en uno de los zapatos limpiados hasta sacarles el máximo de brillo hubiera alguna mota de suciedad, ya no era cumplimiento.

Para esto estaba uno allí. En el mundo, en tierra alemana, en la cochera, en aquella casa. Para que uno cuidara de que en el lugar que le había caído bajo su custodia todo sucediera ordenadamente. Solo entonces se sentía uno bien; entonces tenía uno la conciencia limpia ante sí, ante su Kaiser y ante su Dios. No se podía ceder en nada, no se debía hacer excepción alguna, había que ser férreo. ¡Férreo!

Pensativamente juguetea Hackendahl con las piezas de oro. Construye montoncitos con ellas y luego las dispone en forma de cruz. Sí, Otto tiene ya la Cruz de Hierro. ¿Quién lo hubiera creído de él? Pero, de todos modos, fue una casualidad, y Otto era muy fuerte. También había sido un buen día aquel en que pudo ir diciendo: «Mi hijo tiene la Cruz de Hierro».

Había ido por todas partes a comunicarlo, incluso a las tabernas. En aquellos últimos tiempos frecuentaba bastante las tabernas, pues se acostumbra uno a ellas cuando no tiene nada que hacer. Rabause se bastaba para el trabajo. Durante toda la vida había uno trabajado con todas sus fuerzas. ¿Quién habla de creer que iba uno a conocer, durante una guerra, una gran guerra, una guerra mundial, la ociosidad y el aburrimiento?

Hackendahl sigue jugando con sus piezas de oro, en tanto que su frente queda surcada de arrugas. No se le oculta que tanto madre como Eva han dejado de presentarse ante él con sus tesoros, y que va a tener que levantarse y armar un escándalo. ¡Pero se queda allí, sentado, sin poder decidirse! ¿Será, tal vez, porque teme la discusión con su hija? Aquel anillo de la piedra parda se lo debe de haber regalado su novio.

Hackendahl suspira amargamente. Con su gran mano apiña definitivamente el oro en un montón, y se levanta. Con gesto de duda pasea su mirada por toda la habitación, y sigue sin decidirse. Finalmente llama, y trata de dar a su voz el antiguo tono de mando:

—¡Madre!, ¿dónde te has metido? ¡Estoy esperando!

—No encuentro los zarcillos —grita ella, a su vez—. No sé dónde debí dejarlos. Como hace tantos años... —Date un poco de prisa, madre— le advierte—. A las doce quiero estar en el lugar de entrega, y a la una cierran.

—Estoy buscándolos —grita ella—. ¡Ten un momento de paciencia, padre!

Durante aquel momento podría ir a ver a Eva. Tiene ya el pasador de la puerta en la mano cuando oye gritar a Rabause desde el patio. Va a la ventana y pregunta:

—¿Qué sucede, Rabause? ¿Quién está ahí?

—Es uno de parte de Eggebrecht. Pero ya le he dicho que no tenía usted tiempo. Que quería ir a entregar su oro.

—¿Qué pasa?

—El señor Eggebrecht ha regresado esta mañana de Polonia con una partida de caballos. Pero dice que debe usted ir pronto, que si no se le acabarán, como pasó la última vez.

—¡Vaya! —exclama Hackendahl, y lo hace con la voz potente de antes, del antiguo Gustavo el Férreo.

Caballos. ¡Han llegado caballos! Desde meses y meses atrás que está esperando caballos, y siempre le ha salido mal.

—¡Madre! —exclama—. Deja lo del oro. ¡O ve por ti misma! Es en Unter den Linden, en el Banco del Reich, ya sabes. Yo me voy corriendo; ha vuelto Eggebrecht de Polonia trayendo caballos.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Padre!! ¡Tienes que explicarme más! ¿Cuánto dinero quieres que te den por ello y cuántas cadenas de hierro tengo que pedir? ¿También una para mí?

—¡Hazlo todo como quieras! ¡De verdad que no tengo tiempo, madre! ¡Si me retraso, pierdo los caballos! ¡Y tengo que conseguirlos! ¡Tengo que lograrlos! ¿Dónde está mi talonario de cheques? Evita, me alegro de verte antes de irme. Eggebrecht ha traído unos caballos, y tengo que ir inmediatamente, antes de que me quede sin ellos. Bueno, pues, deja aquí, junto a lo demás, tu anillo, ¿me lo prometes? Ya «él» lo comprenderá y te lo aprobará, estoy seguro. ¡Con lo buen mozo que debe ser! Bueno, ya me lo contarás todo luego; ahora tengo que ir a ver a Eggebrecht...

Y baja corriendo la escalera.

—¿Oyes, Evita? —pregunta la madre, casi riendo—. ¡Padre corre escaleras abajo como un chico! En cuanto oye algo que se relacione con los caballos...

—Para él los caballos Son antes que todo.

—Mejor es que compre caballos de nuevo. Aunque el negocio de los coches vaya mal. Y hay mucha gente que afirma que los simones se han acabado ya. Pero padre no viviría, volvería a gandulear. Si consigue caballos de nuevo, se ha acabado la holganza.

—Sí, padre con tener algo sobre qué mandar, ya pueden ser caballos, cocheros o hijos, es completamente igual, la cuestión es mandar.

La madre lo encuentra naturalísimo.

—Así ha sido padre siempre, Evita. Ya, en Passewalk, cuando era muy joven, en cuanto le concedían un permiso, ¡era algo insoportable! Todo el día yendo del cuarto a la otra habitación, de la otra habitación al cuarto... Con el centímetro llegó a medir hasta dónde debían pender los cubrecamas, y a nuestro Juanito (teníamos por entonces un canario que tú no has llegado a conocer) le llegó a pesar la comida en el pesa cartas. ¡Fue expresamente a Correos para ello!

—¡No sé cómo lo pudiste aguantar, madre!

—¿Y por qué no? Me haces gracias, Evita. Padre es muy bueno, ¡ya verás cuando conozcas a otros hombres! Os estáis todo el día quejando porque es un poco riguroso. Pero no tenéis razón, no tenéis ningún motivo. ¡Hacéis lo que queréis! ¿Dónde tienes tu anillo?

—No lo entrego, madre.

—¡No tienes por qué hacerla! Has tenido la suerte de que padre se ha ido a casa de Eggebrecht y que yo tenga que ir a entregar el oro. Pero no voy a ir, queda demasiado lejos para mí, hay que bajar toda la calle Frankfurter, atravesar la Alex, cruzar la Königstrasse y andar todo a lo largo del palacio: no, hija, no es para mis fuerzas. Ve tú, y luego me cuentas todo lo que ha pasado, y le diremos a padre que fui yo. Lo que tienes que hacer es darte prisa, para volver pronto.

—Sí, madre. Podría ir muy bien al lugar de entrega de la calle Frankfurter, al fin y al cabo es igual en donde se verifique...

—¡No, no sé te ocurra ni un momento! El Banco del Reich es lo más elevado, y padre le otorga a esto mucha importancia, y si los sellos de los recibos no fueran los que él quiere...

—Bueno, iré al Banco del Reich, madre.

—Pues arréglate pronto y vete. Y ten cuidado, ya te dije que no entregaríamos tu anillo, y puedes no hacerla, pues comprendo que una chica joven tenga interés en guardar una cosa así... Pero tendrías que contarme algo más, Evita. Veo perfectamente lo que ocurre entre vosotros, así es que cuida de que se case contigo

antes de que suceda algo. Con cosas de estas, padre no admite bromas...

—¡Ah, madre!...

—Sí, ya lo sé, una cosa así la cuenta una hija antes a cualquier persona que a su madre. Pero ya vendrás a mí, ya vendrás. Mis zarcillos tampoco voy a entregarlos, pues no pesan casi nada, y padre no se dará cuenta. Y luego, ya verás, pero me tienes que prometer formalmente que no le vas a decir nada a padre; he decidido separar tres de estas monedas de oro grandes y tres de las pequeñas...

—¡Oh, madre!

—No es sisar, Evita. No las quiero para mí, me propongo guardarlas. ¡Ahora todo el mundo habla de entregar! Pero nadie sabe cómo se pondrán los tiempos. Puesto que tenemos ya cartillas para el pan, quién sabe a qué extremos llegaremos. Nosotros, la gente modesta, somos los únicos que lo entregamos todo, pero la gente de posición no sabemos qué conducta sigue, solo nos lo imaginamos. De seguro que al Kaiser no le darán cartilla para el pan, y ya quisiera yo ver si entrega la vajilla de oro y plata que hay en el palacio... ¡Qué va! Tienes tú razón, hija; mejor es que te vayas ya. Y cuando vuelvas, cuida de no tropezar con padre. ¿No es eso?

Sobre el empedrado del patio oyó se el repiqueteo de Varias pezuñas; la madre asomó, curiosa, la cabeza por la ventana, a pesar de que no debiera haberlo hecho, pues Eva no estaba aún de vuelta del Banco del Reich.

Mas el padre no pensaba a la sazón ni en oro ni en el Banco del Reich. Jovialmente hizo un signo de saludo a la madre.

—¡Volvemos a tener caballos, madre! —exclamó—. Ahora la empresa tomará nueva vida.

La madre contempló el espectáculo. Había visto muchos caballos en aquel patio; luego, en todos sus paseos Por la ciudad con padre, había tenido que contemplar los caballos que encontraban. Madre entendía de caballos.

—¿No son muy pequeños? —preguntó desde la ventana.

—¿Pequeños? —exclamó el padre, a su vez, hecho un basilisco—. ¿Pequeños? ¡No son menores que tú! ¡Ven, Rabause! Ayuda a llevarlos a la cuadra. ¡Ahora vamos a tener trabajo! ¡Pequeños! Se creerá que en tiempos de guerra vamos a poner elefantes a tirar en los coches. ¡Pequeños...! —Y tragó saliva antes de gritar hacia la ventana, con renovada ira—: Esta noche no vengo a cenar. Comed solos, yo tengo trabajo.

—¡Diecisiete cabezas! —dijo Rabause—. Podríamos poner de nuevo en circulación veinte simones, y al alazán y al canelo les podríamos dejar descansar un poco; no hubieran podido aguantar mucho más tiempo.

—Muy acertado —elogió Hackendahl—. Así es como yo lo había pensado. ¡Y a mi mujer se le ocurre decir que son pequeños!

—Tan grandes como los que teníamos, no son —opinó Rabause, cautelosamente.

—Tan grandes... —dijo Hackendahl, en tono de reproche—. ¡No digas sandeces, Rabause! ¡Estos son «ponnies»! Son caballos rusos, caballitos «panjep», se les llama. ¿Pequeños? Naturalmente que son pequeños. Así han de ser; de otro modo no los tendríamos, y se nos los quedaría el ejército.

—Muy acertado —dijo Rabause—. Ya antes había visto de estos «ponnies», señor amo, en el circo de Renzen...

—¡En el circo! No hubieras debido decirlo, Rabause.

Eso del circo hace el mismo efecto que el que mi mujer diga que son pequeños. ¡Aquí no tenemos ningún circo!

—Ya lo sé, señor amo. Yo solo me refería a que eran como los del circo.

—¡Ah, bueno!, creía que ibas a unirte a mi mujer en sus tonterías. ¿Sabes lo que he pensado? Que tendremos que modificar los arneses. Tal como son, no les irán bien a estos gatos. Iré en seguida a casa del guarnicionero. Y también hay que llamar al herrero, los herrajes de la horquilla tendrán que cambiarse...

—Va a costar un montón de dinero, señor amo, y cuando estemos de nuevo en

tiempo de paz y tengamos caballos adecuados...

—Pero la cosa es que ahora estamos en guerra, Rabause. Y yo me voy a adaptar a sus exigencias. He estado esperando y esperando que viniera la paz, y me he cansado ya. Estamos en guerra y quiero tener en ella algo más que hacer que esperar a que acabe. Me alegro de que volvamos a tener trabajo. ¿Te alegras tú también, Rabause? ¡Aquella no era vida, solo cinco, caballos!

—Yo también me alegro. Claro que sí. A los gatos estos les podemos tener hartos aun cuando la cebada vaya racionada...

—¡Eso es, Rabause! Y cuando la cebada vaya escasa, un gato de estos se alimenta con heno solo, y hasta dice Eggebrecht que en Rusia les daban de comer solo paja; pero esto sí que yo no lo hago, pues el que trabaja tiene que comer.

—Serán baratos de mantener, y si han sido baratos de compra, por ser pequeños, señor amo...

—¡Pequeños! Ahora vienes tú con lo de pequeños, como mi mujer, Rabause. ¡No te entiendo! ¿Cómo quieres que sean baratos, cuando los caballos escasean tanto? ¡No sería posible que fueran a buen precio! Es algo que cae por su propio peso, Rabause.

—No, ya veo que no pueden ser baratos, señor amo, en esto tiene usted razón.

—¡Lo que son es caros! Tan caros, que al primer momento tuve intención de irme de casa de Eggebrecht sin comprarlos. Pero luego me hice esta reflexión, Rabause: «Tengo que tener trabajo, y si yo no los compro, se los queda cualquier otro».

—En esto tiene usted razón...

—Entre nosotros, Rabause, pero no le digas nada a mi mujer, le he tenido que pagar a Eggebrecht, por estos diecisiete gatos, más de lo que me dieron por mis veintisiete excelentes rocines.

—¡Señor Hackendahl!

—¡No hablemos de ello! ¡Haz cuenta de que no te he dicho nada! Pero cuando vea salir de nuevo de mi patio los veinte coches, no pensaré más en el dinero. Me consideraré contentísimo. Pensar en lo asombrada que se quedará la gente: ¡Veinte coches! Y dirán, entonces: «Sí, Gustavo, este sí que es férreo. No se deja amilanar; es como Hindenburg. ¡Es un hombre férreo!» y me tendrá muy contento...

CAPÍTULO III

LOS TIEMPOS LARGOS Y DIFÍCILES

1

En plena noche y en medio de su sueño, se incorporó en la cama la modista Gertrud Gudde. Había oído gemir el viento invernal, cortante y despiadado para las gentes que no tienen suficiente calefacción en su casa y cuyo estado de nutrición es insuficiente. Se estremeció y luego había vuelto a arropar los cansados miembros en el calor de la cama. Mas al poco había vuelto a incorporarse y encendido la luz. ¿No se había despertado porque Gustavito la llamara?

Abandonando el calor del lecho por la frialdad gélida de la habitación, acercó se a la cama de este, pero Gustavito dormía tranquilamente. Yacía sobre un lado, saliéndole de la camisa un hombro huesudo y amoratado. Dulcemente le arropó con el cubrecamas. En el rostro infantil destacábase la nariz, por demasiado afilada, tenía los brazos delgados como cañas, cual si no hubiera en ellos ni un gramo de carne.

Gertrud contempló, como lo había contemplado por cien veces en los últimos tiempos, igual como venía haciendo mes tras mes, semana tras semana, comprobando la paulatina demacración de su hijo. Suspiró, y con una sensación de impotente devoción volvió a arropar el cuerpecillo infantil tan depauperado. Luego se volvió al calor del lecho.

Trató de dormirse de nuevo. Faltaba poco para que dieran las dos. Desde la cama estuvo escuchando el viento que aullaba y zarandeaba de tal modo las ventanas de aquel quinto piso que parecía que no viviera en la gran ciudad pétrea de Berlín, sino muy adentrada en la tierra baja y llana, en la que las casas son presa desarmada contra la tormenta.

Se acordaba con precisión de cómo el viento aullaba y sacudía la casita de sus padres del Hiddensee. Y de cómo, cuando era niños, permanecían despiertos escuchando cómo el tronar de las olas en el borde occidental de la isla se aunaba al mugir de la tormenta, y cómo de continuo pensaban que a la sazón estaba el padre allí en el exterior con su bote dedicado a la pesca del arenque ante Arcona, o a la del lenguado en Achterwasser. Acordábase de cómo echados en cama hablaban entre sí, en voz baja, de sus grandes acontecimientos infantiles, de Bernstein o de Hutengansen, pero sin nombrar jamás al padre ausente. Un terror profundo y supersticioso les impedía el hacerlo. Mas continuamente estaban pensando en él, y aquel perpetuo pensar parecía dar a la tormenta algo de casi personal, cual si fuera un airado enemigo en persecución del padre a quien no hubiera que decirle que este había salido.

Hay un gran trecho desde la pobre casa de pescadores en el Hiddensee, hasta la

superpoblada colmena humana en el Este de la gran ciudad de Berlín. Hay también un gran trecho desde la pescadorcita temerosa hasta la modista que apenas siente el miedo, sino que se entrega de lleno a lo que Dios la ha deparado. Un gran trecho, una transformación enorme. Y a pesar de ello, la Gertrud Gudde, que a la sazón a las dos de la noche está despierta junto a la cama de su hijo dormido, siente algo del supersticioso terror de otros tiempos cuando oye mugir el viento. Quisiera dormirse, no pensar en ello, no decirle a la tormenta sus cuitas, mas el sueño no llega, el corazón le late triste y lentamente, la desazón de la noche fría no solo la rodea, sino que está en su interior.

¿No es aquel viento que golpea su ventana el mismo que sopla en Francia? ¿No habrá también para ellos tormenta? ¿Es que no vuelve a ser como antes, como hace ya tanto tiempo: un hombre que es algo suyo se ve expuesto a sus inclemencias, tras de su propio padre, el padre de su hijo?

¡Todo es igual que antes, como será siempre! Hunde la cabeza en la almohada, no queriendo pensar en ello. ¡Ah, desgracia! Otto hace ya dos semanas que no escribe. Justo igual que sucedía antes, cuando una de las barcas pesqueras no regresaba, y la mujer, los hijos y toda la aldea esperaban noticias, confiaban y se aferraban a la ilusión... Había barcas pesqueras que la tormenta arrastraba hasta Finlandia, y podía transcurrir largo tiempo sin que llegaran noticias.

Y luego resultaba que todos habían muerto. En tanto que en el hogar seguían esperando hacía ya tiempo. ¡Hacia ya dos semanas que Otto no escribía! Y ahora, ¡ya puede la tormenta mugir cuanto quiera!, ahora recuerda que no se ha despertado porque Gustavito la llamara. Es otra voz la que le ha llamado...

Antes de dormir había cogido un periódico, había buscado una noticia. Temerosa, estuvo hojeando el diario página tras página. Mas en todas ellas lo único que había visto eran las incontables esquelas enmarcadas en negro que llenaban todos los diarios. «Murió por su patria heroicamente...». Y sobre ellas la cruz de los caídos.

Había estado recorriendo página tras página sin ver más que aquellas esquelas. De repente se da cuenta de que no busca ninguna noticia, de que busca las esquelas: Otto Hackendahl murió heroicamente por su patria...

Y se estremece de modo indecible, repitiéndose: «¡No busco las esquelas! El vive y hace muy poco tiempo que me ha escrito que le han promovido a suboficial... ¡No voy a encontrarme con su nombre!».

Y a pesar de ello lee aún más presurosa los nombres; es como si buscara febrilmente el nombre de Otto Hackendahl, para que con ello llegue al fin la liberación, una conclusión definitiva después de la espera continua y terrible de hace ya dos años. Mas los caracteres impresos del diario se mezclan confusamente, las cruces de los caídos se entrelazan; ante la ventana aúlla el viento... Lejos del hogar está la lancha y lejos el padre, en tanto, que ellos quedan solos en él, madre e hijo...

¿Qué era lo que contaban los pescadores en Hiddensee? Cuando uno de ellos se ahoga y en el momento de ahogarse llama a su mujer, el grito va tan lejos como sea

necesario y alcanza a la destinataria. La despierta del más profundo de los sueños. El que va a morir dice a la que abandona: «¡Hasta la vista!».

Y así fue cómo le había llegado a través de la maraña de cruces negras un grito a la durmiente que la había despertado. Al principio había creído que fuera el niño. Pero entonces, que quería volver a dormirse, sabía lo que era: no había sido el niño, había sido él.

Estaba despierta y hubiera llorado a gusto. Mas no podía llorar. Hacía ya demasiado que duraba. Tampoco la aliviaba en nada pensar que a todas las mujeres les ocurría igual. Que todas las mujeres soñaban noche tras noche en el marido caído. En el hermano caído. En el hijo caído. No la aliviaba en nada el repetirse: «Si no puede ser de otro modo». El cerebro sigue pensando durante el sueño en lo que ha estado pensando durante todo el día. No significa nada. Y tampoco sentíase aliviada al decirse: «Cientos de veces he soñado esto mismo y cosas parecidas, y él ha seguido escribiendo».

Nada la aliviaba. Y sabía ya que no iba a encontrar consuelo. Que lo llevaba dentro de ella, como les sucedía a todas las mujeres, hermanas y madres. Que no había más que soportar aquella espera interminable y penosa, hasta que por fin llegaba el cartero con la carta del frente. Y que después de cinco minutos de alivio empezaban de nuevo las angustias, los quinientos, los cinco mil, los cincuenta mil momentos de aterradora espera.

No, nada la aliviaba, y, sin embargo, lo soportaba como lo soportaban las demás.

Gemía. Es insoportable, ha de acabar un día de la forma que sea. Pero nunca llegaba el fin y seguía soportándolo. Lo soportaba porque tenía un hijo a quien cuidar, porque la necesidad más estricta de la existencia le imponía de continuo nuevos deberes, porque tenía que escribir cartas al frente que no debían dar la sensación de desánimo, porque tenía que trabajar incansablemente para poder mandar algún paquetito al frente... Porque a diario, ya desde las primeras horas, se sobreponía a sí misma con un férreo: «¡Tienes que hacerlo!», porque no podía estar ni un momento con las manos sobre el regazo ni se podía abandonar a su pena.

Finalmente ha vuelto Gertrud Gudde a dormirse, tal como finalmente vuelve a hacerlo cada noche después de sus temores.

Aun por dos veces la despertaron sus sueños y fijó la mirada en la noche con el pasado terror escuchando la tormenta. Una, de las veces fue porque se había acostado mal; su pecho, débil y enfermo, había sufrido una grave opresión y había soñado uno de sus más pavorosos sueños, que tenía con frecuencia, desde que de pronto se le había manifestado lo que significaba en rigor la expresión de improviso muy extendida de «Muerte aparente en la fosa común».

Había sido arrojada allí con Otto entre los demás, viva entre los muertos, y había intentado salirse de ella... ¡Ah, cómo podían los hombres atormentarse unos a otros! ¿Cómo podía nadie que tuviera corazón decir una cosa así? Perdida la respiración, fijó la vista en la oscuridad, tratando de arrojar de sí la pavorosa visión.

En cambio, el tercer sueño fue casi hermoso. Pues habíase visto sentada con Otto en un bosque reverdecido por la primavera, y Otto había sacado del bolsillo de su chaqueta gris de campaña una larga flauta, diciendo: «La he tallado yo mismo. ¡Voy a tocar algo para ti!».

Había empezado a tocar y a su sonido habían ido surgiendo pajarillas de cada agujero de la flauta. Los pájaros se habían quedado posados en ella, empezando a piar y a trinar al compás de la música. Había sido una armonía deliciosa. Ella habíase ido reclinando hacia él y finalmente habíale abrazado. Entonces él había dicho: «No me abrasces demasiado. ¿No sabes que estoy muerto y soy solo polvo y ceniza, Tutti?».

En realidad, ella lo había sabido, pero no por ello dejó de abrazarle más fuerte. Y él se había esfumado entre sus brazos, como una niebla tenue se había diluido en el bosque primaveral; muy a lo lejos siguió ella oyendo el sonar de su flauta y el piar y trinar de los pajarillos.

Al llegar ahí había despertado. La tormenta ante la ventana había amainado. El despertador señalaba las cuatro y media. ¡Era hora de levantarse!

2

Temblando de frío estaba Gertrud Gudde en la helada habitación. Anhelantemente miró hacia la estufa, pero sabía que si encendía ya desde entonces el fuego, tendría que pasar frío durante todo el día. Hasta la semana siguiente no volvía a haber bolas de carbón; había ya gastado demasiadas.

Finalmente cogió un periódico, lo apelo-tonó y lo introdujo en la abertura de la estufa. La vista del papel en llamas le hacía bien, la ígnea combustión simulaba una sensación de calor. Se lavó, mientras el papel de la estufa se había ennegrecido hacía ya rato, y púsose el traje y el abrigo.

Durante un momento quedó de pie frente a la cama de Gustavito. El niño dormía profundamente, pero no iba a continuar durmiendo hasta su regreso: el hambre le despertaría. Cogió, por tanto, del armario de la cocina un pan y cortó una rebanada cuyo espesor decidió cuidadosamente. Era pequeño, y, sin embargo, demasiado grande para lo que debiera haber sido. Con un cordel hizo un nudo corredizo, colgando el pedacito de pan de la barandilla de la cama.

Sonrió al pensar lo que iba a alegrarse Gustavito de aquel saludo matinal. El niño era como su padre: comería el pan lentamente y con reflexión, mascándolo repetidas veces. Y ello a pesar de que no era el pan de tiempo de paz, de gusto puro, sino pan de guerra, con pegajosas raspaduras de patata. Había gente que decía que mezclaban serrín y arena a la masa, mas no debía de ser verdad; ya como era resultaba lo suficientemente malo.

Cuidadosamente cerró la puerta de la alacena, guardando consigo la llave. Por pequeño que Gustavito fuera, el hambre hacía ingeniosos a la mayoría de los niños. Una mañana no muy lejana, el chiquillo había abierto la alacena: las consecuencias fueron unos días terribles. El que una misma tuviera constantemente hambre, era algo a lo que estaba acostumbrada de hacía tiempo. Pero que una no pudiera darle a su hijo lo más imprescindible...

—¡No voy a dejar a mi hijo pasando hambre durante cuatro días! —había exclamado en la oficina de reparto de cartillas—. ¡Está que no puede ya más!

—¡A cualquiera puede pasarle! —había respondido el empleado, encogiéndose de hombros—. A uno se le ha quemado la cartilla, al otro se la han robado. Este la ha perdido y a usted se le ha comido el niño todo el pan. ¡Haber vigilado mejor! ¡No, no se puede hacer nada!

Finalmente, su cuñada Eva había acudido en su ayuda con un poco de pan...

De nuevo tiró con suavidad de la puerta de la alacena estaba cerrada. Miró por última vez a Gustavito: el niño dormía. Apagó la luz y salió al rellano, eran ya casi las cinco, casi no le quedaba tiempo.

En el rellano de la escalera reinaba la oscuridad, pero oíanse ya pasos que descendían por ella; unos pies cansados iban golpeando los peldaños. En el primer

piso se abrió una de las puertas de entrada y salió un hombre; en la penumbra dominante vio Gertrud cómo le daba a su esposa un beso de despedida. Luego fue descendiendo a ciegas junto a ella, hasta que de improviso la abrazó, diciéndole en voz baja:

—¿Qué hay, guapetona? ¿Tan pronto dejas la cama?

Ella cruzó las manos ante el pecho. Sabía que era el capataz de una fábrica de municiones y que era imprescindible. Hasta entonces había sido un hombre de muy buenas costumbres, pero aquella guerra, que había dejado a Berlín desprovisto de hombres, lo había echado a perder. Había a la sazón gran cantidad de mujeres que corrían tras de los primeros pantalones que veían, y él pensaba que todas eran camino trillado.

—Déjeme usted, señor Tiede —exclamó, forcejeando contra él en la oscuridad—. Soy la jorobada del quinto piso.

—¿La Gudde? ¡Esto ya es otra cosa! —Y mientras la soltaba con renovado ímpetu, murmuró—: ¡Sé amable, chiquilla! Precisamente me gustas mucho; si eres comprensiva te regalo media libra de mantequilla. ¡Palabra de honor!

Al fin logró desasirse de él, y como acosada echó a correr atravesando los dos patios sin detenerse a respirar hasta que estuvo en la calle. A la luz de un farol de gas contempló el abrigo que él le había desgarrado. Por suerte no era gran cosa y podía remendar se sin que casi se notara.

Se dio prisa en acudir a la puerta de la carnicería de la callejuela adyacente. Mas a pesar de su apresuramiento y de lo temprano que se había levantado, llegó un poco tarde: ante la puerta de la tienda, en la que aun no había luz, esperaba una larga cola.

—El diecinueve —dijo la mujer que estaba delante de ella.

—Entonces me tocará todavía algo —dijo esperanzadamente.

—No se sabe cuántos tocinos tendrá para repartir —dijo la mujer que la precedía—. No se apure por ello; todavía no nos han prohibido el que nos hagamos ilusiones.

La reflexión en boca de aquella mujer sonaba indeciblemente amarga. Estremeciéndose, y no tan solo a causa de lo helado del viento, hundió Gertrud Gudde las manos en los bolsillos del abrigo y se puso de puntillas. Aguantando un buen rato de puntillas los pies no llegan a helarse tanto. Y le quedaba un largo trecho que aguantar, pues hasta las ocho no abría el carnicero la tienda.

Durante un rato estuvo de aquella forma temblando de frío. La a duras penas contenida extenuación volvía por sus fueros. Mas en vez de producirle sueño le ocasionaba ideas turbias y sombrías. Trató de imaginarse lo que le tocaría en la tienda: si sería un buen pedazo de cabeza o solo unos cuantos huesos de deshecho, casi sin carne. Era cuestión de suerte y, por lo general, no tenía mucha. La gente sentía prevención contra los jorobados, pero había que aceptar las cosas como venían: por poco que fuera era al fin y al cabo carne sin racionamiento, huesos de deshecho que de otro modo no se encontrarían en casa del carnicero. ¡Daban al caldo un gusto mejor!

—¿Qué hora será? —preguntó la mujer que estaba delante de ella.

—Las cinco y veinticinco —contestó Gertrud.

—¡Tengo los pies hechos un témpano! No podría resistir hasta ocho. ¿Quiere usted vigilarme el sitio? Tengo el número dieciocho.

Gertrud asintió, y a pesar de ello la mujer estuvo tratando con la que le precedía. Había que asegurarse con las dos vecinas, pues no era cosa de perder el sitio y de haberse levantado tan temprano y pasado todo aquel frío inútilmente.

Terminado el trato salió la mujer de la cola. Llevaba suelas de madera que repiqueteaban con mucho estruendo sobre el pavimento. Empezó a andar de un lado a otro de la calle, deteniéndose con frecuencia y golpeándose el pecho con los brazos sin provocar la menor burla entre nadie. Solo una de las mujeres dijo pensativa:

—¡De tener fuerza suficiente para hacerlo durante un buen rato se calienta una bastante con esto!

Luego volvieron todas a guardar silencio. Al cabo de un rato regresó a la cola.

—Ya estoy mejor —dijo con la voz completamente cambiada de tono—. Ahora me toca a mí guardar el sitio. ¿Quiere usted hacer lo mismo? Ya me cuidaré de que no se lo quiten.

Gertrud Gudde sacudió negativamente la cabeza.

—No, gracias —dijo en voz baja. Y no es que no tuviera un frío terrible sino que se avergonzaba de ponerse a evolucionar delante de las demás con su figura contrahecha. Eran todas mujeres atenazadas por la miseria, pero a pesar de todo siempre había alguna que otra que en medio de su pobreza burlábase de las aun más pobres.

Y, además, tenía verdadero miedo de perder su sitio. ¡Eran tantas las que iban detrás de ella! Resultaba imposible que el carnicero dispusiera de huesos para todas. ¡Y no eran más que las seis! Oró para que hacia las ocho llegara algún policía a poner orden en el momento de entrar en la tienda. De no ser así se armaría un revuelo en cuanto levantaran la puerta, y las más fuertes la arrojarían hacia atrás.

Tras de ella dos de las mujeres conversaban en voz alta y chillona sobre la nueva tesitura que en el frente habían adoptado con los permisos.

—Es ciertísimo —decía una de ellas—, puedes creérmelo: por cada machacante que envías desde aquí, le dan a tu marido un día de permiso.

—No pueden hacer una cosa así —respondió la otra—. Sería ideal para los ricos. Por lo menos allí, en las trincheras, son todos iguales.

—¿Que para los ricos, dices? —preguntó con renovada amargura la primera voz—. Querrás decir para los acaparadores y los logreros. Los que eran como se debe, hace ya tiempo que entregaron su oro en cuanto empezó lo de «Cambio mi oro por dinero». ¡Menudo asco! ¡Si te digo que los de buena fe son siempre los tontos! Ya habrá quien tenga sus buenas monedas de oro metidas en una media. Y que tendrán a su marido con ellas durante diez, catorce días y hasta tres semanas... Y entre tanto tal vez caiga tu marido...

—No puede hacer una cosa así —repitió la otra, aunque con cierta incertidumbre—. No sería justo.

—¡Justo! —exclamó la otra casi descompuesta por la ira—. No me vengas con bobadas. ¡Justicia! ¡Quién se atreve a pronunciar esta palabra! ¿En dónde ves tú la justicia? Suelta dinero y podrás irte a dormir con tu marido. Que como no lo sueltes ya te veo buena.

—La gente dice tantas cosas... —dijo la otra con renovada incertidumbre.

—Justicia... —exclamó la primera, que no llegaba a calmarse—. Hace poco volvieron a dejar en mi casa, por debajo de la puerta, una de esas hojas. Por lo general no las leo, porque encuentro que todo es mucho decir y nada más. Que si tenemos que romper las cadenas y tal. ¡Que lo hagan primero los que imprimen cosas de estas! ¡Si hubieran roto sus propias cadenas no tendrían que echar por debajo de las puertas su hoja!

Unas cuantas de las mujeres rieron.

—¿No me sobra la razón? —preguntó la mujer, ya más tranquila—. ¡Todo es pura pamema! Pero la cosa es que esta vez la leí. Encima de todo ponía «Menú» y representaba lo que tenían para comer. Luego decía:

«Cuartel general del Kaiser. Homburg von der Höhe». ¿Desde cuándo Homburg von der Höhe está en el frente? Yo siempre creí que era una población alemana.

—Es que no lo entiendes —dijo otra de las mujeres—. Eres demasiado simple para comprenderlo. Kaiser, como Guillermo, no hay más que uno, y en cambio Emilios como el tuyo, o como se llame, los hay a cientos...

—¡Ahora eres tú la que no sabes lo que te dices —dijo la primera, aunque con dulzura—, y es porque no conoces a mi hombre! Si le conocieras tan bien como yo, no dirías que los hay a miles ni a cientos. ¡Qué va! Como él no hay dos...

Y así continuaron hablando. Incesantemente prosiguieron hablando de Emilio y de Guillermo y su menú con siete platos, todos ellos escritos en francés. Era aquel un francés que ellas habían comprendido perfectamente.

Continuaron hablando, se acaloraron y volvieron a caer en la indolencia. De todas aquellas discusiones no salía arreglo alguno. Era lo acostumbrado. Mas les servía para pasar el tiempo.

Gertrud Gudde seguía en su decimonono lugar. Oía las habladurías y prescindía de ellas. Un frío glacial se iba apoderando de ella, mas no era tan solo el frío invernal lo que la atería, «Permiso —iba pensando—. Hace ya dos años que está en el frente y aun no ha tenido ningún permiso. Ni yo le hablo de ello en mis cartas ni él dice nada en las suyas, pero todos cuantos están en el frente del Oeste han tenido por lo menos dos permisos durante todo este tiempo. Tan solo él...».

Y una vez más reflexiona en lo que ha reflexionado cien y hasta mil veces: ¿Por qué no viene? Sabe perfectamente lo que ocurre en su casa a pesar de que ella jamás ha mencionado en sus cartas la carencia de subsistencias por que atraviesan, y la prueba es que de vez en cuando llama a la puerta alguno de los que vienen con

permiso a entregar algún paquete de comida con un poco de manteca, azúcar, dos libras de tocino y, alguna que otra vez, lentejas...

—¿Cómo es que a Otto no le dan nunca permiso? —les pregunta a los que lo disfrutaban.

Estos se encogen de hombros con ademán de perplejidad, y contemplándola dicen:

—No sé por qué será. Tal vez es que no quiere...

Y ella, al ver cómo la contemplan, no se atreve a preguntar más. La han mirado de un modo tan raro, que tal vez estén pensando: «Si yo tuviera una mujer con el aspecto que tú tienes, tampoco quisiera venir con permiso...».

Al principio llegó a pensar que si no le daban permiso sería porque no cumplía como es debido... Pero vino a desmentírsele, primero la noticia de que le concedieron la Cruz de Hierro, y, luego, la de que había sido promovido a suboficial...

—Puesto que no podía ser que no se lo dieran, ¿sería tal vez que no quería...?

Las de la cola hablaban sin descanso. Aquel chismorreo, unido al frío que hacía, daban a la vida una sensación de desamparo. No se veía a una sola persona reír con jovialidad. A la sazón, cuando la gente reía retorció el rostro con una mueca agria. Sobreponiéndose, trata de pensar en cualquier otra cosa y se pone a pensar en su hijo. Recuerda a Gustavito pidiéndole: «Mami, cuéntamelo otra vez. Cuéntame el cuento de la panadería».

Y ella le cuenta el cuento de la panadería, que no es ningún cuento. Se limita a explicarle cómo tres años atrás se entraba en una tienda, y señalando a lo expuesto, se decía: «Ocho barritas de estas. Cuatro bollos con azúcar y dos panes...».

—¡Pero no te debían dar dos panes enteros! ¿Verdad, mami?

Naturalmente que le habían dado dos panes. Y hasta incluso el panadero le había dicho: «Muchas gracias». Le había agradecido que comprara tanta cosa. Para el niño es un contrasentido incomprensible y le brillan los ojos al escucharlo. La madre tiene que imitar cómo hizo para llevar todo aquel pan a casa. Tiene que fingir cómo lo fue cortando y repartiendo: «Tanto para papi, tanto para mami y tanto para Gustavito...».

—¡Hazlo otra vez! ¡Oh, mami; yo no hubiera podido comerme todo esto! —Y en seguida, asintiendo presurosamente—. ¡Sí, sí, claro! ¡Prueba de nuevo y lo veré! ¿No quieres ensayar de nuevo? ¡Solo una vez más; anda, mami!

Y luego, al final, el incesante pedir un pedacito de pan, una rebanadita, aunque sea media, tan solo una corteza...

Tanta frialdad se desprende de lo que hablan las demás como de lo que se piensa.

Ya se puede emprender como se quiera...

Mas ya puede dejarse de pensar. La mujer que precede a Gertrud dice con exaltación:

—¡Ya levantan la puerta! ¡Con tal de que no vuelvan a pisarle a una las zapatillas! La última vez me hicieron perder con ello quince sitios. ¿Vigilará usted un poco,

señora?

Y vienen los empujones. Naturalmente, no ha llegado ningún policía. Los guardias huyen lo más lejos que pueden de aquellas aglomeraciones para no tener que oír todas las habladurías de las mujeres. La ola de empujones se apodera de Gertrud Gudde y arrastrándola la pone en frente de la puerta... Durante un momento cree que se le va a romper un brazo, hasta tal punto la oprimen contra el marco de la puerta. Pero sin saber cómo, se encuentra trasponiéndola y ve con júbilo que la oleada la arrastra hasta frente del mostrador, donde queda una de las primeras...

—¿Cuánto le pongo, señora? —le pregunta el carnicero.

—Lo que pueda darme...

Y este pone sobre la mesa un pedazo de cabeza de cerdo que ella contempla admirada. Admira la piel blanca desvaída, el rojo escarlata de la carne desangrada. Le toca un pedazo de cabeza en el que hayal menos dos libras de grasa y carne. Presurosa vuelve a su casa con la cabeza baja y el bolso fuertemente oprimido contra el pecho, abriéndose paso entre las demás que no tienen todavía nada, que tal vez tendrán que marchar sin nada. ¡Pobres!

Ríe feliz. Lo ha olvidado iodo: el levantarse temprano, el frío, la espera, la incertidumbre, todo. ¡Ha alcanzado un buen pedazo de cabeza de cerdo en el que hay casi dos libras de carne y grasa!

Apresuradamente sube las escaleras. Y en cuanto está ya frente a la puerta de su piso tiene un estremecimiento. La alegría se le disipa. Pone la mano sobre el hombro de la vacilante figura que allí ve.

—¿Qué ha pasado, Eva?

Eva levanta el rostro hinchado y enrojecido:

—Padre me ha echado de casa, Tutti —dice a media voz—. ¿Me dejas entrar en la tuya?

—Muy a gusto —dice Gertrud Gudde, abriendo la puerta del piso.

3

El júbilo que los nuevos caballos habían producido a Gustavo Hackendahl, se había esfumado hacía ya tiempo. Con los caballos llegaron las preocupaciones que los cocheros iban a depararle y que no habían de cesar. Aquellos sujetos que hubo que poner al pescante, ancianos o muy jóvenes, hicieron casi enfermar de fastidio al viejo Hackendahl, pues no entendían una palabra de caballos, no sabían conducir, no conocían ni una calle, y les era completamente igual tener parroquianos o no. La cuestión era cobrar el sueldo cada noche.

Y a la preocupación por los cocheros vino a añadirse la preocupación por el pienso. Y es que mientras se tenía una buena provisión de avena en el desván era muy fácil decir: «Son caballitos rusos que, en caso de necesidad, viven solo de paja». En cuanto empezó de veras la escasez de pienso y las cartillas resultaron insuficientes, en cuanto se racionó a los caballos lo mismo que a los hombres, no hubo otro remedio que admitir: «Sí es verdad, tal vez puedan vivir con solo paja, pero entonces no hacen absolutamente nada, y no hay más remedio que dejarlos en el establo. Si trabajan, tienen que comer». Y tenían que trabajar, tenían que ganar dinero. Todo se encarecía y el dinero escaseaba cada vez más. ¡Era tan necesario tenerlo para todo!

También el dinero escaseaba en casa de Hackendahl. Gran parte del dinero contante había ido a parar a Eggebrecht en pago de «los gatos», y lo que quedó lo suscribió Hackendahl en empréstito de guerra y no podía emplearlo. De haberlo reflexionado mejor, no hubiera debido a su tiempo colocar todos sus ahorros en empréstitos de guerra. Pero Gustavo Hackendahl no podía menos de suscribir una fuerte suma, y una fuerte suma empleó, pensando que no le perjudicaba en nada:

—Lo que necesitamos para vivir lo sacaremos de la explotación de los coches — le había dicho a su mujer.

Pero no parecía que iba a poder hacerla, pues el negocio no producía casi nada, y más de un viernes, que era el día de pago, tuvo Hackendahl que hacer cálculos y más cálculos para poder reunir el salario de los cocheros. El dinero escaseaba tanto como jamás había ocurrido. Por ejemplo, lo natural hubiera sido pensar que mantener una casa en la que faltaban dos hijos y una hija, resultaría más barato que el gasto que se tenía cuando había que dar de comer a diario a todos ellos. Pues no, señor; el gasto era muy superior.

Luego había que contar con los interminables paquetes que la madre estaba continuamente enviando al frente, en los que ponía los mejores requisitos, que por ser género sin racionamiento eran carísimos. Y si bien había que reconocer que tanto Otto como Sofía jamás escribían pidiendo dinero. Erich lo pedía por todos. Continamente estaba necesitando algo: que si una gorra de seda, que si zapatos, que si unos pantalones de montar de pana.

En compensación estaba en Lille, en la retaguardia, de oficial suplente, y madre

no tenía por qué estar llorando continuamente por él.

El dinero no quedaba ni un momento en manos de uno y se volatilizaba en seguida. A pesar de ello de continuar así hubieran podido ir pasando; lo principal era que en la caja hubiera algo, aunque poco, y ya se irían arreglando.

Mas en esto llegó el día en que se recibió una citación oficial, en la que le convocaban para una revisión de sus caballos, tanto de los desechados en el último examen como de los recién adquiridos, que pudieran llenar las necesidades militares...

—Es una cosa de risa —había dicho Hackendahl—. Ya sabía que a los hombres les hacían una revisión. ¡Pero mira que hacerla también a los caballos! ¡Bueno, que la hagan! ¡Si tanto tiempo les queda que perder...!

—Ahora se quedan con los hombres que hace un año declararon inútiles totales —dijo la señora Hackendahl quejumbrosamente—. ¡Mira que si se nos quedan con los caballos, padre!

—¡Sea lo que sea! —dijo Hackendahl con firmeza, en tanto que al propio tiempo añadía consoladoramente—: De seguro que con los «gatos» no se quedan. ¡Y los otros cinco no han quedado en mucho mejor estado con la escasez de pienso!

—¡Tampoco los hombres que han revisado han mejorado gran cosa con el hambre de estos últimos tiempos! —se lamentó la señora Hackendahl—. ¡Y, sin embargo, se han quedado con ellos!

—¡Ya veremos, madre! ¡No empieces ya a llorar! Verás cómo a mi regreso se oirá el pisar de tantos caballos en el patio como cuando salgo hacia la revisión.

Pero la cabalgata fue muy distinta de lo que fuera en los primeros días de agosto del año 1914. Por aquel entonces Hackendahl había ido con aire importante, con una cartera debajo del brazo, junto a su recua. Había ido estudiando los rostros de los paseantes, y su maravillada admiración habíale enorgullecido. Bubi caminaba tras él. Aun no se había determinado contra quién iba a ser la guerra, y los carteles de la calle prevenían contra los espías.

A la sazón llevaba Hackendahl la citación en el bolsillo de su chaqueta y tiraba por sí mismo de los cuatro primeros rocines, en tanto que Rabause le seguía con los otros. Valía la pena de ahorrarse el salario del cochero. Tampoco era cosa de mirar con mucha atención a los rostros de los pasantes, que eran todos famélicos y desesperados. Alguno de ellos prestaba verdadera atención a los caballos, y se limitaba a pensar: «Mejor harían con llevarlos al matadero, y al menos tendríamos carne sin racionamiento».

Lo que era un consuelo es que Bubi estaba en la escuela; nadie se preocupaba ya en acosar a los espías. Hoy en día la gente hubiera visto incluso a gusto que se enterara el mundo de cómo el bloqueo del hambre mataba a inocentes mujeres y niños. ¡Pero el mundo no quería saber nada de ello!

Ya estaban en el lugar del examen, en el mismo lugar rodeado de barreras de madera. Mas actualmente, se procedía allí de modo distinto a como se hizo en aquel

entonces, solo se daba una rápida ojeada y:

—¡Está bien! ¡El siguiente!

Apenas se le miraba un poco la boca al caballo se le palpaba una pierna y:

—¡Está bien! ¡El siguiente!

Queriendo Hackendahl apartar de sí el temor, concedió la supervisión del proceso a Rabause, y acercó se distraídamente a la comisión de examen, en donde al verlo le llenaron de improperios, arrojándolo de allí:

—¿Que está usted figoneando aquí? ¡Váyase con sus caballos!

El que gritaba de tal modo a Hackendahl era un capitán de caballería, de rostro lúgubre, de trazos muy acusados. Llevaba en la guerrera la Cruz de Hierro de primera clase. De seguro que se contaba entre los que habían sido heridos gravemente en el frente y querían volver a él; de los que odiaban y despreciaban todo aquel «pacifismo» de la retaguardia. Su contraposición era el veterinario, hombre muy gordo y de rostro sonrosado que estaba gastando continuamente bromas, de las que solo él reía.

—¡Hackendahl! —exclamó—. No se cuadra usted del todo bien; jovencito de cara de viejo^[1]. ¿Estos son sus caballos? ¡Sí, son verdaderos gatos! ¿Es que provienen de un circo ambulante? ¡Bueno; hala! Un caballo es un caballo y no estamos aquí para atender a la estatura.

Con el rostro contraído e infinitamente agriado, oía el lúgubre capitán de caballería las bromas de aquel bufón. Señalando, dijo:

—Este y aquel de allí...

A media voz dijo algo al escribano.

—¡El siguiente!

—¿Cómo? —preguntó Hackendahl al escribano—. ¿Diecinueve?

—Sí, el alazán y dos de los «ponnies» zainos quedan rechazados —dijo el escribano con indiferencia—. Aquí tiene su carta de pago.

—Pero... —dijo Hackendahl sin comprender— ¿de qué voy yo a vivir? Tengo una cochera... Con solo tres caballos...

Contempló el documento, mas siguió sin comprender lo que en él constaba, pues ante sus ojos no veía más que manchas.

—Ha de contar con que estamos en guerra... —dijo el escribano. Y lo decía con cierta sorna.

—¡Ya le dije que no podía quedarse ahí! —dijo con acritud el capitán de caballería. Y añadió después de dirigirla una larga mirada—: ¿Qué es lo que no encuentra bien?

—¡De veintidós caballos me quedan solo tres! —dijo Hackendahl. Esto fue lo primero que concibió su cabeza y a esto se aferraba—. Tengo una cochera...

Y miró al capitán como si este tuviera que comprenderlo.

—Estamos en guerra —dijo a su vez el capitán, con frialdad—. Miles de padres han tenido que entregar a sus hijos, ¡y viene usted a quejarse por unos caballos!—. Y

después de examinar de nuevo a Hackendahl, añadió con más benevolencia—: ¡Un militar retirado no se queja así!

Hackendahl hizo de tripas corazón y se marchó. La llamada al tiempo que fue militar, daba siempre resultado. Partió siguiéndole Rabause con los tres caballos. Jamás el alazán pareció tan alicaído. Hasta que estuvo en su casa no llegó a desentrañar lo que la administración militar estaba dispuesta a pagar por sus caballos: Por todos ellos le daban ciento cincuenta marcos, y él había pagado a Eggebrecht quinientos, no, seiscientos.

«Son precios de tiempo de paz», pensó, fijando la vista en la carta de pago. «En tiempo de paz aquellos “gatos” no hubieran costado gran cosa más. Lo que pasa es que cuando nos dan algo calculan como si fuera paz, y cuando somos nosotros los que tenemos que entregar, entonces estamos en guerra».

Estuvo largo rato sentado y reflexionando. No llegó a cambiar nada de la situación, pues no podía hacerla, pero se sacudió su anonadamiento. Era verdaderamente férreo, y bajando al patio, despidió a todos los cocheros.

—Os doy esta tarde de fiesta. Se acabó el negocio. Ni un titubeo, ni una prueba de debilidad. Le había ocurrido aquello en el lugar de examen, porque le cogió desprevenido, más actualmente nadie le oiría quejarse, ni siquiera los de su casa. Tomaría las cosas como vinieran.

—Óyeme, Rabause —dijo—. En adelante conduciré yo mi propio coche y tú llevarás el otro. Dejaremos siempre un jaco de repuesto, siempre habrá alguno de los tres pencas que se ponga enfermo.

Rabause se le quedó mirando.

—Claro, señor amo —dijo—. Eso es lo que haremos y nos ganaremos nuestros buenos dineros, pues después de esta revisión no van a quedar apenas simones en Berlín.

—Tuviste razón cuando dijiste que el establo era demasiado grande —dijo el amo—. Pero no quiero hacer obras. Veré si puedo vender este sitio y nos trasladamos a otro más pequeño. Tampoco se está mal, Rabause, ¿te acuerdas?

—¡Qué si me acuerdo, señor amo! —dijo Rabause—. Era mientras los chicos eran aun pequeños. ¡Aquel si que fue un buen tiempo!

—Sí lo era —confirmó Hackendahl—. Bueno, tal vez tengamos otro parecido.

—Tal vez...

Gustavo Hackendahl ha vuelto a la profesión de años atrás, Y con su abrigo azul de cochero y tocado con el sombrero de copa gris claro, al que llaman el pote de la leche de madre, espera en los lugares de aparcamiento.

Los demás cocheros, la primera vez que vieron aparecer a Gustavo Hackendahl tras de su alicaído alazán, le gritaron:

—¡Anda, Gustavo, déjales a los demás también ganarse algo! ¿Es que quieres hacerte rico a la fuerza?

Y entre ellos opinaron:

—Para este no hay nadie que conduzca bien. Bueno, pues para él la perra gorda. Con este tiempo y comiendo solo nabos, pronto se cansará de hacerla.

Poco a poco, sin embargo, cuando le vieron aparecer, hiciera el tiempo que hiciera, sin despreciar la peor de las carreras; cuando se corrió la voz que solo tenía dos coches para explotar, dijeron:

—¡Hay que ver qué tesón! Hay que reconocerlo; no ceja por nada. Gustavo es verdaderamente férreo.

Gustavo Hackendahl les deja hablar. Sentado en su pescante acepta resignado la gran transformación de su vida, el descenso desde el bienestar a la preocupación diaria por el pan cotidiano, con la misma indiferencia con que soporta la inclemencia atmosférica. Si encuentra un cliente que quiere que lo lleve hasta Reinickendorf, le dice:

—Perfectamente, señor. Lo único que tiene que hacer es no impacientarse.

Y pone el alazán al paso, marcha que le hace conservar durante todo el camino por mucho que el cliente se lamente. Gustavo no se impacienta nunca.

—Si se convirtiera usted en caballo, señor, tampoco usted correría mucho con el poco pienso que le darían —se limitaba a decir—. Esté usted contento de no tener que tirar usted del coche y que sea el alazán el que va dentro. ¡También hubiera podido suceder, señor!

El cliente ríe, y un cliente que ríe es que está contento. Tampoco Gustavo Hackendahl está descontento, y piensa que todo es como es. Se propone ascender. Adaptándose al descenso, se propone convertirse en un legítimo cochero de punto. Cuando tuvo el tiempo de ascenso esforzó se en hablar un buen alemán, pues no quería avergonzar a sus hijos. Más a la sazón vuelve a usar la jerga berlinesa. A sus clientes les agrada oírle expresarse en ella. Todo tiene que tener su regulación, y él sigue aferrado al orden, tanto en su casa, con su mujer y sus hijos, como en el establo. En general puede uno abandonarse y ceder, pero en las pequeñas cosas hay que guardar el orden, que es lo que da actitud en la vida.

Así es como, sentado en su pescante, va viendo muchas cosas sin ser visto. Pues a un cochero de punto, en su pescante, los ciudadanos no le prestan atención. El

cochero, en su lugar de espera, pertenece a la ciudad de Berlín igual que las columnas de anuncio y los faroles de gas.

Desde su altura ve pasar Hackendahl a su hija Eva. Eva debiera estar más advertida que los demás ciudadanos, ya que es hija de un cochero de punto. Pero Eva va con la cabeza baja y no ve a su padre. Ni siquiera mira al joven de morena tez que le va hablando tan animadamente.

—Tan alicaída como Rucio —piensa Hackendahl—. ¡También ella se ha quedado sin ánimo!

—¡Yuju! —le dice a Rucio, haciendo chasquear la lengua. Rucio emprende el paso nuevamente y pone el coche en seguimiento de ambos. A veces ve Hackendahl al joven, solo de espaldas y otras de lado. El caballo comprende muy bien la intención de su dueño y la carrera va a maravilla. Hackendahl se ha detenido en la Alexanderplatz y ve que el paseo continúa hacia «Dem Schlesischen». ¡Ya se verá cómo acaba!

Exteriormente, el joven no tiene mal aspecto, esto tiene que reconocerlo Hackendahl. Está bien de figura, y por lo que del rostro ha podido ver, no es de mal parecer. Pero en conjunto le disgusta al viejo Hackendahl aquel joven, pues, ¿a qué viene que un joven con los huesos en su sitio se pasee hoy en día sin uniforme por Berlín? Y por otra parte, el chico tiene un cierto aire truhanesco...

La pareja sigue andando. A la sazón bajan por la Langestrasse, «Son unos alrededores turbios para una pareja de enamorados —piensa Hackendahl—, pero también el chico es turbio».

«El que lleva la conversación es el chico —observa Hackendahl—. Eva no dice casi nada». Pero tampoco el joven habla mucho, sino que se limita a andar, arrastrando los pies junto a ella. «Esos dos no tienen muchas cosas que contarse», concluye Hackendahl. De pronto el joven apoya con suavidad su mano en el antebrazo de Eva. Pudiera ser muy bien que fuera solo amabilidad, pero por el sobresalto de Eva deduce Hackendahl que es algo muy distinto.

«¡Eh, tú, espera!» piensa Hackendahl, y Rucio recibe un golpecito con el látigo, porque empezaba a trotar. Inmediatamente vuelve a ponerse al paso.

A esto han ido pasando ya varios de los rótulos conocidos hasta la saciedad. Pensión u Hotel tal y cual; Cuartos desde 1,50 marcos, también por horas. No se comprende por qué baja uno toda la Langestrasse para acabar metiéndose al final en un antro que ya al principio hubiera podido hallarse. Pero eso es lo que hace la pareja. El establecimiento en el que desaparecen se llama Hotel Oriental.

Bueno, Hackendahl no tiene prisa. Anuda las riendas, cambia el letrero de libre por el de alquilado, baja del pescante y le cuelga a Rucio su saco de pienso, en el que junto a abundante paja de mala calidad, hay un poco de buen maíz de Rumania, nación que hasta hacía poco no había declarado la guerra. Coge una de las mantas del interior del coche y se la cuelga al brazo. Si uno quiere llevarle a una señora algo que se le ha olvidado, tiene que entrar con algo, y eso lo saben hasta los más simples.

—Vamos a ver, lagartona —dice Hackendahl—. ¿En qué cuarto se han metido los jóvenes esos?

—¿Qué jóvenes? ¿Qué diablos quiere usted? ¡En mi casa no se han metido ningunos jóvenes!

—Bueno, lagartona —repite Hackendahl—. No me vengas ahora con pamemas. Los jóvenes que acabo de traer hasta aquí en mi coche —y al ver que la mujer sigue temblando, pues incluso en tiempo de guerra había policías y jueces que recordaban los párrafos del Código relativos a la tercería, añade—: La chica se ha olvidado esto en mi coche.

Y golpeaba sobre la manta que en la oscuridad de la entrada no era visible.

—¡Démelo! —dijo la anciana—. Ya se lo entregaré yo luego.

—¡Quiá! ¡Quiá! —Se resistió Hackendahl—. Lo tengo que hacer por mí mismo. Luego te saldrías con que no sabes nada. Me llamo Hase.

Y apartando a un lado a la vieja, pasó al corredor, en donde estuvo contemplando las puertas...

—¡En esta, no! ¡En esta! —rugió la anciana—. ¡Lo menos que puedes hacer es llamar, viejo imbécil!

Más Hackendahl había ya abierto la puerta y entró.

Fugazmente vio ambas figuras, mas se tomó tiempo. Cuidadosamente, cerró la puerta por el interior, probó de nuevo la empuñadura y exclamó:

—¡Estate quieta, lagartona! ¡Total, estoy ya dentro! ¡Deja ya de insultar!

Luego dio la vuelta.

—¿Bueno, Evita? —dijo sin que en su voz pudiera notarse el más mínimo enojo.

Ella le miró con los ojos muy abiertos. Estaba sentada a los pies de la cama, su abrigo colgaba de una silla. Llevaba aún el traje puesto. Dirigió una rápida mirada hacia donde, apoyado en la mesita de noche, estaba el sujeto que la acompañaba, pero inmediatamente volvió la vista hacia su padre.

Hackendahl se sentó lentamente en uno de los grandes sillones de terciopelo rojo, extendió la manta sobre las rodillas y la alisó con la mano.

—Son unos sillones muy bonitos —dijo al cabo de un rato—. Tendrían que estar en mejor lugar.

Nadie respondió y hubo un silencio prolongado.

—Sí, Evita —repitió Hackendahl—. Puesto que no quieres empezar tú, tendré que ser yo el que empieza. ¿O es que quieres decir algo?

—¡Ah, padre!... —dijo ella en voz baja. Y prosiguió con más decisión al cabo de un instante—: Hablar no nos va a servir de nada.

—No digas esto, Evita; esto no se ha de decir nunca. Hablar siempre sirve; siempre va bien... Hace tiempo que lo tenía pensado y tú lo sabes bien, pero nunca vino bien... Bueno, Evita...

Ella hizo un movimiento, pero lo pensó mejor y no dijo nada.

—Cuando no se quiere hablar acerca de algo, Evita —dijo Hackendahl—, es que

no está la cosa muy bien. Y que contigo no van las cosas bien, hace ya tiempo que me di yo cuenta. No necesitaba para nada venir a este antro y abrir la puerta y además, ya lo sabía...

—Oiga usted, anciano... —empezó la voz descarada del joven. «Justo la voz que concuerda con su aspecto truhanesco», pensó Hackendahl—. Salga usted de ahí y procure no acercarse...

—¡Tú te callas la boca! —dijo Hackendahl sin levantar la voz y sin mirar al sujeto—. ¡Estoy hablando con mi hija y no tienes que meterte en nada! Óyeme, Eva —dijo, y sin que hablara ni más alto ni más bajo, su voz había adquirido un sonido completamente distinto—. ¿A qué vamos a hablar de toda esta historia? Tienes mucha razón. Lo pasado, pasado. Verás lo que vamos a hacer: tengo el coche parado abajo y te vienes conmigo. Te llevo estupendamente a casa de balde...

La muchacha no había hecho movimiento alguno y sin embargo, a Hackendahl le hizo el efecto de como si hubiera dirigido a aquel hombre una mirada rapidísima.

—No tienes por qué mirar a este sujeto, Evita —dijo—. No pienses más en él. El que se mete en un tugurio así con una muchacha honesta en plena luz del día no merece que se preocupen por él. Y tú eres una muchacha honesta. Mis hijos son todos honestos, tú lo sabes bien.

Le hubiera gustado que el sujeto aquel hubiera hecho alguna observación para poderle dar un puñetazo en la boca. Pero el sujeto aquel era justamente lo que es un chulo: sabía cuándo iban mal las cosas. No abrió por un momento la boca.

Y Eva, su Evita, su hija preferida, seguía allí inmóvil.

—Bueno, vamos —dijo volviéndose a ella—. Ponte el abrigo y vamos.

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—Es demasiado tarde, padre —dijo.

—¡Demasiado tarde! —Trató de sonreír—. ¡No digas esto, Evita! ¿Cuántos años tienes? ¡Veinte años! ¡A esta edad no hay demasiados tardes! Tendrías que saberlo por tu padre: lo que hay que ser es férreo.

—Es imposible, padre —dijo ella—. No puedo ya más... Él —e hizo un movimiento con la cabeza—, él puede hacerme encarcelar el día que quiera. He robado, padre...

El viejo Hackendahl volvió se primero muy colorado y luego su rostro adquirió un tinte grisáceo. Quiso levantarse y avanzar hacia el joven, pero quedóse en el intento, quedóse sentado en su silla.

Al cabo de un rato dijo algo penosamente:

—Bien está, Evita, ¡conque has robado! Jamás hubiera pensado que algún día uno de mis hijos me diría: «He robado, padre», y que yo me quedaría sentado. Pero son otros tiempos. Será la guerra. No lo comprendo, Evita; en el fondo no lo comprendo. Han de ser otros tiempos y yo he de haber cambiado mucho...

La miró sin saber qué partido tomar. Luego comenzó de nuevo:

—Bueno, la cuestión es que me he quedado sentado y que te digo: has robado,

Evita; pues en vez de ir a casa nos iremos juntos a la comisaría... Yo te acompañaré y tú dirás por ti misma lo que este sujeto sabe de ti. Y luego, mejor es no hablar, luego cumplirás tu tiempo de cárcel... —No pudo casi contenerse, pero al cabo de un momento lo pensó mejor y dijo—: Jamás hubiera pensado de mí que iba a hablar así. Pero no creas que no me sale del corazón cuando te digo: incluso una persona honesta puede ir a parar a la cárcel. También esta persona puede tener desgracia. Ese sujeto de ahí —y le señaló con el dedo—, este es tu desgracia. ¡Puedes volver a ser honrada, Evita!

Ella había estado pendiente de sus palabras y al terminar dijo:

—Y luego, padre, cuando haya pasado por todo ello, por la cárcel y demás, ¿qué pasará entonces?

—¿Cómo? ¡Pues entonces volverás con nosotros, Evita! —exclamó—. ¡No sabes la falta que nos haces! La que teníamos desde hace un tiempo entre nosotros que no decía ni pío, no era nuestra Eva. ¡Hasta entonces cantabas tan bien! Quiá, todo volverá a ser lo que era...

—¡Jamás! —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Es demasiado tarde, estoy demasiado hundida...

—No estés continuamente diciendo «demasiado hundida», Evita. Tienes veinte años y...

—¡Y luego con vosotros! Te conozco, padre, no lograrás jamás ni perdonar ni olvidar del todo. A mí me mirarías siempre de soslayo, aunque hubieran pasado veinte años.

—¡No digas esto, Evita; olvidé también lo de Erich!...

—¡Lo ves, padre! Ya estás pensando en Erich. Has pensado: «Puesto que el hijo roba, ¿por qué no ha de robar también la hija?». ¡No eres capaz de olvidar nada!

—¡Qué cosas me dices, Eva! —exclamó Hackendahl—. ¡Qué sabes tú de mí! ¿No acabo ahora mismo de mostrarme amable contigo? ¿Te he dicho una sola palabra de reproche?

—¿Lo ves? ¡Ya te estás envaneciendo de ello! No, padre. ¿Qué iba a hacer luego en casa? Pasearme por el piso, hacer las camas y la comida. ¡Yo no hago ya más eso! Lo perdido, perdido está, y lo pasado también. ¡No eran más que medias tintas!

—¡Piénsalo bien, Evita! El trabajo honrado es siempre provechoso.

—¡Tu trabajo honrado es lo que me ha puesto en la situación en que estoy! ¿Crees que Eugen me hubiera atrapado tan pronto de no haberme ya vuelto así entre vosotros? Sí, mucho trabajo honrado y mucho deber, obediencia y puntualidad. ¡Todo ello sin asomo de verdad, padre!

—¡Vamos, vamos, hija! ¡No digas eso! Yo he trabajado honradamente...

—¿Y qué has logrado con ello? Sigues sentado en el pescante como hace veinte años, con la diferencia de que el penco que llevabas hace veinte años era mucho mejor. Y no sabes lo que vendrá, aún no lo has pasado todo...

—No, Eva, en esto tienes razón. En realidad aun no lo he pasado todo. ¡Jamás

hubiera creído que podría tener una hija que me dijera a la cara que está más a gusto en un fonducho con su chulo que al lado de su padre y de su madre!

Ahora estaba de pie. Estaba de pie desde hacia un rato. Volvió a colgar la manta de su brazo y la alisó:

—Lo que no quiero que exijas de mí, Evita, es que haga el papel de padre consentido con tu chulo. Es mejor que te vayas a vivir del todo con él. Coge tus cosas —y de repente acabó con un rugido.

—¡Lárgate! ¡Lárgate!...

Y mirando enfurecido a su atemorizada hija, fuese hacia la puerta y la abrió.

Por última vez volvió la cabeza. Aquel sujeto estaba muy cerca del alcance de la mano, pero ya el tipo le tenía sin cuidado.

—No te deseo más que no tengas que deplorar esta hora, Evita —dijo, y después de mover la cabeza en ademán de perplejidad salió de la habitación.

Apenas acababa el padre de cerrar tras de sí la puerta, dispúsose Eugen, como es natural, a hablar. El padre le había apreciado justamente y así era: pavoroso para con los débiles, pero cobarde hasta el extremo con los fuertes. Eva no había esperado otra cosa y, sin embargo, le hizo daño oír exclamar a Eugen apenas acababa de cerrarse la puerta:

—¡Qué cosas cree tu viejo! Para ir a vivir a casa de otro se necesita que este otro tenga casa y que quiera que se vaya uno a ella.

Ella no dijo nada.

—Oye —exclamó amenazador—. ¿No has oído lo que he dicho?

—Claro que sí —contestó ella.

—¡Pues contesta! ¿Has pensado que yo voy a dejar que vengas a vivir conmigo?

—Padre es quien lo ha pensado.

—¿Ah, sí? ¿Padre es el que lo ha pensado? ¿Es que tu padre puede decidir por mí? ¿Eh?

Y cogiéndola le dio una sacudida.

—¡Eugen! —rogó ella—. ¡No seas así! Yo no tengo nada que ver con lo que padre ha dicho. Ya le he dicho bien claro y he insistido en que no quiero irme a vivir de nuevo con ellos.

—¿Y qué es lo que quieres? —exclamó él, sacudiéndola con ira—. ¿Quieres vivir conmigo?

—¡Yo quiero lo que tú quieras, Eugen!

—¿Qué es lo que has dicho bien claro? —Y de nuevo la sacudió airadamente—. ¿Has pronunciado ni una sílaba para decirle que yo no soy un chulo? ¿Se lo has dicho? ¿Eh?

—No, Eugen.

—No has hecho más que hablar de ti, decirle que te hacía daño, esto sí. Oye, ¿es que he sido yo tu chulo?

—¡No, Eugen!

—Entonces, ¿por qué no se lo has dicho?

Silencio.

Renovadas sacudidas.

—Te he preguntado algo. Contesta al menos.

—Es que no sé, Eugen...

—¿Eso es lo que quisieras? ¿Que fuera tu chulo?

—No. ¡Oh, no!

—Y, sin embargo, has dicho que tú quieres lo que yo quiera. Pues ahora quiero que vayas a trabajar para mí, ¿entendido?

—No —le rogó suplicante—. No me pidas eso. Ten piedad, Eugen; haré todo

cuanto quieras, pero no exijas esto de mí...

—¿Harás cuanto yo quiera? Pero no haces absolutamente nada de lo que quiero. ¡No tienes talento para nada! Cuando te conocí pensé que contigo iban a poder hacerse maravillas. Pero no sirves para nada. Has sido siempre una burguesa idiota y lo sigues siendo. —Y la miró con enojo—. ¡Aquí estuvo sentado tu viejo! —exclamó de nuevo—. ¡Menudo imbécil! ¡Decir que te vengas a vivir conmigo! ¡Ni pensarlo! Te daré albergue, pero no en casa. ¡No faltaría más que tener todo el día delante tu cara llorosa! ¡No quiero pensarlo ni por un momento! ¡Aquí hay mucha gente que da albergue a una como tú! ¡Señora Pauli! —gritó.

—¡Jamás lo haré, Eugen! Puedes hacer lo que quieras... ¡Jamás lo haré!

—Por caridad, señor Bast —dijo la señora Pauli—. ¿Qué escándalo es ese? ¿Qué les pasa hoy? El cuarto contiguo está ocupado, ¿qué van a pensar los señores? Y precisamente usted que siempre ha sido un hombre tan cabal, señor Bast. ¿Todo viene por el cochero ese?

—¿Cochero? ¡El padre de ella! Imagínese usted, señora Pauli, que deja que su viejo me trate de chulo y no es capaz de decir una palabra en contra.

—En esto no ha estado usted bien, señorita. Tiene que saber que el señor Bast es un hombre muy fino y muy caballero.

—¿Esta? ¡Qué va a saber! —dijo Eugen Bast, despreciativamente—. No sabe más que dar vueltas por ahí como una gallina enferma. ¡Pero ya verá lo que soy yo! ¡Puesto que así lo quiere, por mí no quedará! ¿La vieja Pirzlau tiene algún cuarto libro?

—Espere un poco, señor Bast. Déjeme pensar. Tiene ahora a la señorita Koko, a la Mimí, a la Rusa y a la Lemke. Creo que hay un cuarto libre. Pero ya sabe usted, señor Bast, que la Pirzlau lo tiene como negocio y que sus chicas tienen que presentarse y llevar carnet. Luego tienen que ir cada semana a casa del médico...

—Bueno, ¿y qué? ¿Y qué, señora Pauli? ¿Cree usted que la Eva no lo haría? La Eva hará lo que sea, y la Pirzlau no tendrá con ella dificultad ninguna, ¿no es eso, Evita?

—No lo haré, Eugen —dijo ella—. ¡Antes me arrojaré al agua!

—No diga usted atrocidades, señorita... —exclamó la Pauli.

Mas Eugen la había ya cogido por los hombros.

—¡Salga usted, señora Pauli! —exclamó, apartándola de la puerta—. Ya solventaremos aquí solos eso de arrojarse al agua y demás. No voy a armar ningún escándalo, lo haré todo con gran suavidad. No soy de esos capaces de pegar a una chica, ¿eh, Evita?

Al terminar de decir eso había apartado a la Pauli de la puerta y se encontraban a solas. En verdad no se oyó escándalo ninguno. En una casa como aquella unos cuantos sollozos de mujer no cuentan para nada. Por lo demás, no se oyó nada. Nada absolutamente.

A Eva le hacía el efecto de como si se fuera hundiendo más y más en una

pesadilla atormentadora de la que uno quisiera despertar y no pudiera conseguirlo. Una pesadilla cada vez más negra y más desesperante.

Primero fue el trayecto por la calle, las negociaciones con la señora Pirzlau, las demás mancebas que lo tomaban a guasa y a quienes la nueva hacía gracia y la ataviaron entre risas.

Luego vino la espera en la esquina de la Langestrasse con la de Andrea. La atormentadora espera de pie, sabiendo que el ojo de él no la abandonaba. Había empezado a nevar, una nieve desvaída y húmeda, y los hombres tenían prisa. Todos tenían prisa y pasaban ante ella raudos, ante ella, que iba ataviada tan ridículamente, con un boa de plumas verdes y un gran sombrero adornado con plumas de avestruz.

A esto se añadía el silbido de él desde el quicio de una puerta, el silbido corto y estridente de rufián cual si fuera hecho con la ayuda de una llave, en cuanto un hombre quería hablar con ella y a él le parecía bien. Y la forma como de repente lo encontró junto a ella y la golpeó porque no había querido hablarle a aquel hombre. Y cómo a la vez siguiente volvió a acudir a golpearla porque su trato no tuvo éxito. Y cómo cuando hizo una débil tentativa para escaparse, él logró darle alcance y estuvo a punto de romperle el brazo al cogerla con un apretón de bajos fondos...

Y cómo finalmente logró tener éxito y subió con un hombre, y cómo las chicas sacaban la cabeza por todas las puertas haciéndole signos de ánimo y de cordialidad. Y lo horrible y rastrero que el mundo era, y cómo todo lo que de pureza y limpieza le habían contado era mentira. Y cómo inmediatamente tuvo que volver a bajar a su esquina...

Y cómo por la noche había tenido una discusión con otra chica que reclamaba para sí aquella esquina, y cómo Eugen había golpeado a la otra... y lo indiferente que la gente pasaba ante una escena como aquella, y cómo la vida continuaba y nada había pasado ni cambiado...

Y cómo la otra chica volvió con un tipo —era ya muy oscuro—. Y Eugen entabló pelea con el otro sujeto... y ella se fue, andando lentamente, hasta doblar la esquina...

Mas, en cuanto hubo dado la vuelta, echó a correr, adentrándose cada vez más y más en la ciudad. Iba a toda prisa, pues tenía que desaparecer pronto de su vista, por si él la seguía. Y con su pompa llamativa pasó ante cientos de policías, sin que ninguno la viera, pues tenía una meta.

Entonces llegó al obscuro Tiergarten, en donde lo primero que hizo fue arrojar de sí el sombrero de plumas y el boa tras de un matorral. Y, aligerada, continuó su camino; atravesando presurosa la calle de Bendler, llegó a la orilla de la Reina Augusta. Estaba allí todo en calma, y le resultó la meta ansiada.

Se sentó en uno de los húmedos bancos, bajo un caso, taño desnudo. ¡Lo que hace una canción de esas que todo el mundo canta! Estaba en la calle de Lange, tan cerca del Spree que solo había tenido que correr cinco minutos para llegar a él. Pero toda la tarde le había estado sonando en los oídos el estribillo: «Flota un cadáver en el canal

Landwehr...».

Y no le sonaba como algo horroroso, sino como algo conocido; al fin y al cabo no era tan grave: «flota un cadáver en el canal Landwehr». Cientos de veces se mencionaba, y la gente lo cantaba y reía. No era tan y tan grave, apenas si se necesitaba un poco de valor para ello...

Por ello ha corrido hasta aquí, pues aquel es el verdadero canal Landwehr. A este lugar se refiere la canción...

Se queda sentada durante un buen rato. Por fin se levanta, y ya el mismo levantarse aquel no le resulta fácil. Hay en ella una resistencia a que todo acabe allí. Aquella resistencia va creciendo conforme va bajando hacia la obscura orilla, en la que se oye un ligero chapoteo pavoroso, cual si nadaran ratas por allí. ¡Ah! Lo mismo da que naden ratas por allí. A un muerto le es igual. Pero va descendiendo cada vez con más lentitud pero, por muy lentamente que descienda, llega, por fin 'al último escalón.

Queda en pie en la pequeña plataforma de ladrillo, y el agua está tan alta que apenas dista un palmo de sus pies. Se inclina sobre ella, pero no la ve. No ve más que unos cuantos reflejos de las luces del puente. «Ahora no hay más que dejarse caer», piensa.

Mas no se deja caer. Temerosa, aparta la parte superior de su cuerpo de la oscuridad que allí abajo rumorea. Y queda allí, de pie, un buen rato, esperando, sin que nada suceda.

De vez en cuando pasa alguien por el puente, pero nadie la ve, nadie exclama: «¡Deténgase! ¡Socorro!, quiere ahogarse». Un grito de aquellos tal vez le diera fuerza para realizar el salto ante el que se asuste. Hacerlo con la esperanza de que la salvaran.

Cuando, tras de una larga espera, hunde un pie en el agua y siente adentrarse por el zapato la helada humedad, lo tiene ya decidido: no lo va a hacer.

Lentamente vuelve a subir las escaleras; lentamente se pone en camino, sin saber hacia adónde. Hasta hace poco iba de prisa y casi contenta. Se marchaba de la vida, se había despojado de todo.

Aquel sueño ha terminado. Actualmente anda con pesadez; todo ha vuelto, la vida continúa. Para ella no hay cese posible. Lentamente fue caminando a través del oscuro Tiergarten, a través de la oscurecida ciudad. Hasta que no estuvo muy próxima la mañana, no se atrevió a adentrarse en los alrededores conocidos. A la sazón él estaría durmiendo. Finalmente se decidió a subir la escalera que conducía al piso de Gertrud Gudde. De, la Gudde no sabía él nada, y tal vez podría quedar allí en paz.

Podía quedarse.

6

Mientras Gertrud Gudde prodigaba palabras de consuelo a Eva, que, medio inmovilizada, se desnudaba y se rendía en su cama casi todavía caliente; mientras en Eva Hackendahl se diluía la desazón en un llanto desconsolado, que, poco a poco, fue mitigándose hasta que pudo empezar a contar su desdicha; mientras ambas mujeres decidían cómo iban a arreglar la vida en común y trataban de lo relativo a la declaración de domicilio, en ir a recoger los efectos, las cartillas de racionamiento y el trabajo ...

Mientras iba sucediendo todo esto, el suboficial Otto Hackendahl yacía en un agujero de obús, entre las posiciones alemanas y francesas, y esperaba anhelante, desde el alba, a que se hiciera de noche. El agujero de obús quedaba muy próximo, en línea recta, a las posiciones francesas, apenas a unos treinta metros de distancia: Por suerte, era tan hondo que no era de temer la visión directa.

Las trincheras alemanas quedaban alejadas a unos ciento veinte metros, y esto era lo grave, pues quería regresar a ellas, y no era posible efectuarlo antes de la noche.

Si ello constituía un alivio, tenía Otto Hackendahl el consuelo de no estar solo en aquel agujero. En la parte más honda de él yacía un segundo hombre: el teniente von Ramin. Otto no conocía con anterioridad al teniente von Ramin; se habían conocido en el agujero de obús. El teniente lo era de una compañía en disposición, que había tenido que apoyar el asalto desde las trincheras. Aquel asalto había fracasado, y el teniente y Otto, para escapar de ser hechos prisioneros, habían tenido que salvarse en el agujero de obús. En cuanto lo hubieron hecho, comenzó el fuego infernal que había imposibilitado todo regreso a las propias posiciones. Y así les había sorprendido el día.

Era un día de frío glacial, y el cielo estaba muy bajo y con grises nubes. Por suerte, pensó Otto, por lo menos es un tiempo en que no se puede volar.

Allí yacía mirando al cielo. No podía ver más que el interior del agujero y el cielo. No era aconsejable mirar fuera del agujero, pues por ambos bandos disparaban bastante intensamente. De vez en cuando oía alguna orden de mando proveniente de las posiciones francesas. Una vez oyó reírse a alguien. «¡Qué suerte tiene de poder reír!», pensó Otto, aterido. «Tengo un frío horrible. Y hasta la noche voy a enfriarme aún más».

Para distraerse, empezó a escuchar el cruce de fuego que con el día se había iniciado. Lentamente empezó a ponerse en acción la artillería, y oyó, a distancia, una fuerte detonación. «Nuestros morteros se desatan», pensó. Luego volvió a ser audible tan solo el tiroteo, pero, por el momento, no en la dirección de ellos. «Hoy día lo único que puede pedirse es que dejemos a los franceses de por aquí un poco en paz. ¡El teniente y yo estamos en la boca del lobo...!».

Miró hacia el teniente, que yacía, en el fondo del agujero y leía cartas antiguas.

En cuanto notó la mirada de Otto, levantó la cabeza y preguntó:

—¿Qué, suboficial? ¿Qué está usted pensando?

El teniente tenía un rostro despejado y claro. También su forma de hablar le resultó agradable a Otto.

—Pienso, señor teniente —le contestó—, que iría muy bien que en las trincheras de ahí no hubiera hoy mucha actividad.

—No creo que haya mucha —dijo el teniente—, ya los dos hemos tenido bastante con lo de esta noche.

Miró al suboficial y preguntó, luego, súbitamente, más animado:

—¿También usted tiene un frío tan horrible?

—¡Espantoso! —dijo el suboficial—. Tengo unas botas que son una calamidad, y hace semanas que no sé lo que es tener los pies secos.

—También yo tengo los pies helados, a pesar de que las botas están en buen estado —dijo el teniente—. ¿Lleva usted ahí algo que beber, suboficial?

—Sí, señor teniente. Llevo la cantimplora medio llena de aguardiente de cerezas. Pero tenía la idea de que lo ahorráramos para un poco más tarde, pues antes de la noche no vamos a poder salir de aquí. Necesitaremos unos pocos ánimos.

—¡Antes de la noche! —dijo el teniente—. ¿Ya ha visto usted lo clara que está la luna? ¡Y luego hay que contar con las malditas bolas de fuego! ¡No es aún seguro que por la noche podamos salir de aquí!

—La suerte es que parece que va a nevar —dijo Otto, esperanzado.

—¡Que va a nevar! —dijo, despectivamente, el teniente—. ¡Hace días que parece que va a nevar! Pero, quién sabe cuándo se le ocurrirá nevar a este maldito invierno. No, no, suboficial, procure usted hacer durar su aguardiente lo más que pueda para sí mismo. Conmigo no cuente, que yo tengo sidra ahí.

—Si, mi teniente —contestó Otto—. También va bien para calentarse.

Ambos guardaron silencio largo rato. Otto escuchaba el ruido de los cañonazos y trataba de adivinar el calibre de cada uno, la órbita; la posición y el tiro. Si uno estaba nervioso o asustado, nada calmaba tanto como hacer tal cosa. Había que forzar el oído a escuchar con gran atención, y se olvidaba uno casi por completo del miedo y de su yo. Entre los cañonazos oían hablar, de vez en cuando, en las posiciones francesas en donde los soldados parecían estar de excelente humor a pesar del ataque nocturno.

—¡Qué; cerdos! —dijo, de pronto, el teniente von Ramin, en alta voz—. ¿Lo ha oído usted, suboficial? Uno de esos de ahí tiene café caliente. ¡Qué escándalo, y, además, contarlo!

—También nosotros nos hacíamos café, en las trincheras, a esta hora —dijo Otto.

—Sí —dijo el teniente, casi riendo—. Cuando estábamos en las trincheras, todo era decir mal de las posiciones y esperar a que nos relevaran. Y ahora estamos los dos ansiando llegar a ellas, a pesar de lo húmedas y piojosas que están.

—No se sabe nunca lo bien que se ha estado, hasta que se está peor —confirmó

Otto.

—Es cierto —exclamó el teniente—. Pero mejor podríamos decir: Por muy mal que se esté en el fango, se puede ir a parar a un asco peor. ¿Cuánto tiempo hace que está usted por aquí, suboficial?

—Desde el principio. Desde el primer día, mi teniente.

—¡Vaya! —exclamó el teniente—. ¡Pues lo habrá pasado bien! ¡Habrá usted visto los primeros triunfos y alcanzado el avance! Yo vine directo del colegio a las trincheras, a las lastimosas y fangosas trincheras de los campos de Champagne. ¿Estuvo también allí, suboficial?

—¡Ya lo creo!, en el valle de Dormoise, mi teniente.

—¡Vaya por los que estuvimos allí! Pues puede usted imaginarse el efecto que le haría a un chico jovencísimo como yo, que sale de la escuela con todo el entusiasmo y las ideas más encumbradas y le meten entre el barro, la porquería y los piojos. Y con la gente tan sombría, tan excitada y desazonada...

—¡Y tanto! Había días en que uno hubiera sido capaz de matar a cualquiera por el solo hecho de haber tosido.

—¡Por haber tosido! —exclamó el teniente, con una mueca—. ¡Por solo estar en el mundo le hubiera uno matado! ¡Qué tiempo aquel! —se interrumpió y dijo, sombríamente—: ¡Por lo demás, tampoco ahora es mucho mejor!

—Mi teniente tiene aún, sin embargo, un aspecto muy despejado y amable.

—Sí, este aspecto tengo —dijo, con indiferencia, el teniente—. Le voy a decir una cosa, suboficial. En otoño, en septiembre y octubre, mi regimiento estuvo unas veinte veces en la misma trinchera, pequeña y de excavación muy superficial. Llamábamos a aquello «el intestino podrido», y verdaderamente no servía para nada, pues estaba más que podrida. Era un resto de trinchera de otros tiempos, de nuestras posiciones abandonadas. Ya no tenía utilidad ninguna, pero los superiores la tenían en el mapa. La trinchera no servía verdaderamente para nada, y ni siquiera tenía la suficiente capacidad, no era bastante profunda. Casi cada día quedaba obstruida, pero, día tras día, teníamos que volver a ella, y nos costó cientos de hombres. Finalmente la descartaron, y nos pasamos muy bien sin ella. ¿Y para qué todas aquellas víctimas?

Hackendahl parpadeó.

—Si el señor teniente inquiera el sentido... —dijo luego, lentamente—. Se hace lo que nos mandan. No hay que pensar demasiado. Esto no hace más que complicarlo todo.

—¡No, no! —dijo, apresuradamente, el teniente—. ¡Mire usted, suboficial! ¿Como se llama usted... Hackendahl? Pues bien, escuche, Hackendahl: usted se ha criado, seguramente, de modo distinto que yo, pero, en el fondo, en todas partes, debe de haber sucedido lo mismo: ¿ha tenido usted alguna vez algo que amara y respetara? ¡Piénselo bien! ¿Algún hombre verdaderamente grande, al que haya conocido o de quien solamente haya oído hablar, que no haya pensado en sí mismo, que no fuera egoísta? ¿Ve usted? No sabe de ninguno. Anteriormente, sí dicen que existían

hombres de estos, pero en la actualidad no hay ninguno. Todo cuanto creíamos, cuanto venerábamos, estaba muerto, era algo pasado, que ya no vivía... —el teniente miró hacia Hackendahl, y sin haberlo visto continuó—: Pero cuando uno es joven ha de amar y respetar algo; tiene también que tener algo por lo que valga la pena de sacrificarse. Cuando uno es joven no quiere vivir tan solo para comer e ir pasando. Quiere uno algo más; algo distinto.

De nuevo guardó silencio. Hackendahl miró atentamente el rostro despejado, que a la sazón estaba contraído. Había admirado al teniente por sus maneras independientes, y ahora veía que también tenía sus preocupaciones y que eran las mismas que las suyas...

—Cuando vino la guerra y Alemania se encontró en un mal paso y encontramos que todos nos apoyábamos los unos a los otros, creíamos que habíamos hallado esa idea. ¡Cuán entusiasmados y cuán contentos partimos hacia las trincheras! Teníamos algo por lo que valía la pena morir. Y, de repente, todo se volvió gris, sombrío, amargado... Algo parecido a esta pequeña zanja de que le hablé, por la que inútilmente había caído víctima tras víctima. Inútilmente. Víctimas inútiles no queremos nadie serlo. Cuando el todo tiene algún sentido, tiene que tenerlo también la parte; eso mismo debe usted creer, ¿no?

—No entiendo mucho de eso —dijo Otto—. Me alegraba de tener una tarea que cumplir. Hasta entonces no la había tenido...

—¿Lo ve usted? Lo mismo que me sucedía a mí.

Pero la tarea ha de tener sentido. ¿No le parece? ¡Claro que sí!

—No sé, mi teniente, no he reflexionado sobre ello. Lo que pensé cuando estábamos en pleno fuego y se rompió el cable del teléfono y el oficial dijo que era imprescindible llevar a la retaguardia una comunicación, fue coger el sobre que la contenía y mirar de llevarla a su destino. No sé, ni tan siquiera, si la comunicación era realmente importante...

Al cabo de un rato dijo el teniente:

—Sí, esto no estuvo mal, suboficial. También puede mirarse de ese modo.

Guardó silencio largo rato. Tanto por el Este como por el Oeste rugían incesantemente los disparos. Pero junto a ellos seguía la calma y apenas si de vez en cuando pasaba alguna granada silbando sobre ellos o empezaba a traquetear alguna ametralladora, que, sin embargo, callaba al poco.

—¡Y a pesar de ello, no! —dijo, pensativamente, el teniente, al cabo de rato—. Nos habíamos imaginado otra cosa que ser un oscuro mensajero... —estuvo reflexionando, y dijo luego, más animadamente—: ¿Y un mensajero, quién es? Aquí lo sabemos todos. Pero... ¿y los de allí, los del hogar? Si ha estado usted alguna vez con permiso... Pero, naturalmente que habrá estado, puesto que está aquí desde el principio... ¿Recuerda usted los rostros perplejos y conmovidos de por allí? ¿Recuerda usted cómo hay que estarles hablando continuamente de lo que ocurre en la guerra? ¿Y lo estupefactos que se quedan cuando no se les puede hablar de otra

cosa que de suciedad, de frío y de humo? ¡Les gustaría oír tantas heroicidades! Vaya heroicidades... ¿Y lo extrañados que se quedan cuando notan lo difícil que se le hace a uno partir? ¿El miedo que les asalta de que el amado y admirado hijo o hermano pueda ser un cobarde? ¿Cómo le quieren inculcar valor a uno? ¡Ah, suboficial! La gente de la retaguardia no tiene ni idea de lo que verdaderamente se trata.

—¿Y qué es lo que se trata, si me es dado el preguntarlo, mi teniente?

—¡Pues de nosotros!, de nosotros, los jóvenes, pues nosotros solos somos Alemania. Que lo importante es que nosotros volvamos a encontrarle un sentido a la vida, y que la vida nos vuelva a parecer digna de vivirla. De esto se trata. De esto se trata, suboficial, nada más que de usted y de mí. Y usted lo sabe muy bien y si no lo sabe lo siente usted.

—Claro que he sentido ya que se trata de mí, mi teniente. Pero no pensé que yo siguiera teniendo importancia. Incluso he llegado a tener, hasta cierto punto remordimientos de conciencia por pensar tanto en mi mismo.

—Por esto no tiene que tener usted remordimiento suboficial. Es muy natural que el hombre piense en sí mismo, únicamente lo que tiene que hacer es no pensar solo en sí mismo.

El teniente calló. Daba diente con diente, pues hacía mucho frío. En aquel maldito agujero no se podía hacer el menor movimiento si no querían que les observaran y les lanzaran una bomba de mano.

—¡Suboficial! —dijo el teniente.

—¿Dígame? —preguntó Hackendahl.

—¡Hace un frío horrible!

—Es cierto, mi teniente.

El teniente miró la hora. Eran ya las once.

—Seis horas más, y será de noche, y podremos volver a nuestras posiciones. Puede soportarse.

—Seguramente —dijo Hackendahl.

Ninguno de los dos hablaba ya de la luna ni de los reflectores. Tenían que regresar aquella noche.

El teniente sacó una pastilla de chocolate y la partió por la mitad, y le entregó una de ellas a Otto.

—Tenga, es todavía chocolate de cuando tuve permiso, que me entregaron a última hora, como una golosina apreciadísima. Encuentro que hacen demasiados aspavientos por allí con su nabicol. Precisamente hace muy poco que vine con permiso y todavía no me he vuelto a acostumbrar a la vida de aquí. ¿Cuándo estuvo usted de permiso por última vez?

—Aun no he estado.

—¿Cómo que no ha estado? Querrá usted decir desde que está en la posición. Si falta de su casa desde el principio de la guerra, ha de haber tenido, por lo menos, uno o dos permisos.

—No; todavía no he tenido ninguno.

—¡Pero, hombre; si es imposible!

El teniente se enderezó tan súbitamente que Hackendahl tuvo que bajarle la cabeza con la mano y advertirle:

—Tenga cuidado, mi teniente.

—¡Ah, sí!... —Y de nuevo—: Pero si no es posible que haga ya dos años que está en el frente y... Siempre estuvo aquí en el Oeste, ¿no es así?

Otto asintió.

—¡Pues no puede ser! Ha de haber sucedido algo. —Y miró a su interlocutor—. Pero no; la Cruz de Hierro y ascendido a suboficial. No puede haber sucedido nada.

—Y en realidad nada ha sucedido —dijo Otto—. Simplemente es que no ha sido así.

—¡No, no! —El teniente reflexionó—. Espere —dijo entonces—. ¿Cómo dice que se llama usted?

—Hackendahl.

—¡Justo! ¡Hackendahl! Por ello me parecía a mí que conocía este nombre. Oía hablar de usted. Se cuenta de usted...

Se interrumpió y miró casi atónito a Otto. Otto contestó a la mirada con una sonrisa desvaída.

—Ya sé lo que se cuenta de mí —dijo—. Hay en el quinto un tío que está emperrado en no ir de permiso, a de estar loco. Esto es lo que cuentan.

—¡Eso es! —dijo el teniente, aliviado—. Pero usted no Parece estar nada loco, suboficial.

—Y no lo estoy —respondió Otto—. Iré de permiso, pero antes ha de pasar un cierto tiempo.

—¿Qué quiere usted decir con que ha de pasar un cierto tiempo? Pero quizás me estoy metiendo en asuntos privados que no me interesan.

—Asuntos privados, sí lo son; pero se puede hablar de ellos. También, mi teniente, ha estado usted hablando hasta ahora en cierto modo de asuntos privados conmigo...

—¡Bueno, pues suéltelo ya, Hackendahl! Estoy intrigadísimo por saber qué es lo que le puede hacer a uno renunciar a cualquier permiso durante dos años.

—No es ninguna cosa que me haga especial honor, mi teniente. Ya los que hablan así de mí lo suponen. No es otra que allá en el hogar era un acoquinado sin valor ni voluntad propia. Hasta ahora no me di cuenta de que no soy remiso por naturaleza.

—¡Válgame Dios! —dijo el teniente.

—Es una persona la que me ha vuelto así. Una cierta persona que desde muy temprana edad me ha desposeído de toda voluntad propia. Y por ello he hecho una porquería. En una palabra, mi teniente: tengo una chica y tenemos un hijo; un hijo que tiene ya cuatro años. Repetidas veces le he prometido a Gertrud casarme con ella y se lo volví a prometer últimamente, cuando me vine a la guerra. Pero no me he

casado con ella únicamente porque no me atreví a ponerme en contra de mi padre y exigir de él los documentos necesarios...

—Ya veo —dijo el teniente—. Su padre es el que le ha despojado de su albedrío. ¿Y ahora no se atreve usted a presentarse ante la muchacha?

—¡No es eso, mi teniente! Gertrud no ha dicho jamás una palabra. No me atrevo a plantar cara a mi padre.

—¡Pero, Hackendahl! ¡No va usted a tenerle miedo a su padre! ¡Un hombre como usted, que ha resistido el fuego cien veces! ¡Es usted ahora un sujeto muy distinto de hace dos años! ¿Es verdaderamente un padre tan tirano?

—No es nada de eso, mi teniente. En el fondo es un hombre muy bueno, pero todo aquel que no actúa ni piensa como él, es su enemigo y tiene contra él un odio personal; se imagina que cumple la voluntad de Dios persiguiéndole y atemorizándole hasta la muerte. Yo, yo, su hijo, era para él un enemigo así. Era incluso un enemigo especialmente malvado.

—¡Conozco otros parecidos! —exclamó con exaltación el teniente. La explicación del suboficial le había enardecido. Le asaltaban recuerdos de la remota infancia, y le parecía oír la amenaza de los férreos mandamientos de sus mayores.

—¡Conozco otros parecidos! —había exclamado. Y pensativamente contó—: Cuando, últimamente estuve con permiso, fui a casa de un tío mío propietario de tierras. No se notaba allí en casi nada el hambre, pues se proveen por si mismos. No necesitan de ninguna clase de cartillas; se les llama independientes. Debe ya haber oído algo de ellos, ¿no, Hackendahl?

Hackendahl asintió.

—Bueno —dijo el teniente—. Pues cuando partí de allí me pidieron que le llevara a un hermano del tío, que vivía de su pensión en la ciudad, como director de la Audiencia Territorial, un paquete de comida. «Te va a ser algo difícil», dijo, riendo, mi tío. Yo no acertaba a comprender lo que en ello hubiera de difícil, como no se refiriera al tamaño del paquete, que tenía que pasar disimulado por todos los controles y no debía perder de vista...

El teniente guardó silencio durante un rato, pensando en lo que le había fastidiado en aquel entonces el peso del paquete encomendado y en lo que le había alegrado a su vez pensar en la dicha que iba a proporcionar con un tal paquete en aquellos tiempos...

—Bueno, pues —continuó en su relación—, ya me tiene entregándole el paquete a mi tío. Hacía muchísimo tiempo que no le había visto y me estremecí al ver lo cambiado que estaba. Se le había empequeñecido el rostro hasta casi poco más del tamaño del de un niño. ¡Daba verdadera pena! Lo más horrible era el cuello, del que la piel; que le había quedado demasiado ancha, le colgaba en jirones. En unos jirones rojos y desmayados...

Volvió a guardar silencio. Veía ante sí la figura evocada. Luego dijo:

—También mi tío, Hackendahl, pertenecía a esas gentes que tienen una

concepción prusiana del deber. Se había metido en la cabeza que no iba a vivir más que de su racionamiento, y casi se moría de hambre. «El Gobierno sabe lo que se hace», solía decir: «Y puesto que tiene dispuesto que se viva del racionamiento, esto es lo que hay que hacer».

El teniente von Ramin veíase sentado a la mesa con su tío, agasajado por este como lo imponían las circunstancias. El tío le había servido un vaso de vino, un vino estupendo, pues el vino no estaba racionado y el tío era muy rico... Pero junto al vaso de vino le sirvió en un platito de madera, una rebanada de pan tan delgada, que casi se transparentaban las aguas de la madera. Había encima de aquel pan un poco de grasa y una rodaja de huevo, una rodaja finísima, acompañada de un pescadito escuálido...

—Come, chico —le había dicho el tío—, ¡que buen provecho te haga! —Y le temblaba la voz—. Yo ya he comido.

—Y yo que había pensado —contó el teniente von Ramin— que iba a ser recibido como los propios ángeles con mi paquete de comida. En seguida eché de ver a lo que se había referido mi otro tío, el del campo, al aludir a la dificultad de la empresa. Y en verdad que no logré vencerla. «¿Te propones inducir a un juez alemán a que viole la legislación?», exclamó mi tío. «Sal inmediatamente de mi casa. ¡Cómo iba a descansar, ni una sola noche, si yo mismo fuera un contraventor de las leyes! Cientos de miles de ladrones y malhechores llevo condenados en mi vida. ¡Bien les habría podido condenar si yo mismo fuera un transgresor!». Y lo peor es que mientras me iba injuriando miraba con tales ojos de hambre al paquete, que era realmente tremendo. Debe de haber sufrido horriblemente, pobre anciano.

—Es muy comprensible —opinó Otto—. Se avergonzaba de tornarse débil.

—¡También usted viene con esto! —exclamó, airado, el teniente—. Mi madre escribió igualmente que era un gran hombre y que había muerto por su idea. Precisamente murió de un simple resfriado poco después de mi visita, y es que ya no tenía ni un poco de fuerza. Pero no era ningún gran hombre, Hackendahl, así como tampoco su padre es ningún gran hombre. No tiene nada de grande el morir de hambre por la patria. ¿Qué digo por la patria? A su patria no le hizo ningún servicio. Murió por un ídolo; por una falsa deidad como las que adoran los salvajes. Una cosa de madera sin vida y sin idea que se la proporcionara.

Hackendahl callaba.

El teniente, ya más calmado, dijo:

—Mire, Hackendahl: de momento queda uno impresionado cuando se entera de que tal y tal otro han muerto por una idea, en tanto que hubieran podido seguir viviendo tan ricamente. Pero no todo se logra con la muerte sola, sino que es preciso que se hayan muerto por algo viviente, y el concepto prusiano del deber con el que vivía mi tío y vive su padre, ha muerto hace ya tiempo. Surgió en un tiempo, hace ya cientos de años, en que el pueblo vivía en la más amarga de las pobrezas y el más completo de los desamparas. Por ello era necesaria una directriz. Pero todo ello

pertenecía al pasado ya antes de la guerra. No; no perduran ya las falsas deidades. Si esta guerra tiene que tener algún sentido, ha de ser 'porque de ella salga algo nuevo, algo vivo.

Hackendahl seguía en silencio.

Mas el teniente dijo con insistencia:

—Yo sigo afirmando que ha sido un bien que el tío Eduardo haya muerto. Y le aseguro que puede usted aceptar sin temor alguno el permiso y presentarse ante mi padre. ¡Si es usted quien está vivo y él hace tiempo que murió!

—No sé —dijo Otto, quedamente— si mi teniente lo ve del todo acertadamente. Ante un padre y una madre, aún el más desligado de los hijos sigue siendo un niño. Yo quisiera que la cosa fuera de la mejor manera y que no hubiera disputas. Al fin y al cabo, es mi padre...

—Sigue usted teniendo miedo, Hackendahl —dijo el teniente, súbitamente contrariado.

—Naturalmente que tengo miedo —accedió Hackendahl—. Por ello no he aceptado ningún permiso.

—Se preocupa usted demasiado, amigo —exclamó el teniente—. Está usted todo el día evocando el momento en que entrará usted en la estancia de su padre a decirle que si tal cosa y tal otra... Pero sabe usted muy bien, Hackendahl, que cuando se está dispuesto a lanzarse al ataque, todo son temores y cábalas; no se hace más que mirar constantemente el reloj y de este hacia el cielo por si se ven surgir los reflectores; en fin, que, dicho en una palabra, tiene uno un miedo soberano; y que, sin embargo, cuando se llega al momento en que se sale entre gritos de ánimo de las trincheras, no se piensa más que en avanzar y se olvidan todos los temores imaginados.

—También hay gente que se acobarda en el momento del asalto, mi teniente —replicó Otto.

—¡Pero no usted! —exclamó el teniente, muy exaltado—. No es usted de los que se acobardan. Lo que le pasa es que tiene fiebre de candilejas. Y le voy a decir una cosa, suboficial: si salimos hoy con bien de este maldito glaciar, le voy a dar la orden de partir con permiso, ¿comprendido?

Otto sonrió satisfecho. Y cuando el teniente vio aquella sonrisa, quedó igualmente satisfecho y no añadió ni una palabra más. Durante mucho rato permanecieron en silencio con un frío indescriptible.

De pronto dijo el teniente por dos veces:

—¡Maldita sea, maldita sea! —Y al poco repitió—: ¡Maldita sea!

—¿Qué le inquieta, mi teniente?

—¡Si al menos pudiéramos fumar!

—Sí, verdaderamente es una lástima. Pero el viento viene en dirección a las trincheras francesas y podrían olerlo.

—¡Y tiramos unas cuantas granadas de mano!

—¡Eso es, mi teniente!

Hacia las cuatro el cielo se despejó y empeoró la situación, pues arribaron los aviones. Fue como siempre en aquellas semanas en que los franceses estaban en mayoría. Dominaban el campo. Sus aviones de infantería pasaban a ras de tierra sobre las trincheras, hacían chasquear las ametralladoras o bien, remontándose, daban sus señales artilleras con bolas de fuego.

El teniente Ramin y Otto Hackendahl se habían echado boca abajo en la tierra. Escondían sus rostros. Hacia el anochecer se reavivó el fuego de artillería, oyeron más cerca los preparativos para el disparo. A poco empezaron a oírse en las trincheras próximas las ametralladoras que contestaban desde allí.

—¿Es que no se hará nunca de noche? —gemían. Paulatinamente fue reinando la quietud. Sentían en la espalda algo húmedo. Poco a poco empezó a llover. Se movían lentamente. Durante un momento pareció imposible devolver la flexibilidad a las articulaciones.

—¡Hace un frío insoportable! —dijo el teniente.

—Esta noche tenemos que hacerlo.

—¡Sí, esta noche! Ya llueve.

—No lloverá mucho rato.

Y de nuevo comenzó la espera durante horas y horas. No acababa de oscurecer del todo. No se veía la luna, pero había en el aire una difusa claridad...

—Esperemos una hora más —decidió el teniente. Le rechinaban los dientes.

—Tengo todavía un sorbo de aguardiente de cerezas, mi teniente.

—¡Bueno, démelo! No; déjelo. No. De veras que no. Espero que se acordará de que me ha prometido que si salimos con bien de aquí, irá usted con permiso.

Otto Hackendahl guardó silencio.

—¡Vaya, hombre, diga ya que sí! —insistió el teniente—. ¡Tengo la sensación de que si lo hace va a traernos suerte!

—Bueno, pues sí, mi teniente.

No lograba oscurecer. Ni tampoco lograba calmarse aquel sector de las trincheras: Continuamente sonaban tiros, clamaba alguna voz, repiqueteaba alguna ametralladora...

—Todavía no hemos salido, hijo mío —dijo el teniente, rabioso.

—De esto es de lo que tengo miedo: que los de nuestras trincheras disparen sobre nosotros —dijo Hackendahl.

—¡Lo ve usted! Le tiene sin cuidado la clase de muerte heroica que pueda sufrir.

Era casi medianoche, pero estaba el cielo casi claro. El teniente estaba en un estado de atormentadora indecisión. Le rechinaban los dientes por el frío, pero quizás también por la excitación.

Para Hackendahl era más fácil: no debía hacer más que esperar la orden.

De repente, desde las trincheras francesas les llegó una carcajada débil e inmediatamente ahogada, pero:

—¡Es el mejor momento, mi teniente! —susurró Hackendahl.

—Andando —gritó, casi, el teniente.

Se encaramaron por el borde del embudo. El antepecho de las trincheras francesas parecía tan cerca que pudiera alcanzarse con la mano; de las trincheras alemanas no se veía nada.

—¡Vaya a gatas! —susurró con voz ronca el teniente. Lo tenían todo convenido de antemano. Trataban de irse arrastrando hasta la más próxima avanzada de las trincheras alemanas, y una vez llegados allí llamar al centinela.

Pero el teniente le devoraba la impaciencia. Ya al cabo de treinta o cuarenta metros púsose en pie.

—¡Corra, que ya no nos ven! —exclamó.

Echaron a correr, yendo delante el teniente y el suboficial en línea diagonal a la izquierda tras de él. Le pareció a Hackendahl como si hubiera oído una llamada. Luego oyeron el disparo de una pistola de luz y al poco se levantó sobre ellos una bola de luz de un blanco deslumbrante que cada vez fue haciéndose más y más blanco...

—¡Echémonos al suelo, mi teniente! —casi suplicó Hackendahl.

—¡Corra! —exclamó el teniente con aspereza, mientras corría.

Tras de ellos sonaban los disparos, el antepecho de las trincheras alemanas velase con toda claridad se levantaban más bengalas.

—¡No disparen! —gritó el teniente—. ¡Somos alemanes! ¡Camaradas!

Dispararon por detrás de ellos.

El teniente se detuvo.

—Ahora sí que me han atrapado. ¡Corra, hombre!

Hackendahl cogió al teniente abrazándole y partió llevándole a rastras. Llegado al parapeto se dejó caer directamente sobre los hombros de sus camaradas.

Una hora más tarde, cuando el fuego en aquel sector de las trincheras se hubo amortiguado, unos camilleros llevaron se hacia la retaguardia al teniente van Ramin.

—Pues aun no me ha ido del todo mal —le dijo, sonriendo, a Otto Hackendahl—. Me han agujereado el músculo del antebrazo. Ni siquiera es un tiro que le lleve a uno a casa. En tres semanas volveré a estar aquí. —Y en voz más baja añadió—: Ya sabe usted lo que me ha prometido, ¿eh, Hackendahl? Que se irá usted con permiso.

—Pero es que, mi teniente, no ha salido con bien.

—¿Quiere usted venirle con cortapisas a Dios? No empiece con historias. ¿Aceptará usted inmediatamente el permiso?

—A la orden, mi teniente.

Pasó todavía un cierto tiempo hasta que Otto Hackendahl obtuvo su permiso. Exteriormente no se le traslucía gran cosa la ansiedad; tal vez poníase un poco antes de lo acostumbrado la máscara del gas cuando oía el grito de: «¡Granadas de gas!». Tal vez el día, entre disparos y escaramuzas, se le hacía más largo; pero cumplía su cometido como siempre; en las trincheras había siempre algo que hacer.

Por la noche dormía profundamente y sin sueño alguno. Ya la inminente discusión con su padre había cesado de preocuparle. Todo aquello quedaba inverosímilmente alejado. Desde que había hablado de su cobardía con el teniente von Ramin; desde que un desconocido —y no tan solo Tutti— estaba enterado de ella, aquella cobardía parecía haberse esfumado. ¡Qué insólito contrasentido!

Llegó por fin el día. El jefe de su compañía le estrechó la mano:

—Que vuelva usted con buen ánimo, Hackendahl —dijo—. No se deje influir por los de la retaguardia. Por lo que dicen, está aquello bastante mal.

—Perfectamente, mi comandante.

Unos cuantos camaradas le acompañaron durante un trozo del trayecto hasta la salida de las trincheras. Le fueron entregadas cartas que, acompañadas de saludos y paquetes, debía entregar personalmente.

—¡Que te vaya bien, Hackendahl! —decían también ellos—. ¡Quién sabe cómo nos volverás a encontrar! Vamos a tener vapor de nuevo.

Prosiguió su camino solo; aun no apuntaba el alba.

La ruta estaba repleta de columnas de munición que regresaban del frente; de cocinas de campaña; de coches sanitarios. Junto a él pasó un gran coche silencioso: un auto en el que iban los médicos castrenses; de un modo incierto vio sus rostros como espejos de un rojo carmesí sobre unas guerreras impecables de brillo de seda.

Más tarde se desvió de la carretera principal. El día amanecía lentamente; le quedaba aún tiempo. En las granjas que yacían dispersas bajo los árboles empezaba a notarse aquí ya la vida; en un establo ardía luz. Oyó a las vacas mugir para reclamar el pienso; el rumor de los cubos que llevaban al establo. ¡Qué magnífico!

Caminaba como no había, caminado desde hacía dos años: lentamente, a su gusto, sin sobresalto. Vio la siembra de invierno en los campos. Era de un verde esmeralda y lucía al sol que se elevaba. «Hoy va a ser un día claro. Mal día para los de las trincheras, porque es bueno para los aviones», pensó. Estaba a la vez contento y triste. Contento de que siguiera existiendo ganado y siembras y no tan solo terreno despedazado por las granadas y ratas; y al mismo tiempo sentíase en cierto modo culpablemente triste por haber dejado a sus camaradas solos en la trinchera.

Al oír ya a lo lejos cómo empezaba el estruendo de los disparos se inquietó y dejaron de alegrarle las granjas y los sembrados. Empezó a andar más de prisa.

Miró el reloj y vio que le quedaba aún mucho tiempo hasta que saliera el tren que

le conduciría a Lille.

Caminaba aún más de prisa y se forzó a detenerse ante un escaramujo. El viento había deshojado sus ramas, pero aun colgaba de ellas alguna que otra flor repleta y de un color rojo oscuro. Lucían al sol aun húmedas de escarcha. «Tengo aún tiempo — se decía con impaciencia—. Puedo mirar con toda tranquilidad lo hermosos que son estos escaramujos...».

Súbitamente se le hizo patente que tenía una nostalgia insensata, que ansiaba ver a Tutti, ver su rostro y sus dulces ojos de paloma. No sabía ya el aspecto que Gustavito tenía. Era a la sazón de doble edad de la que tenía cuando él partiera para el frente. En casa de sus padres parecían haber ocurrido grandes cambios. Padre volvía a conducir por sí mismo su simón. No podía imaginarse a su padre sentado al pescante. Le hubiera vuelto a ver muy a gusto.

Sí; de pronto le asaltó la nostalgia, nostalgia de verles a todos: a Rabause y al alicaído alazán. Veía incluso ante sí su cuchillo de talla.

Tenía nostalgia y a la sazón, bastante atrás del frente, le acometió el miedo de que pudiera aún sucederle algo antes de llegar a su casa. Miró al reloj. Tenía aún una hora de tiempo antes de que partiera su tren y le quedaba apenas un cuarto de hora de marcha.

A pesar de ello empezó a correr. Corría cada vez más apresuradamente; veía la estación en la que no se divisaba un tren en toda la distancia, pero, sin embargo, corría más apresuradamente. Como le había ocurrido a la mayoría, había tenido con frecuencia miedo de un tiro perdido, y hacía tiempo que lo había sobrepasado. A la sazón volvió a asaltarle el miedo y pensó que no debían alcanzarle. No entonces que iba con permiso a su hogar.

No logró calmarse hasta que se encontró sentado en el tren que iba lleno de otros soldados con permiso que, como él, viajaban hacia el hogar y de algunos otros que iban hacia Lille a pasar un permiso de uno o dos días. Los que regresaban a su hogar estaban casi todos muy silenciosos a diferencia de los del permiso de retaguardia que armaban mucho ruido, recomendándose unos a otros cervecerías y muchachas, y lanzándose pullas indecentes. Estaban decididos a colmarse de «verdadera vida» en 'las pocas horas libres entre su existencia fantasmal en la trinchera. Generalmente, de lo que se colmaban era de alcohol.

En Lille volvió a quedarle tiempo, pues su tren no partía hasta el mediodía. Titubeante e indeciso se quedó de pie en la estación. Hubiera podido ir a visitar a Erich, que por lo que la madre había informado, estaba desempeñando allí alguna función muy importante y de gran responsabilidad en alguna oficina. Mas no logró decidirse a hacerlo.

En vez de ello determinó dar una vuelta por la ciudad y lentamente se puso en camino. A poco se vio envuelto en el torbellino de la retaguardia. Asombrado contempló los escaparates repletos de cosas lujosas, y los atildados oficiales que, con el monóculo pegado alojó, pasaban junto a él haciendo sonar las espuelas. De la

muñeca les colgaba una fusta prendida de una trabilla de cuero. Con aire importante pasaban ordenanzas con carteras de documentos, cuyos pantalones impolutos llevaban una perfecta raya, y en cuyos zapatos brillantísimos se reflejaba el sol.

De repente tuvo consciencia del aspecto que debía de ofrecer con su guerrera limpia para salir del paso, cuya tela estaba descolorida y desgastada, y con sus botas manchadas y mal engrasadas, a las que seguía adherido el barro de las trincheras.

Los oficiales pasaban presurosos ante él, sin verlo y sin concederle la menor atención. En la calzada resplandecían los grades automóviles en cuyos radiadores ondeaban las banderitas del Estado Mayor; en un auto vacío veíase aburrido y displicente un gran galgo ruso. Dos enfermeras pasaron junto a él con los rostros rosados y complacidos.

Otto Hackendahl dio la vuelta y regresó hacia la estación. Había tenido la intención de ir a algún sitio de allí a descansar una hora bebiendo una cerveza, pero se le pasaron las ganas. Un paisano gordo y de tez morena, con los ojos muy tristes, le preguntó algo acerca del camino que debía tomar. Irritado le contestó que no conocía aquello, y se alegró cuando volvió a ver la estación ante él.

Triste y enojado sentase en una silla de madera entre otros soldados con permiso que, como él, esperaban el tren que había de llevar les al hogar, y que tenían un aspecto parecido al suyo. Uno de los hombres levantó la cabeza cuando le oyó pedir con tanta amargura su cerveza al cantinero, y preguntó:

—¿Qué, camarada? ¿También has ido a ver la ciudad? Menudo chanchullo, ¿eh? —y volvió a apoyar entre un bostezo la cabeza en la mesa, diciendo—: Ahora es cuando se da uno cuenta de lo primos que somos. ¡Estos tíos! ¡Estos aprovechados! Pero tienen razón, ¿no te parece, camarada primo?

Otto no contestó. La tristeza le ahogaba. Se maldecía a si mismo, al teniente von Ramin y al permiso. «Si no me hubiera marchado de mi regimiento, jamás hubiera visto toda esta porquería», pensaba de continuo.

Y estuvo reflexionando en si no sería mejor volverse.

El paisano gordo y vestido de negro que había pedido inútilmente información a Otto, se enteró entre tanto, por un guardia de campo, de la dirección que debía de tomar. Lentamente prosiguió su camino, subió una escalera, estuvo hablando con la dueña de la pensión, atravesó el piso, llamó y entró en una habitación.

—Buenos días, Erich —dijo el diputado.

Erich estaba sentado junto a una mesita, haciéndose con gran atención la manicura. Llevaba ya puestos los pantalones de montar, unos pantalones de pana de Benedix, que costaban 150 marcos, e iba calzado con botas, también de montar, de un brillo deslumbrante. Iba vestido con una camisa de seda cruda.

—¿Usted, señor doctor? —exclamó perplejo—. Nunca le hubiera esperado a usted aquí, en Lille.

—Es un asunto completamente oficial, hijo —dijo el diputado tranquilizador—. Un viaje al frente por parte de los diputados de todas las fracciones por invitación del Alto Mando. No es nada que pueda comprometerte.

—¡Señor doctor! —dijo Erich, dolido.

—Bueno, bueno. Nada de falsas vergüenzas. Cada cual se preocupa de salir adelante —y contempló a Erich con benevolencia. A la sazón el chico se había puesto la guerrera, cuyos galones brillaban cual plata—. Veo que se te puede felicitar por haber llegado a teniente. Te vas abriendo paso.

—Desde anteayer —dijo Erich—. Hace ya tiempo que me hubieran debido ascender. Pero ya puede usted imaginarse... Con la profesión de mi padre...

—Pero te lo has metido en la cabeza, porque te parece que vale la pena, y lo has logrado —la voz del diputado sonaba un poco burlona, pero el rostro seguía reflejando benevolencia—. Por lo que veo has renunciado a los ideales, y en vez de ellos llevas camisas de seda.

Erich volvió a ruborizarse.

—Todos los oficiales llevan únicamente ropa interior de seda —dijo con terquedad.

—¿Incluso en las trincheras? —preguntó el diputado.

—Yo estoy en el Estado Mayor —dijo el muchacho irritado, sin añadir más.

—Bueno, bueno —intervino el abogado, conciliador—, no nos vamos a pelear, Erich. Comprendo perfectamente que hayas modificado tus puntos de vista. Yo, por mi parte, tampoco estoy en las trincheras y no pienso ir a ellas. Encuentro perfectamente comprensible que cualquiera se zafe de las trincheras...

—Yo no me he zafado, señor doctor —exclamó Erich airado—. Me reclamaron...

—Naturalmente que te reclamaron. Cumples aquí con tu deber exactamente igual como lo estuviste cumpliendo en ellas. No me cabe duda —la voz del abogado continuó amigable—. A lo dicho, no vamos ahora a pelearnos ni por las palabras ni

por los conceptos. Todos hemos aprendido lo nuestro en los últimos dos años, ¿no es cierto? Pero con la mano en el corazón, Erich, hijo mío, ¿no encuentras que todo se ha desenvuelto muy distintamente de lo que habíamos pensado en agosto del catorce? ¿Te sigues acordando?

—Inmediatamente me volvería a las trincheras —dijo Erich rabioso— si fueran todos. Pero que yo tenga que dejarme destrozarse los huesos a balazos y los señores de por aquí se estén bañando en champaña...

—Prefieres bañarte con ellos, lo comprendo —dijo el diputado.

—¡Señor doctor! —gritó casi Erich.

—¿No querrás ponerme en la calle, hijo? ¿A qué vienen conmigo estas iras? Sé juicioso y déjame hablar. No tienes nada de tonto. Por lo tanto te debes haber dicho que la visita personal de un miembro del Reichstag al tenientillo X, tiene algún objeto más que estarnos ahí cambiando pullas...

—Yo no me he zafado de las trincheras.

—Está bien, no lo has hecho. ¿Estás ya contento? ¿Aun no? Bueno, Erich, ¿quieres que hablemos o me voy? —mas sin esperar respuesta alguna continuó—: No sé si has ido siguiendo las cosas del Reichstag. En la última votación para los nuevos créditos de guerra han votado en contra 31 diputados; casi un tercio de mi fracción. Tranquilízate que yo no pertenezco a este tercio. ¿Estaría si no aquí por especial invitación del Alto Mando? Es muy probable que mi fracción se divida pronto en un ala radical contraria a la guerra, y en una mayoría, que somos nosotros, partidarios de ella.

Erich contempló interesado al diputado. Los pequeños roces de antes habían quedado olvidados.

—Naturalmente, tampoco nosotros somos partidarios de la guerra, Erich. A pesar de que hace dos años estábamos verdaderamente de su parte, desde entonces acá hemos aprendido mucho, Erich. No hemos necesitado venir a esta hermosa villa de retaguardia de Lille para saber que la voluntad del pueblo no está ya unida. Hoy en día existe solo un descontento general... en el interior del país. En las ciudades reinan malos vientos. Erich; ha habido ya disturbios...

—Ya me había enterado —dijo Erich.

—Naturalmente que te habrás enterado. Erich. Ya hay a quien una cosa así no pasó inadvertida —el diputado rio taimadamente—. Pero yo les estoy diciendo continuamente a mis colegas, los que votan en contra: «Esto no quiere decir nada. El descontento en el interior del país no significa nada mientras estén en el Gobierno los señores militares...», Sigamos concediéndoles sus créditos hasta que puedan continuar con su guerra...

Guardaron silencio un buen rato. Erich miraba inquieto hacia la puerta y hacia las ventanas.

De pronto dijo el diputado, sumido en sus pensamientos:

—Sí, la moral del frente... —miró a Erich y prosiguió en su silencio. Luego dijo

en voz más alta—: ¡Fue un singular viaje al frente, querido Erich, este al que nos invitaron! La verdad es que del frente no hemos visto nada. Hasta incluso se les ocurrió enseñarnos una trinchera. Los fondos estaban recubiertos de hormigón y juraría que los botes de lata que había por el suelo habían sido limpiados por la mañana del día de la visita. Tenían precaución de no pisar las maderas para no mancharlas... Sí, esta fue la trinchera que nos mostraron.

Miró a Erich, pero este continuaba en su silencio.

—Es claro como el día —dijo el diputado con súbita decisión— que este Gobierno caerá el día que el frente se desmorone. Tiene demasiados enemigos, tanto en el exterior como en el interior. Lo único que hay que hacer es saber esperar. Esperar y preparar. Y cuando llegue el momento; cuando «llegue el momento» estaremos nosotros allí. Somos los únicos que podemos formar un Gobierno y podemos hacerla porque el trabajador, el proletario, todo el pueblo confía en nosotros...

—¿Quieren ustedes hacerse cargo del Gobierno después de una guerra perdida? —exclamó Erich—. ¿Cuentan ustedes para subir al Poder con la derrota en la guerra? Han de estar...

Y se interrumpió fijando la vista en el vacío.

—Locos, ¿no es eso? —concluyó el diputado—. Pero no estamos locos, lo que es, es que vemos más allá. La guerra en el frente se perderá, Erich, y tú lo has de saber tan bien como todos al ver el ajetreo de por ahí. Así no se gana ninguna guerra.

—¡Y ustedes han votado en favor de los créditos! —dijo Erich secamente.

—Porque queremos ganar la otra guerra, la grande, la mundial. ¿No comprendes, Erich? ¿Qué otra guerra se está librando desde que el mundo es mundo, sin no es la que va a favor de los miserables y los indigentes, la que se hace por el trabajador, por el proletariado, el aherrojado? ¡Esta es la guerra que queremos ganar nosotros!

—En estas cosas creí yo en un tiempo, pero hace ya mucho que me desengañé. Cada cual debe ver en dónde queda. Y en verdad que lo de ustedes no tiene el menor aspecto de ser la liberación del proletariado, señor doctor.

—¡No va a parecerlo, Erich! Lo que hay que hacer es no mirar lo que tienes ante los ojos, sino mirar a la lejanía. La guerra perpetua puede ganarse tan solo cuando la Humanidad pierda la fe en la guerra militar. Esta guerra ha de ser espantosa, va a exigir aún más graves víctimas. ¡No sabes la de cosas espantosas que le esperan aún al frente! En Inglaterra están construyendo carros de combate, a los que llaman tanques, que van sin ruedas, como monstruos de acero, a través de todas las alambradas, por encima de todas las trincheras... Nuestros militares no creen en su eficacia, pero ya verán...

—¿Y a un pueblo tan castigado quieren ustedes gobernar?

—Erich, los castigados no seremos nosotros solos, todos quedarán maltrechos. ¡Hay que ofrecer víctimas cuando se quiere obtener una gran cosa! La prosecución de la guerra que permitimos a los militares destrozará para siempre la fe en la casta

militar. ¡Y entonces vendremos nosotros!

—¡Vencedores vencidos!

—Pero todos serán vencedores derrotados. ¿Crees que vamos a tratar con los militares? A quien apelaremos será al trabajador del mundo. ¿Crees que el trabajador francés no nos comprenderá cuando le digamos: «Basta de guerra para siempre»? Luego vendrá la liberación de los trabajadores de todo el mundo, nuestro Estado, Erich. Tú has creído en él. Sigues creyendo en él a pesar de esto y de esto...

Y con los dedos le iba golpeando en la plateada charretera y en el pecho de su guerrera bajo el que estaba la camisa de seda.

—Sería bello... —dijo Erich como en un sueño.

—¿Bello? Créeme, Erich; esta vez va a venir de un modo muy distinto de lo que se espera. Alemanes, franceses e ingleses van a salir corriendo juntos de las trincheras. Se mirarán unos a otros y no podrán comprender que hayan podido dispararse entre ellos.

—Sería bello... —repitió Erich; y añadió luego—: y ¿qué podría yo hacer para que así fuese, señor doctor?

—Tendrías... —dijo en un susurro el doctor, siendo él aquella vez el que mirara inquieto hacia la puerta y ventanas—. Tendrías que...

Conforme iba avanzando la mañana se hacían los ánimos más susceptibles e irritados en la sala de embalaje de la fábrica de municiones.

El vigilante lo tenía observado. «Con tal de que no vuelva a pasar algo», pensó metiéndose las manos en los bolsillos y colocándose ante un cartel que anunciaba el sexto empréstito de guerra, firmemente decidido a no soportar por su parte una irrupción de mal humor de las trabajadoras.

Las mujeres, la mayoría de ellas vestidas con horribles pantalones de trabajo que las despojaban de todo encanto femenino, estaban sentadas unas junto a otras en largas mesas de madera, y cogían las varillas de pólvora que una de ellas cortaba de innumerables tiras con una máquina situada a la cabecera de la mesa y que iban embalando. Si por necesidad del trabajo tenía que decirle alguna a las demás una breve observación como «Acerca la caja» o «Ve más de prisa», lo decían en voz apagada y sonaba cual si se odiasen entre ellas.

Eva Hackendahl estaba de pie ante la máquina y oprimía la palanca. Las cuchillas descendían y cortaban las varillas de pólvora de un gris sucio. Unas manos cogían las varillas, y ella dejaba funcionar la palanca que se impulsaba hacia arriba por si misma, volviendo ella a ponerle la mano encima y a oprimirla para que descendiera de nuevo.

Desde las ocho de la tarde venía haciendo lo mismo. Un cansancio mortal había adueñado de ella; un horror a toda actividad, fatiga del propio yo. El cansancio le oprimía la cabeza como un aro compresor, y ni un segundo la dejaba en libertad. Se había enseñoreado de su boca llenándole la cavidad bucal de un gusto a polvo y a lana, y le adormecía las rodillas. La palanca parecía salir incesantemente al encuentro de su mano como una cosa viva e incesantemente aflucía hacia ella la avalancha gris, y las manos que cogían los recortes entre las cuchillas...

Eva suspiró. Faltaba tan solo media hora para que terminara el trabajo nocturno, más aquella media hora le parecía completamente inaccesible. Pensaba en la cama hermosa y caldeada, en el sueño y en el olvido que la esperaban.

Sabía que Tutti estaba en aquel momento ante alguna panadería o carnicería, pero que la cama que una utilizaba durante el día y la otra durante la noche estaba ya preparada esperándola. ¡No tenía más que ir oprimiendo durante media hora más la palanca y luego podría regresar a su casa a dormir!

¡Pero el tiempo hacía tan interminable! ¡Precisamente el último cuarto de hora resultaba siempre el peor!

Recordaba el tiempo de la escuela; y oprimía la palanca; recordaba los tres o cinco minutos últimos antes de que sonara el timbre; soltaba la palanca; precisamente durante ellos solía ocurrir algo que venía a desbaratarlo; la palanca salía al encuentro de su mano; toda la dicha de la tarde libre. Y aun cuando no sucedía nada oprimió la

palanca y bajaron las cuchillas; aquellos últimos minutos le resultaban ya por aquel entonces difícilísimos de pasar. La palanca estaba suelta y las manos de las demás trabajadoras acudían a recoger los recortes. Todo había quedado igual que antes, a pesar de lo mucho que había visto desde entonces; a la sazón las manos habíanse llevado las varillas y la palanca volvía a su mano; pero era como si siguiera yendo a la escuela. Oprimió la palanca y descendieron las cuchillas. Igual que de niña tenía que soportar los últimos minutos mortales con todo su horror.

¡Igual que en la escuela! Para esto se aprendía tanto en la vida, se sufría lo indecible, se aceptaba sobre sí lo más gravoso. Para seguir yendo continuamente a la escuela y no aprender nada. Ya podía la vida ponerle a uno malas notas que no se cambiaba y se seguía sentado en el mismo banco escolar...

Eva Hackendahl mira por encima de la fila de trabajadoras. Ve surgir sus cuellos de las grises blusas de trabajo, ve las nuca inclinadas sobre la mesa. Nuca inclinadas, cansadas, extenuadas. Sabe que todas aquellas mujeres, casi todas, tienen la vida más difícil que ella, a quien Tutti le saca casi todo el trabajo diario de entre las manos. Todas aquellas mujeres van a trabajar de noche porque tienen niños que cuidar. Apenas de vuelta de la fábrica tienen que lavarles, vestirles, hacer el desayuno, mandarles a la escuela. Van corriendo a los colmados y con las rodillas temblándoles de cansancio se ponen en las colas. Luego les toca a lo mejor acarrear un saco de carbón. ¡Y anda! Se roban al día tres, cuatro y, cuando hay mucho que hacer, hasta cinco horas de sueño. Muy a menudo ni siquiera se desvisten, pues no vale la pena para lo poco que van a dormir.

Y entre todo ello, prestamente, antes de volver al servicio nocturno, arrancan una página de la libreta del colegio de sus hijos. También en ello le ven a él. Él está siempre presente, ha seguido siendo el «sostén» para ella, que lo es a la sazón para toda la familia. Es él como la representación del buen tiempo de paz, en el que se sabía lo que era trabajo; pero se sabía también lo que era finalizarlo, en que se sabía lo que era hambre, pero podía saciarse...

«Querido Max» —escriben, por tanto, en la página del cuaderno escolar sobre las líneas finas y azules, esforzándose en escribir tan bien y tan claramente como en la escuela—. «Querido Max» —escriben—. «A mí y a los niños nos sigue yendo bien, como espero que te ocurra a ti. Esta semana hemos tenido media libra de sémola de racionamiento extra, y como sigo recibiendo la adición por trabajo intensivo, nos alcanza muy bien». —Este bien va subrayado tres veces—. «Así es que no tienes por qué pasarte sin tu azúcar. Nosotros nos salimos adelante perfectamente» —y de nuevo tres rayas debajo—. «Sería estupendo si pronto llegaras a casa ya para siempre. ¿No puedes hacer nada para que esta guerra termine pronto? Perdona, que era una broma; ya sé que tenemos que resistir...».

Así o en términos parecidos escriben, sin que se les escape una queja. Escriben presurosas, entre sus labores, entre dos niños que se están peleando, resonándoles en los oídos la eterna petición de pan. Escriben igual que trabajan, cuidan de los niños y

corren a buscar subsistencias: como una cosa muy natural y sin resistencia. Escriben para que de este modo se entere el marido de que siguen viviendo y están sanos. La vida. De esto se trata en ellas; la vida era algo sagrado. Tienen que conservarla tanto para ellas como por sus hijos. No se detienen a reflexionar sobre ello; actúan. «Resistir» —una palabra que se ha encontrado, se piensa y queda grabada de continuo en todos los cerebros—. Resistir representa para ellas quedarse en la vida. ¿Y por qué? ¿Es que valía la pena aquella vida con los niños casi muertos de hambre? No se detenían a reflexionar. Había que vivir aun cuando fuera difícil.

La palanca se le viene a la mano, la oprime y la suelta; y vuelve a acudirle a la mano. Al principio soñaba Eva con aquella palanca, las cuchillas y las manos que se metían entre las cuchillas... Luego veía manos ensangrentadas, dedos cortados, y con un grito de angustia despertaba... Tal sueño no tenía nada de particular, pues todas las mujeres soñaban cosas parecidas. Tenían a su marido fuera de casa y no veían tan solo manos desconocidas bañadas en sangre, ¡veían despedazado el cuerpo amado!

En verdad, Eva Hackendahl llevaba una vida mejor que las demás o, por lo menos, así era en teoría; Tutti le hace casi todo el trabajo. No tiene hijos a quien cuidar ni tiene marido en el frente por el que pasar terrores. Sabe que es una vida mejor y, sin embargo, no lo pasa mejor. En una ocasión, no hace de ello mucho tiempo, estuvo sobre una plataformita amurallada y húmeda. No muy por debajo de ella, aunque invisible, transcurría y chapoteaba el agua. No lo hizo. Y, sin embargo, y, sin embargo... ¡Oh!, era muy rastrero y repugnante, pero aquel poco de lucha que ella, en medio de sus debilidades, sostenía contra: su brutalidad, había dado en cierto modo un objetivo a su vida, a aquella vida que sentía ahora tan vacía. Cuando tenía una que luchar por la vida, había tenido esta un sentido. Ahora la veía sin objeto completamente.

El vigilante se echó la gorra sobre la frente y se separó del cartel. Faltan cinco minutos para las siete. De nuevo ha ido la cosa bien, contra todo lo que podía esperarse.

En el mismo momento oye un grito. Un grito estridente. Salta hacia la palanca. De un manotazo saca de las ruedas las correas de transmisión. Las máquinas callan, mugen quedamente y quedan paradas.

Las voces claman a más y mejor.

—¡Lo ha hecho a propósito! ¡Ha visto muy bien que tenía aún la mano en la máquina!

La acusada, Eva Hackendahl, está allí de pie, blanca como la nieve y temblando. Sin una palabra de excusa mira hacia la mano gris que se cierne contra ella; a la mano de la que va goteando sangre, de la que mana sangre.

—¡Lo ha hecho con intención! —grita la perjudicada, que es una mujercilla con el rostro de pájaro—: Yo la seguía mirando mientras me echaba un poco hacia atrás y ella me ha mirado a su vez. Y precisamente en aquel momento ha dejado caer la cuchilla...

—Esa es la verdad —grita una de las mujeres.

—¡Tú no hables! —le replica otra a la primera—. ¡Estabas durmiendo!

—No estaba durmiendo, estaba un poco perdida. —De repente empieza a llorar—. ¿Por qué lo has hecho? ¡Yo no te hice nada! ¡Oh, mi mano! Ahora no podré trabajar. Fíjate, no puedo mover los dedos...

—A ver esa mano —dice el vigilante—. ¡No grites de ese modo! No es nada. No es más que un arañazo. Ni siquiera tendrás que darte de baja por accidente.

—¡Sangre! —exclama de repente una mujer en embarazo adelantado—. ¡Sangre! Apartaros un poco, dejadme ver la sangre...

Sin que nadie los oiga suenan en el exterior los timbres. Terminó el trabajo. Una nueva mañana.

El tumulto va creciendo y vienen otros espectadores, entre ellos el capataz y un ingeniero.

—Calma. Hagan calmar a estas mujeres.

Eva Hackendahl está palidísima en pie delante de su máquina. Es la única que no dice una palabra. Pero piensa de continuo: «Debo de haberlo hecho a propósito. ¿Lo hice a propósito? No. No lo sé. ¿Tal vez lo hice con intención? No lo sé... No puede una estar temiendo continuamente algo que tal vez no vaya a suceder nunca... Aquellos últimos minutos mortales de escuela en los que siempre podía pasar todavía algo... Tal vez me vuelva a encontrar Eugen, y todo el tormento que acabo de pasar haya sido inútil...».

—Váyase usted a su casa. ¿A qué se queda aún ahí?

Queda usted separada de la máquina. Una cosa así no debería haber sucedido.

—No lo hice a propósito.

—¿Y quién le dice que haya sido así? ¿Esta? ¡Ah, déjela! ¡Pero hubiera debido tener más cuidado! Bueno, ahora trabajará usted como empaquetadora. Son diez *pfennigs* menos por hora, pero hubiera tenido que prestar más atención. Más tarde ya veremos... tal vez en la sala cinco. Pero, naturalmente, no correrá la voz.

—¿Lo habré hecho tal vez intencionadamente?

—¡Bah, no digas simplezas! ¿Vas a empezar ahora tú también? Lo que tienes que hacer es irte a casa y dormir. Intencionadamente, ¡qué tontería!

El camino hacia el hogar fue más difícil y más triste que nunca. ¿Qué necesidad había de irse a casa, acostarse y reunir nuevas fuerzas para no tener jamás una alegría?

Con más lentitud cada vez caminaba Eva Hackendahl. Era ya casi de día, los faroles no alumbraban ya y las figuras ante los establecimientos se destacaban en gris. La siguen y van a su lado otras personas, pero ella no les presta atención. Igual que ninguna se la presta a ella. Hace dos años, una mujer con pantalones de trabajo hubiera sido una visión insólita en Berlín. Los tiempos han cambiado. Hoy en día lo que es una visión desacostumbrada es una mujer bien vestida. Por lo menos, en aquel barrio berlinés.

Delante de Eva Hackendahl va un soldado con muchos bultos, un soldado con permiso, que lleva el mismo camino que Eva. Otto Hackendahl camina lentamente mirando, mucho a su, alrededor. Cuando hace dos años abandono Berlín, las calles estaban adornadas con banderas y llenas de gente jubilosa. Las muchachas llevaban vestidos claros y repartían flores, coronas, cigarros y chocolate. Y a su regreso encuentra una ciudad gris y depauperada, en la que ya temprano por la mañana se oye el arrastrar cansado de los pies sobre el asfalto. Los rostros son también grises y depauperados, y los hombros de todos parecen inclinarse hacia adelante; no hay ya claridad en nada. No ha oído ni una sola risa. Ayer le había horrorizado la falsa pompa de la retaguardia; hoy veía la ciudad derrocada y deshecha del interior del país, y la extrañeza apoderó se de él y le domino inmediatamente.

En las trincheras había oído hablar del hambre del interior del país, más de uno había dicho: «No deberían tomárselo así. Cuando estamos en primera línea y los abastecedores no llegan, ayunamos veinticuatro horas. ¡No lo pasan ni la mitad de mal!».

Inmediatamente comprendió Otto que era tres veces peor, cien veces peor. No era tan solo el hambre corporal; cuando se miraba a aquellos rostros desesperados se comprendía que se trataba de una completa ausencia de alegría, de la falta de todo cuanto hace la vida digna de ser vivida.

Fue caminando más lentamente. Veía ya el portal. No le había escrito a Tutti que iba a llegar la había despojado de la anticipación de la posibilidad de esperar... Tuvo un temor. ¿Cómo la encontraría? ¿Hasta qué punto habría cambiado también ella? ¿No llegaré demasiado tarde con todo cuanto he llegado a ser? ¿Cómo la encontrare?

Una mujer con pantalones pasa junto a él y le deja atrás, mirando de soslayo, pasajera e indiferentemente al barbudo rostro del soldado. Hasta que no estuvo en el portal más próximo no comprendió Eva Hackendahl que había visto la cara de su hermano Otto. Una cara que había adquirido aplomo y en la que la mirada virilmente clara no retrocedía.

Apoyándose en la pared del pasaje al portal, trata de representarse lo que ello

significa. ¡Ha vuelto su hermano! Por insólito que parezca, lo primero que se le ocurre es pensar si Otto, cansado del viaje, irá a acostarse inmediatamente en la única cama que, junto a la cunita, hay en el piso. ¿O bien podía tener ella para sí la cama? ¡Si por lo menos fuera así durante aquella tarde!

Con una impaciente sacudida de cabeza trata de alejar de sí aquellos pensamientos mezquinos. ¡Como si ello tuviera importancia! Pero inmediatamente se ve forzada a pensar en lo que va a ser la vida desde ahora en adelante allí en el piso, teniendo que vivir todos juntos y compartir la única dicha del sueño. «¿Cuánto tiempo suele quedarse un soldado con permiso? —piensa—. ¿Una semana? ¿Catorce días? Ya nos arreglaremos como podamos, y luego podremos reemprender nuestra vida de siempre».

En este momento traspone el soldado el portal. Ella se esconde prestamente. El soldado va por delante de ella hasta el siguiente patio. Ella le sigue lenta y cautelosamente, observándole sin cesar.

«¡Luego podremos reemprender nuestra vida de siempre!». Esto es lo que resuena en su interior. Pero ¿en qué consiste aquella vida? De repente comprende lo transitoria que es, lo diariamente expuesta a una despedida. Llegaría el día en que la guerra se terminará, en que no habrían ya más fábricas de municiones; el día en que regresaría el hermano a su hogar y querría su casa para sí. ¿Y qué sería entonces de ella?

El hermano empieza a subir por la escalera. Ella sube tras él con una sensación de infinito vacío a su alrededor.

Pero al fin y al cabo qué es lo que podía pensar, reflexiona: «¿Es que he llegado a creer que podría continuar así para siempre, con el trabajo nocturno y la cama compartida? ¿Durante toda la vida? Todo es pura pamema. Naturalmente que lo hice a propósito. ¡Debiera haber retirado sus patas con más prisa aquella pava! Seguramente me habría imaginado que me despedirían y que entonces vendría lo que tiene que venir, sea como sea. La que ha nacido para arrastrarse en el fango acaba siempre en él...».

A todo esto, el hermano ha llegado a la puerta de su casa. Mientras oprime el timbre, Eva, pasando ante él, sigue ascendiendo. Simplemente se limita a subir un tramo más; a no colocarse junto a su hermano frente a la puerta y abrirla a pesar de que lleva la llave en el bolso. Hubo un tiempo en que creyó que aquella era su casa, pero, naturalmente, todo era mentira. No es más que su albergue; ella no tiene casa alguna.

Se sienta en las escaleras, como hacen los que no tienen hogar. Ya verá lo que sucede con ella. Puede muy bien esperarlo. Cuando una hiere a propósito una mano con la máquina, puede servirse de escapatorias turbias, Mas si el cielo envía aquella misma mañana al hermano con permiso y le arroja a una de la cama, privándola del sueño, del único olvido beneficioso, equivale a que el fango pertenece al fango.

Cuando así ocurre —y así le ocurre a ella— no comparece una. Se sienta

tranquilamente en el último escalón, ante la puerta del terrado, y espera. El fango acabará por juntarse con el fango. No hay prisa.

Otto había mirado sorprendido a la trabajadora vestida con pantalones. ¿Qué buscará esta ahí arriba? ¡Si no está más que el terrado! Pero inmediatamente lo olvida, pues a su llamada se oye una voz a través de la puerta:

—Mami no está.

—¿Dónde está, pues, mami, Gustavito? —pregunta el padre, apoyando la oreja contra la puerta, tratando de imaginar que aquel es su hijo y que a la sazón no cuenta ya dos, sino cuatro años.

—A buscar carbón —dice la gorjeante voz desde el interior—. ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

—Visitaros, Gustavito.

—¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Cómo te llamas tú?

El padre reflexiona por unos momentos. Le gustaría decir que es el padre, pero no lo juzga bueno. Hay una puerta entre los dos y no puede llegar a él. Debe esperar.

—¿Dónde va mami a buscar el carbón, Gustavito? —pregunta—. ¿Aun continúa yendo a casa de Tidemann?

—¿En casa de Tidemann? —se oye desde adentro.

Y, de repente, se hace una inmensa luz en el pequeño cerebro. De repente unas manecitas empiezan a repiquetear en la puerta desde el interior. La infantil vocecita exclama:

—¡Abre, abre! ¡Sé que eres mi papá! ¡Abre!, que mami ha dicho siempre que pronto vendrías. ¡Abre! ¡Quiero llegar a ti, papá!

—Sí, Gustavito. Ten un poco de paciencia. Sí, soy tu papá. Óyeme, Gustavito, no tengo llave, tenemos que esperar hasta que llegue mami, óyeme, Gustavito, no me reconocerías...

—¡Claro que sí, papá!

—Tengo una barba rubia y larguísima...

—¡Cuentos! Mi papá no tiene la barba larga.

—¡Es que me ha crecido en el frente, Gustavito!

—Abre, papá, quiero ver tu barba.

—No tengo llave, Gustavito. Tenemos que esperar hasta que regrese madre.

Un corto tiempo de reflexión.

También la de allá arriba, en el último escalón, Eva Hackendahl, reflexiona.

«Esto es el hogar y la sensación que se tiene al llegar a él —piensa, con enfado—. Pero para mí no existen cosas así. ¿Y por qué no ha de ser? 'Soy mucho más bella que Tutti y, por lo menos, igual de inteligente. Y no había persona más acoquinada que Otto. Sin embargo, ellos pueden tenerlo, y yo no tengo nada. Erich ha llegado ya a ser algo; Sofía ha llegado a ser enfermera directora y la han condecorado con la Medalla de la Cruz Roja. Tan solo yo...».

Abajo sigue la charla.

—¿Sabes qué, papá? Bájate al patio. Ponte allí, y yo miraré por la ventana. Así podré ver si eres mi papá o no.

—Podrías caerte de la ventana, Gustavito.

—¡Qué vaya caerme! Anda, ve allí, papá.

—Espera un momento, Gustavito. Mami ha de llegar en seguida.

—¡Ah, papá! Anda.

—No me reconocerás, con la barba.

—Claro que te reconoceré. ¡No iba a conocer a mi papá!

—¿Y prometes que no abrirás la ventana?

—Vamos, papá. Lo prometo. Miraré a través del cristal. Anda, vete allí.

—Habrá de pasar un rato hasta que llegue abajo.

—¡Ya lo sé! ¡Cinco pisos! ¿Sigues siendo tan lento, papá?

—Pues voy ya, Gustavito.

—Bueno, pues anda.

Otto Hackendahl vuelve a descender las escaleras, con todos sus bártulos. Mas ¿qué le importa la carga? Corre, corre como un jovenzuelo, y llega al patio...

El patio es angosto, no es más que un respiradero, y cuelgan de todos los pisos ropas puestas a secar. Otto Hackendahl se abre paso por entre los grandes toneles de basura, y, al ver que la visión no le resulta lo suficientemente clara, súbese a uno de ellos. Arrancándose el casquete, lo hace ondear. No ve nada o casi nada, mas no por ello deja de atronar.

—¡Hurra! —ruge—. ¡Hurra, hurra!

Unas cuantas mujeres se asoman a la ventana.

—¿Estará majareta?

—Se está haciendo el loco para no tener que partir de nuevo...

Mas ya a todo esto ha descendido Otto Hackendahl de su cubo de basura. Sube corriendo la escalera, y, al llegar arriba, ve que ha ocurrido un prodigio: la puerta está abierta, y en su umbral hay un chiquillo, un chiquillo muy delgado y con la cabeza muy grande...

—¡Gustavito! ¿Ves como soy tu papá? ¿Quién ha abierto la puerta? ¡Ah, Gustavito! ¿También tú estás tan contento como yo?

—En seguida dije yo que eras mi papá. Y no tienes la barba tan larga como eso. ¿Has traído algo que comer, papá? Tengo un hambre tremenda.

La puerta, abierta tras una lucha tan cruenta, se cierra tras de los dos, y dejan de romperse la cabeza acerca de cómo habrá ocurrido el prodigio. Allá arriba, la muchacha que lo realizó sigue un rato sentada, con los hombros temblorosos. Le ocurre como cuando, no hace mucho tiempo, estaba en pie en la húmeda plataformita.

Por último se levanta y desciende lentamente por la escalera. Al pie de ella encuentra a su cuñada, Gertrud Gudde. La criaturita jorobada está de pie, resoplando junto a un saco de carbón que no pesará más allá de quince libras, pero que es

demasiado para tan endeble ser. El pelo le cuelga por delante del rostro, y los suaves ojos tienen una expresión atemorizada.

Pero se iluminan inmediatamente a la vista de Eva, con un resplandor suave de cariño.

—¡Ah, Eva! —dice—. ¡Qué buena eres! ¿Has estado esperando? ¡Tenía un miedo tan intenso ante los cinco pisos!

En rigor, Eva había querido pasar de largo ante Tutti, sin decirle ni una palabra. «¿Qué me importa a mí Tutti? Tengo mi propio fardo que acarrear».

Pero, a pesar de ello, se detiene. Complaciente, se deja cargar el saco en las espaldas y lo sube por la escalera. Mientras lo va haciendo piensa que en cualquier otro día, sin el asunto de la palanca y del regreso del hermano, estaría ya durmiendo plácidamente en su cama. No ha pensado jamás, hasta entonces, en ayudar a la cuñada en sus trajines. Con frecuencia había visto aquel resplandor de agradecida amabilidad en sus ojos, pero no había hecho nada por él.

A esto han llegado a la puerta, y Gertrud ha sacado la llave, para abrir. Quiere abrir con presteza, para que así Eva no tenga que descansar el saco. Mas esta le obstruye el paso a la entrada.

—Bueno, Tutti —dice Eva con insólita expresión en su rostro—. ¡Aquí tienes tu carbón! Arréglate un poco, que tienes un aspecto muy desastrado...

Gertrud mira a Eva sin comprenderla. ¡Qué rara es! ¿Arreglarse allí, ante la puerta del piso? ¿A quién le ha preocupado, desde hace ya dos años, el aspecto que tuviera? Bajo la mirada de Eva queda completamente perpleja y se echa mano a las greñas que le cuelgan por la frente...

Mas de repente oye algo. Se detiene a escuchar y le asalta un temblor irrefrenable. Ha oído reír a su hijo, en el interior del piso, y, a poco, hablar una voz de hombre...

Una voz de hombre habla en el interior de su piso...

Fija la mirada en Eva.

—Sí —dice Eva con la voz cambiada—. Claro que sí. Arréglate un poco. ¡De prisa! Ha llegado tu marido.

Y se inclina sobre el saco de carbón, pensando: «¡Mira que tú, jorobada y fea, tener esta gran suerte! ¿Y yo? ¡Debería odiarte!».

Y para acercarse a Gertrud se inclina aún más sobre el saco de carbón; le arregla el pelo con manos temblorosas; con manos temblorosas le compone el cuello y el escote, diciendo:

—Sí, Tutti... Sí... sí... Ha llegado Otto... completamente a salvo...

Dos brazos se le echan al cuello.

—¡Ah, soy tan feliz!... ¡El corazón, oh mi corazón!... —Y desprendiéndose apresuradamente añade—: ¿Tengo muy mal aspecto, Evita?

—No; muy bueno (jorobada). ¡Estás muy bien! (jorobada). Tienes las mejillas sonrosadas (jorobada). Anda, entra a verle.

Y ella; ella misma abre la puerta y empuja a Tutti hacia el interior. Y ella, la

hermosa Eva, la favorita de su padre, se queda a solas junto al saco de carbón, con el horrible mono de trabajo, mientras oye en el interior los gritos de júbilo y la voz profunda y cálida de su hermano.

—Sí, cariño mío; sí, bien mío. Estoy, por fin, contigo...

Eva arrastra el saco de carbón hacia el interior del recibimiento, sumido en la oscuridad, antes de marchar, cerrando la puerta tras de sí. Lentamente baja la escalera, mientras le van cayendo las lágrimas al pensar: «¿Y por qué ella lo tiene y yo no?».

Pasa los dos patios, sale de la casa y se encuentra en plena calle.

El que Otto Hackendahl fuera la misma tarde de aquel su primer día de permiso a visitar a su padre no obedeció tan solo a que quisiera haber pasado cuanto antes el mal trago de la conversación que entre los dos tenía que haber, sino también a que Tutti y Otto estuvieron esperando a Eva con creciente impaciencia sin que esta llegara.

—De seguro que la encontraré en casa de los viejos —dice Otto—. ¿Dónde quieres, si no, que haya ido?

—Sí, ¿dónde va a haber ido, si no? —Tutti piensa en una mañana en que ayudó a desvestirse a Eva, que estaba completamente rígida y con un pie empapado en agua hasta la pantorrilla, pero no dice nada.

Otto parte y llega a la Frankfurter Allee, recorre los antiguos trayectos por los que ha pasado miles de veces, hasta llegar a la verja gris en la que está el rótulo «Cochera de Gustavo Hackendahl»...

Tal como le ocurre al que en sueños ve con horror que todo está igual y es, sin embargo, distinto, le ocurre a Otto ante la verja y el rótulo en el que lee: «Hans Bartenfeld, Tratante en piensos».

Miraba de un lado a otro de la tan conocida Frankfurter Allee, cual si hubiera podido equivocarse su meta. Mas no es así, y al acercarse ve que el rótulo es completamente nuevo. Se trata, por lo tanto, de un cambio acaecido recientemente, lo que explica que él no se hubiera enterado todavía. «Padre habrá mantenido en secreto la venta, por tratarse de “cosas de hombres”, y habrá informado a madre en el último momento».

Otto entra en el patio.

Sigue siendo el patio de siempre, pero tras los cristales del primer piso de la casa ve otras cortinas; otro rostro de mujer que no es el de madre mira por ellos. En aquel momento se desgarró algo dolorosamente en el corazón de Otto. El hijo que partió lejos, que marchó a la guerra, el hijo débil y remiso, se había transformado se había endurecido, se hizo más firme. Y con cada una de aquellas transformaciones había ido repudiando algo de la casa paterna; paulatinamente había ido cesando de ser hijo para convertirse en hombre. Al ver alegóricamente y, sin embargo, bien claramente, ante sus ojos, que en verdad aquella casa, había dejado de existir sintió cómo se desprendía el último jirón; ¡era libre! Hasta entonces no había sido otra cosa que un débil apéndice. A la sazón habíase convertido en un nuevo comienzo.

Pregunta a la mujer de la ventana a dónde se han trasladado los Hackendahl, y esta le pregunta, a su vez, según la costumbre de Berlín, si es él uno de los hijos. Luego pregunta Otto si los Hackendahl hace ya tiempo que se trasladaron, y se entera de que viven ahora en la calle Wex, en tanto que la mujer inquiere si él es el mayor o el menor.

Otto le da las gracias y parte. Ni mira ya más a la mujer ni mira más al patio. Tampoco se vuelve para mirar a la verja, a pesar de que mientras la traspone piensa en cuán a menudo, por mandato del padre, ha tenido que limpiar, con un cubito y un cepillo, las inscripciones de los chicos del vecindario desde «Soy un hacha» hasta «El profesor Stark lleva dientes postizos». Nada de eso hace, antes prosigue su camino. Aquello ha terminado para siempre. Hasta entonces obedeció al mandato de su padre; a la sazón lleva en su pecho su propia voz, aquella voz que le conminó a contar, en el agujero de obús, al teniente von Ramin las cuitas que de tanto tiempo le venían atormentando...

Otto Hackendahl recorre la Frankfurter Allee reflexionando cuál será el medio más rápido de llegar a la calle de Wex, y se le ocurre que en cierto barrio de Berlín que le es del todo desconocido —propiamente otra ciudad, por completo distinta— hay una estación del ferrocarril de circunvalación Wilmersdorf-Friedenau, cerca de la cual ha de estar la calle de Wex. Y lo más de prisa que puede, hacia allí se dirige.

Camina muy de prisa. Al llegar a la Alexanderplatz, se mete en el ferrocarril de circunvalación. «Tac-tac-tac», van haciendo los vagones. Son unos vagones horribles por lo ruidosos e incómodos. A través de los rotos cristales pasa el viento invernal. Las embocaduras de las ventanas están resquebrajadas; las redes de equipaje, desgarradas. Mas los vagones siguen prestando su servicio doliéndose y haciendo ruido. Le llevan hasta su meta, una meta para llegar a la cual se ha estado preparando durante dos años en el frente. Por el momento un eslabón más es la estación Wilmersdorf-Friedenau.

La calle de Wex resulta fácil de encontrar; todo el mundo la conoce. Mas a la luz gris de aquella tarde invernal le parece sombría y estrecha. La Frankfurter Allee es amplia y aireada, y allí apenas se puede respirar. ¡Ay, padre! ¡Ay, padre...! De repente Otto se detiene viendo algo conocido que es como un saludo del pasado. Pegado al bordillo de la acera hay, parado, un coche de punto, sin el cochero, pero a Otto no le es necesario ver a este último. Conoce al caballo: Rucio, que, con la cabeza gacha y deslucida, parece estar estudiando el adoquinado.

Después de cosquillearle entre las crines de la frente, echa mano a las ventanillas de la nariz. Mas el caballo no mueve con júbilo las orejas, ni resopla en la mano que le acaricia. Apenas si Vuelve hacia el hijo de su amo la mirada de sus ojos turbios y como apagados.

—¡Cuán a menudo te he almohazado, Rucio! ¿Recuerdas las cosquillas que te hacía en el vientre y las coces que dabas tú, que hacían que yo nunca vigilara bastante? No era maldad por tu parte. Era presunción, júbilo. Por aquel entonces yo era el abatido y tú el presuntuoso. Pero ahora... No, presuntuoso no es que lo sea tampoco ahora, pero sí levanto la vista del arroyo. Veo el límite del cielo algo más allá de lo que uno puede llegar...

Así discurría, y entre ello repetía de continuo:

—Rucio, ¿dónde está padre? Rucio, ¿qué ha sido de padre? ¡Rucio!

Naturalmente, no es cosa de esperar que el padre guíe su coche con este caballo lastimoso. Verdad es que la madre ha escrito que el negocio iba mal y que había que limitar los gastos; que padre volvía a conducir por sí mismo...

Mas el cochero, que de seguro está en aquella taberna de allí, será algún suplente dispuesto a dejar pasar la media hora que falta para finalizar el trabajo de la tarde.

Otto penetra en la taberna.

Son, más o menos, las cuatro y media, y en el exterior empiezan a encenderse los faroles de gas. En el interior ahorran la luz al máximo posible, y sobre el mostrador arde una lámpara de petróleo que da la luz indispensable para que el patrón pueda ver hasta qué punto llena los vasos. En las esquinas hay unas cuantas figuras sumidas en la penumbra.

Otto se sienta muy cerca de la puerta y le grita al patrón:

—Una cerveza blanca.

Durante un momento reina el silencio. Al poco dice una voz lenta y bronca:

—Mira, no cabe duda que esta guerra no la ganamos. Primero dijeron que si los submarinos. Ahora tenemos los submarinos, y los americanos no hacen más que mandar gente y armas...

—Permíteme que...

—Espera a que te toque hablar. Ahora estoy hablando yo. Dijeron luego que si la gran ofensiva en el Oeste. Siguen en el mismo sitio en que estaban. Luego que si había que tomar una decisión en el Este. La han tomado. ¿Y qué? ¿Es que te han aliviado el hambre?

—Déjame hablar, Franz.

—Espera a que te toque; no digo más que una palabra; digo que si la socialdemocracia internacional... Imagínate si los magnates...

—Déjate de los grandes magnates y de todo lo que nos han venido diciendo. Cuando más oscuro está es cuando amanece, y en cuanto amanece se queda todo rojo...

—No te vayas de la lengua, que hay allí un soldado...

—¿Y qué importa? ¿Qué tiene que ver en esto un soldado? ¡Seguro que piensa como yo! El que está entre porquería, se ensucia; así está dispuesto en la vida...

Mas al ver que el soldado se ha levantado, cesa en sus comentarios. Otto coge el vaso y va atravesando el local en dirección a la mesa del que estuvo hablando.

Este resopla y se resguarda poniéndose casi debajo de la mesa. Semilloroso, acude a su compañero como testigo:

—¿Qué dije, al fin al cabo? ¡Si no dije nada! Lo que dije es que en el Este ganaremos.

Pero mientras sigue aún hablando, Otto pasa por delante de su mesa y va con su vaso de cerveza en la mano hacia una de las mesas de detrás de la de aquellos, que queda casi apoyada en la pared. Poniendo el vaso encima de la mesa, dice:

—Buenas noches, padre. Soy yo: Otto.

El viejo levanta lentamente sus ojos grandes y saltones del turbio resto de cerveza en que los tenía fijos, y con un movimiento súbito tiende la mano a través de la mesa al hijo.

—¿Eres tú, Otto? ¡Qué bien! Siéntate, Otto, siéntate. ¿Me has encontrado por casualidad?

—Vi a Rucio, padre. Se me ocurrió mirar aquí.

—¡Ah, si; Rucio! ¡Rucio, Otto! Cada vez está más alicaído; como no tiene mucha comida, tampoco tiene valor. Me es difícilísimo sacarle adelante cuando pasamos por un matadero de caballos. Se empeña siempre en entrar.

El viejo reía, pero era una risa empañada.

—¿Y por lo demás, padre? ¿Qué pasa en la cuadra?

—¿La cuadra? Ya no tengo cuadra. Me queda un bayo, pero también se ha quedado mohíno. El negocio no vale ya gran cosa, Otto.

—¿Conduces tú solo, padre? ¿Ya no tienes al viejo Rabause?

—¿Para qué, Otto? ¿Para dos jamelgos? Si la guerra terminara ahora, no tendría tampoco trabajo para ti, Otto. Alégrate de tener al menos tu guerra.

Y de nuevo rio, pero también de un modo turbio. Otto se sentó al lado de aquel hombre abatido. El azul macfarlán le colgaban; él, en otro tiempo tan atildado. El rostro tan firme antes, habíase vuelto fofo. Otto se vio obligado a Pensar en cómo su padre era recibido con grandes agasajos en las tabernas de la Alexanderplatz. Allí nadie le miraba ni nadie prestaba atención a sus palabras. No era más que un viejo cochero de punto que dormitaba sobre su vaso de cerveza. Un hombre abatido.

«Y yo voy a golpearle aún más fuerte», pensó Otto.

—¿Os habéis mudado, padre? —preguntó finalmente.

—Sí, nos mudamos. ¿Te gusta la casa?

—No estuve aún en ella, padre.

—¿Ah, no? ¿Te dirigías allí? ¿Dónde tienes el equipaje?

—No lo llevo conmigo. Esta vez pararé en otro sitio, padre.

—¿Ah, de modo que en otro sitio? Bueno, está bien.

El viejo Hackendahl dirigió a su hijo una mirada acerada y despierta. No dormitaba ya. Estaba muy desvelado. Y muy receloso.

—La casa esa, ¿sabes? —dijo sin transición y hablando súbitamente un alemán puro—, la cambié por la cochera. Para dos caballos no necesito cochera. Y ahora tengo una casa de alquiler con cinco pisos. A los caballos los dejo en un taller. Hay que subir cinco escalones, pero no les importa.

—Óyeme, padre. Hace tiempo, ya antes de la guerra, quería decirte que...

—Queda tiempo; tal vez sea mejor que esperes a que haya terminado la guerra... Digo, pues, que esta casa de la calle de Wex...

Otto prosiguió, casi interrumpiendo a su padre:

—Pues es que vivo en casa de Gertrud Gudde, padre. Ya la conoces; es la que antes venía a coser a casa...

—¿Gudde? ¡No la conozco! —El anciano aparentaba haber entendido mal—. Vive ahora en casa tantísima gente. Una casa de estas de pisos siempre me ha parecido una cosa estupenda. Le da a uno dinero; con tal de que la gente pague, claro está. Tenía tal vez demasiadas hipotecas...

—¡Padre! Conozco a Gertrud Gudde desde hace muchísimo tiempo. Tenemos un hijo que tiene ahora cuatro años y al que le pusimos Gustavo acordándonos de ti y hemos pensado en que ahora nos casaremos...

—¿La Gudde? ¿No es aquella jorobadita que venía a coser a casa? ¡Todo el día estaba dándole a la máquina de coser! Pensé ya que no duraría mucho tiempo. No es más que un hatillo de desgracias...

El viejo miró al hijo con ojos enfadados y brillantes.

—El niño está perfectamente sano —dijo Otto con decisión—. Padre, no va a servir de nada que hables como lo estás haciendo. Hasta ahora he sido demasiado cobarde para poder hablar de ello contigo; ahora es distinto...

—¡La Gudde! —dijo el anciano, aparentando de nuevo no haber oído—. Ahora me acuerdo. Madre se ha ido algunas veces de la lengua. La Eva, tu hermana, que se ha hecho zorra, vive también con la Gudde. Por lo que parece, es un sitio muy recomendable; dices que el niño tiene cuatro años; así es que puede irse a dormir sin estar casada...

Otto se había puesto palidísimo. Mas no inútilmente estuvo en el frente, y se dominó.

—Padre, ¿a qué viene todo eso? —dijo de mal talante—. Tú eres el primero en hacerte daño...

—¿Y qué te importa a ti el que yo me haga daño o no? —preguntó el viejo, enfurecido—. Cásate con tu Gudde con su mocoso. ¡Está bueno esto de llamarlo como a mí! ¡Como si yo fuera a caer en una trampa así! ¿Preguntaste tú si me hacías daño a mí? Eva se ha hecho zorra; Sofía manda cada primero de mes una carta muy breve, diciendo: «A mi me sigue yendo bien; el médico director del Estado Mayor ha dicho que valgo mucho; el cura castrense ha dicho que valgo aún más»; y así sucesivamente, siempre hablando de ella sin ni siquiera preguntar qué tal sigue madre. Erich no escribe más que cuando necesita dinero. Y Otto me viene con permiso después de dos años y no se le ocurre otra cosa que ir a contarle a su padre en una taberna que va a casarse. ¡No, hijo mío, yo soy férreo! A pesar de que haya tenido que volver a subir al pescante, no me callo y digo: «Todos mis hijos me han defraudado. Quizás el único que se salve sea Bubi». Pero uno no sabe aún. Yo siempre digo: «No hay que precipitarse que ya llegan las cosas».

—Padre —dice Otto—, tú no conoces a Gertrud. Es buena, es trabajadora y ha hecho de mí un hombre...

—Ha hecho de ti un tipo que le suelta un mamporro en la jeta a su padre y dice aún: «Alégrate, chaval, que mañana se arma la gorda». ¿Mañana os casáis, no?

—Sí —dijo Otto con decisión—. Tan solo quería que tú me entregaras los

documentos. No te va a servir de nada, padre. No voy a dejar plantada a Gertrud por consideración a ti.

—Ah, ¿de modo que has venido solo por los papeles? Y yo, idiota, que en los primeros momentos me había alegrado. Después noté en seguida que traías algo entre ceja y ceja.

—¿Qué tienes que decir en contra de la boda, padre?

—¡Nada, absolutamente nada! Mira hijo —y se echó mano al bolsillo—. Estas son mis llaves. Ahora te vas a donde madre y abres el escritorio. Allí encontrarás los papeles...

—Así no se hacen las cosas, padre —dijo Otto con decisión—. Indica un verdadero inconveniente, y no digas siempre, simplemente, que tú no lo quieres.

—Ah, ¿de modo que he de decir aún algo más? Aquí tienes las llaves y las coges, y si supones que voy a decir que estoy conforme con tu matrimonio, Otto, te equivocas. Lo que te digo es: ¡Jamás, aunque te fuera a salvar de la muerte o del diablo! ¡En eso soy férreo!

—Padre...

—Sí, esto sí que lo sabes decir. Esto lo tienes siempre en los labios. ¡Padre! Como un muñeco cuando se le aprieta la barriga. Tu barriga ha dicho siempre padre, porque tenías hambre y yo era el que tenía que alimentarte.

—¡Di ya de una vez qué es lo que puedes tener en contra de ese matrimonio! —Tengo veintisiete años...

—No puedo decir nada en absoluto. Lo que digo es esto: yo no me meteré en que si te has acostado con alguien, pues no soy tan puritano. Haz lo que quieras, si así te parece bien. Pero sí me importa que esperes a que tu hijo tenga cuatro años para tener el valor de decírselo a tu padre y, además, lo hagas en una taberna, porque supones que se contendrá delante de la gente. Pero Gustavo no se retiene. Es férreo...

—¡Sí, eso es lo que eres, padre. Férreo en tu testarudez!

—¡Gustavo es férreo! A un adormecido le llama adormecido y a un remiso le llama remiso. Y con un remiso no le gusta estar a la mesa. Me alegré cuando te vi venir hacia mí con el vaso de cerveza a través de todo el local, pero ahora cojo yo mi vaso y me voy a otra mesa. —Miró a su hijo con airado enojo, cogió su vaso y se levantó. Mas no se fue inmediatamente, sino que se quedó mirándolo—: Ya tienes las llaves —dijo—. A las ocho he terminado de dar el pienso y tienes que marcharte. Y cuando quieras ir a visitar a tu madre, ten en cuenta que durante el día suelo estar fuera...

—Pero, padre, ¿a qué viene todo eso? Sé razonable... —suplicó Otto de nuevo.

—¿Razonable? ¿Soy yo razonable? ¿Lo eres tú? ¡Ninguno de los dos lo sabemos! Pero no comprendo por qué has de exigir de mí que sea razonable. Si soy irrazonable, lo soy y no por ello dejo de ser férreo. Yo sigo siendo férreo y tú sigues siendo un irresoluto; por ello voy a beber mi cerveza solo...

Y dicho esto, se fue el férreo Gustavo con el vaso en la mano, pero no atravesó

todo el local, sino que se sentó en la mesa contigua, de espaldas a Otto, exclamando:

—Señor Budiker, tráigame otra cerveza; esta tiene mal sabor.

Otto estuvo un rato sentado, reflexionando. De vez en cuando miraba a la espalda del padre y otras veces a las llaves. Mas finalmente se acordó de Gertrud, que le estaría esperando temerosa. Cogió las llaves y se levantó. Durante un instante miró titubeando a su padre, y dijo luego:

—¡Buenas noches, padre!

—Buenas noches —dijo Hackendahl con indiferencia.

De nuevo se quedó Otto esperando; pero el anciano cogió su cerveza y se la llevó a los labios.

Así partió Otto.

El árbol había sido trasplantado, sacándosele del plantío; estaba en nueva tierra, crecía y medraba. Tenía nuevas ramas y se fortalecía. El trasplante le había sentado bien. Claro que algunas de las raíces se habían desprendido. Otto seguía doliéndose al pensar en la ira y la incomprensible obstinación del padre. O al pensar en la madre, que en una casa demasiado repleta y ruidosa echaba de menos la cochera limpia y grande.

Verdad es que estas raíces le habían sido arrancadas y que aquellos recuerdos le dolían. Mas en conjunto el árbol medraba; a la sombra del viejo árbol paterno no había tenido el suficiente aire. Ahora se espaciaba. Muy a menudo se maravillaba Tutti de la seguridad con que aquel ser, débil en otro tiempo, caminaba por la vida, tomaba decisiones, hablaba con sus semejantes. «Ha cambiado completamente», pensaba. Y lo pensaba casi arrobada por la dicha.

Era dichosa. Casi del todo. Solo de vez en cuando experimentaba un temblor, un miedo tímido; en cierta ocasión tuvo el valor de decirle, al amparo de la oscuridad de la alcoba:

—¡Hasta ahora pude ayudarte tanto y consolarte tanto...! ¿Qué podré ahora ser para ti?

El guardó silencio largo rato. Sabía que en aquel momento pensaba ella en su cuerpo deforme, en su rostro pequeño, de acusados rasgos. Al cabo de un rato le cogió la mano y le dijo:

—Cuando en las trincheras pronunciábamos la palabra «hogar», yo pensaba siempre en ti.

Ella no contestó nada, pero su corazón, aquel corazón pobre y enfermo, aceleró sus latidos. Le produjo un torbellino de dicha.

Él añadió:

—Al hogar no se le pregunta ni lo que es ni lo que depara. El hogar es el hogar.

Ella tanto hubiera podido rogar: «No sigas hablando, que no soportaría tanta dicha», como hubiera podido suplicar: «¡Sigue hablando! ¿Por qué te callas? ¡Sigue hablándome! ¡Jamás he sido tan dichosa!».

Mas ella calló, igual que él callaba. Las horas pasaban raudas, pero no se llevaban lo que ellos sentían.

Un día recibieron ambos, o mejor dicho, los tres —pues Gustavito era inseparable de su padre—, la visita de su hermano Heinz, a quien llamaban Bubi. Mas ya aquel nombre no le cuadraba. Heinz habíase desarrollado increíblemente en los dos años en que Otto no le había visto; sus miembros eran demasiado largos y desmadejados, tenía el rostro pálido, del que sobresalía la nariz, muy aguileña, y hablaba con una ridícula voz de bajo profundo.

Con aquella voz de bajo proveniente de las más profundas cavernas, saludó a su

hermano y a la recién adquirida cuñada. Evidentemente, la madre le había informado.

—¿Qué hay, defensor de la patria? —tronó—. De modo que suboficial y en posesión de la cruz de hierro de segunda, ¿eh? ¿Cuándo te dan la de primera?

—Probablemente nunca —dijo Otto, riendo.

—¡Es una vergüenza! En el colegio ya ni le consideran a uno. ¡Dos hermanos y ninguno de ellos con la cruz de hierro de primera! Bueno, no lo tomes a mal, Otto. Lo he dicho solo en broma. ¿De modo que tú eres el sobrino Gustavo?

Y para encubrir su perplejidad le pasó la mano por la cabeza y le contempló desde su enorme altura, como se contempla a una hormiga apenas visible.

—¡Pálido y enclenque! —decidió—. Sí, sí, querido hermano: la guerra mata a los fuertes y respeta a los inferiores en calidad. Naturalmente, lo digo en absoluto sin consideraciones personales, ¿comprendes?

Otto asintió, complacido.

—Por ello en el colegio hemos decidido desterrar a la guerra. Le hemos puesto el veto, porque está tomando un falso rumbo. ¿Qué opinas tú?

—¡Estás como una cabra! —respondió Otto con entonación cariñosa.

—¿Por qué? ¿A qué viene decirme eso? Naturalmente, nuestra decisión no adquirirá fuerza hasta que hayáis ganado esta guerra. Esto por descontado, Resistiremos. —E inmediatamente añadió, volviendo a adoptar el tono de superioridad—: ¿Qué tal van las cosas en el Oeste? Reinan malos vientos, ¿no? ¡Puedo imaginármelo perfectamente!

—Vamos pasando —dijo Otto con forzada sonrisa—. No esperamos más que vengáis vosotros a ayudarnos.

—¡Ni lo pienses! ¡La guerra se termina este invierno! ¡Seguro, Otto, puedes creerme! Lo sé por uno que tiene relaciones secretas con el Estado Mayor de Hindenburg. Es un hombre importante.

—Óyeme —dijo Otto, después que hubo asegurado a su hermano que Hindenburg era un hombre importante y que en conjunto entendía mucho de su profesión—. Óyeme, ¿habéis sabido algo de Eva en este último tiempo?

—¿Eva? —El rostro de Heinz se ensombreció, y dijo lacónicamente—: No, nada.

—¿Sabes tú algo de ella? No pongas esa cara, Bubi. Aquí estamos algo intranquilos por su causa. Tal vez nos vendría bien que nos contaras lo que sepas.

—Yo no sé más que padre tuvo con ella una disputa horrible. Esto es lo que contó madre. Por lo demás, no sé nada. O mejor, sí. Una vez vi a Eva por la calle con un matón. Un verdadero matón. Naturalmente, no saludé...

—¿Cuándo fue eso?

Mas se demostró que había sido hacía ya meses. Por aquel entonces vivía aún Eva en casa de sus padres. Desde entonces no sabía nada más.

—¡Ni quiero saberlo; Erich era un arcángel comparado con Eva! Cuando nos mudamos, madre encontró toda una colección de papeletas de empeño de cosas que Eva había ido llevándose en secreto. Mantelitos, ropa de cama. Aun hoy, cuando madre

piensa en ello, se pone a llorar. Me parece mezquina una cosa así, Otto.

—A mí también, Heinz; no te preocupes, a mí también. Sin embargo, hemos de ver de no dejar a Eva en un mal paso. Este... matón con quien tú la viste es el que tiene la mayor parte de culpa. Eva simplemente fue seducida por él.

—¡Sí, sí, seducida! —Bubi se puso colorado y dirigió una mirada fugaz a su cuñada—. Esto de la seducción no es más que una palabra. En el colegio hemos leído ahora un libro, Wegener es el autor, y se llama: «Nosotros los jóvenes». Está escrito de una manera colosalmente libre y, sin embargo, absolutamente honrada. Bueno, pues hemos tomado la decisión de permanecer honrados, ¿comprendes, Otto? Antes de la boda... nada de nada. ¡Esto solo es lo honrado!

Su mirada posó se en Gustavito y se ruborizó intensamente.

—Bueno, ya comprendes lo que quiero decir. En principio; naturalmente, hay excepciones. Padre... —Se volvió a interrumpir, y añadió luego, muy preocupado—: Otto, a ti te lo puedo decir: muy frecuentemente tengo un miedo cerval a que seamos una familia decadente...

—¿Qué seamos qué? —preguntó Otto, muy asombrado de aquella palabra desconocida.

—Pues sí, decadente... ¿No sabes lo que es? Pues es eso... cuando una familia... Es difícil de explicar... Ya sabes lo que pasó con Erich. Luego lo de Eva. Sofía no es tampoco como debiera ser. Y más de una vez te aseguro que literalmente no puedo dormir cuando pienso en todo cuanto tengo en potencia en mí. —Y cuchicheando con su voz de bajo añadió—: Otto, no lo creerás, pero a veces llego a odiar a padre.

—¿Y esto es decadente, Bubi?

—Bueno, esto es un ejemplo. Si incluso la familia se destruye, que es uno de los puntales del Estado, y si nadie hace nada de bueno, todo está corrompido... ¿qué crees tú?

—Yo no sé si estamos corrompidos. Tal vez lo que esté mal es el tiempo en que vivimos, y se nos ha pegado.

—¿Puede sacarse algo sano de un ambiente contaminado?

—Yo, por lo menos, he salido completamente curado del ambiente del frente...

—Ah, sí; esto ya se ve. Te has desenvuelto muy bien.

Bueno, al menos no dejemos decaer la esperanza, Otto. Esta conversación contigo me ha hecho muchísimo bien. Pero ahora tengo que irme. No tienes idea de la de trabajo que tenemos. Es terrible. Bueno, pues hasta la vista, cuñada. Que te vaya bien, Otto. ¿Te veré antes de que vuelvas a marcharte?

—No olvides tu paquete, Heinz —le dijo Gertrud.

—¿Qué paquete? —Y con la mano abierta se dio una palmada en la frente—. ¡Soy un atolondrado! ¡Si precisamente vine a traeros el paquete ese! Os lo manda madre porque no pudo asistir a la boda. ¡Por lo demás, yo os deseo mil felicidades! También yo me vi privado de hacerlo. El colegio, ya comprendéis...

—Muchas gracias —dijo Otto, en tanto que Tutti desenvolvía el paquete—. Fue

tan solo un casamiento de rutina. Cosa de cinco minutos.

—¡Ya lo comprendo! Por lo demás, ¿en qué términos estás con la Iglesia, Otto? Nosotros, en el colegio...

Mas no prosiguió, porque Tutti había acabado de desenvolver el paquete. Había en él seis cucharas de plata, seis tenedores, seis cuchillos y seis cucharillas. Unos cuantos manteles y unos juegos de cama...

—¡No hay derecho! —exclamó—. Tu madre se despoja de cuanto tiene.

—¿Por ese asco? —Bubi resopló despreciativamente—. No lo necesitamos para nada. Nos hemos quedado solo tres, y padre no suele venir a comer. La otra media docena se la ha guardado mi madre para sí.

—A pesar de todo, no podemos... —empezó a decir Tutti, con los dos ojos brillantes—. ¡Dilo tú, Otto!

—¿Qué ha de decir? —refunfuñó Bubi—. ¡Gracias es lo que ha de decir! Con esto tendrá contenta a madre. Por lo menos ella os habrá podido regalar algo para la boda. Hace ya tiempo que hubiera venido a veros a no ser por sus piernas, pues como el camino es tan largo... ¡Y luego, padre...! —Miró a los dos inquisitivamente y dijo luego—: No voy a permitirme criticarlos. Tan solo es que yo, como padre, obraría muy distintamente. ¿También tú, Otto?

—Mira —dijo Otto, levantando a su chiquillo, que reía de un modo radiante—. ¡Esto es lo que hago yo!

—Bueno, bueno —opinó Bubi—. A padre le sería difícil hacer eso conmigo. Bien, pues, adiós. Ya volveré, Gertrud, aunque no tan pronto como quisiera. El colegio, ¿sabéis?

Y asintiendo, con aire de importancia salió de la casa. A poco volvió a asomar la cabeza por la puerta:

—Una pregunta más, Otto: ¿hojas de afeitarse o navaja?

—¿Cómo?

—Continuamente estoy disputando con padre acerca de cómo debe uno afeitarse. ¿Con hojas o con navaja? Naturalmente, padre se empeña en que con navaja.

—No tienes ninguna necesidad de afeitarte, Bubi.

—¿Qué no? Me crece una barba como al emperador Barbarroja.

—¡Pues que crezca!

—Bueno, pues con aparato. Se lo diré a padre de tu parte ¡Gracias!

Y Heinz, llamado Bubi al fin y al cabo con razón, desapareció definitivamente.

Por muy agradable que hubiera sido esta visita del más joven de los Hackendahl, no había traído consigo la menor aclaración acerca del paradero de Eva. En los días subsiguientes hizo Otto, a petición de Gertrud, varios pasos a este fin, y hasta incluso se arriesgó a ir a la Jefatura de policía de la Alexanderplatz, ante la que, como casi todos los buenos habitantes de Berlín, sentía un respeto mezclado de horror.

Pero no se enteró de nada nuevo. Entre sus documentos figuraban demasiados Eugenio y, a Dios gracias, la existencia de Eva Hackendahl les era del todo desconocida. También resultaron inútiles las esperas en las calles de Andreas y Lange. Finalmente se sobrepuso Otto y utilizó la última dirección que Gertrud pudiera darle. Fue al Hotel Oriental. Se tropezó allí con la señora Pauli, en cuyo modo de ser no entraba el dar informaciones acerca de sus clientes. No conocía ningún señor Eugenio ni a ninguna señorita Eva. No; lo sentía muchísimo, pero el caballero debía de haberse equivocado. Tal vez sería una confusión. ¡Había en Berlín tantos hoteles! Tenía, por ejemplo, el Adlon, el Kaiserhof, el Esplanade, el Bristol. Sus conocidos, ¿no pararían tal vez en alguno de aquellos? Y al nombrarle todos esos hoteles de primer orden reía sin disimulo ante su misma cara. Un poco desanimado, informó Otto a su mujer de todos sus fracasos, mas a su vez fue Tutti la que fue de la opinión que verdaderamente había hecho ya bastante.

—¡Pensar que has tenido que rebajarte a ir allí! ¡Que hayas tenido que hablar con una mujer así! No, no; déjalo. Mañana nos iremos a Strausberg. Más allá de Strausberg, los pueblos no deben de estar tan explotados.

Tutti se equivocó por completo al opinar que más allá de Strausberg los pueblos no habían de estar tan explotados. O por lo menos las gentes eran allí especialmente duras. O bien es que tuvieron un mal día.

Durante todo el santo día estuvieron merodeando ella y Otto por la comarca con un viento helado; incansablemente iban eligiendo precisamente las masadas más apartadas, las más aisladas en medio del campo, las que tenían caminos más inaccesibles. Pero cuando llamaban a sus puertas pidiendo un poco de leche o unos cuantos huevos o tan solo unas patatas, cuando suplicaban, cuando explicaban en la casa que tenían un niño —cosa que hacían en último extremo—, cuando ofrecían el doble y el triple del precio de todo ello, se tropezaban siempre con las más groseras negativas. Cerrábase la puerta y si no partían inmediatamente oían hablar desde dentro de «continua petición» y de «legión de hambrientos». Y a pesar de todo, habían sido modestos y no habían dicho ni una palabra en petición de mantequilla o grasas que en aquellos tiempos era la golosina más codiciada.

Al ocurrirles esto, Otto iba durante un rato silencioso y sombrío cual si hubiérase esfumado de él su jubilosa disposición. Tal vez pensara entonces en su dura vida en las trincheras y considerara que también por aquellas masadas luchaba, sufría y

estaba en peligro de muerte. ¡Y ellos les llamaban legión de hambrientos! Tal vez pensaba tan solo en Gustavito que tenía tan enclenques las piernas y los brazos, y el vientre tan dilatado a causa de las sopas con tanta agua.

Veía aquellos caseríos y veía correr en torno suyo a otros niños. Niños que tenían el cuerpo bien alimentado. Veían los platos que sostenían en la mano cuando atravesaba el pueblo a la hora del recreo en la escuela y los niños comían de pie ante el edificio.

Y al pensar en que aquello era lo que hubiera debido ser un pueblo unido, crecía su perplejidad y su desazón. Cien resquebrajaduras lo desgarraban y creaban antagonismos. ¡Había tantas diferencias! Existía nobleza, burguesía y proletariado. Existían conservadores y socialistas, había pobres y ricos, combatientes en el frente, retaguardia e interior del país. Y, además, habían venido a añadirse a todo ello las diferencias entre los poseedores de cartilla y los que se bastaban a sí mismos.

El concepto de los que se bastaban a sí mismos sonaba en los oídos de los poseedores de cartilla como un monstruoso insulto. Había gente que tenían comida de sobra, que tenían grasa, pan y patatas, que mataban cerdos, terneras y corderos, que amasaban pan bueno y limpio con harina blanca. ¡Y que dejaban a los demás pasar hambre! Dejaban hambrientos a mujeres y niños. Cerraban las puertas ante ellos con una negativa, y en cima les insultaban con las palabras «legión del hambre» por no tener lo que ellos acaparaban. Era un tiempo maldito. En las trincheras había más honestidad. Allí el que no sabía ser un buen camarada tenía que aprender o perecer.

Verdad es que muchos decían en tono de excusa:

«No podemos darlo todo. Hoy vinieron diez a pedir». Otto lo comprendía. Mas aquel día había estado en catorce o quince sitios sin oír más que negativas, sin recibir ni un solo huevo, ni un cuartillo de leche. Y el pequeño esperaba hambriento en casa lo que podrían llevarle.

Gertrud Hackendahl veía a su marido volverse más y más sombrío y taciturno. Sentía la misma amargura que él y sus preocupaciones por el pequeño defectuosamente alimentado eran por lo menos las mismas. Pero pensaba: «La gente es así» o bien «Los ricos no ayudan nunca a los pobres». Estas eran para ella leyes naturales que había que aceptar. Otto, sin embargo, desconfiaba del mundo, de su ordenación y de sí mismo.

En los trenes, cuando regresaban hacia el hogar, se sentaba en silencio junto a los que habían tenido suerte, los que llenaban los grandes vagones de cuarta clase con sus sacos llenos de patatas, que llevaban pesadas maletas, macutos misteriosamente abultados. Se sentaba silencioso en su proximidad, oliendo el apestoso tabaco mezclado con hojas de cerezo o de zarzamora y escuchaba sus discursos...

En cuanto oía el nombre de algún lugar lo retenía y decíale a Tutti por la noche:

—Mañana iremos para allí.

—¡Ah, Otto; otra vez! No nos servirá de nada. Vamos a gastar en viajes todo nuestro dinero.

Él seguía empeñado:

—Alguna vez tendremos suerte, convéncete de ello, Tutti. Mañana iremos allí.

Fueron y en verdad tuvieron suerte. Obtuvieron veinte huevos, un pan y media libra de manteca.

Otto reía mientras iban hacia la estación.

—¿Ves cómo no todos son iguales? La cuestión es no perder la fe.

Aquella vez se sentó junto a ella en el viaje de regreso. Los demás podían tener lo que quisieran; él era feliz y no les envidiaba nada. La mujer, más práctica que él, pensaba que estaba muy bien poder llevarle al pequeño huevos y manteca, pero que no valía el gasto... No era nada perdurable, era como una gota de agua sobre una piedra caliente, y por ello perdía ella todo un día de trabajo... Y es que en cosas de aquellas los hombres eran como niños. Únicamente que, fuera como fuera, aquella vez tenían pan, manteca y huevos...

Mas no los conservaron.

Cuando quisieron bajar del tren en la Alexanderplatz estaba toda la estación infestada de policías. Gran intervención contra los acaparadores. Nadie salió sin ser registrado, todas las maletas tuvieron que ser abiertas y todos los sacos desatados. ¡Y toda clase de subsistencias fueron requisadas!

¡Ah, qué aspecto más sombrío y amenazador presentaban todos los rostros! Los mismos policías se sentían a disgusto en su ejercicio. También ellos tenían hijos en casa que pasaban hambre y sabían el estado de ánimo de la gente. Decían tan solo lo indispensable y no atendían a nada que no debieran atender. ¡Era una profesión desagradable!

Una mujer gritaba:

—¡Se lo robáis a nuestros hijos para dárselo a los vuestros, malditos canallas!

Ellos no atendían a nada.

Gertrud habíase colgado del brazo de su marido. ¡Oh, qué aspecto más terriblemente sombrío tenía él! Parecía como si pudiera ser capaz de matar a alguien, de matar a alguien por veinte huevos y un pedazo de manteca. Febrilmente le oprimía ella la mano:

—Por favor, Otto; por favor, querido; no me hagas desdichada.

No le hablaba de él, pues pensaba que para salvarle de su ira era conveniente hacerle pensar en ella hablando de sí misma.

Él la miró y dijo:

—Vamos a pasar. Quiero ver si se atreven con un soldado del frente...

Y vio que se atrevían y que le detenían.

—Haga el favor de abrir esta maleta. ¿Qué lleva usted en ese paquete?

Otto quería pasar de largo sin escuchar.

—Señor suboficial, sea usted juicioso.

—¿No os da vergüenza...?

—Una orden es una orden, y usted lo sabe bien...

—Si no los he de tener para mí, tampoco los tendréis vosotros, perros sanguinarios —gritaba una mujer, mientras iba arrojando los huevos uno por uno a la vía.

—Vamos, Tutti —dijo Otto—, dale el pan al guardia. Y aquí tiene el paquete con los huevos y la manteca. Buenas noches.

Silenciosamente partieron hacia su casa en donde con voz apagada dijeron a Gustavito:

—¡Tampoco nada!

Durante largo rato estuvieron silenciosos en la oscuridad de la habitación. Poco a poco notó que su enojo iba cediendo, le cogió la mano entre las suyas. Él lo soportó y finalmente respondió a su presión. Durante un buen rato estuvieron así en la fría mansión, ambos hambrientos y un poco desconcertados.

—Oye, Otto —dijo ella cariñosamente.

—¿Sí, Tutti? ¿Qué hay?

—Pero no quiero que te enfades...

—¡Contigo, jamás!

—¿Quieres que mañana volvamos a salir?

Él calló sorprendido. Sabía el horror que le daban aquellas excursiones y lo forzosamente que iba. ¿Y ahora se lo pedía ella?

—¿Y por qué precisamente ahora, Tutti?

—Porque siento que precisamente ahora te gustaría volver a probar suerte. Y porque no quisiera nunca hacer nada más que lo que a ti te plazca.

—Está bien, saldremos.

Y no dijo más.

Pero ambos sentían que aquello era la dicha. No había nada que lo sobrepasara. Una perfecta unión endurecida por la pena en un tiempo en que casi todo se desmoronaba...

Así fue cómo al día siguiente salieron y verdaderamente aquella vez les sonrió la suerte. En un caserío en que los habían ya rechazado vio la mujer de pronto el número del regimiento de Otto.

—¡Ay, Dios! Si es usted del regimiento de nuestro chico. Se llama Ingemar Schultz. Como hay tantos Schultz le pusimos Ingemar de nombre. ¿Le conoce usted?

Otto le conocía. Les rogaron que entraran y como huéspedes muy honrados sentáronse a la mesa. Otto contó lo que sabía de Ingemar Schultz, que no era gran cosa, pues Schultz estaba en otra compañía, pero resultó como un mensaje del cielo para los oídos paternos. Pues el señor suboficial hacía tan solo nueve días que había visto a Ingemar y conversado con él.

Les entregaron todo cuanto quisieron y cuanto pudieron acarrear, incluso toda una lonja le tocino entera. Ya en la puerta, la madre formuló su deseo más secreto:

—Por primavera vamos a pedir permiso para Ingemar para los trabajos de cultivo. ¿No podría usted poner algo de su parte para que se lo concedan, señor suboficial?

—No está nada bien que le ayuden a uno —opinó Otto— para hacerle hacer colaborar en el acaparamiento.

—¡Ah, eres un verdadero berlinés! —dijo Tutti complacida—. Siempre estás refunfuñando. Nosotros, los de la isla de Hiddensee, no refunfuñamos nunca...

—Yo soy de Passewalk y tampoco los de allí refunfuñamos nunca —respondió él. Y ambos echáronse a reír.

Luego le llegó el turno al miedo ante los controles.

Mas aquella tarde nadie se preocupaba del acaparamiento de víveres por aquella línea. Aquella tarde habíase elegido otra estación para sembrar el odio y la desazón en los corazones. Aquella tarde lograron los Hackendahl llevar a casa su preciosa carga sin ser registrados.

En cuanto lo tuvieron todo en la cocina dieron un suspiro de satisfacción. Era una riqueza inusitada, y Gustavito trató en vano de contar los huevos: uno, dos, tres siete. Luego contempló emocionado cómo su madre hacía huevos fritos con legítimo tocino y patatas asadas con grasa en vez de asadas con marro de café.

Con aquellos ingredientes preciosos despedía el asado un olor jamás olido, un perfume mejor que el de las flores más exquisitas. Gustavito tuvo incluso la paciencia de esperar a la hora de la cena.

Por fin se sentaron a la mesa.

—¿Te gusta, Otto? ¿Te gusta, Gustavito? ¡Come despacio, hijo! No podemos hacer comidas así muchas veces; de ahora en adelante mami tendrá que ahorrar muchísimo para que estas cosas tan buenas duren lo más posible. ¡Ah, Otto, tener de nuevo una comida como es debido, sin substitutivos y sin porquerías!... Esas horribles nabicoles...

Casi lloraba de dicha.

Media hora más tarde Gustavito empezó a vomitar. Entre terribles dolores y náuseas devolvió su estómago las preciosas y nutritivas sustancias.

—¡No puede soportarlo! —se dolía Tutti desazonada—. Ahora que tenemos lo que podría sentarle bien, no puede soportarlo. Ah, Otto, nuestro hijo está casi famélico y yo le he dado cuanto podía...

—Lo hemos hecho mal, Tutti. Para el principio era demasiado grasiento y no puede soportarlo. Debimos haber procedido con más suavidad. De todos modos veremos lo que dice el médico. Mañana mismo al mediodía iremos a verle.

Y a verle fueron los tres. Durante tiempo y tiempo estuvieron esperando en la sala de espera del médico, llena hasta el máximo. La gente estaba sentada en sillas o apoyada en las paredes. Eran figuras grises, cansadas, sin esperanza. Casi todo mujeres y casi todas con niños.

No era una de esas visitas de los elegantes médicos del Oeste, sino la de un médico de hermandad en el Este de la ciudad. Los que allí aguardaban no hojeaban revistas. Allí transcurría la espera cual si una gran familia se hubiera reunido hablando unos con otros. Todos tenían las mismas cuitas y cada uno era muy semejante a los demás en todo...

—Con tal de que le recete algo a mi Willi. Ya van dos veces que se me ha desmayado el chico.

—Recetarle, sí le recetará. A él le es igual. Al fin y al cabo, a él todo le es igual.

—No diga eso; este hombre tiene un corazón de oro.

«Lo que tiene usted que hacer es descansar en el hospital», me dijo a mí.

—Bueno, ¿y fue usted al hospital a descansar?

—¡Sí no podía! Cinco críos tengo en casa. ¿Qué iba a ser de ellos si yo les faltara?

—¿Lo ve usted? ¡Lo que yo decía! ¿De qué le ha servido a usted su corazón de oro?

—No todo se arregla con recetas —intervino otra mujer—. También a nuestro tío le recetó leche que luego no le concedieron. Tiene otros que pasan antes que él.

—¿A qué le van a dar leche a un viejo? ¡Si los pequeños pasan hambre!

—Eso es lo que le parecerá a usted. A nuestro tío le pasan la jubilación, que son veintiocho marcos por mes, y nos vienen muy bien para el gasto de casa. ¡Ojalá llegara a vivir cien años!

De otra de las esquinas de la sala de espera les llegaba como un murmullo secreto:

—Pues otra vez que consiga usted un arenque ahumado, le saca usted la piel, la cola y la cabeza, vamos, todo lo que está de más, y lo pica bien con el trinchante. Luego pone a asar las patatas con ese picado. Es exquisito. No tiene usted idea de la grasa que contiene una de esas pieles de arenque.

—Pues lo tendré en cuenta. Hasta ahora comíamos las patatas hervidas, pero son

mucho mejor asadas...

—También puede hacer así las pieles de los nabos y quedan muy esponjosas...

—¡No me hable usted de nabos! Mi suegra hizo el domingo un budín con ellos y con una salsa de moras. ¡Llegué a vomitarlo todo! En cuanto huelo los nabos me entran ganas de vomitar...

—¿No estará usted en estado?

—¡Por el amor de Dios, no diga eso! Tengo ya cuatro. No; es que se me resisten los nabos.

—Yo le cuento lo que hacemos nosotros. Sin los nabos hace ya tiempo que hubiéramos muerto todos de hambre.

De nuevo se hizo el silencio.

A poco dijo una mujer pensativamente:

—En la Avenida Landsberger volvieron ayer por la mañana a desvalijar una panadería...

—No puede ser cierto, pues yo vivo en la avenida ...

—¡No va a ser cierto! ¡Lo he visto, yo con mis propios ojos!

—¿Cómo sucedió?

—¡Pues como suceden esas cosas! Una mujer va y dice: «¿Aquí hay 950 gramos de pan? ¡Péselo otra vez!». El panadero se negó, y todos los que estaban allí se pusieron a gritar: «Roba en el peso. Hay que hacerlo detener».

—¿Y qué? ¡Siga contando! ¿Estaba bien o no?

—¡Qué va! Faltaban treinta gramos. Y él, disculpándose, corta una rebanada de unos cien gramos y se la da. Yo la hubiera aceptado, pues una no es de esas que...

—¡Ah! ¿Era usted la misma de los treinta gramos?

—¿Yo? ¿Quién le dice que fuera yo? Yo dije que lo estuve viendo...

—Siga usted contando, señora. A nadie le Importa quien fuera. Aquí no estamos entre soplones. Estamos entre pobres.

—Eso es lo que pienso yo también. Bueno, pues miren ustedes cómo empezó a excusarse de aquel modo, porque es muy rico, pero no quiso reconocer que no tenía razón, y todos se le echaron encima con insultos, diciéndole que si engañaba en el peso y que si era un estafador. Y en el alboroto y el griterío unos cuantos se abalanzaron sobre el mostrador y cogiendo unos panes.

—Bien, ¿y entonces? Cuente usted de prisa porque me toca ya el turno a mí de entrar...

—Pues nada. En cuanto vio el panadero aquello se metió en la habitación en donde tiene el teléfono a llamar a la policía. Le salió mal la cosa, pues en un Jesús saltaron unos detrás del mostrador, dieron la vuelta a la llave que cerraba la comunicación con la tienda, de manera que no pudiera salir, y «Anda, llevaros todos los panes». En menos de tres minutos no había en la tienda ni un solo pan ni un solo cliente...

Se hizo un silencio profundo preñado de meditaciones.

El médico exclamaba impaciente a través de la puerta:

—¿Es que no oyen ustedes? ¡El siguiente!

Una mujer se levanta a disgusto y desaparece en el cuarto de la consulta.

Otra de las mujeres lanza un profundo suspiro y dice:

—Me hubiera gustado estar allí. ¡Qué estupendo! ¡Pero no me cabrá a mí esa suerte!

—Bueno, ¿y yo? —pregunta la narradora—. Yo estaba allí y no salí mejor parada que usted.

—¿Cuánto pan logró, pues, llevarse usted?

Una mujer de rostro colorado y potentes brazos, dijo con energía:

—¡Una persona de bien no pregunta una cosa así! Huele a soplón...

Todos guardaron silencio. Todos se replegaron un poco en sí mismos. Pensaban en lo que acababan de oír. Incluso Tutti pensaba en ello. Reflexiona sobre si se hubiera llevado también consigo un pan de haber estado en la tienda. Y con horror se dice a sí misma que sí, que se lo hubiera llevado, que hubiera robado. Hubiera preferido pagarlo, pues no lo hacía por el dinero, sino por lo que de alimento representaba. Y si no lo podía conseguir de otra manera, lo hubiera robado. ¡Sin remordimientos de conciencia! ¿O tal vez con ellos? Lo mismo da; la cuestión es que lo hubiera robado.

Los pensamientos de Otto discurrían de modo semejante. «Y nosotros allí, en el frente. Tenemos a Alemania cercada como un anillo. Mas ¿sigue siendo Alemania lo que defendemos? Esta no es la misma gente que en agosto de 1914 nos aclamaba».

¿O es tal vez solo su verdadero rostro el que surge ahora con toda claridad? ¿No había dicho el teniente von Ramin, allí, en el agujero de obús, que no tenían ya fe en nada? ¿Que no tenían ninguna idea? No era el pan lo que había tomado aquella mujer, y Otto lo comprendía perfectamente. El hambre hace siempre daño, pero mucho más daño le hace a una madre ver a sus hijos famélicos. Es un sentimiento ancestral. Ante él caen todos los obstáculos. No, no era el pan... Sino que era lo que Otto, estuviera donde estuviera, durante aquellos catorce días e incluso en los precedentes en las trincheras, no podía sacar en claro. ¿De qué se trataba propiamente? ¿Qué defendían en rigor?

¿Alemania? ¡Aquello no era Alemania! Ningún enemigo hubiera dejado a aquel pueblo pasar más hambre, más miseria.

A aquella gente no se le podía quitar ni la menor esperanza. ¡No les había quedado ninguna! ¿Qué defendían propiamente? ¿Por qué luchaban? Por nuestro más alto señor de los ejércitos, el Kaiser. Sí, hacia poco había estado el Kaiser en el frente, o bastante cerca del frente, a no más de unos cien kilómetros, y había visto cómo se dirigían hacia él las tropas cansadas y ensangrentadas, había sido muy magnánimo...

¡Oh, Dios no era nada de todo aquello! ¡Era una insensatez, un odio mezquino! El Kaiser era un gran señor y probablemente no sabía nada, absolutamente nada de su pueblo... Pero ¿qué le pasaba al pueblo? ¿Para qué luchaba? ¿Por qué sufría de tal

modo? ¿Para qué lo pasaba tan mal? ¿Había de tener un sentido todo aquello! No podía hundirse simplemente y que luego viniera otro pueblo cualquiera a hacerse grande y dichoso durante un tiempo para acabar también desmoronándose. Era imposible. No podía suceder, y hasta incluso él lo comprendía así. En tal caso sería mil veces mejor, no se lucharía ni se defenderían, cogerían una granada de mano y la lanzarían.

«¡Ha de tener un sentido u otro! ¡Este sufrir insensato es imposible! Y a pesar de que ni yo, ni el teniente von Ramin, ni ninguno de nuestros camaradas veamos este sentido, no por ello hay que pensar que no lo tenga. Ya que el rostro de la buena vida de antes de la guerra se ha convertido ahora en una desnuda calavera de hambre, tal vez detrás de esta calavera hay otro rostro presto a surgir...».

«Ha de hacer gente que sepa el porqué —se dice Otto—. No puede ser de otro modo. Y si en último caso hoy día nadie lo sabe, si en último caso ni yo mismo llego a enterarme de por qué lucho, mi pequeño se enterará algún día...».

Y mira a Gustavito, diciéndole, sabiendo tan solo él a lo que se refiere:

—Verás cómo mejoras, Gustavito.

En este momento, el médico abre la puerta:

—El siguiente —exclama.

El médico es un hombre bajito y rechoncho, con el rostro cansado y surcado de arrugas.

—Vamos, pronto —dice—. ¿De qué se trata? ¿El niño? ¡Claro, el niño! ¡Tampoco usted tiene cara de pascuas, señora! ¿Son de la hermandad? ¡Muy bien! No, deje usted; no necesito examinar más de cerca al niño: está depauperado. ¿Sabe usted, mi buen soldado? No debería decir que está depauperado; por lo menos se me enseñó a no decírselo precisamente a mis pacientes. Pero, sin embargo, lo digo. ¿Por qué? ¿Porque quiero sabotear las medidas del régimen? ¡Qué va! Lo digo porque estoy ya cansado de decir embustes...

Miró al chiquillo. Escribió algo, plantó su estampilla y siguió escribiendo.

—Medio litro de leche diariamente, 30 gramos de mantequilla, digamos 150 gramos de pan blanco. Ya sé que no se lo concederán, y, por tanto, puedo poner 200 gramos de pan blanco... Ayer —dijo, mientras continuaba escribiendo y plantando su estampilla— vinieron ciento ochenta pacientes; hoy, por la mañana, a las diez, ya pasan de los treinta... y esto tan solo al cabo de una hora de visita... Luego, hay que contar las visitas a domicilio... Y continuamente estoy recetando... No trato ningún enfermo. No soy más que una máquina que escribe recetas y prescribe sobre alimentación... ¡Y pensar que fui asistente de Robert Koch! Pero usted no entiende de esto, ni le interesa. Tiene usted sus propias preocupaciones... —Y mientras, proseguía escribiendo y estampillando—: ¿Que vomitó, dice usted? ¡Pero si es muy juicioso por parte del niño! Cuando al hombre le dan demasiado de algo, lo vomita. Está perfectamente, ¿cómo iba a digerir todo lo que vomitó: huevos fritos con tocino, patatas asadas con grasa, y con un estómago así, un vientrecito acostumbrado a la sopa con casi todo agua? ¡Que vomite! ¿Qué supone usted, que al mundo no le entrarán vómitos de esta guerra? —se contuvo—. ¡Ah, perdóneme usted! No hubiera debido decir eso. No debería decir mucho de lo que digo. Hablo solo por puro cansancio. Todo el día estoy hablando. Ni siquiera escucho lo que dijo. La otra noche dormí tan solo media hora. Es decir, si se le puede llamar sueño. Mi último hijo ha tenido que partir también para el frente. Tres de ellos ya los tenía allí. Bien, ya sé que no le interesa, y casi ni a mí me interesa ya por lo demás... ¡Aquí tienen sus documentos! Váyase afuera con el niño, y espere allí, quisiera decirle unas palabras a solas a su mujer...

—No tengo el alta de la hermandad para mi mujer... —dijo Otto, temblando.

—¿Y quién se la pide? Tengo tantos boletos de alta, que podría empapelar con ellos la habitación. No; salga usted. Lo que tengo que hablar con su mujer son cosas que solo interesan a las mujeres. ¡Los hombres no entienden de esto! ¡Salga usted, soldado!

Y empujó a Otto fuera de la habitación.

La espera duró bastante. Volvió a encontrarse en la sala de espera, en medio de todas las mujeres, y le fue muy difícil mantener quieto al chiquillo.

Al fin salió Tutti. El médico dijo, apresuradamente:

—¡El siguiente, por favor!

Ella se le colgó del brazo. Estaba tan cariñosa cual si fuera dichosísima.

—¿Qué es lo te ha dicho, Tutti?

—¡Ah, nada de particular! Que me he de cuidar mucho y que debería descansar un par de semanas en el hospital, solo para reponerme, ¿sabes? Nada serio.

—¿Y qué más?

—¿Qué más...?

—Para esto no me hubiera mandado salir.

—¡Ah, Dios, Otto! Me ha examinado el pecho y la espalda, ¿sabes? Ha pensado que me resultaría penoso mostrarte la espalda. ¿Lo comprendes?

—¿De verdad nada más?

—Pero ¿qué más había de ser, Otto? No; de verdad que nada más.

—¿De veras que no?

—¡Pero, Otto!

—Entonces, está bien.

Él guardó silencio. Tenía la sensación de que ella no se lo había contado todo. Se le ocurrió la idea de volver a ver al médico sin decirle a ella nada. Mas lo dejó. A buen seguro que Tutti acabaría diciéndole la verdad pues no le había mentado jamás.

Y tenía razón. Se enteró de la verdad, pues ella no le ocultaba nada.

Con mucha antelación se encaminaron al tren. Otto lo encontraba innecesariamente precavido. Pero Gertrud se había empeñado en que así fuera.

—¿Es que no puedes esperar un momento más a librarte de mí, Tutti? —le había preguntado.

Como respuesta, habíase limitado ella a sonreír. En los últimos tiempos había empleado con frecuencia aquella sonrisa como respuesta; una sonrisa que le salía de dentro, una irradiación cual si su dicha fuera inapreciable.

El pequeño había quedado en casa. No sabía que su padre volvía a partir, y quedó se entretenido con una corteza de pan.

El vestíbulo estaba mal iluminado y presentaba un aspecto desconsolador, así como desconsolador era el aspecto de los soldados con permiso que volvían a marchar al frente y permanecían silenciosos entre sus familiares, que, mirando al que partía, asentían calurosamente a cualquier palabra que él dijera. Padre volvía a marchar hacia el frente, y quizá fuera aquella la última vez que le veían...

Un gran peso le oprimía a Otto el pecho. ¡También él volvía a partir para el frente! Durante los primeros días, el recuerdo de las trincheras le había perdurado como una añoranza atormentadora, mas luego la vida cotidiana fue enseñoreándose de él: Tutti, el pequeño, la discusión con padre, la búsqueda de Eva, las excursiones en busca de comida... De los catorce días pasó por lo menos once en que apenas había pensado en el frente.

Y ahora, de golpe, volvió a despertársele su recuerdo estando allí, en pie, junto a los trenes tiznados de hollín y bajo la mala iluminación de las escasas lámparas. Con tangible claridad veía ante sí la entrada a la excavación, los escalones de tierra afirmados por listones de madera y que continuamente se desmoronaban convertidos en barro. Olía el supercalentado y helado, sin embargo, vaho de la excavación, la paja podrida de las camas, el aroma de la bebida consumida hacía tiempo, el hedor a tabaco malo. De pronto le embargó la total y completa desdicha de la vida que le esperaba. Los catorce días pasados en el hogar se le antojaron un sueño incomprensiblemente hermoso, a pesar de las preocupaciones que trajeron consigo, comparados con lo que le esperaba.

—No hubiéramos debido venir tan temprano —dijo, sorprendiéndose—. ¡Maldito tren!

—Es casi como si te hubieras ido ya, Otto —dijo ella, cariñosamente—. Pero no quiero que me abandones.

Él la miró.

—Es difícil, ¿sabes, Tutti?... —dijo, lentamente, avergonzándose.

—¿Te acuerdas de cuando partiste la otra vez?

—Sí —asintió él, contento de verse apartado de sus pensamientos—. Estaba toda

la familia. Padre, madre, mis hermanos. Tú estabas allí detrás, apoyada en una columna, y no os podía hacer, ni a ti ni a Gustavito, demostración de conoceros...

—Hoy estamos solos, Otto. ¿No es mejor así?

Él sacudió la cabeza.

—Es peor —dijo—, porque uno sabe lo que le espera allí.

—En aquel entonces, yo no creí que regresaras —dijo ella, valerosamente, mirándole muy fijo.

—Yo tampoco. Y esta vez...

—¡Ah, no, Otto! Esta vez sé seguro que volverás.

Él se limitó a mirarla. Había en su mirada una súplica. De repente volvió a ser el hombre débil y necesitado de ayuda que ella había conocido.

Y le ayudó.

—¡Claro que sí, Otto! —dijo, asintiendo—. Puedes estar seguro de ello: ¡Regresarás!

—Nadie puede saberlo. El que ha estado allí y ha visto todo aquello...

—Lo mismo da que pase allí lo que sea. ¡Tú volverás, Otto! —Ella le miró y miró el reloj de la estación: faltaban aún cinco minutos—. Otto —dijo, cogiéndole de la mano—, Otto, tengo aún algo por decirte, algo que te he ocultado...

—¡Dímelo! —dijo él quedamente.

—¡Otto! Se me ha interrumpido la regla. Quiero que lo sepas al irte. Otto, creo que tendremos otro niño.

—Tutti...

—Sí, Otto: y soy tan dichosa...

—Tutti, ¿por qué no me lo dijiste en seguida? Hubiera podido...

—¿Qué importa? Al saber esto volverás, Otto. Son casi nueve meses. La guerra ya habrá terminado. ¡Cuando llegue el niño, serás mío para siempre!

—¡Suban al tren! ¡Ocupen sus sitios! —exclamaban los jefes de grupo.

—¡Oh, Tutti, Tutti! ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué esperaste al último momento? ¡Ah, quisiera!... ¡Soy infinitamente feliz!...

—¡Suban al tren! ¡Dense prisa!

—Volverás, Otto. Otto, querido Otto, me has hecho infinitamente feliz. Otto...

—¡Ah, Tutti, déjame hablar! (Camarada, haz el favor de dejarme la ventanilla). ¡Ah, Tutti, soy tan dichoso! Pero ¿tendrás cuidado? ¿Tendrás suficiente que comer? Una mujer que espera un niño...

—Cada mes iré al médico. Él me cuidará.

—Yo desde el frente, te mandaré lo que pueda. A veces logramos atrapar como botín conservas inglesas maravillosas...

—Tú desde allá y yo desde aquí, pensaremos tan solo en el niño, y esto hará que vuelvas al hogar, Otto.

—¡Partida!

El tren sale lentamente y se suelta la trabazón de sus manos, Ella trata de correr,

acompañándolo. Sus labios forman de continuo la palabra ¡Dichosa!

Finalmente se queda él viendo una figurilla débil y desgarbada, en pie y tosiendo. Mas ella no deja de repetir con los ojos, la boca, con todo su ser: ¡Dichosa!

—¡He de regresar! —dijo él, cerrando la ventanilla—. Regresaré. ¡Me necesita! Es feliz. ¿Feliz? Claro. ¡Volveré!

Al mediodía del siguiente a su llegada al frente fue herido el suboficial Otto Hackendahl, por un casco de metralla, cuando se dirigía a las trincheras de su compañía. Pocas horas después murió entre terribles sufrimientos. Murió justamente en la excavación que, cual horrible visión, habíasele aparecido en la estación de partida. Si algo vieron sus ojos en los últimos minutos, ese algo fueron los escalones desmoronados y fangosos que daban acceso al refugio. El último aire que respiró fue el supercaldeado y sin embargo frígido de aquel lugar, que apestaba a aguardiente y mal tabaco. Murió sobre la corrupta paja de su lecho.

Otto Hackendahl no pudo encargarse a los camaradas que por él se preocupaban nada para su mujer. El casco de metralla habíasele clavado en la parte baja del cuerpo, y lo único que podía hacer era gritar y gemir. Ni siquiera las dos inyecciones de morfina que el oficial de Sanidad le había administrado, una tras otra, lograron mitigar aquellos dolores. A pesar de ello, apenas si tuvo conciencia de su yo. Esa tierra, con todas sus amables preocupaciones por la mujer y los hijos, con sus preguntas sin respuesta acerca del «porqué» y del «sentido», habíasele escapado.

El jefe de la compañía fue quien informó a sus padres; en la compañía no se sabía nada de su reciente matrimonio; escribió que Otto Hackendahl había muerto honrosamente ante el enemigo. Que era un consuelo para los padres el saber que no había sufrido y había hallado una muerte inmediata.

La anciana señora Hackendahl repetía, llorando:

—Esto se lo escriben a todos.

Y el viejo Gustavo Hackendahl, Gustavo el férreo, preguntaba, con dulzura:

—¿Qué van a escribir, madre? ¿Que ha sufrido mucho? Mejor es que creamos lo que dicen. Por lo menos ahora ha dejado de sufrir.

Relativamente tarde se enteró Gertrud Hackendahl de la muerte de su marido. Tras de la primera incredulidad, tras de un prolongado y furioso dolor, puso todos sus sentidos en recibir noticias de los últimos momentos de Otto. Simplemente, se resistía a creer que no hubiera dejado tras de sí ni una sola palabra, ni un solo encargo...

Finalmente enteró se de lo siguiente:

Los soldados de su regimiento que regresaban de su permiso en número de unos doce o quince, se enteraron, a su misma llegada a la pequeña estación de término, de que las trincheras yacían, desde hacía días, bajo un fuego continuado. Por la noche se habían librado repetidos ataques, que costaron gran número de víctimas; el regimiento había sufrido pavorosas pérdidas.

Con toda la rapidez posible, se encaminaron hacia sus posiciones. Marchaban bajo los truenos, cada vez más retumbantes, de los disparos. Regresaban a sus puestos, lúgubres y taciturnos, sin dejar su apresuramiento. Todos ellos estaban embargados por sus propios pensamientos.

Finalmente, y ya muy próximos a su meta, descubrieron que las trincheras de conexión con sus posiciones habían quedado literalmente cegadas por los cadáveres. Estaban colmadas y abiertas al fuego enemigo.

Esperaron, cuarto de hora tras cuarto de hora, en una excavación casi destrozada, a que cesara el fuego. Estaban indecisos, consultándose acerca de si debían atreverse a salir de allí, y seguían esperando.

A la sazón ya ninguno de ellos pensaba en el hogar.

Tan solo tenían el pensamiento puesto en las trincheras y en los camaradas que en ellas habían quedado, que estarían extenuados y desmoralizados; en el ataque que con toda inminencia había de seguir tras de todos aquellos preparativos por parte de la Artillería. ¡Y ellos no iban a estar en sus puestos!

Tras de una renovada deliberación, que tampoco obtuvo resultado, dijo, de repente, Otto Hackendahl:

—Es inútil. Nos están esperando. Tenemos que avanzar.

Y corrió ante los demás. Todos alcanzaron sus trincheras sin ser heridos. Justo cuando estuvieron junto a ellas, casi a la entrada de su excavación refugio, le alcanzó la metralla.

Esto fue todo cuanto Gertrud Hackendahl logró averiguar. Pero fue suficiente para ella. Aquellas palabras: «Es inútil. Tenemos que avanzar», parecían reflejar todo el ser de Otto Hackendahl; un paciente adaptarse al duro destino, no desprovisto de valor.

Acogiéndose al sentido de aquellas últimas palabras Otto Hackendahl, trató ella de vivir y de educar in un tiempo muy difícil a sus hijos Gustavo y Otto Hackendahl, este último nacido ocho meses y diecinueve día después de la muerte de su padre.

«Es inútil, tenemos que avanzar...».

Se encerraba algo en aquella frase, como igualmente se encerraba algo en la pequeña Gertrud Hackendahl, nacida Gudde, que había visto su luz primera en la isla de Hiddensee. ¡Había algo grande en ella!

CAPÍTULO IV

SE DECLARA LA PAZ

1

Cuando Heinz Hackendahl, que tenía a la sazón diecisiete años, y a quien por entonces tan solo llamaba «Bubi» su madre, intentó salir de casa después del almuerzo, levantó el padre Hackendahl la cabeza. Estaba sentado en la cocina y parecía dormir. A su lado había caído al suelo el «Lokal Anzeiger».

—¿Dónde quieres ir? —preguntó a su hijo.

Heinz Hackendahl estuvo reflexionando. No le podía decir a su padre que tenía intención de ir a dar una vuelta por la calle para ver lo que realmente estaba ocurriendo. La mano del padre pesaba con dureza sobre el menor de sus hijos, que era ya el único que le quedaba. Y para zafarse de ella tanto más irreflexivamente mentía el hijo.

—A casa de Rappold —dijo, tras de una corta deliberación—. Esas insoportables matemáticas. Ecuaciones trigonométricas. Cosenos, cotangentes, paralelepípedos...

El viejo miró al hijo con desconfianza.

—¿Dónde tienes los libros?

—No necesito. Ya los tiene Rappold.

—¿Llevas un cuaderno?

—Lo tengo en el bolsillo... —Y Heinz hizo asomar una de las puntas de la cubierta de hule. De haber descubierto su padre que aquel cuaderno en vez de contener problemas aritméticos contenía versos, lo hubiera pasado mal.

Mas el viejo se limitó a gruñir:

—¡Que no te vayas a la ciudad! —dijo con tono amenazador—. Hay algarada y tiroteo.

—Estate tranquilo. Tengo que estudiar matemáticas. ¿Y por qué hay tiroteo?

—¿Qué sé yo? Probablemente porque se han habituado a disparar. Porque no les permiten ya disparar sobre los ingleses y los franceses. Porque quieren destrozarse con su algarada el último resto de negocio que quedaba por hacer.

—A Rucio le vendrán muy bien unos cuantos días de descanso, padre —opinó Heinz, en tono consolador.

—¿A Rucio? ¡Si tan solo sirve para hacer de él salchichas!

Se ensombreció la mirada del viejo y dijo luego, casi cariñosamente, reconocido de que en el desbarajuste general hubiera quien pensara aún en sus intereses:

—¿Crees tú que mis empréstitos de guerra seguirán teniendo valor?

Heinz miró a su padre con incertidumbre. Gustavo Hackendahl no hablaba jamás con sus hijos acerca de sus intereses pecuniarios, pero por la madre sabía Heinz que

el resto del bienestar de su padre lo constituían 25 000 marcos en empréstitos de guerra, la casa de la Werxstrasse, llena de deudas, Rucio y su coche.

«El viejo debe de tener muchas preocupaciones —pensó el hijo, con una súbita oleada de compasión—. Y no se queja nunca, esto hay que reconocérselo. En esto también es férreo».

Y pensaba en cómo el viejo subía día tras día a su pescante para poder llevar a casa unos cuantos marcos. Y, en cambio, tanto lo que debían como lo que Heinz necesitaba para el colegio, lo pagaba siempre sin una queja.

Casi sonriendo dijo:

—¡Si tus empréstitos de guerra son de lo más férreo, padre! ¡Están garantizados por el Imperio alemán!

El padre tenía su hora turbia y no sonreía.

—El Kaiser ha dimitido —dijo—. Ha pasado la frontera holandesa, ¿lo sabes ya...?

Heinz rio con una mueca despreciativa.

—¿Es que esperabas otra cosa de «Lehmann»? Entre nosotros los jóvenes ya no contaba para nada. ¿Crees que es él el que garantizaba tus empréstitos de guerra? ¡Él no era el Imperio alemán!

—¿Has leído las condiciones del armisticio? Los franceses quieren llegar hasta el Rin. En la ciudad hay tiroteo. ¡Tal vez el Imperio alemán habrá dejado de existir muy pronto!

El hijo golpeó paternalmente el hombro de su atemorizado padre:

—¡Perdurará, no tengas cuidado! ¡Ahora es cuando nos llega el turno a nosotros!

—¿A vosotros?

—¡Y tanto! Ha quedado todo desmoronado, ¿no es así? ¿Y quién lo ha de reconstruir? ¿Vosotros los viejos?

—¿Vosotros, pues?

—¿Quién, si no?

—¡Mejor es que vayas a hacer tus deberes de la escuela! —exclamó el viejo, de repente—. ¡Estás loco! ¡Vosotros! ¡Con lo difícil que será después de haber sido derrotados! ¡Mocosos!

—Le preguntaré a Hölscher qué hay de los empréstitos —dijo Heinz, imperturbable—. Su padre es del Banco Alemán.

El padre gruñó amenazadoramente.

—¡Trabajar es lo que has de hacer! ¡Tus deberes! Yo puedo cuidar solo de mis intereses...

—¿Quieres que le pregunte a Hölscher, o no?

El padre le contestó con un gruñido.

—Por lo demás —añadió Heinz con sorna— cualquier día pueden regresar a casa Erich, el señor teniente, la luminaria de la familia... y la excelente Sofía.

—¡A las seis estás aquí de vuelta!

—También pudiera ser que fuera más tarde, padre —dijo Heinz, vagamente—. Los paralelepípedos se me resisten de un modo atroz.

—¡A las seis!

—¡Lo dicho! De un modo atroz. Hasta luego, padre. No te comas mi pan, si es que llego un poco más tarde.

Y después de haber preparado de este modo el retraso en su regreso bajó con presteza la oscura escalera y, atravesando el patio, salió a la calle.

2

Naturalmente, Heinz Hackendahl no tenía la menor intención de ir a estudiar a casa de Rappold, así como tampoco le parecía ser de ninguna urgencia el dirigirse a casa de Hölscher para enterarse de los empréstitos de guerra. Durante un momento estuvo mirando hacia abajo de la Werxstrasse, que en aquel día de noviembre tenía un aspecto particularmente lúgubre y desesperante. Ante las tiendas de comestibles había las consabidas colas. Su madre debía ya estar entre los que las formaban, o, si no, iría a unirse pronto a alguna de ellas.

Era todo como siempre, más en los oídos del rapaz resonaba de continuo: «En la ciudad hay tiroteo».

«Es necesario ir a verlo», pensó Heinz...

Pero no por ello dejó de seguir su camino acostumbrado, doblando la esquina a la derecha, yendo luego dos manzanas en línea recta y doblando más tarde otra esquina a la izquierda. Cruzó la calzada en diagonal para encontrarse ante la papelería de la viuda Quaas.

Heinz echó mano al bolsillo: sí, el marco que aquella mañana le había sacado a su madre seguía allí. ¡Estupendo! Podía emplearse para comprar dos plumillas (precio, cinco *pfennigs*) o cinco hojas de papel secante (precio, también cinco *pfennigs*). Si bien no era compra importante, era necesario, por lo menos guardar el decoro.

El timbre del establecimiento sonó quejumbrosamente, y a pesar de ello le resultó a Heinz agradablemente familiar. La tienda estaba polvorienta, vacía, desmantelada y, sin embargo, le parecía también a él uno de los lugares más acogedores del mundo. La viuda Quaas era una mujercita atemorizada, de aspecto angustiado, con el rostro arrugado y los ojos propios de aquellos años de hambre; pero para Heinz era una visión regocijante y excelsa.

—Dos Bremer Börse —dijo Heinz en voz bien alta— E. F. de las más afiladas, señora Quaas.

—Heinz. Señor Hackendahl, le rogué a usted que no viniera tanto por aquí —dijo la viuda, desconsolada.

—Pero es que verdaderamente necesito las plumillas, señora Quaas —le aseguró Heinz con poca honradez, pero mucho brío—. He de hacer inmediatamente un ejercicio sobre el vuelo de los pájaros en los dramas de Eurípides y ponerlo en verso. Le aseguro que no vengo por Irma...

—Señor Hackendahl, tenga usted en cuenta que no hace mucho que cumplió los diecisiete años y que Irma apenas tiene quince...

—Dos Bremer Börse E. F. bien afiladas, señora Quaas. De Irma es mejor que no hablemos; Irma está desprovista de todo interés...

—¿Qué estás tú cotilleando de mí, Heinz? ¿Qué pasa?

—Buenos días, Irma. Dos Bremer Béirse, bien afiladas...

—No vengas con bobadas. Tienes más plumillas que nosotros aquí en la tienda. ¿Qué pasa?

—Dicen que en la ciudad hay tiroteo...

—Estupendo. ¿Vamos a ir?

—En todo caso, mejor será que cojamos algún vehículo, pues si no, antes de que lleguemos ya se habrá terminado toda la diversión...

—Madre, ¿me das medio marco? Me lo puedes descontar del dinero que me das el domingo.

—¡Irma! Bajo ninguna circunstancia te permito que... Señor Hackendahl, habiendo tiroteo en la ciudad, tendría usted que avergonzarse de...

—Disposición. Latín clásico, A, señora Quaas: En primer lugar, no hay tiroteo. En segundo lugar, latín clásico, B. Si hay tiroteo no nos acercaremos: alta, dónde hay tiroteo; beta, no nos dispararán. En tercer lugar: latín clásico; C; tengo dinero para el trayecto. Alfa, para mi, Beta, para Irma...

—Señor Hackendahl, por favor, no empiece a hablarme de un modo tan horrible. Se me embrolla la cabeza. Es del todo punto imposible que Irma...

—¡Imposible! Puedo citarle inmediatamente de tres a siete motivos excelentes, señora Quaas, que evidencian que puede. En primer lugar puede, porque su libre albedrío, aun en el caso de que admitiéramos que se trata más de un capricho libre que de un libre arbitrio...

—¡Señor Hackendahl, haga el favor de no molestarme! Todo el día está usted viniendo a la tienda...

—Heinz, deja ya de hacer enfadar a la madre. Madre me ha permitido ya que salga...

—¡No he permitido nada! ¡No lo permito de ningún modo, Irma! ¡Ay, Dios! ¡Si te pasara algo! ¡Por lo menos, ponte el abrigo de invierno! Ah, no; que aun no he zurcido los agujeros de la polilla. Y anúdate una bufanda...

—Adiós, madre; dame un beso. No tengas ningún cuidado por... Heinz. ¡Ya le vigilaré yo!

—¡Sapo! ¡Esclava indeseable! Por favor, señora Quaas, deme usted mis dos plumillas. No quiero que diga usted que vengo a su tienda tan solo para llevarme a Irma.

—¡Naturalmente que lo digo! ¡Si no hace otra cosa! Y algún día les sucederá una desgracia y...

—¿Qué desgracia? ¿Qué clase de desgracia, señora Quaas? ¿Lo ve usted? No dice nada y se ruboriza. Esta vieja generación tiene la fantasía corrompida. Nosotros estamos por encima de todo eso, ¿no es así, Irma?

—¡Presuntuoso! No te enfades, mamita, Perro que ladra no muerde. Hay que conocer a Heinz. Se emborracha de grandes palabras...

—Y te emborracha a ti —sollozó la viuda Quaas. Irma, con sus catorce años, contempló un rato a su madre pequeña y amargada.

—¡Ah, mamita! ¡Qué manera de preocuparos por las cosas! Como si nosotros, los hijos, no tuviéramos comprensión propia. Yo también tengo ojos, madre. Y sé muy bien cómo tratar a los hombres...

—¡Permíteme, Irma! Si es que vas a exponer ahora tus puntos de vista con respecto a los hombres, te llamaré la atención acerca de que, según un rumor aun no confirmado, en la ciudad hay tiroteo...

—¡Pues, anda, vamos! ¡Adiós, madre! Si se nos ha hecho tarde, llamaré repiqueteando en los cristales.

—¡Ah, Irma! ¡Señor Hackendahl!

Y antes de que terminara salieron corriendo de la tienda.

3

—¿Vamos a ir con toda calma o a todo vapor? —había preguntado Irma.

La respuesta fue «A todo vapor y pitando». Jadeando, subieron la escalera de la estación, saltando a cada dos o tres escalones y se metieron de un salto en un tren que estaba ya en marcha.

—El cobrador ni tan siquiera nos gritó que nos quedáramos a esperar otro tren.

—Tendrá otras preocupaciones, hija del aire —exclamó Heinz tratando de aspirarlo para sí. Sentáronse el uno frente al otro. Eran verdaderos hijos de cuatro años de miseria, hijos del hambre. Bastante endurecidos y muy descarados, pero en conjunto, y precisamente en lo que ellos consideraran como digno de su empeño, eran del todo formales.

Iban tan mal vestidos como solo es posible ir en un tiempo en que no había forma de hacerse con un traje en buen estado y de tela buena. Heinz llevaba uno apedazado con los mejores retales del de su hermano. Le venía demasiado corto de mangas y pantalones, y estaba ya bastante raído y deshilachado. Irma llevaba bajo su gastado abrigo un traje completamente descolorido, en el que unos cuantos remiendos ostentaban los primitivos colores. La falda apenas le alcanzaba a las rodillas, a aquellas rodillas en donde las medias de algodón que calzaba presentaban tantos y tantos zurcidos. Pero lo peor eran los zapatos, a los que sus propietarios estaban remendando de continuo con gruesas correas de cuero que cosían en todas direcciones y con remiendos que pegaban como podían. Y con suelas de madera que hacían un ruido ensordecedor.

A la sazón lo estaban produciendo sin consideración al único viajero que iba con ellos en el departamento, pues tenían los pies helados. En el tren no había calefacción y los cristales estaban casi todos rotos...

—¡Vaya frío! —dijo Irma—. ¿Quién será este?

—Algún probo negociante sin géneros. Debe estar reflexionando si no podrá vender los agujeros del queso. ¡Oiga usted, prójimo!

El prójimo, que estaba adormeciéndose ante ellos, tuvo un sobresalto. Miró al joven con cara descompuesta por la fatiga y dijo amenazadoramente:

—Merecías que te dieran un mamporro en la jeta por hacer la guarrada de despertar en estos tiempos a uno que se duerme.

—¡Te ha fastidiado, querido! —dijo Irma con alborozo.

—Solo quería enterarme —se disculpó Heinz— de si el tren llegará verdaderamente hasta Potsdam...

—¿Y por qué no?

—Porque hay tiroteo en la ciudad.

—Bueno, pues si hay tiroteo ya lo notarás, y notarás también si el tren pasa o no pasa —dijo el hombre aquel, volviendo a apoyar la cabeza en la esquina del vagón.

—Un filósofo callejero —observó Heinz en tono bastante alto—. ¡Estoicismo de barrio! Véase la enciclopedia Branchen en la palabra místicos —bostezó y añadió—: ¿Has notado, Irma, que el tren bosteza por lo vacío?

—¿Cómo iba a ser de otro modo si hay tiroteo en la ciudad? Hoy tienes tu día perspicaz, Heinz. No has comido cuanto querías este mediodía, ¿eh?

Heinz se golpeó en el lugar en que los demás tienen el estómago.

—¡No! —exclamó—. Desde hace años que no como cuanto quiero. Estoy siempre hambriento.

—¡Y siempre nos estaban diciendo que cuando llegaría la paz podríamos comer hasta hartarnos! ¡Coplas y más coplas! ¡Menuda juventud nos han deparado!

—¡La paz! Todavía no estamos en paz. Ya oyes...

—... que hay tiroteo en la ciudad —completó Irma—. Si al menos me dijeras por qué se les ocurre ahora armar esta algarada...

—¡No tengo ni idea! Pero si es que hacen una verdadera revolución, pudiera ser que los militares no tomen parte...

—¿Qué es una verdadera revolución?

—¡No tengo ni idea! De la francesa sí que habrás estudiado en el colegio: La guillotina, los reyes, las decapitaciones...

—¡Guillermo no está ya aquí!

—¡Echa también una mirada hacia el Este!

—¿A la Alexanderplatz?

—¡Qué va! ¡A Rusia! Lenin...

—¿Quién hará de Lenin entre nosotros?

—No tengo ni idea. Probablemente Liebknecht ...

—¿Le tienes simpatía?

—¡Qué va! No sé nada de él. No sé más que le enchironaron porque habló en contra de la guerra...

—¿Entonces es que ha salido ya?

—¡Ni idea! Pero esto parece ser la esencia de las revoluciones: a los que están fuera les enchironan y a los que han estado pudriéndose los sueltan...

—La estación de Potsdam. ¿Lo ves? El tren ha llegado hasta aquí. Mira Heinz, que si has gastado todo este dinero para el viaje y ahora nos encontramos con que no pasa nada.

—No hagas cábalas, hija de la reflexión. Hay que actuar antes de deliberar. ¡Vamos!

Y fueron marchando juntos a través de las inmundas inmediaciones de la estación que estaban casi vacías. Tenían frío e iban despiertos y ansiosos de acontecimientos, vestidos muy raídamente y lavados de modo no excepcionalmente limpio, ya fuera culpa del jabón de tiempo de guerra o de su despreocupada juventud.

Eran ambos de una palidez enfermiza y amarillenta. Ambos ya con arrugas y con protuberante s narices y ambos con ojeras oscuras. Mas había en los dos la misma

mirada fría, clara y un poco férrea, desprovista de ilusiones. Ambos estaban hambrientos en todos los aspectos, sin que el hambre les despojara de un apetito ilimitado hacia todo —¡absolutamente todo!—, tanto lo hermoso como lo odioso, ya fueran patatas o huesos, tanto lo sublime como lo rastrero.

Iban hacia la plaza de Potsdam, uno junto al otro, llevando sin quererlo el mismo paso y sin ocurrírseles la idea de molestarse en darse el brazo o cogerse de la mano; sin el menor asomo de ternura.

Fríos, pero llenos de luz.

Ejemplo modelo de que no podía acabarse con la vida.

—¡Mira! —dijo Heinz, deteniéndose de pronto.

Un gran camión pintado de vivos colores al uso del «camouflage» militar dobló la esquina de la Sessaustrasse. Iba repleto de marineros de torso desnudo con sus uniformes azules. Las cintas de sus gorras ondeaban al viento y llevaban pantalones amplísimos. Iban con el fusil en la mano, con pistolas ametralladoras y una ametralladora pesada en el centro, en tanto que sobre ellos ondeaba la bandera roja.

Iban cantando una canción ininteligible entre el barullo reinante. Heinz vio tan solo cómo movían sus labios a compás y se fijó en los ojos claros y fríos que se destacaban en sus rostros.

Sintiéndose embargado por la emoción, dio un codazo a Irma.

—¿Ves? Es formidable.

Ella asintió.

Tras del camión, tras del grupo de armados marineros venía el cortejo, el interminable cortejo de los que iban a pie. Veíanse varias figuras con el uniforme gris de campaña, pero hasta incluso los que no iban vestidos de gris tenían un aspecto descolorido. Iban apretujándose unos tras otros en interminable procesión.

Hombres, mujeres, soldados, trabajadores... Un rapaz tenía abrazada a una mujer que llevaba un niño en brazos. El recadero de alguna empresa empujaba su carrito en medio de la procesión.

Caminaban dándose empujones, sin llevar el paso. Algunos cantaban. Otros se limitaban a tener la vista fija ante sí...

Sobre ellos ondeaban banderas, banderas rojas monumentales, extraídas quién sabe de qué comercios; banderitas prendidas presurosamente en mangos de escoba y largas tiras de tela roja de sombrío tinte prendidas a gruesos palos. Y por encima de ellas agitaban pancartas entre las que había unas de papel emborronado con grandes prisas y otras cuidadosamente pintadas que abarcaban toda la anchura de la manifestación y que clamaban: «Paz. Libertad. Pan ¡Abandonad vuestras actividades! ¡Huelga general! Abajo el militarismo, y ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!».

Así avanzaba la manifestación hacia la plaza de Potsdam.

En las aceras la gente deteníase a contemplarla en silencio. Los que en ella iban les gritaban:

—¡Venid con nosotros! ¡Habla Liebknecht!

Muchos se unían temblorosos a ellos, otros gustosamente, en tanto que otros hacían como si no hubieran oído o daban la vuelta intimidados.

—¿Quieres que nos unamos a ellos, Heinz? —preguntó Irma.

—Sí. Pero después. Lo encuentro bastante aburrido. Tratemos de llegar a la cabecera, junto a los marineros que allí hay música.

—¡Estupendo! —asintió Irma. Y fueron avanzando al lado de la manifestación en

dirección a su encabezamiento.

Mas de pronto surgió un obstáculo.

Por la acera y en dirección contraria a ellos venían tres suboficiales con maletas de cartón en la mano. Se veía claramente que estaban de paso por Berlín y que se dirigían de una de las estaciones a la otra... Iban muy juntos uno con otro sin mirar al camión en el que iban los marineros, cual si no tuvieran la conciencia tranquila...

A poco se destacó de la cabecera de la manifestación un joven que les salió al encuentro; un joven elegantemente vestido con guerrera de seda y calzado de «knickerbockers», que tenía todo el aspecto de un oficial, mas no llevaba ni insignia ni condecoración alguna. Solo un brazal rojo.

En cuanto Heinz vio aquel joven de rostro pálido, apuesto y un poco descarado, dirigirse hacia los tres suboficiales, le oprimió el brazo a Irma, conminándola a que no siguiera adelante y le susurró excitadísimo:

—¡Mira! ¡Es Erich!

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué Erich?

—Erich; mi hermano. ¡Y nosotros que le seguíamos creyendo en el frente!

Junto con otros Irma y Heinz se abren paso hacia el grupito ante el que el joven ha quedado en pie. Del camión en marcha saltan dos marineros que van con paso vacilante, ametralladora en mano y ondeándoles al viento los amplios pantalones, hacia el grupo que cada vez va haciéndose mayor. Y la gente les deja sitio con apresuramiento y pleitesía, contemplando admirativamente a los héroes de la revolución...

El joven del elegante uniforme gris campaña que conocemos como Erich Hackendahl, golpea con un dedo en los galones del más cercano a él de los suboficiales.

—Mejor será que nos quitemos esto, ¿eh, camarada? —le dice a media voz—. ¡Esa cosa de ahí! Ya ha dejado de existir...

El suboficial contempla tembloroso al joven. Y al reconocer que también él es un oficial, o por mejor decir que lo era, le dice suplicante:

—Si nos vamos en seguida. Solo es llegar a la estación. Me gustaría poderlos llevar a casa... Los he ganado honorablemente en el campo de batalla, camarada...

Pero se ha equivocado con el joven, que no es tan amable y delicado como su porte lo da a entender.

Erich Hackendahl agarra con ambas manos súbitamente por derecha e izquierda uno de sus galones y tira de él con tal violencia, que las costuras crujen y el hombre queda tambaleándose, y mientras lo hace va exclamando:

—¡Ese asco ha dejado de existir! Han dejado de existir los superiores. Ha dejado de existir el servicio. Los militaristas han dejado de existir.

Y a cada «ha dejado de existir», le da a aquel hombre un nuevo empujón. Desde hace ya rato no es solo él el que empuja. De todas partes golpean al suboficial y a sus dos compañeros. Y las grandes figuras de los marinos están impertérritas de pie tras

del coro que empuja e insulta. Tan solo una vez uno de los marineros se abalanza sobre tres que le preceden y le golpea en el cráneo con la culata de la pistola a uno de los suboficiales que se debate para resistirse con gran energía, de tal modo, que el hombre cae desplomado sin emitir ni un gemido.

Apartados a un lado, como no operantes en la reyerta, están Heinz e Irma.

—Yo me encuentro mal. Podría vomitar. ¡Cincuenta contra tres! —exclama Irma, indignada...

—Tal vez tenga que ser así —dice Heinz sombríamente—. Puesto que todos están conformes...

—¿Es conforme luchar cincuenta contra tres? ¡Es una cobardía! —exclama Irma.

—Verdaderamente, es deplorable —convino Heinz— que le hayan hecho eso a un hombre joven desarmado y sin culpa alguna. ¡Y que precisamente Erich esté con ellos!

—¿No puedes ir a decirle algo? —le conminó Irma—. ¡Siendo tu hermano puedes muy bien!

—Lo probaré —dijo Heinz, dando unos cuantos pasos hacia el motín.

Mas al llegar a él lo encontró casi disuelto. Unos cuantos empezaron a correr para volver a unirse a la manifestación y otros fueron desapareciendo repentinamente por las calles adyacentes. Iban con el rostro rígido y sin mirar a nadie, cual si se avergonzaran. Uno de los golpeados yacía en el suelo, el segundo se inclinaba sobre él y el tercero, en pie, con la cabeza inclinada, se secaba la sangre que le manaba del rostro.

—¡Erich! —llamó Heinz a su hermano, que se retiraba entre dos marineros.

Erich se volvió y se quedó mirando fijamente a Heinz.

Al principio su rostro mostró una expresión de extrañeza que evidenciaba que no le había conocido, mas al poco enrojeció vivamente, haciendo ostensible que reconocía a su hermano, a su hermano, que volvía a ver precisamente en aquel momento...

—¿Tú, Bubi? —preguntó lentamente—. ¿Qué estás haciendo ahí?

—¿Y qué estás haciendo tú? —preguntó Bubi, en vez de responderle, mirando a los golpeados, entre los cuales acababa de recobrar el sentido el que lo perdiera, y levantando la vista del suelo dirigió la mirada en torno suyo, despertando penosamente, cual si no fuera posible cuanto le había sucedido...

—¡No es más que un infeliz, hasta hace poco carne de cañón! —continuó Heinz, indignado—. ¿Es que en su patria ha de recibir los malos tratos que logró ahorrarse en el campo de batalla?

—¿Tu hermanillo, Hackendahl? —preguntó burlonamente uno de los marineros—. ¿Todavía no has visto nunca correr la sangre? Ven, pequeño, que entre nosotros lo aprenderás.

Y, riendo, le estrechaba la mano a Heinz.

—¡Yo no me trato con los que usan la culata de sus pistolas de esa forma! —casi

gritó Heinz—. Odio la violencia ...

—Eso es lo que decía yo siempre —dijo, imperturbable, el marinero— cuando mi padre me daba una paliza. Al que no quiere escuchar, hay que darle para que entienda.

Y miró burlescamente hacia los tres suboficiales que a la sazón partían del lugar apoyándose uno en otro. Partían sin galones. Habían asimismo «perdido» sus maletas.

—¿Bueno, al final qué, Hackendahl? —preguntó el otro marinero—. ¿Hay que ir al Palacio o al Reichstag? Dinos la verdad, pues no estamos para oír a tus amigos los partidarios de Scheidemann.

—¡Al Reichstag! —dijo Erich con convicción—. ¡En el Reichstag habla Liebknecht!

—¡Como nos engatuses, te la cargas! —dijo amenazadoramente el otro marinero.

—¡Ya lo sé! ¡Al Reichstag! —repitió con decisión.

—¡Pues andando! —exclamó el otro marinero. Ambos se dirigieron corriendo a la calzada, saltaron al estribo de uno de los camiones que pasaban, le gritaron algo al chófer y se fueron siguiendo a la manifestación. A pesar suyo, tuvo que reconocer Heinz que jamás había gente que tuviera tanto desparpajo.

Erich parecía respirar satisfecho.

—¡Van a quedar boquiabiertos! —dijo de pronto con una sonrisa forzada—. Donde precisamente habla Liebknecht es en el Palacio.

—¿Y les has mandado al Reichstag?

—Claro. Precisamente Liebknecht es una especie de competidor nuestro. Y a esta gente en el fondo le es igual oír a unos que a otros...

—¿Y quiénes sois vosotros? —preguntó Heinz. Irma estaba junto a ellos y su mirada iba avispadamente del uno al otro de los hermanos:

—Querido hermano, me es completamente imposible explicarte aquí, en la calle, la situación política, que, por otra parte, es bastante complicada —dijo Erich con todo el aplomo propio de su condición de hermano mayor—. Por lo demás, no estaría nada mal que te fueras a casa a hacer tus deberes del colegio. Aquí de vez en cuando se cruzan algunos disparos.

—Exquisito, mi rojo hermano —dijo Heinz, que con la advertencia fraternal recuperó el altisonante tono empleado en el colegio—. En cambio, el viejo cabecilla está desde hace tiempo con su «squaw» en el «wigwam». ¿Les diré a los progenitores que mi rojo hermano merodea por aquí y está en el sendero de la guerra? ¿Desde cuándo, para puntualizar?

Erich enrojeció vivamente. El rojo hermano había literalmente enrojecido.

—¡Deja estas estupideces, Bubi! —dijo con grosería—. Lo mejor es que no les digas nada. Por ahora no tengo tiempo de ir a verles. Te aseguro que iré pronto. Tal vez muy pronto.

—¡Lejos de ello! —se debatió Heinz—. Jamás la mentira ha salido de esta

boca...

—Por lo menos no tienes ninguna necesidad de contarle a padre lo que acaba de ocurrir. No entiende las cosas como yo...

—Yo tampoco...

—Bueno, pues mira, Bubi. —Y de repente fue el Erich de otros tiempos, tan radiante y simpático—: ¿Es tu amiga...? ¿No quieres presentarme?

—Irma Quaas —dijo Irma, antes de que terminara.

—Erich Hackendahl. Mucho gusto. Mira, Bubi: ahora tengo el tiempo justísimo... Tengo que ir al Reichstag... Habla allí uno de los nuestros...

—De los vuestros...

—Al pueblo. También vosotros tenéis que ir a oírle, puesto que estáis ya aquí. Y luego, hacia las siete, espero que podremos hablar plazeramente entre nosotros. Venid al Reichstag. Tengo allí un departamento. —Lo dijo con indiferencia, pero resultaba fácil notar lo orgulloso que estaba de aquel despacho—. Allí te lo explicaré todo. Aquí tienes un pase para que os dejen entrar...

Y le dio a Heinz una notita estampillada.

—Por lo visto hace ya bastante tiempo que estás en Berlín, Erich —dijo Heinz, molesto.

—¡Qué va! ¡No tanto como eso! Bueno, pues hasta luego en el Reichstag. A las siete. Tengo que cuidar de llevar a mis ovejas al establo adecuado...

Y reía de un modo que a Heinz le resultó desagradable. Luego también él corrió hacia la calzada, y subiéndose a un tranvía les hizo un nuevo signo de despedida con la mano y partió.

Ambos quedáronse mirándole atónitos. Luego Irma respiró hondamente.

—Es un perdonavidas, lo he visto en seguida —dijo. Heinz la cogió por los hombros y la sacudió excitadamente.

—¿Qué estás diciendo, vástaga del papel? ¿Perdonavidas llamas a mi amantísimo hermano?

—¡Eso es! ¡Qué ojos más bonitos y más falsos tiene! ¡La manera cómo me ha mirado cuando, por fin, se ha dignado fijarse en mi! Es de los que creen que les basta una mirada para que todas las chicas quieran tener un hijo con él.

—¡Irma! ¡Compórtate como es debido! Piensa en tu canosa madre, que vive con la firme convicción de que sigues creyendo en la cigüeña. Pero no te falta razón: es muy falso y se ha vuelto aún más falso desde que estuvo en el frente.

—Estoy segura de que ese no ha estado nunca en el frente.

—Bueno, en la retaguardia.

—Eso ya lo creo más. Oye, Heinz: me parece que habrá querido librarse de ti. Cuando preguntemos por él en el Reichstag, nadie sabrá darnos razón.

—Ves, esto no lo creo. Lo de padre le resultó muy penoso. Nos querrá convencer para que no le digamos a padre todo lo que ha pasado.

—¡Enséñame la contraseña que te ha dado!

Ambos estuvieron examinándola. Era una notita sucia y cuyo texto, escrito a máquina, decía que el poseedor estaba autorizado para penetrar en el Reichstag. Y más abajo leíase: «El delegado popular. Por mandato». Y un garabato ilegible. En la estampilla se leía perfectamente: «Consejo de Trabajadores y Soldados. Berlín».

—¡Parece legítima! —dijo Irma—. Podemos probar.

—Ya te digo que le interesa estar a bien a causa de padre. ¿Qué haremos hasta las siete?

—Vamos a oír los discursos. Yo quisiera llegar a comprender lo que pasa.

—Yo también. Vámonos al Reichstag.

La multitud ennegrecía ya la plaza del Reichstag. Y constantemente acudían nuevos tropes de gente que esperaban pacientemente. Bajo el palio de sus rojas banderas se dejaban llevar de aquí para allá por los comisionados, acabando por adherirse a la masa de los demás, silenciosos, lúgubres y con los rostros contraídos.

A Irma y a Heinz les resultó más fácil. Con toda la destreza y desenvoltura de los chiquillos berlineses, fueron colándose entre la muchedumbre, debatiéndose e insultando cuando les apretujaban. Iban clamando que querían unirse a su madre, cuyo sombrero veían allá a lo lejos. Riendo pasaron por: debajo del brazo de uno de los que contenían a la multitud, y llegaron sin respiración, completamente magullados, hasta el monumento a Bismarck. Desde algún punto distante oían una voz que hablaba a gritos.

Un momento más tarde se encaramaban al monumento. Unos cuantos metros por encima de las cabezas de la gente se sentó Irma sobre la bola del mundo que sostenía una estatua, en tanto que Heinz se balanceaba en los brazos de una mujer de bronce, apoyándose en el globo terráqueo en que estaba su amiga.

Y como sucede siempre que alguien se eleva, los que estaban por debajo de ellos daban su asentimiento. Aprobaban con inclinaciones de cabeza.

—Mira el chico ese. Tampoco la chica está mal colocada. No se te vaya a enfriar el trasero, niña, que estás sentada justo en el Polo Norte. Oye, tú chico: no te apoyes en el pecho de esa dama, que eso no lo hace un hombre educado.

—Decidnos, ¿quién es el que habla? ¿Es Liebknecht?

—¡Creo que es Scheidemann! —dijo Heinz, por si acertaba.

Pero no era Scheidemann, sino un individuo bastante grueso y moreno el que estaba en pie en los escalones del edificio del Reich, lanzando a gritos frases por encima de las cabezas de la muchedumbre. El pueblo, en pie, escuchaba o no escuchaba pacientemente. «Tan paciente en pie como suele estar siempre», pensó Heinz.

Si a pesar de todo quería hallarse una diferencia de cuanto hasta entonces venía ocurriendo, la diferencia recaería, según descubrió Heinz, en que el individuo que hablaba allí en lo alto vestía de paisano. Para puntualizar más, vestía una levita negra y pantalones a rayas grises. También llevaba en la mano un sombrero hongo negro, con el que con frecuencia hacía el ademán de subrayar alguna de sus frases.

Hasta entonces solo se habían dirigido al pueblo gentes que vestían uniforme. Al Kaiser solo se le había visto de uniforme, e incluso una persona tan antimilitarista como el filósofo canciller von Bethmann-Hollweg llevaba casi siempre uniforme.

Era una diferencia pequeñísima, pero hasta a un colegial inexperto como Heinz le llamaba la atención. Pues tampoco allí faltaban del todo los uniformes: cuatro escalones más abajo de donde se hallaba el orador estaban en pie ante el Reichstag unos soldados con el uniforme gris de campaña, el casco de acero, los fusiles en banderola y granadas de mano en el cinto. Eran como una verja entre el orador y su pueblo, aquel pueblo del que el orador proclamaba la victoria...

Por muy arriba que Heinz e Irma estuvieran podrían entender perfectamente lo que en aquel momento proclamaba a gritos el orador...

Proclamaba la victoria del pueblo alemán, una victoria total... El derrumbamiento de la época militarista. ¡Abajo con el militarismo! ¡Abajo con el Kaiser, las reinas, archiduques y príncipes! ¡Abajo con la casta señorial! Los que habían triunfado eran el trabajador y el soldado alemán...

—¿No dirá nada de la guerra? —dijo Heinz con un murmullo indiferente—. Hemos estado luchando cuatro años contra el mundo entero y no hemos sido derrotados. ¿No mencionará las condiciones del armisticio?

Ella asintió con calor. Precisamente acaban de leerlas. «Desocupación de la orilla izquierda del Rhin, entrega de 5000 cañones, 2000 aviones, 30 000 ametralladoras,

ocho cruceros, 100 submarinos...».

Fueron susurrándose al oído una lista interminable en tanto que el pueblo sombrío, silencioso y paciente seguía escuchando las palabras del orador...

«Donación de todos los barcos de guerra...».

«Renuncia al África Oriental».

«Permanencia del bloqueo del hambre...».

«Devolución de todos los prisioneros aliados...».

Mas sin derecho alguno a la devolución de los prisioneros de guerra alemanes...

«Anulación del tratado de Brest-Litovsk...».

—¿Así es que no va a hablar de nada de eso?

El orador hablaba de la victoria del pueblo alemán, del triunfo del socialismo: «Guardémonos de ensuciar la pureza del pueblo».

No pudo seguir hablando. Se hizo oír una detonación, al principio suave y luego cada vez más fuerte... La multitud empezó a agitarse, empezaron a oírse gritos en la lejanía... gritos que fueron acercándose. Las cabezas se pusieron en conmoción para resguardarse, semejando a cuando pasa una ráfaga de viento por un campo de trigo...

Los estampidos siguieron resonando. A poco empezó el griterío...

—¡Están disparando sobre nosotros! ¡Con ametralladoras! ¡Son los partidarios de Liebknecht! ¡Espartaquistas! ¡Asesinos!...

Y en creciente estruendo:

—¡Corred! ¡Sálvese el que pueda! ¡No nos vamos a dejar matar! ¡Socorro! ¡Socorro!

El orador cesó en su discurso. Miró de dónde provenían los estallidos y tras de hacer un ademán de impotencia, se metió entre las columnas del portal.

Los soldados echaron mano a las bombas de mano que en sus cintos llevaban...

—¡Disparan! —murmuró Irma con los labios completamente blancos—. ¡Pronto; ayúdame a bajar! ¡Heinz! ¡Heinz!

—Yo no veo nada —dijo Heinz. Dirigió la vista hacia la periferia de la multitud que se dispersaba. Vio correr a la gente y vio la gris capota de un auto...

—¡Muévete! ¡Ayúdame! ¡No estoy dispuesta a dejarme matar!

Y se deslizó entre sus brazos tan inesperadamente que le hizo tambalearse. Medio se descolgaron, medio cayeron sobre la multitud que forcejeaba desesperadamente, gritando en su dispersión...

—¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Corre! ¡Heinz, cógeme!

Hombres, mujeres, niños, todos corrían para salvar sus vidas: algunos en silencio, otros gritando, otros llorando... Muchos fueron los que cayeron en su carrera; algunos les ayudaron a levantarse y sobre otros fueron pasando los pies de los fugitivos, sin que nadie atendiera a sus gritos.

Los disparos parecieron irse acentuando...

El pánico había apoderado de todos. Sin pararse a reflexionar salieron huyendo del orador, huyendo de las banderas que yacían desgarradas en el suelo, huyendo de

las destrozadas pancartas con las inscripciones: «¡Paz! ¡Libertad! ¡Pan!».

Heinz e Irma corrían entre los demás. Eran jóvenes, tenían buenas piernas y corrían con celeridad. Corrían el uno junto al otro cogidos de la mano. Rato hacía que habían salido de la plaza y corrían por calles y más calles...

—¡Corre!

—¿Tú puedes aún?

—¡Déjate y corre! ¡Corre!

De pronto advirtieron que corrían solos.

Corrían por una ancha calle en cuyo centro había una faja de verdor que dejaba una calzada a la derecha y otra a su izquierda. Ellos corrían por aquella faja de verdor...

Heinz trató de serenarse. «Estamos yendo directamente a donde se oyen los tiros», pensó. Y viendo un portal abierto exclamó:

—¡Ven! —Y ambos desaparecieron en aquel cobijo. Durante largo rato estuvieron allí en silencio, pasándose temblorosamente las manos por sus sudorosos rostros, mientras escuchaban el tiroteo que seguía resonando en todas direcciones. Incluso les pareció oír el rápido y desazonador repiqueteo de una ametralladora...

Mas lentamente se les fue calmando la respiración y les dejó de latir el corazón tan aceleradamente. Allí, amparados en el portal y a solas, sintieron lo buena e inapreciable que es la vida... Los disparos trepidaban...

—¡Bueno, Irma! —dijo Heinz, tratando de levantarle la cabeza, con lo que cayó de improviso en la cuenta de que ella estaba llorando silenciosamente sobre su pañuelo—. ¡Menudos timoratos somos! ¡Lo que hemos corrido!

—¡Estate quieto! —exclamó ella indignada—. ¡Cobarde!

—¡Vaya, Irma! —dijo él completamente desconcertado Por aquella primera manifestación de la mujer en su amiga que le resultaba completamente incomprensible, puesto que ella había sido la primera en desear que corrieran—. ¡Cálmate, hija de la Lamentación! ¡Como muy héroes no nos condujimos ninguno de los dos...!

—¡Te callarás de una vez! —exclamó ella golpeando el suelo con uno de sus pies.

Habiendo perdido por completo el dominio de sí misma y temblándole todo el cuerpo le resultaba insoportable la excelente disposición de ánimo y el tono burlón de la voz de su amigo. Y cuando este trató, bromeando, de apartarle el pañuelo, le abofeteó en pleno rostro...

—¡Caramba, Irma! —dijo por tercera vez—. ¡A qué viene eso! ¿Es que te ha dado algo?

Mas aquella vez quedó él gravemente ofendido y se colocó en el otro extremo del portal mirando tan solo de vez en cuando, con una profunda arruga reflexiva, hacia su amigueta, que a la sazón lloraba aún más incomprensiblemente...

—¡Mira qué dos preciosidades! —se oyó decir a una voz burlona desde la entrada—. ¿Qué es lo que os ha hecho esconderos ahí? ¡Venid aquí los dos!

A la entrada había un marinero. Un hombrecillo de tez oscura, de rostro descarado y mal intencionado, con una pistola en la mano...

—Bueno, ¿venís pronto? —gritó groseramente, viendo que ambos titubeaban—. ¡Manos arriba, rapaz! Acabas de disparar, ¿eh, imbécil?

—¡Yo no he disparado! ¡No llevo nada con qué disparar! —replicó Heinz acercándose al marinero—. Compruébelo usted.

—¡Menos humos! —dijo amenazadoramente el marinero—. ¡Te conozco, socialista, más que socialista! ¿Quieres traicionar a la revolución, eh? ¡Asesino de tus hermanos!

Y con manos expertas y prontas cacheó al joven.

—¡Ven tú ahora, chiquilla! —exclamó luego con tono cambiado—. Como es natural te habrá dado a esconder la pistola este muerto de miedo. Es un verdadero socialista...

Muy pálidos, pero decididos a no dejar traslucir nada de su miedo ante aquel hombrecillo mal intencionado, se enfrentaron ambos con él...

—Le aseguro que no llevaba ningún arma, señor... marinero —dijo Irma con decisión—. Solo ha sido que estuvimos en la concentración que había ante el Reichstag y...

—¡Ah! —dijo el marinero prolongando burlonamente su exclamación, mientras con toda desvergüenza cacheaba a la muchacha—. ¡Estabais con los partidarios de Scheidemann! ¡Vaya unos héroes! ¡Y habéis venido corriendo hasta aquí! ¡Gallinas!

Despectivamente estuvo un rato contemplándoles.

—¡Dispararon contra nosotros! —replicó testarudamente Heinz.

—¡El miedo vino contra vosotros! —dijo el marinero, riendo burlonamente—. ¡Veinte mil hombres corriendo como liebres por haberse soltado el escape de un auto! ¡Lo que nos hemos reído!

Y despectivamente se quedó contemplando a ambos que iban enrojeciendo por momentos.

—Pero ahora se están oyendo tiros por aquí —insistió Heinz—. Usted mismo lleva una pistola.

—Ah, por ese poco de jaleo. Esto no es más que vosotros, los socialistas, estáis indignados de que se haya disuelta vuestra manifestación. Ya veréis qué pronto pongo yo paz ahí.

—¡Ven, chiquilla! —dijo—. ¿Qué vas a hacer con ese acoquinado que se ha ensuciado en los pantalones? Con nosotros comerás cuando quieras y te divertirás un rato...

—Gracias —dijo Irma—. Mejor será que vaya usted solo. A mí no me gusta que me maten de un tiro.

—¿Matarte de un tiro? ¿Quién habla aquí de eso? Tengo detrás de mí cuatro años de guerra y aun nadie me ha matado de un tiro. No vais a ser vosotros, piojosos socialdemócratas, los que... ¡Ya verás, chiquilla, cómo no pasa nada!

Y levantando la pistola cruzó la calzada yendo a la faja de verdor que había en el centro de la calle.

—¡Dejen la calle libre! ¡Cierren las ventanas! —gritó—. ¡Cierren ventanas! —repitió a gritos.

Luego levantó la pistola y disparó.

Se oyó el resquebrajarse de un cristal y la estrepitosa caída de los pedazos en el adoquinado.

El marinero se dirigió de nuevo a ellos:

—¿Qué te ha parecido, chiquilla? ¡Ya ves cómo no pasa nada!

—¡No, gracias! —exclamó Irma como respuesta.

—¡Pues quédate con el gallina de tu socialista! —le contestó a gritos, blasonando de indiferencia.

Y se marchó calle arriba con sus pantalones amplios que ondeaban al viento, levantando la vista hacia las casas de derecha e izquierda, disparando algunas veces y esquiando otras los disparos, sin dejar de gritar con indiferencia:

—¡Dejen la calle libre! ¡Cierren las ventanas!

Así desapareció de su vista.

6

—¡Ese sí que no es un cobardón! —dijo— Heinz, no con intención, sino pensativamente.

Irma exclamó inmediatamente:

—¡Heinz, por Dios! —y añadió en voz más baja—: No me gustaría nada que fueras así.

—Ya lo ves —opinó Heinz—: No se puede negar que es de ánimo valeroso. Y, sin embargo, ¿es esta la clase de valor que está bien? ¿Habrá varias clases de valor? Si las hay, habrá también distintas especies de cobardía...

—¡Déjate de eso! —dijo Irma—. Todo esto son pamemas. Sé perfectamente que cuando tienes que tener ánimos los tienes como el que más. Y yo lo mismo.

—¿Lo ves? —exclamó Heinz jovialmente—. ¿También a ti te parece lo mismo? A pesar de ello hemos corrido como liebres al oír el escape de un auto.

—No debe de ser verdad. Tal vez lo dijo con el solo propósito de molestarnos.

—No creo que sea así. Por otra parte vi el coche allí parado...

—¡Habérmelo dicho!

—¡Si caíste en mis brazos directamente desde el Polo Norte!

—Hoy estás empeñado en fastidiarme.

—Y tú en abofetearme.

—Sabes muy bien que no lo hice con intención.

—¡Vaya que sí!

—No.

—¡Y tanto! Me diste con el puño en plenas narices. Con toda la intención. Eres una mal intencionada.

—¡No!

—¡Embustera!

—Toda mi vida he aborrecido la mentira.

—¡Qué va!

—¡Y tanto que sí!

—¡Lo ves! Tú misma te desmientes.

—¡Antes me arrojaría a la pira! —E hizo como un movimiento.— ¡Quisquillosa!

—Gracias...

Callaron. Estaban excitados, pero aliviados. Al cabo de un rato exclamó ella:

—¡Heinz!

—¡No!

—¡Heinz, hombre!

—¡Que no, digo!

—Tan solo me propongo preguntarte si está la calle tranquila. ¡No nos vamos a estar aquí hasta la noche!

—No.

—No, ¿qué? ¿No está libre o no nos vamos a quedar?

—¡Ambas cosas!

—Testarudo.

—¡Gracias!

De nuevo se hizo un prolongado silencio y luego:

—¡Heinz!

—¿Qué quieres? Llámame por mi nombre que es Heinrich.

—Heinrich...

—No, por el amor de Dios...

—Heinrich, Heinrich mío.

—¿Qué te pasa? ¿Es que se te ha trastornado el sentido?

—Sí. Mírame, Heinz.

—Bueno. ¿Y qué?

—¿Qué estoy haciendo? —Y dio una patadita—: Ah, por el amor de Dios, no pongas esta cara tan estúpida.

—¿Estúpido yo? Hija de la Desazón.

—Déjate de estas palabrejas. ¿Es que no comprendes?

Y hacía insólitos movimientos con los labios.

—No tengo ni idea, hermana roja. ¿Tienes dolor de muelas?

—¡Heinz...! ¡Ven aquí! ¡Acércate más! ¡Mírame! ¡Mírame bien! ¡No, no me contemples así! ¡Cierra los ojos! ¡Has de cerrar los ojos, mico! ¡Bien apretados! ¿Es que no sabes hacerlo...?

—Tengo ya los ojos cerrados...

—¿Bien apretados?

—¡Palabra de honor!

Hubo una pausa, al cabo de la cual preguntó él con impaciencia:

—¿Qué es esto? ¿A qué viene esta tontería?

Algo húmedo y caliente rozó su barbilla.

—¡Maldita sea! —Abrió los ojos—. ¿Qué has hecho? ¿Es que me has lamido...?

Ella le contemplaba, temblorosa de decisión.

—Te he dado un beso, Heinz —dijo solemnemente.

Él fijó en ella la vista. Con la mano hizo ademán de secarse la barbilla.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¡Esto es verdaderamente la revolución! ¡Un beso!

Ella dijo asintiendo:

—Sí, señor; un beso. Nuestro primer beso... porque te amo.

—¡Creo que te has vuelto loca! ¿Has olvidado que habíamos repudiado todas estas monsergas por su falta de estética? ¿Que eso que llaman amor no es más que un truco de la Naturaleza para la conservación de la especie? ¡No te comprendo, Irma! ¡Este tiroteo te debe haber trastornado!

—¡Todo me es igual! —con terquedad abjuraba de todos los descubrimientos, que

juntos habían hecho—. Te amo y por eso acabo de besarte.

—Bueno, Irma. Ya me dirás si encontraste que este beso era ni tan siquiera bonito.

—¡Qué va! ¡Era horroroso! Pero cuando unos se aman tienen que besarse. Así es. Tal vez haya que aprender.

—Pues yo no pienso.

—También yo tuve un miedo horroroso —confesó ella impúdica mente—. Mírame, Heinz. ¿Qué aspecto tengo?

—¿Qué aspecto quieres tener?

—Me refiero a si no se me nota nada del beso.

—¿A ti? Ni rastro.

—¿No tengo ninguna mancha? ¿No estoy particularmente enrojecida?

—Lo que estás es amarilla como un limón.

—Pues entonces probemos otra vez —decidió con inflexible energía.

—¡Por favor, Irma, déjate de estas tonterías!

Él estaba ilimitadamente desazonado.

—¡Por favor, Heinz! ¡Solo una vez más! ¡Te prometo que solo será esta única vez! ¡Vuelve a cerrar los ojos! Me avergüenzo, pero no es de ti de lo que me avergüenzo... E inclínate un poco, si no volveré a encontrarme con tu barbilla.

—Irma... —protestó Heinz débilmente.

Algo como un aliento rozó sus labios... Se concretó y se hizo como blando. Jamás hubiera pensado que los delgados labios de su amiguita pudieran ser tan blandos y tan calientes. Sus brazos se le echaron al cuello, y también aquellos brazos, que tan bien conocía y que eran como palos de delgados, le rodeaban como algo blando y firme. En sus oídos empezó a cantar la sangre una melodía dulce y hechizadora... Por primera vez oían sus oídos aquellos acordes, ya para toda su vida iban a quedar ansiosos de escucharla de nuevo...

Hubo un silencio absoluto, al cabo del cual Irma carraspeó:

—Creo, Heinz, que han dejado de disparar...

Estaban ilimitadamente perplejos y ni se miraban. Una vez más habían comido Adán y Eva la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. Y se avergonzaban al descubrir que estaban desnudos.

—Hasta las siete nos queda una barbaridad de tiempo.

—Sí; ¿qué te parece si fuéramos a ver a Tutti...?

—Acertadísimo. Vamos a ir inmediatamente.

Echaron a correr uno junto al otro hacia el interior de la ciudad. Ambos estaban demacrados, iban mal vestidos y habían crecido demasiado. Mas en ambos ardía el fuego vital. ¡Aquel día este fuego casi les asomaba a los ojos...!

Eva Hackendahl hace compañía a Gertrud Hackendahl, a quien todos cuantos la conocen verdaderamente —y son muy pocos— la llaman Tutti. Tutti oye mientras hace zumbir la máquina de coser, sin prestar gran atención y con el rostro ausente, el relato que Eva le está haciendo de los acontecimientos de la ciudad...

A Gertrud Hackendahl no le complacen mucho estas visitas de su cuñada. Cuando ocurre, Gustavito tiene que marchar inmediatamente al cuartito contiguo; no es conveniente que bese a la tía. Eva se ha convertido en los últimos dos años en lo que no hubiera sido ni por propia inclinación, ni por propio ánimo: en una muchacha de la calle. Este es, en el fondo, el motivo por el cual Tutti no recibe con gusto a su cuñada: a una mujer para quien el amor es algo sagrado, le es imposible dejar de repudiar a la que hace una profesión de sus exteriorizaciones...

Y a pesar de ello, Tutti Hackendahl sigue recibiendo a su cuñada, la soporta pacientemente y le deja que hable... Y lo hace porque precisamente Gertrud Hackendahl comprende que todo ser humano caído en desgracia ha de tener una isla en la que refugiarse del desespero de la vida cotidiana, que ha de conocer algún lugar en el que prive la paciencia, algo como un hogar...

Ella es para Eva tal hogar, una especie de lazo de unión con la Eva que otro tiempo fue. Allí puede ir a pensar y a hablar con la sensación de que aun pertenece a aquel lugar...

Tutti Hackendahl, la pequeña deforme, comprende perfectamente esta necesidad; ella misma tiene una de estas. Islas, uno de estos hogares...

Mira hacia la cómoda, en donde, colocado todo ello sobre un tapete de malla, tiene todo cuanto le recuerda a Otto Hackendahl: unas cuantas fotografías una cartera con las cartas que él escribió desde el frente —las manchas que en ella había hecho ya tiempo que se han ennegrecido—, todo cuanto ha podido ir recogiendo de sus tallas, una cajita con sus cuchillos, las limas, una sierrecita y un pedazo, de madera de tilo en la que yace oculto el Cristo que últimamente tenía proyectado, y junio a todo ello lo que ha traído su cuñado Heinz: los efectos escolares, unos cuantos cuadernos y un atlas muy gastado.

El segundo de sus hijos, el póstumo Otto, es aún demasiado pequeño. Pero al otro, que tiene a la sazón seis años, le muestra con frecuencia aquellas cosas y le describe a Otto Hackendahl tal como hoy le ve: un hombre valeroso y empeñado, una especie de artista en la talla...

Y cuando ya casi ha anochecido le cuenta a su hijo que las últimas palabras del padre fueron: «Es inútil, tenemos que avanzar».

Luego coge al hijo entre sus brazos y ora quedamente a Dios para que se albergue en él algo de estos sentimientos... «Como no le puedo dar de comer cuanto quiero —piensa con frecuencia—, lo que puedo darle es fe...».

No sabe qué clase de fe es propiamente; tan solo le parece que es una fe inmejorable...

¡El héroe y su tributo! Tal vez pudiera caer en el peligro de hacer un Dios de un ser humano y de un amor una pasión necia, pero vive para ello demasiado pegada a la tierra. Tiene que sufrir todas sus durezas. Tiene dos hijos por qué preocuparse y tiene que pasarse horas y horas ante las tiendas de comestibles. Cuando llega a su casa, ya muy fatigada, tiene que hacer la comida, limpiar la vivienda, lavar la ropa y trabajar además para ganar el pan cotidiano. La pensión de las viudas de guerra es mínima, y para ganar lo más imprescindible tiene que trabajar doce horas sentada ante la máquina de coser.

No duerme nunca más de cinco horas. Y aun le parecen ya muchas. El buen médico de la hermandad sacude la cabeza:

—¡No va a poder soportarlo más! ¡Se lo digo por centésima vez: váyase al hospital!

—Lo soportaré hasta que mis hijos sean mayores, señor doctor —dice ella, riendo—. Entonces descansaré.

El médico la mira pensativamente. No está aún del todo seguro de que antes de que se promulgue la paz no tenga aquella mujer su propia paz. Pero desconfía de sus conocimientos médicos. Desde el punto de vista médico, por lo menos la mitad de sus pacientes hubiera debido morir de hambre. Y, sin embargo, acuden a él de continuo aquellas mujeres que casi no duermen, superfatigadas y casi muertas; que, no obstante, siguen viviendo.

Y ¿no parece que el fuego vital arda con más intensidad en aquel cuerpo débil y deforme en vez de hacerla con menos?

A pesar de todo, se puede vivir contando para ello con dos hijos y un sueño.

La máquina de coser realiza, rauda, una costura ascendente otra descendente y se aplica a otra pieza. Gertrud Hackendahl trabaja mientras va oyendo lo que Eva le cuenta.

Eva habla naturalmente de la revolución, tal como a ella le parece, y, como es lógico, aquella revolución no le parece tener otro alcance que el que a un hombre determinado afecta. Este hombre es, naturalmente, aquel a quien... Y «aquel a quien». Eva Hackendahl dedica su atención, sigue siendo Eugen Bast.

Eva Hackendahl no ha amado jamás en su vida a hombre alguno. Su primera y única experiencia amorosa fue Eugen Bast, a quien ha odiado y temido siempre con todas las fuerzas de su débil corazón. Considerada desde el punto de vista amatorio, Eva Hackendahl sigue siendo una férrea doncella. No ha amado jamás a hombre alguno ni ha mirado a hombre alguno deseando ser suya. A todos los hombres los conoce por una sola faceta. ¡Y de que esta faceta le resulte repugnante se ha cuidado bien Eugen Bast y unas cuantas enfermedades!

Y va hablándole a su cuñada. Habla por los codos, diciendo que si ha oído esto y lo otro y dándole mil vueltas al asunto. Siendo Eugen Bast un tema inagotable, inagotable resulta su charla.

Eva sigue siendo bella, con la única salvedad que su rostro ha adquirido una cierta dureza y que hay en su voz un algo de lloriqueo...

—Pues sí —dice—, el que mandaba a los marineros me dijo que mañana iban a soltar a todos los que están en las cárceles. A todos; no tan solo a los políticos...

El rostro de Gertrud refleja la distracción: para que se vean de nuevo en la calle los Eugen Bast de este mundo no ha luchado y caído Otto...

—Y debe de haber algo de cierto en ello —prosigue Eva—. A Liebknecht ya le han soltado, y yo misma le he oído hablar ante el palacio. Y era de los que están dentro. ¿Qué opinas tú, Gertrud?

—¿Liebknecht? ¿Es aquel que siempre estaba echando pestes contra la guerra? Un hombre así no me interesa, Eva... No es para mí. ¡Arreglada iba a estar!

Eva no ha atendido a la respuesta. Pocas veces escucha. ¡Si tuviera que atender a todas las habladurías de la gente con quien trata, habladurías de borrachos y de obcecados!

—¡Tan solo me queda la esperanza, Gertrud —prosigue en sus reflexiones—, que él no está en Berlín! ¡Está en la cárcel de Brandeburgo! Tal vez en Brandeburgo no liberten a los presos. ¿A ti qué te parece?

—Si tienen un poco de juicio, dejarán allí a estos tipos —dice Gertrud Hackendahl vivamente—: ¡El trabajo que les va a dar el volver a encarcelarlos luego!

—¿Podrá ser que en Brandeburgo no haya revolución? —sigue reflexionando Eva—. Brandeburgo no es ciudad de primer orden. He estado allí dos veces a visitarlo. Y

se puede visitar a los presos más que dos veces al año. Y dentro de poco hará un año que está...

A todo esto, el rostro de Gertrud Hackendahl se ha endurecido y ha adquirido una especie de cerrazón. Encuentra desvergonzado por parte de su cuñada el hablar de estas cosas. «Hay que ver con qué desenvoltura habla abiertamente de cárcel y de ladrones». Y Tutti hace funcionar estrepitosamente la máquina.

—Pero yo siempre he tenido la negra en esta vida —sigue lamentándose Eva Hackendahl—. Y estoy segura de que también en Brandeburgo habrá revolución y soltarán a Eugen. ¡Yo que siempre creí que iba a tener paz por dos años! ¡Ah, Gertrud! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Hay a la sazón verdadero miedo en la voz de Eva. Tutti lo nota y detiéndose en su costura; se vuelve hacia su cuñada, diciéndole:

—¡Pues vete de Berlín! ¡Tienes unos pocos ahorros y puedes vivir donde sea! Por lo que sé de este tipo y por lo que de él me dices, creo que con esta revolución va a tener tanto que hacer en Berlín, que no se irá tras de ti.

—Sí, pero cuando se me acabe el dinero y tenga que volver aquí, me encontrará. Y entonces sí que me he caído. Ya te conté lo que me pasó cuando estuve trabajando unas cuantas semanas en aquella fábrica de munición. ¡No lo aguantaría otra vez!

Y, abatida, se queda presa de un pánico cervical, pensando en el tiempo en que Otto volvió del frente y ocurrió la historia de la fábrica de munición. Como no sabía a dónde ir, volvió a él. Se fue directamente a él, como un perro a quien su amo ha molido a palos se va por un tiempo y regresa. Vuelve continuamente a su despiadado amo, a los golpes, al hambre...

Y pasó por todo ello: por la dureza, los golpes y el hambre. Él la había apaleado desalmadamente y luego la había llevado inmediatamente a casa de una mujer. Aquella vez, en lugar de ser en la Langestrasse, en donde la paga era muy mala, fue en el Oeste, en la Augsburgstrasse. Allí había tenido ella que trabajar como ninguna otra de las chicas. Noche y día había tenido que pasear por aquella calle. ¡Y jamás encontraba él que había ya ganado bastante! Él la había despojado de su dinero hasta el último pfennig. Sin dejarle jamás ni un *groschen* para comer, vestirse o albergarse.

—Se te quedarían pegados —le había dicho, riendo—. En cambio, a mí no me importan. ¡Suelta el dinero!

Y tal fue su actuación con los golpes, las amenazas y la explotación monetaria, que incluso la dueña y las demás chicas la compadecían. Finalmente, acordaron pagarle a espaldas de él, y con ello le sobrevino la angustia mortal de que él se enterara.

¡Ah, cuán horrible fue la hora en que se enteró que tenía un traje de noche! ¡Un traje de noche muy escudo que, al fin y al cabo, necesitaba, porque los clientes querían ir con las chicas a los *cabarets* y otros sitios! En vez de llevarse el traje, le puso unas tijeras entre las manos e hizo que lo fuera cortando... Por si misma tuvo que cortar en pedazos el traje de seda tan hermoso y que tanto le gustaba, la única

prenda bonita que poseía. ¡Tuvo que convertirla en tiras que para nada servían!

Y en otra ocasión tuvo que escribir a la oficina de salud pública de Berlín, al dictado suyo, que se empadronaba como manceba... «Respetuosamente, Eva Hackendahl»... ¡Y todo ello en una postal!...

¡Ah, cuánto le había odiado y cuánto seguía odiándole aún! Y, a pesar de todo, sentía cada vez con mas fuerza que le resultaba inseparable, que no encontraba en sí misma el menor atisbo de fuerza para resistirse a él. ¡Cuánto envidiaba a las otras chicas y a su vida, libre de temores! Ellas podían comprarse lo que deseaban, podían quedarse en la cama cuando estaban fatigadas, no tenían que estar temiendo a cada momento que se acercara un Eugen a ellas con paso furtivo de gato y les preguntara con descaro: «¿Qué hay, paloma? ¿Cuánto dinero has reunido para tu Eugen? No me mientas, o te suelto un mamporro en la cara».

Hasta que el cielo o la Audiencia se compadecieron de ella y volvieron a enviar al dañoso Eugen Bast a la cárcel de Brandeburgo por tres años. Tres años de libertad, un respiro interminable. La dicha, el poco de dicha mezquina que puede aún extraerse de una vida echada a perder. Y tal final de aquellos tres años hubiera podido irse con el dinero ahorrado tal vez hacía África, a refugiarse en algún nido oculto. Allí podría comprarse una tienda un estanco o, mejor aún, una lencería, pues tenía gusto en la ropa blanca.

Y ahora, después de un año, había sobrevenido la paz. Una paz que le devolvía a Eugen Bast. Está a punto de gemir. Es inútil tratar de engañarle, porque él la descubrirá. Y si no la descubre inmediatamente cotilleará con la mujer y con las otras chicas. Y lo sabrá por ellas. Como había contado con tres años, comentó inconscientemente todos sus planes con ellas. Le sacará el dinero y los trajes, y luego la seguirá atormentando y castigando por cada una de las palabras que pueda haber dicho...

—A la sazón da rienda suelta a su desconsuelo y la cuñada, parando la máquina, le pregunta:

—¿Qué te pasa? ¿Tanto miedo le tienes?

Ella asiente.

—Estoy segura de que le dejarán salir, y entonces empezará todo de nuevo.

Gertrud Hackendahl sabe desde hace tiempo que a Eva no se la puede ayudar de ninguna manera. Así es que se limita a decir con indignación:

—¿Qué clase de tipos son esos que dejan sueltos a los presidiarios? ¡Tendrían que estar ellos mismos en la cárcel!

Y su boca fina, le tiembla convulsivamente.

—Son los marineros que han hecho la revolución. Ellos son ahora los amos.

—¡Vaya amos! —exclama Gertrud—. ¡Ya verás lo que pasa cuando el ejército regrese del frente! ¡Ya les enseñarán a los marineros cómo las gastan! ¡Liberar a los presos!

—¿Tú crees? —pregunta Eva, temblorosa—. ¿Crees que los soldados volverán a

encerrar a Eugen?—. Durante un momento fulgura una débil esperanza en ella, que se extingue inmediatamente.

—No, no —dice con un suspiro—, yo no tengo suerte. Los soldados no pueden hacer nada, en absoluto. Ya no tienen voz ni voto ahora que han sido derrotados y que hemos perdido la guerra...

—¿Qué estás diciendo? —pregunta Gertrud Hackendahl, levantándose de su máquina de coser. Y lo pregunta de tal forma que de repente reina en la habitación un silencio de muerte.

Eva no hace más que contemplar a su cuñada.

Está de pie ante ella, con su figura pequeña y deforme; se ha llevado las manos al corazón cual si sintiera un dolor. Fija en Eva los ojos muy abiertos.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta de nuevo con voz más baja—. ¿Que Alemania ha sido derrotada? ¿Que Alemania ha perdido la guerra?

—Todo el mundo dice... —empieza a decir Eva, desconcertada.

—¡Cállate la boca! —exclama Tutti de repente—. ¡Jamás vuelvas a hablar así delante de mi! ¿No te da vergüenza? ¿Es que no tienes el sentimiento del honor? Eres la hermana de Otto. —Su mirada huye rauda hacia la cómoda, pero a poco vuelve a posarse en la cuñada y la contempla llameante—. Sabes cómo murió y por qué luchó. Y te atreves a decir que ha sido derrotado, que se ha perdido...

—Gertrud, por favor. No me refiero a Otto...

—¿Para qué ha muerto, pues, si estamos derrotados? ¿En dónde nos han derrotado? ¡Dime en dónde hemos perdido ni una sola batalla! ¡Anda, dílo! ¡Qué oprobio! Hemos vencido. Hemos luchado contra el mundo entero y vencido. Alemania se ha librado de sus enemigos. ¿Y dices que nos han derrotado? ¿En dónde nos han derrotado, en dónde?

Y allí, de pie, da rienda suelta a su ira. Ha ido hablando cada vez más acelerada, y airadamente. Jamás en su vida ha estado tan enfurecida, Gustavito ha oído su voz y, de pie en el umbral, mira de la madre a la tía y contrae los puños...

—¡No le hagas nada a mamita! —exclama. Pero su madre no le presta atención.

—Es muy apropiado —exclama— que liberten ahora a los presos. Así puede ver todo el mundo la clase de revolución que se está...

Allí de pie sigue mirando con indignación a su cuñada. Luego se acuerda de a quien le está diciendo todo aquello y cae en la cuenta de que no tiene objetivo alguno, que su interlocutora no comprende nada y no tiene nada en sí. Otto en otro tiempo fue casi parecido a ella, pero tenía algo en él que el padre no pudo destrozar. Eva no tenía nada en su favor...

—Que jamás te oiga decir una cosa así en mi casa —le explica como conclusión—. Gustavito, vete a cuidar de tu hermanito... —y de nuevo se sienta a la máquina.

Al cabo de un rato dice Eva, débilmente:

—A mi me es completamente igual lo que la gente dice. La cuestión es que Eugen no vuelva a salir...

Gertrud no le contesta nada y sigue cosiendo. Precisamente en aquel momento ha vuelto a coger entre manos el primer trabajo que le ha dado una cliente particular: se dispone a convertir un abrigo militar de tela gris de campaña en un abrigo de señora. Hasta entonces no se le ha ocurrido detenerse a pensar, mas de pronto se le ocurre que anteriormente no tenía trabajos de aquella clase. Hasta entonces no había suficientes abrigos para los militares, y a la sazón aquel que tiene entre las manos está de más... Se va a convertir en un abrigo de señora, y, cada vez más enfadada, sigue cosiendo hasta que, finalmente, cesa en su trabajo y contempla el abrigo.

De improviso comprende, por aquella prenda que la guerra ha terminado definitivamente, que aquello por lo que Otto luchó ha terminado... Que la gente dice que la guerra se ha perdido... Lo que significa que también se ha perdido para ella. ¡Precisamente para ella!

Y le escapan fuertes sollozos.

—¡Gertrud! —advierete Eva—. Han llamado. ¿No has oído? ¿Quieres que vaya yo a abrir?

—No, déjalo; voy en seguida.

Y llaman de nuevo.

—¡Oye, Gertrud; Gertrud, un momento! —En la voz de Eva se percibe un temor indescriptible—. ¿Será, tal vez, Eugen? Por favor, déjame ir al cuarto, te aseguro que no cogeré a los niños. ¡Te aseguro que no!

—¿Crees tú —dice Gertrud— que dejaré entrar a este tipo en mi casa? ¡Jamás! Pero vete al cuarto. Solo que hazme el favor de dejar verdaderamente a los niños sin...

Una Gertrud Hackendahl cambiada completamente, más animada, hace pasar a Heinz y a su amiga Irma a la cocina. Es aquella la verdadera Tutti, que no olvidará jamás que Heinz es el único Hackendahl que la ha felicitado por su boda y que ha estado completamente de acuerdo con que les quitara a Otto. Le tiene, además, tanta simpatía a Heinz porque él la visita con frecuencia tan solo por charlar con ella, porque se está horas y horas con los niños, porque le trae a su amiguita de visita.

Ve en el joven, a pesar de su falta de madurez y de su hablar enfático, algo del marido muerto; un poco de honradez, una seguridad lenta y tenaz.

—¡Heinz, Irma! ¿Cómo estáis por aquí en un día así? ¡Entrad! —y añade, en voz más baja—: Eva está también aquí.

—¿Eva? —pregunta Heinz Hackendahl, prolongando las sílabas.

Queda un rato reflexionando y mira a Irma. No ha vuelto a ver a Eva desde que esta abandonara el hogar paterno.

—Bueno, no sé. ¿No sería mejor que nos marcháramos?

—¿Por mi causa? —pregunta Irma—. ¡No seas estúpido, Heinz!

—Entra con toda tranquilidad, Heinz —opina también Gertrud—. Es completamente... pacífica.

—Buenas tardes, Eva —dice Heinz, al entrar, un poco desconcertado—. Hace muchísimo que no nos vemos, ¿eh? Hemos envejecido, ¿no? Y durante este tiempo, ¿habéis hecho por aquí una revolución? ¡Qué barbaridad!

Pero se volvió inmediatamente hacia Tutti.

—Quiero enseñarte algo. Invertí en ello un *groschen*. Es para comenzar un archivo sobre la revolución sacó un diario del bolsillo, lo desplegó de modo que todos pudieran ver el título, y preguntó, orgullosamente: —¿Magnífico, no?

«La Bandera Roja», órgano de la Spartakusbunde —leyeron.

—Primer número. ¡Recién salido de la prensa! —rio disimuladamente Heinz—. ¿No os parece?

—«La Bandera Roja» —repitió Tutti con la frente arrugada—. Yo siempre

encontré que la bandera negra, blanca y roja estaba muy bien, Heinz.

—Naturalmente, ¿quién dice lo contrario? Tú todavía no has comprendido la ironía, Tutti. Míralo con toda atención y verás que es un antiguo diario escandaloso. Lo único que han hecho es sacarlo de su postración y bautizarlo de nuevo... ¡Cuando pienso que esta noche padre, en vez de su querido «Lokal Anzeiger» se va encontrar debajo de la puerta esta «Bandera Roja»!... —Y rio forzosamente.

—¿Y esto te parece una broma, Heinz? —preguntó Gertrud con tristeza—. ¡No te comprendo! No han hecho más que robarle el diario a los propietarios, robarlo descaradamente...

—Eso es, precisamente, la revolución, Tutti...

—¡Entonces, no me vengáis a mí con ella! Esta cuenta que van a libertar a los presos, y tú dices que roban diarios. ¿Esto es revolución? ¡Es una canallada!

—Yo te dije en seguida que no lo compraras —intervino Irma—. Cuando el incidente de los galones, había por todas partes banderas rojas, y luego, cuando tuvimos que salir corriendo de la manifestación porque pensábamos que disparaban, también estaba lleno de ellas...

—¡Parecéis haber visto muchísimo!

—Sí, os lo contaré en seguida... Pero antes quiero ver bien una cosa...

No podía dejar de hacerlo. A pesar de su poco éxito con el diario, les enseñó el pase para el Reichstag, informándoles de cuanto les esperaba y de cuanto les había sucedido.

Los labios de Tutti se apretaron con fuerza cuando oyó lo del desgarramiento de los galones.

—¿Y dices que eran suboficiales, Heinz...?

—Sí. Fue una estupidez por mi parte el contarte esto, Tutti.

—¿Y tu hermano es el que lo ha hecho? ¿No se le ha ocurrido pensar en que Otto...? ¡Es lo mismo que si un hermano despojara del honor al otro!

—Nosotros también lo encontramos muy rastrero —dijo Irma—. ¡Yo me puse mala!

—¡Jamás he podido soportar a Erich! —dijo Eva—. Siempre fue el favorito de padre, pero...

—No, en verdad la favorita de padre eras tú.

—No, Bubi. A mí; padre me tenía un gran cariño, pero a quien le tenía verdadero delirio era a Erich. Siempre obtenía lo que quería con sus risas.

—Un perro astuto sí lo es —convino Heinz.

—¡Un fanfarrón! —exclamó Irma—. ¡Un verdadero héroe entre mujeres!

—Heinz —rogó Tutti—, vuélveme a enseñar el pase.

Lo cogió y lo estuvo contemplando.

«Consejo de obreros y soldados» —murmuró—. ¡Si no ha vuelto ningún soldado del frente!

Y, levantando el pase, miró a Heinz.

—Heinz, si quieres hacerme caso a mí, arroja este pase y el diario a la estufa.

—¿Y no podríamos ir al Reichstag? ¡Pero si es altamente interesante, Tutti! Mira, te aseguro que no voy por Erich. Erich me es completamente igual. Pero es que aun no sé nada de la revolución. Hay que enterarse de algo. ¿Por qué se disparan unos a otros? ¿Por qué, entre los marineros, la palabra «social-demócrata» es como un insulto? ¿Qué es la Spartakusbund? ¿Por qué el héroe de mi hermano le roba a Liebknecht los oyentes? Yo creía que también Liebknecht era socialdemócrata. ¡Tengo que enterarme de todo esto!

—Pero ¿para qué quieres saber más acerca de ello, Heinz? —preguntó Tutti, excitada—. Sabes perfectamente que la revolución ha de ser algo malo. Piensa tan solo en el incidente de los galones.

—¡Ah, Tutti, tú no lo comprendes! —insistió Heinz, un poco desconcertado—. Dices que la revolución es mala solo porque así te lo dicta el sentimiento...

—¿Es que el sentimiento no dice siempre lo más apropiado?

—Sí, tal vez. Sí, seguro. Pero ello no basta. Uno tiene también cabeza. Uno tiene que «saber»...

—¿Y tú crees que por Erich lograrás saber algo? —preguntó Eva con indignación—. ¡No seas tonto! Lo único que quiere es embaucarte, para que no le digas nada a padre.

Heinz cerró con fuerza la boca. Sabía perfectamente que Eva no había podido sufrir jamás a Erich, y tampoco él, por su parte, le tenía simpatía ya... Pero uno no podía hacer como ella, que tan solo por odio, tan solo porque provenía de Erich, ya le bastaba para encontrarlo todo mal.

—Mira, Tutti —dijo, pasado un instante, sin prestarle atención a lo dicho por Eva—. Perdona que vuelva a empezar, si es que te da pena. Me refiero a lo de los galones. Estás indignada, y tanto Irma como yo lo estábamos también. Pero había en la calle cientos de personas, entre los que había también mutilados de guerra. También tú los viste, ¿verdad, Irma?

Irma asintió.

—Y puesto que ninguno de ellos ha levantado la mano; puesto que incluso los excombatientes opinaban «¡Abajo con los galones!», ha de haber algo más detrás de todo ello, algo más que pura mezquindad. Me refiero a que ha de tener todo ello algún sentido oculto.

—Lo rastrero será siempre rastrero —dijo Tutti con dureza—. No comprendo por qué te empeñas en buscarte un sentido, Heinz. La injusticia será siempre injusticia.

—Yo no digo —dijo Heinz con tesón— que lo injusto sea justo. Tan solo quisiera comprender, Tutti, por qué, de repente, toda la gente ha dejado de sentir lo rastrero que es que cincuenta hombres luchan contra tres.

—Pues yo no quiero comprender nada así —dijo Tutti; con amargura—. De una cosa así no quisiera ni estar enterada.

—Claro, Tutti pero con todo... —replicó Heinz—. También tú has hecho

injusticias encontrando que era bien justo...

Ella le miró perpleja.

—¿Que yo...?

—A pesar de todo, tú has comprado huevos y mantequilla doquiera que los hayas encontrado, diciendo: ¡Es justo!

—¡Esto es algo muy distinto! —dijo casi a gritos—. ¿Cómo puedes decir una cosa así, Heinz? ¿Iba a dejar morir de hambre a mis hijos?

—Naturalmente que es muy distinto, Tutti —dijo con suavidad—. No es que quiera hacerte rabiar. Lo único que tiene de parecido es que esto, los demás que pasan aún más hambre que tú, y los jueces que juzgan, lo encuentran injusto.

—¡Mira que comparar una libra de mantequilla, media fue la que me procuré, con el despojar de sus galones a los oficiales!

—No pienses ahora en lo de los galones. No son más que un símbolo de que no quieren aceptar ya más superiores e inferiores. Todos han de ser iguales, o algo parecido —se perdió en su disquisición, pero volvió a encontrar el hilo—. Piensa tan solo en lo que ha ocurrido a nosotros, los hijos Hackendahl con padre; a Otto también le ocurrió, Tutti.

—¿Qué le pasó a Otto? ¡No menciones a Otto cuando hables de ese despojo de galones!

—Hablo de padre; de padre y de Otto. ¿Es que Otto no odió también a padre y se rebeló, finalmente, contra él? ¿Qué pudo haber pensado padre mientras ello ocurría, Tutti? También Otto le arrancó a padre los galones...

Durante un momento reinó en la cocina un silencio mortal. El joven estaba muy pálido, de pie, tan alto ante su pequeña cunada. Esta tenía los ojos cerrados. Y solo apenas lograba dominarse.

Luego dijo, con voz suplicante:

—Iros, por favor; todos de mi cocina. No, no es que esté enfadada contigo, Bubi. Quizá tengas incluso razón. Quizá es como tú lo has dicho, pero yo no quiero saber nada... No quiero oír jamás nada sobre ello... Me has hecho mucho daño, Bubi. Yo lo único que sé es que Otto era bueno, y en caso de que haya hecho daño a su padre, es porque ha tenido que hacerlo, no porque lo haya querido...

—Tal vez estos tampoco lo quieran —dijo Heinz muy quedamente—. Tal vez no sepan lo que hacen. No hablo de Erich —dijo más alto—. ¡Conozco muy bien a Erich! Me refiero a los demás. No pueden ser todos malos, Tutti, y yo quiero a toda costa saber por qué hacen el mal.

Esto último lo dijo casi a gritos.

—Vamos, Heinz. No haces más que atormentarla —suplicó Irma.

—Pues ve, Heinz. Ve al Reichstag. Ve a todas partes, y escucha... Yo lo sé, lo sé ya seguro desde hoy: no te encontrarás más que con maldades...

Él le tendió, tembloroso, la mano.

—Hasta la vista, Tutti.

Ella rio débilmente.

—¡Ah, qué joven eres! ¡Cómo te vas a quemar los dedos! Tienes el corazón tan blando, que te duele tanto lo que me has dicho como a mí misma. Todos vosotros, los Hackendahl, sois blandos. Vosotros, los hijos, quiero decir.

—Hasta la vista, Tutti.

—Hasta la vista, Bubi. No te lastimes demasiado...

Una vez en la calle, preguntó Irma:

- ¿Vamos, pues, al Reichstag?
- ¡No faltaba más!
- Y, ¿a qué hora llegaremos a casa?
- Cuando sea.
- ¿Qué va a decir tu padre?
- No quiero ni pensarlo.

Naturalmente que pensaba en ello, mas, de pronto, le fue completamente igual lo que el padre pudiera decir. Durante muchísimos años las palabras de su padre habían sonado a sus oídos como truenos, como el verbo de Dios. A la sazón su oído había ensordecido para el verbo paterno tal como los soldados habían dejado de oír los mandatos de sus oficiales, y los trabajadores de obedecer a las voces de sus patronos.

En su cabeza hay una turbamulta de ideas y cada vez se le embrollan más. Tutti y el diario, los arrancados galones y la rebelión de Otto contra su padre, su hermano Erich con el departamento en el Reichstag y el robo de los oyentes de Liebknecht, los marineros que califican a los socialistas de fraticidas... ¡Toda una confusión! Y, sin embargo, brilla, en medio de esta confusión, una claridad espectral, como una intuición. Es la premonición de que detrás de toda aquella baraúnda ha de ocultarse alguna significación. Tal vez es solo el sentimiento de que es joven, de que quiere vivir, que no quiere llevar una vida estropeada por los demás, que no quiere ser su hazmerreír. ¡Que quiere tener a toda costa su vida propia, con todas las probabilidades de triunfo y derrota!

—No dices nada —opinó Irma, intranquilizada por el silencio de su amigo—. ¿Estás reflexionando?

- Eso hago.
- ¿Sobre qué? ¿Sobre tu hermano?

—También sobre él. ¿Qué te parece, Irma? ¿Dije muchas tonterías en casa de Tutti?

- Así, así.
- Bueno, di la verdad.

—Tal vez tuvieras razón, pero no tenías por qué meterte con Tutti, porque estuvieras enojado con todos los Hackendahl.

- Yo no hablé de nada de esto.
- ¡Claro que sí! No hablaste de otra cosa.

—¡Qué va!... —dijo bastante molesto—. Esto puede parecerle a los demás, por ejemplo, a las mujeres, porque uno habla con claridad. Sí, lo que es vosotras, las mujeres... —dijo a guisa de consuelo hacia sí mismo.

- ¡Hazme el favor! Yo no soy una mujer. Soy tu amiga.

—Está bien...

—Y si quieres ahora demostrarle a tu hermano Erich un poco de tu enojo contra los Hackendahl, me complacería mucho. ¡Ahí está el Reichstag!

¡Sí, allí estaba! Gris, sombrío, sin su concurrencia habitual, se destacaba en la tarde de noviembre. Solo pocos faroles estaban encendidos.

Algo angustiados, subieron los escalones que daban acceso al portal principal y viéronse detenidos por un soldado ataviado aun como para la guerra, con su fusil, su casco de acero y sus granadas de mano. Lo único que desentonaba en él era un brazal, que en su caso era blanco, con una estampilla en negro.

Heinz supuso que era aquella la misma estampilla que figuraba en su pase, en lo cual estaba equivocado. El soldado dobló el pase que Heinz le entregó, y, devolviéndoselo a Heinz, dijo:

—Ya no sirve.

—¿Por qué no sirve ya? ¡Si me lo han entregado a primera hora de la tarde!

—Y a primera hora de la tarde hemos desalojado a estos tíos de aquí. El «Consejo de Obreros y Soldados» ya no rige para nosotros. Ahora somos nosotros los que mandamos aquí.

—Pero mi hermano...

—Es muy posible —dijo el soldado, con indiferencia— que su hermano esté a estas horas aposentado en el Palacio. Pero ya nos cuidaremos de que no se queden allí por mucho tiempo. ¡Aunque nos cueste tener que hacer volar todo aquel nido de polillas en que vivía Lehmann!

Y diciendo esto, se volvió y desapareció por el portal.

Bastante oprimidos, descendieron ambos la escalera.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Vamos al Palacio?

—No vale la pena. El pase sirve solo para el Reichstag.

—El caso es que aquí no sirve para nada.

—En el Palacio servirá aún menos. Es lógico, ¿no?

E, indecisos, rodearon el edificio, sumido en la obscuridad. Trataron de entrar por otra de las puertas, y fueron también rechazados.

Mas en la tercera puerta en que probaron, tuvieron suerte. A los vigilantes que ante ella estaban —era en la parte opuesta del edificio— parecía no haberles llegado aún la noticia del desalojamiento del «Consejo de Obreros y Soldados».

—Id por este corredor y allí encontraréis a un portero. Naturalmente, el hombre no podrá informaros de gran cosa, pero hoy no hay aquí nadie que os pueda informar bien. El que busca encuentra...

Buscaron y encontraron al hombre que estaba en su cabina porteril. En rigor, más que un hombre a secas era aquel un señor de barbas blancas y muy respetable reliquia de los tiempos honrosos del Reichstag. Parecía estar completamente atónito ante la confusión de aquellos últimos días.

—Sí, señores, el señor Hackendahl tiene aquí un despacho. Naturalmente.

Y, desconcertado, miró hacia su aparato telefónico y luego a una lista que había en la pared en la que figuraba varios números de habitaciones y nombres.

Luego sacudió la cabeza desesperadamente.

—No; de mis señores no hay ninguno que se llame Hackendahl. De mis señores no hay ya ninguno que venga por aquí. O mejor, si, perdón, sigue viniendo el señor Ebert, el señor Noske, el señor Breitscheid el señor Scheidemann...

Y parecía querer proseguir en la enumeración de los que seguían yendo.

—¡Pero al que yo busco es al señor Hackendahl que es seguro que tiene aquí un despacho!

Sin embargo, Heinz, no estaba tan y tan seguro como afirmaba.

—Entonces vengan ustedes conmigo —dijo el anciano, precediéndoles. Y mientras avanzaban pareció ir adquiriendo confianza con los jóvenes a quienes servía de guía—. En rigor, no debiera abandonar el puesto, pues es contra el reglamento... en rigor debiera haberles puesto a ustedes en manos de un ordenanza. Pero también nuestros ordenanzas se han marchado todos y ya no importa.

Verdaderamente ya no parecía importar. Vieron cosas insólitas y desconcertantes en aquella casa cuyo exterior estaba tan solamente ornado de cúpulas doradas y ante la que solo habían pasado de vez en cuando sintiéndose modestos y respetuosos...

A la sazón se encontraban en su interior y vieron abrirse una puerta, llegándoles desde el interior de la estancia unas carcajadas estrepitosas. Había en ella todo un grupo de hombres que habían llenado la sala de nubes de humo azulado. Todos ellos reían estrepitosamente y todos ellos iban en mangas de camisa.

Caminaban por encima de los muelles pasillos de alfombras de seda con sus zapatos horribles y destrozados, y encontraron tumbado en uno de los pasillos a un soldado, con su uniforme gris campaña, que con la cabeza vuelta hacia el marco de una puerta roncaba con la boca muy abierta...

Pasaron por encima de él y se encontraron ante una ventana abierta a la noche otoñal. A través de la ventana y levantadas sobre altos trípodes amenazaban a las casas de enfrente, apenas reconocibles, dos ametralladoras solas y abandonadas con sus gatillos a punto y sus cintas de cartuchos. No se veía por allí a nadie...

Subieron por una escalera al piso superior, en donde varios soldados reían a coro viendo a uno de ellos que subido en una alta escalera de mano, les mostraba un gran retrato del Kaiser, con marco dorado y emborronado con negras pinceladas...

Continuamente parábase su guía para preguntar. Cuando se dirigía a los que como él llevaban uniforme oscuro, lo hacía lenta y amigablemente con muchas inclinaciones de cabeza; en cambio cuando preguntaba a soldados o paisanos lo hacía temerosamente, alegrándose al recibir cualquier información que le permitiera continuar su camino...

Paulatinamente fueron acercándose a una parte más frecuentada de la gran casa. Por todas partes circulaban individuos, casi todos con el uniforme gris de campaña. Tras de las puertas oían timbres de teléfono y repiqueteo de máquinas de escribir. De

repente se encontraron en el gran corredor central ornado de columnas y plafones de mármol. Altas puertas conducían a una sala gigantesca débilmente iluminada.

—Esta es nuestra sala de espera —les explicó su guía. También el corredor central estaba lleno de soldados.

Se sentaban hacinados en los bancos, dando de vez en cuando chupadas a sus cigarrillos. Muchos de ellos llevaban casco de acero. ¡Habían incluso llegado a instalar en el vestíbulo un cañón de campaña! Pintarrajeado de verde, amarillo y pardo, se erguía sobre sus ruedas como un monstruo salvaje. Tenía la embocadura inclinada amenazando a una puerta cerrada...

En el caso de que aquella puerta se abriera y que bajo ella hubiera gente, por ejemplo, una concentración de oyentes que atendieran al orador que no era considerado como conveniente, la boca de aquel cañón sembraría la muerte y la dispersión sobre todos los inconscientes que allí abajo se encontrarán. De tales azares dependía todo y de tales azares había dependido aquella tarde.

Heinz Hackendahl, cerró los ojos, más los volvió a abrir al momento, pues Irma le había dado un codazo susurrándole con excitación:

—Mira a aquel oficial.

Y él había mirado hada allí, produciéndole la visión un sobresalto.

Pues allí, en medio de los soldados, o por mejor decir, algo elevado sobre ellos, veíase a un oficial, un oficial de alta graduación, con el uniforme gris de campaña ornado de gruesos y plateados galones. Llevaba colgada del cuello la condecoración «Pour le mérite», y sobre el pecho, bajo largo prendedor de medallas, ostentaba la cruz de hierro de primera clase.

Y este les pareció a los inconscientes niños el más desconcertante prodigio de aquel día desconcertante: aquel oficial que estaba allí, con su rostro moreno y decidido, impertérrito fumando un cigarrillo entre los soldados, vigilándolo todo con ojos penetrantes y dando de vez en cuando alguna orden en alta voz. ¡Y pensar que por sí mismos habían visto a tres pobres suboficiales lastimosamente ultrajados en plena calle por unos cuantos galones!

—Por lo visto no todo lo antiguo se ha derrumbado —dijo Heinz, a media voz. Irma le oprimió la mano con frenesí.

—No sabes cuánto me alegro, Heinz —dijo en un susurro.

Él no le preguntó de qué se alegraba, comprendiendo sin más.

Un poco más tarde volvió a ellos su guía.

—Ahora ya sé en dónde se encuentra el señor Hackendahl —dijo, molesto—. Es arriba, en el segundo piso. Al señor Hackendahl le incumbe el servicio de seguridad de la ciudad de Berlín. Me lo podían haber dicho ustedes en seguida y le hubiera encontrado con más prontitud.

—El servicio de seguridad. ¿Qué servicio de seguridad?

A Heinz antojábasele su hermano cada vez más enigmático.

—Pues en contra de los atracos y pillajes. ¡Debería usted saberlo, puesto que es

su hermano!

El viejo le miró con súbito recelo.

—A pesar de que puedo afirmarle que soy su hermano, no lo sabía —dijo Heinz—. Enséñenos, pues, por dónde debemos de ir, y muchísimas gracias por sus molestias.

El cartel escrito cuidadosamente en letra redondilla en la puerta a que llegaron, rezaba: «Dr. Bienetisch». «Secretaría», había sido burdamente tachado con lápiz. En el nuevo cartel garrapateado en una hoja de papel con lápiz azul, se leía: «Servicio de seguridad». Poco podía deducirse por él.

Heinz llamó a la puerta y miró a Irma. Ella asintió y Heinz llamó de nuevo. Una voz gritó: «Adelante», y entraron.

Erich estaba junto a la ventana con un señor bastante obeso. Dirigió una mirada fugaz a sus visitantes y exclamó:

—Permitidme un momento —luego estuvo hablando un rato aprisa y en voz baja a su acompañante.

Irma y Heinz se miraron inquisitivamente. A poco hizo Irma un signo de aquiescencia y Heinz dijo a media voz:

—Naturalmente que es él.

Pues no cabía ninguna duda: aquel señor moreno, vestido de negra chaqueta y pantalones grises pulcramente planchados, les era ya conocido. Era el orador de la manifestación tan abruptamente disuelta. Heinz hubiera dado lo que fuera por saber cómo se llamaba aquel caballero. No era Ebert, pues Ebert era mucho más bajo, ni Liebknecht, pues Liebknecht no era gordo...

Busco en su memoria pero hasta entonces, como verdadero hijo de una época de guerra en la que tan solo merecían tener importancia los militares, no había llamado la atención ningún diputado civil, por importantes que actualmente fueran.

El caballero moreno dijo:

—Así es que, Erich, déjalo todo para mañana. Yo, por lo menos, he de dormir esta noche cinco horas como mínimo. Y a ti también te haría bien. Por lo demás, estamos haciendo esperar a tus visitantes...

Erich sonrió con gran enojo a Heinz. Era una sonrisa que parecía expresar la completa carencia de importancia de aquella visita...

El caballero obeso miró a Heinz y le tendió una mano gordezuela y muy blanca de un modo desmayado; Heinz tuvo que tomarla y oprimirla...

—¿De modo que es usted el hermano de nuestro buen Erich? —dijo amablemente.

—También pudiera decirse que Erich es el hermano de Heinz Hackendahl —respondió este, bastante picado.

El caballero moreno sonrió.

—Muy cierto —dijo—; a uno no le gusta ser considerado siempre como el hermano de una persona de valía. ¿Y qué es usted? ¿Estudiante? ¿Colegial?

Heinz tuvo que responder que era aún colegial...

—¿Y qué tal están los ánimos entre ustedes los colegiales?

Heinz opinó que los ánimos estaban muy divididos...

—¡Naturalmente! —El caballero obeso asentía a todo con ardor—. Todo depende de lo que últimamente haya sucedido. ¡Muy acertado!

Heinz encontró que aquel caballero debía ser más parco en sus alabanzas. Sí, siempre había sentido una profunda antipatía hacia las alabanzas de sus profesores.

—¿Y usted, qué tal va de ánimo?

—Le estuve oyendo hablar esta tarde —dijo irritado—. Mi amiga y yo hemos tenido que correr un buen trecho.

Con gran sorpresa por su parte, la puya no pareció molestar lo más mínimo a su interlocutor. Por el contrario, fue recibida con una risa cordial y sincera.

—¡Sí, fue un accidente lamentable! —dijo riendo el hombre gordo—. Pero no del todo desagradable en sus consecuencias, ¿no es así, Erich, hijo mío?

Erich convino, riendo, en que las consecuencias no habían sido del todo desagradables, ni con mucho.

Heinz iba sintiéndose cada vez más molesto.

—He visto unas cuantas mujeres y niños que han sido brutalmente pisoteados —dijo con aspereza— entre las risas de satisfacción propia de sus acompañantes.

Inmediatamente el gordo adquirió un aspecto de seriedad.

—Ya sé, ya sé. Todo ha venido un poco súbitamente y los demás han tenido que... Claro está que ahora creo que ya pronto no sucederán tales faltas de organización. Y haciendo un signo amistoso a Erich, repitió:

—Duerme bien; pues, Erich, hijo mío.

Luego tendió la mano a Heinz, inclinó se cortésmente ante Irma y salió de la estancia pisando con cautela, sumido, al parecer, en sus pensamientos acerca de la «pequeña falta de organización».

—¿Quién es ese, Erich? —exclamó Heinz con desprevenida prontitud, ya que apenas acababa de cerrarse la puerta.

—¡Sentaros, por favor! ¿Quieres un cigarrillo? ¿Sigues aún sin fumar, Bubi? Bueno, ahora podrás empezar a hacerlo pronto. ¿Cuándo pasarás tu examen?

—Lo que yo quisiera saber es quién era ese hombre —dijo tercamente Heinz.

—¿Es que no lo sabes? ¡Si le estuviste oyendo hablar! ¿Qué te pareció la arenga?

—Magnífica —dijo Heinz con sonrisa forzada—. Hasta que se oyeron los ruidos del escape. ¿Quién es el orador?

—Un futuro ministro.

Heinz rio:

—¡Oh, Erich! —exclamó entre risas—. Sigues siendo el de siempre con tus secretos y tus misterios. ¿Verdad que te lo describí bien, Irma?

Irma hizo un signo de asentimiento.

—De modo que un ministro. Bueno, déjalo, Erich, no hace falta que me digas su nombre. Si de verdad llega a ministro, también acabaré por saberlo. ¿Y por lo tanto, tú, siendo su secretario, eres un futuro secretario de Estado? ¿O aun picas más alto?

Erich, en lugar de molestarse, sonrió jovial y amigablemente.

—¿A qué te referías cuando hablaste de los ruidos de un escape? —preguntó sin la menor mala intención.

—¡No vengas fingiendo! ¡Me refería al auto mortífero que dispersó vuestra manifestación!

—Perdona, pero la manifestación la disolvieron los disparos de ametralladora.

—¡Ah, no, perdona! Irma y yo estábamos encaramaos en el monumento a Bismarck: era un auto con capota gris el que produjo los estampidos.

Los hermanos se miraron.

—Por lo que comprendí antes, tú me diste una buena corrida, ¿verdad?

Heinz se ruborizó y dijo:

—Cuando se está entre lobos hay que aullar.

—Y correr cuando se está entre ovejas.

Erich reía cordialmente y tanto más reía cuanto más iba reflejando el enojo en el rostro de su hermano.

—¡Bubi! ¡Bubi! —exclamó luego—, ¡en verdad eres tan fantásticamente joven! —Su victoria le hacía locuaz—. ¿No podrías imaginarte poniendo en la empresa todas tus fuerzas espirituales, que son considerables, que en su resultado final viene a ser indiferente que fuera una ametralladora o el escape de un auto el que produjo los estampidos?

—No —dijo Bubi desconcertado—. Me es imposible imaginarlo. Tendrás que explicármelo.

—¡Qué va a ser indiferente que se dispare sobre la gente con efectividad o que sea de un modo inofensivo! —exclamó Irma con indignación.

—Me refiero al resultado final, mi pequeña dama —intervino Erich infinitamente desconcertado—. Dije en el resultado final...

—¡Yo no soy ninguna dama!

—Entonces es de esperar que algún día pase a serlo —y dirigió se hacia Heinz—: Cuida de que así sea, que es muy fácil. Ya te explicaré cómo se consigue... Habíamos llegado a un acuerdo con los partidarios de Liebknecht en el sentido de que ninguno de los dos bandos interrumpiría las manifestaciones del otro. Hasta cierto punto era una especie de armisticio. El camarada Liebknecht hablaba desde el palacio y «nosotros» desde el Reichstag. Puesto que sobre nuestra manifestación se abrió fuego de ametralladoras, tenemos el perfecto derecho de hablar de ruptura del convenio y de acabar con un «Consejo de Obreros y Soldados» que se ha manifestado como falto de palabra, indigno de confianza y carente de seriedad...

—Pero si no dispararon.

—¡Cabezota! ¡Nosotros lo damos como cierto, y ello basta!

Y miró a su hermano con expresión de triunfo:

—¿Es que no ves que muchas veces basta con que pueda suponer se con cierta verosimilitud que se ha violado un derecho...?

Y con sus bellos ojos, astutos cual los de un gato, subrayó sus palabras.

—¿A qué vamos a ponernos a investigar si se trataba de una ametralladora o del escape de un auto? —e inclinándose hacia adelante, susurró—: ¿Es que no se podría, incluso para ayudarse, producir por si mismo ya sea el estampido de un coche o el traqueteo de una ametralladora? —Y se enderezó en seguida—: Este «Consejo de Obreros y Soldados», aquí en el Reichstag, resultaba verdaderamente muy molesto. Resultaba, querido Bubi. Desde esta tarde puede ya hablarse en pasado.

Heinz miró fijamente a su hermano. Conocía por los libros las tretas de la diplomacia y sabía por ellos de traiciones, espionajes y malas jugadas. Todo ello había sido para él algo abstracto y muy distante ocurrido tiempos remotos. Le parecía incomprendible que en la actualidad estuviera acaeciendo ante sus propios ojos y revelado por su mismo hermano...

—¡Oh, Erich! —dijo interrumpiendo su exclamación.

Hasta incluso los insultos resultaban inútiles en aquel caso. ¿De qué hubiera servido, por ejemplo, llamarle «cerdo» si su hermano enorgullecía de serlo?

—¡Y también usted había mentado a la gente diciendo que querían ir a oír a Liebkecht esta tarde! —exclamó Irma con indignación.

—El fin justifica los medios; señorita.

—¿Y cuál es vuestro fin? ¿Por qué hacéis tales canalladas? ¿Por qué arrancáis los galones? —exclamó Heinz, soliviantado de pronto. Luego dijo de mala gana—: ¡Ah Erich, si padre se entera de todo esto...!

—¡Por favor, conserva tu sitio! —Erich estaba impertérrito—. No, siéntate. Precisamente a causa de padre te explico todo esto y consiento tus desvergüenzas fraternales...

—Jamás creeré esto en ti —murmuró Heinz.

Erich pasó por alto, deliberadamente, esta última observación:

—¿Que por qué acudimos a tales medios? Porque queremos tener el Poder solo e indiviso.

—¿Pero quiénes sois «vosotros», al fin y al cabo? —exclamó Heinz desconcertado—. Aquí habla uno, aquí el otro; todos llevan banderas rojas, todos hacen revolución; un marinero utiliza la palabra socialdemócrata para insultar, y afirma que para él significa lo mismo que fratricida. Tu hablas de un «Consejo de Obreros» que resultaba una carga. ¿A que viene todo esto? ¿Quién puede comprenderlo? Es un desmoronamiento general, un galimatías...

—¡Qué va! Es sencillísimo. En tres minutos lo habrás comprendido. «Nosotros»: significa el gran partido socialdemócrata, que es el único capacitado y llamado a alcanzar y retener el Poder...

—¿Y al que tú perteneces, no es cierto?

—¡Déjate ahora de mordacidades! Luego hay los independientes, los que se llaman independientes —prosiguió Erich—. Son los camaradas del partido que votaron en contra los créditos de guerra. Una parte de ellos se inclina hacia el grupo

de Liebknecht y la otra quisiera unirse a nosotros...

—¿Y el partido de Liebknecht y su gente? ¿También os marineros pertenecen a él?

—¿Los marineros? Quizá ahora todavía sí. Pero en rigor no pertenecen a ningún partido. Esos señores del pecho desnudo se imaginan que son ellos los que han hecho la revolución. Y se lo imaginan porque no pudieron esperar. Porque estallaron una semana antes. No constituyen ningún problema, pues todos son unos cabezotas —y despreciativamente hizo sonar los dedos—. ¡A primera hora de hoy he estado con ellos en el palacio! ¡Hay que ver cómo está aquello! Atracadores, soplones, rameras. Perdona usted, señorita...

—Yo no tengo nada en contra de las rameras...

—¡Aun así! No, los marineros quedarán liquidados por sí mismos, a lo más tardar en una semana...

—¿Y la gente de Liebknecht...?

—¡Ah, sí! Ahí está el problema, en los de Liebknecht.

Hoy en día Liebknecht es un hombre muy popular... Ha estado en la cárcel, ha escrito en contra de la guerra y quisiera desmoronarlo todo. ¡En esto estriba hoy la popularidad! Pero nadie sabe cuánta gente tiene tras él. Su liga espartaquista es aún pequeña. ¿Te acuerdas aún de Espartaco, Bubi?

—Naturalmente. Era un prisionero de guerra tracio. Aguijoneó una rebelión de los esclavos y soldados en contra de Roma, venció y tuvo posibilidades extraordinarias...

—Yo creo en el poder de los nombres —dijo Erich—. La liga espartaquista... ¿Recordarás aún lo que le sucedió a Espartaco?

—Claro que sí. Finalmente fue derrotado y cayó con la mayoría de sus partidarios. Miles de ellos fueron crucificados...

—Eso es —dijo Erich pensativamente—. Hoy en día no crucificamos a nadie, pero...

El silencio que se hizo en la habitación resultaba opresivo.

Erich levantó la vista y se rio al ver los rostros serios y enfadados de sus visitantes.

—Qué caras más angustiadas ponéis. No pertenecerás a la liga espartaquista, ¿verdad? Te doy mi palabra de honor que de ser así te hubieras sentado en el caballo equivocado. ¡Nosotros vamos a ser los que constituyamos el Gobierno!

—En primer lugar, no me he sentado sobre ningún caballo —exclamó Heinz furioso—. ¡Esto no es ningún picadero como el de Hoppegarten!

—No naturalmente que no. ¡Es que uno tiene unas formas de expresarse tan tontas! Perdona.

—Yo no creo tan solo en los nombres. Creo también en las formas de expresarse. En las formas de expresarse que traicionan a quien las usa —dijo Heinz con sorna.

—¡Ah, chico! —exclamo Erich, dándoselas de hermano mayor—. ¿Por qué estás

tan indignado? Naturalmente que me alegra luchar por el bando que tiene más posibilidades. ¿Hay algo de injusto en ello?

—¿Y qué pensáis hacer en cuanto estéis en el Gobierno?

—Implantar una democracia, según el ejemplo occidental —explicó Heinz.

—Sí naturalmente. Esta es la forma. Preguntaba qué es lo que queréis alcanzar en cuanto estéis en el Poder.

—¿Alcanzar? ¿Cómo? —A la sazón era Erich el que estaba desconcertado—. ¡En cuanto tengamos el Poder habremos alcanzado nuestro objetivo! ¿O es que...?

—¡Ah, Erich, no seas tan estúpido! ¿Para qué queréis usar del Poder? ¡Habéis de tener algún programa con sus planes y proyectos! No basta con llegar al Poder...

—Sí, querido Bubi, te agradezco muchísimo la tan alta estima en que nos tienes, pero en lo que concierne al programa de Gobierno, tendrás que esperar para enterarte a que el futuro presidente de ministros lo haga público.

—¡No vengas con cuentos! ¡No eres idiota! ¡Habéis de tener algo en proyecto! Hemos perdido la guerra. ¿Cómo vais, por ejemplo, a concertaros con nuestros enemigos?

—¡Ya se encontrará la forma! En cuanto estemos convertidos en democracia, tanto Francia como Inglaterra se avendrán a razones. Naturalmente, tendremos que pagar, y bastante más de lo que tuvieron que pagar los franceses en el setenta y uno. Pero dos Gobiernos democráticos encuentran siempre la forma de tratar las cosas pacíficamente.

—¿Has leído ya las condiciones del armisticio? —exclamó Heinz indignado.

—Pero ¿por qué tanta exaltación? ¡No somos nosotros quienes las han hecho! No te olvides que las condiciones del armisticio se trataron entre generales.

—¡Les fueron dictadas!

—Por militares. Después de ellas hemos venido nosotros, los paisanos. Y tenemos al presidente Wilson.

—Así es que por lo que concierne al final de la guerra y al convenio de paz, os limitáis a decir: ya se verá en que para, ¿no es eso?

—¡Completamente acertado! ¿O es que tienes otras proposiciones que formular...?

—¿Y el pueblo? No sé si habrás caído en la cuenta de que el pueblo está casi muerto de hambre. Que cada la mueren miles de personas a causa de la gripe, a la que llaman del hambre. ¿Qué proyectos tenéis para este Pueblo?

—¡Mi querido Bubi! Ante todo, haz el favor de no mirarme de esta manera. Has de saber que el partido socialdemócrata tiene una especie de programa de partido. Es bastante largo y ahora no puedo anunciarlo. Hay en él, si bien recuerdo, algo sobre la jornada de ocho horas, de la socialización de las empresas, de los derechos de tarifa...

—¿Y esto es lo que queréis llevar a cabo?

—¡Ciertamente! Poco a poco. Con el tiempo se logra llevar todo a cabo.

—Por lo tanto —casi gritó Bubi—, no tenéis idea de nada. ¡Lo único que os interesa es llegar al Poder!

—¡Y tanto que sí! —gritó Erich a su vez—. ¡En cuanto tengamos el Poder, todo lo demás ya se verá! ¡Primero el Poder! —Y quedó se allí en pie con aspecto de triunfador y radiante...

Hasta que se estremeció al oír un repiqueteo seco que les hizo un efecto horroroso a todos. Se oyó un chasquido de cristales y unas voces que gritaban.

—¡Al refugio! —exclamó Erich—. ¡Ahí debajo de la mesa! ¡Están disparando sobre el Reichstag!

Al instante se pusieron los tres de rodillas y fueron arrastrándose hasta ponerse debajo de la gran mesa de roble...

Casi les faltó tiempo para hacerlo, pues apenas estuvieron allí, se resquebrajaron los cristales de la habitación en que estaban y cayeron hechos añicos con gran estrépito... Algo fue a estrellarse contra la pared. Contuvieron la respiración. Se desprendió parte del estuco. Pero ya la gavilla de la ametralladora se había desviado...

—Hubiéramos tenido que apagar la luz —dijo Erich de mala gana bajo la mesa—. Ahora estarán mirando hacia aquí constantemente.

Irma rio, aunque un poco convulsivamente. El susto había sido demasiado fuerte para ella.

—¿Ahora no le importa que haya sido una ametralladora o el escape de un auto, señor Hackendahl? —preguntó con aviesa intención.

—Estamos completamente a seguro —dijo Erich con tono animoso—. No pueden tener nada contra nosotros.

Era él el más tranquilo de los tres; al fin y al cabo había estado unas cuantas semanas en las trincheras.

—¿Son tus amigos los marineros los que disparan? —preguntó Heinz, tratando de hablar con voz reposada.

—No lo creo. Los disparos venían oblicuamente desde la derecha. He oído que unos cuantos oficiales adictos al Kaiser se habían hecho fuertes, en el colegio de arquitectos. Deben de haber instalado una ametralladora en el tejado. Nada, son pequeñas escaramuzas con las que nuestra gente acabará pronto. Lo oyes, ya disparan los nuestros...

En el Reichstag empezaron a oírse unos estampidos dispersos aquí y allá. Luego repiqueteó una ametralladora, pero la otra le contestó de nuevo se oyó el ruido de cristales al caer y el silbido de un pito de alarma...

—Esperemos que pronto tengamos tranquilidad —dijo Erich, con un bostezo—. Confieso que me gustaría verme en la cama.

—También nosotros tenemos que irnos a casa, Heinz —recordó Irma a su amigo.

—Es verdad —dijo Erich con indiferencia—. Había ya pensado llevaros a vuestra casa en un coche que tengo. Naturalmente, es un coche de servicio, No vayáis a interpretarme mal...

—Ya hemos comprendido... —masculló Heinz—. No es más que un coche de servicio. ¡Qué secretario de Estado más pulcro! ¿Tardarás mucho en tener el tuyo particular...?

—Es muy posible —dijo Erich entre otro bostezo—. ¿A padre le va bien? Podría entrar a decirle buenos días.

—Ya sabes, férreo como siempre, Erich. La gente le ha dicho tanto que es el férreo Gustavo, que ha acabado por creérselo. Pero ha cambiado de manera considerable.

—¿Cómo cambiado? ¿Se ha vuelto comprensivo?

La ametralladora que había en el Colegio de Arquitectos no había sido acallada del todo. A la sazón barría la parte delantera del Reichstag y el estrépito de los cristales iba acercándose más y más. Al poco se oyó en la misma habitación, e Irma

dio un grito apagado...

—No tenga miedo, señorita, estamos en un rincón muerto —la tranquilizó Erich. Y el tonante fuego fue alejándose.

—No —dijo Heinz, pensativamente, pues el estar allí sentados debajo de la mesa, cual si se hubieran convertido en chiquillos, le acuciaba las ganas de hablar—. En rigor no puede decirse que padre se haya vuelto más blando. Antes afirmaría que se ha vuelto más testarudo y más pertinaz desde que conduce el simón por sí mismo.

—¿Que conduce el coche por sí mismo? —exclamó Erich—. ¡Qué estupidez! ¿Y por qué lo hace?

—Porque tiene que ganar dinero, Erich.

—¡Ganar dinero! ¡Pues que haga conducir a los demás!

—Pero ¿es que no sabes, Erich?...

Heinz estaba desconcertado. Empezó a apuntar en su interior una claridad ignota y miró al hermano severamente.

—¿Qué es lo que he de saber? ¡Habla ya! Supongo que en vuestra casa no todo habrá ido bien, y es ya tiempo que me preocupe de vosotros.

—¡Magnífico! Y no olvides de traer dinero, Erich. Pon mucho dinero en tu bolsa, que es lo que más falta nos hace.

Burlábase a la sazón abiertamente, pues había comprendido por qué el hermano estaba tan cariñoso.

—¿Dinero? —Erich no prestaba atención a la burla, pues quedó demasiado embargado por lo que oyó—. ¿Dinero? No digas tonterías, Bubi. Padre es un hombre de muy buena posición. Yo siempre he tasado su capital en un cuarto de millón.

—¡Bueno, pues pregúntale por su cuarto de millón!

—¡Pero no se habrá quedado sin todo su dinero!

—No lo sé.

—Bubi, dime ya qué ha pasado en vuestra casa. ¿Qué os ha sucedido? ¡Dios mío! Hubiera debido de saber que padre no entiende nada en cuestiones de dinero, y preguntar antes. Dime, ¿qué es lo que os pasa?

—Un coche, el Rucio derrengado que tú recordarás, una casa de alquiler que está tan plagada de hipotecas que la renta no cubre los intereses hipotecarios...

—Pero ¿y el capital que tenía?

—Creo que padre tiene veinte o veinticinco mil marcos en empréstitos de guerra. Si es que los tiene todavía.

—¡Es imposible! ¿A dónde debe de haber ido a parar el dinero?

—No lo sé. Probablemente padre ya no lo tendría. Y tenía su buena renta.

—¡Has de contármelo todo! —Erich estaba verdaderamente excitado—. Ven, acompáñame un trecho y me lo contarás todo en el coche. Venga usted, señorita el aire está despejado. Están entreteniéndose entre ellos. ¡No me contradigas, Bubi! ¡Espero que me harás este favor! Tengo verdadera necesidad de enterarme. Para ser franco, había contado con un apoyo por parte de padre. Precisamente me acabo de

instalar. Venid a verlo. Te presentaré también a mi amiga. Ya verás... Puede usted venir tranquilamente, señorita: es una francesa muy amable. ¡No muerde! ¡Me parece imposible que padre tenga veinte mil marcos en empréstitos de guerra!

Erich estaba verdaderamente excitado. Tenía aún que telefonar y dar algunas ordenes antes de partir. El coche debía esperarlos junto a la orilla del Spree en el lado en que no había luz. Luego había algo con los justificantes que no iba del todo bien. Por lo visto había que tener justificantes para todas las directivas del partido, y ello ofrecía dificultades...

Mas apenas encontráronse sentados en el coche, que, por lo demás, era muy nuevo y tenía todo el aspecto de un coche particular, empezó de nuevo Erich a decir:

—Así es que, Heinz, cuento con que me lo explicarás todo bien claramente. Madre me ha escrito algo, de vez en cuando, y una de las veces me decía que Otto se había casado poco antes de su muerte. Que era con una costurera gibosa que recuerdo vagamente haber visto por casa... ¿Será ella la que ha dejado a padre sin nada? A veces los jorobados son repugnantemente ambiciosos.

—No solo los jorobados... —contestó Heinz, con enfado.

El auto en que van los hermanos Hackendahl atraviesa el quieto Berlín, casi sumido en las tinieblas, en el que solo de vez en cuando se oye el ruido de algún tiroteo que no tarda en ir cesando. El auto va internándose en la parte Oeste de la ciudad, en la elegante y casi feudal parte Oeste.

Casi al mismo tiempo, otro auto toma la misma calle hacia el Oeste, hacia el elegante Oeste, hacia Zehlendorf, hacia Chlachtensee, hacia Dahlem. Otro auto en el que va uno de los hijos del viejo Hackendahl. Y, para más precisar, en el que va de pie, pues no es un auto de lujo.

A pesar de ir en el primero de ellos, elegante y casi nuevo, el futuro secretario de un ministro, se le presentan al vehículo muchas dificultades antes de poder llegar a su destino. A menudo es detenido en su camino y revisado, por si sus pasajeros llevan en él armas, y exigido de estos el salvoconducto. A menudo tiene Bubi que interrumpir su relato acerca del estado actual de la fortuna del padre, que con tanta insistencia se le pide...

El otro auto, que es un gran camión gris muy baqueteado, ostenta públicamente las armas que en él se albergan. Tanto en la parte de delante como en la de detrás, hay una ametralladora presta a disparar. Las personas que lo ocupan llevan uniformes grises y trajes civiles. Van todas armadas hasta los dientes. Pero ningún centinela se adelanta en la penumbra callejera haciendo signo de detenerlo con su linterna, ni pregunta por las armas, ni por el salvoconducto. Sin que alguien le moleste, avanza el inmenso vehículo hacia el Oeste. Sobre él ondea una bandera roja, y entre las feroces figuras de sus ocupantes está en pie, silenciosa, pálida y temblorosa, una sola mujer: Eva Hackendahl.

Tras de despedirse, rápida y desazonadamente de su hermano y de su amiga, habíase marchado hacia su casa, con cierto buen ánimo. La pequeña discusión de la que poca cosa había entendido, habíale casi animado...

«A la buena de Gertrud no es tan fácil convencerla —había pensado—. Casi le ha echado de casa. Con buenas palabras le ha dicho que saliera. Yo, a pesar de todo, me llevo mejor con ella. Mucho mejor que este rapaz que se cree tan listo».

Aquella idea de verse por encima de todo le hizo parecer más corto el largo camino hasta la Augsburgerstrasse. Cuando entró en su habitación estaba casi contenta. Mas una vez en ella se disipó todo su contento al ver que en su cuarto había luz, y que en la cama, con la gorra puesta y el cigarrillo en la boca, la estaba esperando Eugen, completamente vestido, empañando con sus sucios zapatos el cobertor de encaje...

—¿Qué hay, Evita? —dice él—. ¿Has estado trabajando? Muy buena chica. ¿Dónde tienes los cuartos?

—¡Eugen! —murmura ella—. ¿Te han soltado?

—¡Anda, suelta los cuartos! —responde él—. No hagas esperar al señor. ¿O es que tal vez no estuviste trabajando?

—He estado visitando a una pariente, Eugen. Un momento solo.

—¡Ah! ¿Con que a una pariente, eh? ¿De modo que sigues teniendo parientes? ¿No te he dicho cien veces que yo soy toda tu parentela? ¿Que no hay más que yo? ¡Ven aquí! —Temblando de miedo se acerca a él—. ¡Pronto! ¿O quieres que te dé yo prisa?

Al momento está ella en pie junto a la cama mirando horrorizada a sus ojos, que tiene muy cerca. A aquellos ojos que fulguran de maldad y de ira.

—¡Arrodíllate!

Ella lo hace.

—¡El cenicero!

—¡Oh, por compasión, Eugen, no me hagas hacer esto! ¡Me quemas las manos! No lo resistiré. Tendré que gritar...

—¡Ah! ¿Tendrás que gritar? ¿Quieres gritar cuando te mando hacer eso, eh? ¡El cenicero!

Temblando de miedo tiende una mano hacia él.

—¡Eugen querido, queridísimo Eugen, por favor no me hagas esto! He ahorrado dinero para ti. Tengo una libreta de ahorros para ti. ¡No sabes lo que he trabajado! Tengo 468 marcos ahorrados para ti. Eugen, por favor, querido Eugen...

—Bien —dice él—. ¿Has ahorrado para mí, para tu gen? ¿Es de veras?

—Y tan de veras. Puedo enseñártelo.

—¡Enséñalo, paloma!

Ella se levanta de un salto y va corriendo hacía e armario, en donde trata de sacar la libreta de ahorro que tiene escondida entre la ropa blanca... ¡No está allí! Busca... ¿Dónde la habrá puesto? Tendría que estar allí... ¿Las otras chicas? No, esto no lo hacen nunca...

Ella, volviéndose, le mira. Se ha puesto completamente pálida...

—¿Qué hay?

—No está ahí. Eugen, ¿has...?

—¿Qué?

—Eugen, por favor, Eugen...

—¡Ven aquí...!

—Querido Eugen...

—¡Aquí!

Y ella va, como siempre, y como siempre se arrodilla cuando él lo manda, hace todo cuanto él quiere y soporta todo cuando a él se le antoja.

Un rato más tarde se ha levantado él del lecho y observa cómo ella se va componiendo según sus indicaciones, cómo se prende el pelo.

—Ponte un abrigo. No, no uno tan lujoso. ¿Dónde tienes aquel pardo viejo? ¿Lo has dado? ¿Te permites dar alguna de mis cosas? ¡Bueno, hoy vas a ver mucho

nuevo! ¿Cuánto dinero tienes? Anda, dámelo. ¿Es todo? ¿Qué te queda de valor? ¿Un reloj? ¡Ah, no! ¿De modo que tienes un brazalete? ¡Mira lo que pasa cuando uno no está en casa! Mételo todo en un saco de mano. Ya no vas a volver por aquí...

Ella desciende en silencio la escalera junto a él. Al llegar abajo da él un silbido para parar un taxi. Hacen un largo trayecto en él hasta llegar a una calle que está completamente a oscuras, donde se detienen y él paga al chófer.

Están solos en plena calle, y él la coge del brazo, acercando su rostro al suyo.

—Te llevo a casa de mis amigos. A mis amigos les gusta también divertirse un poco, ¿comprendes? No te importará, ¿verdad? Eres fría y les enfriarás.

—Sí...

—Bueno, mira: son todos chicos salidos de Brandeburgo, como yo; unos rapaces muy listos. ¡Que no me desacredites con ellos, majadera!

—No, Eugen.

—Y, Por lo demás, a callarte. Nunca hablarás lo bastante poco. ¡No te necesitamos para hablar! ¡Adentro!

Y la empuja, por sorpresa, en el oscuro corredor de una casa, de modo que la hace casi caer, Él la sigue.

Aquella noche pasa a adquirir para el joven Heinz Hackendahl algo de irreal y fantástico. Tiene ya tras de sí el largo y frío trayecto en auto. Erich está al fin convencido de que no tiene nada que esperar de su padre y de que aquella vez se ha equivocado de medio a medio. E inmediatamente, de un hermano relativamente amable e interesado, pasa a ser un señor que bosteza sin ninguna consideración y que con todo descaro murmura:

—En rigor, es una tontería que os lleve ahora en plena noche a Dahlem. ¿Cómo vais a volver a casa? Mi chófer necesita también dormir...

Pero ya el coche avanza por una rampa sembrada de grava, y saliendo de la noche de noviembre oscura y neblinosa, llena de ruidos y disparos, entra en una gran villa vivamente iluminada.

En una chimenea de ladrillo chisporrotea un fuego de troncos de haya. Gruesas alfombras cubren el suelo y en las paredes cuelgan regios cuadros.

—¿Vives aquí? —pregunta Heinz, sorprendido.

—Aquí he levantado mi modesta tiendecita de campaña —dice Erich con sonrisa forzada, muy complacido y convertido de pronto en una persona completamente distinta, de muy buen talante y divertida. Golpea a su hermano en un hombro con tal fuerza que este casi se doblega, y exclama con una ironía hacia sí mismo que le es del todo extraña:— ¡Lo bien que hubiera podido invertir aquí padre los millones que no tiene! ¡Qué interés le hubiera yo pagado...! —Y riendo estrepitosamente se deja caer en uno de los sillones que hay frente a la chimenea:— ¡Ven, Heinz; tómate una copita! Señorita, ¿quiere usted un poco de licor? Ea, no se resista. Haga como la doncella, que dijo que un día era un día.

Y de nuevo ríe. Está como embriagado. Es la embriaguez del que no ha tenido nunca nada y que, al poseer algo, fantasea.

Mas a poco vuelve a ponerse Erich en pie y advierte a un joven vestido con el uniforme gris de campaña que con rostro imperturbable les sirve y escancia los licores:

—Radtke, oiga usted, Radtke. Avise a la señora que estamos aquí y que tengo un hambre canina y quisiera comer pronto. Ponga dos cubiertos más, Radtke.

—¡A la orden, mi teniente!

Irma Y Bubi cambian una mirada rapidísima: por lo que se ve, perdura en el secreto del hogar el grado de teniente. Exteriormente todos son iguales, aunque la igualdad tenga que introducirse a palos.

—Radtke. Óigame usted, Radtke. ¿Ha estado todo en calma por aquí?

—No se ha visto ni oído nada, mi teniente.

—Haga usted que les den la comida al chófer y al vigilante y váyanse relevando para que siempre quede uno de ustedes tres de vigilancia. Y tengan prestas las armas,

Radtke.

—¡A la orden, mi teniente!

Al marchar Radtke, el teniente, el socialista, el futuro secretario de Estado, vuelve a tumbarse en su sillón, explicando:

—En estas últimas noches ha habido en las villas de por ahí algunos saqueos. Lo consideran batidas contra los acaparadores, pero no son más que malhechores y desertores que se han dado cuenta de que la policía no funciona del todo bien...

—¡Sería especialmente penoso que ocurriera en tu casa, Erich! —dijo, riendo, Heinz—. ¡Teniendo como tienes el servicio de seguridad de Berlín!...

—¿Yo? ¡No digas majaderías! ¡Ah, lo dices por mi despacho de el Reichstag! ¡Qué va, hermanito! Es que tenían que ponerle algún nombre al crío, o para decirlo más claro, es que tenían que colocarme en un sitio u otro. Si no lo hicieran así cualquiera podría ir a reclamar un despacho. —Erich ríe y de repente añade—: ¿Efecto, tal vez, de las copas? —Irma y Heinz lo encuentran también muy gracioso y le acompañan en sus risas con gran complacencia.

Pero a poco vuelve a ponerse Erich en pie de un salto, y exclama:

—Venid conmigo, chicos. Antes de cenar os quiero enseñar, aunque sea rápidamente, mi modesta cabaña. ¡Será imponente! Al decir mía, me he excedido un poco pues por el momento solo me pertenecen las facturas: Pero ya veremos cómo nos las componemos para salir adelante, que hasta ahora de todo nos hemos salido...

Con radiante júbilo de propietario va precediendo a ambos y les va mostrando toda la casa, sin dejar ni el cuarto de las escobas ni el león de porcelana verde del período de Ming... Y de pronto se ensombrece su rostro al ver pasar desde una de las ventanas del primer piso un camión armado con ametralladoras, en el que se ven destacarse como sombras figuras también armadas...

—¿Llamo a la policía? No; mejor es no quemarse los dedos. Lo principal es que el rayo no caiga en casa... Mirad este cuarto, ¡qué sencillo y masculino! (justo como yo). Es algo romano. ¿Has estudiado lo relativo a Roma en la escuela, Bubi? ¿O no llegaste a ello...?

El camión sigue avanzando durante unos minutos, modera entonces su velocidad y saltan de él dos hombres que se encaraman como gatos en los postes telefónicos:

—Así esos no van a poder telefonar ya más...

—La puerta de la verja, que es de hierro forjado, saltará con toda facilidad. Lo que será ya más difícil, será la de la casa, que estará con cerrojos y mucho más asegurada. Pero no nos vamos a detener por una cosa así, ¿verdad?

—Te sobra razón, Ede. Con colgar unas granadas de mano en el pestillo, ya está abierta. ¡No vamos a tardar en tenerla! ¡Eugen, suéltale un mamporro a tu fulana! ¿Qué le pasa para gritar de ese modo? ¡Crac! ¡Bum! Está abierto, no hay más que entrar. Ahora empieza nuestro buen tiempo... La vida de bandido es alegre. ¡Trala-la-

la! Mira, aquí tenemos a toda la familia reunida. Buenas noches, señor barón; señor conde, tengo el honor de hacerles un pequeño registro por encargo del señor Canciller del Reich, Ebert. También pudiera ser el príncipe Max. No importa; no se moleste con el teléfono, señor barón. ¡Estas centrales Son tan descuidadas! Seguro estoy de que las chicas están durmiendo...

—Bueno, señores míos, vamos a poner un poco de orden en la casa. Se ruega a las señoras que se trasladen al sótano en masa. ¡No grites, viejo imbécil, que me destrozas los nervios! ¿De qué estás tan gordo? ¿De solo comer mantequilla acaparada, mientras nuestros hijos morían de hambre? Ede, acompaña a las señoras. Vigila que lleguen todas al sótano. Maxe, ve también tú con él. Maxe, vigila a Ede, y Ede vigila tú a Maxe. No os vayáis a la bodega. No se puede ir a la bodega hasta que se haya arreglado todo lo que es negocio... ¡Anda!

—Muy bien hecho, Eugen, a tu lacrimosa fulana mejor es que la encierres por el momento en cualquier sitio. ¡Primero es el trabajo y luego el placer! Pero vuelve pronto, que juntos nos las entenderemos con este consejero de Comercio para que nos enseñe la caja secreta y las demás cosas. Verás cómo le asustamos...

—¿No cree usted, señor barón? ¡No tiene idea de lo despabilado que es nuestro Eugen! Si tiene usted en casa el suficiente dinero para ponernos de buen humor le sobrarán motivos para alegrarse. ¿Ya ha probado alguna vez en su vida lo que pasa cuando uno le mete una pistola en la boca y otra por debajo y disparan las dos al mismo tiempo, de modo que en su estómago se oye un ¡clic!, y es que las dos balas se dicen buenos días? Pues ya sabrá usted lo que es. A Eugen se le ocurren aún peores cosas. Es de lo mas listo que corre para esas cosas... Ah, Eugen, aquí estás. Te estaba elogiando con el señor conde. Le resultará un conocimiento muy agradable. Venga, venga, señor conde, no se dé vergüenza, ya puede ensuciarse, ensuciarse bien los pantalones, que no me molesta... Hasta ahora siempre fui lleno de porquería, y ya es hora de que sean ustedes los que la lleven. ¡Oíd ahora vosotros! Mirad toda la casa cuarto por cuarto. ¡Tomaras el tiempo que sea! Pero no cojáis cosas que ocupen sitio, solo cosas pequeñas y de valor, señores míos. Doy mi oro por hierro. ¡Ya veréis cómo aquí lo encontraréis confirmado! Ahora, si el señor barón lo permite, quisiera tener una conversación con él. No, no se moleste, ya conozco el camino... No se figuraría usted que el electricista de esta mañana era yo... Pues sí, ya nos conocíamos... Eugen, azúzale un poco al señor con tu pistola en la espalda. Le resulta un poco duro el trayecto...

* * *

—¡Pero, Erich! ¿Quién es este? ¿Dónde has podido pescar una persona así? ¡Erich!

—Permíteme, Tinette: este es mi hermano Heinz, y la señorita... ¡ejem! Sí, hija mía, ahí tienes personificadas ante mí las consecuencias del bloqueo del hambre...

—¡Si no es posible! ¡Dios mío, qué caras! ¡Qué modo de mirarme! A ver, ven aquí. ¿Cómo te llamas? ¿Heinz? Ah, Henri, ¿verdad? Ya comprendo, Erich. ¿De modo, Henri, que en cierto modo eres mi cuñado...?

Y Antoinette Hulin, de la ciudad de Lille, reía, reía... Y Heinz tenía un aire muy necio. Dejando aparte su aspecto usual y su traje desastrado, estaba allí con un aire increíble, necio y aniñado, mirando fijamente y con los ojos muy abiertos a aquella mujer... Jamás había visto una cosa igual ni creído que existiera... ¡Qué distinta de las mujeres demacradas por el período de guerra, y de sus hijas, apenas desarrolladas, con la tez poco madura, rugosas secas!...

Un rostro blanco y rosado. Unos labios, ¡qué labios! Unos dientes brillantes y blancos y un pelo reluciente como adornado con estrellas... Un escote tan bajo... que al verlo le dan a uno vértigos... Y es algo que vive. Es un ser como tú; no una obra de arte. Un ser como tú... que ríe...

—¡Fíjate, Erich, cómo me mira! ¿Es que no has visto nunca una mujer bonita? Acércate más, Henri, y bésame la mano. Esto es lo que se hace en mi país. ¿Aquí no se hace? No; así, no, Henri, *fi donc*. No zarandeas la mano de la dama debajo de tu boca. Inclínate, inclínate aun más. Venga, inclina la nuca, que ante una mujer hermosa puede un hombre hasta arrodillarse, ¿no es cierto, Erich?

—Y esta es la amiga de Heinz, Tinette. La señorita... ¡ejem!...

—Quaas, me llamo.

—Kaas. ¡Qué nombre más raro! Oh, Erich, ahora entiendo por qué quisiste de todas formas que viniera contigo a Berlín. ¡Esto es lo que llaman en Berlín una amiga! Sí, ya, vamos, Radtke. No, Erich, hoy se ha de sentar Henri a mi lado. Quiero ser yo la que le dé la comida. Pobre chico, estoy segura de que en toda su vida no ha comido hasta hartarse. ¿Qué te gustaría comer, Henri? ¿Te gusta la sopa? ¡Bah, no! No comas sopas, que no hacen más que hinchar el estómago... Espera a que llegue la carne...

—Es encantador, Tinette, lo bien que te llevas con Heinz. Incluso le estás malcriando...

—¡Es que jamás ha visto un chico así! ¡Es increíble! ¡Ah, Henri. Si ni siquiera llevas puños! ¡Henri un caballero ha de llevar puños! Y tienes las uñas...

Heinz se ruborizó hasta el máximo. Y dijo luego:

—Yo no soy ningún caballero. ¡No soy más que un colegial! Y no tengo puños. Mi padre es un simple cochero de punto.

Tenía que decirlo. Era mezquino Y perjudicaba a Erich, pero precisamente por esto tenía que decirlo.

—¿Qué dices que es tu padre, Henri? ¡Repítelo! ¿Un cochero de punto? Pero tu padre es también el padre de Erich, ¿no es eso?

—Naturalmente —masculló Heinz.

—¡Oh, Erich! —Y prorrumpió en estrepitosas carcajadas—. ¡Qué fanfarrón eres, Erich! Siempre estuve convencida de que eras un presumido. Pero que lo fueras hasta

este punto...

—Permíteme, Tinette...

—¡Bah, Erich, no me interrumpas! Me contó que su padre tenía una cuadra, una cuadra de caballos de carreras, me parece; una fortuna inmensa... Yo me estaba maravillando de continuo de que no buscara a este padre legendario... y estaba un poco preocupada, diciéndome: «No eres lo suficientemente refinada, Tinette. Hubo mi tiempo en el que bailabas en un *cabaret*. No eres lo suficientemente refinada para el señor... cochero de punto».

Y de nuevo interrumpió lo que decía con sus ruidosas risas.

—¡Tinette! ¡Tinette! Haz el favor de cesar con esta risa estúpida. Deja que te diga, Tinette...

—¡Quiere fanfarronear de nuevo! ¡Erich! ¡Erich! ¡Cochero de punto!

—¡Tinette, óyeme! Heinz confirmará que hace justo media hora de que acabo de enterarme de que mi padre ha quedado totalmente arruinado. Confírmalo, Heinz...

—Es cierto. Erich pensaba...

—¿Y las caballerizas? ¿La cuadra de carreras?

—¡Oh, Erich! ¡Fanfarrón!

—¡Perdona, Tinette! Lo de la cuadra de carreras te lo has imaginado tú. Yo lo único que te conté era de una cuadra. Y cuando partí para el frente, padre tenía treinta caballos. ¿Es o no cierto, Heinz?

—Es cierto.

—¡Treinta caballos! Treinta caballos de tiro. En cambio, Henri es mono. Henri ha dicho en seguida: «Mi padre es cochero de punto». Como si a los hombres se les quisiera por sus padres. Erich, no seas tonto y no me cuentes más fantasías. No sabes las ganas que tengo de reírme, Erich. ¿Quién va a pagar ahora tus cuentas?

Y miró en torno suyo. Miró por todo el comedor, en el que brillaban la plata y el cristal. Luego miró a sus huéspedes con los ojos muy encendidos por la alegría, y de repente le echó a Erich al cuello sus torneados, blancos y desnudos brazos:

—Mi pobre Erich. Mi pobre orgulloso. ¿Te da mucha pena que tu padre se haya arruinado? Ya veras, Erich, cómo me desharé de todos los cobradores sin que tengas ninguna preocupación. Les hechizaré a todos con mi sonrisa y no volverás ni a oír una palabra de sus cuentas.

Y con su cabeza apoyada en la de Erich, miraba con hechicera coquetería hacia Heinz o, según ella, hacia Henri...

—Has de subir mucho. Erich, subir hasta ser algo grande y ante quien todo el mundo se quite el sombrero, y que cuando pases delante de los soldados tengan que presentar armas: ¡Ahí viene Erich! Has de llegar a ser algo tremendamente alto. Ministro o aun más que ministro. Nadie se ha de dar cuenta de que no eres más que un chiquillo tonto...

Y le mecía y le cantaba mientras miraba a Heinz, miraba Heinz con un fulgor turbador en los ojos, cual si este fuera un cobrador a quien hubiera que saldarle la

cuenta para que el hermano mayor estuviera tranquilo...

Irma arañaba el plato con su tenedor, con gran desprecio. Encontraba que tales mujeres eran repugnantes.

Pero estaba en minoría. Y nadie pensaba en ella...

Un hombre, ya fuera Ede, Maxe u Orje, se levantó pesadamente y dijo:

—¡Bueno, voy a enviar al siguiente!

Y, tambaleando, dio unos cuantos pasos hacia la puerta, tropezó con una silla y cayó tendido en el suelo.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Quién me ha hecho la zancadilla? ¿Es que es moda por ahí hacer zancadillas? —murmuró. Y al poco se quedó dormido, completamente ebrio...

Eva yacía inmóvil escuchando los ruidos que en la casa se producían. No oía más que blasfemias y griterío de borrachos. Luego reinó la quietud durante un momento y oyó lamentarse y llorar a las mujeres que estaban encerradas en el sótano. Desazonada, hizo una mueca de disgusto y siguió escuchando. Rechinó una de las tablas del entarimado. El borracho seguía roncando. Con un movimiento mecánico se extendió la falda por sobre las rodillas, se incorporó un poco y apoyó la cabeza en la mano...

Largo rato estuvo en aquella posición sin pensar en nada. Se limitó a abandonarse al sentimiento de que por fin había llegado la hora...

Transcurrido un rato, se levanta, y mirando en torno suyo ve su abrigo y su sombrero. Se compone queda y rápidamente sin detenerse a reflexionar. Al llegar a la puerta ha de pasar por encima del borracho, y lo hace sin titubear, pero al poco se detiene y lo mira.

En su rostro hinchado y desencajado se pinta como un reconocimiento, una chispa de comprensión. Inclinandose, registra con manos presurosas y diestras los bolsillos de aquel hombre. La frecuencia con que ha registrado bolsillos de hombres embriagados hace que lo realice a la perfección. De uno de ellos extrae un reloj de oro macizo, pero vuelve a dejar que se deslice en él: su precaución es mayor que su codicia.

Lo que se guarda es la pistola, que encuentra en otro de los bolsillos. Al abandonar la habitación la lleva abiertamente en la mano. No tiene ni la menor idea de cómo se dispara con ella ni de si está cargada, pero es lo único que se lleva, en tanto que ha dejado en su sitio el reloj de oro. Su ansia de venganza es más intensa que su codicia...

Una vez en el corredor que da a la escalera, se apoya en la barandilla, mirando hacia el vestíbulo. Todas las lámparas están encendidas, pero en el vestíbulo hay un solo hombre sentado en la alfombra junto a una mesita baja. En la mesita hay unas botellas y una caja de cigarrillos. No, no es Eugen.

Desciende por la amplía escalera, llevando la pistola entre las manos; a pesar de que va pisando sobre gruesos pasillos de alfombra, los escalones rechinan un poco. El hombre del vestíbulo vuelve lentamente la cabeza hacia ella y levanta con manos temblorosas por la embriaguez el arma que yace en la alfombra junto a él. A poco surge en su mirada una luz de reconocimiento...

—Ah, eres tú, chica... Pensaba ya... Vamos a largaros en seguida. Los chicos están durmiendo un poquito... Fue un poco demasiado para nosotros. Anteayer estábamos todavía a rancho, y hoy una juerga así... Pero ahora nos largaremos en seguida. —Y mirándola de nuevo, añade—: ¿Qué estás haciendo con la estilográfica, chica? Tírala ya, que ahí nadie te va a hacer nada. ¿Quién va a hacer daño a una chica tan guapetona? Ven con tu Augusto...

Pero ella continúa su camino, y trasponiendo el pequeño recibimiento sale por la destrozada puerta al exterior de la casa. Directamente ante ella está el camión con las luces apagadas y abandonado. La embocadura de una ametralladora parece estar enfocada hacia donde Eva está...

—¿Hay alguien aquí? —pregunta a media voz.

Pero no contesta nadie. Han armado mucho ruido, han hecho saltar la puerta con una bomba de mano y las mujeres siguen pidiendo socorro a gritos desde el sótano, y no ha acudido nadie por allí. Es un tiempo malo. Ha habido guerra y las gentes se han vuelto tan egoístas que no piensan más que en cómo van a comer y cómo van a resistir. A la sazón ha estallado la revolución y la gente habla de paz y se queda tranquilamente en casa, alegrándose de que la desgracia no le toque. No tienen el menor ánimo para ayudar al vecino... Arréglate por ti mismo.

Eva podría irse de allí, amparada por la noche, y nadie la detendría. Pero ya ha huido otras veces, ya sea al canal o a casa de su cuñada, y siempre ha acabado volviendo a él...

Así es que da la vuelta y vuelve a entrar en la casa. El hombre del vestíbulo está ya dormido, y pasando con cuidado por delante de él, va recorriendo estancia tras estancia. Contempla los estragos que han hecho, las cortinas arrancadas y echadas por los suelos, los hombres embriagados que lo han ensuciado todo y están durmiendo como bestias. Hombres que todos son como bestias...

Y sigue su camino sin detenerse. Prosigue su búsqueda. Vuelve a subir al primer piso, ¡y nada! Sigue subiendo hasta el desván, ¡y tampoco nada!

Baja la escalera cada vez más apresuradamente, con el corazón en un puño. Tiene que encontrarle. Va hasta el sótano, en donde oye mucho más cercano el griterío de las mujeres encerradas en él. Pero se detiene...

Acaba de oír una voz, malvada y burlona. Es su voz... Se estremece, al ver confirmada su idea. ¡Ah, cuán segura estaba de que él sería el único que no se emborracharía! Jamás bebe. Es tan perverso que ni siquiera le es preciso olvidar por un corto espacio su propia maldad.

Lenta y cautelosamente, sin producir el menor ruido, se va deslizando por el

corredor, hacia donde ha oído su voz. Acércase a la entornada puerta y mira hacia el interior. Es una especie de planchador...

¡Ah, naturalmente que conoce bien a su Eugen! No bebe alcohol, pero ha ido a buscar a una de las mujeres encerradas en la carbonera. Es una muchachita, casi una niña...

Como inanimada está entre sus brazos, blanca y con los ojos cerrados. Él le va hablando con su voz malvada y falsa:

—Bueno, chiquita. No te voy a hacer nada. Soy tu Eugen, tu querido Eugen... Anda, di: Eugen... Llámame Eugen por una sola vez... Te juro que entonces te soltaré. ¡Anda, dilo!

—Eugen...

—¡Ves cómo aprendes! Lo dirás ya cien veces. Yo soy y seguiré siendo tu Eugen. Y ahora quiero que me digas algo, guapita. Dile a tu Eugen, dile muy bajito: —¿Has ya...? ¡Dilo ya!— Y con su súbita transición a la ira, añade—: ¡Pero no me mientas! No mientas, pues te juro que lo husmeo...

A la muchacha perdida, que está junto a la puerta, le parece verse a si misma en aquellos brazos, le parece como si volviera a oír por primera vez aquella voz perversa y falsa que de tal modo sabe encantar; como si se encontrara al principio del camino...

De repente es presa de un miedo indecible por sí misma, por los demás, por la vida, por su vida, por el sentido de toda la vida. ¡Que sabe ella!

De repente grita:

—¡Eugen!

El hombre se estremece y da inmediatamente un salto hacia ella, dejando caer a la chiquilla que tenía entre sus brazos...

Y ella oprime el gatillo, disparándole directamente en el rostro perverso y sombrío, que se le acerca, pareciéndole tan inmenso... Surge una riada de fuego y un estrépito ensordecedor...

Inmediatamente ha dejado caer la pistola y corre, corre sin mirar a su alrededor escaleras arriba, hacia el vestíbulo, y sale de la casa. Con el hombro tropieza contra el camión y cae, pero al momento se vuelve a levantar y sigue corriendo, adentrándose en la noche en la obscuridad, en la negrura...

Y durante todo el tiempo tiene conciencia de lo que ha hecho, de que no va a oír mas aquella voz mala y falsa, que no va a ver mas aquellos ojos perversos y claros. ¡De que todo pertenece al pasado y que ella ha de seguir viviendo!

—Yo me largo. ¿Vienes tú por fin, Heinz? —pregunta Irma.

Y lo pregunta de intento, con tono ordinario, pues está enfadada e irritada. No tiene ganas de jugar a la dama exquisita, como aquel cerdito de mazapán rosado.

Pero nadie le presta atención. Heinz se ha puesto de pronto pendenciero, tal vez

por efecto del alcohol.

—¿Y tú te llamas socialista? —le grita al hermano despectivamente—. Con tus enormes sillones y tus gruesos cigarros...

—Y gruesas mujeres —murmura Irma, sin que nadie la escuche.

—... Y estoy seguro que no sabrías qué contestarme si te pregunto qué es lo que vas a hacer en bien del trabajador.

—Hijo mío —ganguea Erich con voz de infinita superioridad—, podría perfectamente decirte que mis asuntos privados te importan a ti un comino. Pero hasta un cerebro de colegial ha de tener la suficiente lógica para comprender que, aunque no me esté muriendo de hambre, puedo hacer algo por los trabajadores. Sí —exclamó, entusiasmado por sus propias palabras, pues también él había bebido considerablemente—, ¿es que tengo alguna necesidad de pasar hambre por querer librar de ella a los demás?

—¡Bubi, vámonos! —exclama Irma, suplicante—. ¡Tenemos que ir a casa!

—¡Muchísimo mejor puedo hacer algo por los demás haciendo primero algo por mí! Lo primero que necesito es sentirme presto a la acción, y este ambiente —añadió, dirigiendo una mirada cariñosa en derredor suyo— me predispone excelentemente.

—Según tu doctrina, los millonarios serían los mejores socialistas —exclamó Heinz, indignado.

—¡Oh, Henri, Henri, eres divino! —exclamó Tinette, echándose en el sofá entre grandes risas—. Parsifal el puro. El de la leyenda...

—Precisamente hay algo de lo que tú dices —opinó Erich, riendo—. Tal vez para actuar en sentido verdaderamente social sea preciso un cierta bienestar. Si uno ha de estar pensando continuamente en cómo se va a arreglar para comer, no puede pensar en los demás. Es claro como el agua...

—Permíteme...

—¡Heinz, yo me voy!

—¡Permíteme tú antes! Naturalmente, doy como imprescindible que tal persona en buena posición ha de saber el estado de ánimo de los pobres, y que para ello ha de haber sido pobre.

—¿Y tú crees saberlo?

—¡Hazme el favor de no olvidar, Bubi, que mi padre es un simple cochero de punto!

—¿Ya le has encontrado la vuelta? ¡Ah, qué cerdo eres, Erich! Ya te veo corriendo a contarles a todos los trabajadores que tu padre es un cochero de punto. ¿Quieres que te dé la dirección de padre para que los trabajadores puedan ir a convencerse de que no mientes? Porque, por lo demás, no necesitas para nada su dirección, pues sé muy bien que padre no te va a ver ya más en cien años. Si es que no necesitas de sus empréstitos de guerra...

—¡Los dos hermanos enemigos: Henri y Erich! ¡Otra vez te has dejado llevar de tu genio, Erich!

—Bubi, por favor; querido Heinz...

—Te has puesto bastante impertinente, hijo; pero no te lo tomo a mal. Sí chico, sí; confieso que soy egoísta, egoísta de la más pura cepa. He sacado mi doctrina de esta guerra. Estuve en las trincheras...

—¡Tres días!

—¡Tres semanas, por lo menos! En todo caso, más tiempo que tú. Y opino que el que no piensa en sí mismo es tonto de remate. No tiene nada mejor que una bola por cabeza...

—Cuando te oigo hablar, me dan náuseas. Me asqueas...

—¡Ya cambiarás, chiquillo! También tú acabarás pensando solo en ti mismo. En otro tiempo, hasta yo fui idealista y altruista...

—¿Sería cuando le robabas a padre el dinero del escritorio?

—¡Vete ya! ¡Lo mejor que puedes hacer es salir de esta casa...!

Estaban uno frente al otro, rojos de indignación. Irma tiró de la manga de la chaqueta de Bubi:

—¡Por favor, Heinz, vámonos ya!

Pero Tinette saltó del canapé, y corriendo hacia ambos hermanos, los cogió con cada una de sus manos por el cuello. En medio de ambos les mantenía unidos, en tanto que ellos forcejeaban débilmente, para liberarse de su brazo...

—¡Ah, qué chicos más tontos! No sois los dos hermanos de la Biblia. Pensad que no os llamáis Caín y Abel. ¡A reconciliarse al momento! ¡Es una tontería, y por una cosa así no se debe pelear! Se puede luchar e incluso matar por una mujer, pero el no te va a quitar a tu Tinette, Erich. Tiene ya a su amiguita. ¿Dónde se ha metido? ¡Se ha ido en el momento peor; precisamente en el instante en que tú tenías que darle un beso, Henri! Lo que os separa no son más que puntos de vista, conceptos. Tú, Erich, eres un egoísta formidable, y tú, Henri, un idealista terrible. ¿Y qué pasa? ¡Ya está solucionado!

Y, riendo, estuvo contemplándoles a ambos por unos instantes. Heinz quería marcharse, quería ir tras de su amiga, que de seguro le estaría esperando aún ante la puerta. ¡Oh, qué mezquino se sentía! Pero tenía aquel brazo en torno a su cuello, a pesar de que cuanto ella decía fuera falso, pues no podía, por muy razonable que sonara, haber en ello nada de cierto, estaba aquel brazo en torno a su cuello...

—Y ahora beberemos todos una copita de reconciliación y nos iremos a dormir. Naturalmente, tú dormirás en el cuarto de invitados, Henri, y mañana por la mañana desayunaremos todos juntos. Por ti me levantaré terriblemente pronto, Henri. Tu amiguita ha sido horriblemente tonta al marcharse. Pero no tengas miedo, ya me encargará yo de convertirla en una verdadera mujer. Tráela a menudo por aquí y ven tú aún más a menudo. Siempre nos causará placer, ¿no es cierto, Erich? Y haremos de él un hombre, un formidable idealista, en tanto que de ti, Erich, saldrá el mayor de los egoístas...

—¿Vas a darnos, por fin, nuestra copita o no? —murmuró Erich—. Soy tan y tan

egoísta, que hasta incluso estando en tus brazos pienso en la copita que nos ofreciste, Tinette.

Un hombre, un hombre anciano y férreo despertó en medio de la noche.

¿Fue Rucio el que le despertó?

El anciano se incorporó en la cama y estuvo escuchando los rumores de la casa. La gran colmena humana llenaba la noche de variados sonidos, y él quería prescindir de ellos. Hasta hacía un momento había estado durmiendo, y a la sazón trataba de apartar de su mente el sueño de los demás... ¿No le había despertado Rucio? ¿No había sido la cadena de sujeción la que rumoreaba? ¿Es que no había el caballo golpeado insistentemente con una de sus pezuñas contra el suelo del establo para llamar a su dueño?

Hackendahl escuchó. Directamente, debajo de él, estaba Rucio en lo que un día fuera taller de carpintero, para cuyo acceso había que subir cinco escalones de piedra viniendo del pequeño patio que le precedía. El banco carpinteril estaba aún arrimado a la pared, y cuando el caballo agitaba la cola para espantarse las moscas, golpeaba su madera. Pero actualmente, en noviembre, apenas había moscas...

Durante un momento estuvo reflexionando el férreo Gustavo qué era lo que se había convenido hacer con aquel banco de carpintero al realizar el reparto. ¿Le pertenecía a él o a los herederos del difunto carpintero Strunk? Los chiquillos que jugaban en el patio de aquella casa de la Werxstrasse, número treinta y tantos, aquellos chiquillos famélicos y ojerosos cantaban:

El viejo Strunk se ha ahorcado.

Uno, dos, tres, me has agarrado.

Pero Hackendahl no quiere pensar en Strunk, el carpintero. Gustavo Hackendahl se dispone a pensar en su Rucio. Rucio es el que le ha despertado. Strunk se había ahorcado hacía ya cuatro semanas antes de su cambio de residencia en aquella misma casa, ahorcándose de la cañería del gas que había en el pequeño vestíbulo. Con los talones de sus botas había deteriorado el contador del gas. Por lo visto, no lo habían cambiado, y se veían aún las marcas. El mismo contador, la misma casa, el mismo taller, el mismo piso, el mismo patrón, la misma cañería... «Voy demasiado a las tascas. Cuando aun tenía dinero, iba muy poco. ¡Pero ahora...! Es un asco la forma que tienen de encadenarse los pensamientos. La noche se ha hecho para dormir, como hace madre, y no para pensar». Si al menos el caballo no le hubiera despertado. Pero ya: «Uno, dos, tres, me has agarrado».

Con Rucio empezó para él el descenso de categoría. Por aquella carrera de aquel entonces empezó a ir todo mal. Y aquella maldita bestia, que le había despojado de toda su mejor clientela, aun quería tener sus prerrogativas y hacía ruido con la cadena; golpeaba con la pezuña, como si tuviera algo que reclamar. ¡No podía

reclamar nada!

¿Quién podía reclamarle algo a él? ¿Otto? Otto ha muerto dejando a una viuda y dos hijos, y se ha salido con su voluntad sin la aquiescencia paterna. ¡No puede reclamar nada! ¡Descartado!

¿Es que el caballo no ha tenido siempre su buen pienso, más y mejo, pienso de lo que se merecía? ¡Déjame ya en paz, idiota!

¿Y Eva? Eva fue, en un tiempo, una buena muchacha, buena y muy guapa; pero los hombres fueron su perdición. ¿No se lo había advertido? ¿Es que no me senté en el sillón y en vez de darle un puñetazo a aquel sujeto no le hablé con palabras razonables? «Apártate, chico». Una manceba no puede ser la hija de ningún hombre honrado, porque es la querida de todos los hombres. Yo no puedo hacer nada. ¡Acabado!

¿Y Erich? Erich es un teniente muy elegante, con pantalones de pana de ciento cincuenta marcos, pero no escribe a sus padres. Y al que no quiera nada, que se quede con lo suyo. No se puede hacer más. ¡Solventado!

¿Sofía? Es enfermera directora y tiene mucho trabajo. «Tenemos un herido en el lazareto que no tiene ni padres ni familia. Harías una verdadera obra de caridad si enviarás a esta persona abandonada algún paquetito con unas palabras de consuelo...». ¡Arpía calculadora! ¡No se te habrá ocurrido pensar en que hay padres abandonados, sin palabras caritativas de sus hijos, no. Seguramente madre debe de haber enviado el paquete y también las palabras de consuelo. ¿Aun quieres mas? «Volveré al hogar cuando haya paz! ¡Ya vendrá contraorden!».

¿Y Heinz? ¿Bubi? El padre, en su frío enojo, deja de engañarse a sí mismo. No es Rucio el que le ha despertado. ¡El animal está contento con tal que lo dejen en paz! El padre se ha despertado porque son ya las tres y el hijo no ha vuelto aún a casa. Ha de confesarse que en los últimos tiempos había confiado mucho en Bubi, Bubi no era tan brillante como Erich, pero tampoco era apagado como Otto. Pero cuando a las dos se empieza a hablar de matemáticas prometiendo estar de vuelta a las seis; cuando se miente y se engaña a su padre, no tiene uno nada de formal. La formalidad es la formalidad; la mentira, mentira, y ser férreo es ser férreo.

El viejo Hackendahl sigue un rato sentado a obscuras. No piensa ni en Rucio ni en Strunk. Está bien claro para él que todo está ya solventado, que todos ellos han obtenido lo que querían y que se ha terminado. Hoy le han arrojado por debajo de la puerta una cosa asquerosa, la «Bandera Roja», en vez del «Lokal Anzeiger» de Berlín. Cuando uno quiere tener su «Lokal Anzeiger» no le gusta que le den la «Bandera Roja», igual que tampoco le gusta tener a unos descastados en vez de hijos. Durante un tiempo le pueden engañar a uno y hasta cierto punto se hace la vista gorda, pero cuando se ha terminado, se ha terminado. El hombre pasa a ser hombre y deja de ser padre.

De repente se enciende la luz y madre se incorpora en su cama.

—¿Qué hay, padre?

—Precisamente querrá decirte, madre, que he estado reflexionando sobre Rucio...

—¿Está ya Heinz en casa? No lo he oído llegar.

—No, no está. Mañana voy a llevar a Rucio al matadero. Al precio que está la carne, aun podemos sacar algo, y para tirar del coche es una calamidad. Además, ya no le puedo ni ver, pensando en lo que valía antes, y ahora...

—Pues, al venderlo, di que te den cinco libras de la parte de la pierna. Lo pueden hacer muy bien, y a ti y a Heinz os vendría perfectamente un poco de carne.

—Lo que a Heinz le viene bien ya lo sé yo. Únicamente que no me interesa ya. He de ver de comprarme un bayo o un ruano para el coche. La cuestión es que no sea Rucio. Estoy ya cansado de rucios.

—Sí, hazlo así, padre. Es una buena idea. Así te volverá a divertir salir a trabajar.

—¿Divertirme? Bueno; tal vez. Uno no es tan solo padre. También es un hombre.

—¿Qué quieres decir con eso, padre?

—¡Bah, déjate! Ya hablaremos de ello. Y luego haré una cosa más, madre. Lo tengo ya pensado. Cuando haya vendido a Rucio iré a ver a Bayer, el perfumista, ¿sabes, madre?, el que tiene la primera hipoteca sobre esta casa, y le diré: hágase usted cargo de todo el edificio tal como está en la actualidad. Yo no quiero nada en cambio, y usted no me pida tampoco nada a mí por quedarse con el inmueble. ¡Y a otra cosa!

—No sé, padre. Si lo haces así, no nos quedará nada.

—¿Y qué sacamos ahora de la casa? Las preocupaciones para cobrar los alquileres, que se van todos en pago de los intereses. No, ahora quiero vivir en paz, por lo menos durante un tiempo...

—Bueno, padre, como te parezca. Yo no me he entrometido nunca en tus asuntos de dinero, ya lo sabes bien... Y siempre conservaremos los empréstitos.

—No, madre. A Bayer pienso también decirle que todo lo que me quede de los empréstitos después de la compra del caballo, puede incluirlo en el trato. En cambio nos ha de dejar vivir a ambos y, como es natural, también al caballo, gratis durante toda nuestra vida... Así me libraré de preocupaciones...

—Padre, entonces nos quedaremos sin nada; con solo las pocos *groschen* que ganas en tus carreras.

—Eso es, madre, nos quedaremos sin nada. ¡Es precisamente lo que quiero!

Al oír esto, su mujer se quedó perpleja y lanzó una mirada rápida hacia el marido, y dijo luego:

—Haremos como tú quieras, padre: Supongo que habrás ya pensado en que Heinz no ha pasado aún su examen de Estado y que luego va a tener que estudiar mucho más... Con los pocos *groschen* que traerás a casa, no habrá suficiente... Y dentro de poco volverá Erich, que gana nada. Y tampoco sabemos qué le pasa a Sofía...

—En eso sí que tienes razón, madre. No sabemos lo que les pasa a nuestros hijos.

Se produjo un prolongado silencio, temeroso por parte de ella y testarudo por parte de él. Pero a poco empezó Gustavo a hablar de nuevo, diciendo:

—¿Has visto esa porquería de periódico que nos han arrojado por debajo de la puerta?

—Sí, padre. ¿Por eso estás tan enfadado?

—No estoy enfadado, madre. ¿Has leído que nuestro Kaiser, a quien juramos fidelidad, se ha marchado a Holanda? ¡Figúrate! Después de haber estado sus soldados combatiendo durante cuatro años y su pueblo pasando hambre durante cuatro años también, cuando las cosas se ponen mal se mete en la canasta. Guillermo el prófugo, le llaman en el diario. Dicen que se ha ido en un coche salón.

—¿Y tú, padre, quieres también abandonarlo todo: hijos, dinero, todo? ¿Como Guillermo?

—No, madre, tranquilízate. Yo no huyo —su robusta mano avanzó por la cama y se posó tranquilizadamente sobre la de ella—. Yo soy férreo, ya lo sabes tú bien, y me quedaré junto a mi coche. Solo que; madre, aunque no quiero hacerte daño, encuentro que nuestros hijos nos han abandonado. Es muy fácil pensar tan solo en sus padres cuando se quiere sacar algo. Como ha dejado de gustarme, no quiero seguir prestando mi ayuda para que pase.

—Pero, padre, si siempre ha sido igual. Los jóvenes se amparan en los viejos, y cuando tienen ya edad de volar huyen del nido y no conocen ya a sus padres. ¡No vas a exigir que sea de otro modo!

—No hay que comparar a las personas con los animales, madre, tú lo sabes bien. Yo he aprendido que un hijo ha de amar y honrar a sus padres. No sé, madre, quizá tenga yo la culpa, pero ninguno de mis hijos me ha querido...

—No digas eso, padre, Heinz...

—¿Lo ves, madre?, no se te ocurre más que uno de los cinco, y tampoco este es distinto de los demás... No, madre, no es culpa ni de los padres ni de mis hijos. Como tampoco fue culpa de los soldados, que cumplieron con su deber y el más elevado señor de los ejércitos les abandonó. Es culpa de los tiempos que corren, y no podemos hacer nada. Lo que tenemos que procurar es quedar con bien... Yo quiero aún disfrutar un poco y quiero tener un buen caballo uncido a mi coche, ir un poco al Tiergarten con un buen trayecto, ver por todas partes florecer los crocos en el césped, ver sus flores amarillas, azules y blancas. Es que no quiero pensar continuamente: «Hoy hay que regañar a Erich, y tampoco Heinz ha regresado a casa a su debido tiempo...».

—¿Es porque Heinz no ha vuelto todavía a casa, padre?

—¿Cómo puede ser por esto, madre? Ya te lo he explicado bien claro, pero una cosa viene encima de la otra, y cuando se ha acabado de una vez, no sirven los lloriqueos. Otra cosa, madre, ¿dónde tienes los cachivaches?

—¿Los cachivaches? ¿A cuáles te refieres, padre?

—A los cachivaches de nuestros hijos.

—¿Los cachivaches de los chicos? Están en el armario. En la parte de abajo, a la izquierda. Pero, padre...

Y guarda silencio, mirando con ojos dilatados y algo temerosos cómo el viejo salta de la cama, se acerca al armario y empieza a amontonar lo que hay allí guardado, perteneciente a sus hijos: mapas, cuadernos y libros escolares. Una gorra de escolar de Erich. Los primeros zapatitos de Sofía. Una caja de pinturas casi vacía, fotografías de la escuela...

Estuvo contemplando la operación en silencio y esperó hasta que su marido abrió la puerta de la estufa y empezó a meter por ella todos los cachivaches amontonados y mezclados unos con otros, por el agujero para sacar la ceniza, y dijo, débilmente:

—¡Ah, padre!...

Él miró hacia donde ella estaba. Por debajo de las enmarañadas cejas brillaban sus ojos grandes y redondos. Luego dijo:

—No te aflijas, madre, así son las cosas.

Prendió fuego, con una cerilla, a todo el material de papel, y después de ver que se inflamaba debidamente cerró de un golpe la portezuela interior de la estufa...

Luego, al volver a la cama junto a ella, le dio la mano y le dijo, mirándola fijamente:

—Quisiera ahora que me volvieras a llamar Gustavo, madre. Gustavo es un hombre muy correcto, y desde ahora quisiera volver a vivir como Gustavo simplemente. Padre me parece algo ya bastante pasado...

—¡Ah, padre!

—¡Gustavo!

—Gustavo, quería decir...

—Y quiero decirte también que desde ahora se acabaron las idas a la taberna y la vida de holganza, de salir ahora con el coche y ahora no, según el humor, madre. En primer lugar, porque no podemos hacerlo, pues ahora somos de nuevo pobres, y después porque ya no me haría disfrutar. No; nosotros dos. Viejos y solos, vamos a vivir un poco bien, como al principio de todo. Aun mejor, porque ahora sabemos que no vamos a tener más hijos que vengan a desbaratarnoslo.

—¡Ah, padre! ¡Que hayas tomado tan a pecho que Heinz no haya vuelto aún esta noche a casa!

—¡En primer lugar, ya no soy padre, sino Gustavo! Te lo tendré que repetir mil veces en las semanas que seguirán. Pero lo haré, que para eso soy férreo y, en segundo lugar, ¿a qué viene eso de tomarlo a mal? Puesto que Rucio no quiere ya tirar del coche, tiene que ir al matadero, y puesto que nuestros hijos no quieren seguirlo siendo, que lo dejen; en esto sí que soy férreo...

—¡Ah, padre!

—¡Gustavo desde ahora!

CAPÍTULO V

¿QUÉ MANO NO SE SECARÍA...?

1

Tardó toda una semana antes de que tuviera lugar una conversación entre padre e hijo. En cualquier otro tiempo, a Heinz le hubiera resultado extraño que el padre no dijera nada de sus ausencias durante la noche ni de su vida en extremo desordenada. Pero a la sazón pasaban por el ánimo de Heinz Hackendahl, sin dejar casi huella en él, acontecimientos mucho más importantes que la indignación o el enfado de su padre...

Vivía en un mundo hechizado. En la ciudad seguían los tiroteos, a pesar de que los independientes y los socialistas gubernamentales se habían unido y habían llegado incluso a formar una especie de Gobierno con ministros y secretarios de Estado. Y tanto en la ciudad como en los suburbios seguían los saqueos; la mayor parte del tiempo los establecimientos tenían corridas las verjas, aunque poca protección ofrecían contra la nueva especie de escalo, en el que se utilizaban bombas de mano.

Heinz contemplaba todo aquello en sus varias andanzas por la ciudad. Y oía y leía de la lucha en torno a una unión nacional reclamada con insistencia. Los Consejos obreros estaban en contra de ella en partes iguales, pero los Consejos de soldados estaban, también en partes iguales, a su favor. Y todos los antiguos partidos, los avanzados, los nacional-liberales, el centro y los conservadores, volvieron a surgir de pronto, exigiendo a sus afiliados que apoyaran al nuevo Gobierno. Y este levantó el estado de sitio, la censura de Prensa, amnistió a todos los inculpados políticos, prometió libertad de cultos y opiniones, la jornada de ocho horas, combatir la escasez de viviendas, otorgó el socorro a los parados y aseguró la protección de la propiedad y de las personas; prometió también la suficiente alimentación al pueblo...

Y continuaban los robos y los asesinatos. Las colas ante las tiendas de comestibles iban alargándose cada vez más. Heinz Hackendahl lo contemplaba, pero era un hechizado y apenas se fijaba en lo que una semana antes le hubiera apasionado. Pasaba de largo ante todo ello. Ya no vivía del todo en este mundo...

Por ello apenas levantó la vista cuando el padre le dijo, un día:

—¿Cuándo vas a examinarte?

—No lo sé, padre. Hasta Pascua lo menos.

La verdad era que Heinz no lo sabía en realidad, pues no había vuelto a asistir a la escuela.

—¡Pues preocúpate de ello! Hasta Pascua te seguiré teniendo conmigo y alimentándote... Luego, ¡se acabó!

Poniendo un poco más de atención, miró Heinz al rostro de su padre:

—¿Entonces no hay nada de los estudios superiores?

Le miró con atención, y el rostro del padre enrojeció.

A poco dijo el viejo Hackendahl, sin ningún resentimiento:

—Con el último dinero que me quedaba, me he comprado a Peceño. ¿Lo has visto ya?

Heinz asintió.

—Un caballito magnífico —dijo el viejo, más calurosamente—. Le pone a uno de buen humor. Del último resto he procurado asegurar para siempre el alojamiento de madre y mío. También me he desprendido de la casa. ¡Ya está todo pateado!

—¿Entonces es que también has perdido los empréstitos de guerra?

El viejo asintió y miró con interés a su hijo.

Este se limitó a sonreír. Pensaba en Erich. Pero ¿para qué iba a decirle a su padre nada de Erich? Padre tenía sus preocupaciones. Erich tenía las suyas, y él, Heinz, llamado Bubi, tenía mayores cuidados que todos ellos. Era cosa de cada uno.

Por ello asintió a las palabras del padre, y dijo:

—Ya hablaré con el profesor Degener. Quizá pueda acudir a algún examen extraordinario, y así te verás más pronto libre de mí, padre.

Cogió la gorra y salió.

El padre le siguió con la vista. Luego le dijo a madre, que estaba en la cocina:

—Tuve razón, madre. Tampoco Heinz será distinto los demás. El que me tiene contento es el caballo negro es mucho mejor que el blanco... El blanco te ensucia siempre, y, en cambio, el negro es sufrido.

Heinz Hackendahl se quedó con las manos en los bolsillos de su raído sobretodo, indeciso, en plena calle. Podía ir a coger el ferrocarril urbano y podía también ir a casa de su amiga Irma. Finalmente podía también hacer lo que le había dicho al padre e irse a informar a casa del profesor Degener de las perspectivas de su examen.

A gusto se hubiera dirigido hacia el ferrocarril y a disgusto a ver a su amiga Irma, a quien desde aquella tarde memorable no había vuelto a ver; lo que había, es que dirigirse al ferrocarril era poco digno, y muy digno, en cambio, muy digno, ir a ver a la amiga. Los pillos encuentran siempre la salida: Heinz Hackendahl no hizo ninguna de las dos cosas y se fue a casa del profesor Degener.

El profesor estaba sentado ante su escritorio; le tendió la mano fina y de azules venas, y mirándolo con sus ojos azules de malicioso brillo, le preguntó si le apetecía un cigarrillo, diciendo que más tarde tomarían el té todos juntos.

Heinz Hackendahl declinó la oferta del cigarrillo y no se detuvo en reflexionar lo que «todos juntos» quería decir, perdiéndose en un balbuceo bastante incoherente acerca de estar enfermo, el no ir a la escuela y el examen.

El profesor Degener hizo con la mano un vago ademán.

—Enfermos lo están todos. Todos van con irregularidad al «cole» —le llamó «cole», como los alumnos—. Lo que necesita usted para pasar el examen lo sabe perfectamente. El escrito será en febrero. Por lo que atañe a mis colegas, le recomendaría que se dejara ver de vez en cuando por clase.

Todo esto fue dicho de un modo precipitado y un poco despectivo, cual si careciera completamente de relieve. Tampoco Heinz Hackendahl lo encontró importante. La cuestión es que lo había arreglado. Habiendo olvidado la invitación para el té, se levantó y dio las gracias al profesor.

De repente tuvo prisa por marcharse.

El profesor le tendió la mano temblorosamente.

—Me olvidaba de preguntárselo: ¿ha visto usted recientemente a alguno de sus camaradas?

—No, y lo siento.

—Si quiere esperar un momento podrá ver a todo un grupo. Tenemos diariamente una especie de té-reunión.

Pero Heinz no tenía tiempo de esperar.

—¡Naturalmente! ¿Se ha enterado usted, por otra parte, de lo ocurrido en Colonia? ¿Sabe lo del «Consejo de Obreros y Soldados»?

En Colonia reinaba un frenesí insensato: la ciudad había sido vista invadida en el espacio de tres días. Inundada por divisiones de tropas desmandadas, por fugitivos del terreno de la orilla izquierda del Rin. Ahítos de armas querían comer y beber; la minoría triunfaba y quería entregarse al saqueo y al libertinaje. Y había surgido el

«Consejo de Obreros y Soldados» acordonando la ciudad, desarmando a la gente y conminándoles a continuar su camino...

—Todo para nada, si así puede decirse, Hackendahl. Pues cuando todo se ha desmoronado...

Heinz Hackendahl calló. Había olvidado que tenía prisa. Pero a pesar de ello no estaba del todo allí. Semejaba a un viajero sentado a la espera entre dos trenes, que tiene tiempo y, sin embargo, no lo tiene para emplearlo en algo, pues prosigue su viaje con el pensamiento...

El profesor le miró y dijo en voz más alta:

—Cuando la sangre enferma, luchan los glóbulos blancos sanos contra el intruso. Hay una contienda. Si el intruso es más fuerte, el individuo muere; pero si los leucocitos tienen la superioridad, el individuo sana... —Reflexionó un rato y añadió—: Me resulta fácil imaginar que en este instante se libra en Alemania una lucha parecida. Todo depende de los corpúsculos, de cada uno de ellos...

El profesor guardó silencio. Luego, al cabo de un rato, empezó Heinz Hackendahl a contar lo del oficial que viera en el vestíbulo del Reichstag, de aquel hombre que en medio del desconcierto general daba órdenes cual si el desconcierto no le afectara.

El profesor Degener asintió:

—¿Lo ve usted, Hackendahl? Este es uno de los que le decía. No, no conozco su nombre. Cualquiera desconocido. Es imaginable lo que le repugnaría aquel ambiente. Pero precisamente por ello se inclinaba al orden. Tal vez no logre alcanzar otra cosa que su gente coma regularmente; pero ello no le desanima. Sabe que el orden y la limpieza son algo bueno y el desorden y la inmundicia algo malo. No se deja descorazonar porque los demás hayan elegido lo malo...

—Pero ¿qué pasará con todos ellos? —preguntó Heinz Hackendahl.

—Eso no lo sabemos. La cuestión es no hundirse. El oficial que usted vio en el Reichstag y la gente de Colonia luchan por algo que aun no conocen. Muchas veces es una suerte para el hombre, Hackendahl, el que no prevea más que un corto trecho de su camino... Tal vez, sino incluso, el oficial dudaría si supiera lo largo que es el camino hasta la consecución de algo. No ve más que lo que tiene cerca y cuida de que su gente tengan qué comer y de que sus vestidos estén un poco bien; no pacta con el desorden.

Heinz Hackendahl se ruborizó un poco. Todo cuanto el profesor Degener había dicho podía decirse de él con aplicación directa... No podía negarse que en la vida de Heinz hablase introducido un gran desorden cuyo alcance no podía observarse... Pero ¿había que descartar que el profesor hubiera intuido algo de...?

El profesor Degener no pareció darse cuenta del apuro por que pasaba su alumno. Sonriendo, dijo:

—Dentro de poco vendrán sus compañeros de clase, Hackendahl. Unos cuantos que me han tomado apego. Tampoco nosotros vamos regularmente al «cole». A menudo siento angustia cuando entro en el cuarto de profesores. Temo que mis

colegas no piensen muy favorablemente en mí; en rigor, me tendrían que sancionar...

El profesor sonrió y Heinz Hackendahl sintió se de nuevo embargado por el afecto fanático que había sentido por aquel hombre que permanecía tan joven como el más bisoño de sus discípulos.

—Le he de confesar que, también nosotros, tratamos de poner un poco de orden. Es decir, yo no soy más que el consejero de sus camaradas, pues no estoy ya para esas cosas belicosas... Recolectamos armas, mi querido Hackendahl —explicó el profesor con una sonrisa entre triste y maliciosa—. Imagínese usted, en vez de andar a la greña con el Ariosto, tengo a mis alumnos interesados en la caza de armas. El trabajo no es excesivamente pesado, aunque sí de gran alcance. Hay soldados que regresan a la patria y que dejan sus fusiles apoyados en la pared más cercana o que se los regalan al primero que se los pide. ¡Están tan hartos de ellos! Y luego están los muelles de mercancías con los vagones llenos de ametralladoras y lanzaminas. La gente tiene prisa en llegar a casa y ver a su mujer y a sus hijos; es comprensible... Y allá se quedan los vagones a la disposición de todo el mundo, tanto de los amantes del orden como de los del desorden.

Heinz asintió con fervor. Era insólito, pero uno acababa siempre interesado por aquel profesor, ya hablara de las vestiduras de las mujeres griegas o de la recogida de armas...

—Es decir —dijo el profesor, súbitamente complacido—, hasta los lanzaminas y cañones no se remonta nuestra ambición. A lo más que hemos llegado hasta el presente es a alguna ametralladora pesada. Siempre les estoy preguntando a sus camaradas hasta qué extremo de peso llegan, pues no quiero que se excedan demasiado y malgasten sus fuerzas, pero no me lo quieren decir. Usted, Hackendahl, ¿no tiene ni idea del peso aproximado...? Estoy muy preocupado...

Heinz tampoco lo conocía. Por otra parte, tenía el convencimiento de que el profesor no estaba preocupado en lo más mínimo. Se limitaba a acuciarle... ¿tal vez, por su no intervención...?

—La cosa no está del todo desprovista de peligro, Hackendahl. Las gentes tienen prejuicios tan raros... Cuando ven a cualquiera que lleve uniforme, sea de la clase que sea, pasear con un fusil, les parece todo perfecto. Pero si es un escolar, un muchacho... Luego están los padres... —El profesor suspiró. Luego se sobrepuso—: Pero es igual. Lo principal es que en medio de toda esta confusión encuentran los chicos un cometido. El de ellos es hoy recolectar armas, muchas armas con el menos coste posible.

—¿Y para qué recolectan ustedes estas armas, señor profesor? —preguntó Heinz Hackendahl.

Los ojos del profesor centellaron, pero preguntó con voz muy calmada:

—¿Está usted muy alejado de nosotros, Hackendahl...? ¿Se ocupa usted de otras cosas...?

Heinz se ruborizó y se sintió enojado y perplejo...

—Pero no es ningún deshonor verse sumido en la confusión. El deshonor es permanecer en ella, en el desorden...

El profesor era temible y parecía esclarecerlo todo. Heinz Hackendahl estaba indignado y estuvo a punto de marcharse. Quería defenderse y se quedó.

El profesor explicó:

—Es curioso. Jamás ninguno de los chicos me ha preguntado hasta ahora para qué recogíamos las armas. Tal vez es que simplemente se hayan: dicho que cuantas menos armas en manos desconocidas, tanto menos peligro hay para la comunidad. Tal vez es que ni se han detenido a pensarlo...

—Pero usted, señor profesor...

—Sí, hijo mío, también yo veo tan solo el pequeño trecho conocido. Me digo que todas las tropas que ahora regresan no son el frente entero, el frente está aún fuera de casa, Hackendahl, no lo olvide usted. El frente que durante cuatro años ha resistido contra el mundo entero, el frente desconocido, del que nosotros aquí, el interior, hemos visto tan solo parcelas, Ahora regresa a nosotros cerrado y no sabemos nada él. ¿Tal vez el frente necesita armas...?

—¿Para qué? La guerra ha terminado.

Le pareció como si estuviera hablando con la voz de su hermano. No lo quería decir y, sin embargo, lo decía.

—En primer lugar, tenemos un armisticio. Un armisticio no es la paz.

—¡No volveremos a luchar jamás! —exclamó Heinz—. ¡La guerra ha de acabar! ¡Ha de venir finalmente la paz!

—¿Una paz forzada? ¿Una paz para esclavos?

—¡Pero si es que no podemos más!

—¿Qué sabe usted de lo que podemos? —A la sazón los ojos azules centelleaban vivamente. El profesor estaba indignado—. ¿Ha probado usted alguna vez a ver hasta dónde podía llegar en algo? Y pretende hablar de «nosotros». ¿Hablar por nosotros?

A Heinz se le representa la villa en Zehlendorf y el hermano con sus discursos inteligentes y desprovistos de escrúpulos. El lujo; vino en vasos tallados, y la mujer bella e inaprensible que es un ensueño de esta tierra para un corazón de colegial e incluso para cualquier corazón masculino, con su brillo estelar en el pelo... Y ella pasa los brazos blancos y fríos en torno al cuello del hermano y habla de idealistas y de egoístas. Ya esta diferencia no representa nada, pues todos, tanto los materialistas como los egoístas, quisiéramos tender nuestros brazos al ensueño. Quisiéramos perdernos con él, poseerlo. ¡Quédate, sé buen muchacho! ¡Tener que salir en la fría noche de noviembre a recoger armas y quedarse derrengado por el peso de ellas cuando la villa luce iluminada, hablando de calor y cuidados! ¡Oh, no; no es eso! Es la dulzura de una voz, la jamás experimentada ligereza de la vida, hechizo y seducción...

¿Cómo decía el trabajo que le había impuesto el profesor en otro tiempo? «No es ningún deshonor sumirse en la confusión. Lo que sí lo es, es perdurar en ella».

Se oyó el timbre del exterior.

—Sus camaradas —dijo el profesor pacíficamente—. Sus camaradas. Quédese usted tranquilamente, Hackendahl, que le corresponde estar entre ellos.

3

Los alumnos entraron, unos precipitados y otros lentamente, algunos enrojecidos por el frío y otros pálidos por él. Mas todos jubilosos, dichosamente inquietos.

—... días Hackendahl... tardes, señor profesor.

—Mira, Trau Heinz se ha decidido a venir.

—¡Qué asombro, Timoteo!

—Sobresaliente, viejo escarabajo.

Heinz estrechaba las manos. Notaba una sensación de rareza, como cuando uno está soñando, al ver aquellos rostros tan conocidos que no veía desde hacía siete, diez o catorce días y que se le antojaban ya extraños. ¿O sería él el que se había convertido en un extraño para ellos?

Unos cuantos fueron a la cocina del profesor para hacer el té —se comprenderá que el profesor Degener era soltero—, otros hicieron su informe de haber espiado en tal sitio y tales armas y conseguido tales y tales otras.

—¿Qué pasa con las granadas de mano, señor profesor? ¿Entiende usted acaso en ellas? ¿Cuándo están a punto de estallar?

—Pero burro, si ya te dije...

—Señor profesor, en la Artilleriestrasse se pueden comprar pistolas...

—También en la estación de Silesia...

—Por todas partes, macaco.

—Déjame terminar de hablar: de cinco a quince marcos por pieza, *brownings*, máusers, revólveres del ejército. Pistolas de bengala... Yo encuentro que las pistolas son especialmente peligrosas, porque todo el mundo las puede llevar secretamente en el bolsillo. En tanto que las demás armas se ven...

El profesor suspiró:

—¿Cuánto dinero quieren, granujas? Toda mi fortuna se me va yendo en esto...

—¿Tal vez quinientos marcos para empezar?

—¡Quinientos marcos! En el Banco me miran ya como si estuviera en bancarrota. Bueno, Hoffmann, venga mañana por la mañana, pasadas las once...

—Señor profesor, he descubierto un antiaéreo que quiere quedarse en paz, porque el ambiente no le gusta ya. De cincuenta a cien marcos. Ametralladora ligera. ¿Hac...?

—¡No faltaba más, Bertuleit! Antiaéreos. ¡Qué caray! Mañana a las once...

Era un mundo insólito, un mundo de hechizo un mundo que se había vuelto loco. Heinz Hackendahl escuchaba con asombro. En su interior apuntó una ligera contrariedad al verse excluido de todo aquello. De vez en cuando le parecía como si Degener lo mirara de lado inquisitivamente y entonces su contrariedad se acentuaba. ¿Qué sentido tenía todo aquello? No era más que un juego. Y mejor harían en procurar comida a los hambrientos. Pensó en las colas de mujeres extenuadas ante las

tiendas de comestibles, de mujeres que habían todo luchando durante cuatro años por las vidas de sus hijos. ¡Y ahora que la paz estaba cerca, aquella gente no pensaba más que en armas! ¿Una paz para esclavos? Pues muy bien. Había un viejo proverbio que decía: «Mejor esclavo que muerto». ¡Ay!, no, no. Así es como lo hubiera anunciado Erich. Decía: «Mejor muerto que esclavo». Tampoco él quería una paz para esclavos... ¿Pero qué vamos a hacer? ¿Recoger armas? ¡Si no nos quedan ya manos que quieran empuñar estas armas! ¡No podemos luchar más! ¡No podemos luchar ya más! ¡Pensamientos incoherentes y enmarañados! Confusión, desorden... ¿Mejor es no hacer nada que hacer algo equivocado? ¿Mejor es hacer algo equivocado que nada?

De pronto oye una voz chillona, naturalmente la voz del popular Porzig que acaba de entrar:

—Señor profesor, quisiera hacerle saber que en el Reichstag hay un despacho con un cartel que dice Erich Hackendahl. Estuve hoy precisamente allí para ver esta marranada. Es un papelito puesto recientemente.

Durante un momento reina en el despacho del profesor un silencio embarazado. Todos miran a Heinz Hackendahl. Este ha hecho un movimiento y trata de esbozar algo que quiere ser una sonrisa despectiva, pero nota con gran enojo que se ruboriza desmedidamente.

Mas a poco el rubor se cambia en una amargura indecible. En su interior empieza a surgir el odio. Con rapidez de relámpago cruza por su cabeza: «Sí, así son estos... idealistas. “El que no está conmigo está contra mí”. Todos ellos sospechan de cuantos no... recogen armas como ellos. Simplemente por tener Erich un despacho en el Reichstag sospechan de él y, sin embargo, Erich podría realizar allí un verdadero trabajo provechoso y honrado. ¿No tiene a su cargo el servicio de seguridad...? ¡Bah!, todo esto es una insensatez, pues sé perfectamente que no hará nada de honrado, porque es un libertino y un canalla... Pero ¿qué tiene que ver esto conmigo? ¿Por qué sospechan de mí? Puesto que vienen a gritar, ¿esto querrá decir que yo también soy sospechoso?».

A esto dice el profesor, rompiendo el silencio:

—No entiendo a lo que va usted, Porzig. Nuestro compañero de clase se llama Heinz, no Erich Hackendahl.

E inmediatamente transformáronse todos los rostros que miraban a Heinz como a un extraño. Se hicieron amigables, continuó la conversación y Hoffmann, golpeando el hombro de Heinz, dijo:

—¡Este Porzig es un zopenco!

Kunze dijo alegre y burlonamente:

—¿He de ser yo el guardián de mi hermano?

Y finalmente acercó se el mismo Porzig, y plantándose con aire de importancia ante Heinz, explicó con desenvoltura que ocultaba su embarazo:

—No me lo tomes a mal, Hackendahl, ¿eh? Comprenderás que estamos aquí

todos jugando con fuego en gran escala y que tenemos que ser muy precavidos, ¿está claro, eh? Todos estos de aquí no son juristas, pero mi viejo es magistrado del Supremo y yo sé cómo las gasta el Código penal. El profesor Degener no es más que un niño. ¡Ya me comprendes! Está todo arreglado, ¿verdad, Hackendahl?

Y Heinz le aseguró que todo estaba arreglado. Pero no tenía esta sensación, antes la tenía de estar allí sonriendo penosamente entre toda aquella camaradería y confianza. Iba pensando sin reposo:

«Lo que Degener ha dicho no se ajusta a la realidad. Verdad es que él es Erich y yo Heinz, pero ambos somos Hackendahl y tenemos un padre de hierro. Por ello hemos salido tan débiles. Ya pueden desvivirse todos estos para considerarme amablemente y hacer todo lo posible para darme la impresión de que estoy en mi elemento... No lo estoy y no quiero tampoco estarlo. No quiero más que una cosa: irme lo más pronto posible a tomar el ferrocarril que me llevará a Dahlem. Eso es lo que quiero, y toda su búsqueda de armas me resulta fatigosa...».

Y transcurrido un rato se levantó y fue despidiéndose de todos con un «hasta la vista», y al encontrarse frente a Degener le asaltó de pronto una sensación de culpabilidad que le hizo decir lo que no hubiera querido decir en aquel momento:

—¡No me olvido de la confusión, señor profesor!

El profesor sacudió de mala gana la leonina cabeza de roja melena y dijo: Κολδν Κ'αγζαν. Alumno Hackendahl, lo seguirá recordando aún, ¿no? Tan solo lo que es bueno es bello, ¿no es así?

Y esto era lo que más misterioso y más fantástico resultaba en aquel profesor Degener. Pues de Tinette no podía saber absolutamente nada, y, sin embargo sus palabras sonaban como si aquel profesor le levantara un testimonio verídico.

Apenas acababa Heinz de llamar, salió a abrirle la muchacha, diciéndole en tono de reproche:

—La señora ha preguntado ya cuatro veces por usted y apenas se había quitado el abrigo y contemplado en el espejo, pues su maldita corbata había vuelto a estrujarle como un nudo, cuando llego Tinette atravesando el vestíbulo:

—Pero, Henri, ¿qué estuviste haciendo? ¡Te dije que las tres! ¡Y son las cuatro! Creía que tú eras de fiar. Erich no es nada fiable. ¿A ver si ahora me lo resultarás tú aun menos?

Heinz estaba indignado. No le había dicho ni una palabra de ir a las tres. Pero ¿qué se conseguiría contradiciéndola? La doncella seguía allí de pie junto a ellos. ¿Por qué tendría que seguir allí mirándole fijamente como si fuera el animal más raro de todas las Indias y del Beluchistán? ¡Vergüenza debía de darle!

Tinette se echó las manos a la espalda y se acercó a contemplar su rostro indignado, empezando a reír quedamente:

—¡Qué cara pones, Henri! ¡Justamente la misma cara que tenías hace un momento delante de la puerta! ¡Te he estado observando durante 'cinco minutos! ¿Es que no querías entrar en mi casa? ¿Por qué estás tan enfurruñado? Mírame, Henri, Henri... Eres igual que Erich cuando está enfadado. Ninguno de los dos queréis mirarme a la cara. ¡En cambio, yo fulmino a la gente!

De nuevo echó se a reír. La terrible doncella seguía allí. Había cogido y pasado por su brazo el sobretodo, aquel raído sobretodo. ¡Tinette era tremenda, hablaba de todo ante quien quiera que fuese! Sí, desconocía por completo lo que era la vergüenza. No tenía ni idea de su existencia, igual que sucedía con la Naturaleza. Y como ella, lo daba todo por descontado.

—Señora, ¿le llevo el abrigo al señor?

—Si, lléveselo, Ema. ¿Te parece bien, Henri? Es que precisamente ha venido un señor que se interesaba por tu abrigo...

Heinz hizo un movimiento airado y luego contempló a la doncella que atravesaba el vestíbulo con su abrigo...

—¿Qué piensa hacer de mi sobretodo?

—¡Henri, qué tonto, qué tonto! ¿Te da vergüenza de Ema? Seguro que ella piensa: «Ahí está otra vez el señorito que se ha enamorado de la señora». ¿Te has enamorado de mí, Henri...?

Él gritó furioso:

—¡No! ¡No, no!

Ella sonrió.

—¡Lo ves! Pero esto no importa. Ámame tranquilamente, Henri, Sin embargo, no querrás, porque eres un alemán y no quieres separarme de Erich. Soy tu Margarita

alemana. O no; Margarita no, que tiene un hijo...

Y rio con desenfado.

¡Falta de pudor como la Naturaleza! Se lo echaba todo a la cara sin retroceder asustada ante nada.

Pero tal vez no es que fuera falta de pudor, sino que simplemente fuera mezquina...

Ella, cual si hubiera adivinado sus pensamientos, dejó de pronto su hombro:

—Pues vete, Henri. ¿De modo que me quieres dejar sola? Todo el día estoy sola... Pues vete, te lo ruego.

De nuevo hacía teatro. ¿Dónde estaba su abrigo? ¿Iba a salir él sin abrigo? ¿Estaba tan disgustada por aquella pequeña disputa con su cuñado de diecisiete años, que se disponía a dejarle salir sin abrigo con la lúgubre humedad que hacía? ¡Todo teatro! Pero, sí, tal vez hubiera una pequeña probabilidad de que lo sintiera, Quizá si...

De repente se encontró con la mano de ella muy cerca de su boca... Le miraba de un modo tan extraño... Sí; tal vez hubiera una pequeñísima probabilidad de que él le gustara... No de que sintiera por él el tormento ardiente y magnífico que él sentía por ella, pero sí de que le gustara... Apoyando sus labios en la mano aspiró el ligero perfume que de ella emanaba... Sus labios absorbían aquella mano... La recorrían... ¡inigualable!

—¡Oh! —dijo ella poniendo una cara muy seria—. ¡Estás aprendiendo algo, Henri! Esto no hubiera podido verlo Erich.

Luego pasaron a donde estaba el señor a quien habían llevado el abrigo de Heinz. Era un caballero muy atildado con rubia perilla. Se evidenciaba que aquel caballero vestido de un «Cutaway» era un sastre que la señora había mandado venir y que por encargo de la señora traía ya un traje hecho según unas medidas que ella diera...

—¡Pues no puedes continuar yendo de tal modo, Henri!

El traje que traía le sentaba a Heinz a la perfección.

—¡La señora tiene un gusto exquisito y completamente francés en lo que a «chic» y medidas se refiere!

Naturalmente, aquello no era nada y habría que ver los trajes que le haría a medida y con telas inglesas... Luego le era imprescindible un sobretodo de invierno más grueso, modelo Ulster...

Pálido y sin decir una palabra, se quedó Heinz a un lado, levantando los brazos cuando así se lo pedía el señor del «Cutaway» para poder tomarle las medidas... Iba pensando: «Eso es ya el colmo del oprobio. ¡Dejarme vestir por la querida de Erich, con el dinero de Erich!».

Pero no estaba aún más que en el principio de su deshonor. En el más estricto comienzo...

A pesar de ello, mucho más atormentador que aquel oprobio le resultaba el sentimiento de su propia cobardía el no atreverse a empezar a discutir con Tinette

delante del sastre. El no resistirse en nada. El que sin poner la menor dificultad se dejara zarandear de aquí para allá, dando obediente explicación de si quería las solapas anchas o estrechas y si quería la chaqueta abierta o cerrada...

Luego se despidió el sastre. Se fijó en que llevaba la perla en la corbata y en que besaba la mano a la señora. Salió prometiendo el más veloz de los envíos de su encargo.

Durante un momento se contemplaron ambos en silencio y a poco dijo Tinette con la más dulce de sus voces: que lo que Heinz debía hacer era coger el traje y seguiría. Que en el cuarto de Erich se encontraría alguna camisa que le fuera bien...

Heinz al oír tal cosa, estalló gritando que ni lo pensara, y ella estalló gritando que no quería a su alrededor a un hombre descuidado y mal vestido. Y se armó un griterío de mi dinero, su dinero y el de ellos, de aseo e idealismo, de materialismo y apetitos, de los prejuicios motivados de las mujeres bellas y del acompañamiento por parte de caballeros jóvenes y bien vestidos... Era un griterío sin coherencia ni término posible...

Pero de repente encontró el término, pues de pronto exclamó Tinette con voz muy alta de tono y muy cambiada, en la que se reflejaba la sorpresa:

—¡Ah, Dios mío, Henri! ¡Creo que se me ha desatado el zapato! ¡Ayúdame!

Y colocó su pie calzado con un zapato de lagarto gris en el canto de una silla.

Él se interrumpió a mitad de sus gritos y miró desconcertado el pequeño pie. Ella le miró con cara de apuro, y temblado echó él mano al zapato. Pero por más que tirara, la tirilla no quería ceder y no había forma de hacer coincidir el ojal con el botoncito. Muy cerca le quedaba aquel pie al que el fino tejido de seda hacía aparecer como más desnudo que si lo fuera del todo. El zapato era muy escotado y podía ver incluso el nacimiento de los dedos, que le pareció muy bello. De aquel pie se desprendía un aroma a cuero y perfume de aquella mujer, de todas las mujeres desde la eternidad...

Besó aquel pie y le oyó a ella reír quedamente por encima de su cabeza, mientras pensaba: «Es ya el colmo del oprobio», y seguía besando y besando...

La oía reír quedamente y besaba... y pensaba: «No quiero hacerlo», y seguía besando... y pensaba: «Lo único que ella quiere es obligarte a hacer lo que desee», y seguía besando...

Mas la onda subía constantemente.

De repente pensó: «Si no ceso ahora mismo, estoy Perdido para siempre. Y ella no tiene nada por lo que uno pueda querer perderse», Concediéndose un segundo de libertad, apartó sus labios del pie de ella y fijó la mirada en la puerta, lanzándose inmediatamente hacia ella y saliendo del despacho y de la casa sin sombrero ni abrigo...

Naturalmente volvió. Siempre volvía a ella.

Volvía indignado para hacerle reproches o bien volvía desconcertado, quedándose a su lado y aceptando cualquier palabra amigable por parte de ella, cual un pecador perdonado. Era pendenciero o dulce; le asaltó el capricho de contárselo todo y en cierta ocasión estuvo durante varias horas leyéndole sus poetas favoritos. En otra ocasión la ayudó a ordenar en un armario lencería recién comprada, y la vista de aquellas ligeras prendas de seda de suaves colores que jamás viera le de sazónó de tal forma que solo a duras penas y con voz ronca llegó a contestar a sus preguntas.

Naturalmente, soñaba con ella. Al principio no podía dormirse, y el recuerdo de una parte de la pierna que ella había dejado ver descuidadamente, o bien el del nacimiento de su busto que viera casi a despecho suyo estando de pie tras de su silla, le atormentaba y le inquietaba. Luego, cuando al fin llegaba a dormir, perdían aquellas historias todo lo que de concreto y especial tenían. Su sueño le llevaba a un mundo en el que cada cosa, tras de su aspecto propio, parecía tener otro ocasionado por la locura: las heridas y brotes de los árboles se convertían en algo obscuro, de entre las corolas de las flores asomaban los estambres esperando la fecundación, la mano extendida de un indicador parecía señalar a su mitad.

Odiaba esto. Sin ser religioso le daba la impresión de ser un pecado. El pensar de tal modo en la amiga de su hermano y soñar de tal modo con ella, le desanimaba. «¡No la amo!», se repetía cien veces. «No quiero robársela a Erich, no soy un ladrón...».

Le asaltaba el enojo cuando cada vez con más frecuencia y cada vez más intensamente notaba que el cuerpo de ella le inquietaba y le ocasionaba de continuo nuevas derrotas. Se decía: «No quiero pensar en Tinette. Es deprimente. Me degrada a mí y a ella». Se resistía, luchaba.

Luego, de repente, y en medio de sus luchas cedía en su resistencia y se dejaba caer. Hallábase, por ejemplo, con Erich y Tinette. Con aquel misterioso Erich a quien las constantes visitas de su hermano a su querida parecían algo muy natural, y con aquella mujer aun más enigmática de quien no comprendía por qué quería tenerle siempre consigo, a él, que no era especialmente listo, que no tenía un aspecto especialmente bueno y que iba vestido de manera descuidada y pobre. Hallábase, pues, con ellos y observaba a Erich con el rabillo del ojo mientras, sentado ante un *whisky*, iba relatando los acontecimientos del día... Y de repente se sintió inquieto, se levantó, fingió ocuparse en atizar el fuego de la chimenea, y volviendo a enderezarse se puso en pie tras de la amiga de su hermano, contemplándole el escote. Con pertinaz desazón vio como el suave pecho subía y descendía; entre tanto iba mirando de vez en cuando a su hermano, no inquieta, sino desafiadoramente: «¡No me avergüenzo lo más mínimo! ¡Lo hago expresamente! ¡Expresamente!».

O bien le sucedía lo mismo en alguna de sus insólitas asistencias al colegio entre sus compañeros. Tenían todos aire de importancia y aburrimiento. La voz del profesor Schneider graznaba. Oía a polvo de la clase, a poco baño, a tinta y a papel... Y con completa conciencia, con la voluntad bien despierta evocaba a Tinette. La evocaba lentamente con fruición, tal como la había visto el día anterior arrodillada ante un baúl: la falda se replegaba sobre su regazo. Veía claramente los largos muslos y el triángulo que se dibujaba bajo la falda. Aquel enigmático triángulo, fuente de tantos ensueños...

Con gran sorna miraba a los demás. Seguían viviendo su vida estúpida, con los sentidos embotados. Pensaban en trabajos escolares, en el bachillerato y en la colecta de armas. ¡Ocupaciones infantiles! En cambio, él era un hombre. Iba a diario a visitar a una mujer hermosa. Vivía una vida llena de pecados, de secretos y agobios ellos, por el contrario, no hacían más que llenar cuadernos, y cuando Schneider decía: «¡Muy bien, Porzig!», le bastaba a este para enorgullecerse. Hasta tal punto teman ellos la mentalidad infantil, y él la tenía de hombre.

O bien, a la mitad de una conversación con Tinette y su hermano, echaba a correr por el vestíbulo, y entrando furtivamente en el cuarto de ella se arrodillaba ante la abierta cama y escondía su rostro en su pijama. Oía el débil e incierto perfume, un perfume que le parecía provenir de los arcanos de la vida, pecado y seducción, secreto Siempre enigmático, fuente jamás agotada...

Pero todo esto sucedió más tarde. No sucedió al principio, sino hasta que estuvo más hundido en su hechizo. Pues cada vez más era su juguete, su servidor, su esclavo. Se entregó primero a la lucha con los ojos abiertos y luego se lanzó, cerrándolos, al abismo.

Él era varonil —aunque no todavía hombre— y ella femenina —y muy mujer—. Formaba parte de su ser el no poder luchar cada día de nuevo sobre las mismas cosas. ¡Quedaba tan cansado! Cuando había repetido por cinco veces el mismo argumento, le arredraba tener que repetirlo por sexta vez.

En cambio, la acometividad de ella estaba siempre pronta. Podía empezar cada día de nuevo, repetir siempre lo mismo cada hora, cada minuto. No cedía jamás ni lo más mínimo. Le repetía con tanta frecuencia que tenía que cuidarse las uñas, que al final comenzó a cortárselas, a cepillárselas. Todas aquellas pequeñas cosas que al principio le habían parecido tan aburridas, tan innecesarias y que llevaban tanto tiempo.

Finalmente acabó disfrutando con ello. No cedía para que le dejaran en paz y por no tener que oír siempre la misma cantinela, sino porque le resultaba un placer hallarse junto a ella durante media hora, durante una hora. Ella le hacía la manicura a él y él a ella. Entre tanto charlaban, y era como una especie de camaradería; ella le daba consejos, le ayudaba, retenía su mano entre las suyas, le recortaba una uña con más cuidado, hablaba muy seriamente, como muy penetrada de aquellas cosas.

Paulatinamente fue comprendiendo él lo importante que todo esto es en la vida de

ciertas mujeres, y fue comprendiendo que para una mujer cuidada es realmente casi imposible amar a un hombre descuidado y casi ni tan siquiera soportarlo.

Por ello, cuando finalmente le preguntó, riendo:

—¿Qué, Henri, chiquillo? ¿No he tenido razón con lo de tus uñas? ¿No estás ahora muy elegante? —accedió diciendo que sí había tenido razón y que estaba elegantísimo...

Cedió, pues. No examinó si verdaderamente había tenido ella razón o si las uñas arregladas eran para él necesarias. Estaba sentado junto a ella... ¡Pues bien, tenía razón!

Y en cuanto ella le hubo repetido por décima, por vigésima, por trigésima vez que se pusiera el nuevo traje y que tenía que ir a probarse los otros, que ningún hombre que se preciara un poco salía a la calle como él que no había mujer que le pudiera soportar así y que ella no tenía nadie con quien salir a pasear... acabó también cediendo.

Al principio dijo:

—¡Bueno, pero solo el traje que ya trajo aquel hombre!

Y ella se conformó.

Pero luego resultó que el traje no le caía del todo bien: que le hacía bolsas en la espalda. Ella colocó a Heinz entre dos espejos y se lo demostró con tanta insistencia que hasta él acabó viendo que el traje hacía bolsas en la espalda... No, era imposible. De aquel modo no podía salir a la calle, y tenía que ir al sastre.

Y puesto que iba al sastre, debía por lo menos probarse su gabán de invierno. Estaban en pleno invierno. Bueno... Tal vez los alemanes no le llamaban así, pero para ella lo era, y en todo caso no podía salir a pasear con ella sin abrigo. Iban a pasear juntos, ¿no era cierto? ¿A hacer largos paseos? ¡Por lo tanto...!

—Pero es que es imposible, Tinette. ¡No lo podría pagar nunca!

—¡No seas estúpido, Henri! El sastre no mandará la factura hasta dentro de seis meses... Tal vez seas rico entonces...

—Pero comprende, Tinette, que es imposible...

—¿Que es imposible que dentro de un año seas rico? ¡Mira a tu hermano Erich! De seguro que Erich es rico dentro de un año. ¡Lo que puede hacer tu hermano puedes tú también hacerlo perfectamente!

—Pero si es todo lo contrario, Tinette. Creo que Erich tiene unas terribles preocupaciones de dinero.

—¿Erich? ¿Preocupaciones de dinero?

Parecía caer de las nubes. Jamás, por lo que parecía, se le había ocurrido tal idea.

—Puesto que había contado con que padre era rico.

—¡Oh, Henri, qué ciego desconocedor del mundo! ¡Si esto pasó hace ya mucho tiempo! ¡Ahora Erich está nadando en dinero! ¡Te digo que se ahoga en él! Hace tan solo unos cuantos días que compró esta villa y la pagó. La pagó contante y sonante... ya no me acuerdo cuánto. Fue un señor gordo el que lo arregló. ¿Y tú no quieres que

tu hermano te regale unos cuantos trajes?

Él la miró enfurruñado. Estaba convencido de que mentía.

—¿De dónde iba a tener Erich tanto dinero de pronto? ¡A lo más habría dado algún sablazo!

—¡Ah, no; no digas eso! Erich es trabajador. Tiene ahora unas ciertas entregas...

—¿Qué clase de entregas?

Cada vez se hacía más imposible la discusión y se alejaba más y más de la cuestión de los trajes. ¡Erich, con veintiún años, recién llegado del frente, encargado del servicio de Seguridad en el Reichstag y de pronto habiendo abandonado aquel servicio y viéndose convertido en abastecedor excelentemente pagado!

—¿Qué clase de entregas?

—¡Hazme el favor, ya basta! Encuentro muy propio que sus amigos hagan algo por él. ¡Les resulta útil, pues abaja para ellos!

—Pero, Tinette, te lo ruego, escúchame... ¿De qué puede él abastecer? ¡Si no tiene nada!

—¡Pero lo compra! Tiene que cuidar de proveer a cierto regimiento que le han encargado. ¡Y creo que es muy emprendedor! Hace poco estuvo aquí un amigo suyo que dijo que Erich había logrado mantequilla que nadie lograba. A pesar del bloqueo. Mantequilla danesa. ¿O sería rusa? No lo sé; pero en todo caso...

—De modo que mi querido hermano Erich se ha convertido también en acaparador. Encuentro...

—¡Déjame ya en paz, Henri! Desde hace catorce días me estás atormentando con estos trajes...

—¿Yo a ti? ¡Tú a mí!

—Dices que no sabes cómo vas a pagarlos. Yo te digo que Erich te los regala y que hace tiempo que lo tengo hablado con él. —De nuevo algo insólito. ¿De modo que Erich lo sabía...? ¡Pero estaba mintiendo! Seguro que mentía—. Luego me dices que Erich no tiene dinero para hacer tales regalos. Yo te digo que tiene dinero y que gana enormes cantidades. ¡Y te pones a insultarle llamándole acaparador! Sí, querido chiquillo. Te empeñas en pedir que Erich gane el dinero de una forma que a ti te parezca bien...

—¡Yo no me empeño en nada! —casi gritaba—. ¡No quiero oír hablar más de todo esto! Yo...

—¡Muy bien! ¡Está, pues, solventado! Pero hazme el favor de pensar en que está ya solucionado. ¡No tienes ni idea de hasta qué punto estaba harta de ese traje tuyo tan descolorido y lavado! Y ahora ven, que he encargado también para ti camisas y ropa blanca...

Heinz huyó. Salió corriendo de la casa. Estaba perplejo, indignado.

«¿Es que comprenderá alguna vez algo? —pensaba—. Por más que le repita cien veces que no, por más que le grite a los oídos “no”, ella entiende “sí”. Pero yo ya no quiero tener nada que ver. No volveré jamás, o, si vuelvo, juro que no llevaré jamás

estos malditos trajes. ¡Me ha mandado también traer ropa blanca! Pero jamás... Me quedaré en casa. Tengo que trabajar, porque, si no, me va a ir también mal con el bachillerato...».

Lo otro que también le iba mal no lo precisó, pero tenía una sensación muy acusada de que casi todo le iba mal...

—No, por lo menos una semana iré regularmente al colegio y empollaré intensivamente. ¡Ya verá ella!

Y se representaba lo que ella tenía que ver... Primero se extrañaría y luego se preocuparía de que él no compareciera por su casa sin dejar dicha ni una palabra...

—Me echará de menos. Aun cuando no me ame, está acostumbrada a mí. No puede estar sola... ¡Y que todo se haya venido abajo por unos trajes malditos! Ella, que comprende todo, ha de comprender que es imposible...

Al llegar a su casa se encontró con que los viejos tenían visita. Si bien en rigor no se le podía llamar visita, pues era la hija que había regresado. Tras de cuatro años de ausencia, la hermana Sofía había vuelto al hogar, la hermana directora de su lazareto, allá en el Este...

Hallábase sentada con su uniforme azul-gris de enfermera un broche con la cruz roja en el pecho, ya muy redondeado, y una condecoración o distinción colocada algo más al lado. Sofía, la hermana de Heinz, hija mayor de la casa Hackendahl... muy familiar y, sin embargo, muy cambiada.

La Sofía de otro tiempo era una criatura de nariz afilada, bastante malhumorada, delgada y enfermiza. La hermana directora de hoy era gruesa, con un rostro blanco y relajado, como hinchado por los vapores de la sala de operaciones. En cuanto había dicho algo cerraba la boca y apretaba los labios, cual si estuviera degustando algo.

«¡Qué horrorosa se ha vuelto! —pensó Heinz, pasmado—. ¡Es una especie de compromiso entre monja y amiga de varios hombres ya curada de espantos! ¡Lo que ha aprendido es a darse tono!».

Ella le había alargado, sin levantarse de la silla, la mano gordezuela y blanca.

—De modo que tú eres Bubi, a quien ahora hay que llamar Heinz. Sí, sí. Que estás muy alto no necesitas que te lo descubra yo. Sí, sí. Y en el colegio, ¿vas bien? ¿Adelantas?

—Gracias —dijo Heinz secamente, mientras se sentaba.

¡Una mujer absolutamente imposible! ¡Obraba como si él fuera un chiquillo y ella la tía rica y amable! Era raro, pero ¿por qué sería que él no tenía más que hermanas inaguantables? El que sus hermanas le encontraran a la vez inaguantable a él, no se le ocurrió ni por un momento.

Sofía prosiguió en su conversación:

—¿Y aquí vuelve a ir todo bien? Sí, naturalmente; ya veo que os habéis reducido. Ahora todos hemos tenido que sacrificar lo nuestro: bienes y sangre. El pobre Otto cayó también. Sí, sí.

Y cerró la boca con tal firmeza, que parecía que cerrara la tapa del ataúd de Otto.

El padre preguntó:

—¿Y qué piensas hacer, Sofía? Ya ves que aquí no estamos para alimentar a nadie; Bubi ha recibido ya su despido para Pascua...

Gustavo Hackendahl rio. Heinz encontró que el padre había cambiado mucho últimamente. No era que en el derrumbamiento general hubiérase hundido más, no; era como si últimamente se hubiera replegado en sí mismo. Parecía reírse de todo en su interior, divertirse a costa del mundo y de sus hijos...

—No —contestó lentamente la directora Sofía—, no creo que os tenga que venir a servir de lastre. El doctor Schwenke, médico del Estado, me acaba de ofrecer entrar

en la sala de operaciones. Desgraciadamente, hay aquí bastante que hacer. En vez de unirnos en la necesidad, ayudamos a nuestros enemigos y nos destrozamos mutuamente. Es bien triste.

Y bajó los pálidos párpados. Lo que acababa de decir era indiscutiblemente acertado, pero lo había dicho de una forma que Heinz consideró contestable...

—También la maternidad tiene sus planes para conmigo... Ya veré. Me queda tiempo. Pero es casi descontado que no tendré que venir a ser una carga para vosotros.

Y cerró firmemente la boca.

—Está muy bien, chica —dijo el padre Hackendahl—. Ya comprendo que puedes dormir a cubierto. Siempre has sido aún más trabajadora que el viejo de tu padre, que vuelve ahora a ser un vulgar cochero de punto...

Ella evitó la contestación directa.

—Hace ya bastante tiempo que no he estado en Berlín, y tal vez me equivoque; pero ¿hablabas antes una jerga berlinesa tan acentuada?

—Te fijas en todo —dijo Hackendahl, sonriendo ladinamente—. Antes, cuando tenía aún una empresa cochera, me esforzaba en hablar de modo fino. Pero siendo ahora un cochero de punto tan común... no vale la pena, ¿no te parece, chica?

—¡Ah, bien!... Sí, sí. Ya te comprendo, padre —dijo bajando los párpados—. Hasta ahora has estado siempre haciendo el papel de... ¿cómo decía la gente?... del férreo Gustavo. Y, por lo visto, haces ahora el del berlinés de pura cepa. Original, padre. Muy original.

—¿Representando el papel? —preguntó el padre—. Ca, en esto te equivocas, Sofía, Aquí son los otros los que representan un papel. Y ya sé quiénes. ¡A mí no me cogerás! ¡He sido siempre el férreo Gustavo y lo sigo siendo! En cuanto a lo del acento, encuentro que va mucho mejor a mi modesta existencia...

—Sí, sí —dijo Sofía—. Lo comprendo perfectamente, padre. —Y añadió luego, para desviar la conversación—. ¿Y qué hace Evita? ¿Dónde se mete? ¡No me has hablado nunca de ella en tus cartas, madre!

La madre se encogió y miró atemorizada a su marido. Ante este ya no se pronunciaba nunca el nombre de Eva.

Y en verdad, el padre había arrugado la frente. Pero respondió con gran tranquilidad:

—¿Eva? No había nada de bueno que escribir de ella —y se le vio sobreponerse—. Se ha convertido en una zorra. Eso es lo que ahora es.

Durante un momento reinó el silencio. Sofía no se había ni movido y permanecía quieta en su asiento, con el rostro muy pálido bajo la cofia de enfermera, y con las manos en el regazo.

—Perdona, padre —dijo finalmente—. Una sola pregunta: ¿es que tú no estás de acuerdo con la forma de vida que lleva o es que ella es verdaderamente lo que la palabra que has dicho representa?

—¡Naturalmente! Es una ramera con todas las de la ley. Con carnet y chulo.

Tan solo por lo dificultoso de su hablar notó Heinz lo difícil que a padre le resultaba hablar de tal modo de su antigua predilecta.

—No hay forma de estar de acuerdo con ella ni con su forma de vida. ¡Es lo que te he dicho!

—Y ahora mejor es que no hablemos ya de ello —dijo la señora Hackendahl con insólita decisión—. No haces más que excitar a padre, Sofía.

—¡No se hable de excitaciones! —dijo el padre Hackendahl, enojado—. Cada cual obra según su talento.

De nuevo se hizo el silencio. Ninguno de los cuatro miembros de la familia osaba mirar a los demás.

—Vaya, vaya —dijo al enfermera Sofía, sumida en sus pensamientos. Y añadió, con algo más de animación—: ¿Y Erich? ¿Qué tal le va a Erich?

—Para esto pregúntale a Heinz, que se pasa el día con él.

El padre Hackendahl se levantó de su asiento. A Heinz le vino de sorpresa que su padre estuviera enterado de aquellas visitas. Naturalmente, le había contado a madre, de vez en cuando, algo de Erich, pero le resultaba nuevo que esta se lo hubiera repetido a padre.

Este se puso su sombrero de copa, y Heinz le ayudó a ponerse el capote. Luego, Hackendahl cogió el látigo que estaba en una de las esquinas del perchero.

—Voy a hacer trabajar un poco mis piernas y las del peceño —explicó—. Bueno, pues hasta la vista, Sofía. Me he alegrado mucho. Que te vaya bien. Y antes de emprender algo nuevo, no te olvides de meditar bien dónde sacarás más tajada. Adiós, chica; adiós, madre. Heinz, podrías ir a buscar un quintal de carbón para madre, si no te fastidia demasiado, claro.

Con estas palabras salió el padre Hackendahl. Seguía siendo de hierro, tan solo que en vez de ladrar se había vuelto mordedor.

Incluso Sofía lo había notado.

—No sé, madre —dijo, después de haber esperado atentamente a oír sonar la puerta del piso—. Padre ha cambiado mucho. Hace el efecto de que está enfadado con nosotros, los hijos. Y estoy segura de que yo, por lo menos, no le he hecho nada. Además, me he convertido en algo. No es del todo descabellado que llegue pronto a ser directora general...

—Todo esto está muy bien —dijo la madre—. Pero una hija debe de pensar de vez en cuando en sus padres. En los últimos dos años has escrito tan solo tres veces.

—¡Si queréis tomarlo a mal!

—No sé cómo lo habrá tomado padre, porque no habla nunca de ello. Pero lo que sí sé es que no podemos decir que nuestros hijos se preocupen gran cosa de nosotros.

—¡Pero, madre! No te comprendo. Tenía heridos a quienes curar. Cientos, miles de ellos. Muchas veces hemos estado quince horas consecutivas en la sala de operaciones... Después de esto es casi imposible escribir...

—En dos años habrás tenido alguna que otra hora libre...

—La aprovechaba para dormir. Tenía que dormir, madre, para conservarme dispuesta al trabajo. Los heridos eran antes que todo. Sabía, por tus cartas, que estabais bien...

Naturalmente, Sofía logró ganarse la voluntad de madre. Madre era verdaderamente débil y acababa entregándose a aquellos con quienes hablaba. Heinz permanecía en silencio escuchando y maravillándose de lo diestramente que por madre sé iba enterando Sofía de los recursos que a los viejos les quedaba. Estaba completamente convencido de que Sofía había tenido iguales propósitos que Erich, y que ahora que se había enterado de que allí no había nada, absolutamente nada que sacar, no se haría demasiado gravosa por la frecuencia de sus visitas.

Más tarde hizo que Heinz la acompañara un trecho de su camino. Se lo había rogado diciendo que las calles estaban tan inseguras que ni tan siquiera una enfermera se veía a salvo de molestias...

—Pero Heinz estaba segurísimo de que todo ello no había sido más que un pretexto. Sofía había dejado de tener aspecto de que los hombres pudieran infundirle mucho miedo. No; lo que ella quería era enterarse por él de algunos puntos que le interesaban. Y tuvo razón, pues a poco tuvo que dar explicaciones acerca de Erich.

Con Heinz se mostró mucho menos cauta y expuso sin disimulo su interés...

—Sí, Erich es listo y saldrá adelante. Es estupendo, a los veinticuatro años, verse ya en el candelero. ¡Vaya, vaya! Sabe muy bien que hay que ganar dinero. Muy acertado. Es muy listo. Repíteme su dirección... Sí, seguro que iré a verle pronto, pues hay que utilizar una relación así. También yo tengo mis planes, y tal vez logre interesarle...

Heinz regresó a su casa con los nervios destrozados. Aquella misma noche tenía que contarle a Erich lo de su hermana y prepararle, sin falta, para la visita anunciada. ¡Erich se divertiría de lo lindo!

Por lo tanto, volvió a la villa. Pero no era tan falaz que se dijera a sí mismo que llevaba a cabo tal acto con el solo propósito de llevarle a su hermano noticias de Sofía. No; protestó y luchó consigo mismo, pero acabó por ceder. El pueblo alemán, o mejor aún, su Gobierno, protestaba igualmente en aquellos días contra la entrega de locomotoras, contra la ocupación del terreno del Sarre, contra las negras tropas de ocupación... protestaba, y al ver que nada conseguía ni nada cambiaba, acababa cediendo.

A gusto hubiera abofeteado a su hermano Erich, poseído por la ira y la vergüenza, cuando este le dijo, burlonamente, al verle en su casa, vestido con su nuevo traje:

—Bueno, Bubi, para un idealista tan rabioso, tienes un aspecto de lo más materialista.

Pero el hombre, la criatura más acomodaticia de la tierra, se acostumbra a todo, y él se acostumbró a su nueva elegancia, especialmente al ver que a poco nadie encontraba nada de particular en lo cambiado de su aspecto...

La madre dijo:

—¡Vaya, a lo menos Erich hace algo por ti! Aunque no sea bueno ni para venir a vernos.

Y el padre, con su nuevo humor cáustico, añadió:

—Si te resulta penoso saludarme, por mí no tienes necesidad de ir por otro camino o de esconderte tras de una columna de anuncios. Si quieres, no te conozco.

Aunque no todo el mundo dejó de encontrar algo de particular en ello. Entre sus compañeros de colegio llegó incluso a mejorar en consideración. Quién sabe de qué procedencia se le atribuyó la fama de tener una amiga rica, y eran aún tan jóvenes a pesar de sus recogidas de armas y de los calamitosos tiempos que habían tenido que pasar, que el trato con una mujer rica y hermosa seducía a sus corazones de escolares cual un ensueño...

Mas a pesar de que ellos lo encontraran natural y hasta incluso digno de envidia, seguía velando en él una voz interior que repetía de continuo que la ignominia no cesaba de serlo por ello. Igual que le sucedía al pueblo alemán, no callaban en él las voces quedas y altas.

Máxime cuando nada iba por buen curso, ni se resolvía por sí mismo. Al igual que en el mar oriental se iba extendiendo el bloqueo, al igual que el hambre iba acrecentándose, se incrementaban los saqueos, estallaban por todas partes nuevas huelgas, se agriaban las diferencias, los partidos en torno al Poder, se extendía el crimen político... al igual que todo iba siguiendo un pésimo curso como va creciendo la fiebre en el cuerpo enfermo, así tampoco habían mejorado las relaciones entre él y Tinette, desde que definitivamente llevaba aquellos trajes y había cedido a su voluntad...

Lo llamaban armisticio, pero la guerra continuaba... Claro está que a poco evidenció se que por lo demás aquellos trajes no iban a ser empleados en los paseos que les sirvieron de excusa. Una vez, una única vez, se internaron durante cinco minutos en el Grunewald, pero Tinette exigió, indignada, el inmediato regreso. ¿Aquello pretendía ser un bosque? ¡Si no eran más que horribles e hirsutas escobas plantadas a la inversa! ¡Vaya tierra, que llenaba inmediatamente los zapatos de arena y agujas de pino! Y empezó a hablar enardecidamente de ciertos parques de por allá al Oeste, de sus blandas y mullidas enramadas, de sus senderos de grava...

—¡También allí es ahora invierno, Tinette!

—¿Invierno? ¡Qué tontería dices, Henri! Allí no es nunca verdadero invierno. ¡Me refiero al carácter de las personas! Todos vosotros sois hijos del invierno, ¡tan lúgubres y fríos! En cambio, nosotros estamos siempre contentos. ¡Mi país es una eterna primavera!

—¡No puede ser que estéis siempre contentos, Tinette!

—¿Que no puede ser? Tendrás que verlo...

Se detuvo pero al poco acabó por decirlo: ¡Si los franceses no se contentaran con avanzar hasta el Rhin! ¡Si llegaran hasta aquí! ¡Por fin tendríamos gente con quien poder reír! Aquí se está siempre solo. ¡No he pasado nunca tanto frío como en los pocos meses que llevo aquí!

—¿Y para que tú puedas reír con un teniente cualquiera ha de verse ocupada Alemania por los franceses? ¡Pobre Alemania!

—¿Qué me importa a mí? De haber sabido cómo erais en realidad, no hubiera venido jamás aquí. Pero me dejé engañar por Erich. Creía que todos los demás seríais un poco como él. Pero, nada, nada.

—Pues si tan terrible es estar con nosotros, Tinette, puedes marcharte ¡Ni Erich querrá tenerte ligada!

Heinz se sentía personalmente agraviado.

—¡Para eso estoy! ¡Ah, Henri, qué tonto eres! ¿Crees que puedo volver? Ni una hora me quedaría si pudiera, por más dinero que Erich ganara. Pero no puedo regresar, a lo menos por ahora...

Y le contó que allá, en su patria, las mujeres que habían frecuentado a los alemanes estaban proscritas. Igual que en Alemania se empezaba a proscribir a las que se relacionaban con las tropas francesas de ocupación.

—No lograría ni un solo contrato. Me dejarían morir de hambre. Me apedrearían.

«¿Y yo?» —hubiera querido preguntarle él—. «¿Es que, entonces, yo no soy nada?».

Pero ¿a qué preguntar, puesto que sabía la respuesta vergonzosa y degradante? No era más que un juguete, un pasatiempo, el compañero de largas, monótonas y solitarias horas, alguien a quien se olvidaba inmediatamente y por completo en cuanto se tenía a mano algo más divertido.

Y tal vez, a pesar de todo, era uno un poquitín más. Alguien a quien podía

atormentarse y con quien se podía probar la propia fuerza. Un criado, un esclavo, un dependiente. Sí, un dependiente que era el oprobio que ya no se notaba porque era el oprobio general: ¡Todos ligados por ese sufrimiento!

Este fue, pues, el único paseo que se llevó a cabo. Después de él fueron saliendo cada día, pero por la ciudad, al principio tan solo durante el día, pues al atardecer volvía Erich a casa, y luego también por las tardes, porque Erich trabajaba hasta muy avanzada la noche. ¡Qué raro era Erich, tan blando y amable y, en cambio, de tan inequívoca tenacidad en cuanto se trataba de ir sacando dinero de donde fuera! ¡El débil que llegaba incluso a ser fuerte en cuanto había dinero de por medio!

¿Qué pensaba cuando veía siempre juntos a su amiga y a su hermano? ¡No podía ser que se le ocultara! Ni ellos se escondían; todos los criados estaban enterados; Tinette llamaba a Erich a su despacho y le pedía el coche para hacer recados con Henri.

¿Qué pensaba?

¡Ah, era tan impenetrable, a pesar de su amabilidad!

Era aún más difícil de comprender que Tinette. Sin quererlo, Heinz se veía pensando continuamente en su hermano. ¿Qué sucedería en su interior? Jamás había sido un hermano preocupado de los demás, trabajaba realmente —pues si bien se dedicaba a rastreros negocios de mercado negro, no por ello dejaba de darle trabajo en ciertos momentos— y veía como si tal cosa que su amiga y su hermano gastasen el dinero ganado a fuerza de su trabajo.

—¿Os divertís? ¿De veras no os aburrís? ¡Ven aquí, Heinz! —Y puso en manos de su hermano un rollo de billetes, una suma insensata.

—No me vengas con remilgos. Bubi. Es imposible que vayas dé una parte a otra sin llevar dinero en el bolsillo. ¡Me dice Tinette que regresas a pie desde aquí hasta la calle de Werx! ¡Qué insensatez! Coge un taxi. Puedo ser un egoísta, pero no por ello dejo de reconocer el altruismo con que aceptas a Tinette.

Y sonrió de tal forma que tanto podía ser una sonrisa burlona como amigable. O también, fatigada y exhausta. Tal vez fuera, también, que le satisfacía ver a su amiga bajo la segura protección de su hermano, pues no estando ella dispuesta a prescindir de algún acompañante, cualquier otro hombre constituía un peligro mayor que aquel escolar de diecisiete años.

¿O sería, tal vez, algo completamente distinto? ¿Mucho más difícil y complicado? ¿Mucho más bajo...?

Era incomprensible y no podía dilucidarse... Heinz había pensado que las mujeres eran difíciles de comprender, y verdad era que de Tinette sabía muy poco, pero nada sabía de su propio hermano ni de las miras que para con él tenía...

Por lo tanto en vez de paseos se dedicaron a hacer compras. Era sorprendente la cantidad de cosas que una mujer como Tinette tenía que comprar, y la de tiempo que podía dedicar a estas adquisiciones. Hasta aquel momento, para Heinz el concepto de compra había sido un deber mujeril en extremo pesado y al que a disgusto se le dedicaba el tiempo que llevaba: madre salía con el bolso de la compra y tenía que esperar horas ante una tienda para conseguir un paquete de fideos grisáceos. Hoy iba en coche y, al pasar, podía uno contemplar a las mujeres que seguían formando largas colas ante las tiendas de comestibles, desabridas, en silencio y con rostros de miseria.

El coche pasaba raudo ante ellas, y Heinz volvía el rostro. Sabía que era algo que podría calificarse de traidor. Se había separado del destino común de su pueblo e introducido furtivamente en un lugarcito de excepción, escondido y cobarde.

Un pliegue de la falda de ella se extendía sobre su rodilla, y en el movimiento del coche su hombro rozaba con frecuencia el de Tinette. Cuando esta abría la boca disponiéndose a hablar, contemplaba sus bien formados dientes... ¡Pues bien!

Iban en el coche a casa de las modistas. Tres semanas después de la revolución se abrían de nuevo en ciertas calles elegantes, tiendas muy elegantes, con nombres muy franceses y con damas que se llamaban *madame* tal y tal y *mademoiselle* esto y lo otro, «de París», y que vendían las más soberbias y cada vez más costosas creaciones de la moda parisiense.

Allí sentado sobre algún taburete o en algún sillón bajo se le permitía contemplar cómo *madame* se probaba uno y otro modelo. Muchachas sorprendentemente pintadas, de largas y esbeltas piernas, iban y venían por la sala. Traían trajes y se los volvían a llevar, bajo de la aplomada falda se balanceaban sus caderas con graciosa dejadez. Al lado de Tinette solían haber una dama en pie, de edad algo más que avanzada, pero aun de muy buen aspecto, y ambas hablaban cada vez más apresurada y animadamente...

Cogían un sombrero, se lo probaban, se miraban en el espejo, en dos espejos, en cinco... lo dejaban despreciativamente sobre la mesa, cogían otro y lo probaban a su vez... Volvían al anterior, lo inclinaban un poco más a la derecha, lo hundían un poco hacia la izquierda, enarcaban la pluma hacia arriba, la dejaban de nuevo...

Y, de repente, se volvía la dama, casi pasionalmente, hacia Bubi y rogaba que *monsieur* dijera qué tal le sentaba aquel sombrero a *madame*, pero que dijera su opinión verdadera y sin ambages...

Mientras, Heinz, con grandes apuros pero muy complacientemente, trataba de emitir un juicio con fundamento de causa sobre aquel sombrero, ambas le miraban anhelantes y pendientes de sus palabras, cual si el propio dios de la moda —en caso de que tal exista— hablara por aquella boca. Pero en el preciso instante en que había terminado de hablar le volvían la espalda e, ignorándole totalmente cual si no

existiera, se dedicaban a probar otro... sin que jamás parecieran llegar a conclusión alguna.

En todo caso, Heinz no comprendía jamás por qué compraba finalmente tal sombrero y no tal otro, ni por qué, si había de comprarlo, lo rechazaba, lo modificaba, lo cambiaba. No comprendía nada. Todo quedaba en el misterio.

En casa de las modistas le afligían otras cosas. Después de que Tinette, al principio, se había ido las dos o tres primeras veces a cambiarse de traje en una cabina especial, acababa por olvidarle completamente a la quinta o sexta vez. La veía surgir de la corteza de sus trajes, cada vez más seductora. Finalmente se quedaba allí, en pie, con sus largas medias de seda, sus pantaloncitos de seda y algo sobre el busto. Levantaba los brazos y el traje se deslizaba por ella produciendo un leve rumor, cual una piel de serpiente seca. A poco lo cambiaba y se volvía a cubrir...

Cien veces se propuso no mirar. Se sentaba inclinado hacia adelante, con el cigarrillo en la mano. Y contemplaba los reflejos que la luz producía en sus impolutos zapatos que cada mañana limpiaba por sí mismo en el domicilio humilde de su padre... Luego levantaba la vista. ¡Y la veía allí, de pie, más seductora que si estuviera desnuda! Cerraba los ojos... y volvía a mirar para sentir de nuevo el dulce tormento.

Pronto empezaron a saludarle las muchachas de aquellas tiendas con una sonrisa confiada y casi fraternal, cual si fuera de la casa. De vez en cuando se apoyaba alguna de ellas, durante un momento, en el respaldo de su sillón y le aseguraba que *madame* tenía aquel día un aspecto deslumbrante y una figura cómo para enamorarse. Tal vez el pecho un poquito demasiado lleno, pero precisamente es lo que a los hombres les gustaba, ¿no era cierto? Sonrisas... Y alejamiento con el suave balancear de las caderas...

Heinz se rompía la cabeza tratando de dilucidar lo que pensarían de él aquellas muchachas y si le tomarían por el hermano o por el amante de Tinette... Si le tenían aquellas consideraciones era para mortificarle. Si sabían lo que realmente era: un dependiente, un esclavo, que no tenía ya necesidad de llevar cadena porque hay otras cadenas más firmes e invisibles que le retienen...

Cada vez más bajo, cada vez con más velocidad hacia el fondo del abismo.

Cuando luego se encontraban de nuevo en casa, ella no quería que la dejara sola. Quería charlar con él, contarle mil cosas que había observado de las cuales él nada había visto.

Le llevaba consigo a su cuarto vestidor y se desnudaba delante de él. A veces estaba por allí la criada, otras estaban solos... Ella reía. Reía y charlaba. Él no tenía más que decir de vez en cuando un sí o un no. No necesitaba decir nada. Hallábase allí sentado como embriagado y perplejo. Se sentía como un animal casi rabioso por el hambre y que ve cerca de él la comida, mas también la trampa mortífera erigida a su alrededor... Temblaba y se abominaba a sí mismo y a ella, principalmente a sí mismo. ¡Y, sin embargo, no hubiera querido perderse ni una hora de aquel momento!

En cierta ocasión en que él no podía ya más y en que casi con un gemido, casi mugiendo por el dolor exclamó:

—¡Ah, Tinette, por favor, por favor, Tinette...! —ella se volvió hacia él diciéndole:

—¡No me digas que te impresiono, amigo mío! ¿Eres como mi hermano, no?

Y se acercó hacia él. Heinz la besó apasionadamente en los hombros.

Ella reía y con los dedos le enmarañaba el cabello, diciendo despreocupadamente:

—¡Ah, Henri, ya te acostumbrarás! ¡Ya sabes que solo en el fuego demuestra el soldado su valor!

Riendo se desprendió de él, y riendo volvió a su coquetería; cual si inmediatamente lo hubiera olvidado todo, seguía charlando...

Cada vez más abajo, cada vez más raudo hacia el fondo.

No pensaba más que en ella. Solo soñaba en ella.

No; seguía sin querer poseerla. El esclavo no posee nada. Su posesión y su dicha eran la humillación y el oprobio que sufría.

A la misma hora había gente en Berlín, hombres de tierras alemanas. Hombres de más edad y más experiencia que él, que no se cansaban de gritar: «¡Alemania es la única culpable de la guerra! ¡Alemania ha perdido la guerra! ¡El vencido ha de doblegarse al yugo del vencedor, y este yugo ha de ser riguroso, pues tremenda es nuestra culpabilidad!».

¡Oh, no! Heinz Hackendahl no está solo con su oprobio. Tiene acompañantes voluntariosos. El goce en el padecer es en aquellos días una enfermedad muy extendida.

Hacia allí va. Con frecuencia se siente hasta orgulloso de poder descubrir aquel mundo. Ni por un momento se detiene a pensar si aquel mundo vale la pena de descubrirse.

Va a la villa y entra en el dormitorio de Tinette. La encuentra echada en la cama. Tal vez durmiera todavía. Bajo su mirada se despierta lentamente. Se despereza, bosteza...

Salida del calor de la cama avanza su mano hacia él para que la bese. O bien extiende una pierna por debajo el cobertor afirmando que tiene un calambre y que debe darle un masaje...

Tanto Heinz como su hermana son prisioneros de una misma inclinación, esclavos, padeciendo en el goce y gozando en el padecer. Tanto Eva como Erich Hackendahl.

¡Cada vez más abajo!

En tanto que el año 1918 daba fin con sangrientas peleas y el nuevo año de 1919 empezaba con luchas aun más sangrientas y huelgas más violentas; en tanto que Heinz, en sus trayectos hasta Dahlem, tenía que sufrir unos veinte cacheos por si llevaba armas, ora por parte de la Defensa burguesa, ora de los noskitos, ora de los espartaquistas y en la próxima esquina de los independientes; en tanto que en las calles de Berlín se veían las estacadas de alambradas de la guerra de trincheras y por todas partes se veían letreros que decían: «¡Alto, no sigáis o disparamos!» en tanto disparaban con cañón sobre la Jefatura de Policía, el Palacio y las caballerizas y acababan con los marineros por medio de un llamamiento a percibir el salario; en tanto que cada vez con más odio luchaban por la unión nacional o por el Consejo, e imploraban humildemente unas condiciones más suaves del armisticio; en tanto que en Munich se fundaba el partido Nacionalsocialista de trabajadores alemanes y la ciudad de Bremen se declaraba república independiente; en tanto que los espartaquistas prometían a los trabajadores la jornada de ocho horas, y Liebknecht y Rosa Luxemburgo eran asesinados; en tanto que crecían el hambre, el crimen y la miseria; en tanto que las tropas que regresaban del frente se disolvían y se sumergían entre «la masa», y tan solo grupos aislados quedaban en armas, con aquiescencia del Gobierno, con su tolerancia o a despecho de él; en tanto que la mortalidad general en Berlín «tan solo» se había triplicado mientras que la mortalidad por enfermedades del pecho se había octuplicado; en tanto que los galones habíanse suprimido definitivamente, si bien el viejo Hindenburg, protestaba; en tanto que en la provincia de Posen los alemanes eran acosados a tiros como liebres...

En tanto que todo esto iba sucediendo, Heinz Hackendahl aprendía, bajo la égida de Tinette, lo que era la vida nocturna berlinesa. Había en aquel invierno muchísimos bares en Berlín, y cada semana se abrían algunos nuevos, todos ellos parecidísimos. Eran lugares de tercería, campo de acción de las busconas; se bebía muy de prisa y en profusión, cual si detrás de uno hubiera alguien esperando turno para quitarle el vaso de los labios...

En uno de ellos vemos a Heinz Hackendahl, colegial de diecisiete años, sentado a la barra. La dama que le acompaña no va más escotada que las demás que pasean por entre las mesas y hablan con un susurro seductor... pero tampoco va menos escotada. La orquesta de *jazz*, que cuenta a ser posible por lo menos con un negro escapado de las tropas de ocupación de Renania, arma un estrépito horrible y todos cantan en inglés... Beben y ríen... Heinz nota cómo el champaña le achispa y cómo habla cada vez más aprisa. Tinette se va a reír descaradamente de él... Se encuentra como libertado, y riendo y burlándose de sí mismo le cuenta el miedo que al principio le tenía y cómo no se atrevió jamás a mirarla fijo. Pero ahora está sentado junto a ella con la copa de champaña en la mano, a plena luz. Beben y ríen... Heinz nota cómo el

champaña le achispa.

De repente se interrumpe la música. Presurosa y ruidosamente se corren las cortinas de hierro ondulado de la entrada. El propietario del local ruega a sus distinguidos clientes con voz entre cortada que conserven la calma por unos momentos... Una pequeña concentración de parados está ante el local... Inmediatamente acudirá la policía...

Y antes de que los clientes hayan podido preguntar algo, antes de que hayan podido depositar sobre la mesa el vaso que sostienen en la mano, se apaga la luz... Oscuridad, sombras... Lentamente se van destacando con una claridad rojiza las puntas de los cigarrillos, una voz de mujer da un grito estridente, un caballero dice enojado: «Malditos chismes».

Luego en el interior reina el silencio, pues desde el exterior, a través de las verjas de hierro, les llega un zumbido adverso, cual el de un panal irritado, un zumbido que sube y decrece, parecen oírse voces muy fuertes...

De repente comprenden todos que no es esta una concentración casual de parados que haya tenido lugar en la plaza de frente al bar, sino que es una manifestación de los sin trabajo en contra de los clientes de aquel bar. Entienden los gritos del exterior: «¡Que salgan esos logreros!», es lo que gritan.

De repente se abre con violencia la puerta que da a la calle y cae un cristal hecho añicos.

—¡Les doy mi palabra de honor de que no hay ni un cliente en el local! —grita la voz del dueño.

Y se enciende la luz. Naturalmente, uno de los camareros está en connivencia con los manifestantes, ¡por elevadas propinas que se den, siempre hay quien le delate a uno! Cuatro soldados con el uniforme de campaña aparecen a la puerta contemplan los asustados rostros de los clientes...

—Fuera todos —dice uno de los soldados con canallesca sonrisa—. Tenemos ganas de daros las buenas noches ...

Los clientes se quedan rígidos. Un caballero grita:

—¡Es inaudito! —y se interrumpe al encontrarse con la mirada de uno de los exsoldados.

—¡Ea! ¿Va a ser pronto? —grita este amenazadoramente—. ¿O es que tendré que echar yo una mano? —Y alargó la suya hacia el cinturón del que colgaban las bombas de mano.

Un caballero se levantó:

—Hago constar que soy combatiente —dijo—. ¡Tengo la cruz de hierro! Exijo que se lo diga usted a las gentes de ahí fuera.

—¡Cuéntaselo tú mismo, hijo! —El exsoldado le dio un empujón que le hizo ir dando tumbos hasta la puerta. Un segundo exsoldado le ayudó con un nuevo empujón a salir a la calle. Oíase un sordo mugido, gritos, luego un grito especial.

—¡Yo no salgo! —gritaba uno—. ¡No me voy a dejar matar de una paliza! ¡Ha de

haber por ahí una salida trasera!

—¡Hala, hala!

El exsoldado le echó mano, pero él le esquivó. Hubo una corta algarada y a poco también aquel recalcitrante fue arrojado. De nuevo se oyó el tonante mugido.

—Hombre, sea usted comprensivo —rogaba uno—. Le doy a usted cien marcos si me deja refugiarme en el retrete. O si me deja salir al patio...

—¡Yo trescientos!

—¡Mil!

—¡Ofrece quinientos, Bubi! ¡Llevo dinero conmigo! —susurró Tinette—. Ofrece aunque sean mil...

—¡Mil!...

—¡Qué va! ¡Si quisiéramos, podríamos hacernos ricos! Pero no quiero aceptar dinero de logreros... Nuestros hijos se mueren de hambre y vosotros, marranos, os estáis atiborrando de champaña...

—¡Anda, anda! —gritaban los exsoldados. Habían crecido en número. Del exterior habían llegado otros, así como también paisanos: rostros enfadados, lívidos y llenos de arrugas... Arrancaban a los clientes de las sillas y los empujaban hacia la salida...

—¡Desalojad el local, empezando por detrás! ¡Cuidado con las otras puertas! ¡Que nadie vaya al retrete! ¡No os dejéis embaucar por las mujeres!

—¡Mis cosas! ¡Mi abrigo de piel! —gritaba una mujer, resistiéndose con denuedo.

—¡Las vienes a buscar mañana, guapa! ¡No creo que tu abrigo de pieles quede intacto!

Un caballero se subió a una silla.

—Es una insensatez dejarnos ir empujando así aislados. Cada uno de nosotros recibe diez veces más de lo que recibiría si como aconsejo yo salimos bien apiñados y colocados alternativamente un caballero y una dama. Vamos, yo voy delante. Ven, Ella, ponte detrás de mi, bien pegada a mí, y pasemos lo más de prisa que podamos. Oscar, tú ponte detrás de Ella.

—¡Has estado en el frente, camarada! Espera, pues —dijo el soldado—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir a beber champaña con esos logreros? ¡Espera!

—¿Es que en las trincheras no empinábamos el codo? —exclamó el caballero, incomodado—. ¿No vas tú de vez en cuando a una tasca y te tomas una copa? ¡Pues esta es mi tasca!

—¡Espera, que te dejaré ir por el patio, camarada!

—¡No, gracias! ¡Quiero que me suceda lo que a los demás! ¡Todos uno tras otro! ¡Vamos, Ella!

Y salió corriendo hacia fuera. A través de la puerta abierta se oía el mugido de la impaciente multitud...

—¡Vamos, Tinette! ¡No debemos ser los últimos!

Ella estaba muy pálida, pero no de miedo...

—¡Ve a coger mi abrigo! —le ordenó—. ¡No me vengas con historias! ¡Yo no salgo casi desnuda a la calle!

Se acercaron a la puerta.

—Otro tipo con una fulana —exclamó uno.

La plaza, apenas iluminada, mugía por mil bocas, gritaba, amenazaba, reía... La multitud estaba apretujadísima; rostros sombríos; muchas mujeres...

—¡Vamos rápidos, Tinette! ¡Avanza bien pegada a mi! ¡Por el amor de Dios, cógete a mi chaqueta!

Precisamente en aquel momento alguien se abría paso con los brazos levantados por el estrecho camino que la multitud dejaba en su mitad. Heinz se apresuró a seguirle. Igual que el otro hacía se protegía el rostro con un brazo y metía la cabeza entre los hombros. Por el peso notaba que Tinette seguía apoyándose en él.

Cuando se encontró entre la gente esta empezó a golpearle y a apostrofarle:

—¡Logrero! ¡Acaparador! ¡Traidor! ¡Chulo! ¡Marrano!

Una mujer le escupió... Ciego para todo ello y sin apenas sentir los golpes por la excitación, fue avanzando, preocupado tan solo con no perder la protección del hercúleo caballero que le precedía...

¡Había que ver cómo avanzaba este! Cual un ariete atravesaba la multitud con la única idea de avanzar sin cesar, golpeaba con sus fuertes hombros a los que querían detenerle y no contestaba jamás ni repartía golpes a su vez. Iba abriéndose paso hacia adelante sin punto de reposo...

En medio de los insultos, los gritos, las injurias y los golpes, le resultaba a Heinz un consuelo el que unas veces con más intensidad, otras con menos, no dejaba de percibir el tirón de la mano de Tinette en su chaqueta. No podía ni mirar hacia atrás ni decirle nada.

Una de las veces dio un grito al pincharle una mujer, con algo que probablemente sería una aguja de hacer media, en el brazo que le protegía. Durante un momento sintió un dolor ardiente en la mejilla y luego surgió cálidamente un hilo de sangre...

¿Es que no iba a finalizar nunca? Era una plaza muy pequeña; una plazuela triangular; ¡por lo general se la atravesaba en dos minutos! A la sazón le parecía como si hiciera horas que estaba en camino. Iban avanzando y adentrándose en la multitud, y ni los golpes ni los insultos perdían en fuerza. Alguien le hizo la zancadilla y estuvo a punto de caer, salvándole de ello la mano que le sostenía por la espalda.

De repente todo quedó atrás. Recibió un último golpe débil e incertero... Vio cómo el caballero alto que iba delante de él se volvía hacia el rapaz de rostro amarillento que les acababa de golpear... Había allí tan solo mirones atraídos por el espectáculo. La plaza quedaba tras ellos. Estaban en una calleja...

—¿Me has pegado, bribón? —gritó el caballero airado por la afrenta sufrida—. ¡Ya verás ahora!

Y se abalanzó hacia el rapaz que huía. La gente empezó a murmurar...

—¡Vamos, vamos! —apremiaba Tinette—. ¡Salgamos de aquí! ¡Ya tengo bastante!

Uno junto al otro echaron a correr por en medio de la calzada.

Aun había rostros que les contemplaban; rostros curiosos, asustados, contentos del incidente. Luego doblaron una esquina. Heinz cogió a Tinette del brazo:

—¿Quieres que cojamos un auto? —jadeó sin respiración—. ¿Te han hecho mucho daño, Tinette?

Ella le apartó el brazo de un tirón.

—¡No me toques! —gritó—. Eres también uno de esos... alemanes.

—¡Pero, Tinette! Son gente pobre, medio muerta de hambre. No saben lo que se hacen. Tal vez no estuvo bien por nuestra parte ir en estos tiempos a un local de esos. Debes de comprender que esta gente ha tenido que sufrir lo indecible. Forzoso es que tengan envidia...

Hablaba de manera incoherente, excitado. A pesar de que le habían insultado y golpeado les daba la razón por haberlo hecho. Se ponía de su parte porque comprendía que aun en su equivocación seguía siendo su hermano. «Aun en su equivocación, pues también yo estoy equivocado —sentía en el interior—. Tal vez más gravemente que ellos...».

—¿Qué dices a ello, Tinette...?

—¡Así sois vosotros! —exclamó amargada—. Como sois lúgubres, turbios y enmohecidos, odiáis todo lo que es luz, alegría, risas. Quisierais que todo el mundo acabara siendo tan lúgubre y turbio como vosotros. Matáis todo lo que es dicha y alegría...

«También nosotros fuimos alegres en otro tiempo, no tiene razón en lo que dice —piensa él—. Lo que pasa es que todo se ha perdido en estos años horribles. ¿O es que nunca hemos sido joviales...?».

Ella dice febrilmente:

—Vosotros los alemanes no amáis más que a una cosa: a la muerte. Siempre estáis hablando de la muerte y del morir: «Hay que saber morir», decís. ¡Qué estúpidos! ¡Morir sabe todo el mundo! Lo que hay que saber es vivir. Hay que entender la vida. ¡Ah la vida bella y alegre de mi patria! ¡Desde que estoy aquí ni una sola vez he podido reírme a gusto!

—¡Eso no es cierto! —exclamó él—. Tinette, Tinette... ¡Cuán a menudo nos has alegrado a todos con tus risas!

Ella no le escuchaba:

—Por esto emprendisteis esta guerra contra nosotros, porque odiáis la risa, porque odiáis la vida. Quisierais que todo el mundo fuera aburrido y serio como vosotros... ¡Pero habéis perdido la guerra!

Le contempló con ojos llameantes. Estaban frente al letrero luminoso de un local. Le miraba como si fuera su enemigo, por su seriedad, su tristeza y su melancolía, por

amar a la muerte y odiar la vida... Contempló el rasguño de su mejilla...

—¡Ah, te han hecho daño! ¡Lo ves, ahí tienes un recuerdo de una de tus hermanas! ¡Y dices que no saben lo que se hacen!... ¡Me gustaría soltarles lo que pienso de cuanto hacen, y puedes estar seguro que os soltaremos lo que pensamos de vosotros!

—¡Vayámonos, Tinette! —rogó él—. No puede ser bueno para ti... Vamos a casa... Erich estará intranquilo ...

—¿A casa? —preguntó ella—. ¿Crees que voy a ceder? ¡Jamás! —Miró en torno suyo y vio el letrero del bar. «Bar Napoli», leyó—. ¡Entremos ahí! —ordenó—. ¡Ahora más que nunca! Cada noche iré a algún bar. ¡Ahora más que nunca!

—¡Vámonos a casa! —rogó él—. ¿Qué vamos a hacer ahí? Es un aburrimiento. Se nos ha pasado el humor, o es que tenga miedo...

—¿Me acompañas o no? Si no, entro sola igualmente...

—Por favor, Tinette...

—¿Me acompañas?

—Sé juiciosa, Tinette, careces de sentido común...

—Pues entro sola. Pero si esta noche me dejas en tal apuro, Heinz, mejor es que no vuelvas ya más, ¿comprendes?

—No, no y no. No entro...

—¡Está bien! Quédate con tus melancólicos y vuélvete también melancólico. ¡Vuelve a ser sucio y descuidado y así serás uno de ellos!

—¡Tinette!

Ella había ya traspuesto la puerta. Le había dejado. Él la siguió con la vista. Luego sacó mecánicamente el pañuelo y empezó a limpiarse la sangre de la mejilla. Con mirada indignada contempló el local. De repente cayó en la cuenta de que se hallaba allí sin sombrero ni abrigo; hacía frío, una helada de enero, y tenía que ir a buscar su abrigo...

Lentamente dio la vuelta y regresó al otro bar. Apenas hacía un cuarto de hora que se habían marchado, pero la plazuela triangular de delante del bar se encontraba ya desierta. Sumido en la sombra estaba el local ante cuya puerta destrozada estaba un policía hablando con un individuo vestido de paisano...

—¿Sus cosas? —preguntó el policía—. ¿De modo que también usted estaba en el local? Es un poquito joven para eso, ¿no?

El paisano y el policía miraron a Heinz escrutadora y reprobativamente.

—Lo que yo quiero son mis cosas —dijo tercamente—. Si es que puede ser...

—En el local no hay ya nadie —dijo el policía—. Todos se han ido ya a sus casas. ¿Le dieron un buen vapuleo?

—Es soportable.

—Si me da usted un *táler* —atajó el paisano—, entro con usted y coge sus cosas. Soy camarero de aquí. ¿Tiene la contraseña del guardarropa?

—Sí, la tengo —dijo Heinz siguiendo a aquel hombre.

—Hay también un sombrero de señora en el número ese —dijo el camarero—. Será una confusión.

—¡Ca, ya está bien! —dijo Heinz, dándole el dinero prometido. Al marcharse había sacado tan solo el abrigo de Tinette—. No se figure usted otra cosa. Le llevaré el sombrero a su dueña. Ha sido una suerte...

—¿Dónde está la señora? —preguntó el camarero receloso.

—¿Dónde ha de estar? ¡En un bar!

—¿En un bar? ¿Ya de nuevo en un bar? —El camarero estaba indignado—. Bueno ya pasa de locura. No es extraño que la gente se ponga furiosa...

A Heinz le daba lo mismo lo que aquel hombre decía.

Le dio también lo mismo que el policía le volviera a llamar cuando ya le había dejado atrás.

Balanceando cuidadosamente en la punta de los dedos el sombrero de *mademoiselle* tal y tal atravesó la plaza en dirección al Bar Napoli.

Atravesó la puerta de aquel local, dejó sus prendas en el guardarropía, así como también el sombrero de Tinette y entró en la sala. Sobre un taburete de la barra estaba encaramada Tinette; se sentó junto a ella.

—Acabo de ir a recoger tu sombrero, Tinette —dijo. Ella se volvió hacia él. Su boca sonreía, pero sus ojos conservaban la seriedad. O más que la seriedad puede decirse que se traslucía en ellos la maldad cuando dijo:

—¡De modo que has vuelto! Ya lo sabía, Heinz. No hay que abandonar la lucha hasta que una de las partes esté completamente derrotada, ¿no es cierto? ¡Ven, vamos a brindar, vencido, por tu derrota total!

Él brindó con ella sin decir una palabra... Pero brindó.

Sabía su destino, igual que el pueblo alemán conocía el suyo. Aquel vencedor era despiadado. Y a pesar de todo seguía esperando en contra de toda comprensión y sentido común que el vencedor se reportaría...

Con el espíritu despierto salía al encuentro de su perdición, con una obstinación absurda iba pasando de derrota en derrota. Sordo para todas las advertencias, tanto exteriores como interiores, desvergonzado y sin prestar atención a las afrentas de ella ni a la sonrisa cada vez más burlona de su hermano, se aferraba cada vez más y más a Tinette...

Una tarde llegó el hermano inusualmente temprano trayendo consigo a una muchacha vestida con un traje negro muy cerrado, de rostro muy pálido, como desvaído, y un oscuro pelo peinado lisamente a lo madona.

Los cuatro sentáronse a la mesa para cenar. Hablaron muy poco, pero bebieron mucho. En el ambiente había algo que evidenciaba que alguna cosa de la que Heinz no tenía noticia se estaba tramando entre los demás...

De continuo se levantaba Erich y daba instrucciones a los criados ocupados en el vestíbulo, empleando referencias veladas...

—No; no quiero luz directa... Lo mejor será que dejemos únicamente la del fuego de la chimenea...

O bien:

—Acaba de llegar el violinista. Colóquenlo en la parte alta de la galería. No; no necesita luz. Es ciego...

O bien:

—¿Toma usted un poco más de *rosbif*, señorita?

—No, gracias. No suelo tomar casi nada para estar bien dispuesta ...

—Naturalmente. No había pensado en ello...

Heinz oyó todo esto, reflexionó pasajeramente, y a poco dejó de pensar en ello. Estaba de muy mal talante. Durante toda aquella tarde Tinette no había querido saber nada de él... Durante horas y horas había estado sentado en la biblioteca. Cogía un libro, fijaba en él la vista y lo dejaba de nuevo... Luego había salido al vestíbulo y escuchado lo que sucedía en la casa. Hasta tres veces había ido a llamar en la puerta de ella y las tres fue rechazado...

Había hecho lo que no hiciera jamás hasta entonces: Se acercó al armario de los licores de Erich y se sirvió uno tras otro unos cuantos vasos del primero que encontró a mano. No le importaba el sabor, sino el efecto aturridor. Durante aquellas primeras horas de la tarde, largas y melancólicas, cada vez más desoladoras, su perpetuo estado entre el deseo y la consecución le había parecido completamente insoportable.

«No puede continuar así —había pensado una y otra vez—. Es mejor un final de espanto que un espanto sin fin...».

Finalmente se había ido a donde estaba el teléfono y había pedido un taxi. Cuando se disponía a huir de ella, Tinette le había salido al paso.

—Ahora no puedes irte, Henri. Te necesito.

—¡Pues no lo parece desde que hemos acabado de comer!

—¡Has bebido! ¡Puah! Minna, dele una propina al chófer. El señorito Henri no se va...

—¡Vaya si me voy! ¡No salga!

—¡No te vas! Despida el taxi.

—Me voy. Adiós, Tinette.

De repente ella se había echado a reír:

—Hasta la vista, chiquillo malcriado. Volverás a la noche, ¿no es cierto? Te reservo una sorpresa.

Había corrido tras él y le había echado al cuello sus blancos brazos. Y, cosa que no había hecho jamás, le había besado en la boca.

—Vete, vete, malo. Volverás, ¿no es cierto, Henri?...

Estuvo a punto de quedarse; de habérselo ella pedido, se hubiera quedado. Pero Tinette había ya dado la vuelta, y tan de prisa se marchaba hacia su cuarto, que el kimono le ondeaba.

Subió al taxi. La sensación feliz de sus brazos que le habían querido retener seguía persistiendo en él y sentía aun el sabor de su beso en los labios. Era como si ella hubiera hecho rechinar la cadena a la que el esclavo quería escapar, aquella cadena que mantenía tan unidos sus pies, como si jamás fuera a poder dejar de tenerla cerca...

Era una vergüenza ser besado por ella de aquella forma. Hacía que sus sentidos se rebelaran contra su cabeza. Y, sin embargo...

El auto se detuvo. Heinz descendió de él lentamente. A pesar de que había ya obscurecido, en la pequeña tienda no había ninguna luz encendida. Penosamente pudo distinguir en el escaparate las polvorientas banderitas de papel conmemorativas de victorias ya largo tiempo olvidadas. Seguía aún sin quitar el indicador del correo militar. Como siempre, resonó interminablemente la campanilla de hojalata que se agitaba al abrir el establecimiento y, como siempre, no acudió nadie a pesar de ella, hasta que no hubo gritado a todo pulmón «¡Hola!» unas cuantas veces. La que acudió entonces fue la señora Quaas. Apenas distinguía en la penumbra de la tienda su figura achacosa.

Era rarísimo encontrarse de nuevo allí, en los lares de su amiga de juventud, después de todo lo que había sucedido, de cuanto él había vivido y viniendo de donde venía... A la sazón, en la villa de Dahlem estarían encendidas ya varias lámparas y todo estaría radiantemente iluminado, mientras él se encontraba en la sombra. ¿Por qué había ido hasta allí? ¿Qué esperaba de la pequeña que no comprendía nada...? ¿Ayuda? Sabía muy bien que la ayuda tan solo podía venir de dentro y jamás de fuera...

Le embargó el recuerdo de aquel beso en el portal... Cual proveniente de muy lejos, le llegaba como un recuerdo de pureza y de juventud la humedad de su boca... Aun no se habían consumido todos los fuegos, aún los árboles ostentaban sus hojas...

¿Estaría por ello allí?

—Señora Quaas —dijo con voz insegura y dirigiéndose a la obscuridad—, quisiera dos plumillas Bremer Borse E. F. Bien afiladas Me llamo Heinz Hackendahl.

La mujer, sumida en la sombra, quedó se inmóvil, sin hacer la menor tentativa de contestarle o de darle lo que pedía.

—Ea, señora Quaas —dijo Heinz, de nuevo casi cortado—, ¿no me quiere dar las plumillas que le pido?

No obtuvo respuesta alguna.

—Me gustaría hablar con Irma —dijo Heinz—. Debe usted haber comprendido, señora Quaas. Soy Heinz Hackendahl. Me conoce usted perfectamente.

De repente, allí en la sombra le pareció completamente incierto que ni tan siquiera hubiese comprendido lo que acababa de decir.

—¡Váyase de mi tienda! —dijo súbitamente la señora Quaas. Lo dijo con su acostumbrada voz de lamento, y a pesar de ello había en aquella voz algo de firme—. Hágame el favor de salir de mi tienda inmediatamente.

Él quedó desconcertado.

—¡Pero, señora Quaas! Llame a Irma, por favor. Debe de haber una equivocación... Tan solo quisiera hablar unas palabras con Irma...

—Salga usted de mi tienda, le he dicho —insistió ella—. Si me sigue molestando tengo el derecho de llamar a la policía. No quiero tenerle en mi establecimiento. Es usted una mala persona.

Heinz buscó a tientas una silla. Sabía que debía hallarse una por allí. Siempre estaba, pues la señora Quaas la empleaba para coger del estante superior la carpeta que contenía el papel de plata que solía vender a los niños. Heinz encontró la silla, que estaba en el sitio de costumbre, en tanto que por lo demás todo lo de la tienda estaba inusitadamente cambiado...

—Me he sentado, señora Quaas —dijo—. No me iré hasta que haya hablado con Irma.

—Pues tiene para rato —exclamó ella, burlonamente. Para una mujer usualmente tan atemorizada, se mostraba desusadamente valerosa. Se oyó cerrarse la puerta, y él se encontró solo en la tienda.

Hubiera podido marcharse, pues no podía conseguir nada. Por otra parte, ¿qué quería conseguir allí? ¿Cambiar unas cuantas palabras con Irma, ver a la amiga de la infancia y comprobar de nuevo que esta no podía retenerle, que iba a volver junto a la otra, la bella, la perversa? Jardín desmoronado de la infancia —desmoronado irremisiblemente—. Tienes aún el rumor de sus árboles en el oído, y sientes aún en la mejilla el calor de su sol que sin embargo, no va a salir ya más para ti tan puro y tan cálido.

No; no tenía objeto alguno esperar allí. De seguro que Irma no estaba en la casa. Lo presentía. Y a pesar de ello, por muy radiantemente iluminada que a aquella hora estuviera la villa de Dalhem y por mucho que le atrajera la hermosa mujer que en ella

moraba, Heinz permanecía sentado, esperando.

Allí; en la tienda fría, oscura y polvorienta, era como si una mano pasara lentamente las hojas del libro de su Juventud; una juventud pobre, sin ideales, hambrienta de todo lo que pudiera nutrir el cuerpo y el alma, y, a pesar de ello ante cada página se decía: «¡Detente! ¡Eres tan bella!».

Pero nada se detenía. Afuera, el chófer hacía sonar impacientemente la bocina. No estamos en este mundo para mirar atrás, tenemos que seguir nuestra senda, ya sea recta, en ascensión o en descenso. Lo que no se nos permite es detenernos por nada. Heinz se levantó, dijo unas cuantas palabras al impaciente chófer, le dio dinero y volvió a entrar en la tienda.

Al hacerlo encontró de nuevo a la señora Quaas en el establecimiento, que, puesta de pie en la silla, sostenía un fósforo en la mano con el que estaba tratando de encender el gas. A su entrada, dejó caer el fósforo, que lució por un momento en el suelo y se apagó.

Allí, de pie en su silla, la señora Quaas exclamó:

—¡Por favor, por favor, váyase! ¡Cómo me atormenta!... ¡Váyase, por favor!...

—La atormento... —empezó a decir, indeciso. Luego añadió, presurosamente—: ¿Dónde está Irma? Tan solo quiero decirle unas cuantas palabras...

—Irma no está aquí. Está con unos parientes... ¡Es cierto, Heinz, se lo aseguro!

—Dígame, por lo que más quiera, dónde está Irma, señora Quaas. Tengo que hablar con ella.

—No se puede hablar con Irma... Está en el campo, cerca de Hamburgo... No, no pienso en absoluto darle la dirección. Ya una vez estuvo usted a punto de matarla...

—A punto de matarla... —repitió él, dudoso, escuchando el sonido de aquellas palabras, que le parecían desprovistas de sentido.

La señora Quaas seguía encaramada en la silla, y él, de pie, al lado de ella, ambos casi sumidos en las tinieblas. De vez en cuando encendía la señora Quaas, maquinalmente, un fósforo, se olvidaba de él y lo dejaba caer en el suelo antes de haber encendido el gas.

—¡Búrlese encima! —exclamó, irritada por su dubitativa repetición—. Ha de saber usted que mi niña le amaba, puesto que la besó. Al ver que pasaban días y semanas y usted no volvía, casi se me muere...

—Señora Quaas —rogó él. Ella no le escuchó.

—Ya la noche aquella —exclamó— en que la cosa empezó, llegó a casa a las cuatro, después de haber hecho el camino de Dalhem hasta aquí con los pies fríos completamente, y se acostó temblado, rechinándole los dientes. Yo creía que tan solo se habría enfriado, y le puse en la cama un ladrillo refractario... pero ella me dijo: «No es esto, madre. Es que él ama a otra. Lo mío se ha acabado...».

Sin descender de su silla, la anciana se echó a llorar desconsoladamente.

—Lo siento muchísimo —dijo Bubi quedamente—. No sabía, señora Quaas, que Irma lo hubiese tomado tan en serio...

Su llanto se interrumpió inmediatamente.

—No, claro está que no lo sabía usted, señor Hackendahl, —pero ¿se le había ocurrido ni reflexionar por un momento en ello? Besó usted a Irma, según ella misma me contó, pero luego llegó otra y usted olvidó inmediatamente a mi hija. ¿Que si ella lo tomó en serio? ¡Esto le es a usted completamente igual! Tan solo se interesa por lo que usted mismo toma en serio... Le repito que es usted una mala persona...

—Buenas noches, señora Quaas —dijo Heinz Hackendahl—. Si escribe usted a Irma, díglele que lo siento muchísimo...

Durante un momento estuvo titubeando, a la puerta, con el picaporte en la mano. Luego se decidió a añadir:

—No soy ninguna mala persona, señora Quaas. Soy, tan solo, una persona débil. Por ahora al menos...

Y antes de que ella hubiera podido contestar algo, se había marchado ya.

Y ahora se encontraba en el comedor de la villa comiendo *rosbif* con legumbres tiernas. La señorita, pálida, de negro cabello con raya en medio, a lo madona, no comía *rosbif*, porque no solía tomarlo nunca, «para estar bien dispuesta», significara esto lo que significara.

Inusitadamente silenciosos, estaban sentados a la mesa. Apenas se oía alguna palabra. De vez en vez, una cuchara golpeaba quedamente contra la porcelana, y el sonido que producía resonaba en la completa y silenciosa quietud reinante.

«Como conjurados —pensó Heinz—. Pero ¿conjurados en qué?».

Miró hacia Tinette. Sostenía en la mano su copa de vino y hacía girar el contenido dentro del cristal, mirando aquel juego con sonrisa enigmática y suave. Luego miró Heinz a la joven recién llegada y descubrió que llevaba en el rostro una espesa capa de polvos blancos. Los labios pintados de rojo vivo se destacaban de la blancura como sangrientos. A Heinz le dio la impresión de estar sentado enfrente a una muerta que misteriosamente hubiera escapado de su tumba...

—Estuve esta tarde en casa de Irma, Tinette —dijo en voz alta, para romper el hielo.

—Cierto, Henri —respondió Tinette, perdida en sus pensamientos—. Está perfectamente hecho.

Luego volvieron todos a guardar silencio.

Apareció Erich en la puerta, regresando de una de sus misteriosas correrías. Provenientes del vestíbulo, llegaron unos extraños sonidos, ora estridentes, ora quedos y repletos... Heinz tuvo un sobresalto en su silla. Luego recordó que dimanaban del violinista, que afinaba su instrumento...

El hermano les informó, a media voz, de que los criados habían ya abandonado la casa... Tienen todos permiso hasta mañana a primera hora. Minna levantará la mesa a toda prisa, en cuanto hayamos terminado, y se irá también...

—Está bien, amigo mío —dijo Tinette—. Estamos listos. ¿Quieres tú algo más...?

Erich examinó detenidamente los manjares que estaban sobre la mesa, cual si meditara qué más iba a comer. Mas, de repente, hizo un gesto rápido:

—No, gracias —dijo—. No vaya comer nada más... ¿Me permite usted que le muestre su habitación, señorita...?

La joven siguió al hermano, y ambos traspusieron la puerta. De repente se fijó Heinz en que la muchacha andaba como una reina o, por expresarlo aun mejor, como andamos en sueños cuando el cuerpo se ha hecho etéreo y cree uno poder volar. Así era como andaba aquella muchacha.

Tinette y Heinz se encontraron a solas...

—¿Qué significa todo esto de hoy? —preguntó Heinz casi pendencieramente.

Pero no era más que una tentativa, y una tentativa inútil, de romper el hechizo que aún a él le tenía prisionero.

—Te debemos parecer muy misteriosos, ¿no? —preguntó Tinette. Y se echó a reír. Luego se levantó y salió al vestíbulo, pasando por delante de él...

En la chimenea chisporroteaba un gran fuego, cuyas llamas esparcían gran claridad...

Tres sillones estaban dispuestos bastante alejados de él, y faltaba la mesa que generalmente había delante de la chimenea. El tapiz persa, con sus colores suaves, lucientes y sedosos, parecía un prado.

—¡Siéntate, Henri! —dijo Tinette, señalando a uno de los sillones que quedaba a un lado.

Él se sentó.

Ella, de pie junto a él, le miraba desde su altura; vio él su sonrisa enigmática, que parecía tan solo radicar en la expresión de los ojos... Se llevaba los dedos a la articulación de su muñeca, tomándose el pulso...

—¿También a ti te late tanto el corazón, Henri? —le susurró—. Mira cómo late el mío.

Y cogiéndole la mano, se la puso en su seno. Era cálido y agradable; lejano y amortiguado le llegaba el latir del corazón extraño... Heinz cerró los ojos. De nuevo volvía a oír aquel zumbido de la propia sangre que parecía hacer zumbir con él el mundo entero ...

—Me voy, señora —dijo Minna, desde la puerta. Heinz abrió los ojos y vio a la doncella, de pie, en el umbral, que les miraba a ambos con su rostro inexpresivo, como tallado en madera.

—Está bien, Minna —dijo Tinette, manteniendo la mano de Heinz sobre su pecho, sin dejar la risa enigmática que se traslucía en sus ojos—. No se olvide de cerrar la puerta de la calle al salir. Buenas noches, Minna.

—Buenas noches tenga la señora.

Minna se había marchado. Tinette dejó suavemente la mano de Heinz sobre el apoyo lateral del sillón.

—¿Dónde se habrá quedado Erich? —dijo, en un murmullo.

Se fue hasta el sillón central y se sentó, ligeramente inclinada hacia adelante, con los ojos en dirección a las llamas. De vez en cuando algún leño caía, con un ruido amortiguado, desde lo alto del montón a las brasas, y las llamas brillaban con más claridad. Lanzaban su resplandor sobre el rostro de ella, que parecía como iluminado por dentro. Era el rostro más bello del mundo.

—Jamás amaré a una mujer así —sentía Heinz—. Y en este momento la amó con más fuerza que nunca...

Llegó Erich y miró a su hermano y a su amiga, que, muy lejos el uno del otro, en sus sillones, fijaban la vista en el fuego, y sonrió.

—Viene en seguida —dijo entonces.

—Está bien, amigo mío —contestó Tinette, sin mover la cabeza.

Pero Heinz se volvió, irritado, hacia Erich:

—¿Me vas a explicar, por fin, a qué viene toda esta comedia? ¿Quién viene en seguida? ¿Por qué habéis despedido a todos los criados? ¿A qué vienen todos estos misterios?

—¿Cómo? ¿Es que Tinette no te ha explicado nada? —Erich fingía estar muy sorprendido. Pero, por muy buen mentiroso que fuera, a veces mentía con poco donaire. Heinz lo notó en seguida.

—¡Ponte a fingir encima! —dijo de mal talante.

—Encuentro muy acertado por parte de Tinette —dijo Erich con inmutable amabilidad— el que te haya querido sorprender. Pero no hay nada de secreto ni de misterioso en todo esto, Bubi. Te lo puedo revelar tranquilamente. Hijo mío —dijo inclinándose hacia Heinz y susurrándole las palabras muy cerca del oído, cual si Tinette no pudiera oír lo que le decía a su hermano—. Hijo mío, vas a asistir a algo excepcional. La damita que acabas de ver es la bailarina más bella, más inteligente y celebrada de todo Berlín. He logrado de ella que baile para nosotros tres solos... ¡Baila a Chopin, Bubi!

Heinz estaba completamente perplejo. ¿Aquello era todo? ¿Para eso tanto misterio? ¿Qué significaba el baile para él? El contoneo en los bares que había conocido en las últimas semanas, y luego una especie de saltos de cordero que de muy mala gana por su parte les habían enseñado en el colegio...

—Está bien, Erich —dijo—. De modo que baila. Es muy acertado el haberla traído. Ahora comprendo por qué no quería *rosbif* para estar bien dispuesta.

Erich hizo un movimiento de enojo.

Heinz volvió a arrellanar se en su sillón y miró a su hermano de modo entre desafiador y pensativo. A su hermano, que no tenía ya un aspecto amable, sino muy enfadado.

—Veo que no has comprendido —dijo Erich—. No baila así, sin más, sino que... —se interrumpió y volvió a mirar a Heinz misteriosamente.

—¿Sino qué? —preguntó este, despectivo, sintiendo que su hermano aún no se lo había contado todo verdaderamente y guardaba para sí un secreto.

—Sino que baila... —empezó a decir Erich, titubeando.

—¡Ya es hora...! —se oyó decir, proveniente del sillón de Tinette—. ¡Ya es hora...!

Tinette estaba sentada completamente reclinada hacia atrás en la amplia cavidad del sillón, con la boca semiabierta y los ojos firmemente cerrados. Parecía como si durmiera y hablara en sueños...

—¡Ya es hora...! —exclamó por tercera vez, casi como una cantinela, sin añadir para qué era ya hora.

—Sí, verdaderamente es ya hora —dijo súbitamente también Erich—. Perdona, Bubi. Ya verás. Tal vez también Tinette...

Pero no continuó hablando y se fue al tercer sillón, al lado de Tinette; esquivaba la mirada de Heinz. A poco reinó un profundo silencio en el amplio vestíbulo, interrumpido solo, de vez en cuando, por el chasquear de algún leño en la chimenea y el remover de las brasas...

Heinz estaba furioso en su sillón, más, a pesar de su furia, sentía que ni siquiera él se veía libre del todo de la expectación de los otros dos. Sí, ya sabía que iba haber baile; pero por un poco de baile, ni Erich ni Tinette hubieran realizado tan misteriosas preparaciones. Mandar salir a los criados. «Y tal vez también Tinette...», había dicho Erich... «Oíd», estaba a punto de exclamar. Pero a poco cae en la cuenta de que el violinista —el violinista ciego— ha empezado a tocar en lo alto, y no dice nada... Escucha...

Se oyen unos acordes claros, plateados... De repente vuelve Heinz la cabeza, cual si le hubieran llamado, y ve a la desconocida bajando la escalera con paso majestuoso. Ve a aquella mujer que por primera vez le ha evidenciado que el andar erguido de los humanos es algo divino que les distingue de los demás seres.

Con aquel divino oscilar de los miembros desciende ella la escalera. Y va completamente desnuda. Heinz cierra los ojos. ¿Será un sueño que le burla? Pero no; naturalmente va desnuda. Para quien anda de tal modo y de tal modo mueve sus miembros, los vestidos han de ser solo un obstáculo, y ha de ir desnuda.

Una vez ha descendido la escalera, pasa por delante de él, muy cerca de su asiento, como una llama blanca, algo bellísimo, silencioso, quieto. Y quieta se queda, de pie ante el fuego de la chimenea. El violín empieza desde la altura a llamarla, a atraerla... Y ella continúa allí, inmóvil, con la cabeza baja, cual si lo oyera en sí misma, cual, si, como le sucedía a Heinz, los sonidos del violín no provinieran de arriba, sino de sí misma...

¿Qué ha sucedido? ¿Cuándo empezará a moverse? Se inclina, sus manos se ponen en movimiento, sus brazos se deslizan... y vuelve a quedar extática... La llama blanca surge, se doblega, parece agitada por un golpe de viento, se extingue y a poco vuelve a surgir más blanca y majestuosa que nunca. Y luego, ¡oh prodigio!, parece desprenderse de la tierra inmóvil, con los pies juntos, cual si, ingrávida, fuera ascendiendo...

¿Qué pasa? ¿Por qué se ha detenido? ¿Se limita a escuchar mientras el violín, allá en lo alto, sigue su canto? Ya no baila más, queda en completa quietud, escuchando. Espera. De continuo renovado baila el resplandor de las llamas sobre su cuerpo, se desliza por sus caderas, realza de entre la oscuridad la punta de sus senos y pasa presurosa a iluminar sus brazos, que ella levanta incitantes, atrayentes...

Lentamente vuelve Heinz Hackendahl la cabeza hacia un lado. ¿A quién está haciendo signos? ¿A quién incita?

Ve a Tinette que se levanta de su asiento; y lentamente, como en sueños, va despojándose de sus prendas, una tras otra, dejándolas deslizarse al suelo una tras otra. Se desprende de la falda, que se desliza tras ella y queda por un momento a su

alrededor como una corteza negra que se hubiera desgajado; desgajado de un fruto plateado, pues allí queda ella, en pie, cada vez mas esbelta y más plateada...

Debo cerrar los ojos —piensa él—, no lo soportare... No quiero verla así. No la podría olvidar jamás...

Pero sigue con la vista fija en ella. La contempla cual si fuera una imagen argéntea y de ensueño verdaderamente descendida de las nubes. La Venus temerosamente velada de sus sueños escolares.

¡Cuán atrayentes e incitantes son ahora los acordes del violín! El Mundo la saluda y la Vida la llama. Lo que habíamos soñado se convertía en realidad por encima de todos nuestros ensueños... Ambas mujeres se van deslizado una hacia la otra, se tienden las manos una a otra; ¿qué surge entre ellas? Una se ha escabullido, cada una de ellas trata de coger a la otra, halagos y solicitudes, escapatorias y seducciones... Se vuelven a acercarse... Quedamente suena el violín, quedamente chisporrotea el fuego... Una en brazos de la otra...

Inclinadas, parecen mirarse al rostro. Escudriñarse a los ojos, ¿buscando qué? Ambas ostentan en los labios la misma sonrisa enigmática que Tinette no ha abandonado en toda la noche... Una sonrisa proveniente de los más remotos arcanos, sonrisa que sabe de todo, del marchitarse de todo lo terreno, de la insipidez de todo goce...

¿Desconocen por completo que sonrían así? Sus cuerpos están muy cerca el uno del otro. Ahora parecen unirse... «No; no quiero verlo...». Todos hemos tenido nuestros paraísos infantiles, y hemos tenido que salir de ellos, pues el hombre no vive en el paraíso ni lo desea. El hombre quiere trabajar junto a sus semejantes.

¿Pero porque no tengamos ya los paraísos hemos de descender tan bajo? «No quiero ver eso. Vete, apártate. No te he tenido simpatía desde el principio, a pesar de que lleves peinado como una madona tu pelo liso y oscuro. ¡Sabía que eres perversa! No debes cogerla de ese modo. No debes acosarla de ese modo con tu boca. Erich, es tu amante. Dile que no debe hacer eso. Díselo tú, que yo no puedo. Que estoy como paralizado».

En este momento vuelve Erich la cabeza, cual si hubiera sido llamado por su hermano, y exclama:

—¿Qué, Bubi? ¿Te gusta? ¿No es precioso...? ¿Te habíamos hecho esperar demasiado?

Y mira con expresión de triunfo y burla a su hermano.

Heinz se levanta. Va a contestar a su hermano. O, mejor, se dispone a partir. Y, sin embargo, no puede separar de ella la vista. De ella que, lentamente, se va acercando a él...

—No; quiero marcharme... Debo partir... Ten...

—Bubi —dice ella, pausadamente, y pausadamente le pone la mano sobre el hombro. Y bajo su mano ligera Heinz se desmorona cual si le hubiera golpeado un puño cerrado. El puño de su destino. Yace de rodillas ante ella. La mano de Tinette

juega con su cabello. Su cuerpo le queda muy cerca. Oprime contra él su rostro gimiendo por el deseo y la desazón, aspira el aroma de la vida y de la vanidad...

Y oye una risa ...

¿Es el violín que ríe de tal modo? ¿Puede un violín imitar de esa forma la risa humana?

Se encienden todas las luces del vestíbulo y Heinz Hackendahl, de diecisiete años, queda expuesto a la claridad, arrodillado ante una ramera francesa y besando su cuerpo desnudo cual si fuera un tabernáculo sagrado. Y a la puerta está, en pie, su hermano y la maldita bailarina riéndose de él, burlándose de su tormento, de su candidez, de su manera de ser...

—¡Formidable, Tinette! —grita Erich—. ¿Le has embrujado? Haz que te bese los pies. ¡Oh, cómo me gustaría verle lamiéndote los pies...!

Tinette emite un grito ahogado al verse empujada hacia atrás y cae al suelo. Heinz está ya lejos de ella. Está junto al hermano. Se abalanza sobre él y luchan. Pero Heinz le domina y abofetea varias veces seguidas el rostro hermoso, desvergonzado e insolente de Erich...

Mientras le va golpeando siente que solo se puede abofetear de tal modo al propio hermano, que solo al hermano se le puede odiar así. Y le golpea a causa de lo que odia también en sí mismo: a causa de su propia blandura, de su propia ansia de goces, de su propia debilidad, de su propia cobardía...

Hermano contra hermano en la villa de Dahlem, en las calles de la ciudad de Berlín, en toda la tierra alemana.

Es como una embriaguez. Con sus golpes quisiera acabar con todo el pasado, quisiera limpiarse a fuerza de golpes como se pule a fuerza de golpes la plata... Apenas nota que las mujeres tiran de él y procuran separarle... Hasta que no se le ha pasado el vértigo no descansa... y sale del vestíbulo sin prestar atención a nada ni mirar para atrás...

Lentamente se pone en el recibidor el abrigo, el magnífico abrigo comprado con el dinero de su hermano. Se anuda mejor la corbata, se pone el sombrero... En el espejo contempla su rostro pálido con los ojos que miran muy fijo... Trata de sonreír, pero no lo consigue...

Su mano busca a tientas el interruptor. La luz se extingue y con ella el rostro pálido reflejado en el espejo. Luego coge la cadena de seguridad, abre la puerta y sale a la noche de enero, fría y húmeda de relente.

Da unos cuantos pasos, pero al verse en la calle se detiene y mira por última vez la casa. La contempla iluminada aquí y allá un soberbio edificio de hermosas líneas, de una cierta riqueza sencilla...

Allí ha estado como huésped durante varias semanas.

Semanas de tormento. ¿Cómo huésped? ¡Un prisionero es lo que allí ha sido! Y sabe con completa seguridad que no volverá jamás a ella. Le lleve por donde le lleve la senda de su vida, no piensa volver a las villas de los ricos, a los goces lascivos...

El estallido había venido desde su interior. El prisionero se había liberado a sí mismo. El esclavo había hecho con las veleidades de sus señores el instrumento que rompió sus cadenas...

Miró una vez más la villa y partió. Partió liberado.

La recogida de armas había terminado. El profesor Degener no podía ya encomendar esta tarea al escolar de vuelta de su alejamiento.

—No; eso se terminó ya, Hackendahl —dijo con leve sonrisa—. A usted debe haberle pasado por alto. ¿Estuvo bastante lejos de nosotros, no es cierto? Todas las armas se han tenido que entregar. La tenencia de armas sin licencia se castiga con prisión hasta cinco años o con multa de cien mil marcos. Naturalmente, yo no tengo cien mil marcos.

—¿Ha entregado usted las armas al Gobierno?

El profesor volvió a sonreír. Contempló sus manos de largos dedos con la red de venas azuladas.

—Ya no hay más armas, Hackendahl —dijo suavemente—. Oigo decir a sus camaradas que en todo Berlín no se encuentran ya armas. Sin duda deben de estar todas entregadas, como dispone la ley. No; yo tendría por conveniente que usted, ahora que ha regresado de este largo alejamiento, se ocupara un poco de su bachillerato, Hackendahl. Dentro de catorce días empiezan los exámenes escritos...

Heinz hizo un ademán de enojo:

—Yo quisiera tener un trabajo verdadero, señor profesor. Algo que me absorbiera por completo. Me siento tan vacío...

—¡Vamos, vamos! Eso ocurre siempre que ha estado uno lejos... El trabajo no gusta todavía, se suele decir para ello. De todos modos un trabajo sencillo y sólido sería digno del sudor de un...

—Hackendahl. En ciertos lugares oigo rumores no precisamente muy favorables acerca de un cierto escolar.

—¡Compréndame usted, señor profesor! —rogó Heinz insistentemente—. Quisiera tener un verdadero trabajo, algo a lo que poder dedicarme de lleno...

Guardó silencio por unos momentos y luego añadió en voz más apagada:

—Quisiera hacer algo que valiera la pena. No puedo ahora trabajar para mí...

El profesor Degener asintió lentamente:

—Cierto. ¡Muy bello, muy bello! ¡Es muy natural! —dijo—. Pero el asunto es que no veo ninguna tarea para usted. Sus camaradas me han pedido lo mismo cuando se terminó lo de las armas. También a ellos no he podido decirles más que: «Esperad. Sed pacientes».

—Pero... —empezó a decir Heinz.

—¡Muy acertado! —le interrumpió el maestro—. Pero la Juventud no tiene paciencia para esperar. Quisiera cosechar antes de haber sembrado. Pues bien, su primera tarea, alumno Hackendahl, es la de hacer un examen de primera.

—¡El bachillerato no me va a servir para nada! —exclamó Heinz desazonado—. Mi padre no tiene dinero para dejarme proseguir los estudios.

—¡Tarambana! —dijo el profesor cariñosamente—. Debe usted hacer un examen de primer orden para sí mismo. No para seguir estudiando. Con un bachillerato mediocre también podría pasar a estudios superiores. Lo debe hacer por sí mismo, para demostrarse a sí mismo que es capaz de llevar a cabo algo en la vida. Dígame, alumno: ¿qué es lo que ha logrado llevar a cabo en su vida?

—¡Nada! —dijo Heinz disgustado.

—¡Qué tarambana! —dijo el profesor, mofándose—. ¡Que pase cinco sitios más atrás el alumno Hackendahl! ¡Con su educación no ha logrado llevar a cabo nada de bueno en la vida! Pero ahora tiene que terminar con bien el bachillerato. Esta es su primera misión en la vida, alumno Hackendahl; y la va usted a cumplir de modo irreprochable. Yo...

—Yo... —le interrumpió Heinz.

—¡Silencio! —tronó el profesor—. ¿Qué colegial acosado por las Erynias se atreve a interrumpir el discurso de su profesor? Le aseguro a usted —prosiguió, llevado de tal discurso— que yo, prescindiendo de todos sus progresos en las lenguas muertas, que yo mismo le declararé insuficiente en latín y griego, de no demostrarse usted del todo apto en cualquier otra de las disciplinas —rio burlonamente—. ¡Con atabales y trompetas pasar usted su prueba, Hackendahl!

Ante tanta decisión quedó Heinz abrumado. Se daba plenamente cuenta en aquel momento de algunas debilidades que incluso a sus profesores no les habían quedado del todo ocultas.

—Aún en el caso de que logre pasar con bien el examen —dijo con una cierta terquedad obstinada—, no podría jamás triunfar del todo. Mi padre no tiene dinero para seguir manteniéndome un año a la escuela superior.

—Pues tanto más necesario le será hacer esfuerzos desusados —opinó el profesor secamente—. No tendrá usted a buen seguro el deseo de dejarse hundir a la primera contrariedad que se le ofrece en la vida. En el caso de que este sea el primer contratiempo...

El profesor Degener guardó silencio. Siempre había sido un hombre que gustaba de llamar a los chicos el nombre adecuado. Y hubiera considerado deshonroso detenerse por no abrir más la herida del verdaderamente muy dañado alumno Hackendahl por puro melindre. Una herida que no provenía en modo alguno de una batalla honrosa. No había más que ver el semblante pálido y los ojos tímidos del rapaz. El profesor Degener era todo comprensión para las torpezas juveniles, pero no tenía ni rastro de sentimentalismo.

Sin embargo, no se excedió ni se regocijó en la perplejidad del escudriñado, sino que continuó de modo animoso tras de una corta pausa:

—De modo que tarea primera: El examen. Ya por sus palabras creo poder colegir cual va a ser la tarea segunda es decir, la de hacer algo por sus padres. Es usted sano, fuerte, tiene una educación verdaderamente esmerada. Querido mío, lo que debe de hacer es con toda sencillez y sin grandes aspavientos ponerse a trabajar y aprender así

lo difícil que es ganarse el dinero que su padre ha tenido para usted durante diecisiete años...

Heinz Hackendahl guardó silencio. Había acudido a su amado maestro como un pecador arrepentido. Como le suele suceder a la juventud, había soñado en grandes empresas a través de las cuales pensaba redimirse de sus culpas. Había pensado en la necesidad de su patria. En cierto modo había soñado en grandes sacrificios, en algo grande, algo heroico... Y ahora se le decía sencillamente: pasa tu examen y gana dinero. Era horrorosamente decepcionante y desalentador...

—¿No le gustan mis tareas? —preguntó el profesor—. Mi querido Hackendahl, preveo malos tiempos, peores aun de los que hemos pasado. Cada uno de nosotros se verá en la necesidad de tratar de poner orden y limpieza en su pequeño radio de acción. Temo que a nadie van a faltarle tareas, sino fuerzas para cumplirlas. Tengo escasa idea de sus circunstancias personales, Hackendahl. Pero ¿no va a encontrarse también en su casa ya en el círculo estrecho de la familia toda una serie de tareas para un joven ávido de acción?

El profesor guardó un silencio expectante.

Pero Heinz no quería darle la razón. Había pensado en algo más grande, en algo que le levantara de su estrechez, en algo que le hiciera sentirse distinto de si mismo...

—¿Y Alemania? —preguntó quedamente.

—¡Hackendahl! —exclamó el profesor—. ¡Sea usted honrado! Leo en su rostro que sabe usted de suficientes tareas. Pero le parecen demasiado nimias. Se refiere usted a Alemania, pero ¿no se le antoja haber venido a parar en poca cosa para tal tarea? ¿Cómo? ¿Ahora precisamente? Y luego, querido mío, acuérdesse usted, ¿cómo puede estar el cuerpo sano si la célula está enferma? Sane usted primero su célula y luego ya veremos... —Y por sobre la mesa le alargó la mano—. Espero que ahora le verá diariamente en la escuela, con activa participación en el estudio. Luego, cuando haya pasado su examen, volveremos a hablar, Hackendahl. Cuando haya pasado el examen, ¿comprendido?

Y así fue como el alumno Heinz Hackendahl volvió al colegio. Durante todo un período de tiempo había estado ausente, había vivido en un malsano estado febril. Pero al final había encontrado las fuerzas para huir de los cenagales. Y ahora iba de nuevo a la escuela con otros colegiales...

Al principio le resultó duro, igual que le había resultado duro acostumbrarse a la escasa mesa de la Werxstrasse tras de los abundantes banquetes de Dahlem. Pero al igual que su cuerpo en pocos días logró acostumbrarse, se habituó pronto su espíritu a trabajar en tareas de esta clase en lugar de adivinar los deseos de una mujer mortificante. Muchas veces durante los intervalos entre las clases, sentado en los bancos con los demás, mientras estos escandalizaban con las tapas de los pupitres, hablaban el alemán altisonante y necio a que tan aficionados son los escolares, y se comportaban por lo demás como muy recios en su lenguaje y en sus golpes a los bíceps, le sobrevenía de pronto el recuerdo y se le representaban sus idas como joven mundano a casa de modistas francesas, o bien se veía encaramado en el taburete de un bar, u observando el tocado de una mujer hermosa...

Entonces miraba de repente con otros ojos los rostros imperfectos, pálidos, mal afeitados y pecosos de sus camaradas, oía con disgusto sus bromas groseras, olía con repugnancia aquel ambiente de hambre y poca limpieza corporal y pensaba: «¿Vale la pena? Se puede vivir tanto más desahogadamente...».

Pero luego llegaba tal vez en aquel momento el profesor Degener a la clase y se le ocurría la máxima de que se puede caer en la inmundicia, pero que no se debe permanecer en ella... O bien ante la idea de la «vida desahogada» le sobrevenía un estremecimiento. Entonces le reprochaba con rencoroso deleite a su enemigo Porzig el que le hubiera dejado atascarse de nuevo en las fechas históricas sin acudir en su ayuda:

—Ten en cuenta, grandísimo marrano, que aunque sigas haciendo esto yo haré uno de los mejores exámenes para vergüenza tuya y de toda la clase, y entonces no te quedará más que colgarte de una cuerda.

—¡Por gruesa que sea, la cuerda se quiebra! —susurró Porzig, valiéndose del encabezamiento de un álbum de poesías de Wedekind, y lanzando una mirada de golfillo por el rabillo del ojo.

—¡De todas igual, no es este el final! —cantaron unos cuantos ecos misteriosos, y todos juntos en coro, restregando los pies y tableteando con las tapas de los pupitres: «¡Por contradicción, muchos firmes son!».

—¿Qué escándalo es este, alumnos primarios? —gritó el profesor Degener, haciendo irrupción en la clase como un cohete en ignición—. Toda la primera clase saldrá este mediodía detrás de la sexta. Pues son ustedes más niños que esos chiquillos. Hackendahl, ¿qué es esa mueca? ¡Un idiota hace muecas de esas, un

hombre ríe! ¡Siéntense todos! Häberleien, trate usted de explicarnos por qué Platón...

Sí; Heinz Hackendahl había regresado. Volvía a llevar el raído traje escolar de otro tiempo, descolorido, lleno de zurcidos, demasiado corto. De nuevo llevaba la horrible y grisácea ropa interior del tiempo de guerra en vez de las camisas finas y bien cortadas. Olvidó por completo el uso del estuche de manicura, si bien cortaba sus uñas con algo más de frecuencia y las cepillaba hasta que le quedaran más limpias que «antes».

Había temido que sus camaradas de clase hicieran algunas observaciones satíricas sobre la transformación retroactiva de la deslumbrante mariposa en una crisálida gris. Pero con la asombrosa delicadeza que a veces tiene la sociedad más desprovista de tacto de este mundo que es la de los rapaces en sus años mozos, ni uno de ellos dijo una sola palabra. Volvía a estar por completo entre ellos. Era uno de tantos. Parecían haber olvidado por completo que no había tomado parte en una de sus más importantes actividades, en la recogida de armas. Cual si no hubiera estado nunca alejado de ellos participaba en todos sus enardecidos debates, se le oía, era objeto de burla, se le insultaba, igual que a los demás.

Tenían muchos debates. Diariamente. Casi en todos los intervalos. Y muy acalorados. En Weimar había surgido la Unión Nacional eligiendo como presidente del Reich a Fritz Ebert y designando como la nueva bandera de la República alemana la negra roja y gualda. Mas todo ello eran acontecimientos relativamente desprovistos de importancia por muy acaloradamente que se debatieran.

La cuestión principal era esta: ¿Cómo iba a terminar la guerra? ¿Qué aspecto adoptaría la paz? Tal era la cuestión que les enardecía. En la Unión Nacional se hablaba mucho, pero muy poco se había dicho sobre la paz. «A buen seguro —decían— que el pueblo alemán no aceptará jamás una paz impuesta por la fuerza»; incluso había un diputado que decía que la mano que firmara una paz de esclavos, debía de secarse...

Esto sonaba mejor que lo que los espartaquistas decían, o sea, que cualquier clase de paz les resultaría aceptable. Sobre esto se dividían en todas las discusiones los colegiales. Más aún, incluso los contados acentos fuertes que emitían los de Weimar eran recibidos por los chicos con desconfianza. Habían aprendido la frase latina «Principiis obsta»: resiste ya desde el principio.

Y encontraban que ya desde el principio no se ofrecía resistencia alguna. Encontraban que el Gobierno protestaba continuamente, pero que contradiciendo a sus propias protestas hacía siempre lo que había declarado como imposible. Oían el «no» pronunciado, pero no creían en él como no creía tampoco el pueblo entero. «En esos ya no confiamos —decían—. En los últimos cuatro años nos han mentido demasiado».

Sobre todas estas cosas hablaban los rapaces en los intervalos escolares y en el camino de ida y vuelta al colegio. Hablaban de ello con su jerga escolar, sus frases estaban cuajadas de latinismos y tampoco eran parcos en el uso de sus expresiones

características. Tenían roncas las voces. De la barbilla les colgaban a menudo pelos sueltos. De haber continuado la guerra habrían tenido ya que ir al frente. A la sazón no eran más que chicos, escolares, pero no por ello era menor su participación en los intereses públicos.

Diez años antes, la generación había elogiado los versos de Hoffmannsthal y se había burlado de las canciones a la rosa de Eulenberg y enardecido en todo caso un poquitín acerca de la cuestión de si era mejor el globo dirigible o el aeroplano. Pero con gran comedimiento. Muy moderadamente. Era una generación bien alimentada y estetizante con una frívola inclinación al suicidio y a la belleza. Incluso la palabra suicidio les había resultado demasiado fuerte y en vez de ella empleaban la expresión «muerte voluntaria».

De esta nueva generación del hambre, crecida en años de miseria, había salido algo más fuerte. Se demostró la verdad del proverbio que dice que los frutos de suelos pobres son más sanos que los de los más abonados. Esta nueva juventud que había vivido la guerra tan solo en el interior, se sentía continuamente engañada en algo de sus vidas y no estaba dispuesta a seguir dejándose decepcionar. Con los sentidos alerta y con una desconfianza que jamás se adormecía seguía todos los acontecimientos...

Heinz Hackendahl se alistó a ella. Había vuelto a sus camaradas y a su generación. Erich, si bien no contaba más que cuatro años más que él, era decididamente de la generación de la ante guerra. Ya al cabo de muy corto tiempo le pareció legendario que hubiera podido dedicar a diario toda una hora al cuidado de sus uñas. No tardó mucho en volver a sentir en él la añeja repulsión de la juventud contra las mujeres pintadas de la Tauentzienstrasse. Su corazón apenas se conmovía un segundo cuando pensaba en Tinette. En cambio pensaba muy a menudo y muy prolongadamente en Irma.

El profesor Degener había demostrado tener también gran penetración en estas cosas cuando le había rogado a Heinz Hackendahl que tuviera paciencia, porque dentro de poco no le faltarían tareas que cumplir. Y eso sucedió. En aquel tiempo no había escasez de tareas, sino escasez de hombres que quisieran hacerse cargo de ellas.

Heinz Hackendahl se hizo cargo de la suya, a pesar de que aun no era un hombre.

Una mañana de finales de febrero le despertó la insistente llamada del timbre de la puerta. Por un motivo cualquiera tenía fiesta en la escuela. Probablemente porque debía de haber otra huelga, o porque había una manifestación de protesta contra algo. En todo caso la cuestión es que estaba aún en cama, pues el padre había salido con el coche y la madre empeoraba en el estado de hinchazón de sus piernas, haciendo cola ante algún establecimiento de comestibles.

Heinz se puso los pantalones, se echó el abrigo por encima de la camisa de dormir y, calzándose las zapatillas, se dirigió a la puerta a través de la fría morada. Ante la puerta se hallaba una mujer. Tuvo que mirar con más detenimiento antes de reconocer en aquella mujeruca a su hermana Eva. A Eva, que tan bella, radiante y algo pendenciera había sido. Pasó un rato hasta que dijo, reconociéndola:

—¿Eres tú, Eva? ¡Entra!

Tampoco ella le había reconocido al momento. Pero ello no obedecía tanto a que Heinz hubiera cambiado como a que estaba ella muy excitada y, además, bastante embriagada. Se apoyó en el marco de la puerta. Le temblaba el rostro, que con el tiempo se le había puesto muy pálido y fofo, y le temblaban en él sus párpados espesos y de un color gris azulado.

—¿Dónde está madre? —preguntó—. ¡Tengo que hablar inmediatamente con madre!

—Madre ha ido a la compra. Entra, Eva.

Y, llevándola del brazo, la condujo al dormitorio de los viejos, única habitación que estaba un poco caldeada. Ella se sentó en la cama y miró a su alrededor...

—¿Dónde está madre? —volvió a preguntar, temerosa—. Tengo que hablar inmediatamente con madre... —Madre ha ido a la compra— explicó él de nuevo, observándola atentamente—. ¿Puedo ayudarte en algo, Eva?

Ella apenas pareció prestar atención a lo que él decía; no llegaba hasta ella. Cierto es que estaba embriagada, pero más que todo estaba excitada; la embriaguez cedía a su excitación, se mezclaba con ella...

En voz baja dijo para si:

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a hacer?

Durante un momento reclinó la cabeza sobre la almohada de la cama y cerró los ojos, cual si quisiera dormirse inmediatamente, vencida por la máxima fatiga...

Pero en seguida se volvió a incorporar. Se levantó de la cama y sin mirar a Bubi

atravesó la habitación y se detuvo ante el armario, cual si estuviera sola, tirando del cajón superior. Cogió algunos de los papeles que allí había y, teniéndolos en la mano, fijó en ellos la vista, cual si quisiera descifrar lo que significaban...

—¡Eva! —gritó Heinz desde cerca de la estufa—. ¡Eva!

Ella se volvió y fijó en él la vista, sosteniendo los papeles en la mano.

—¿Qué, Bubi? —preguntó—, ¿qué hay? Yo quería hablar con madre...

—Madre ha ido a la compra —repitió él por tercera vez. Se acercó a ella y suavemente le quitó los papeles de la mano, los devolvió a su sitio y dijo:

—Cuéntame lo que quieres de madre. Tal vez pueda yo también ayudarte.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó de nuevo, desconcertada. Le miraba fijamente, pero su rostro no variaba; a pesar de que debía de estar muy triste, en sus ojos secos abrasados no apuntaba ni una lágrima. Finalmente añadió:

—Debo partir...

—¿A dónde, Eva?

—Irme de Berlín.

—¿Por qué te has de marchar de Berlín?

Ella siguió mirando fijamente y apareció en sus ojos algo de estupor...

—¿Por qué? —preguntó en un murmullo. Y guardó silencio.

—Vamos, Eva —dijo él, suavemente, cogiéndola de la mano y devolviéndola al lecho—. Vamos, échate. Espera, que te quitaré los zapatos. Estás fría como el hielo. Así. Y ahora te echaré el cobertor. ¿Estás bien?

Ella le dejó hacer, pero no hizo la menor demostración de que estuviera bien.

De nuevo le cogió él la mano.

—Y ahora dime por qué has de marcharte de Berlín.

Eva no contestó, pero apareció en sus ojos otra expresión. Miraba a su alrededor como un niño que despierta en un ambiente desconocido y lo mira todo con curiosidad.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Estoy echada en donde duerme madre?

Él sacudió la cabeza.

—¿Es la parte donde duerme padre?

Heinz asintió.

Ella se echó a reír de un modo convulsivo y súbito. Era exactamente como si le dieran sacudidas de hipo.

—¡Ahí! —dijo señalando con el dedo—. ¡Ahí dentro he nacido yo! ¡Hace veintitrés años! Y ahora estoy echada en la parte de la cama donde duerme padre —volvió a tener la convulsión—. Padre se alegrará de que una ramera esté echada en su cama...

Tan súbitamente como había empezado la risa se interrumpió de nuevo. Eva abrió el monedero y buscó en su interior. Sobre la cama, y sin que les prestara atención, se esparcieron unas llaves, una polvera y calderilla. Alargó a Heinz una hojita.

—Ahí tienes; lee... —dijo.

Era una hojita arrancada de un cuaderno escolar.

Heinz vio escrito en ella, con escritura infantil, perpendicular y torpe: «El abeto. El abeto crece en el bosque. Es nuestro árbol navideño. No hay pueblo que celebre la fiesta de Navidad de modo tan bello como el alemán. El abeto...».

—¿Lo entiendes? —dijo Eva, en un susurro, sin desviar la mirada de su rostro. A poco añadió, impaciente—: ¡En la otra cara!

Él dio la vuelta a la hoja. En la otra cara velase, garrapateado en dirección oblicua al rayado, esta advertencia: «¡Zorra, me disparaste a quemarropa, pero ya te alcanzaré!». Nada más. Él la miró.

—¿Lo entiendes? —susurró de nuevo, temblándole los labios.

—No —dijo él—. ¿Quién ha escrito eso?

Ella le miró y, finalmente, tras de un largo rato, dijo, muy bajito:

—Él.

Era como si tuviera miedo de murmurar esta palabra: «Él».

—¿Es el mismo de quien oí hablar en casa de Tutti?

Ella asintió.

—¿Y qué? ¿A qué vendrá todo ese cuento? ¡Eva, no vas a dejarte asustar por una insensatez así!

—¡No es ninguna insensatez!

—¡Claro que lo es! Mira... —se interrumpió. Vio que ella estaba luchando con una decisión.

Finalmente dijo, con voz queda:

—¡Pero yo le disparé a quemarropa! Le disparé en pleno rostro. Estaba completamente frente a él...

—¡Pero, Eva! Si hubieras acertado con el disparo, no podría escribirte. Y si no le has matado, es una insensatez por parte de él que quiera asustarte con su muerte. En todo caso, si es que le disparaste, fallaste el tiro.

—¡Le acerté plenamente! Vi el fuego irrumpir directamente a su rostro.

—Es imposible, Eva...

—¡Con él no hay nada imposible!

De nuevo se puso él a meditar: Luego se sentó en la cama, junto a ella, y, cogiendo sus frías manos entre las suyas dijo, dulce y persuasivamente:

—¿No quieres contármelo todo, Eva? Tal vez pueda ayudarte. No sé...

—A mi no puede ayudarme nadie.

—Sí. Tal vez sí.

—Sí, si tuvieras el valor de matarme. ¡Ah, Bubi, cuán a menudo he pensado en que quisiera encontrar alguien que tuviera el valor de matarme! Para hacerlo yo misma soy demasiado cobarde. Te juro que no intentaría escapar y que ni tan siquiera gritaría...

—Por favor, Eva, cuéntame cómo fue todo. Dices que le disparaste para matarle. ¿Por qué disparaste sobre él? ¡No se dispara así como así sobre un hombre, por

perverso que sea! Siendo mi hermana, te conozco y me consta que una cosa así te ha de haber resultado muy difícil...

Ella asintió, pero apenas había atendido. Estaba aún con sus pensamientos anteriores.

—No —dijo—. Sé que no me será dado morir. Solo él me dará la muerte. Cuando me haya atormentado lo suficiente. Ten en cuenta, Bubi —empezó a decir febrilmente, y él asintió, para reanimarla, y para reanimarla le oprimió las manos—. Ten en cuenta que hace ya tiempo que disparé sobre él. Y el haberlo hecho me ha venido atormentando de tal modo que no he tenido ánimos para nada. No he hecho otra cosa que beber. También ahora estoy bebida. Pero aun cuando he estado tan embriagada que no podía ni mover un solo miembro, no he logrado acallar en mí este tormento. Le tenía siempre presente en mí, haciéndome sufrir de tal modo que me resultaba mucho peor que los padecimientos que él me infligió...

Guardó silencio por un momento. Sumido en sus pensamientos y perdido en sus propios recuerdos, Heinz acariciaba maquinalmente las manos de Eva.

—Y llegué a pensar que me era preciso obtener la paz —prosiguió ella—. Y que, puesto que en la vida no me era posible obtenerla, debía morir. En esto me enteré que se tramaba algo contra los marineros, y una noche me introduje en las Caballerizas. Reinaba allí gran agitación, Bubi, pero a mí me dejaron entrar sin dificultad. ¡Aquellos cerdos dejan entrar a todas las mujeres! Apenas estaba entre ellos, los Noskes empezaron a disparar. Disparaban con cañones sobre la Caballeriza, y a poco ardía la planta con una facilidad pasmosa. Al oír yo los disparos, los gritos de los moribundos y el rumor de las llamas, creí enloquecer de alegría pensando que también yo iba a morir. Y me puse a bailar y a cantar ante ellos. No hacían más que decir: «¡Bien por la pequeña!». Las otras mujeres se habían amontonado en el sótano, Los marineros no supieron jamás por qué mostraba yo aquellos ánimos...

Guardó silencio y luego dijo:

—Y no me sirvió para nada. De nuevo quedó frustrada mi muerte. Cuando ya todo estaba muy avanzado, todo ardía por todas partes y se veía ya el final, se les ocurrió rendirse. Y me sacaron de allí, con ellos, por mucho que les supliqué que no lo hicieran. No —dijo Eva Hackendahl, mirando a su hermano con un mohín de cavilación casi infantil—; ha de ser así: o bien muere él en mis manos, o yo en las suyas. Y él será el que lo consiga...

—¿Que consiga qué? ¿No dices que le mataste tú, a tiros?

—Y eso hice. Directamente al rostro. Y cayó tan pesadamente como si todo él fuera de plomo...

De nuevo reflexionó durante unos instantes, Y dijo luego con insistencia:

—¿Crees tú, Bubi, que madre me dará dinero para que pueda marcharme de la ciudad...?

Heinz contempló pensativamente a su hermana. Varias veces le había hecho el efecto de como si ella estuviera más perturbada de lo que pudiera estar una persona

embriagada, de como si hubiera traspuesto el límite entre el sentido y el desvarío. Pero no le constaba, ni tenía a quién consultar. No podía hacer más que averiguarlo por ella...

Y eso hizo. Empezó a preguntarle cuidadosamente, y poco a poco fue enterándose de su historia, palabra por palabra, desde el robo en el almacén hasta el disparo en el cuarto de planchar de la villa de Dahlem, apenas a cinco minutos de distancia de aquella otra casa en la que él había, por aquel tiempo, caído en tan grave aprieto interior.

Sí; por ello escuchaba con tanta comprensión cómo su hermana Eva había ido incurriendo, cada vez con más fuerza, en el abandono de su voluntad a la de un ser perverso, y a menudo le parecía como si estuviera oyendo contar su propio calvario. Por esto cuando Eva exclamó, apasionadamente:

—¿Qué podía hacer contra él, Bubi...? No me veía capaz de nada. A veces, precisamente cuanto más daño me hacía, tanto más se regocijaba algo en lo más recóndito de mi. ¡Pero tú no puedes comprender eso!

Él asintió y dijo:

—Claro que sí, Eva. Lo comprendo perfectamente. Uno se regocija de que en su interior se desmorone algo más, y piensa: ¡Tanto mejor! ¡Que todo se venga abajo de una vez!

—¡Sí, eso es! —exclamó ella, y siguió contando con más ahínco.

Eva terminó su narración y empezó a culparse a sí misma, a Eugen, al mundo, a su padre... Heinz se puso a meditar en qué podía hacerse en aquel asunto, en lo que podía hacer por sí mismo, en hasta qué punto podía ayudarla y hasta qué extremo, por otra parte, podía confiarse en ella...

Por de pronto no había ni que pensar en hacerla salir de viaje, pues ni ella tenía dinero, ni lo tenía él, ni los padres. Esto era lo primero que le tenía que decir. Por otra parte, tampoco habla que considerar la posibilidad de la huida, pues cuando ella había creído que estaba muerto, en vez de calmarse había querido morir y se había emborrachado con el propósito de olvidar. No; lo primero que habla que hacer era enterarse en qué había venido a parar aquel tiro...

—Pues si verdaderamente le hubieras disparado, Eva, haría ya tiempo que te habría cogido la policía. Has de tener en cuenta eso.

Heinz hubiera hecho mejor en no pronunciar estas palabras, pues en Eva vino a añadirse al miedo a Eugen, el miedo a la policía, al juicio y a la cárcel, y al momento quiso marcharse. Si no podía salir de Berlín, quería, al menos, cambiar de residencia. Sabía de muchos sitios en donde ir a vivir sin empadronarse.

Heinz vio con profundo asombro el miedo que Eva tenía a la policía y al Juzgado, como si fuera aún la hija de la familia burguesa de antaño. Precisamente su intención era hacer que se presentase a la policía, para así ajustar definitivamente su cuenta y poder vivir sin el miedo ante las amenazas de un Bast cualquiera...

Pero por el momento no había ni que pesar en una confesión tal. Eva se levantó

de la cama y se puso los zapatos. ¡Tenía que cambiar de residencia al momento! ¡Tal vez la policía hubiera ido ya a buscarla!

Y así fue cómo lo primero que Heinz tuvo que hacer por su hermana resultó algo muy en contra de sus planes: un traslado de residencia en un taxi, una mudanza con prisas en hacer las maletas, alusiones groseras por parte de las demás mancebas, copitas de licor entre ellas, cuchicheos con la patrona pidiendo la dirección de otras patronas. Una mudanza que el más tonto de los policías hubiera podido trazar sin más.

Él la acompañó y trato de ayudarla, por lo menos en hacer las maletas. Las chicas le miraban con desdén o con curiosidad. Hablaban, en su presencia, de él, con la hermana, con todo desparpajo, considerando que era aún muy joven. Él se fue a la lavandera, consiguiendo, con grandes despliegues de energía, que le entregase la ropa aun húmeda, tal como estaba:

—Pues mi hermana tiene que salir de viaje urgentemente...

La lavandera sonrió canallesca y abiertamente, pues sabía muy bien qué clase de hermana era la tal hermana, y sabía también que los viajes urgentes de tales hermanas suelen hacerse generalmente en los verdes carruajes de la policía.

Finalmente, se sentó junto a Eva en el taxi, un poco vejado por toda aquella desidia y prisa, pues le hubiera gustado poner un poco de orden al asunto en vez de embrollarlo más. En cambio, Eva sonreía, de pronto, muy satisfecha. Las copitas de licor habían hecho su efecto, y explicaba que estaba contenta de haber dejado a «la Vieja», que le pedía demasiado por el cuarto y por la comida... y que, por otra parte, ya la Tauentzienstrasse no era lo más indicado para ella, pues solo hacían negocio las muy jóvenes y muy pimpantes. Por el Norte, por la calle de Tieck o la de Schlegel, le iría mucho mejor. ¿No veía Heinz que le empezaban a salir ya arrugas?

Y a poco empezó a llorar, lamentándose de lo de prisa que se envejece y de que, siendo una chica como ella, con un pie en la cárcel y otro en el hospital, resultaba insoportable... Que de todo tenía la culpa padre, pues si no les hubiera hecho la, vida imposible, jamás se hubiera abandonado a Eugen de tal modo ...

Heinz oía todo eso con melancolía. Meditaba sobre si la tarea que había venido a sorprenderle en su sueño sería, al fin y al cabo, tal tarea o si el caso de Eva no estaría ya decidido desde tiempo y para siempre.

Después, Heinz se formuló esta misma pregunta con mucha frecuencia, al ver que, a pesar de todos sus desvelos, todo parecía embrollarse más, y que Eva apenas sufría con todo aquel desbarajuste, sino que en la confusión y el desorden parecía estar justamente en su elemento...

Pero luego abandonaba estas preguntas y dudas. El profesor Degener le había dicho, en una ocasión, que debía intentar establecer el orden en el pequeño círculo familiar, vencer primero las tareas menores antes de pasar a las de más envergadura. Y esto trataba de hacer. Cuando se sentía completamente derrotado, trataba de representarse la de miles de personas que por aquel tiempo trataban en Alemania de reedificar lo destruido por la guerra, lentamente, piedra por piedra: un trabajo de paciencia. «Antes que todo, ha de ser sana la célula», había dicho el profesor Degener.

«Soy un mantenedor del orden», pensaba él. Y recorría sus varios caminos infructuosos, desoía los denuestos de su hermana e incluso pensaba, a veces, con sonriente decisión: «Toda tu resistencia no te va a servir de nada. Aun contra tu voluntad pienso sacarte del fango...».

La cosa no era sencilla. Después del colegio, entre los trabajos para el examen, recorría la ciudad tratando de sacar en claro en qué situación se encontraba con lo del disparo a Eugen Bast.

Tenía que preguntar cautamente, pues no osaba ir a la policía... no sabía hasta qué punto, dejando aparte el robo en el almacén, había intervenido Eva en las fechorías de Eugen Bast. Jamás le sacaría a ella toda la verdad...

Le había parecido muy interesante recorrer de aquel modo Berlín, como un detective particular de novela policíaca, y seguir la pista a un criminal que tal vez fuera mayor de lo que creía: depredación, saqueo, rapto, robo menor, robo mayor, robo en banda y tal vez asesinato. Bastaba. Muchas gracias.

Pero no era nada interesante tener que vagabundear continuamente por las calles, dirigir la palabra a todas las chicas y dejársela dirigir a él para, después de un poco de palique, llegar a la pregunta acerca de un tal Eugen, a quien llamaban «El moreno». Parecía haber en Berlín muchos de Eugens «morenos» de igual facultad.

Mientras vivía de tal modo, siempre al acecho, cada vez más pálido y más delgado, el mundo continuaba su marcha. Por entonces se empezó a entregar la flota mercante y se celebraban grandes manifestaciones de protesta contra la paz forzada. También la Asamblea Nacional se declaró en contra de una paz forzada, si bien moderadamente. En el distrito del Ruhr hubo un levantamiento, y en Wurtemberg, huelga general. Se celebró, en Berlín, el primer Congreso de Parados, y se presentó el primer presupuesto del Reich, que ascendía a catorce mil millones, de los que faltaban tan solo siete. En Munich se erigió una República de Consejeros, y en

Dresde fue asesinado el Ministro de la Guerra por unos mutilados de guerra. Pero el primero de mayo se declaró festivo para el trabajo, impuesto por el programa del Partido Socialdemócrata, y se proclamó este mensaje pascual: «¡Dejad de desgarraros entre vosotros! ¡Trabajad!».

Apoyado en esto, se decretó una huelga general en Braunschweig. Además, en todas partes se hacía algo de huelga...

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos —durante aquellos días sucedían tantas cosas horribles que ya la gente había dejado de encontrar lo horripilante en las cosas que lo eran—. Heinz preparaba, medio dormido, su examen, que iba pasando como podía y en modo alguno como alumno aventajado, cual había esperado el profesor Degener. Pero había tenido una conversación con su amado maestro en la que le había informado de todo. El profesor había sacudido la cabeza y había murmurado:

—Al hablar de poner orden no me refería a nada de todo esto...

Pero, finalmente, le había dejado pasar como pudo.

—¿A qué te dedicas? —Le habían preguntado los compañeros de clase.

—¿Qué te propones ser? —se lamentaba la madre.

El padre no decía nada con palabras, pero muy a menudo la mirada que dirigía a su hijo era suficientemente elocuente.

Claro que Heinz Hackendahl carecía precisamente de tiempo para ocuparse de estas cuestiones. Primero había que hallar a Eugen Bast. Había que encontrar a aquella pesadilla, a aquel fantasma horrisono, a aquel muerto resucitado.

Y se le halló. Poco después del examen, logró Heinz Hackendahl ver cara a cara a Eugen Bast, y aquel hallazgo se realizó sin ninguna clase de complicaciones; no fueron necesarias para ello las más mínimas facultades criminalistas. Un día en que Heinz estaba en la habitación de su hermana, la patrona introdujo en aquel cuarto a un rapaz.

—¿No está por ahí la Eva? Ese chico dice que tiene algo para ella...

—Eva debe estar en casa de la Olga. Hace un momento que ha salido —dijo Heinz contemplando al rapaz sin el menor asomo de sospecha.

El chiquillo, que tendría unos trece años, fijó en Heinz su mirada tímida a la par que maliciosa. De repente empezó a sonreír con disimulo y preguntó:

—¿Tú eres el nuevo?

—Sí... —dijo Heinz. Y, alargando la mano, añadió—: ¡Déjame ver lo que llevas ahí!

El chiquillo volvió a sonreír canallescamente. Meneó la cabeza, pero preguntó:

—¿Cuánto me das?

El erario de Heinz estaba bastante exhausto, pues en sus correrías por Berlín a la busca de Eugen Bast se habían convertido casi todos los bellos trajes de Erich en dinero para viajes y propinas. Así es que le ofreció un marco.

El chico sacudió la cabeza.

—Dos marcos.

—Nada.

—Tres.

—¡Suéltame un *táler*! —dijo el chiquilín, sacándose del bolsillo del pantalón una hoja de papel.

Heinz le dio el dinero y leyó la nota, que el rapaz no dejaba ir de la mano.

«Cien machacantes —decía— o el cenicero». Nada más.

Heinz sabía por Eva lo que «el cenicero» significaba, pero no era aquella la misma escritura del primer aviso.

—Eso no lo ha escrito Eugen —dijo—. ¡Cualquiera puede verlo!

—¡Eso lo he escrito yo! —explicó el chico—. ¡Pero Eugen me dijo lo que tenía que poner!

—¿Y por qué no lo escribe por sí mismo?

Heinz pareció haber preguntado algo tontamente. El rapaz sonrió. De seguro que se creía muy taimado.

—Cien machacantes y te soplo por qué Eugen no ha escrito eso.

Heinz miró al chiquillo pensativamente. No había ni que pensar en darle los cien marcos, pues no los tenía. Pero una cosa era cierta: Eugen: Bast vivía...

—¡No le cuentes a ella que me has enseñado esto! —dijo Heinz, cogiendo con gran prisa su sombrero y abrigo.

—¡No soy tan tonto! ¿Tiene dinero?

—Tendrás que preguntárselo tú mismo. Yo me las piro.

Y Heinz salió.

Largo tiempo tuvo que esperar, escondido en el portal de una casa fronteriza, hasta que el mensajero reapareció en la calle. Como una saeta salió de la casa, y Heinz se lanzó en su seguimiento. De haber el chiquillo seguido pensando en él, no hubiera podido ir en pos de él.

La persecución se realizó a través de la puerta de Oranienburg y luego por la Friedrichstrasse abajo. Heinz le seguía por la acera contraria. Continuó por la Estación y por Die Linden...

Por la calle había mucha gente, apresurada y gris. Todavía en las tiendas no se exhibían los géneros. Alemania seguía bajo el bloqueo de sus adversarios, que incluso se había agravado...

Pero una cosa se daba en superabundancia: los mendigos... En aquellas arterias de abundante circulación se agrupaban en hordas, unos junto a los otros se apoyaban en los muros de las casas o se sentaban en un taburete en el suelo o iban de un lado a otro con postales pornográficas en la mano... Casi todos eran heridos de guerra o por lo menos, por el cartel que les colgaba del pecho, pretendían serlo... En cuatro largos años de guerra, el pueblo se había acostumbrado a la visión de aquellos mutilados, pero si alguien se hubiera adentrado por aquellas calles de la lóbreguez sin tal costumbre, hubiera creído que estaba en el infierno...

Sin brazos y sin piernas, con los pantalones levantados para mostrar las hinchadas cicatrices sanguinolentas o de un rojo azulado de los muñones, se hallaban allí junto a los heridos en el rostro con largas cicatrices, quemaduras, barbillas arrancadas. Horror sobre horror. Moviendo los hombros o lamentándose con un ademán del brazo o de la cabeza. Había allí un hombre con el uniforme de campaña que regularmente golpeaba la parte posterior de su cráneo dos veces por segundo contra la pared, en cada minuto ciento veinte veces, en cada hora siete mil doscientas veces: la parte de detrás de su cráneo era una gran herida...

Las gentes lo miraban sin prestar atención, lo mismo hacían los policías y el Gobierno.

A pesar de que el dólar estaba ya a quince marcos en lugar de a 4,20 como antes de la guerra, la palabra inflación era aún desconocida entre la masa. Se hablaba de una carestía; la libra de pan costaba veinticinco *pfennigs* en lugar de catorce, la de mantequilla tres marcos en lugar de 1,40. Pero como, dejando aparte a los ricos, no había nadie que pudiera comprar todo cuanto deseaba en materia alimenticia, pues todos los artículos de primera necesidad estaban racionados por medio de cartillas en muy exiguas cantidades, la carestía no era aún muy patente. Todo el mundo hubiera gastado a gusto más dinero con tal de poder comprar más géneros comestibles de primera necesidad.

En cambio, el Gobierno se mantenía firme en la ficción de que un marco era un marco. Los mutilados de guerra recibían exiguas pensiones y hasta incluso a menudo no recibían nada so pretexto de que primero había que fijar la cantidad de parados existentes. Como hasta incluso esos mutilados querían seguir viviendo y muchos de ellos no podían trabajar, se lanzaban a la calle en grupos de a tres, cinco y diez, y entraban en las casas, cantaban en los patios, tocaban algún instrumento. O bien se colocaban en las calles de tráfico y vendían cerillas y cordones para los zapatos o se limitaban a mendigar. El Gobierno y la policía tenían que hacer la vista gorda, pues no se podía exigir de la gente que se muriera de hambre sin hacer nada...

Era incomprensible que todos ellos vivieran de la mendicidad, que un pueblo empobrecido y miserable, preocupado con sus propias necesidades, tuviera para ellos diariamente tanto dinero que les saliera a cuenta apostarse a implorar la caridad. A los que mejor les iba, naturalmente, era a aquellos cuyas heridas producían un efecto más acentuado en los transeúntes por su particularidad: por ser particularmente horripilantes...

Junto a uno de estos mutilados, especialmente repulsivos, se detuvo el chiquillo. Parecía ser un hombre aun joven a pesar de que no se podía decir con precisión: todo el rostro de aquel individuo era una pura cicatriz con horribles arrugas de un gris negruzco entrelazadas una a otra como las coloreadas líneas demarcatorias de un mapa...

Poca cosa quedaba en aquel rostro de lo que fueran los labios, la nariz presentaba un aspecto ennegrecido, como quemado; pero lo peor eran los ojos con sus niñas

arrugadas sin pupila y recubiertas de una piel amarillenta...

Aquel mendigo estaba en pie, recostado contra un muro, ofreciendo su rostro a la gente, y cual si aquella cara y el letrero de «ciego de guerra» que ostentaba no bastaran a evidenciar su desgracia, iba repitiendo en períodos cortos, monótonos y regulares, sin darse punto de reposo, una palabra ante cada uno de los transeúntes, una misma palabra, continuamente: «Ciego... ciego... ciego...».

Era algo horripilante, algo mucho más horripilante que una queja lo que se contenía en aquella monótona palabra «ciego». Era como el tic-tac sin alma de un reloj que parecía diluirse en el ruido callejero. De pronto, aun los transeúntes que con más prisa caminaban, se detenían y depositaban una moneda en la mano que mantenía abierta ante el pecho...

Jamás decía el ciego ni una sola palabra de agradecimiento, ni jamás hacía signo alguno de haber notado el dinero en su mano; sin interrupción iba repitiendo:

«Ciego... ciego... ciego...».

E incluso cuando el chico emisario se colocó junto a él susurrándole algo, siguió diciéndolo como si aquella palabra le fluyera sin esfuerzo por su parte, inconscientemente, como se respira o como late el corazón, sin hacer nada porque así ocurra, continuamente: «Ciego...».

Heinz atravesó la calle y se colocó en el muro junto al horrible rostro. Sin preocuparse del chiquillo que le miraba asustado, dijo a media voz:

—Hackendahl...

La cara cicatrizada, que vista de cerca resultaba aún más espantosa, no hizo el menor movimiento, la boca cuyos labios parecían haber desaparecido a resultas de una quemadura, siguió diciendo: «Ciego... ciego...».

Pero el que sí se había contraído era el rostro del chiquillo que quería huir y no podía hacerlo, pues el pie del ciego se había asentado sobre el suyo de modo doloroso e ineludible...

Por aquella forma de reaccionar conoció Heinz Hackendahl que aquel era Eugen Bast. Eugen Bast, tal como su hermana se lo había descrito. El mortificador, que como única respuesta castigaba al chiquillo antes de saber si este le había delatado conscientemente o no, y sin que ello le importara. Eugen Bast, el que había destrozado a Eva y la había convertido en su víctima. Heinz tenía ahora ante los ojos las consecuencias del disparo de su hermana.

Algo como un odio profundo y arcano se despertó en él. Así odia la vida a la muerte y así se resiste el aun con vida a morir...

—¡Aparte usted ese pie! —ordenó Heinz, temblando de ira.

—¡Ciego... ciego... ciego...! —dijo el hombre, dejando el pie donde estaba.

—¡Aparte ese pie! —repitió Heinz, poniendo, al ver que no atendía a sus palabras, su propio pie sobre el del mendigo.

—¡Ciego! —dijo este—. ¡Ciego! ¡Ciego!

En su mano fue cayendo dinero. La gente no miraba los pies, tan solo miraba el

horripilante rostro. Con un movimiento rápido la mano se introdujo en el bolsillo del pantalón para vaciarse allí y volvió a extenderse ante el pecho.

—Ciego... ciego... —fue repitiendo sin levantar el pie. Heinz comprendió que aquel hombre no cedería nunca y que antes se dejaría destrozar el pie que sacarlo de encima del chiquillo. Heinz retiró el suyo. El hombre siguió diciendo: «Ciego», con rostro imperturbable, pero al cabo de dos minutos sacó su pie del rapaz.

Este estaba palidísimo. Parecía encontrarse mal por efecto del dolor. Pero ni emitió sonido alguno ni trató de huir de la vera del aquel hombre. ¡Y parecía tan sencillo huir de un ciego! Lo que retenía a aquel chiquillo al lado de su martirizador había de ser el miedo, un miedo indecible y abstracto, entremezclado de goce, el mismo miedo al que había sucumbido Eva...

Heinz era joven, inexperto, y no tenía ni idea del modo de manejar a una persona como aquella. «¿Cómo se las compondrá uno con un animal así?». Se había imaginado muy sencilla aquella contingencia; en cuanto hubiera encontrado a Eugen Bast le amenazaría con la policía, el Juzgado y la cárcel, y el hombre vería que le era mucho más conveniente dejar a Eva en paz.

Ahora había encontrado a Eugen Bast y este había dado a Heinz inmediatamente la lección de que no se dejaba amenazar. Actuaría siempre tan solo según los dictados de su propia maldad... Aun cuando se perjudicara a sí mismo...

—¡Ciego... ciego...! —continuó oyendo junto a él...

«¿Qué debo hacer? —pensaba Heinz Hackendahl perplejo—. ¿Y si fuera a buscar a aquel policía que hay allí?... Sí; yo había pensado que a Eva no le perjudicaría en nada pasarse uno o dos años en la cárcel... Pero en cuanto vea este rostro volverá inmediatamente a caer dentro de su influjo, lo aceptará todo sobre sí misma, para redimirle a él... Eva tiene razón, la huida es lo único que cabe... Pero entonces se matará a fuerza de beber. ¿Daré dinero Sofía para el viaje? ¡De seguro que Sofía tiene dinero!».

—¡Ciego... ciego...! —Y la mano, ya llena de nuevo, se introduce en el bolsillo y vuelve a su posición ante el pecho—. ¡Ciego...! ¡Ciego...!

¡Ah, cuán sencilla se imaginaba la vida antaño Heinz Hackendahl! Pero o bien era que había esta adoptado una forma mucho más complicada y peligrosa que antes o bien que él no valía nada. Peleado con Erich, un bachillerato pasado a duras penas, y ahora de nuevo no habiendo solucionado nada de lo de Eva...

—Ciego... ciego...

Vuelve a mirar a aquel hombre de soslayo. Quisiera marcharse de allí, partir. ¡Ha aceptado demasiado sobre sí! Y, sin embargo, algo le retiene. No puede irse así. Se pierde todo el respeto a sí mismo y toda la confianza en las propias fuerzas huyendo de aquel modo. Heinz Hackendahl tiene la sensación de que no alcanzará jamás nada en la vida si se marcha ahora sin haber solucionado nada de aquel asunto. Ha de hacer algo...

Mientras sigue aún meditando, se atormenta y se aguijonea, se interrumpe de

pronto junto a él la cantinela del ciego. Mira hacia el lado de donde provenía y le hace el efecto como si de pronto se hubiera parado un reloj que estuviera reclamando que le dieran cuerda.

¿Qué ha sucedido? ¿Se marchará siempre Eugen Bast entre las once y las doce del mediodía, cuando empieza precisamente a aumentar la circulación?

Pues Eugen Bast se va. Ha colocado su mano en torno del antebrazo del chico, y sin que Heinz haya observado que los dos se pusieran de acuerdo, conduce el chiquillo al ciego lejos de allí. Le guía por la Friedrichstrasse hacia la Leipzigerstrasse... Heinz le sigue: Van muy cerca de él, pero no le prestan atención. Ni una sola vez se vuelve el chiquillo para mirar hacia él. Y Heinz observa también que no se dicen nada el uno al otro. De seguro que a aquella hora se marchan siempre. Parece ser lo acostumbrado a diario...

De repente recuerda Heinz que tiene que informar de ello a Eva y que por fin puede darle noticias. Da la vuelta y no piensa ya más en ambos. Si verdaderamente necesita alguna vez a Eugen Bast puede siempre encontrarle allí, mendigando en la calle. Pero no le necesitará para nada...

Pues le puede decir a Eva que Eugen Bast no es ningún muerto fantasmal ante quien haya de echarse a temblar, sino un mendigo a quien ella ha vuelto ciego de un disparo. No le contará lo horrible de su aspecto, pero le hará comprender lo inútil que ha quedado con su ceguera y lo fácilmente que le puede eludir.

Le ayudará otra vez a cambiar de residencia con un poco más de precaución. Y así podrá ella vivir a salvo de sus amenazas; es ridículo dejarse explotar por un ciego. ¡Al diablo con lo del cenicero! ¡Incluso, aunque ella estuviera en la misma habitación con él, podría reírse de tal amenaza! No tendría más que ir a la puerta y salir, que el ciego no podría seguirla.

De pronto Heinz Hackendahl se siente muy seguro de su triunfo. ¡Su tarea parece resuelta! No se detiene a reflexionar lo prestamente que ha abandonado el rastro del ciego, después que durante semanas y semanas le ha estado pareciendo importantísimo averiguar dónde vivía. Ha salido de la atmósfera de aquel hombre... Hace un momento, cuando estaba junto a él, todo le parecía desesperantemente insoluble. Pero ahora, lejos de él, todo está en, el mejor de los órdenes, la tarea está solventada.

Vuelve a subir por la Friedrichstrasse, pero cuando se dispone a cruzar por die Linden se le ocurre que aquella es una mala hora para ir a casa de Eva. Es la hora en que se componen las demás chicas que se levantan muy tarde y que tienen la costumbre de ir a su cuarto a arreglarse. Mejor será que espere un poco y así podrá hablar con ella con tranquilidad...

Por lo tanto dobla una esquina de Die Linden, y pasando por debajo de la Puerta de Brandeburgo se va al Tiergarten. Es el mes de abril y por muy descuidado que el Tiergarten se ofrezca a sus ojos, hay allí un poco de verdor. No todo el césped se ha hundido en el barro; y a pesar de que los arriates están vacíos, en una esquina, medio

escondidas entre los setas, encuentra Heinz incluso una cuantas flores del croco. Se agacha junto a ellas y las contempla. Algunas son amarillas y otras de un blanco azulado. Tienen el mismo aspecto que las de antes de la guerra; por lo menos hay algo que sigue siendo igual que antes. ¡Aquellas flores de croco! Las personas han cambiado. No hay ya nadie que pueda ser igual a lo que era. Pero las flores permanecen igual. Hay algo de consolador en esta idea tan tonta. Es tonto y Heinz lo sabe bien, pero, sin embargo, resulta consolador. Es como si le prometieran a uno lo que ya no es posible, que incluso las personas pudieran volver a ser como antes...

Heinz, ante aquellas flores, piensa fugazmente en Eva y detenidamente en Irma...

Trata de recordar si Irma ha tenido nunca un traje amarillo o blanco azulado... Luego se confiesa a sí mismo que todo ello es una insensatez indigna de la menor reflexión, que solo le está haciendo perder tiempo y que lo que quisiera es aplazar la conversación con Eva...

Suspira y se levanta. A gusto hubiera cogido algunas de aquellas flores, pero no le parece apropiado, y no porque el parque, que es desde hace tiempo el lugar en que muchos se procuran más o menos abiertamente la leña, sino porque no quisiera ir a ver a Eva, precisamente ahora, con unas flores que le hacen pensar de un modo vago en Irma.

Así es que se va sin las flores.

Y ha tenido razón en hacerlo así, pues al entrar en el cuarto de su hermana se encuentra con que otro le ha precedido.

Eugen Bast está sentado en la *chaise longue* con la mano puesta en el antebrazo de su lazarillo cual si en cualquier momento estuviera dispuesto a partir. De todas formas no da en modo alguno la impresión de inutilidad que Heinz se había imaginado.

Eva levanta la vista del baúl en el que está empaquetando sus cosas, y mira fugazmente a su hermano, mostrando, un rostro muy pálido. Luego aprieta los labios y se dedica de nuevo a su labor.

El ciego ha vuelto la cabeza al oír el ruido de la puerta al abrirse y se queda a la escucha. De nuevo parece no entenderse con nadie y, sin embargo, dice:

—¡Zorra, tu hermano está ahí!

—¡Sí, Eugen! —dice Eva. Y por el tono de aquellas dos palabras adivina ya Heinz que ha perdido todo su poco de influencia acerca de la hermana.

—Zorra —repite Eugen, y Heinz oye con horror el susurro como animal de aquella voz falsa—. ¿No tienes nada que decirle a tu hermano?

En el rostro de Eva surge una expresión, de impotencia, y con desconcierto o temor mira a la cara de su dueño.

—Eva —dice Heinz acercándose a ella, y le vuelve la cara pálida y descompuesta, cogiéndola por la barbilla de modo que tiene que mirarle—. ¡Eva! ¡Vente conmigo! No hagas lo que él quiere. ¡No quiere más que infamias, es un malvado! Déjale. Puedes vivir donde quieras. Te prometo que hoy mismo, sea como

sea, te encuentro el dinero para el viaje a Leipzig o a Colonia. Para donde quieras. Reflexiona un momento. Es ciego. No puede seguirte. Siempre podrás eludirle...

Eva queda inmóvil ante él sin que se le trasluzca en lo más mínimo que sus palabras hagan en ella algún efecto.

El ciego, desde el sofá, asiente aprobativo:

—Es muy listo tu hermano —dice amigablemente—. ¡Qué cabeza tiene! No será de ti, zorra. Tiene razón; soy ciego. ¡Píratelas! —Y contrae su boca sin labios, en lo que parece ser su sonrisa. De repente grita airado—: ¡Píratelas! ¡Mema! ¡No puedo seguirte!

Eva esquivo la mano de su hermano.

—¡No debes insultar a Eugen, Heinz! —dice quedamente—. Yo me voy con él. Me quedo con él...

—¿Ah? ¿De modo que te quedas? —dice Eugen Bast sarcásticamente—. Da las gracias a tu hermano, Evita. Él es el que nos ha vuelto a unir. ¡Di gracias, zorra!

—Gracias, Heinz...

—No te quedes por ahí dando vueltas, zorra, acaba de empaquetar. Ya lo ves, cuñado, yo quería dejarla marchar. Tu hermana resulta demasiado estúpida. Y ahora que ha empezado con los disparos... La hubiera ordeñado un poco todos los meses y la hubiera acuciado para que no se durmiera en su actividad...

—¡Eva! —ruega Heinz—. Vente conmigo. Ven conmigo a la policía. No puede pasarte nada malo, Eva. Los jueces verán que no podías hacer otra cosa, que él te ha forzado. Uno o dos años de cárcel y nadie te atormentará hasta el extremo de él. Luego serás libre y podrás volver a comenzar desde el principio...

La hermana no le contesta y sigue empaquetando cual si no hubiera oído nada. En cambio, Eugen Bast continúa:

—Y cuando tú estabas al lado mío, cuñado, pisándome la aleta, pensé: estaría muy bien que tuvieras ahora una que cuidara de ti. Otros ciegos tienen un perro, y yo puedo tener precisamente a la hermana de este caballero que te está pisando la aleta. El señorito se alegrará de ver que su hermana sirve aún para algo.

—¡Malvado! —exclamó Heinz Hackendahl—. ¡Oye lo perverso que es! ¡Te atormentará hasta la muerte, Eva!

Ella le miró con una mirada rápida y clara, un rayo de luz a través de toda aquella niebla gris y horrorosa. ¿Sería esa su esperanza tal como le había dicho al principio: «o bien muere él a mis manos, o muero yo a las tuyas»?

—¡Vamos, joven, vamos! ¡No digas tonterías! —dijo Eugen Bast—. ¿Malvado yo? ¡Si soy el burro más pacífico del mundo! A ver si encuentra usted otro que se deje disparar de tal modo en la cara como yo y no haga más que desaparecer por un momento y volver sin una palabra, sin un reproche.

—Y pensativamente se pasaba la mano por el rostro, tanteando con los dedos los horribles bordes de su herida.

—Los demás me dicen que ya no soy ninguna belleza, y antaño era un hombre de

bastante buen parecer. Bueno, ya se ha encargado ella de que no pueda ver la pérdida de mi belleza, ¿no es así, Eva? Hiciste una buena broma, ¿eh?

Y se echó a reír.

Ella emitió un sonido quedo y atormentado. El ciego volvió hacia Eva la cabeza.

—Ven aquí —dijo.

Ella se acercó y se quedó, en pie, frente a él, mirándole el espantoso rostro.

—Dile a tu hermano ¿tú me encuentras guapo o me encuentras horrible?

—Guapo... —susurró ella.

—¿Te gusto aún? ¡Di que me quieres!

—¡Claro que sí!

—¡Se lo has de decir, zorra!

—¡Te quiero aún, Eugen!

—Demuéstraselo a tu hermano. ¡Bésame!

Ella se inclinó sobre el ciego y Heinz Hackendahl dejó de ver a ambos... Se veía a sí mismo ante Tinette. Aunque Tinette era bella, si, como decían los griegos, solamente puede ser bello lo que es también bueno, era tan odiosa como Eugen Bast. Veía su propia dependencia, su propio goce en el dolor; tuvo que sentir allí, renovado, su oprobio...

—¡Eva! —rogó quedamente.

Con sus labios sobre las cicatrices gris negruzcas, ella le miró. Fue una mirada corta, casi como una sonrisa. La mirada de un alma atormentada. «Todo pasa —parecía decir—. El dolor pasa, igual que el placer final, cuando todo ha acabado; resulta igual que se haya experimentado placer o dolor...».

«¡No! ¡No!» —gritó algo dentro de él—. «No quiero...».

Eugen Bast alejó de sí a Eva.

—¡Basta ya! —dijo—. ¡Acaba de empaquetar! Y usted, joven, puede irse directamente de aquí a la policía, con toda tranquilidad. Estaremos aquí un rato, y pueden venir a buscarnos perfectamente. Pero le aseguro una cosa, durante todo el tiempo que tenga que estar en chirona yo, estará también en la cárcel su hermana, ya me he cuidado de ello. Y se ha cuidado ella misma. Y cuando, luego, salga, digamos dentro de diez años, ya verá la vida que se lleva. Eso será un cielo comparado con ello. Se lo aseguro a usted, joven.

—¡Eva! —rogó Heinz de nuevo.

Pero Eva no hizo más que sacudir la cabeza sin dejar de empaquetar.

—¡Y ahora, lárguese usted, joven! —exclamó Eugen Bast, de repente, con la voz muy cambiada—. Aquí no se le necesita para nada. Por cada minuto que siga estando aquí, le pellizcaré a su hermana un poco más fuerte... Eva, alarga hacia aquí tu brazo... No; la carne gruesa del antebrazo... Así, joven; ¿notas algo, Eva...?

Heinz salió de estampía de la habitación. Fue corriendo cada vez más aprisa a través de las calles. Salió corriendo de la espeluznante casa de la Tieskstrasse, de la imagen que tenía en su interior, de la propia vergüenza, del propio oprobio.

Finalmente encontró un banco cualquiera, en el que se sentó largo rato, con el rostro entre las manos. Era aún pleno día. Dejó que las lágrimas se le fueran deslizando por entre los dedos, lágrimas de dolor y de compasión. Pero, sobre todo, lágrimas de ira contra su propia impotencia, su maldita debilidad...

«Tengo que fortalecerme —iba pensando—. Puede cambiar esto. Ha de cambiar. El limitarse a tener compasión es tan solo debilidad y cobardía. ¡Lo que hay que hacer es cambiar el mundo, y para esto hay que ser fuerte!».

Estas eran las ideas que febrilmente atravesaban su cabeza. Tenía visiones de un futuro en que sería fuerte y capaz de desarraigar a cualquier Eugen Bast. Le costó mucho tiempo calmarse. Cuando se irguió, se encontró con que un alma caritativa había dejado junto a él un *groschen*, sobre la madera del banco.

Durante un buen rato se quedó contemplándolo. Era singular: en el mismo día en que había visto mendigar a Eugen Bast, le habían también hecho a él una limosna.

Cogió la moneda y la echó lejos de sí, entre los setos. No; ya no más caridades. ¡Por la propia fuerza! ¡Tan solo por la propia tuerza!

En cambio, el Tratado de Paz se encabezaba con estas palabras: «Por la propia debilidad». «Menoscabada por sí misma».

La Asamblea Nacional había dicho siempre, tenazmente, «No» a una paz impuesta por la fuerza. Se habían celebrado miles de Juntas de protesta en el Reich. Los oradores habían exclamado «No», y a ellos se habían unido los participantes en la Junta.

Se nombra entonces una Delegación que tiene por misión recibir, en Versalles, las condiciones de paz del adversario. Pero no basta una simple Delegación, y los contrincantes exigen que vaya a recibirlas ministros y altos funcionarios del Estado; se les nombra y emprenden el viaje hacia Versalles.

El pueblo espera; tal vez no sea todo tan grave como se teme. Tal vez el enemigo se muestre clemente.

Compuesta de ochenta miembros y acompañada de quince representantes de la Prensa, arriba la Delegación alemana a Versalles. Se les trata casi como a prisioneros, nadie debe acercarse a ellos, así como tampoco a ellos se les permite ir a ningún sitio. Un hotel estrechamente vigilado es su feudo. Les hacen esperar durante ocho días, como el hombre adinerado hace esperar al humilde pedigüeño, hasta que, por fin, se tiene a bien entregarles las condiciones de paz por las que Alemania reconoce ser una especie de criminal culpable y mal aconsejada y promete convertirse para siempre en la esclava de los demás...

La Delegación parte con el acta del oprobio y la da a conocer. Los dirigentes prorrumpen en un «No» general, vuelven a organizar asambleas de protesta, cambian notas. «Que se seque la mano que vaya a poner su firma bajo este tratado». Acuden a Wilson, el Presidente de América; preguntan a los técnicos en la materia, ruegan, imploran, amenazan un poquitín. Declaran inaceptables las condiciones y redactan unas contraproposiciones. Por unanimidad se declara el Partido Socialdemócrata alemán en contra de esta paz coaccionada. Pero nada cambia. Las notas se han intercambiado en vano, las protestas expiran. El adversario exclama, impaciente: «¡No se aceptará ninguna clase de negociaciones!».

De repente, la Asamblea Nacional dice que sí. Los que hasta hace muy poco estuvieron exclamando «No», asienten a la sazón. Puesto que los demás no ceden, hay que acabar cediendo uno mismo. Puesto que los demás se empeñan en afirmar que Alemania es culpable, y cualquier contradicción no consigue nada, no hay más remedio que declararla culpable. Inquebrantable, vota el Partido Socialdemócrata por «Sí», e inquebrantable dice el Centro: «Aceptamos».

Hacen aún unas cuantas restricciones y unas cuantas exposiciones...

Pero: «No habrá ninguna clase de negociaciones»... vuelven a recibir como respuesta...

El 23 de junio de 1919, la Asamblea Nacional se declara conforme con la firma sin condiciones del Tratado de Paz. Sus componentes se reconocen solamente unos a otros que tanto el que votó en sentido afirmativo como negativo ha obrado solo por motivos patrióticos.

Unos soldados queman, ante el monumento de Federico el Grande, las banderas francesas ganadas en la guerra de 1870-71, que, según el Tratado, debían de ser entregadas...

Hindenburg se retira del Mando Supremo...

En la Galería de los Espejos, del Palacio de Versalles dos ministros alemanes firmaron el Tratado. Se les habían conducido como prisioneros, a través de hileras de alambradas; una multitud silenciosa les miraba sombríamente. A su regreso, se les llenó de imprecaciones, les arrojaron piedras, botellas vacías...

Ya verdaderamente se había declarado la paz.

A lo largo de la amplia Frankfurter Strasse va Heinz Hackendahl llevando dos maletas. Una de ellas es ligera y contiene todo cuanto Heinz posee en materia de trajes, ropa blanca y zapatos. La otra, algo más pesada, si bien tampoco se le puede llamar pesada, contiene libros y cuadernos, todo cuanto ha ido recolectando en sus tiempos de colegial como provisión espiritual. Es el primero de julio y un día muy caluroso. Hace dos días que se ha firmado el Tratado de Paz.

Heinz pasa por delante de la verja tras de la cual estuvo en otro tiempo la cochera de su padre. Cuando llega a la puerta, se detiene, deja en el suelo las maletas y mira con curiosidad al interior. El patio parece haber cambiado de nuevo de propietario. En la amplia cuadra que solía albergar a los caballos, se han abierto ahora puertas y más puertas, que sirven de entrada a la nave convertida en garaje. En el patio se ven unos taxis parados y un chófer limpiando con una manguera, su polvoriento vehículo.

Heinz hace un signo de asentimiento. No se ve nada turbado por aquellas transformaciones, a pesar de que hablen de lo pasado que un día poseyó el padre. Heinz sabe que para que surja una nueva vida ha de dispersarse la anterior, y no es cosa de entristecerse por ello. Por el contrario, hay en este pesar un gran consuelo; así pasa también el oprobio. Puede uno levantarse del fango en que ha caído.

Un auto que quiere entrar en el garaje toca con airada insistencia la bocina. Heinz recoge sus maletas y continúa su camino. Dobla una bocacalle, luego otra, atraviesa unos patios y sube cinco tramos de escalera.

La placa «Gertrud Hackendahl, modista» sigue aún en la puerta. Durante un momento titubea. Apenas hace unos meses que estuvo allí por última vez, pero le parece un tiempo interminable cuando piensa en todo lo que ha vivido desde aquella tarde: Erich y la revolución, Tinette e Irma, el bachillerato y Eva...

Durante un momento titubea, y luego oprime con decisión el timbre.

Gertrud Hackendahl le sale a abrir.

—¿Tú, Bubi?

—Si; yo, Tutti. Pero antes de entrar con las maletas quisiera preguntarte si me quieres tener. Compréndeme: quisiera vivir contigo. Tengo una pequeña colocación en un Banco: tal vez pudiera ayudarte un poco a sacar a los chicos adelante... —ha dicho lo que tenía proyectado decir, pero le parece ahora muy débil y muy falso, y por ello añade—: y tal vez puedas tú también ayudarme un poco a mi, Tutti. Ya ves cómo ha venido la paz y cómo tuviste tú razón entonces... Tal vez puedas ayudarme, pues creo que eres la única fuerte en nuestra familia...

Ella le contempla. Luego exclama, sin pretender ocultar su alegría:

—Entra, Bubi. Claro que puedes ayudarme... a sacar adelante a los chicos.

Y Heinz entra en el piso.

CAPÍTULO VI

VÉRTIGO DE LA POBREZA

1

Gustavo Hackendahl, el viejo, el padre —pues existía también un Gustavo Hackendahl joven, hijo del mayor de los hijos, del caído Otto, y a quien el viejo no había visto jamás—. Gustavo Hackendahl, el viejo, fue encontrando cada vez más dificultades en poder alimentar, valiéndose de un solo caballo, a dos personas, o sea a sí mismo y a su mujer.

En otro tiempo, antes de la guerra, esforzándose un poco, podía uno, con un solo simón, llegar hasta a educar esmeradamente a sus hijos, y no tenía más que buscar el sitio adecuado para esperarse, llevando ante el coche un caballo que despertara la confianza de la gente.

Pero a aquellas alturas, ¿quién seguía tomando un simón? Los enamorados, en verano, y los embriagados, en todas las estaciones. Luego había, también, una cierta demanda de simones en tiempos de elecciones, para llevar hasta la urna a la gente vieja y enferma, que tenía marcada inclinación en contra de los coches.

Mas estos casos de excepción no bastaban, y el negocio iba mal. En aquellos tiempos, un caballo no llegaba ni a pagar su propia manutención, y mucho menos la de dos viejos. Gustavo Hackendahl se había acostumbrado a recoger el pienso diario de su caballo en la tienda de granos de Niemeyer, cuando regresaba al hogar, después de sus carreras por la Kaiserallee. El caballo era antes que nada. Cuando por primera vez tuvo que pagar a seiscientos marcos el quintal de avena que antes de la guerra costaba seis marcos, quedó convencido, a pesar de su firmeza, de que aquello era el fin del mundo. Ahora hacia ya tiempo que lo pagaba a seis mil marcos, y el mundo seguía marchando según el proverbio: «cuanto más vieja, más descosido».

Con la diferencia de que Hackendahl no compraba ya la avena por quintales, «Por mucho postín que se den en casa de Niemeyer, madre, cada día voy yo a buscar mis doce libras de avena. Diez se las doy al caballo, y separo dos cada día, para el domingo. Me he vuelto previsor».

Pero toda su previsión no le sirvió de nada. A menudo tuvo Hackendahl que pasar ante la granería de Niemeyer con la cabeza baja y sin un céntimo, porque durante todo el día no había: subido en el simón ni una sola persona. Y hete aquí al férreo Gustavo en lo que en otro tiempo fuera taller de carpintero, junto a su caballo, para quien ha preparado un pienso compuesto de un poco de heno y otro poco de paja, pensando en los antiguos tiempos en que cada día se iba a recoger la avena por quintales al desván, la avena propia, guardada en el propio desván, y en cómo el viejo Rabause (¿qué habría sido de él?) corría por la cuadra con la criba llena.

«Aquellos eran buenos tiempos, Moro; tiempos de vacas gordas. Hoy en día nos damos cuenta de lo buenos que eran. También tú, hijo mío. Pero ya no me queda nada. Ya puedes empujarme con el morro, que no te caerá nada».

Pues sí. El férreo Gustavo tuvo que acostumbrarse, en sus vejezes, a adaptarse a todas las situaciones. Igual que tuvo que acostumbrarse todo el pueblo alemán. Mas no resultaba nada satisfactorio. A pesar de todos los esfuerzos, no había manera de avanzar en nada, antes al contrario, era todo un perpetuo retroceso. ¿Qué conseguía haciendo un par de viajes para Niemeyer acarreándole avena, heno y paja? ¡Nada! Madre no dejaba de tener las manos vacías.

Causaba risa —puesto que no se quería llorar— el ver que a la sazón abundaban el pan y la mantequilla, pero que un pan de cuatro libras costaba doscientos mil marcos, y que para llevarse una libra de mantequilla había que dejar sobre el mostrador ciento cincuenta mil marcos. Tales eran los sujetos que tenían en el Gobierno: mucho tiempo sin nada que comer, y en cuanto lo hubo no había ganancia que permitiera comprar nada. ¡Tal calaña de personas eran! Hicieran lo que hicieran, tenía que ser malo.

Cuando Gustavo Hackendahl iba al establo a ver un rato al caballo, dedicábase a reflexionar en cómo podría arreglarse para ganar un poco más de dinero, mientras iba pasando la fría colilla de un lado a otro de la boca. Era una verdadera pena el aspecto que madre tenía. Los vestidos le quedaban colgando como a una escoba convertida en espantapájaros. Era necesario lograr que madre volviera a tener un poco de grasa sobre las costillas, ¡qué asco de hambre! Hasta cierto punto, durante la guerra había existido un cierto orden dentro del hambre, y todos la habían sufrido, o al menos así lo parecía. Se había pasado hambre legalmente, ordenada por cartillas. Hasta cierto punto, llegaba uno a acomodarse a su ayuno.

Pero a la sazón aquello era un puerto de Arrebatacapas. En las tiendas había suficiente mercancía para quien podía comprarla, pero el pueblo pasaba ante las repletas tiendas sin mirar hacia el interior o bien, si se le ocurría mirar por pura curiosidad se preguntaba qué excesos de glotonería habría cometido para tener que ayunar de aquella manera. De seguro que no tenía más culpa sobre la conciencia que los que comían bien.

Mas todas las ponderaciones del viejo no le ayudaban en nada, así como de nada le servían. Tenía que valerse de una conductora prestada para trasladar muebles de gente modesta, en casos de mudanza, y esforzarse durante medio día para que, al tener que pagar, le dijeran: «Hoy no nos viene muy bien. El viernes cuando venga Max con su salario...».

¡Era un asco! Si, en realidad, al llegar el viernes le pagaban, no alcanzaba el dinero más que para unos cuantos puñados de sopa o un panecillo. Madre insistía:

—Ve adonde los chicos, Gustavo. Seguro que Sofía y Erich tienen sus buenos dineros. ¡No dejarán que sus padres se mueran de hambre!

No; en esto Gustavo era férreo, y antes prefería tener que ir al asilo que acudir a

sus hijos. Estaba en un extremo en que podía reírse de sí mismo, de sus hijos y del mundo entero. Él, el antiguo primer sargento de coraceros de Passewalk, había educado perfectamente a cinco hijos, sin dejar jamás que pasaran hambre, y, en cambio, aquellos hijos, todos los cuales habían recibido más instrucción que el padre, no eran capaces de cuidar de que sus progenitores no pasaran hambre. El pensarlo le hacía reír despectivamente.

—Así son las vueltas que da el mundo, madre —decía—. Y por esto no quiero cambiar nada de cuanto pasa. Muy a menudo veo pasar a Erich por el Zoo, con su auto. Solo que él no me ve. Y hace bien, ¡qué efecto haría! Yo no tengo más que un capote de cochero comido por la polilla, y él lleva un abrigo forrado de piel de anguila de mar o como se llame... No son cosas que vivamos en paz. Todavía no hemos llegado a morir de hambre, y así seguirá siendo. Y tenemos a Heinz que continúa viniendo...

Sí; Heinz continuaba yendo. Iba regularmente una vez por semana a cenar, porque era la hora en que el padre estaba en casa y podía comentar con su padre mil cosas, generalmente de otros tiempos. Y como solía hacerse por aquel entonces cuando se salía de casa, llevaba a la cena su participación. Participación que estaba calculada de tal modo, que, al día siguiente, la madre podía organizar, con lo que le quedaba, la comida del mediodía, cosa que era tanto más de tenerle en cuenta cuanto no nadaba, ni con mucho, en la abundancia. Madre veía con preocupación que Heinz seguía llevando el mismo abrigo con el que saliera de su casa hacía ya cuatro años.

Pero cuando le preguntaba si le iba mal, él se limitaba a reír, diciendo:

—Voy pasando, madre, no tengas cuidado. Nosotros, los viejos, resistimos bien. Lo principal es que logremos educar a los jóvenes.

—¡Mira que seguir ocupándote de los críos de la Gudde, Heinz!

Para madre, la mujer de Otto siguió siendo la Gudde, a pesar de que en cierto modo la había perdonado enviándole como regalo, unos cubiertos...

—Son unos chiquillos estupendos, madre. Sin ellos la vida no tendría aliciente. Así sabe uno, al menos, por qué se trabaja...

—¡Psst! ¡Tu padre! —advertía madre.

Pero el padre no era ya tan intolerante. Incluso podía soportar que se dijera algo de los chiquillos, de sus nietos. Y hasta incluso se permitía decir algo acerca de ellos, si bien no se mostraba muy amable.

—¿De verdad, Heinz, que ninguno de ellos tiene joroba? ¡Mientes!; apuesto a que mientes. Y, en todo caso, aunque por fuera no se vea, la joroba la deben tener por dentro, ¡apostararía lo que fuera!

—Pues lo perderías, padre —decía Heinz, riendo; y seguía contando cosas de ellos, a pesar de que madre no cesaba de hacer indicaciones con los ojos para que callara.

Por otra parte, el joven Heinz Hackendahl se había vuelto muy tranquilo y difícil de dominar por el temor. Tenía veintidós años, pero era reflexivo y ponderado como

un viejo.

—Sí; en cuanto a lo que pasa con el dinero, padre, no te lo puedo decir. No soy más que uno de tantos empleados en el escritorio de un Banco, aunque, gracias a Dios, haya ya pasado mi tiempo de aprendizaje. El marco seguirá bajando y el dólar subiendo, especialmente ahora que los franceses quieren ocupar el Ruhr...

Los viejos guardaban silencio, atónitos. Finalmente preguntó el viejo Hackendahl.

—¿Y con qué alimentaré yo a mi Moro?

Heinz Hackendahl estuvo reflexionando un momento. Comprendía perfectamente que el viejo había mencionado al caballo para no mencionarse a sí mismo y a madre. Luego dijo:

—La próxima vez te informaré, padre. Tal vez me entere de algo.

Pero la vez siguiente no encontró a su padre en casa y no lo sintió, pues a pesar de todas sus molestias no se había enterado de nada. Por el contrario, el padre se había enterado de algo por sí mismo. Madre estaba muy preocupada e inquieta:

—Ya verás, cómo todo acabará en que padre volverá a darse a la bebida, como sucedió cuando cayó Otto.

Pero Heinz seguía confiando:

—Padre tiene mucha razón en hacer lo que dices que hace. Tú verás, madre como así gana dinero; y estoy seguro de que servirá para hacerlo. En cuanto a lo de la bebida, no tengas miedo. Padre es demasiado orgulloso para convertirse en un borracho.

2

En un buen día de entre aquellos aciagos había encontrado el padre Hackendahl como cliente, en la estación del Zoo, a un individuo de piernas muy largas y dientes de caballo, y aquel hombre, que colocaba inmediatamente los pies en el asiento delantero del coche en tanto se arrebujaba en el posterior, había pedido al férreo Gustavo que le llevara a pasear por la ciudad:

—¿Qué dice usted?

—Tener dos horas, y a las doce querer estar de vuelta en la estación de Silesia.

Fue una carrera de ensueño, un cargamento de suerte.

Una verdadera bendición de la inflación: un inglés, o, por mejor decir, y como luego se demostró, un americano que deseaba ver Berlín en una pausa del viaje. Y, efectivamente, bajo la dirección de Hackendahl visitó Berlín a fondo, lo que equivale a decir que cató el aguardiente, el vino y la cerveza berlinesa bien a fondo. Y si bien al principio decía con americano laconismo mientras entraba en el establecimiento dando tumbos: «Just a moment please», cuanto más fueron acercándose al centro y más fueron adentrándose en el Este, tanto más se fue apoderando de él el instinto de sociabilidad, y el viejo Hackendahl tuvo que acompañarle en cada una de sus expediciones, tanto si iba a la «Traube» como a un tabernucho.

Era un tipo de rostro muy blanco, al que no había alcohol que llegara a colorear, rematado por un mechón de pelo color de fuego.

Allí en su seca patria había adquirido un predilección por las botellas, que rayaba en lo maniático, y no consentía en verse privado de ellas ni durante los cortos trayectos que el coche efectuaba de un local a otro. Las metía en los bolsillos de su abrigo; las amontonaba en el asiento delantero, y observándolas con mirada embriagada y sonriente las agitaba tiernamente, prorrumpiendo en risotadas al oírlas tintinear.

Si bien fue una carrera dichosa, no fue fácil. Por suerte, que a lo menos al caballo no le gustaba el alcohol. Trataron de hacerle beber coñac, pero rehusó a toda tentativa.

No se sabe por qué milagro logró Hackendahl llegar efectivamente al tren de las doce, que partía de la estación de Silesia. Llegados a ella, el americano se empeñó en que «my friend Gustav» le acompañara al andén, y así fue como tras de subir por las escaleras de la estación, cada uno de ellos apoyado en dos maleteros, fueron sembrando el regocijo general en el andén al verles la gente tan optimistas.

Frente al tren les llegó el momento doloroso de la despedida, y se echaron uno en brazos del otro, teniendo un maletero que sacar de debajo de las ruedas de uno de los vagones el sombrero de copa de Hackendahl, que allí fue a parar. El segundo maletero de los que les acompañaron sostenía el látigo, y los dos restantes aguantaban a ambos amigos en su despedida. La representación de América invitó a Gustavo

Hackendahl a que le acompañara durante un trocito del trayecto y se apeara en Varsovia, y de no haber sido por los maleteros, que de continuo le hacían recordar al caballo que afuera abandonara, tal vez lo hubiera hecho. Como regalo de despedida recibió una botella de angostura que el americano extrajo de uno de los bolsillos del abrigo, y los maleteros recibieron otra botella cada uno de ellos, que luego tuvieron que devolver, porque el departamento, sin aquel ornato, tenía un aspecto triste y desabrido.

En compensación repartió el americano todos los billetes alemanes que le quedaban, tocándole, además, a Gustavo en el reparto, un legítimo billete de diez dólares.

El jefe de la estación, después de armar un escándalo por el barullo armado, acabó participando en el regocijo, hasta el punto que dio la señal de partida dos minutos más tarde, y al partir el tren quedaron asomados a una ventanilla de primera clase dos zapatos de ancha punta que doblaron la curva de la vía y desaparecieron... Hacia la frontera, hacia Varsovia, hacia Moscú; en cualquier caso hacia incontables vasos de aguardiente.

Los maleteros llevaron al desconsolado Gustavo, el férreo, hasta su simón, lo sentaron en una de las esquinas, le cubrieron con una manta, colgaron ante el caballo el saco del pienso y estuvieron vigilando toda la tarde el carruaje, pues por aquel entonces la estación de Silesia era un verdadero campo de acción de los pájaros de cuenta al acecho de su presa, en especial cuando esta llevaba en el bolsillo un legítimo billete de diez dólares.

Y así fue como, después de un sueño tranquilo, **despertó** Gustavo Hackendahl con la cabeza descansada, aunque un poco espesa.

«Ha sido una verdadera carrera de tiempos de inflación» —pensaba luego, camino de su casa—, «una carrera como solo les cae a estos malditos autos». Pero no era más que un caso de excepción, y como tal había de quedar; siendo tres a comer, diez dólares no duran una eternidad. No; por ello soto no había motivo de sentirse con el ánimo tan regocijado. Haciendo pasar el cigarro —americano legítimo— de una de las comisuras de la boca a la otra, meditó y reflexionó en el porqué de sentirse tan complacido.

Recordaba que había tenido una idea, y con frecuencia le parecía atisbar un asomo de ella sin que llegara a alcanzarla. En uno de aquellos asomos cayó en la cuenta de que estaba relacionada en algo con su personalidad de Gustavo el férreo, pero en rigor ello no bastaba, pues todo estaba relacionado con su personalidad, sin la cual cesaría la existencia. Por lo menos, por lo que él podía comprender. «Cuando yo muera, todo habrá muerto», pensaba una y otra vez, y la idea le deparaba una sensación agradable.

El caballo trotaba con desgana hacia la Alexanderplatz por la Langestrasse y el puente de Varsovia, y luego por la Konigstrasse hacia el palacio. Propiamente el férreo Gustavo hubiera querido regresar a su casa por Die Linden, atravesando el

Tiergarten, pero finalmente torció a la izquierda y fue hacia la parte baja. Conducía haciendo zig-zag, doblando ora una esquina, ora otra y cuantas más esquinas doblaba, tanto más iba apuntando la claridad en su cabeza. Cuando se detuvo ante la taberna de la Mittelstrasse, supo de nuevo cuál era la idea luminosa que había tenido durante toda la embriaguez, y dirigió a la insignia del establecimiento un signo de simpatía y de complicidad.

Leíase en aquella insignia: «Al grosero Gustavo», y tales eran las características del local al que bajó Hackendahl. Es sabido que el berlinés es una criatura sensible y extremadamente susceptible. Este mismo berlinés, en cierto estado de regocijo, acoge especialmente bien las groserías. Consiente y se deleita viendo su susceptibilidad pisoteada.

No solo los entes modestos, tales como empleados o artesanos, sino las grandes figuras del mundo intelectual y comercial habían ya, antes que Gustavo Hackendahl, descendido por la oscura y estrecha escalera que llevaba a la cava con el solo objetivo de dejarse insultar. Y así sucedía que algún legítimo consejero privado de la Cámara de Finanzas, lanzaba un suspiro de satisfacción cuando Gustavo el grosero, ataviado con su chaleco rojo, salía al encuentro con estas palabras de saludo:

—¡Ahí va, viejo carcamal! Otra vez te has vuelto a equivocar y has metido la cara en los pantalones y el trasero te hace de cara, ¿eh?

Era algo imposible de describir.

Aparte de la grosería más subida de tono había en aquel local unas mesas de madera. Todo el mundo se tuteaba. Al lavabo de los hombres le llamaban «el Burgo de los Caballeros», y al de las señoras, «la gruta de las estalactitas», cosa que acuciaba la fantasía de los señores y hacía que las damas no pudieran cesar en su risa contenida. Cada media hora se organizaba una expedición a la cámara de los horrores en donde podía admirarse la jeringuilla con la que Conrado el Estreñido había dispersado a sus enemigos en la batalla de Popocatepetl, un rizo de la barba de Carlos el Calvo —crines de caballo—, la lamparita de las siete vírgenes necias —lámpara de cocina— para adaptarse al espíritu del Tiempo, que gustaba de reírse de las propias calamidades, la mano masculina gordezuela y blanca que no quería secarse... Mejor es pasar por alto las bromas eróticas que daban ocasión a los caballeros para hacer las observaciones más audaces, ya que de vez en cuando resultaba agradable dejar caer la máscara en las conversaciones y hablar a la mujer ajena como si fuera la propia...

Este era, pues, la clase de local a que en aquella tarde afortunada vino a parar el férreo Gustavo. Y de nuevo la suerte le sonrió, deparándole el encuentro con el patrón y huésped, Gustavo el grosero, a pesar de que como lugar idóneo para la gente embriagada, era el establecimiento un local propiamente nocturno.

Ambos Gustavos, el grosero y el férreo, se sentaron juntos a una misma mesa. El férreo contó lo ocurrido con su americano, mientras iba agitando con parsimonia su billete de diez dólares. El grosero era presa de la desazón diurna de los patronos de local nocturno; del mal humor de las horas en que aun hay luz, y empezó a

lamentarse de la desleal concurrencia que tenía que soportar en su grosería. Con igual facilidad con que una gallina pone sus huevos, iba poniendo la inflación por todo el casco de la ciudad, locales en los que se cultivaba la grosería, y cualquier burdo de poco más o menos se creía con aptitudes de poder espetarles insultos a sus clientes.

Era como llevar agua al molino de Hackendahl. De cochero vulgar pasó a ser el férreo Gustavo —de quien ya el grosero había oído hablar—, y al cabo de poco rato se estrecharon los dos Gustavos la mano por encima de la mesa, sellando con un apretón un convenio rico en perspectivas.

Se acordó entre ambos que el férreo Gustavo iría a primeras horas de la noche a sentarse en la gran mesa redonda que había cerca de la entrada. Frente a un bock de cerveza y un vaso de licor, con su tabardo, su sombrero de copa y su látigo, como convenía a un auténtico cochero. Su papel consistiría en representar al cochero amargado por pasado de moda; tenía que insolentarse con los clientes recién llegados por haber venido en auto, hacerles beber y entretenerlos. En una palabra, tenía que estimular con despliegues de legítimo humor berlinés las disposiciones a la diversión algo adormecidas de los clientes...

En compensación, Gustavo Hackendahl recibiría gratis su bebida —pero con moderación— y dos substanciosas comidas, una a su llegada y una antes de partir. De todo cuanto consumieran los clientes en su gran mesa redonda, recibiría una comisión del diez por ciento. Esto es cuanto convinieron los dos Gustavos, el grosero y el férreo, sellándolo con un apretón de manos.

Diez, y aún cinco años atrás, Gustavo el férreo hubiera reído despectivamente de haberle alguien ofrecido servir de bufón a unos cuantos embriagados. A la sazón, él mismo fue el que se ofreció. Hackendahl había sufrido las consecuencias de la guerra; del militarismo, que había sido su orgullo, no quedaba ya nada; el imperio que le servía de punto de apoyo habíase desmoronado lastimosamente; la actuación de sus cinco hijos no era para dejarle particularmente orgulloso.

El férreo Gustavo, pudo desmoralizarse o bien volverse aún más duro y había decidido hacer otra cosa: empezar a reír. Era una enfermedad del tiempo. Antes de la guerra se les predicaba a las gentes —y lo habían creído— que el hombre era bueno, dispuesto a ayudar a sus semejantes, noble, lleno de fe, trabajador, fiel a sus deberes, que no podía menos de ser así. A la sazón se les decía: el hombre es malo, mentiroso, bajo, rastroso y lo crían a su vez. Incluso se enorgullecían de ello: y les divertía. Claro que era una diversión forzada, una mueca, como si hubieran bebido vinagre, un humor de derrumbamiento del mundo, y efectivamente, para la vieja generación, el mundo se había derrumbado.

Y así fue como Gustavo Hackendahl, en vez de considerarse como el bufón de los demás, quiso extraer de los clientes su propia diversión. Era su idea provocarles en su embriaguez, para una vez puesta de manifiesto su ruindad, aprovecharla para pensar: «No me ha sucedido nada de particular. Todos son como mis hijos han sido. Todos cortados por el mismo patrón. Cocidos en un mismo horno: crudos por un lado y

quemados por el otro y con las mismas estrías en su conformación».

Así es como se había representado la situación cuando tenía la fantasía inflamada por el alcohol del americano irlandés. Y si bien más tarde olvidó una buena parte de sus ideas, seguía el férreo Gustavo sin considerarse un bufón pagado. Sonreía forzosamente por la diversión que los demás le proporcionaban, y no faltaban motivos a su sonrisa, pues el negocio iba mejor de cuanto habían esperado. En muy contadas ocasiones veíase vacía la mesa del original cochero de punto berlinés. El férreo Gustavo se convirtió en una especie de celebridad de la vida nocturna berlinesa en cuanto hubo amaestrado a su caballo...

Y es que evidenció se que sus contertulios embriagados se empeñaban al cabo de un rato en que él les llevara al local más próximo —el local de Gustavo el grosero era un sitio de paso, en el que no se quedaba nadie mucho tiempo—. Si es que quería seguir desempeñando el papel de cochero de punto, no tenía más remedio que conducir a sus nuevos amigos. Mas el patrón no estaba conforme en ello, pues la gran mesa redonda se quedaba por espacio de media o una hora desprovista de su principal atracción, y en un local en que propiamente tiene tan solo seis horas de frecuentación, el espacio de una hora contaba por mucho...

De nuevo tuvo el férreo Gustavo tuvo idea luminosa. Adiestró a su caballo de modo que desde el momento en que este oía el grito de «¡Arre!» de su dueño, no avanzaba ni un solo paso; antes al contrario, empezaba a retroceder como atemorizado entre la horquilla del carruaje y a empujar al mismo contra el bordillo y los, faroles de la acera. Cuanto más recios «¡Arre!» emitía el cochero y cuanto más hacía chasquear el látigo, tanto más indómito se mostraba el caballo, acabando por tenderse en el asfalto.

Al ver los parroquianos la inutilidad de su espera, tenían que descender del coche buscando cualquier otro medio de encaminarse hasta el local más próximo, cosa que hacían entre el más jovial regocijo, e incluso la mayor parte de las veces indemnizaban espléndidamente al férreo Gustavo. De tal modo quedaban todos contentos: el patrono, los parroquianos y el cochero. Y es de presumir que incluso el caballo —al que desde entonces no llamaban de otra forma que «Blücher»— encontraba la cosa divertida.

Heinz tenía mucha razón al tranquilizar a su madre: a pesar de su larga permanecía en el local nocturno, no había cuidado de que el férreo Gustavo adquiriera el vicio de la bebida; y, por lo menos, el negocio daba dinero que llevar a casa. Al poco tiempo los vestidos de madre no le colgaban tan desmayadamente.

Y, sin embargo, Heinz estaba equivocado: pues la nueva ocupación representaba un peligro para el férreo Gustavo. En otro tiempo este había sido un hombre en toda la acepción de la palabra, y a pesar de lo limitado de miras, no por ello dejaba de tener un ideal mejor el que vivir; ideal que tal vez fuera falso, pero animado por los conceptos trabajo, honradez y deber.

A la sazón iba convirtiéndose cada día más y mas en un burlón en un ente cuya

única misión era la de escarnecerlo todo. Verdad es que no estaba aún tan dejado de la mano de Dios que descuidara del todo sus deberes, y que seguía preocupándose por la anciana madre que quedaba en casa. Por muy soliviantados que estuvieran los ánimos cada medía hora se levantaba e iba a ver si el caballo seguía teniendo la manta sobre los riñones, alimentándole y abrevándole como es debido...

Pero todo esto lo hacía más por costumbre que por sentido del deber. No le quedaba tarea alguna que cumplir en esta vida. Su mundo habíase derrumbado pieza por pieza y nada quedó incólume. Diez años atrás se hubiera horrorizado ante una vida tan vacía a base de burlas y muecas, y no hubiera podido seguir con ella; hubiera sido incapaz de entretener a sus parroquianos. A la sazón no hacía otra cosa.

Esto era precisamente lo que él y los demás llamaban su férrea condición. Su tesón, por ejemplo, en conducir un simón cuando todo el mundo podía ver que la era de los coches de caballos había pasado para siempre. Mas no era ello indicio de inflexibilidad, sino de vejez; de haber sido más joven haría ya tiempo que iría al volante de un taxi. Férreo parecía también ser en el no querer correr tras de sus hijos o en no querer ni ver a sus nietos...

Mas tampoco en ello tenía nada de inflexible, y ello era también efecto de la edad. La gente joven se levanta tras de las caídas y reemprende la marcha en cambio, Gustavo Hackendahl se empeñaba en no amar ya más a ser alguno. Partida Eva, partido Erich... ¡Jamás!

No, por todo eso no se le podía calificar de férreo. Con todo había algo en él que no se doblegaba: una especie de fuerza vital. Jamás inclinaba la cerviz, jamás se lamentaba, tomaba su sopa tal como se la había preparado, mas también como los demás la habían preparado para él. Como dándolo por descontado. Sin pararse a reflexionar sobre ello...

Una gran resistencia al sufrimiento. Resistencia de por sí; sin sentir por otra parte claramente que sufría.

Ni se daba cuenta. Naturalmente nadie se paraba en reflexionar lo que le pasaba, y hasta él mismo hubiera palidecido de ira y puesto el grito en el cielo, de haberle declarado alguien que en lo único que era férreo era en la paciencia...

Pero no tardó en llegar el día en que incluso esta última facultad pareció abandonarle, en el que también la paciencia pareció imposible, y en el que estuvo a punto de abrirse un vacío en su interior...

También para el pueblo alemán aquel fue un día distinto de los demás. También para el pueblo alemán fue un día especialmente malo, a pesar de los muchos aciagos que con sus noches habían transcurrido en los últimos años. Tal fue la tarde y la noche del día en que se decidió la resistencia pasiva del Ruhr.

Los franceses, a pesar de la oposición de sus aliados los ingleses y de los protocolos de los juristas, habían avanzado por la región del Ruhr. Sostenían que al haberse Alemania retrasado en sus libramientos había violado el tratado de Versalles, y como castigo a esta vulneración del tratado, lo violaron ellos por su parte y ocuparon el Ruhr, exigiendo la cesión de las minas de carbón y hierro...

Y el impotente Gobierno alemán decidió resistirse. Ordenó que todos los habitantes de aquella región cesaran en su trabajo; parados quedaron los ferrocarriles y el trabajo en las minas, apagados los altos hornos; parado quedó el férreo corazón de Alemania.

El día en que el Gobierno Cuno dio esta orden, fue decretado el duelo nacional. Se exhortó al pueblo al sacrificio y se le invitó a renunciar a la disipación y a los goces materiales. Como se desconfiaba del efecto de la advertencia, se ordenó que todos los locales debían cerrar a las diez de la noche.

Tiempo hacía que el centro de Berlín no había conocido tal afluencia como en aquella noche. Era como si las gentes estuvieran poseídas por el demonio de la contradicción y, precisamente porque se les había ordenado que a las diez estuvieran en sus casas, se hubieran dispuesto a las diez a salir de ellas. Era esta una consecuencia de los malos tiempos transcurridos: desconfiaban de todo Gobierno, de toda orden; habían perdido por completo la confianza.

Sobre la policía recayó el peso de aquella terrible noche. Echaba a la gente de un local y al poco rato les encontraba en el más próximo. Desalojaba a este último y en el ínterin se había vuelto a llenar el primero; tras de cortinas de hierro bajadas y tras de cerradas puertas los parroquianos del establecimiento se divertían, por haber jugado una treta al Gobierno y a la policía.

A todo esto, los batallones franceses y belgas iban penetrando en el Ruhr. Ocupaban la tierra, los pozos y las fábricas; ocupaban también los Bancos, cuyo oro confiscaban. Confiscaron también —en lo más crudo del invierno— las entregas de carbón a una Alemania aterida, y todos aquellos que no obedecían a sus mandatos eran aprisionados. La más extrema de las necesidades y la peor de las muertes fue ocasionada por ellos a una región superpoblada. Cuando cesó la lucha por el Ruhr, resultó haber costado la vida a 132 seres y la libertad a un número incontable; 150 000 individuos fueron expulsados de su país, y se apreció en cuatro millones de marcos oro los perjuicios ocasionados a la economía alemana.

Y a pesar de ello Berlín se divertía: «Guardamos luto cuando nos da la gana y no

cuando nos lo ordenan. Cuanto peor nos vaya tanto más pensamos divertirnos, ya que cuando nos vaya del todo mal no vamos a poder gozar, pues estaremos muertos».

En casa de Gustavo el grosero no habían, de momento, sabido qué partido tomar y si es que sería mejor cerrar el establecimiento, pero al ver que a las diez estaba ya el local medio lleno, decidieron dejarlo abierto. En aquellos días de depreciación de la moneda no había patrón dispuesto a echar a la calle a sus parroquianos empeñados en seguir bebiendo, por muchas amenazas que sobre ellos pesaran.

Por lo tanto, se tapó la luz que por las rendijas asomaba y se destacó a unos cuantos chiquillos a la calle a ver si lograban llenar aún más el local, acompañando a los clientes por el camino de la parte posterior a través del patio y la cava.

Siendo aún demasiado temprano para su cometido, Gustavo Hackendahl se encontraba solo en su mesa redonda. Era aquella la hora de las parejas, y cuando paseaba la vista por el local las veía esparcidas aquí y allá, de ser posible en los rincones más oscuros, y de ser también posible separadas de la pareja vecina, a una mesa de distancia por lo menos.

Con el cigarro apagado en una de las comisuras de la boca, sostenía soñolientamente una conversación con el patrón acerca de las posibilidades de la noche y acerca de lo que puede sucederles a un patrón y a un cochero de punto en caso de que la policía invada el local, y en torno a la cuestión de si la presencia en la calle del mariscal Retroceso, el caballo «Blücher», no resultaría delatora.

Pero paulatinamente, conforme iba adelantando el reloj, se iba llenando el local. De continuo se estaba abriendo la puerta posterior que daba a la carbonera. Los parroquianos, desconcertados por la oscuridad del camino, miraban asombrados hacia el local al que finalmente habían llegado. Sentían entonces que les tocaban el hombro:

—Hola, Gordito: ¿ya has llegado? Tu amiga Olga te está esperando detrás de aquella columna. ¿Cómo? ¿Que no hubiera debido decirlo, porque vas con tu mujer? ¡Vaya, hombre! ¿No podías haberme guiñado un ojo para que me diera cuenta de que había que tener cuidado? Bueno, ahora ya no hay nada que hacer. ¡Es bonito ver un pillo como este gordito nuestro! ¿Qué crees tú, señora, que viene a hacer aquí cuando te dice que tiene una importante reunión de negocios? ¡Pero también a ti te hemos visto algunas veces! ¿No estuviste sentada con el calvo, ese gordo, besándole continuamente la bola de billar? ¡Ah, qué bello es el amor!

Eran las bromas acostumbradas, sancionadas con las risas aprobatorias de los parroquianos, cuyo amor marital, casi desvanecido, se sentía aguijoneado. Luego sucedía a esto el silencio claramente perceptible al serles presentada la carta de los vinos...

—¿Un vinillo del Rhin? ¡Qué va! ¡No lo imagines ni por un momento! Hoy no se sirve más que champaña. ¿Pues qué te crees? ¿Que me arriesgo a que me cierren el local y a que me lleven a la cárcel con el único objeto de dar de beber a tus micos? No seas avaro, que con tu amiguita no eras así... ¡Vamos, hombre! Que el dólar no te

está esperando...

Y de pronto apareció una nueva hornada de clientes, dándosele al férreo Gustavo la señal para que se dispusiera a cumplir su cometido.

—¡Chicos, chicos! Sacad de la mesa los cuchillos de plata. Aquí viene lo más granado, los que no comen más que con cuchillos de plata y tendría luego uno que pagar una operación de barriga para recuperar sus bienes...

Gustavo Hackendahl se cuadra en la silla. Coloca una mano en el asa del vaso, con la otra sostiene el látigo y con el sombrero de copa echado sobre la frente y la cabeza inclinada sobre el pecho queda en la actitud de un verdadero y auténtico cochero de punto, echando un sueño cito en la caldeada atmósfera de la taberna...

Verdaderamente tiene un cierto sueño y las voces de los parroquianos recién llegados, la del camarero y la del patrón llegan a sus oídos como a través de una pared...

A la sazón exclama una voz algo pastosa:

—¿Champaña? ¡Pues claro! ¡Solo champaña! —Y suena algo sobre la mesa—. Que el dinero se gaste. Mejor. Hay mucho aun en donde puede encontrarse. Allí no se acaba nunca y sale siempre que se quiere. ¡Vivan los tontos! ¡Champaña! —y en voz más baja—. Hombre, patrón, haga usted que se vaya este cochero de nuestra mesa. Está ya medio dormido, mejor es que vaya a dormir la mona en cualquier otro sitio. Por otra parte, no puedo oler a los cocheros de punto, tengo contra ellos una aversión...

Rato hacía que el viejo Hackendahl había reconocido aquella voz a pesar de que el tiempo la había cambiado, a pesar de que se hubiera vuelto más pastosa. Durante un momento estuvo pensando en escabullirse. Pero el viejo Hackendahl no había sido nunca cobarde y tampoco lo era a la sazón. Se echó hacia atrás el sombrero de copa y con mirada súbitamente lúcida escudriñó a través de la mesa el rostro de su hijo Erich...

Este le vio y se quedó mirándole, súbitamente arrancado de su embriaguez... Fijó la mirada en el viejo cochero, vestido con su capote azul lleno de lamparones, con su barba entrecana y rojiza, y sus ojos turbios y enrojecidos, de hinchados lagrimales... Fijó su vista en el viejo, palideció, y le fue imposible continuar hablando; quiso levantarse de la mesa y no logró hacerlo, fascinado por la mirada del otro, del padre, que no le dejaba en un punto...

Pues también el padre se le quedó mirando a través de la mesa sobre la que los camareros de rojos chalecos y blancas camisas colocaban a la sazón las botellas de champaña en sus cubos; a través de aquella mesa se quedó contemplando con ojos dilatados a su hijo... Ni un rasgo de su rostro se movía, nada delataba que el padre reconociera a su hijo...

Y tras de su máscara blanquecina y mantecosa con sus grandes entradas en las sienes y escaso pelo, vio al Erich de otros tiempos; a su favorito, su esperanza y su orgullo, la amabilidad misma, de mano tan ligera... Vio al chico fresco e inteligente

de otro tiempo a quien tuviera que encerrar en el sótano por haber dilapidado cuatro monedas de oro con mujeres... A la sazón estaba el hijo ante los ojos del padre, acompañado de dos mujeres, una de las cuales le pasaba el blanco brazo por encima del hombro; bien veía el viejo que eran tanguistas, recogidas en un bar cualquiera...

Y todo revivió en un instante. En un instante volvió el pasado a vivir para el padre. Desde la última vez en que se habían visto transcurrieron nueve años y ahora volvían a encontrarse. Fue como un soplo pasajero, una pirueta de la vida, un viento de otoño que arranca las últimas hojas de las ramas. Todo había pasado, todo se había marchitado y muerto. Sí, hubo un momento en que ambos reconocieron que todo había ya pasado sin remisión. Los demás clientes apenas se dieron cuenta del mutismo de Erich Hackendahl...

A este punto, el viejo se desató en improperios.

—Bueno; vamos a ver, jovenzuelo; vamos a ver, ¿qué tienes tú en contra de los cocheros? ¿Es que tu madre te hacía recoger el estiércol en la calle, para abonar su jardín? ¿Por esto les tienes manía a los cocheros? Bueno, pues mira, hijo, en cambio, hoy hueles tú a bencina de coche. Todo es peste, aunque tú no lo notes.

Erich no tuvo necesidad de responder nada, pues sus amigos reían, complacidos, ante las puyas del viejo cochero, y las muchachas del bar Maxim, que, como es natural, habían oído hablar del férreo Gustavo, se apresuraron a informar a sus acompañantes, hablándoles al oído, de la verdadera posición de aquel hombre. Con forzada risa recibió la explicación el individuo de pelo y tez morenos y gorda figura, que era el único del grupo que parecía estar pasablemente sereno; probablemente, el viejo amigo y protector de Erich sabía que la antipatía que este profesaba a los cocheros era algo más que un capricho de embriagado...

Mas incluso al penetrante abogado, al experimentado diputado del Reichstag, le había escapado el sobresalto de Erich. Tampoco él adivinaba que en aquella mesa se encontraban frente a frente padre e hijo; inadvertida para todos prosiguió la lucha entre ambos...

Se habían apurado completamente las botellas de champaña, y de acuerdo con la amable costumbre de los locales en tiempos de inflación, habían ya los camareros añadido un par de botellas de antemano vacías a las consumidas en la mesa, para aumentar así un poco la cuenta a su favor. De cien casos, en noventa y cinco obtenían se buenos resultados con tal stratagema...

Entrechocaban las copas y reían las chicas estrepitosamente, mientras volvían a llevarse el champaña a los labios porque el caballero del monóculo y *smoking*, el de la cara de perro de presa, llena de cicatrices, había hecho chocar la suya contra el borde del cubo del hielo. La flor y nata del Berlín comercial del mercado negro empezaba a celebrar la ocupación del Ruhr, y el caballero del *smoking* dijo:

—¡Camaradas! ¡Nobles damas! ¡Respetadísimo señor cochero! Por lo que somos: es decir, jóvenes.

Y apuraron sus vasos.

—Por lo que amamos... Es decir: la buena vida, con todo cuanto a ella se refiere —y pellizó a la chica que tenía al lado en el blanco cuello, haciéndole emitir un gritito, y volvieron a beber.

—Por lo que deseamos. Es decir: que el maldito Gobierno Cuno se vea arrasado por lo del Ruhr y volvamos a subir nosotros. ¡Y que sea pronto!

Y, riendo, se llevaron la copa a los labios, en tanto que el abogado seguía forzando la sonrisa. No le gustaba mucho todo aquel escándalo en los lugares públicos.

—Y ahora —dijo el caballero del monóculo, volviendo a sentarse—, cuéntenos algún incidente de su vida, dignísimo auriga. Debe usted tener verdaderas masas de recuerdos.

—Sí las tengo —dijo, aprobando, Gustavo Hackendahl—; únicamente que, mira: cuando estoy rodeado de compañeros tan cultos, que llevan monóculo y que ponen el dinero sobre la mesa con tanta ostentación como está haciendo aquel joven, de forma que todos los camareros afilan sus lápices para apuntar los pedidos que harán... Pues no sé; de puro respeto se me hiel la jeta, y como soy un viejo estúpido, no hago más que romperme la mollera pensando en cómo vosotros ganáis siempre el oro y el moro y yo no lo logro ganar para que madre ponga un poco de grasa en el caldo...

—No empines tanto el codo, vejete.

—Cuando veo una cosa así... —dijo el viejo Hackendahl, señalando con el dedo al joven, que con ojos inquietos miró a su padre y volvió a desviar inmediatamente la mirada— cuando veo a este, que es todavía joven, me pregunto: ¿cómo lo hará? Claro que ya se ve que es un chico instruido, pero hoy día con la instrucción no se gana dinero. Me pregunto: ¿cómo se las arreglará? Yo ya haría tiempo que estaría en la cárcel.

Erich apretó los labios con fuerza y trató de lanzar a su padre una mirada amenazadora, pero al encontrarse de nuevo bajo la del padre, desvió la suya...

Unos cuantos de los que estaban alrededor de la mesa protestaron.

—Bueno, viejo, ya está bien. No venimos aquí a succionar agua azucarada para que nos tomen el pelo.

—Es que el viejo tiene envidia.

—No; simplemente es que soy un poco estúpido —contestó Hackendahl—. Entiendo y no entiendo. Y me gustaría tanto enterarme de si...

—Nunca se enteraría usted —dijo el señor del monóculo—. Para esto hay que haber nacido. El señor de quien está usted hablando lo lleva en la sangre...

—¡Ah!, bueno; que no lo llevo en la sangre ya lo sé; si no, no estaría, viejo como soy, haciendo de bufón para unos micos como vosotros —risas de aprobación—. Pero me gustaría entender...

—¿Qué es lo que quisiera usted entender?

—Pues lo que propiamente es un acaparador. Siempre estoy oyendo hablar de acaparar. Pero no lo entiendo. ¿Cómo se consigue acaparar? Por mucho que me

rompa la sesera no encuentro nada que acaparar. Con todos los respetos pregunto: ¿aquel joven de allí es un acaparador?

Y señaló con el dedo a su hijo Erich.

A la sazón, todos, menos Erich Hackendahl, se mostraban divertidos, e incluso las chicas reían. En los locales mundanos, el ser acaparador era un título de gloria. «El dinero no tiene olor», era por aquel entonces una máxima que equivalía al mayor y más veraz artículo de fe.

—¿Que si es un acaparador? ¡Es el rey de los acaparadores! —dijo el señor del monóculo—. Es capaz de realizar un negocio a expensas de usted sin que usted lo note.

—¡Eso es! —dijo Hackendahl—. Bueno; tal vez con el tiempo acabaría dándome cuenta de que se ha aprovechado de mí. Joven —dijo, volviéndose directamente hacia su hijo—, sea usted un poco amable con un viejo. Cuénteme cómo se las compone para sacarles dinero a los incautos...

—Me... —empezó a decir Erich con insolencia, y echó mano a su vaso—. Me estoy empezando a aburrir aquí. Sería mejor que nos fuéramos a cualquier otra parte.

—No, joven; en este momento no puede salir. ¿No oye cómo fuera la policía está haciendo sonar sus pitos? Sería una pena que les llevaran al Alex. A mí no me importaría nada, pero es que yo no soy más que un vulgar cochero de punto...

—Hackendahl —exclamó el caballero del monóculo—. Vamos a darle gusto al viejo. Mostrémosle cómo se hace el dinero. Precisamente tengo algo para usted... —Y se echó mano al bolsillo interior de su *smoking*, sacando una libreta muy manoseada, que desentonaba con la elegancia de su persona—. ¿Dónde estaba? —se preguntó mientras la hojeaba.

—¡Déjese! —exclamó de mal talante Erich Hackendahl—. Encuentro estúpido todo esto...

—Anda, cariñín, sé amable. Enséñanos cómo se hace un buen negocio...

—Hay que tener un poco más de precaución en un lugar público —avisó en voz baja y amigable el abogado.

—No le cueste tanto complacer a un viejo —rogó Hackendahl.

Y casi con igual insistencia que el viejo, dijo el caballero del *smoking*:

—¿Qué importancia tiene? Hoy en día todos acaparan. El hombre de los lavabos hace negocios con la cocaína, las madres sacan lo que pueden de sus hijas, las hijas sacan como pueden medias de seda del almacén. ¡Todo el mundo hace lo que puede! Y en verdad que tengo algo para usted, Hackendahl. Doy cuatro vagones de Silesia a treinta y seis.

—¡Ah! Déjese de esto ahora, Bronte...

—¿Y qué es la Silesia?

—No lo sé. Creo que es una patata. ¿Qué necesidad hay de saber sobre qué se especula? Bueno, ¿qué, Hackendahl?

—¿Ni siquiera hay que saber de qué se trata? ¡Es estupendo! —se apresuró a

admirar el viejo.

—¡Déjeme en paz! —exclamó Hackendahl, airado—. Ahora no tengo ganas de negocios.

—Pues nada —dijo Bronte, disponiéndose a guardar su libretita de notas.

Mas un hombrecillo vivaracho de los que estaba alrededor de la mesa exclamó:

—¡Alto, Bronte! Usted da cuatro de Silesia a treinta y seis. Yo doy dos a treinta.

—Usted dos de Silesia a treinta, yo dos a treinta y seis.

—Usted dos a treinta y seis, pues yo dos a treinta y medio.

—Usted dos a treinta y medio. Yo dos a treinta y cinco y medio.

Cruzando la mesa por encima de las botellas de champaña y cubos de hielo, se lanzaban entre ellos sus míticas fórmulas comerciales. Todos les contemplaban con la boca abierta. Los de las mesas contiguas se volvieron con el rostro sonriente. Rostros que no tardaron en adoptar una expresión grave. Era evidente que se trataba de un negocio. ¡Y el negocio era un dios...!

—Yo lo desapruebo —dijo el abogado con sonrisa desmayada. Y añadió, dirigiéndose a Erich—: Encuentro que tienes mucha razón, hijo mío...

—¿Así es cómo se hace el dinero? —dijo el viejo Hackendahl, maravillado.

—Usted ofrece dos vagones a treinta y dos y cuarto —dijo, exasperado, el individuo del monóculo—. Yo dos a treinta y cuatro y medio...

Las chicas miraban estúpidamente, y, de pronto, estallaron en insustanciales risas.

El viejo Hackendahl era el único que durante todo este ajetreo se decía que no se trataba tan solo de un parloteo místico referente al acaparamiento y a la forma de ganar dinero, sino que estaban en juego las patatas, último refugio alimenticio de los pobres. Patatas a las que, en caso de necesidad, bastaba añadir un poco de sal y lograban satisfacerle a uno. Más de un día, antes de que fuera a hacer de bufón en el establecimiento de Gustavo el grosero, no se había servido en su mesa otra cosa que una fuente de patatas y aun encontrándolas demasiado caras...

De no haber él estado allí, por casualidad, hubiera sido Erich el que hiciera el negocio, en vez del hombrecillo; Erich que, a pesar de todo, era su hijo... su favorito en otro tiempo...

Los dos tratantes continuaron su discusión, mientras la concurrencia seguía la lucha con interés, hasta que se aproximaron tanto que no quedó entre ellos más diferencia que una mitad; el diablo sabría qué mitad sería.

El viejo se levantó y, lanzándole al hijo una mirada conminatoria, se dirigió lentamente hacia el lavabo... Allí le esperó. Era un reducto feo y maloliente; lo único de bueno que en él había era el agua limpia que bajaba gorgoteante por la porcelana de las pilas. Mas también esta se convertía, a poco, en inmundicia y suciedad. En este mundo, todo lo limpio y puro se convierte, a poco, en inmundicia y suciedad.

Allí estuvo esperando un rato y vio abrirse, al fin, la puerta. Pero no era su hijo; era otro parroquiano.

No; Erich no había cambiado; tenía menos pelo y más grasa en el rostro. Por lo demás, no había cambiado. Siempre había tratado de esquivar a su padre. Ya cuando, siendo niño, había comido algo robado, tenía la costumbre de meterse en cama y fingir que dormía.

El agua corría y rumoreaba; el padre esperaba. Menos mal que sabía que el hijo no podía escapar, ya que al estar la salida prohibida, no podía evitar el encuentro...

Finalmente, volvió el viejo Hackendahl al local y vio la espalda de su hijo cinco mesas más allá.

Ya de chico tenía la costumbre de levantar los hombros de aquella forma cuando temía que le cayera una bofetada...

Hackendahl, dándole un golpecito en el hombro, le dijo:

—Bueno, jovencito, ¿no querías contarme algo? ¿Vienes, o quieres que lo tratemos aquí y...?

La transacción parecía terminada; todos reían, hablaban y bebían... nadie les prestaba atención. Casi nadie...

Erich volvió el rostro hacia su padre y ambos quedaron mirándose a los ojos, a unos veinte centímetros de distancia...

Erich dijo, con voz apagada:

—¿Para qué hablarnos, padre?...

El padre siguió mirando, sin pestañear, a los ojos del hijo. En las azules pupilas de este, irisadas de verde de amarillo, vio reflejado, como nadando sobre la capa de humedad, un fragmento de su propio rostro envejecido... Extremadamente fríos y vacíos parecían los ojos de su hijo... No había en ellos nada, ni pena, ni amor, ni arrepentimiento. Si bien a la sazón nadaba sobre su superficie la imagen del padre, bastábale al hijo con volver la cabeza para mirar ya sea a un vaso de champaña o a una manceba, para que la imagen del padre se desvaneciera cual si jamás hubiera estado en ellos...

Lentamente retiró el padre la mano que en el hombro de su hijo tenía, y andando de espaldas, con la mirada siempre fija en el rostro del hijo —cual si quisiera que su imagen permaneciera en los ojos de este el mayor tiempo posible—, retrocedió hasta la puerta.

Al cerrarse esta, el hijo respiró y echó mano a uno de los vasos, prorrumpiendo en súbitas risas... Ya también aquello había acabado. Ya el viejo no le molestaría más...

Como liberado,apuró su copa, riendo.

El padre Hackendahl había abandonado la taberna de Gustavo el grosero. Sus hijos habíanle hecho sufrir muchas vejaciones, pero la última era intolerable. Jamás se había visto que un hijo le lanzara al padre, en pleno rostro: «¿Para qué hablarnos?». A esto habían llegado; ya no se contentaban con huir cobardemente de su padre, que bastante grave era, sino que le arrojaban al rostro que no querían tener nada que ver con él.

El férreo Gustavo llegaba incluso a comprender que un hijo enriquecido se avergonzara de su padre reducido a la miseria, y, por lamentable que fuera, le parecía humano... Pero Erich no se había limitado a avergonzarse de su padre; había sucedido algo mucho más grave, y era que el padre le importaba menos que la mujercuela que tenía a su lado, menos que el camarero que le introducía debajo de la mesa botellas de champaña vacías. Con ellos podía hablar, en tanto que a su padre no tenía una palabra más que decirle.

¡Era inhumano! ¡Un parricidio! Durante mucho tiempo se representó en el teatro una obra con ese asunto; el padre recordaba haberlo leído en las columnas de anuncio durante sus esperas con el coche en los lugares de aparcamiento. Y uno de sus hijos había hecho realidad un drama parecido, un drama de igual abyección. ¡Era para reírse de puro desespero!

El viejo Gustavo Hackendahl le ha quitado a su caballo Blücher la manta, y, sumido en sus pensamientos, no ha caído en la cuenta de que el caballo le ha mirado muy sorprendido, pues no está acostumbrado a que su dueño suba solo al pescante en una hora como aquella. ¿Dónde han quedado los clientes con quienes hay que partir retrocediendo? Mas el cochero sube al pescante, hace chasquear la lengua y el caballo se pone en marcha...

Las calles siguen llenas de gente, si bien la afluencia ha disminuido algo. Incansables, las patrullas de policía advierten a los paseantes que deben circular. Pero aquella gente es berlinesa de pura cepa y se plantan ante cualquier entrada de local nocturno, dedicándose a contemplarla. Los letreros están apagados; los locales, cerrados, y no hay la menor cosa qué contemplar. Pero los berlineses siguen esperando, empeñados en que ha de pasar algo.

Y de verdad sucede algo. Cuando Gustavo Hackendahl se dispone a cruzar con su coche la Friedrichstrasse, ve entre el tráfico un espacio libre, y dice distraídamente a su caballo «Blücher»: ¡Arre!

Y Blücher, que ha aprendido su lección y al que, además, divierte hacerlo, avanza un poco con moderación para poder sostener el peso del coche que ha de echar hacia atrás, y empieza luego a retroceder, a deslizarse hacia atrás, a hacer de cangrejo.

Los peatones que están más próximos a él gritan e insultan al cochero. Los más alejados ríen y se acercan. Los autos hacen sonar, airados, sus bocinas. El cochero,

desde su altura, empuña el látigo y, golpeando la parte trasera del caballo, exclama:

—Vamos, vamos, adelante. ¿Qué te pasa? ¡Adelante, digo!

Pero el caballo no piensa en avanzar, sino que quiere desempeñar su papel, y el cochero, desde el pescante, tiene que sostener una lucha épica contra el recalcitrante animal. Por mucho que tire del bocado y por mucho que haga chasquear el látigo, el animal se ha empeñado en retroceder y nada se lo impedirá.

A la escena vienen a añadirse los berlineses dispuestos a ayudar. Tratan de coger al animal por el bocado, y este, que lo comprende perfectamente, se encabrita, retrocede con toda su fuerza... ¡y bum!, se cae en medio del cruce de la Friedrichstrasse con la Leipzigstrasse cuando mayor es el tráfico, que logra, en un minuto, embrollar de manera al parecer insoluble...

—¡Maldita bestia! —dice Hackendahl a su yacente rocín—. Espera que nos encontremos a solas.

Pero lejos están de ello. Por entre la multitud se han abierto paso un par de airados policías, y uno de ellos, muy joven aún, ha sacado de su bolsillo el grueso talonario de citas y va extendiendo una, en tanto **que** dice, airado:

—Esto ya es una locura. Desde hace tiempo le tenemos echado el ojo, pero hasta ahora hemos procurado hacer la vista gorda, porque pensábamos que en estos tiempos que corremos cada cual ha de ver cómo va a ganarse un par de cuartos. No queremos ser intransigentes con un viejo...

—¡Maldita bestia! —dice el viejo Hackendahl, golpeando al rocín en las costillas al ver que este no hace el menor esfuerzo para levantarse, a pesar de la policía y de la multitud de mirones—. ¡Te despellejare vivo!...

Pero ¿cómo puede consentirse que en plena circulación se arme todo este jaleo?

—¿Quién va a ser el que ponga orden aquí? ¡Ande!, haga que su pencho se vuelva a poner de pie. ¡Un hombre tan viejo! ¡El cochero más viejo de Berlín, y meternos en este berenjenal!

Sin embargo, es beneficioso tener su poco de popularidad. El agente era muy joven y de seguro que no haría mucho que estaba en el servicio; por ello no estaba endurecido y ponía gran celo en su profesión... Cuando acudió al lugar del accidente, resoplando de ira contra el idiota que armaba tal escándalo precisamente aquella noche, iba decidido a llevarse al hombre a la comisaría, denunciándolo por promotor de escándalo, perturbador del tráfico y quién sabe cuántos cargos más...

Pero cuanto más se desataba en improperios contra el viejo de la barba gris pardusca y el capote deslucido que sin replicar en lo más mínimo se preocupaba de su caballo, tanto más iba perdiendo intensidad su enojo y ganando en lamentación su voz...

Naturalmente, había ya antes oído hablar del férreo Gustavo en el puesto de policía y también en otro lugar. En el puesto, los colegas le habían mostrado al viejo, diciendo: «Este es el férreo Gustavo», y le habían contado como aquel hombre antes de la guerra se encontraba al frente de cien coches y era una persona riquísima y

cómo a la sazón tenía que conducir su único simón y vivía casi en la miseria. Lo habían descrito como algo casi digno de veneración, una reliquia de tiempos de anteguerra que hubiera logrado preservarse; algo que hacía pensar en la inconsciencia de los bienes humanos...

Y la compasión que su hijo no había sentido la sintió el modesto policía que era un auténtico berlinés de Pankow... Y es que los auténticos berlineses son solo fríos e impertinentes en su exterior. En el interior son totalmente distintos.

Sin dejar de proferir sus insultos, el joven policía volvió a guardarse en el bolsillo la libreta y ayudó a retirar el coche. Y cuando habían ya adelantado cinco pasos el resucitado Blücher cambió de parecer y no solo no permitió que lo arrastraran, sino que empezó a tirar por sí mismo entre las aclamaciones de los mirones...

—Óigame —dijo el policía cuando tuvieron el coche debidamente parado en una calle lateral en el bordillo—. Óigame; cuide de que esto no vuelva a suceder.

—Alguien debió de azuzar al penco —dijo Hackendahl enfurruñado.

—¡Qué va! Todos sabemos que es usted el que se lo ha enseñado a hacer. Pero se acabó, ¿me entiende? Es usted Gustavo el férreo, ¿no?

—Sí lo soy, joven. Pero esta noche no me siento tan férreo.

—¡Bah!, no le importe —dijo el policía casi cordialmente—. Tuvo usted su buen tiempo. He oído hablar mucho de usted...

—¡Qué aficionada es la gente a contar chismes!

—No solo a la gente he oído hablar de usted, sino también a sus nietos. Vivo en la misma casa que ellos; con la diferencia que mi piso da al patio primero y el de ellos al interior. Precisamente desde mi cocina veo su dormitorio...

—¡Mira! —dijo el viejo Hackendahl empezando a quedar ligeramente asombrado.

—Sí —dijo el joven policía—, y así como otros chicos no quieren jugar más que a autos y chóferes, a sus nietos que les dejen hacer a uno de caballo y al otro de coche, y ora hace de caballo el mayor, ora el pequeño...

—¡No es posible! —dijo el viejo Hackendahl.

—Pues si. He querido decírselo, a pesar de que sé que no se trata con ellos, pensando que tal vez le alegraría, y justamente como hoy ha tenido este disgusto con el caballo... Pero que no vuelva a suceder.

Estas últimas palabras las pronunció el policía antes de partir, volviendo a adoptar su tono autoritario. Gustavo Hackendahl emprendió lentamente con Blücher el regreso al hogar y en cuanto llegaron a una avenida lateral del Tiergarten bajó del pescante, cogió firmemente las riendas con una mano y el látigo con la otra y gritó: «¡Arre!».

Cuando el caballo trató de retroceder según la aprendida lección, le propinó una y otra vez enérgicos latigazos... Pues ahora era preciso que el caballo aprendiera que el andar retrocediendo había terminado y que en adelante tan solo se andaría avanzando. Definitivamente terminados quedaban los paseos simulados que no habían sido otra

cosa que una estafa; y también había acabado el trabajo en la gran mesa redonda de la taberna. Le hubiera repugnado volver a sentarse para hacer de bufón a la misma mesa en que su hijo le había negado.

El viejo había aprendido su lección, t también el caballo aprendía prestamente la suya; es imponderable lo que a veces pueden ayudar un par de palos...

Luego regresaron a casa. Y de no haber estado el férreo Gustavo tan extenuado y abatido, se hubiera extrañado un poco de que apenas sentía ira ni dolor por el hijo perdido. En vez de ello pensaba complacido: «¡Juegan a coche y caballo! ¡No quieren saber nada de autos! ¿Tendrán un látigo? El policía no ha dicho nada de látigos... ¡Me extrañaría!».

Erich tuvo aún que beber bastante antes de sentirse verdaderamente aligerado. Hasta entonces no había caído en la cuenta de lo entrelazado que en su vida había estado aquel viejo barbudo que, como resucitado de la tumba, estuviera sentado a la mesa en que a la sazón se encontraba. Hacía tiempo que no había ido a visitarle y que procuraba huir de su encuentro. Y, sin embargo, había continuado estando presente en su vida; en la villa de Dahlem, en el despacho del centro entre sus empleados, había temido a la sazón, el negociante audaz y sin conciencia, sentir sobre él la mano del viejo cochero de punto. Cual chiquillo había temido el hijo ya crecido a su padre.

Aligerado prorrumpió de nuevo en una carcajada y volvió a beber.

Su amigo paternal, el abogado, le preguntó a través del barullo de la mesa:

—Bien, Erich, ¿qué te sucede?

—¡Nada! —dijo Erich riendo y volviendo a beber—. Estoy contento.

El diputado asintió:

—¿Y qué le pasaba al cochero?

Erich se inclinó sobre la mesa y señalando con la cabeza hacia la silla que el padre dejara vacía, dijo en voz baja:

—Era mi padre...

El abogado levantó con gesto de cortés asombro las tupidas y oscuras cejas.

—Es interesante —dijo con forzada sonrisa.

—Le he abofeteado —exclamó Erich—. Por lo general son los hijos los que son abofeteados por su padre, pero esta vez he sido yo el que... —se detuvo, y atajó—: En sentido figurado, naturalmente.

—Comprendo —dijo el amigo asintiendo lentamente—. Te comprendo perfectamente, Erich. Pero no creas que te ha sucedido nada de extraordinario. Hay un viejo proverbio que dice que cuando los hijos son pequeños pisotean el regazo de su madre y que de mayores le pisotean el corazón... y los padres son algo bastante parecido a las madres, ¿no es cierto?

De nuevo hizo ademán de asentimiento. A través de la bruma de humo de los cigarrillos que ante los ojos tenía, y la bruma del alcohol que tenía tras de ellos, en su interior le pareció a Erich avanzar hacia él, grande y horripilante, el rostro sonriente y aprobador de su amigo. Mas nada de horripilante sucedió, limitándose el abogado a decir:

—En caso de que en contra de lo que espero tengas remordimientos de conciencia, Erich... quiero que te conste que has hecho lo que cientos de hijos... lo que cientos hacen... ¡A tu salud!

Y saludando, levantó la copa de champaña. Erich le devolvió el saludo y ambos lleváronse la copa a los labios. A poco la noche pareció diluirse en un torbellino de embriaguez, de muchachas, de estrepitosas risas... Jamás le pareció a Erich que se

había sentido tan dichoso ni tan arrastrado en su embriaguez, en el torbellino general...

Rieron, gritaron, se animaron. ¡Oh, cómo se animaron en aquella noche de la ocupación del Ruhr! Se enlazaron unos a otros y viendo que en aquella taberna asquerosa no había música, se hicieron la música por sí mismos. Balanceándose y sin levantarse de la mesa se pusieron a cantar a voz en grito las bellas canciones, espirituales y descaradas de aquella época tan bella en que vivían: «Nos hemos bebido los ahorritos de la tía». «¿Quién ha llevado rodando el queso a la estación?». «Déjalo, si no puedes».

—¿Qué quiere este patrón gordo del chaleco rojo, este grosero, este Gustavo el férreo? Para nosotros no hay nadie férreo. Os aplastaremos con un puñetazo. ¿Que no hagamos tanto escándalo, porque nos va a oír la policía? Pues que nos oiga; estamos muy por encima de todas las policías, tanto paternas como gubernamentales, somos los diputados anteriores, presentes y futuros del Reichstag, del pueblo alemán unido en todas sus ramas. ¿Que me reporte, señor doctor? ¡Naturalmente que me reportaré! No le daré ningún trabajo. Naturalmente que no somos diputados del Reich. ¿Tengo aspecto de diputado? Aun no tengo barriga. ¡O casi nada! Soy un acaparador...

Y, embriagado, entonó Erich: «Soy un acaparador, ¿no conocéis mis colores? En mi bandera ondea el negro, el rojo y el oro. Aunque se me pudran todos los géneros. Siempre ganaré con ellos un cincuenta por ciento».

A la fuerza le hacen bajar de su silla y acude el camarero con una taza de café, el hombre del monóculo le tapa la boca con la mano...

—Sea usted juicioso, Hackendahl. ¿Qué le pasa? No ha bebido tanto como todo eso.

Sí, ¿qué le pasaba? No era la embriaguez del alcohol; era la embriaguez del triunfo. Había demostrado al mundo, a su padre y a sí mismo, que para triunfar hay que ser malvado. Todo cuanto anteriormente le habían inculcado acerca de la bondad y el amor era mentira. «Hay que ser malvado en este mundo. Y no existe más mundo que este. Los malos son los que privan y los buenos son vencidos». Por lo tanto, la maldad era el único bien y, el axioma de que hay que ser bueno, lo habían inventado los que tenían el riñón bien cubierto para uso del pueblo estúpido. Para que siguiera yéndole mal en esta vida.

Con expresión de triunfo contempló a su paternal amigo. Apartó de su boca aquella mano y exclamó:

—Hay que ser malo. Este es el secreto.

—Con solo ser malo no basta —dijo el otro sonriendo—. Las prisiones están llenas de gente que han creído en esta máxima. Hay que ser también listo, Erich —y sin volverse a mirar, señaló con la cabeza hacia la puerta posterior—: Ahí tienes el mágico efecto de tus cánticos de dudoso gusto.

Lentamente volvió Erich la cabeza. Miró hacia la puerta; hacia la puerta por la que había salido su padre. A la sazón estaba en ella la policía. Pálido y obsequioso se

inclinaba ante ellos el por entonces nada grosero Gustavo.

«¿Qué tiene que hacer aquí la policía? —se preguntó Erich mentalmente—. No puede tener ningún interés en mí... Jamás la policía tendrá nada que ver conmigo, para ellos soy demasiado listo. Malo y listo, justo como él acaba de decir...».

—Bébetelo el café —dijo el abogado, y Erich le obedeció. Los demás compañeros de mesa se apartaron de ellos. De vez en cuando miraban a la policía, a Erich y a su amigo...

—Con sus malditos berridos nos ha puesto en este aprieto —le oyó decir a Bronte.

—Pensándolo bien —dijo otro—, cuando se es diputado y en un día de luto nacional...

—Naturalmente. Al fin y al cabo nosotros somos particulares...

—Amigos para caso de apuro... —dijo sonriendo el diputado—. De todas formas me resultaría verdaderamente penoso tener que mostrar mi documentación a estos señores del uniforme. A pesar de todos nuestros desvelos en contra, la policía sigue animada de un espíritu reaccionario... Tal vez vea mañana mi nombre en el «Lokal Anzeiger»...

—¡Sería capaz de abofetearme! —exclamó Erich—. He sido tan estúpido; no sé ya ni lo que me hago...

—Son solo tres hombres —calculó el diputado, examinando la situación—. Uno de ellos vigila la puerta de salida, el otro los lavabos... Tan solo uno se encarga de examinar los documentos de los parroquianos y de apuntar sus nombres. Como va con bastante lentitud y nosotros somos los últimos, tenemos tiempo...

Erich reflexionaba, sin poder recordar cuanto había dicho. ¿Había en realidad llevado a cabo un negocio con Bronte delante de todo el mundo?

—¿Es que yo...? —se dispuso a preguntar al abogado. Mas este no le prestaba atención.

—Se podría intentar —murmuró. Y dijo luego—: Oye, Erich, hijo mío, ¿puedes recordar si hay tal vez en tu abrigo o sombrero cualquier cosa, ya sean cartas o la estampilla puesta por el sastre, que te delate de manera inconfundible?

—No, no creo —dijo Erich pensativamente.

—Pues en tal caso podríamos intentar escaparnos dejando como botín nuestro sombrero y abrigo; fíate de mí.

—Ni en el abrigo ni el sombrero hay más que la etiqueta del sastre, y mañana a primera hora puedo pasar a este un aviso... Pues bien. Intentémoslo. Observa el local y dime ante todo qué es lo que está haciendo la policía...

—Bronte está en este momento hablando con el que hay a la entrada y el de los lavabos está sosteniendo a un borracho...

—Bueno, bueno —dijo la voz inalterada, amistosa y suave del diputado.

Quedamente se oyó el girar de una llave en su cerradura.

—Nuestra mesa está inmediata a la puerta que da a la calle —explicó el abogado

—. A las diez, el patrón se limitó a dar la vuelta a la llave dejándola en la cerradura. En este momento acabo de describirla. Haz el favor de describirnos la situación del local. Haz como si estuvieras dándome conversación...

—Tal vez haya ante la puerta una cortina de metal —opinó Erich—. En el local nadie nos presta atención, pues todo el mundo se ocupa de si mismo.

—La que has dicho es una de nuestras probabilidades contra —concedió el abogado mientras, fingiendo estar confortablemente sentado, forcejeaba con la puerta a espaldas de Erich, Por los pies de este pasó una corriente de aire frío.

—La segunda probabilidad que tenemos en contra es la de que frente a la puerta haya un agente destacado. La tercera es que una vez en la calle nos detengan inmediatamente por estar con este frío sin abrigo ni sombrero. La cuarta es que logremos escapar y que Bronte o cualquier otro nos delate. Pero no; esta probabilidad no cuenta para mucho, pues tan solo les pondrán una multa y no hay nadie a quien le interese ponerse a malas con un diputado.

—La primera probabilidad queda descartada —dijo Erich apresuradamente—. Delante de la puerta no hay cortina metálica. Y la segunda no cuenta gran cosa. De haber alguien destacado ahí ya hubiera tratado de ver lo que había pasado al ver luz debajo de la puerta...

—Tal vez tenga la cara vuelta hacia la calle. De todos modos vamos a probar nuestra suerte. Piensa en que hay que subir una escalera de cinco o seis escalones. Y en caso de que nos viéramos separados, Erich, no te preocupes por mí ni mis grasas. Cada uno por sí y Dios por todos.

Sentados en silencio observaron el local esperando el momento favorable para su intento. Erich cogió la copa, pero su amigo puso la mano sobre la suya, diciendo:

—Mejor es que no bebas ahora —y un poco más tarde añadió—: Creo que será el momento de marcharnos Erich. Pasa tú delante.

Sin prisa abrió la puerta. Erich dio un salto en la oscuridad y subió por la escalera. La calle estaba llena de gente, y unos cuantos rostros volviéronse hacia él... mas no vio uniforme alguno.

Lentamente fue subiendo el abogado la escalera. Y llegado arriba cogió a Erich del brazo.

—No pueden perseguirnos en seguida, he cerrado la puerta por fuera. Bueno, vamos a procurar ahora encontrar pronto un taxi. Nuestro ropaje veraniego llama la atención.

Cuando se encontraron en el auto prorrumpieron ambos en estrepitosas carcajadas. Ambos se sentían como escolares que han jugado una treta ingeniosísima al maestro.

—¡Nada! ¡Nada! —exclamó al fin el diputado—. Cuando volvamos a manejar el timón tendré que tener unas serias palabras con el compañero Severing sobre la actuación de la policía. ¡Mira que olvidar de poner un guardia en la puerta! ¡Ahora comprendo por qué nuestros hermanos enemigos los comunistas llenan de improperios a la policía!

Erich reía por otro motivo:

—¡Y pensar que no he pagado el champaña! Con la excitación se han olvidado de cobrar. Eran veinte o treinta botellas, ¡ya ni sé! Y luego el café...

Hasta tal punto le alegraba la involuntaria desfachatez, que no lograba calmarse...

—Hablando del café pienso que... —dijo el diputado—. Creo que lo mejor será que vayamos a casa a beber una taza con toda tranquilidad y charlar un ratito. Precisamente tengo algo que discutir contigo...

—Ni pensarlo, señor doctor. No estoy ahora ni para cafés ni para conversaciones. Ahora más que nunca *tengo* ganas de divertirme. No dejaré que nada me arredre...

—No quisiera verme de nuevo... —empezó a decir el abogado.

—¡Bah! No venga con cuentos, ya verá usted cómo vamos a disfrutar —le interrumpió Erich. Y de nuevo comenzó a reír. Al verse libre del doble peligro sentíase embargado por una alegría ruidosa y pertinaz. Resultaba evidente que era un hijo mimado de la suerte. Siempre le ayudaba esta en todas las situaciones.

A todo esto el abogado habló con el chófer y dijo:

—Si te empeñas, Erich...

—Naturalmente que me empeño —exclamó Erich—. Esta noche precisamente estoy decidido a no dormir. Ahora menos que nunca.

—Pues muy bien —decidió el abogado—. El conductor opina que en la parte oeste hay varios locales abiertos. Por allí los patronos están en muy buenos términos con la policía, ¿comprendes? —E hizo ademán de contar dinero. Luego suspiró resignada y divertidamente—. ¡Qué circunstancias atravesamos, hijo mío, qué circunstancias!

—En el fondo —dijo Erich riendo— a usted no le parecen nada mal estas circunstancias, señor doctor. En realidad se horroriza de las privaciones y encuentra que la vida tal como la va llevando usted es muy agradable.

—Hay algo de verdad en lo que dices —concedió el diputado, suspirando beatíficamente—. Anda, subamos un momento a casa, Erich. Veremos si encontramos allí algo que no te vaya del todo mal...

Juntos entraron en casa del abogado, en donde entre frecuentes y en rigor inmotivadas carcajadas fue Erich probándose abrigos y sombreros de este.

Mas no fueron tan solo abrigos lo que probaron, sino algunas copitas. Y efecto de estas copas fue que Erich descendiera de nuevo por la escalera en compañía del abogado vestido de forma algo desusada: llevaba una chaqueta de piel de su amigo que le venía algo corta y desmesuradamente ancha. Se tocaba con un sombrero hongo negro igualmente demasiado ancho y que se había colocado hasta la nuca.

Llegados abajo se hicieron llevar a través de las calles iluminadas del centro hasta los barrios oscuros. Eran a la sazón más de las doce y las calles habían se vaciado. Los locales estaban a oscuras. Solo de vez en cuando les llegaban unos cuantos compases de algún *jazz*. Tras de cerrados postigos, Berlín bailaba y bebía acercándose más y más hacia el abismo, hacia la descomposición...

—Esperemos que el chófer sepa de algún local agradable —dijo Erich a media voz.

—Si él no lo sabe, lo sé yo... —respondió el abogado. Y de nuevo continuaron fumando ambos en silencio, impacientes de que el coche se detuviera ante algún local, de encontrarse frente a nuevos rostros de muchachas, de que les fuera escanciado más alcohol.

Poco más o menos a aquella misma hora se dispararon dos tiros en la ciudad westfaliana de Buer. Dos oficiales franceses que hacían una ronda de noche, cayeron muertos sobre el arroyo. Los culpables se encarnizaron en sus víctimas y, después de despojarles, desaparecieron antes de que lograra acudir la patrulla atraída por las detonaciones...

Y sobre los habitantes de la ciudad se desencadenaron indecibles padecimientos. Las enfurecidas tropas de ocupación fueron a cazar de sus camas a moradores de todas las condiciones y les sometieron a penosos interrogatorios y a toda clase de malos tratos. Tres víctimas costó a la ciudad aquellos «interrogatorios». Chiquillos que por la mañana se dirigían a la tienda del panadero fueron azotados con los látigos de montar hasta dejarles ensangrentados; mujeres y mozas que se dirigían a sus ocupaciones tuvieron que sufrir la brutalidad de las tropas. Se registraron las casas de los burgueses sospechosos de tener armas de fuego, aprovechando para «confiscarles» el dinero...

Ya lograrían encontrar a los cobardes autores, a aquellos perros alemanes, ¡aunque tuvieran que demoler toda la ciudad!...

El auto se detuvo frente a un local cuyo patrón debía de estar en muy buenos términos con la policía, pues todas las ventanas estaban iluminadas. Hasta la calle llegaban los acordes de la música, y la puerta, en cuyo pestillo puso Erich la mano, no estaba cerrada.

—Este sitio está bien —exclamó Erich con alegría. Con el bombín plantado en la nuca y la chaqueta de piel muy abierta, hizo su entrada seguido del diputado, que avanzaba con paso precavido y con la cabeza hundida entre los hombros, pues ¿quién podía saber lo que uno puede encontrarse en tales locales?

Había en el local bastante gente y mucho humo, evidenciando la abundancia del

alcohol. Todo él estaba sembrado de *confetti* y coloreadas serpentinas que, colgando de todas partes, se arrastraban hasta la alfombra y producían un quedo rumor cuando se las pisaba.

—Es agradable, ¿verdad? —preguntó Erich, que se había quedado de pie, al abogado.

En el estrecho pasadizo que las mesas dejaban, bailaba una muchacha. Iba muy bien peinada, muy bien pintada y completamente desnuda. Bailaba a los acordes de un violín, tocado por el primer violinista con gran languidez, una danza ondulante y sinuosa, con los ojos cerrados. Sobre su rostro se dibujaba una sonrisa desvaída.

—Bonito cuerpo, ¿eh? —dijo Erich—. Es jovencísima...

Y poniendo la mano sobre el hombro del abogado, se apoyó en él —en tanto que, como los demás, fijó los ojos en la bailarina. Contemplaba lo visto cien veces, lo accesible en cualquier esquina, el objeto de desprecio rechazado con indiferencia, mientras iba pensando:

—¡Qué barbaridad! Hace cuatro años, cuando no sé qué hice bailar desnuda a la pequeña en mi finca de Dalhem, hice salir a todos los criados de casa, porque creía que era algo extraordinario. Hoy en día lo hacen con toda tranquilidad en un lugar público y a todos les parece naturalísimo. ¡Hay que ver a lo que hemos llegado! Pero no es asunto mío, yo no soy diputado...

Y lanzó una ojeada al abogado.

Mas este no le prestaba atención. Estaba tratando con la florista, a quien compró por una suma inmensa todo el cesto de violetas de la Riviera, que empezó a echar por ramilletes en dirección de la desnuda bailarina. La muchacha reía halagada, aunque con cierto temor, al ver la falta de puntería del abogado, de que si uno de los ramilletes le tocaba en la cara diera al traste con su danza, tan penosamente aprendida con las lecciones de una mezcla de chulo y empresario...

—Déjeme también a mí —dijo Erich, alargando la mano hacia la cesta—. Yo tengo mejor puntería.

—Las violetas son mías —exclamó el abogado con desusado enojo—. ¡Quita las patas de ahí!

* * *

En la ciudad westfaliana de Buer, se terminó por comprobar que los habitantes no habían participado para nada en el asesinato de los oficiales. Dos «Poilus» se habían desembarazado de dos de sus superiores a quienes odiaban, aprovechando la ocasión para mejorar un poco el estado de su caja. Esta caja precisamente, o mejor dicho, el reloj de oro de uno de los oficiales fue lo que les delató...

Hubieron unas cuantas excusas vagas y cohibidas y los inculpados maltratados pudieron pasar a curarse las heridas en sus domicilios en vez de tener que hacerlo en la cárcel, permitiendo a las mujeres e hijos de los muertos que dieran cristiana

sepultura a quien les proporcionó el alimento. Si bien con todo silencio.

La persuasiva elocuencia de Erich y una elevada suma que el abogado le regalara consiguieron hacer que la jovencita fuera a sentarse a su mesa. A la sazón, por haber terminado el trabajo, iba envuelta en un kimono, ya que el patrón tan solo toleraba la desnudez en actos de servicio. La hermosa aquella resultó una decepción, pues demostró demasiado abiertamente su codicia y su falta de interés por las personas de sus dos caballeros.

—Pues ¿qué os imaginabais, micos? ¿Por qué creíais que bailo desnuda delante de vosotros? ¿Porque me gustáis? ¡No me hagáis reír! Es porque tengo en casa cinco hermanitos pequeños.

—Y tu madre está enferma, y tu pobre, pero deshonrado, padre ha caído en el campo del honor... —dijo Erich burlonamente con cierto enojo—. ¡Ya estamos al cabo de la calle! ¿No podrías contar algo distinto por una vez, palomita?

—¡Pues es la verdad! ¿Creéis que no puede ser verdad porque ya otras chicas os han venido con el cuento? Sin embargo, lo es.

—¡Ah! ¡Y no tienes que olvidar al teniente que te sedujo y que quería casarse contigo, pero murió sin tener tiempo de hacerlo...!

—Déjala, Erich —dijo el abogado, molesto—. No seas tan quisquilloso. Bebes demasiado de prisa y te hace daño.

La muchacha miró de uno a otro con mirada fugaz y enfadada.

—No me gusta que me tomen el pelo —exclamó Erich—. Y cuando tengo que oír lo de los cinco hermanitos...

—Pues hay niños hambrientos —dijo el abogado, conciliador—. Y bastantes. Lo sé porque hace poco tuve que leer una estadística de los existentes...

—Gordito —dijo la muchacha al abogado, pegándose a él—. Sé franco por una vez. ¿Bailo muy mal?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque tengo curiosidad. Entre los hombres no encuentro quien me diga la verdad, porque voy desnuda. Y Krukow, que es el que me ha enseñado a bailar...

—Enseñado, enseñado, hermosa.

—¡Pues es lo que he dicho! ¡Qué idiota! Krukow dice que bailo como una vaca borracha.

—Bueno, pues, hijita —dijo con decisión el abogado—. Si de verdad lo quieres saber, tienes un cuerpo muy bonito, eres joven y vas desnuda. Si fueras vestida nadie daría ni un paso para verte bailar.

—¡Ah, muy bien! —dijo la muchacha, muy contenta—. ¡Esto es lo que yo siempre he pensado! Hay aquí algunos que me sueltan toda clase de parlamentos para que me haga bailarina y que me dicen que tome lecciones a su cargo, como su amiga, naturalmente. Pero lo que yo siempre he pensado es: «¡Qué va! ¡Lo que estos quieren es que aprendas lecciones de otra cosa!». No, es mejor continuar con la desnudez, y en cuanto tenga el suficiente dinero guardado, me meto en cualquier negocio. En otro

tiempo estuve en casa de un carnicero, y luego me casé con un hombre honrado. No siempre he tenido que estar entre viejos verdes, como aquí.

—¡Maldita sea! ¡Otra vez! —empezó a decir Erich, pero por suerte no logró pasar adelante en su comentario a estas confidencias recibidas a cambio de lo que él consideraba como su dinero.

Y no acabó su comenzada frase porque el local empezó a reclamar a gritos la actuación de la mucha desnuda. Los hombres, ya cansados de tanto alcohol, querían tener de nuevo un poco de incentivo para su talante. Y las señoras no les contradecían, pues los caballeros excitados son mucho menos dóciles al pago de la cuenta que los apaciguados. Y la cosa fue rápida. La bailarina no tenía grandes dificultades con su traje, y el primer violín tenía en su instrumento lo que necesitaba en cuanto a voluptuosidad.

—Es algo ridículo —dijo Erich, casi a despecho suyo—. Sé perfectamente lo aburrida que resulta esta gansa... Pero en: cuanto la veo contonearse desnuda a plena luz del reflector y observo que todos la miran con tanta atención, también yo la vuelvo a encontrar muy mona...

—Es una cosa habitual —dijo el abogado, entre un bostezo—. Lo que los demás encuentran bonito, nosotros lo encontramos también. Y nos empeñamos en querer a toda costa lo que vemos que los demás desean. Cambiando el tema, Erich, toda la noche te estoy queriendo preguntar una cosa: ¿Te dice algo el nombre de Eugen Bast...?

—No; creo que no —dijo Erich, temblando—. Naturalmente, tengo negocios con tanta gente... —y ligeramente inquieto añadió—: ¿Es alguien a quien hayan cogido y con quien yo haya tenido tratos?

—Cogido sí lo está —confirmó el abogado—. Y quisiera que yo me encargara de su defensa. También tiene algo que ver contigo...

—Bueno, pues, ¡dígallo de una vez! —exclamó Erich, exaltado—. ¿A qué vienen todos estos misterios? Eugen Bast... No tengo ni idea. ¿O sería aquel de la seda de Italia? No; aquel se llamaba Backer. Sea lo que sea, cuento con que usted aceptará mi defensa si en cualquier caso hay algo que no fuera del todo bien.

—¡Erich! ¡Erich! —dijo el abogado, suspirando—. Y tú me aseguraste que todos tus negocios estaban perfectamente. Cuando te conocí en 1914, llegué a creer de veras que lograrías ser algo más que un acaparador.

—¡Ya lo creo! —exclamó Erich, enfurecido—. Creyó usted que me adheriría a su estúpido partido socialdemócrata. ¡Qué imbécil! Usted mismo es hoy día tan socialdemócrata como... como...

—Digamos Guillermo II —completó el abogado—. También él tenía un amor fatal y sin reciprocidad por los socialdemócratas. Bueno; no hablemos de esto, ambos hemos evolucionado bastante distintamente de cuanto imaginábamos. Mientras está uno en la oposición parece todo fácil, pero en cuanto...

—Lo que yo quiero es saber quién es Eugen Bast.

—Eugen Bast —dijo el abogado con presteza— es un joven condenado por tres o cuatro veces a la cárcel y al penal, que por el momento está en la prisión preventiva de Moabit, acusado de ser jefe de una banda de ladrones, de allanamiento de morada, de chantajista y de algunas otras pequeñeces.

—¡Descartado! —exclamó Erich aligerado—. Estoy convencido de no tener nada que ver con este hombre. Yo no me gano el dinero de manera tan estúpida.

—Por lo demás, este Eugen Bast es ciego. Por cierto que me parece ser este el único atenuante del rigor del Juez, pues aparte de ello es un redomado bribón.

—Ciego. No, señor doctor; aunque este hombre le haya contado algo de mí, yo no le he visto en mi vida...

—Quedó ciego a resultas de un disparo, Erich; de un disparo que le hizo tu hermana.

—¡Eva! ¡Siempre creí que nos comprometería!

—Eva; sí. Eva Hackendahl —dijo el abogado—. Es la amiga de este Eugen Bast y parece ser que en un arrebato de celos disparó sobre él hasta dejarle ciego.

—¡Maldita sea! —gruñó Erich fuera de sí—. ¡Pero yo no dejaré que me envuelva en todo esto! ¿Qué me importa a mi Eva? ¡Hace años que no la he visto! ¡Me niego a declarar!... ¡Vaya clientela que tiene usted! —añadió amargado.

—Cada cual según sus posibilidades, querido Erich —dijo sonriendo el abogado—. Por lo demás, recuerdo que hace un momento me pediste que si llegaba el caso me encargara de tu defensa.

—Hágame un favor, señor doctor —rogó Erich—. Decline la defensa de este sujeto.

El abogado sacudió la cabeza.

—No sería prudente, Erich. El tipo tiene dinero, o lo tienen sus amigos, que viene a ser lo mismo, y se limitaría a acudir a otro abogado. Mejor es que guardemos la cosa entre nuestras manos.

—¡No quiero tener nada que ver con ello!

—Y de seguro que te verías implicado en caso de que otro abogado tuviera la causa entre las tuyas. Este bribón de Bast ha hecho que tu hermana le contara algunas cosas. Sabe, por ejemplo, que ganas mucho dinero y supone que en otro tiempo llegaste a robar. Perdona, Erich, por favor, no te enojas. Me limito a repetirte lo que supone el señor Bast. En caso de que entre vosotros el robar sea, como lo supone Bast, congénito, no hubiera tenido necesidad de corromper primero a tu hermana; tal vez incluso diga que fue ella la que le impulsó a él...

—Me iré de viaje —dijo Erich furioso—. Durante un tiempo puedo vivir perfectamente en el extranjero. De vez en cuando me da usted alguna indicación y jugaré en Londres a la baja del marco... No; en Bruselas —exclamó aliviado—. Bruselas ya lo conozco y me parece lo más adecuado. Naturalmente, le daré a usted participación...

—Muy amable, Erich. De todos modos hay que reflexionar hasta qué punto un

parlamentario alemán puede entregarse a especulaciones sobre la baja del marco. Y ante todo hay que reflexionar en lo que hacemos con este proceso. Si se ve la vista en grande como lo desea Bast, movido por una especie de vanidad profesional, se convierte entonces en pasto de nuestra querida Prensa. Todos los reformadores del Código Penal y todos los filántropos derramarán lágrimas de compasión por el pobre ciego y desacreditarán el nombre de Hackendahl.

—Eva era una muchacha completamente inofensiva.

—Según la versión de señor Bast es una mujer fatal.

Es ella la que le impulsó a toda clase de hechos delictivos; su insaciable codicia de goces y de placeres...

El abogado paseó la mirada por el local embriagado y delirante...

—Hay también otros ejemplos de codicia, de goces en esta familia...

—¡Mejor es que deje usted de estas alusiones! —exclamó Erich airado.

—Tienes razón, Erich. Lo decisivo es que tu hermana asiente a todo. Dice que le ha instigado, que le pedía dinero, que le disparó sin motivo...

—¿Asiente a todo esto? —exclamó Erich perplejo—. ¿Habrá perdido el juicio? Esto le costará...

El abogado hizo con la cabeza un ademán de afirmación:

—Seis u ocho años de cárcel...

—¿Y verdaderamente ella es todo esto? —Erich no se lo podía imaginar; Eva no podía ser una delincuente empedernida; una mujer fatal—. No, no puede ser —dijo.

—Cierto que no puede ser —dijo el abogado—. Miente en todo. La tiene subyugada, ¿comprendes?

—¡Así debe ser! —dijo el favorito de su padre—. ¡Esto la evidencia como hija del viejo Hackendahl! Ya ha visto usted al viejo esta noche; él nos despojó de todo nuestro libre arbitrio con sus vociferaciones y sus escándalos... ¡De él es la culpa!... No; no quiero tener nada que ver con el asunto; me voy a Bruselas.

—Estoy encargado de la defensa de ambos —declaró el abogado—, de la de este tipo y la de tu hermana. Y él quisiera que lleve la defensa de modo que él quede disculpado y toda la culpa recaiga sobre tu hermana; que quede él como el seducido y tu hermana como instigadora; él con muy poca pena y ella con la máxima.

—¡En sus manos está, pues! —dijo Erich irritado—. Si tiene a Eva subyugada, no se la puede declarar como muy responsable.

—Precisamente —dijo el abogado sonriendo—. Pero entonces el señor Bast soltará toda su hiel e implicará a toda la familia, a ti el primero, de tal forma que...

—¿De tal forma que si quiero seguir viviendo en paz, Eva tiene que cargar con el máximo castigo?

—Cierto, Erich, hijo mío.

—¿Algo parecido a un pequeño chantaje?

—Lo comprendes perfectamente, Erich.

—¿No querrá también el señor Bast que yo ajuste los honorarios de usted?

—El señor Bast sabe que somos amigos y que tú ganas mucho dinero. Como te he dicho; es un bribón redomado.

El abogado miró sonriendo a Erich. Este anonadado, guardaba silencio, mientras con una paja removía el ácido carbónico de su champaña; luego encendió un cigarrillo sin abandonar su mutismo.

—¿Bueno...? —dijo el abogado al fin con paciente tono.

—¡Ah, si! —dijo Erich, volviendo a la realidad.

Pero no contestó en seguida, sino que miró hacia el corredor central en donde a la sazón estaba la muchacha desnuda jugando infantilmente con un osito de trapo.

—En verdad está muy mona —dijo finalmente con aire disgustado.

—Es muy cierto —dijo el abogado—. Es uno de los pocos casos en que algo está mejor al desnudo que encubierto. ¿Cómo te imaginas que podemos dejar solventado nuestro asunto?

—¡Oh! Haga usted como quiera... Ya sabe usted, señor doctor, que...

—¿Debo entonces decir haciéndome eco del título de una conocida novela: «Pobrecita Eva»?

—La caridad bien entendida empieza por uno mismo.

—Pues claro —confirmó el abogado.

—Y puesto que ella misma lo ha querido...

—Tienes razón, mucha razón.

—Seis años de cárcel tal vez logren operar en ella una transformación.

—Sin duda; para empeorarla.

—¿Por qué se burla usted? —exclamó Erich fuera de sí—. ¡Me ha estropeado usted toda mi velada! ¡Estaba de un humor excelente! ¿Qué me importa a mí, ni mi hermana ni su chulo? Lo que yo quiero es medrar... No quiero que aquí en Berlín la gente murmure y se guiñe el ojo cuando yo pase. No quiero que los diarios de chismes se ocupen de mí. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermana?

—¡Muy bien! —aprobó el abogado, sonriendo amablemente—. Recuerdo que Jehová recibió una vez de Caín una respuesta parecida cuando buscaba a Abel.

—¡Yo no he matado a mi hermana! —exclamó Erich exasperado—. ¡Que cumpla sus diez años de cárcel! Le sentarán bien y nos dejará en paz.

—Muy bien, muy bien —dijo el abogado—. Ya tengo una clara directriz de mi conducta; y te he logrado conocer mucho mejor, querido Erich. Por lo demás, te aconsejo —dijo al ver que Erich estaba a punto de volver a explotar de ira— que cambiemos de local. Sé muy cerca de aquí un sitio al que voy a entregarme a ciertos estudios... ¡Camarero!: la cuenta, por favor.

Cuando salieron a la calle, la nieve caía en lentos copos y la helada no era muy intensa.

—No; no quiero auto —dijo el abogado—. Son solo unos cuantos pasos. El aire fresco nos sentará bien. Hemos bebido demasiado.

—Yo aun puedo caminar sin tambalarme —dijo Erich insistentemente.

El abogado no respondió y fueron caminando juntos, en silencio, preocupado cada cual con sus turbios deseos acuciados por el alcohol. Reinaba el silencio, interrumpido solo de vez en cuando por el deslizarse de algún tranvía por los raíles de la Bulowstrasse. Pocas eran las ventanas de las grises y muertas casas en las que todavía brillaba alguna luz...

De improviso Erich se detuvo y cogiendo al abogado por las solapas de su abrigo, con gran sorpresa por parte de este, le preguntó airadamente:

—¿Por qué se divierte usted en acuciarme? ¿Por qué me conmina constantemente a desnudarme ante usted? A menudo pienso que no ha sido nunca mi amigo... Es usted el que me ha forzado a emprender el camino que llevo. ¿Recuerda usted aun mi cuarto de Lille? ¡Usted me impulsó a todas las desvergüenzas! ¿Por qué?, me pregunto. ¿Por qué? ¿Por qué, ahora mismo, me ha estado usted agujoneando hasta que le he dicho a la cara que por puro egoísmo deseo que a mi hermana le recaiga el máximo de pena? ¡Ya de antemano lo había comprendido usted! ¿Es esto amistad? ¿Será usted mi enemigo...?

Hablaba en tono cada vez más discreto, si bien siempre excitado, y continuaba teniendo cogido al abogado por las solapas cual si quisiera luchar con él. Este se liberó de sus convulsas manos y dijo pacientemente:

—Verdaderamente has bebido demasiado. Prosigamos nuestro camino...

Erich iba ya a responderle airado, cuando el abogado dijo, haciéndole que se dominara:

—Está solo a unos pasos de ahí. Es un local verdaderamente bonito. No sé, Erich, si conoces ya locales de esta clase. Como ya te he dicho, yo suelo venir alguna que otra vez. También yo tengo mis asuntillos... —se rio casi imperceptiblemente—. Acabas de recordarme tu habitación en Lille... ¡Vaya si me acuerdo! Eras teniente recién promovido y llevabas camisas de seda... ¡Dios mío, la de tiempo que hace! Sí, vamos a un local de homosexuales...

—¡Yo no voy a ningún local de mala nota! —dijo Erich casi gritando—. Yo no soy homo...

El abogado estuvo un tiempo sin contestar, ocupado en tararear una canción popularísima por aquel tiempo en Berlín: «Gracias a Dios no somos como los demás». La tarareaba con orgullo y con aire de triunfo.

—En lo que a ti concierne, querido Erich —dijo luego con voz meliflua—, eres

por una parte un experimento mío y por otra una esperanza. En tanto que esperanza reconocerás que más de una vez he cuidado de ti paternalmente. A mis desvelos debes en primer lugar esa vida agradable y libre de cuidados que estás llevando...

El abogado hablaba con acento dulce y untuoso. Erich era presa de furibunda ira, y a pesar de ello algo le impedía dar rienda suelta a su enojo; quería primero saber si el abogado se figuraba realmente que él, Erich... ¡No, imposible!

Su compañero dijo preocupado:

—En tu momentánea cólera me has echado en cara el haberte acuciado a emprender el camino que llevas, de lo que se deduce que no te satisface. Pero, querido Erich, forzoso te va a ser confesar que hasta el presente este camino te ha parecido siempre en extremo agradable. Incluso, no hace ni media hora, has estado explicándome tus proyectos para dedicarte en Bruselas a la especulación sobre el marco, y tenías todo el aspecto de querer continuar en este camino de vorágine...

«¡Ya salió el abogado! —pensó Erich amargado—. ¡El maldito tergiversador del derecho! De todo saca partido...».

Su amigo continuó en tono más y más dulce y preocupado:

—¡Y no digo que no! Ya hablaremos sobre ello. Daremos en encontrar un medio por el que, con la suficiente celeridad, pueda irte informando de las fluctuaciones locales. Pues no hay duda de que el marco bajará, bajará y mucho, pero llegará un día en que cese de descender. Tal día podría serte sin mí un día aciago querido Erich... —El abogado se detuvo resollando. La nieve obstaculizaba su visión y su avance. Se desprendió los anteojos de la nariz, los secó cuidadosamente, y dijo, prosiguiendo lentamente su camino—: Pero a un hombre tan inteligente y tan... egoísta como tú, Erich, no le cabrá duda que también los demás son egoístas. Por ejemplo, yo. Tendrás una cuenta que pagar. Debes de reconocer que hace tiempo que estoy esperando tu pago, y no dudo que a no tardar querrás saldarlo...

—Ya le dije —respondió de mala gana Erich Hackendahl— que le daría participación en el negocio con los marcos. Por otra parte...

—Eres un simple, Erich —dijo pausadamente el abogado—. Sin necesidad de ti gano más dinero de lo que quisieran los camaradas. No; la cuenta... te he dicho ya a donde íbamos...

—Yo no soy homo... —repitió Erich testarudamente.

—Por lo que tengo entendido, sucede con frecuencia que uno paga las cuentas no a gusto precisamente —dijo el abogado sonriendo—. A pesar de ello uno las paga... a despecho. A despecho.

Volvió a sonreír y contempló atentamente a Erich a través de sus redondos anteojos. A poco dijo:

—Tú eres un experimento que hice, ya te lo he dicho. Mi experimento. Cuando te conocí, de seguro lo recordarás, habías tomado a préstamo y por propia iniciativa, ciertas cantidades a tu padre y a tu hermana...

—¡No quiero saber ni una palabra de toda esta basura! —exclamó Erich casi a

gritos—. ¡Lo he devuelto todo!

—Verdad es, con mi dinero. Pues como decía: estabas al borde del abismo, pero creí ver arder en ti un cierto fuego que en mi estaba ya por aquel entonces extinguiéndose. Una confianza en ti, en los demás, en el bien, en qué sé yo. Y yo te amé a causa de este fuego...

—¿Hubiera debido entrar en el partido socialdemócrata, no? —dijo en son de burla Erich, movido por la ira—. Usted ya no creía en el partido, y no hacía más que aprovecharse de él, pero yo tenía que hacer el tonto, ¿no es eso?

—Te di cuantas ocasiones me fue posible —continuó, imperturbable, el abogado — para que, por así decirlo, te pasaras al lado claro. Mas incesantemente te inclinabas hacia el oscuro.

—¡Usted era el que me inclinaba!...

—No digas esto, Erich. ¿Quién salió de las trincheras para emboscarse?

—Y ¿quién fue el que en Lille me impulsó a entregarme a una cierta destrucción?

—¡Verdad es! En cuanto vi que ya no ardía en ti ningún fuego, sino una inclinación al ocio, a los negocios ociosos y a los goces ociosos, quise entonces ver hasta dónde llegarías y si habría por lo menos en ti algún rincón que pudiera esperarse algo, algún destello. Una débil esperanza...

—¡Adiós, señor doctor! —dijo Erich, aunque sin marcharse.

—He adquirido una elevada posición en el partido —dijo el abogado pensativamente, sin prestarle atención—. He permanecido adherido a él durante los años difíciles, en los que era un crimen ser socialdemócrata. Sin dejarnos desviar, hemos sido víctimas de toda clase de persecuciones, por aquel entonces creía aún en la bondad humana; en un porvenir más dichoso; en que la sociedad humana avanzaba; que aunque lentamente, avanzaba...

—Para una exaltación tal ha engordado usted mucho, señor doctor —le dijo Erich con despectiva sorna.

—¡Ah, Erich! ¡Qué estúpido eres! Para ser un sujeto tan astuto me estás resultado demasiado torpe. Precisamente de esto te estoy hablando: de haberme engordado, de la pérdida de mis ilusiones, de que hoy en día creo únicamente en esto: en que el hombre es malo. Tú fuiste mi última prueba, mí último destello de fe. Desgraciadamente, Erich, hijo mío, has resultado una verdadera decepción, desde el primer momento. —El abogado lanzó un suspiro—. Cuando un deudor —dijo, cual si tratara de negocios— no puede pagar al contado, se atiene a lo que nosotros los juristas llamamos valores reales...

Erich le contemplaba en sombrío silencio, mordiéndose con violencia el labio inferior. Estaban ante un café ya a oscuras; a no dudar, su punto de destino, pues el abogado no proseguía su camino.

—Tienes que reconocer —empezó de nuevo, hablando con dulzura al silencioso Erich— que durante mucho tiempo te he tenido consideración; que durante mucho tiempo me he privado de exponerte mis deseos. Seguía existiendo la posibilidad de

que en ti permaneciera algo de honestidad. Pero desde esta noche... Vamos a ver, Erich: ¿qué puede importarte? Por una vez puedes darme una alegría...

Erich, muy rígido, contemplaba el suplicante rostro, cuyo aspecto era no tan solo de súplica, sino de opresión. Repentinamente dijo en tono de hostilidad:

—Le tiemblan las mejillas, señor doctor. ¿Tan excitado está usted en realidad?... ¿Me cree usted capaz de una cosa tal?

El abogado parecía no haber oído. Dijo, excitado:

—Te desembarazaré de tu hermana y del miserable de Eugen Bast. Conservarás tu tranquilidad durante mucho tiempo. Te haré un hombre rico. En realidad es una pequeñez, Erich, un prejuicio... Ven, Erich.

Y se colgaba de él, queriendo arrastrarle hasta el café, oprimiendo febrilmente su mano:

—Erich, por favor... ¡una sola vez! He esperado tanto tiempo...

—¡Suélteme usted! —gritó Erich, liberándose—. ¡No me toque! ¿También ha tenido que tramar esto contra mí? —Le miró lleno de ira—. ¡Jamás lo haré, jamás!

El otro río atendía. No veía más que a la presa tanto tiempo acechada, que quería evadirse.

—¡Erich! —exclamó, cogiéndole de la mano, apretujándola y reteniéndola por más que Erich se debatiera con todas sus fuerzas. Luego, se inclinó, queriendo posar sus labios en aquella mano y Erich creyó notarlos ya...

Durante un momento se quedó temblando. A poco dominó su vacilación y propinó un fuerte golpe en la inclinada cabeza del abogado. Este se tambaleó, quiso agarrarse, cayó de espaldas en el pavimento, sobre la nieve, con un quejido lastimero...

«¿Por qué no voy? —pensó Erich, mirando fijamente al yacente—. No hubiera debido hacer esto; estoy borracho... Puede perjudicarme horriblemente... Ahora es ya tarde... Mejor será que me vaya...».

Y, sin embargo, permanecía allí, de pie, contemplando al yacente.

Este empezó a moverse; perplejo, medio se incorporó; miró a su alrededor.

—Oye, Erich —preguntó—. ¿Me he caído? Ayúdame.

Maquinalmente le alargó Erich la mano y le ayudó a levantarse.

El abogado, ya en pie, se sacudió la nieve de su abrigo y se llevó la mano a los ojos.

—Debo de haber perdido mis anteojos. ¿Quieres buscarlos, Erich? Tal vez no se hayan estropeado.

No se habían estropeado. Erich los encontró y se los entregó al diputado.

—¿Querrías irme a buscar un coche, Erich? Aquí mismo, en la esquina, hay una parada.

Erich le buscó también el coche. Pesadamente subió a él el abogado y se sentó. Temblando quedó Erich junto a la portezuela. ¿Debería acompañarle? Esperó a que el abogado dijera algo, mas este no lo hizo.

—Lo siento mucho, señor doctor... —principió a decir Erich quedamente.

—Buenas noches —dijo el abogado con un bostezo—. Verdaderamente no se debería beber tanto. ¡Caerse en la calle! ¡Buenas noches, Erich!

—Buenas noches, señor doctor.

Y el auto desapareció en la noche.

Una afluencia ininterrumpida de gente transcurría por la gigantesca prisión preventiva de Berlín, Moabit. Diez años atrás, el sufrir prisión era considerado como una infamia. Por aquel 1923, decía la gente: «¿Qué se le va a hacer? El que no tiene suerte, hasta de la cama se cae»...

Durante la guerra había empezado aquel estado de cosas. Todos o casi todos habían comprado manteca en el mercado negro, o se habían procurado patatas en furtivas excursiones. Mucha gente no lo encontraba bien, pero las leyes parecían en cierto modo no ajustarse a la vida cotidiana. La mayoría de ellas databan de antes de la guerra. Encontraba la gente que si un parado salía a robar era algo muy distinto a cuando antes de la guerra salía alguien a robar. Antes nadie lo necesitaba.

También la honradez se había hecho mucho más difícil para la gente que veía extenderse por todas partes la desfachatez. El acaparador, nacido en la guerra, y durante la guerra odiado y despreciado, había llegado a ser una figura familiar. El hombre fofo y gordo, con la cartera de documentos debajo del brazo, metido en su gran auto, no era ya tan despreciado como envidiado. La palabra acaparador se ponía a la orden del día, y no tan solo la palabra...

«Si —decía la gente—, ni tan siquiera sabemos si son solo los acaparadores los que dan al traste con todo. La culpa de la inflación la tienen los acaparadores de la Bolsa. ¿Por qué, entonces, el Gobierno no interviene también en la Bolsa? ¡Todo es acaparamiento! Los de arriba se ocultan detrás de la inflación. Quieren desembarazarse de los empréstitos de guerra; quedarse con nuestros ahorros; todas las semanas nos engañan con nuestro salario».

Así hablaba la gente en aquellos tiempos, sin sentirse ni por asomo solidarios con el Gobierno. Era igual que se llamara Gobierno de Scheidemann o Gabinete de Hermann Muller, Feherenbach, Wirth, Bauer o Cuno. Eran siempre los de arriba que no les atendían para nada. «No quieren más que sacar tajada y envolvernos en ello a nosotros», así pensaba la gente, y así lo decía.

El obrero que se agotaba en su fábrica no podía perderse en complicadas reflexiones sobre el tratado de Versalles, ni las reparticiones, la valuta o la ocupación del Ruhr; pero podía comprender perfectamente que su salario semanal, por alta que la suma fuera, no representaba más que una quinta y hasta una décima parte de su salario de tiempo de paz. Si, ya podían esforzarse en decirle: «Hemos perdido la guerra y tenemos que pagarla», El trabajador decía: «¿Y por qué yo? ¿Y los acaparadores, los especuladores de la guerra, los bonzos gordos?».

Además, ¿qué importancia teman unos cuantos robos, estafas y disimulos? Ocurrían en aquellos tiempos crímenes mucho más graves, crímenes de que los diarios hablaban durante semanas y semanas. Verdaderas atrocidades, asesinatos, crímenes en masa, hombres que decapitaban a otros y los convertían en embutidos

que luego vendían...

Al principio seguían encontrándolo escalofriante, mas luego fueron endureciéndose. Por fin los desvergonzados llegaron a hacer de ello hasta estribillos, que no tardaron en cantarse por todas partes; detrás del mostrador y en las calles; las muchachas y los viejos calaveras; en los salones de baile: «Ten un poco de paciencia, que Haarman vendrá por ti, con su hacha sin conciencia».

¿Qué de extrañar es, pues, que se llenaran las prisiones? Aquella máquina continuaba funcionando: a empujones, crujiendo, chirriando, truncaba millares de destinos. Párrafo tal y cual: tal penalidad; arreglado; el siguiente. Que tú seas culpable o que yo te considere así, no cuenta; lo decisivo es que se ha violado el párrafo tal.

¡Prisión preventiva de Moabit! ¡Prisión celular de Moabit! ¡Cientos de celdas y cada una de ellas ocupada cuatro y seis veces más de lo normal! Una confusión, un galimatías de destinos, de lenguaje. Todas las edades, todas las clases, todas las posiciones, todas las profesiones. Empleados extenuados, escribanos abrumados de trabajo. Locutorios, que jamás quedaban en calma, llenos de gritos, llantos, reproches, disputas. Escribanos de protocolo, expertos oficiales criminalistas, jueces de instrucción y abogados, procuradores, procuradores generales.

«... Anda, vivo, vivo; no tenemos mucho tiempo para ti; seis minutos. Me quedan aún hoy diecisiete interrogatorios y dos vistas. ¿Quiere usted confesar o no? A mí me es igual. Pues mire: quédese aquí un momento y piénselo».

«Celda 23, Hackendahl, visita para Hackendahl. ¿Puede la celda 23, Hackendahl, recibir una visita? ¿Quién es? ¿El hermano? ¿Es ya seguro que es el hermano? Es un caso grave. ¿Ha confesado ya la celda 23? ¿Existe todavía el peligro de que no quede en claro el asunto? ¡Pregúntelo al juez de instrucción! El juez de instrucción ha mandado recado de que no podía más, que necesitaba sin falta dormir al menos cuatro horas. Lo comprendo, lo comprendo todo; lo que no comprendo es cómo vamos a salirnos de todo este embrollo. Bien; pues aquí está el permiso para visitar a la prisionera de la celda 23, Eva Hackendahl, visita del hermano, digamos cinco minutos, y que no se hable durante ella del asunto. Dígaselo al guardián; que no se mencione para nada el asunto».

—Quiero llamarle la atención hacia el extremo de que no puede decir ni una palabra acerca del asunto por el cual se encuentra usted detenida. Ni la menor alusión. A la primera palabra que diga, se le retirará el permiso de visita.

—No quiero recibir ninguna visita... ¿Quién es?

—Ande, vaya; no haga remilgos. Ahora se le ha concedido ya el permiso de visita. Ande, ande.

—Pero ¿quién es?

—Creo que su hermano...

Heinz entró.

—Eva...

—Heinz, Bubi...

Quietud, silencio, contemplación ...

No se debe hablar nada que roce al asunto.

—¿Qué tal te va?

—Gracias, ahora me va mejor.

El guardián levanta la cabeza. ¿Será alguna frase convenida?

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No, gracias; tengo cuanto quiero.

—¿No necesitas dinero, Eva? Ya miraría... Ahora trabajo en un Banco...

—No; gracias. No necesito nada. Quietud, silencio.

Ambos se rompían la cabeza de sobre qué hablarían. No se les permitía hablar del asunto. ¡Y, sin embargo, era del asunto de lo único que tenían que hablar! De repente únicamente el asunto tuvo importancia en aquel locutorio frío y desmantelado, con su barrera de madera en el centro y su guardián que mira aburridamente hacia el reloj por si han transcurrido ya los cinco minutos. Todas las demás relaciones humanas se han esfumado, ya no existen; son vacías. No hay más que el asunto sobre el que no puede hablarse.

—Desde hace ya cuatro años vivo en casa de Tutti. No sé si estabas enterada.

—Sí, no; no estaba enterada. He estado mucho tiempo sin salir de casa, muchos meses...

El guardián levanta la cabeza, mira a ambos con ferocidad y en son de advertencia hace sonar el lápiz sobre su mesa. No es intransigente, pero allí todo es posible. La comunicación de la detenida a su hermano de no haber salido durante varios meses de casa, puede ser un signo para que este pueda presentar su coartada.

De nuevo se congela la conversación; se contemplan. ¡Rostros conocidos de antiguo, rostros fraternales, tan alejados por la vida, destinos tan opuestos! «¿Qué nos queda más que decirnos?».

—Los chicos de Tutti han crecido. Sabías ya que tenía dos chicos, ¿no? Otto tiene ahora seis años y Gustavo nueve. Son unos chicos estupendos. Nos dan muchas satisfacciones.

—Ya me lo imagino —luego, tímidamente—: ¿Por quién te has enterado?

Él comprende inmediatamente.

—Me citaron en el Juzgado para declarar.

El guardián golpea en son de advertencia. Y a pesar de ello, ella dice:

—¿Lo saben los viejos?

—El sábado pasado todavía no lo sabían. ¿Quieres que vaya a verles?

—Sí; hazme el favor. Diles... diles. No; no les digas nada.

Nuevo silencio. «¡Ah, si hubieran transcurrido ya estos interminables cinco minutos! No pude ayudarla cuando estaba fuera. ¿Cómo voy a ayudarla estando aquí dentro?».

—¿Quieres que te procure algo de comer? ¿Galletas? ¿Fruta? ¿O quieres unos

cigarrillos?

—No; gracias. No necesito nada.

El guardián se levanta:

—¡La visita ha terminado!

—¡Hasta la vista, Eva; no te desanimes! —dice Heinz, presurosamente.

—Adiós, Heinz.

—¡Ay, Dios mío, Eva! ¡Qué aturdido soy! ¿Tienes defensor?

—Debe usted irse. El tiempo de la visita ha transcurrido.

—Sí, tengo. ¡No te preocupes por nada! ¡Y no vuelvas más! ¡No vuelvas a visitarme! ¡Ni siquiera más tarde!

—Oiga. ¡Debe usted retirarse!

Eva, casi gritando:

—Diles a los viejos que me he muerto, que me he muerto hace ya tiempo. De su Eva no queda ya nada en mí...

—¡Basta ya! Siempre a última hora se les ocurre el parloteo. Óigame; como otra vez empiece a irse de la lengua en cuanto yo haya dicho que la visita ha terminado, la denunciaré y no recibiré ni una visita más.

—¡Yo no quería recibir visitas! ¡Ya se lo dije!

—¡Haberse callado entonces! Pero como todas, tenía que empezar a gritar cuando había transcurrido ya el tiempo... ¡Ah, basta de hablar! ¡Entre en la celda!

Una prisión es un edificio complicado, asegurado hasta el extremo por cerraduras, muros, barrotes y rejas; un aparato rebuscado con guardianes que vigilan a los presos, y con inspectores que vigilan a los guardianes. Con registros, controles regulares y controles por sorpresa, censura de cartas y presos que denuncian a los otros presos...

Una red de fino entretejido, anudada malla por malla, por la que nada puede escabullirse. Además, el ala de las mujeres queda aislada de la de los hombres. Sin embargo, apenas habían transcurrido veinticuatro horas desde la detención de Eugen Bast y Eva Hackendahl, ya una de las presas encargadas de distribuir la comida había puesto en manos de Eva una nota; un billete; la primera advertencia del ciego señor a su esclava: «Ni aun en la cárcel estás libre...».

Aquel primer día había estado Eva paseando de un lado a otro de su celda, de un muro al otro, desde la puerta a la ventana, pasando por delante de sus compañeras como si no las viera... Podía permitírsele, pues gozaba de consideración, por su reputación de caso difícil. Continuamente se abría la puerta con estrépito: «Hackendahl, al interrogatorio».

A las demás les permitían holgazanear durante tres días sin que ningún juez instructor las reclamara. A ella la requerían constantemente.

Las cosas han de ser o muy buenas o muy malas; de ambas maneras se logra imponer a los tontos. Eva les imponía:

—¿Qué puede haber hecho tan tremendo? —conjeturaban—. No parece, por su aspecto, que...

—¡Idiota! Precisamente las que no lo parecen son las peores. Una vez vi a una envenenadora, que se parecía a mi abuela...

—¡Si tu abuela se te parece, no me extraña...!

Eva paseaba aceptando la consideración de las demás, como aceptaba la prisión: era algo exterior, lejano, sin importancia. En su interior seguía viviendo los años pasados en aquel cuarto con Eugen Bast, años en que no existía para ella nada más que el ciego. Háblele dicho a Heinz la verdad: durante los últimos años apenas si salió a la calle. Él la había tenido encerrada como a una prisionera. Eugen, convertido en un mendigo profesional, solicitaba la caridad y se dedicaba a aceptar sillas para repararlas. En realidad aquellas sillas no las reparaba él, puesto que ella era la que tenía que tejer las pajas. Pero eran una buena excusa para introducirse en las viviendas extrañas y facilitarles a sus amigos ocasiones y datos para sus robos. A nadie se le ocurría sospechar del ciego conducido por un lazarillo. ¡Oh, la astucia de Eugen Bast!

Fueron años monótonos e interminables; día tras día igual el uno al otro. Y, sin embargo, no fueron tan duros como los primeros en los que tuvo que acostumbrarse a su dominio, en los que todavía pensaba en la fuga y en la libertad.

Desde hacía ya tiempo no le quedaban fuerzas para nada de esto. Se había entumecido; lo aceptaba todo. Se limitaba a llorar cuando le pegaba: a gritar cuando le tiraba de los cabellos, lo que le resultaba especialmente doloroso; mucho más doloroso que los golpes. Finalmente, se cansaba él de sus golpes y tirones.

Mas precisamente este entumecimiento era lo que de continuo acuciaba nuevamente a Eugen Bast contra ella. Eugen era ingenioso. Nadie podía discutirle un cierto ingenio en la invención de mortificaciones, y con ella no perdía el tiempo. De no haberle sido tan útil, tiempo haría que se hubiera desembarazado de aquella aburrida carga. Eugen Bast no era ya tan joven como en otros tiempos. Desde su ceguera no podía vagabundear por el mundo y habíase vuelto más comodón, más gordo. Le gustaba el orden, la limpieza, la buena comida. Elle se lo procuraba y no le salía costando más que lo poco que comía. Además era discreta y callada. No se entregaba a habladurías; sin una palabra, sin una protesta se acomodaba a todo. Más ciega que el mismo ciego.

Ya no podía Eugen Bast ir por sí mismo a robar ni a hacer trabajar a las chicas por la calle. Al principio le resultó enojoso, mas no tardó en comprender que el que opera en la sombra obtiene más ventaja que el que saca las castañas del fuego. El ciego preparaba las ocasiones, reclamando por ello una buena parte del botín. Fue primero el guía y luego el financiero de ladrones que jamás tenían dinero, Eugen Bast tenía sus ahorros, su cuenta en el Banco. Tenía, asimismo, su caja fuerte con valores de inmovible cambio...

Eugen Bast había llegado a ser un gran hombre y llegaría a serlo aún más. En cierta ocasión en que «los chicos» le trajeron en vez de los títulos esperados un paquete de cartas, se llenó de injurias y acortó considerablemente su parte a título de castigo. Más tarde se hizo leer aquellas cartas por Eva, como pasatiempo, mientras él yacía en la cama haciendo la digestión. Ella, arrodillada junto al lecho sobre un cepillo, le iba leyendo. Así disfrutaba de cuantos goces podía imaginar...

Hasta entonces poca cosa había podido idear Eugen Bast en materia de cartas. Escapaba a su comprensión lo que podía decirse la gente para llenar cuatro y hasta ocho carillas. Pero: Vivir para ver. Eugen Bast aprendió lo altamente edificante que resultaba escuchar lo que escribía una cierta «Ella» a un cierto «Él» sobre cuatro carillas.

Regularmente comenzaba la tal «Ella» con frases de amor y de nostalgia simples y apasionadas, mas apenas llegaba a la segunda página venían los recuerdos picantes, las dulces deshonestidades. ¡Esa «Ella» era capaz de inflamar a cualquier hombre! Eugen Bast, que no había visto nunca a la tal «Ella», se encendía con sus bromas eróticas.

Hacía que Eva leyera hasta que se separaba del cepillo. Entonces quedábase tumbado en la quietud de la noche fumando cigarrillos y reflexionando. No cabía duda de que las lecturas eran edificantes, pero con su ingenio pronto llegó a la conclusión que podía sacarse mucho más partido de aquellas cartas...

Las sillas que Eugen Bast recibiera para reparar de la casa de las cartas, eran unas sillas inglesas de gran valor, cuyo asiento tuvo que hacer trenzar con una paja parda especial que hubo que procurarse especialmente para aquel menester. Precisamente para pagar la compra de la paja, el dueño, dando muestras de inconsciencia al pensar que los ciegos no pueden ver, sacó sin ningún cuidado un billete de su caja fuerte simulada tras un tapiz. Muy sorprendido hubiera quedado aquel señor de haberle Eugen Bast descrito la posición exacta de su caja fuerte con una diferencia máxima de diez centímetros. Y es que los ciegos suplen su falta de vista con la agudización de su oído.

Juzgando, pues, por las sillas y por la caja fuerte, el hombre parecía gozar de buena posición. Era, por lo demás, un hombre casado y padre de familia. De las cartas se deducía también, si no más, que la redactora era una mujer casada, también en buena posición...

Resultó un negocio estupendo para un ciego, una cosa que rendía por sí misma: los chicos se encargaban de traerle las cartas sin sospechar su valor. Era gracioso, pero de cada tres cajas fuertes había una con cartas como aquellas. Eva escribía las primeras alusiones amables, y el pobre mendigo ciego se limitaba a hacer de mensajero, de mensajero inconsciente. «Vengo a buscar el paquetito que tienen para el señor... Lehmann. ¡Ya sabe usted!».

¡Ah, cómo subió Eugen Bast! Por otra parte ya no se llamaba, naturalmente, Eugen Bast, sino Walter Schmidt o Hermann Schulze. Tenía papeles en toda regla, como ciego de guerra y titular de pensión, todo en el mejor de los órdenes, ¡compruébelo, señor policía! Sí, subió y se regodeó en su propia maldad; por tiempo y tiempo podía reflexionar sobre las cartas en la oscuridad en que vivía noche y día; sobre sus *chantages* y aquellos a quienes quería atormentar y atormentaría. Hombres y mujeres a los que no dejaría en paz, a los que sacaría dinero, mucho dinero, por medio de aquella correspondencia adúltera, valiéndose de amenazas, ruegos, mentiras... Desde sus tinieblas...

Jamás lograría encontrar otro ser como Eva. Hacía lo que él ordenaba, sin preguntar, sin quejarse, sin rebelarse. Jamás le delataría. Era algo tan suyo que sin pestañear cumplía al instante sus deseos. Durante aquellos años no se había salido de aquel camino ni por un momento, ni había podido hablar con ningún otro de sus semejantes; cuando él salía cerraba cuidadosamente el piso. No tenía otra cosa en la cabeza que él. Asimismo no podía quitarse de ella tanto estuviera el ciego cerca como lejos, lo que le había inculcado durante tres años día tras día, en toda clase de variaciones; con reproches quejas, burlas, amenazas: que era ella la que le había vuelto ciego y repulsivo. Que tenía que repararlo, y que nunca podría expiarlo...

Aun el más taimado de los truhanes está expuesto a caer cualquier día. Por muy ladinamente que haya echado sus cálculos, por mucho que haya pensado en todo, cuando más ajeno está resulta que la vida calcula de otro modo y surge siempre del rincón menos pensado. Naturalmente, también Eugen Bast cayó; cayó cuando no

tenía ni el menor recelo; cayó sin que la policía tuviera la más remota idea de quién era él; cayó sin que el motivo fuera ninguno de sus innumerables hechos punibles. Cayó de la manera más insospechada. La vida misma le hizo presa. ¡Por medio de un cambio de domicilio!

Y no es que los Bast hubieran variado de domicilio, sino que Mazeike, el dueño de la casa, ganó, por fin, el proceso que en la Fiscalía de la Vivienda se seguía contra el inquilino Dornbrack que no pagaba. El Comité de Beneficencia asignó a la familia Dornbrack un barracón en que vivir y el domicilio que les había pertenecido quedó libre.

Eugen Bast no notó nada de esto. Ni conocía al dueño de la casa, ni conocía a los Dornbrack, ni conoció al nuevo inquilino, un cierto Querkuleit. Y, sin embargo, fue Querkuleit el que le puso en situación de caer...

Bast habitaba en una de estas masas gigantescas del Este en que parecen albergarse miles de viviendas. En una de aquellas colmenas humanas se aposentó Eugen Bast. Quedaba allí esfumado, sin interés. No era más que el mendigo ciego. Muchos de los inquilinos de la casa le habían visto pidiendo caridad en Friedrichstrasse, a donde le acompañaba y le iba a buscar un lazarillo. Se decía que vivía con una mujerzuela, pero a ella no se la había visto nunca. Probablemente tendría aún un aspecto más repulsivo que el de él.

Nada más. Así quedó clasificado e ignorado. ¡Eran tantas las tragedias que cobijaba aquel techo! Nacían niños; eran apaleados; las mujeres se debatían. Hoy venía este borracho; mañana estaba aquel enfermo. No era una casa agradable, excepto para Eugen Bast. Una casa entre muchas de las pobres y en un tiempo de miseria. Los recién casados Querkuleit hubieran preferido un hogar más acogedor, pero los tiempos que corrían no abundaban en viviendas vacías. A Querkuleit, joven empleado en el Comité de Beneficencia, le habían otorgado preferencia, sin transgredir nada, sin que nadie tuviera nada que objetar. Estaba en la lista y con un poco de apoyo... En todo caso no había podido elegir.

A aquella casa superhabitada fueron a parar. Se querían entrañablemente — también de esto había en aquel año de pesadilla de 1923— y trataron de vivir su vida para sí. Parecía difícil, pues la casa se entremetía en ella. Al pasar Eugen Bast silencioso y siniestro tenía que preguntar la señora Querkuleit: «Vamos, pequeño, ¿por qué lloras? ¿Quién te ha pisoteado sin consideración?».

Y el joven Querkuleit tuvo que verse al cabo de un trimestre envuelto en por lo menos seis de las peleas de la casa. Que si los retretes, que si las basuras, que si los lavaderos, que si la señora Schmidt había tratado a la señora Schulze de vieja arpía, que si él le había dicho a la Dobrin que del domicilio de los Müller se desprendía siempre una peste insufrible...

Para abreviar: los Querkuleit eran jóvenes sin malicia que creían que las gentes no debían amargarse fa vida unos a otros ni hacerla más difícil de lo que ya era. Por lo que en seguida toda la casa se dedicó a complicar la vida a los Querkuleit hasta el

extremo.

Pero eran jóvenes. Antes de que cedieran tenía que agravarse mucho la cosa. Con amargura luchaban por el derecho y la compostura en un mundo en el que triunfaban la injusticia y la desvergüenza. En todo caso no se contentaron con sus seis disputas caseras. La señora Querkuleit, que, propiamente, como mujer, hubiera debido ser la más discreta en las peripecias de la vida, se empeñaba en decir:

—Oyes, ahora está llorando.

O bien:

—¡Oyes!, ahora le pega. ¡Tú, despiértate! ¡Se ha caído al suelo! ¡Está gritando!

Querkuleit, por las noches, estaba cansadísimo y se dormía inmediatamente. Pero la señora Querkuleit tenía el sueño más ligero, cualquier ruido le producía un sobresalto y la desvelaba. Con aquellos ruidos en el piso de abajo tenía continuos sobresaltos, que la estremecían. Noche tras noche se despertaba yola llorar a una mujer. La oía incluso sollozar y algunas veces gritar. Creía oír el ruido de golpes. Mas jamás le llegaba la voz del hombre a quien, sin embargo, habían de obedecer todos aquellos ruidos. Era horripilante en extremo.

Despertaba a su Querkuleit, obligándole a que escuchara. Era dichosa, pero veía su dicha empañada al saber que otra era tan desgraciada. Al principio, Querkuleit se mostró reacio a ser despertado por las noches a causa del llanto de una mujer. Hasta los hombres más partidarios de la justicia gustan del sueño. Pero con el tiempo se fue aguijoneando su espíritu combativo.

Fue su mujer la que primero le hizo notar que jamás se oía ni un ruido procedente del hombre, ni una palabra. No les llegaba ni un grito de reproche ni de llamada. No se oía más que a la mujer. Era algo insólito. No les fue difícil informarse de quién era el que vivía en el piso de debajo de ellos: un ciego que iba a mendigar y que se dedicaba a reparar sillas. Tal vez un hombre digno de lástima. Supieron que no era mudo. Querkuleit le había oído decir una vez unas palabras al lazarillo. No por la mudez quedaba explicado no oír jamás ni un ruido de parte de aquel hombre.

Cosa singular: por la noche únicamente se oía a la mujer y durante el día tan solo se veía al hombre. Los Querkuleit se informaron, preguntaron a los vecinos, y supieron que a la mujer no se la veía nunca. Nadie sabía el aspecto que tenía.

—¡Es enigmático! —decía la señora Querkuleit.

—¡Tengo que descubrirlo! —decía Querkuleit.

¡Ah, la de sueños que pueden concebirse en una de estas casas de los mil destinos cuando uno es todavía joven y no conocía la vida; cuando cree uno en que tiene un puesto que desempeñar en este mundo; cuando todavía no se ha acostumbrado uno a este mundo de contradicciones; cuando todavía resplandece en uno un reflejo del caos desconocido de que provenimos! Los Querkuleit contemplaron durante varios días el rostro del ciego lleno de cicatrices y rígido como una máscara. Durante varias noches escucharon los llantos y los gritos.

Eran gente sencilla y sabían que no es insólito que haya mujeres a quienes pega el

marido: Les parecía mezquino, pero en cierto modo tenía algo de humano. Pero cuanto concernía al ciego era inhumano. Lo discutieron extensamente y seguía siendo inhumano. Y lo que era inhumano tenía que modificarse...

Por fin fue Querkuleit a la comisaría y expuso sus recelos. El comisario movió la cabeza:

—Mire usted, joven; a nosotros los de la policía no nos gusta hacer el ridículo. ¡Una mujer maltratada todas las noches y que ni tan siquiera trata de ponerse en comunicación con el mundo exterior! ¡Ah, no!

—Pero podría ser que... —empezó a decir Querkuleit, ruborizado.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó amistosamente el comisario—. Al parecer la encadena durante el día, ¿no es eso? ¿De tal manera que no puede ni golpear en la pared? No, no. Tiene usted demasiada fantasía —consultó el fichero—. Y por otra parte hace ya tres años que viven ahí. Sin duda es una unión libre, pero sobre esto hace ya tiempo que hemos dejado de preocuparnos.

—¡Pero no es posible...! —exclamó Querkuleit.

—Naturalmente que es posible. También usted aprenderá, joven. Oiga una buena máxima: «No soples sobre el fuego que no te quema».

—¡Es una máxima de cobardes! —gritó Querkuleit con exaltación—. Lejos llegaríamos si la gente no extinguiera más que el fuego que le quema.

—Bastante lejos ha ido en estos últimos tiempos, ¿no le parece? —El comisario contempló al joven celador con conmisericordiosa sonrisa. Luego adoptó un tono profesional—: Lamentamos no poder estimar su denuncia —añadió, mirando fijamente al joven—. Naturalmente si pudiera usted informarnos de que la mujer ha pedido socorro...

Muy pensativo se fue Querkuleit a su casa e informó a su mujer. Trató de ponerse de parte del comisario, mas ella se desencadenó contra este:

—¡La policía necesita encontrarse con un muerto antes de molestarse! ¡No; les sería muy incómodo averiguar un poco!

—¡Así es que no me despiertes más! —dijo él con energía—. No conduce a nada y yo necesito dormir. Las discusiones en el departamento de la vivienda se están poniendo insostenibles...

Con todo, Querkuleit había perdido la tranquilidad.

Ahora se despertaba por si mismo durante las noches y yacía quieto para que su mujer no se apercebiera, a pesar de que sentía que también ella estaba despierta y escuchaba. Ambos atendían a los llantos por la noche. Resultaba muy difícil volver a dormirse, resultaba muy difícil aceptar que el mundo continuara tan desquiciado... Cuando uno es joven no le gusta a uno dejar de cumplir su deber...

No; no trató de ponerse en contacto con la mujer. Tuvo un presentimiento. El admirable poder de presentimiento de la juventud, clara estrella guiadora en la que uno no puede menos de creer. Tuvo el presentimiento de que en aquel asunto debía obrar por propia responsabilidad...

Finalmente, como la cosa le atormentaba ya demasiado, se fue sin consultar con su mujer a la comisaría y denunció que desde hacía cuatro o cinco días le llamaban diariamente en tal y tal puerta y solicitaban su ayuda...

A pesar de que había escogido un momento en que el comisario no estaba allí, de que no tenía que entenderse con un funcionario receloso, tuvo que cerrarse en sus mentiras: «¿Por qué la mujer no había llamado también a otros vecinos? ¿De qué le conocía a él? ¿Qué había alegado como motivo de los malos tratos? ¿Se había quejado de estar privada de libertad? ¿Por qué no pedía auxilio por la ventana? Casi todos los días un policía atravesaba el patio».

A los idealistas no les resulta fácil vivir en este mundo de acuerdo con su ideal. Una actitud obstinada le libró de la maraña de mentiras en que estaba a punto de perderse:

—La cuestión es que se me ha pedido ayuda. Yo vengo a denunciarlo. Usted haga lo que le parezca.

El funcionario se decidió. Por última vez había llamado la atención del joven acerca de las desagradables consecuencias que podría tener para él una denuncia falsa, pero al ver que Querkuleit quedaba imperturbable, ordenó a un policía que fuera con él a la vivienda y viera qué podía hacerse.

A poco estaban Querkuleit y el policía ante la puerta de aquel piso. Al no obtener resultado alguno en su primera llamada, la repitieron varias veces hasta que Querkuleit propuso ir a buscar a un cerrajero.

El policía hizo con la cabeza un ademán negativo:

—No puedo.

—¡Pero si es seguro que la mujer está en casa!

—¿Por qué no sale a abrir entonces?

—Precisamente el que no salga demuestra que...

—En todo caso no tenemos ningún derecho a forzar la puerta.

Se trataba de un hombre ya entrado en años con el bigote gris cual de hierro. Querkuleit encontró que era un funcionario sin celo y entumecido. El policía volvió a oprimir el timbre, y al ver que nadie salía a abrir, dijo la máxima que dicen todos los comodones: «¡Qué le vamos a hacer!».

Y se dispuso a descender las escaleras.

En aquel instante subía por ellas Eugen Bast, El ciego, con una mano en la barandilla, iba tanteando los escalones. Como tenía por costumbre, había despedido al lazarillo junto al portal, pues conocía todos los detalles de la escalera y no gustaba de introducir espías en su casa...

Ambos le oyeron acercarse, oyeron el rumor quedo y precavido de sus pasos en la escalera y casi aún más distintamente oyeron el seco rozar de su mano en la barandilla. Le estuvieron mirando, mas él no les vio; ni les vio ni les oyó...

Y no les oyó porque al verle subir, con su horrible rostro ciego, siniestro, lleno de cicatrices y envuelto en un raído abrigo gris, Querkuleit posó involuntariamente la

mano en el brazo del policía, conminándole al silencio, y aquel comprendió inmediatamente...

El ciego no les vio, ni les oyó, pero les adivinó. Levantó la cabeza cual si quisiera olfatear el aire y preguntó:

—¿Quién anda ahí?

De nuevo la mano fue a posarse en el brazo del policía. Silencio de inmovilidad.

—¡Aquí hay alguien!

Nada.

Salió la voz falsa y quejumbrosa.

—¡Soy un pobre mendigo ciego! ¡No gastéis bromas a un pobre ciego! ¡Vamos!

Nada.

A esto había llegado el ciego al descansillo de la *escalera*, en donde a plena luz, que la ventana esparcía, adelantó hacia ellos su repugnante rostro apenas a un metro de distancia de donde estaban. El rostro con la entreabierta boca les quedaba muy cerca; era incomprendible que no les viera... Había que saber que no podía ver y aun así resultaba incomprendible...

El policía contempló a aquel hombre. No; no le conocía. Donde tal vez había algo era en el sonido de su voz: quien ha tenido que tratar a muchos mentirosos, intuye al que lo es. Y tal vez había también algo en el conjunto del comportamiento de aquel hombre; algo indefinido de que apenas tenía el policía consciencia. Un mendigo ciego se hubiera mostrado desamparado y temeroso, en tanto que en aquel hombre había algo de tenso, de airada vigilancia...

Lo único que Querkuleit sentía ante el cercano y espeluznante rostro del ciego era un miedo atroz...

Con tono implorante:

—Decidme, chicos, ¿quién anda ahí? Noto que hay más de uno. ¿Qué queréis?

A la sazón mostró el policía que no era viejo y entumecido, sino que tenía sus mañas. Echó mano al hondo bolsillo de su abrigo y con la mano bien crispada para que no se oyera demasiado pronto el ruido, extrajo algo de él...

Por muy quedamente que lo hubiera hecho, el ciego oyó el rozar de la piel con la tela. Empuñó el bastón... Con voz sorprendida, airada y dura, dijo:

—Si no dices en seguida lo que quieres, te despellejo.

Querkuleit comprendió por qué por las noches no oía la voz de aquel hombre. Incluso entonces, dominado por la furia, la empleaba en un murmullo.

El policía abrió la mano, haciendo sonar las esposas...

—¡La poli! —gritó Eugen Bast—. ¡Quieren detenerme!

Y dio con su bastón un golpe tan certero al estómago del agente, que este cayó de bruces exhalando gritos de dolor, en tanto que Eugen Bast se deslizaba escaleras abajo con tal irreal precisión y con tal rapidez que Querkuleit, a pesar de estar dotado de vista, no alcanzó a seguirle.

En lo alto, el policía, que no podía levantarse a causa del dolor, hizo cuanto pudo:

hizo sonar el pito de alarma. A la sazón podía hacerla: un individuo que reaccionaba en tal forma al oír el sonido de las esposas, no había de ser un simple mutilado de guerra, sino algo más. ¡Ya se comprobaría a su debido tiempo!

El sonido del pito puso en conmoción a toda la casa.

—¡Detenedlo! —gritó Querkuleit.

De pronto el ciego empezó a encontrar obstáculos por todas partes. Trató de escabullirse, se desconcertó, perdió la dirección, tropezó, cayó... y dio tiempo a Querkuleit de llegar hasta él.

El caído cejó en su empeño de fugarse.

—¿Qué me queréis? —preguntó quejumbroso—. ¡A un pobre mendigo ciego! ¡No he hecho nada malo! ¡Es el pánico que me habéis infundido!

Mas era ya demasiado tarde para desempeñar el papel de indefenso. El policía tenía en su haber el golpe que para un mendigo indefenso había sido demasiado certero y maligno. Había visto la reacción de aquel individuo al oír el ruido de las esposas; sabía lo que sabía, y todo lo demás era solo cuestión de pacientes y concienzudas averiguaciones... Incluso los mejores de entre los documentos falsificados surten efectividad solo hasta el momento en que su poseedor no resulta sospechoso... Pronto echó de verlo así hasta el taimado Eugen Bast... Confesaría lo que no podía menos de confesar, lo que le podían probar más que sobradamente; todo lo demás lo negaría. Se disculparía haciendo recaer sobre aquella vaca, sobre Eva, todo el peso de la culpa; ni por un momento dejaría de hundirla...

Así fue como le llegó a Eva el billete aquel. El singular billete en el que no había ni la menor instrucción para sus declaraciones. Tan solo estas simples palabras:

«Al oír mi silbido te arrodillarás...».

La detenida recorre su celda de un lado a otro. ¡Ha estado tanto tiempo ausente de ella con los interrogatorios y la visita del hermano...! No piensa en el destino que la espera ni en el hermano ni en sus declaraciones. Tan solo, inquieta, va pensando: «¿Habrás silbado mientras no estaba en la celda?».

Tan sumida está en la obediencia, que ni se le ocurre lo indiferente que resulta el que haya silbado o no, ya que no puede observar el efecto de su silbido.

No se le ocurre que es ya libre, pues para ella no puede haber libertad. No hace más que esperar, atormentarse.

Estando sentada a la mesa le llega por la ventana, a través del patio, el estridente silbido.

Deja la cuchara en el plato, se va a un rincón y se arrodilla. No le importa lo que las demás puedan pensar o decir. Liberada, casi dichosa, se arrodilla: vuelve a estar en las manos de su dueño y señor, vuelve a ser su criatura. Solo suya. De rodillas.

A Heinz no le fue fácil decidirse a ir a ver a su padre. Ya bastante pesada encontraba la carga de todo cuanto sobre él había recaído sin tener que ir a contar ahora lo de su hermana. ¡No, no era fácil...!

Escuchando sin decir palabra las condolencias de la madre, estaba el padre sentado a la mesa tallando un bastón, en tanto que esta seguía deplorando que hubiérase terminado el trabajo nocturno... Ponderaba la de dinero que hubieran obtenido y cómo al fin hubieran podido vivir de nuevo sin privaciones. ¡Y todo terminó!

—¡No sé nunca los motivos que hacen a padre tomar sus resoluciones!

El padre se limitó a decir:

—¡Payasadas!

La madre se atribuyó la reflexión y siguió lamentándose plañideramente, en tanto que Heinz comprendió que el padre se refería a sus actividades en el grosero local y se impacientó. A gusto hubiera intervenido. Encontraba, y no por primera vez, que la madre iba un poco demasiado lejos con sus lamentos y que el padre era más paciente de cuanto de él pudiera esperarse.

Naturalmente había olvidado la madre con cuánta amargura se quejara al principio de la propensión del padre a acostumbrarse a la bebida y a buen seguro que él sin haberlo olvidado, se guardaba de refrescarle la memoria, al no hacer la menor alusión, comprensiva y pacientemente.

Por fin hizo la madre una pausa, permitiendo al hijo contar lo que a Eva atañía.

—¡Hacía tiempo que lo esperaba! —se dolió la madre.

El padre clavó en el hijo sus ojos muy abiertos, mas no dijo nada. Transcurrido un rato se levantó, empezó a pasear por la habitación y ordenó finalmente a la madre:

—Ve a hacernos café.

Llorando salió lentamente la madre. Lloraba con tal facilidad y poniendo tan poco esfuerzo en contenerse, que resultaba desagradable contemplarla. Igual que entonces lloraba por cualquier contrariedad; a lo mejor por habersele quemado el arroz con leche.

El padre quedó ante Heinz.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó.

—Ha cambiado mucho. Está envejecida y sin vida.

—¿Es el mismo individuo de siempre? Bast, se llamaba. Eugen Bast.

—Sí.

—Entonces no hay nada que hacer. Lo vi una vez.

—También lo vi yo una vez —dijo Heinz. Cerró los ojos y recordó al ciego haciéndose besar por la hermana las horripilantes cicatrices—. ¡Espantoso! ¿Le viste cuando era ya ciego?

—¿Ciego? ¿Es ciego ahora? ¡Ha sido un castigo de Dios!

—Eva le dejó ciego de un tiro.

—¿Eva? Tal vez se pueda todavía hacer algo.

—No, desde entonces, ya no. No tiene fuerzas para resistírsele.

—Sí —dijo el anciano—. No. Tienes razón. ¿Piensas volver a verla?

—Sí.

—Bien. ¿También a mí me interrogarán?

—Seguramente.

—¿Qué podré decirles?

—Todo tal como es.

—Tal como es. —Gustavo el férreo rio—. Será difícil. Pues no sé cómo es. No sé todo lo que a mis hijos les ha pasado. ¿Por qué habrá sido así, Bubi? ¿No te da miedo a veces parecerse a ellos?

—No, padre; hace ya tiempo que no me da miedo. En absoluto. En otro tiempo sí que temí...

—¡Lo ves!

—Muchas veces pienso que a los hermanos les ha ocurrido todo esto porque son mayores que yo. Han tenido que pasar por todo, y no como yo, que solo he padecido la inflación. De la guerra poco sé en realidad, y de la paz apenas si algo... Los tiempos de paz de antes de la guerra fueron especialmente graves, padre.

—¡Ah, no digas! El tiempo de antes de la guerra era estupendo; era la edad de oro.

—¡No todo iba bien, padre! Parecía ser de oro y no era más que relumbrón. No era legítimo, se desdorbaba con el uso.

—A mí no se me desdoró nada.

Heinz hubiera podido contestar. Pensaba en el bienestar del padre que se habíase «desdorado». Pensaba en el cariño de los hijos sobre el que no puede mandarse, que también habíase desdorado. Pensaba en la férrea firmeza del padre, que cada vez se reblandecía más y más, de la que ya muy poca quedaba, por muy a menudo que blasonara de ella... Pero no valía la pena...

El padre seguía con sus pensamientos. Dijo:

—Antes era fácil para un viejo seguir su vida normal, ¡pero ahora!... ¡Ahora es imposible!

Miró a la talla que estaba sobre la mesa y se le avivó la mirada:

—En todo caso sigo haciendo lo que me viene en gana. No me atengo ya ni a las leyes, ni a mis hijos, ni a lo que predica el pastor; me atengo solo a mi mismo... Heinz, ¿qué saldrá de ahí?

Y levantó en vilo el bastón.

—No lo sé, padre. ¿Será tal vez un látigo? Es demasiado corto...

—Espera cinco minutos —dijo el padre con el tono dominante empleado en otros tiempos—; pongo aquí una abrazadera y una correa... ¿Es verdad que lo que más les

gusta es jugar a los coches de caballos?

—¡Vaya si lo es! —dijo Heinz, comprensivo—. ¿No te gustaría llevarles por ti mismo el látigo a los chicos, padre? Son muy simpáticos.

—¿Te molesta que te vean por las calles con un látigo de juguete? Voy a hacerle dos nudos. ¿Sabrás hacerlo chasquear aún, supongo?

—Creo que tú les enseñarías mejor, padre...

—¡Déjate! ¡Ya basta con una vez! ¡Ya basta con haberse dejado atrapar una vez! ¡Y yo me he dejado coger cuatro! A ti no te cuento, Heinz; tú eres un buen chico.

—Te aseguro que son muy simpáticos, padre. Yo, de ti, les iría a ver aunque no fuera más que una vez.

—¡Ya te he dicho que no quiero verme envuelto! ¡No y no!

—Sería estupendo que tú se lo llevaras. Te divertiría.

—No tengo nada que ver con los hijos de la Gudde.

—¡Pero si hace tiempo que se llama como tú y como yo, padre! Se llama Hackendahl.

—Cuando tuvo los niños era una Gudde.

—No comprendo, padre, que de pronto te hayas vuelto tan meticuloso.

—Otto era un pelele y ella es una jorobada. No, no quiero ver a los niños. Cuando quiero acariciar a alguien, voy a ver a mi jaco.

—Otto solo era un pelele contigo.

—¿Acabará teniendo yo la culpa?

—Allí en las trincheras no fue jamás un pelele; y no es propio de ti, padre, que le echés en cara a alguien el ser cargado de espaldas.

—¡Todos los jorobados son unos hipócritas! —dijo el anciano tercamente.

—¡Qué tontería, padre! Por lo mismo podrías decir que todos los pelirrojos son unos inútiles.

—¡Y lo son! ¡También Judas era pelirrojo! ¡A lo mejor tenía igualmente joroba y no lo sabemos!...

—¡La que en tiempos tan duros cuida ella sola de la educación de sus hijos!

—¡Vaya manera de estar sola! Y tú ¿qué haces?

Heinz enrojeció, y al darse cuenta de su rubor se acrecentó su enojo. De otra parte, también el padre se había picado.

—No es que insinúe que tengas nada que ver con la Gudde...

—¡Ah, cállate! ¡No puedes decir esto!

—¿Mandas callar a tu padre?

—¡Si no quieres, no tienes ninguna necesidad de hacerles el látigo a los chicos!

—¿Se lo vas a llevar o no?

Y le alargó el látigo.

Heinz no lo cogió.

—Llévaselo tú mismo. Vete a ver a los chicos. Pelele y Judas. ¡Vaya manera de hablar de tus hijos!

—¡La Gudde no es mi hija!

—Buenas noches, padre.

—Buenas noches, Bubi. No debes enojarte conmigo. Soy un anciano y he sido siempre muy férreo. ¡Nadie me fuerza a hacer lo que no quiero!

—Buenas noches, padre.

—Buenas noches, Heinz... ¡Heinz! ¡Heinz! Dejaré el látigo en esta esquina, junto a la estufa. Cuando te hayas apaciguado puedes venir a buscarlo.

—No pienso ni tocarlo.

—¡Testarudo! No se debe decir que jamás se hará algo.

—¿Quién es el testarudo?

—¡Tú, naturalmente!

—¡No, padre! ¡Tú!

—¿Quién es el que no quiere coger el látigo, tú o yo?

—¿Quién es el que no quiere llevarlo, tú o yo?

Entre airados y burlones se enfrentaban uno con otro. Ambos estaban furiosos, más con una furia algo forzada. Se apreciaban demasiado para enfadarse verdaderamente.

Entró la madre con el café.

—¿Ya os estáis peleando de nuevo? —exclamó dolientemente—. Os he preparado un café buenísimo, ¡y os ponéis a pelearos!

—¡No nos peleamos! Pero yo tengo que irme. ¡Adiós, madre!

—¡Ay, Dios mío! Un café tan bueno...

—¡Bébelo con padre! Yo tengo que irme...

—¿Y qué sabes tu si yo tengo ahora ganas de tomar café? Precisamente no quiero. Me iré al establo a ver al jaco. ¡Al menos él no me impide decir lo que quiero!

—¡Ay, Dios mío, Bubi! ¿Como te has atrevido a hacer callar a tu padre?

Pero la señora Hackendahl estaba ya sola. Ambos adversarios descendían juntos la escalera. En el patio se detuvieron y se quedaron mirando el uno al otro. Heinz esbozo una sonrisa y el padre empezó a aclarar el rostro.

—Y bien, ¿te has decidido a algo para con el látigo? ¡Ve a buscarlo!

Heinz rio.

—¡Eso quisieras tú, padre! ¡Siempre serás testarudo!

—Bueno, ¿y tu?

—Mira, vamos a hacer una cosa: si me bajas el látigo, se lo llevaré a los chicos de parte del abuelo.

El anciano trago saliva cual si tuviera en la garganta algo molesto.

—¿No querrás que un viejo tenga que subir y bajar las escaleras? ¡Mejor es que vengas conmigo y bebas el café que ha hecho tu madre! ¡La mujer se alegrará!

—¡O me bajas el látigo o se queda en donde está!

—¡Pues se quedará!

—Bueno; buenas noches, padre.

—Buenas noches, Heinz.

Estaba ya Heinz en el portal cuando el anciano le llamó:

—¡Bubi!

—¿Qué quieres?

—¡Espera! Te lo tiraré por la ventana. ¿Estás contento?

Heinz reflexionó acerca de si podía estar contento.

—Por mí... —dijo luego.

Y al ver desaparecer a su padre por la escalera no pudo menos de gritarle de nuevo:

—¡Viejo terco!

Esta vez el padre no contestó hasta que le vio desde la ventana.

—¡Aquí lo tienes, testarudo! —gritó—. Ten cuidado de que no caiga sobre el estiércol, que es muy blanco.

El hijo lo cogió al vuelo.

—Bueno, padre.

—Bueno, Bubi. Y que conste que no soy terco, sino férreo; eso es lo que soy.

—Eso es lo que tú te imaginas, padre. Crees ser de hierro y eres de una terquedad vulgarísima.

—¿Como tú? No, lo que soy es férreo.

Y dicho esto cerró el viejo la ventana con gran estrépito, para, por lo menos, haberse quedado con la última palabra.

Como siempre que iba a casa de sus padres, no fue luego Heinz directamente a la estación, sino que, dando un rodeo, pasó por delante de la pequeña papelería de la viuda Quaas. Allí se quedó durante un rato contemplando en el escaparate la fluctuación del tiempo; por el momento, la gran moda eran las tarjetas postales entre dulzonas y sicalípticas.

En la tienda no entraba ya, ni importunaba a la viuda Quaas desde que recibiera una carta en estos términos: «No quiero verte más. Encuentro mezquino por tu parte que mortifiques también a mi madre. Atentamente: Irma».

Así es que desde la tal carta se limitaba a colocarse ante la tienda, contemplaba el escaparate y esperaba unos cinco minutos, jamás por más tiempo, pues era ya suficiente. Luego se iba.

A menudo solía pensar: «Es estúpido que siga pasando por aquí. ¡Ni reconocería a Irma! En aquellos tiempos no era más que un arenque».

Mas a pesar de esta reflexión, seguía yendo continuamente hasta la tienda. Trataba incluso de representarse el aspecto que tendría Irma en la actualidad. ¡Y no era ocupación desagradable! Muy bien podían dedicársele cinco minutos.

Esta vez Heinz Hackendahl lanzó al escaparate una mirada rápida. Desde su última visita había tan solo una nueva serie de tarjetas postales en las que se aunaban la ruindad y la dulzonería. Las imágenes eran melosas y el texto estaba a la orden del día:

El baño de la señorita Len ahí ustedes ven.

Miren qué piernas esculturales.

¡Qué colosales!

Cuando se agache, con disimulo,

La viuda Quaas no quiso colgar, por serle demasiado duro, la sexta postal, que contenía la última rima.

Heinz da la vuelta, contempla la calle vacía y empieza a jugar con el latiguillo. El padre ha hecho una obra de arte con aquel latiguillo; flexible, con una correa estupenda y el mango niquelado, en el que ya se trasluce un poco el latón.

Heinz hace ya tiempo que no ha tenido ningún látigo en la mano, y este ha de entregárselo dentro de una hora a sus sobrinos; tiene verdadera curiosidad en saber si sabrá aún hacerlo chasquear. A tanto llega esta, que lo intenta. La calle está desierta y, por otra parte, le es completamente igual lo que pueda pensar la gente. Tal vez, sin embargo, no le sea tan igual, pues su primera tentativa resulta algo floja: el latiguillo emite un ruido débil y lánguido...

Con el entrecejo fruncido mira hacia el escaparate que ostenta a la señorita Len en

sus gracias de bañista. Nadie le observa: su fracaso no ha tenido testigos. Al comprobarlo, levanta de nuevo en vilo el látigo, le imprime movimiento y se oye un chasquido que parece un disparo de pistola.

Como si le hubiera estado contemplando, surge por la puerta de la tienda la cabeza de una muchacha, que le grita airada:

—¿Te has vuelto loco del todo? ¡Vete inmediatamente de aquí! Te figuras...

—Irma —dice Heinz, del todo perplejo—. Óyeme, Irma...

—¡Nada de esto! ¡Lo nuestro ya acabó, idiota! ¡Te lo escribí bien claro!

Y, dicho esto, se cierra la puerta ruidosamente; Heinz oye sonar el timbre que avisa su apertura. Y al poco rato oye también la llave en la cerradura...

De un salto se coloca ante la puerta, pero es ya inútil, por demasiado tarde, oprimir el pomo después de haber oído rechinar la llave.

—¡Irma! —grita Heinz, suplicante, ante el cristal lleno de tarjetas postales en él colgadas—. ¡Irma! ¡Abre! No quiero más que explicarte...

Apenas ha vuelto a ver por primera vez a Irma desde hace varios años y ya ha habido entre ellos un equívoco.

—¡Irma! —suplica de nuevo, mirando enojado las tarjetas postales.

Una mano blanca separa las postales y cuelga entre ellas un cartelito. Es un impreso de los que las tiendas tienen preparados para las necesidades de su despacho. La mano cuelga el cartelito, lo endereza y desaparece. Heinz lee:

CERRADO EN EL DÍA DE HOY POR FIESTA DE FAMILIA

Estupefacto, se queda con la vista fija en él. Luego se le ocurre lo risible de la situación. Él allí fuera y ella en el interior de la tienda contemplándole probablemente a través de alguna rendija, y divirtiéndose de lo lindo a costa de su rostro idiotizado.

Da la vuelta, empuña el látigo, lo hace chasquear con ademán de reto por tres veces consecutivas y se va con presteza, sin volver la vista, hacia la estación.

«Demos gracias a Dios, piensa, de que padre me haya dado el látigo. ¡Si no lo llego a tener!... ¡Espera y verás...!».

En la cocina de Gertrud Hackendahl, nacida Gudde, reinaba un silencio profundo y desacostumbrado, casi aterrador. Gustavo, que a la sazón contaba once años, estaba sentado bajo la lámpara leyendo, casi sin moverse, su libro escolar. De vez en cuando lanzaba una mirada fugaz a su madre, que, sentada a la misma mesa frente a él, se ocupaba en su costura, e inmediatamente volvía a fijar los ojos en el libro y proseguía su lectura, preocupado tan solo en no atraer sobre sí la atención de la madre...

Igual proceder observaba Otto, que contaba entonces seis años. A menudo había estado tentado de gritarle a su madre después de haber dispuesto en nuevo orden sus coloreados cartones dibujados en el antepecho de la chimenea:

—Madre, mira qué tren más bonito. —O bien—: Madre, ¿también las cabras tienen cola?

Mas hasta incluso él, que tan atolondrado era, interrumpió sus exclamaciones, miró a la madre y guardó silencio.

En cualquier otro día Gertrud Hackendahl no hubiera soportado tan aterrador silencio. Era naturalmente partidaria de la más estricta obediencia, pues el vivir con niños en condiciones tan duras, implicaba el cuidado desde un principio de que no se introdujera el desorden en sus vidas si no quería perder para siempre su autoridad. Pero existe una gran diferencia entre la sumisión y la obediencia. En cualquier otro día Gertrud se hubiera apercebido inmediatamente de aquellas precavidas miradas a hurtadillas, de aquel silencio tan desacostumbrado en sus hijos y no lo hubiera tolerado. Sin embargo, en aquel día...

En aquel día, empero, no prestaba atención a sus hijos. Con una arruga profunda en el entrecejo, permanecía allí sentada, ocupada en su costura, manteniendo fuertemente apretados sus delgados labios. Estaba completamente abstraída en sí misma; tan abstraída como no lo había estado jamás desde que recibiera la noticia de la muerte de Otto. Es decir, le dolía tal vez aun más, por haber sido tan miserablemente engañada. Otto no la había engañado nunca. Otto había sido siempre franco y leal, y jamás la decepcionó.

Como si cosiera con una aguja incandescente, respuntea con presteza la tela. Trata de representarse de nuevo la dicha que sintió aquella misma mañana cuando el cartero le trajo la carta certificada, la carta con la noticia de que había heredado, de que se había convertido en propietaria de una casa en su isla nativa del Hiddensee. Una casa con un trozo de tierra y su establo allí junto al mar, en su región en donde el aire no está jamás viciado como en este páramo de bloque de casas; en donde cada bocanada que se aspira tiene un fuerte sabor a salinas lejanas; en donde podrá ganarse su propio pan.

Un sueño realizado más allá de todas las esperanzas, una herencia casual de parte de cierto tío anciano, al que apenas si ha visto. A defecto de última voluntad del

testador y como el más cercano de sus parientes conocidos ...

Un sueño convertido en realidad, y un aluvión de sucesos, de nuevos sueños que vienen a asaltarla. Que cuándo emprenderá el primer viaje que le servirá para hacerse cargo de cómo está todo. Que cómo dispondrá del bote y de las redes de pesca. Que si será mejor arrendar la tierra. ¡Naturalmente, hasta que Gustavo alcance la edad para cuidar de ella! ¡Y qué a gusto se expresará en el dialecto con la gente! Lo que ha echado de menos durante años, poder expresarse en su dialecto. Jamás ha llegado a acostumbrarse al berlinés, ni tan siquiera en boca de su marido ni en la de sus propios hijos ha dejado de ser para ella un lenguaje extraño. Otto aprenderá pronto el nuevo, y a Gustavo le costará primero las burlas de sus compañeros, pues los niños de aquella isla son bruscos.

Miles de pensamientos y decisiones. ¿Qué aspecto tendrá la casa? Seguramente habrá estado en ella, pero no puede recordarla. Trata de hacerlo y por un momento ve confusamente ante sí una estancia enladrillada; la arena blanca de que está recubierta cruje bajo sus pies; ve el hogar de amplios muros, con su chimenea descubierta, en cuyo extremo, a pleno día, aparecían las estrellas, milagro de la niñez que jamás ha llegado a explicarse. Pero ¡si es la casa de sus padres la que se está representando! ¡Allí está, con su fuerte tic-tac, el reloj de pared con flores pintadas en la esfera! Pero no es la casa paterna la que ha heredado.

Consulta el reloj de la cocina con su horrible esfera de loza, y, de pronto ya no puede aguantar más. Heinz ha de enterarse inmediatamente de lo de la herencia; ha de saberlo antes que los niños.

Coge su abrigo, cierra el piso, entrega las llaves a la vecina por lo que pudiera ocurrirles a los niños, y se lanza a la calle. Para una mujer tan débil como ella el camino resulta muy largo, largo y penoso. Las aceras están resbaladizas a causa de la nieve, y a los propietarios no les preocupa mucho el limpiarlas, teniendo como tienen en estos tiempos difíciles otros deberes más importantes a que atender. «Suerte en la vida», dicen riendo los berlineses cuando alguien resbala y cae en la acera.

No puede arriesgarse a caer; está convencida de que no tendría suerte y podría romperse una pierna, y va avanzando cauta y precavidamente. Alguna que otra vez mira con anhelo hacia el tranvía, pero una herencia no del todo segura todavía no le permite obrar con irreflexión; el viaje de ida y vuelta representa medio jornal. No, es imposible.

Con la frente arrugada continúa su camino, muy preocupada en no resbalar, aunque también muy preocupada con su visita al Banco. Le disgusta tener que hacer salir a Heinz, pues sabe que no está bien visto. Y sabe también que Heinz no está muy bien considerado. De no ser tan pundonoroso y trabajador, haría tiempo que le hubieran echado.

Hay tiempos en que es mejor que los empleados no tengan vida privada, y lo que, sin embargo, se considera como un mérito es el exponer abiertamente lo más íntimo de sí mismos, las convicciones personales. En una palabra: Heinz debería afiliarse a

cualquier asociación de izquierda, y no lo hace. Por ello está mal considerado. Pero en el día de hoy ha de hacerse una excepción; es imprescindible que hable con él.

Al fin llega al vestíbulo de entrada del Banco, y le ruega al portero que haga el favor de hacer bajar por un momento al señor Hackendahl; al señor Heinz Hackendahl, del departamento de estadísticas.

El portero está muy ocupado trazando guioncitos con un lápiz detrás de toda una serie de nombres. Al fin se decide a atenderla y pregunta:

—¿Quién es usted?

—Soy su cuñada —explica Gertrud Hackendahl—, el señor Hackendahl vive con nosotros.

El portero sigue sin hacer otra cosa que ir colocando guioncitos tras de los nombres, y en cuanto ha terminado la página se dedica a colocar otro guioncito detrás del guioncito primero.

En cuanto ha transcurrido un rato lo suficientemente largo para hacer comprender a la solicitante la importancia de la personalidad del portero de la Dirección de un Banco y la escasa importancia de la persona de la peticionaria, pregunta:

—¿De qué se trata?

Gertrud está perfectamente convencida de que el portero le está poniendo dificultades por cuenta propia. Tal vez sea que tiene odio a Heinz o que no pueda sufrir a los jorobados. Sea de ello lo que fuere, ella quiere hablar con Heinz y dice, por tanto:

—Es un urgente asunto de familia.

El portero pliega cuidadosamente las listas, las deja en un cajón, quitase las gafas, las limpia, se las vuelve a poner, mira a Gertrud inquisitivamente y dice:

—El señor Hackendahl no está en la casa.

Y vuelve a sacar del cajón las listas de nombres que en él acaba de dejar.

Durante un momento queda Gertrud perpleja. Jamás ha tenido más idea que la de que Heinz pasa todo el tiempo que su trabajo dura en esta casa y en un cierto cuarto, ocupado con algo a lo que llaman estadísticas, ¡y ahora se encuentra con que no está en la casa!

—Oiga, haga el favor —le dice al portero.

Este aparta la vista de las listas y la mira a través de sus gafas.

—¿Puedo esperar aquí?

—¡Por mí, sí! —dice el portero, contemplando cómo se sienta en una de las sillas del vestíbulo, con la vista en dirección a la puerta de entrada, para poder abordar a Heinz en cuanto regrese. El portero tiene primero tres o cuatro visitas con quien terminar. En tanto que se muestra amabilísimo con alguna de ellas, es aún más brusco que lo ha sido con ella con un chiquillo con cara de frío que lleva un recado.

Al terminar con todos ellos mira hacia donde ella está y grita:

—¡Eh, usted!

Gertrud tiene un sobresalto, levántase y va hacia él.

—Dígame.

—¿Tiene usted mucho tiempo para esperar? —pregunta el portero.

—¿Es que va a tardar mucho? —pregunta ella.

El portero parece reflexionar. Luego dice:

—Hasta pasado mañana por la mañana —y antes de que ella pueda contestar—: el señor Hackendahl tiene permiso por tres días —y finalmente, para acabar de apabullarla—, pero, viviendo con él, tendría usted que saberlo, ¿no?

Ella está perfectamente convencida de que es víctima de un engaño y que el portero no quiere más que desembarazarse de la pariente que viene a importunar con sus asuntos de familia al empleado que necesita el tiempo para su trabajo. O tal vez se trate de un error...

Mas el portero, que a todo esto ha probado ya con largueza su fuerza y su dominio, vuélvese súbitamente humano al ver su excitación. Saca la lista de permisos, en la que ve Gertrud que verdaderamente Heinz Hackendahl empezó ayer su permiso, va a continuarlo durante el día de hoy y lo seguirá disfrutando mañana.

¡Y él no le ha dicho nada!

Librándose del portero, muy interesado de pronto, se marcha a su casa. ¡Tiene tanta prisa; está convencida que en casa le espera la explicación! ¡Pero en casa no le espera nada...!

Más tarde vinieron los chicos, comieron y contaron sus avatares, y a pesar de que ella no les contestaba más que «sí» y «no», no cayeron, al principio, en la cuenta de que la madre no estaba aquel día para ellos. Hasta que, por fin, les gritó, irritada:

—¡Callaros ya y dejadme tranquila! ¡Haced algo!

Sentada, a la sazón, sin que nadie la moleste, puede entregarse a sus reflexiones. La inmensa dicha de la mañana se esfumó como por ensalmo. Y cuando se dirigía a ver a Heinz aquella dicha había perdido parte de su fuerza al pensar que tendría que separarse del cuñado, del único amigo que tuviera.

¡Sin saberlo había ya estado separada de él, ya no era su amigo! Había creído que lo compartían todo; por lo menos ella no le ocultó jamás nada. En cambio él era distinto, él la había engañado. Si la casualidad no le hubiera hecho acudir al Banco... ¡Tal vez había ya pasado más de una vez, y ella no notó nada!

La idea de la herencia vuelve a asaltarla, ¡y de pronto la recibe como una liberación! Ciertamente, representa la separación de Heinz, pero resulta bueno que venga a separarse de manera tan natural. Ahora podría ya seguir viviendo con él. ¡En cuanto se ha despertado la desconfianza, no hay modo de volver a dormirla!

No, ya eso terminó...

Trata de representarse la vida en la isleña mansión, la vida con los niños, los animales, el viento y el agua... Pero resulta tan vacía... ¡Está tan acostumbrada a él, al ser inteligente y leal... a lo que fue hasta entonces! En otro tiempo, en el verano del 19, cuando vino a vivir con ella, era atormentado, insaciable, sin meta ni oriente... Luego se fue asentando, encontró un fin en su vida: colaborar con ella en

saciar a los niños con las ganancias módicas y a menudo reducidas a nada. Trabajo paciente, día a día; trabajo sin gloria ni recompensa, únicamente desempeñado por amor al mismo, o tal vez por amor al futuro, que ni él, ni ella, ni nadie conocía...

No recordaba que jamás se hubiera él desanimado, que jamás hubiera cejado en su empeño, ni fracasado...

¡Ah, Heinz!, pensó.

Y de improviso le asaltó como una espesa niebla que todo lo cubriera de tristeza, aquella tristeza que todos los seres sienten siempre de nuevo, la tristeza de que un ser se desliga de nosotros. Irremediablemente la vida se desliza entre nuestros dedos, y lo que un instante antes teníamos, deja de existir. Sin remisión.

—Mamá llora —murmuran los niños, y esta vez el pequeño es el más audaz y el que antes corre a su lado. Gertrud abraza a sus niños, los aprieta contra sí. La vida fluye, va transcurriendo.

«También vosotros os separaréis de mí y os iréis, sin remisión».

Ni levanta los ojos cuando él regresa. Viene silbando, complacido, y se le oye desde el descansillo de la escalera. Los niños se abalanzan hacia él, ella se alegra de estar ocupada con la comida por no tener que hablarle... Son apenas cinco minutos más tarde de la hora en que suele regresar del Banco. ¡Cuán torturante es esta vida a veces! ¡Se pierde el valor de rebelarse contra ella, y de tan desanimado que uno está llega a soportar hasta lo más degradante!

—¡Mami ha llorado, Heinz! —y—: ¡Nos ha traído un látigo, mami!

Pena y alegría infantil confundidas. Mas la pena olvídate, para esto está el látigo. ¿También mamá se alegrará? Gustavo, el mayor, mira a su madre.

—Mamá ha llorado, Heinz —repite con insistencia. Y en cuanto considera cumplido su deber de confiar las lágrimas de los mayores a los consuelos de los mayores se dedica con el hermano a examinar el látigo.

—¿Cómo? —pregunta Heinz—. ¿Has llorado? ¿Qué pasaba, Tutti?

—Nada. De verdad, nada. Iros al recibidor. Gustavo, Ottito, aquí no podéis jugar con el látigo. ¡No quedaros! —Se le ha ocurrido que es mejor tener a los niños consigo. Mas al poco encuentra mezquino escudarse tras de ellos, y dice, casi enojada —: ¡Andad, iros ya! ¡Vais a romperme algo! ¡Y cuidado con hacerlo chasquear!

—¡Un momento! —dice Heinz a los niños, dispuestos ya a marcharse—. ¿Quién os manda este látigo?

—No se puede adivinar —declara Otto.

—Deja que los niños se vayan, se te va a enfriar la comida.

—Un instante, Tutti. También tú te alegrarás. Vamos, ¿de dónde viene? Vamos a ver.

—Si vienes del Banco...

—Si vengo del Banco, ¿qué?

—¿No vienes del Banco, Heinz?

—Si te lo digo resulta demasiado fácil.

—Heinz, se te va a enfriar la comida.

—¿Qué especie de látigo es? Míralo detenidamente, Gustavo.

—Sí, Heinz...

—¡De una tienda!

—No, Otto. ¡Míralo bien, Gustavo!

—¡Ya lo sé, ya lo sé!

—Yo también lo sé...

—También, Otto, no también, la sopa...

—¿Qué sabes, pues?

—¡Del abuelo!

—Sí, señor; lo ha hecho especialmente para vosotros el decano de los cocheros de

punto de Berlín, Gustavo el férreo...

—¿Vendrá a vernos pronto? ¡Quiero llevar un coche!

—¡Siempre pidiendo algo más! ¡Fuera! ¡Divertiros con el látigo! Después coge algo para limpiarlo y abrillantarlo un poco el mango. Al abuelo no le quedó tiempo de hacerlo. ¡Hala, afuera!

—¿Nos darás luego un paño para frotarlo, mami?

—¡Dáselo! ¡Hala, iros! ¿Qué sucede, Tutti?

—Nada, te aseguro que nada. ¡Come, por favor!

—¡Pero si veo que te pasa algo! ¿Estás enfadada conmigo?

—¡Come y no te preocupes!

—¡Así es que estás enfadada conmigo! ¿Por qué?

—¡Come, por favor, Heinz!

—No lo haré hasta que me lo hayas dicho.

—Nada, te digo. ¡Nada! ¡Come! ¿No oyes?

—Pero ¿qué diablos pasa, Tutti? —pregunta, completamente perplejo. Ya está familiarizado con los caprichos femeninos, con los de las colegas del Banco, con los de Irma y, sobre todo, con los de Tinette. Y por propia experiencia debería saber que una mujer en este estado de no querer explicarse es más terca que una mula; que todas las preguntas e instancias no hacen más que aumentar su reticencia—. Pero no —declara con decisión—, no comeré ni un solo bocado hasta que me hayas dicho lo que te ocurre, Tutti.

Y ella contesta, enardecida:

—¡La comes o me la llevo!

Suplicante:

—¡Tutti, dime lo que te pasa!

—¡Bueno, me la llevaré!

Él la mira casi implorantemente. No debería haber llegado hasta este punto. Ella nota que está en mal terreno. ¡Si al menos quisiera comer! ¡Tiene que comer! ¡Podría ahorrarle las molestias de retirar la cena!

Mas no le ahorra nada. Absolutamente nada.

—¡Hazme el favor! ¡Llévatela! ¡No tengo ya ganas de comer!

Y ella retira la comida con una opresión terrible.

Llegar a casa después del trabajo, no, no precisamente del trabajo, pero sin haber comido y no comer, ¡es desesperante! Y a todo esto no se ha dicho ni una palabra de lo que verdaderamente tiene que reprocharle, de hecho han llegado a pelearse por «nada»; ¿qué pasará cuando le eche en cara sus mentiras?

De todos modos no se lleva muy lejos la comida, y la dispone de tal modo que esté inmediatamente al alcance de la mano... ¡Lo natural es que uno no se vaya a la cama sin comer, y faltan todavía cuatro horas para ir la dormir! ¡Ha de comer durante este tiempo! ¡Quisiera forzarle a comer como a un niño mal criado!

El niño mal criado merodea por la cocina, saca y vuelve a colocar en su sitio los

objetos que hay en ella. Mira en el armario de los zapatos si hay alguna carta, y no la hay, pues sigue ella teniendo la única que ha llegado en el bolsillo en que la colocara cuando fue al Banco. Ostensiblemente, Heinz está dispuesto también a hacer algo. Presiente ella que a las primeras palabras razonables cedería. Pero es tan incapaz como él de pronunciar esas palabras razonables.

Por fin desaparece en la habitación que comparte con los niños. Ella duerme en la cocina, y le oye chapotear allí en el lavabo. Ella se sienta con su costura a la mesa, desdichada hasta el extremo, mucho más desdichada que por la mañana cuando se ha enterado de su engaño... Pues ahora que ha vuelto a verle está casi convencida de que todo tiene otra explicación. Él acaba de decir que el látigo proviene del abuelo, así es que viene de casa de su padre. No hubiera tenido más que preguntarle por qué venía a estas horas de casa del abuelo y no del Banco. ¡Mas no se lo preguntó! ¡Y ahora está todo echado a perder!

«Antes hubiera debido advertirme —se empeña en defender su posición—. ¡No voy a estar todo el día preguntándole!». De todas formas sigue conservando la suficiente presencia de espíritu para reconocer que en todo, hasta incluso en lo de no querer preguntarle, ha ido un poco demasiado lejos.

Durante los diez minutos siguientes, atraviesa Heinz varias veces la cocina, como alma que lleva al diablo. Circula entre la habitación y el rellano de la escalera; afuera, en el rellano de la escalera, su voz suena despreocupada, ayuda a la limpieza del látigo; dentro, en la cocina y en su habitación, no dice ni una palabra. Una vez está ella casi a punto de estallar cuando le ve vaciar su cesto de costura buscando un trapo y, naturalmente, como todos los hombres, elige el único retal que no hubiera debido: un remiendo para los pantalones de Gustavo. Mas se domina. ¡Puesto que no quiere comer, que estropee también los remiendos de los pantalones de Gustavo! ¡Ya tendrá ella que preocuparse de donde sacar otro nuevo! ¡Que continúe la incompreensión!

Da muestras de una paciencia insólita, y su silencio se hace tan perceptible que casi se hace audible...

Tal vez Heinz lo note también, pues cesa en sus frenéticas idas y venidas, y le oye hablar callandito con los niños, en un susurro insistente:

—No molestéis a mamá. ¡Chist! La pobre no está bien —y luego los que susurran son los niños.

Ella no se fía de esta paz. Mas cuando, al cabo de un cuarto de hora, va a ver lo que hace, comprueba que Heinz se ha marchado, y no meramente al retrete, situado en mitad del rellano, sino que se ha ido del todo, con sombrero y abrigo.

Los niños se entretienen con el látigo, que han transformado en coche, y uno de ellos lo coge por el mango y el otro por la correa. Sin transición pasan de ser caballo a ser cochero. Tan sin transición como mami y Heinz han pasado de ser los mejores amigos a ser los más encarnizados enemigos.

Pues esto es lo que ahora son. Gertrud no lo ve de otro modo. Ve que no solo la ha engañado con su trabajo y le ha rechazado la cena, sino que ahora, sin una palabra

de despedida, se ha marchado de casa. ¡Precisamente a la hora en que nunca sale! ¡Es ya el colmo! ¡Ya no le dirigirá más la palabra! Y cuando él se la dirija, no le ocultará la verdad: ¡le dirá lo que de él piensa!

En los tres cuartos de hora siguientes hace pasar todo cuanto de él piensa por las puntadas que da al traje de Elfriede Fischer. Esas puntadas se quedan en él, pero propiamente cada una de las costuras debería luego pinchar a la señorita Elfriede Fischer con mil agujones.

Luego hubo de servir la cena a los niños, la que, contra todo lo acostumbrado, transcurrió en el más profundo silencio, y al fin el mayor metió al menor en la cama. Oye comentar a los niños en la cama, y el tema de su conversación es el abuelo. Este abuelo que, porque ha enviado un látigo, les hace figurar ya que todo va bien... El abuelo de quien Heinz ha heredado su testarudez. ¡Ay, Dios! ¡Tendrá que vigilar aún con más cuidado a los niños para evitar que no se vuelvan testarudos! ¡La terquedad es una maldición! ¡También el ser puntilloso lo es! Lo puntillosamente que ha dicho: «¡Yo no como esta sopa!». Igual que un niño terco. ¡Inadmisible! ¡Insoportable!

En este momento vuelve el mayor a la cocina, como todas las noches, para leer durante una hora antes de ir a acostarse. Precisamente Tutti se figura haber oído a Heinz en la escalera y le gustaría estar sola cuando él vuelva. Despide, pues, a Gustavo so pretexto de que tiene que cortarle las uñas al pequeño.

Gustavo asegura obstinadamente que no es hoy el día del corte semanal de uñas, sino mañana. Mas tal testarudez y obstinación la enfurecen:

—¡Inmediatamente vas y le cortas las uñas! ¡Tienes que hacer lo que yo te mande! ¡El obstinarse está muy feo!

Sin embargo, no era Heinz el de la escalera, así es que Gustavo tuvo que soportar inútilmente el desencadenamiento de las iras de su madre. Al principio se hubiera dado de bofetadas, pero después se tranquilizó:

«No le hace ningún mal que aprenda a obedecer, aun cuando no entienda el sentido del mandato». Pero pesa más la contrición, que resultó beneficiosa a Heinz, pues le movió a dar un paso hacia él. Se sacó del bolsillo la carta de la herencia y la colocó visiblemente sobre el armario de los zapatos. Esto les proporcionaría un pretexto de reconciliación. Y si por pura terquedad despreciaba el pretexto, lo daría como perdido para siempre jamás.

Poco antes de las siete regresó Heinz con las mejillas enrojecidas por el frío y con aire de mansedumbre. Animadamente estuvo conversando con su sobrino, primero sobre el látigo y luego sobre la ocupación del Ruhr, que por el momento incluso los juristas ingleses declaraban como ilegal. El marco se había fortalecido algo por esta causa.

Y luego dijo, a través de la mesa:

—He comprado con prisas lo que pude obtener. En el Banco creemos que los franceses no van a ceder. Con esto el marco volverá a bajar. Así es que en el sótano tenemos dos quintales de bolas de carbón.

—Gracias —replicó—. Teníamos ya bastantes...

Y de nuevo hubiera querido abofetearse, pues en primer lugar la afirmación carecía de base, y en segundo, no podía más que empeorar el estado de enemistad, Con aquel tiempo no era fácil trasladar dos quintales de carbón desde la carbonería al sótano.

Heinz reaccionó ante aquel agradecimiento, limitándose a levantar los hombros con perplejidad, Y fue a buscar un libro a la habitación estuvo hablando con Otto en voz baja durante un buen rato sin ninguna necesidad, pues este hubiera debido dormir desde hacia rato, y sentándose a la mesa se puso a leer.

Reinó un silencio ininterrumpido, hasta que dieron las siete y media, hora en que Gustavo cerró su libro, dijo «Buenas noches» y desapareció. Dos minutos más tarde Gertrud se levantó, fue hasta el armarito de los zapatos, de manera que Heinz pudiera verla a pesar de que no levantaba los ojos del libro, e hizo ruido de papel con la escritura del notario de Bergen, yéndose luego, después de volver a dejar en su sitio la carta, a la habitación contigua a ver si el rapaz se portaba convenientemente.

Su primera mirada al regresar un poco más tarde a la cocina se dirigió a su cuñado, y la segunda a la carta. El cuñado seguía leyendo como anteriormente, y la carta seguía en su anterior sitio.

Con una sensación de anonadamiento volvió a entregarse a su costura. Antes de irse a dormir les quedaban dos horas, pero estaba plenamente convencida de que después de tantas contrariedades no iba a ser capaz de pronunciar ni una sola palabra. ¡Tendrían que irse a dormir peleados! Y peleados, ¿por qué? Por nada. A la sazón estaba convencida de que todo era una nonada. ¡Y él había llevado hasta el sótano dos quintales de carbón! ¡Había pensado igualmente en traer grasa de coco! ¡Era una pena!

Cuarto de hora tras cuarto de hora fueron transcurriendo en completo silencio. Tenía cerca de ella el rostro del lector. De vez en cuando oíase el ruido producido al volver una página. ¡Y no es que él fingiera leer: leía verdaderamente! Aproximadamente cada media hora se levantaba y se iba al rellano de la escalera. Aquel día como todos, se iba a fumar al rellano de la escalera, pues jamás lo hacía en la cocina, para que ella no tuviera que dormir en el ambiente viciado por el humo, y si bien era muy considerado por su parte, aquel día lo hacía por la fuerza de la costumbre. Estaba casi plenamente convencida de que, de habersele ocurrido, aquel día hubiera fumado en la cocina para fastidiarla.

Pasadas las nueve, la angustia fue creciendo. ¡No quedaban más que veinticinco minutos! Jamás habíase ido a dormir con un peso tal en el alma, y tenía que hablarle fuera como fuera. ¡Mas él estaba encerrado en sí mismo!

A las nueve y veinte se fue Heinz por última vez al rellano para fumar como siempre su último cigarrillo. Durante el rato que estuvo él fuera se sobrepuso heroicamente una vez más: ¡capituló de nuevo! Sacó la carta del armarito de los zapatos y la colocó en medio de la mesa. Al cabo de dos minutos más la puso un poco

más cerca de su libro, y un minuto más tarde completamente junto a él; y, de haber tardado Heinz un poco en llegar, hubiera llevado su espíritu de sacrificio hasta el extremo de colocársela en el libro.

Pero ya regresaba él.

—Bueno, pues buenas noches, Tutti —dijo con tono despreocupado, cogiendo su libro. De pronto vio la carta y se sorprendió. Se sorprendió verdaderamente, como si en realidad no la hubiera visto hasta entonces. ¡Era increíble! Leyó el sobre y el remitente, y dijo de nuevo: «¡Bueno, buenas noches!», yéndose hacia la puerta de la habitación.

—¡Heinz! —gritó ella, como a punto de ahogarse.

—¿Qué pasa? —preguntó, refunfuñando.

—¡La carta! —Y señaló hacia esta.

—Sí, ¿y qué?

—Haz el favor de leerla, Heinz.

Él la miró, y de pronto, viéndola en pie ante él, preocupada, semillorosa y hecha una lástima, empezó a reír ruidosamente...

—¡Tutti! ¡Tutti! —exclamó, riendo—. ¿Qué te pasa hoy? Me mortificas, me pones mala cara, no me das la cena, no me dices ni una palabra... ¿No estarás enferma?

Y al verle allí de pie ante ella, alto, sonriente y joven, comprendió repentinamente el porqué se había enfadado hasta tal punto aquella mañana al enterarse de su «engaño» y el porqué de sus peleas y sus rencillas con él; comprendió, sintió que le amaba. Que el hermano más joven hablase impuesto al mayor y que se había impuesto hasta tal punto que ya en ella no quedaba nada de Otto.

Y en el mismo instante en que reconoció su amor, reconoció también que él no debía notarlo jamás. Se vio, como en un espejo, el rostro, que con los años se había ido haciendo más parecido al de un pájaro; la joroba... Y se acordó de que él tenía diez años menos que ella.

Y mientras esta inmensa oleada de dicha y de pesar pasaba por ella y lo barría todo, volvió a ser de nuevo la cuñada Tutti que él conocía. Por último apretó con energía los labios y dijo luego:

—Tienes razón al burlarte de mí, Heinz. Hoy estoy trastornada. Debe de ser la excitación; primero la excitación de la herencia, y luego la de saber que no estabas en el Banco, sino con permiso. ¿Por qué has pedido permiso?

Sin embargo, mientras hablaba sentía cómo la ola iba descendiendo y desaparecía. Había sido solo un momento; por una sola vez antes de que la vida volviera a remontarse, habíase visto levantada y como depositada sobre una alta montaña, había podido ver y sentir durante unos segundos fugaces todos los tesoros del amor, de la dicha y de la pena. Mas con esto había pasado el punto crucial de su vida y descendía a la mísera vida cotidiana de renunciamiento s y de deberes... y no le resultaba ni penoso...

Durante mucho rato quedáronse ambos contándose el uno al otro cosas de Irma y del padre casi arrepentido, de la casa blanca en el Hiddensee, de la desventurada Eva, por cuya causa y para ayudarla había pedido Heinz el permiso, y que no quería que la ayudaran... De su intento tan infausto de evitarle que supiera lo de Eva para que no se emocionase:

—Pues no estás muy fuerte, Tutti, Y muchas veces tengo miedo cuando te oigo toser por las noches de tal modo...

—Siempre he tosido, Heinz. Y en nuestra tierra dicen «quien mucho tose, mucho vive».

—Sí, en vuestra tierra —dijo él—, ¿y quién me hará a mí aquí la cama? ¡Ah, Tutti, me va a ser difícilísimo vivir de nuevo en pensión y sin los rapaces!

—Bueno —dijo ella, llegando incluso a sonreír—, no creo que Irma quiera vivir en pensión, y los chicos de uno son siempre mejor que «nuestros chicos»...

Y vio cómo él enrojecía, enrojecía tanto como propiamente no debía de enrojecer ante una observación tal un joven en 1923, y casi se divirtió cuando él dijo, levantándose:

—¡No digas tonterías, Tutti! Con Irma no hay que contar. ¡No lo olvides, cerrado por defunción!

—¡Mentiroso! ¡Por una fiesta de familia!

—Bueno, una fiesta así es una especie de luto...

Durante las dos semanas que Erich Hackendahl necesitó para deshacerse de sus relaciones en Berlín, estuvo continuamente pensando en si llamar por teléfono o no al «amigo paternal». Cuanto más tiempo pasaba tanto más nebulosa y producto de la embriaguez le parecía aquella noche de duelo nacional por la ocupación del Ruhr. Y no era cosa de tomar demasiado en serio las cosas de la embriaguez. Él estaba bebido, el otro lo estaba también y todo el mundo lo estaba, y como todo el mundo sabe que la embriaguez altera la memoria, no había ninguna necesidad de darse por enterado de lo que de hecho sucediera. En todo caso las representaciones que de aquella noche le quedaban a él eran de lo más nebuloso.

A menudo le había sucedido tener ya el auricular descolgado y volver a colgarlo o dar otro número cuando la telefonista le preguntaba con qué teléfono quería hablar... A pesar de lo defectuoso del recuerdo, lo paternal había recibido un golpe y la amistad había quedado perjudicada...

Y ello no le impedía poner todo su celo en convertir en dinero cuanto poseía, y no solo en dinero, sino en dinero estable. Con la villa de Zehlendorf tuvo suerte, pues la vendió con todo cuanto dentro y fuera contenía a un extranjero cuya moneda estaba a buen cambio, y que con una fortuna adquirida en la Bolsa de Londres pensaba comprar medio Berlín. Tuvo además especial suerte, pues ambos señores se pusieron de acuerdo para que el Estado, o mejor dicho el Fisco, participara lo menos posible en el negocio. Así es que hicieron un pequeño fraude. Erich se convirtió en propietario de una suma de coronas noruegas en una casa de banca de Amsterdam, y el extranjero pagó por pura fórmula y con un contrato de fecha atrasada un par de millones de marcos papel.

Otros negocios afortunados de la misma clase se le presentaron a la venta de su finca, cobrar de sus acreedores y librarse de su auto hasta tal punto que la víspera de su partida podía decir: «Todo cuanto tengo está ya en el extranjero...».

Satisfecho recorría su cuarto del hotel, contento de haber podido cambiar en el último momento el resto de sus marcos papel por un abrigo con piel, un reloj de oro y un anillo de brillantes, e iba preguntándose si los empleados de la Aduana le pondrían dificultades a causa de lo nuevo de su indumentaria.

Al fin y al cabo, ¿para qué tiene uno relaciones? Erich cogió el teléfono, enunció el número secreto del diputado del Reich y medio minuto más tarde sonaba en su oído la voz familiar, dulce y un poco burlona.

—Buenos días, Erich. También yo quería llamarte.

Sí, naturalmente, fue un poco demasiado. Es que esta gente le dan a uno unas bebidas infernales. Tienes mucha razón, durante varios días tuve como un envenenamiento. Es verdad, es verdad, apenas si puedo acordarme... Muy confusamente, creo que seguimos andando... Mi médico dice que pudiera ser que el

alcohol de metilo produzca estos efectos. ¡Y encima pagar a diez dólares el champaña! ¿De veras? No, es estupendo. ¿De verdad? ¿Y precisamente a Bruselas? ¿Por qué a Bruselas? ¿Tienes especial empeño? ¿No en especial? ¿No tienes relaciones particulares? Solo desde la guerra, sí, naturalmente, comprendo, comprendo... Oye, Erich, ¿tienes media hora para mí? Quisiera hacerte una proposición. Estupendo. ¿En un hotel? Bien, excelente. Así dentro de media hora estaré en el bar de tu hotel. Hasta la vista, chico. Estuvo muy bien que me llamasas ...

Sonriendo, colgó Erich el auricular... Todo iba a pedir de boca. ¡El viejo zorro! ¡El champaña con alcohol de metilo! ¡Va bien! ¡Lo importante es que venga! No sería usted, señor doctor, si no procurara ganarse unas cuantas libras, dólares o coronas noruegas. Por lo tanto, se celebró la memorable entrevista en el pequeño y acogedor bar del hotel. Jamás fue el abogado tan amigablemente paternal ni Erich tan filialmente sumiso. Allí se encontraron el negociante no desprovisto de fortuna, joven y emprendedor en vísperas de su viaje, dispuesto a buscar su suerte por el mundo, y el experimentado diputado del Reich paternalmente dispuesto a apoyar a su protegido con ayuda y consejo por última vez.

En lo que al consejo se refiere el abogado se inclinaba en contra de Bruselas. Esta ciudad era, como mercado de divisas, de secundaria importancia. En cambio, en la de Amsterdam ocurrían grandes cosas en este sentido; se libraban allí descomunales batallas en torno al marco:

—Y el marco, en esto estamos de acuerdo, va a ser tu principal campo de acción. Por lo que al marco se refiere, podría hacerte llegar regulares indicaciones, valiéndome de alguna clave sencilla que convendremos al efecto.

El camarero trajo los «cobbler» pedidos. Con la voz ligeramente alta dijo el diputado:

—La protección del marco será tu misión, querido Erich.

Ambos sonrieron y removieron pensativamente sus vasos.

—No —dijo de nuevo el abogado—, naturalmente puedes visitar Bruselas, pero lo adecuado para ti será ir a Amsterdam, aun cuando no sea más que por el odio contra Alemania que en Bruselas sigue privando. Para Amsterdam podría darte incluso una buena recomendación para un amigo, el banquero Roest...

Esta vez la bebida se confinó a límites prudentes y el diputado entregó a su joven amigo un paquetito que este debía llevar a Amsterdam, conteniendo su participación en el negocio:

—Me asocio contigo por esta suma; puedes disponer de ella según las indicaciones que te daré...

La suma no era pequeña, mas el abogado conservó su aire de modestia y dulzura:

—Inclúyeme en tus negocios cuando bien te parezca... No, está bien, un simple recibí que tengo ya preparado... Como préstamo, es lo más sencillo... Lo que hemos convenido en cuanto a negocio y distribución de ganancias, queda dicho oralmente entre nosotros. Me confío enteramente a ti... ¿Que cómo lo harás para pasar con ello

la frontera? Espera, espera... —Se sumió en reflexiones, y dijo luego—: Aplaza el viaje un día más y creo que podré arreglar que vayas como correo especial del Ministerio de Asuntos Extranjeros; ya comprendes: Valija diplomática.

De nuevo, ambos sonrieron.

—Sin embargo, preferiría entregarle este recibo en cuanto haya pasado la frontera con el dinero —dijo Erich, modesta, pero firmemente.

—Como quieras, querido Erich, haz como te parezca. No quiero que corras ningún peligro. Me confío enteramente a ti. —Y finalmente añadió—: Necesitarás mis informaciones sobre el marco. ¿Somos solidarios, no es eso?

Esta vez se miraron ambos seriamente, ambos sumidos en sus pensamientos; por fin cada uno de ellos hizo signo de asentimiento. Con gravedad.

Luego el diputado se extendió sobre las perspectivas que abrían la ocupación del Ruhr y el Gobierno de Cuno. El Gobierno Cuno no gozaba de su aprobación.

—Caerá, ¿qué puede hacer hoy día un Gobierno que está contra el partido más fuerte, la democracia social? ¡Ha de caer!

—¿Y la resistencia del Ruhr?

—Cuando se ha perdido una guerra no pueden hacerse remilgos. Los franceses han exigido cuanto han podido y nosotros hemos convenido en ello. ¡También en esto se hubiera podido ceder! Además, la resistencia del Ruhr caerá igualmente.

—Pero lo que queda más expuesto a la caída es el marco. ¿A cuánto está hoy el dólar? ¡A 42 000! Pues subirá a 42 millones, a 42 trillones, el marco irá por los suelos, no quedará nada de él. No se trata más que de saber cuándo va a quedar liquidado, cuándo puede uno aguantar firme. Ya te telegrafiaré, Erich. ¡Ya verás!

Tres días más tarde salía Erich para Bruselas como correo diplomático especial. Le alegraba en grado sumo que el Reich subvencionara aquel viaje suyo en contra del marco.

Cuando llegó Erich a Amsterdam corría uno de los días tristes y grises del mes de febrero. La ciudad le desagradó. Le pareció estrecha, sombría, superpoblada, ruidosa. Los canales presentaban un aspecto muerto y estancado. Incluso le disgustó el despacho del banquero Roest, compuesto de tres habitaciones reducidas, oscuras y sucias en el tercer piso de una casa reducida, oscura y sucia. Hasta tres y cuatro veces tuvo que acudir allí inútilmente antes de que el banquero Roest le recibiera.

El señor Roest era un individuo pálido, alto y nervioso con lentes de oro. No ofreció asiento a su visitante. Recorría la habitación de un lado a otro, secándose de continuo el rostro con un gran pañuelo coloreado...

—¿A quién se le ocurre enviarme a un tipo harapiento? —murmuró—. ¡No tengo colocación que ofrecer en mi despacho! ¡En Alemania no hay más que harapientos! ¡Santo Dios! ¿Ha oído usted decir que el franco belga sigue firme? Firme como el hierro, se lo aseguro. Y yo he jugado un millón a la baja.

El señor Roest contempló fijamente a su visitante y, sin embargo, ni le vio. Se extendió largamente, sin dejar de continuo de secarse el rostro, acerca de la astucia

del Gobierno belga, que había hecho esperar un descenso del franco de aquel país y secretamente lo apoyaba.

—¡Puros forajidos! ¡Ojalá les cogiera la peste! ¡Y yo que he jugado un millón a la baja!

Por fin se acordó el señor Roest de su visitante y de la carta de recomendación que este traía.

—¿Qué desea usted? —preguntó enojado—. Todos ustedes quieren algo de mi. Y a mí, ¿quién me da nada?

Se decidió a leer la carta y quedó luego apaciguado:

—Ah, ¿de modo que quiere jugar a la Bolsa? ¿Y con las divisas quiere hacerlo? Tiene usted razón, cuidaré de usted como si fuera mi hijo, le cuidaré como a mí mismo. El marco, el marco, ¿qué espera usted del marco? Se cogerá usted los dedos; ¿quién puede saber lo que sucederá con el marco? Poincaré, él es quien lo arruina. ¿Y qué consigue haciéndolo? Nada. Si al menos lograra algo. Pero, porque sí. ¿No le parece? ¿Con cuánto quiere usted emprender el negocio?

Erich Hackendahl murmuró algo de cinco mil dólares, diciendo que quería decidirse, enterarse un poco de cómo estaba la cosa... No le parecían bien ni las uñas mordidas y sucias del señor Roest, ni su forma de quejarse e insultar a los demás, ni el pañuelo de seda...

—¡Hágalo, joven! ¡Pregunte usted! ¡Pregunte por el banquero Roest!... ¡Ya se enterará usted! ¿Que de qué se enterará? ¡Dios santo! ¡Haber puesto un millón de francos belgas! —Y dominándose alargó a su visitante una mano blancuzca y dura—. Ya se enterará usted y volverá. ¡Dios! ¡Qué pobre diablo sin experiencia que cree que puede quedarse con el dinero entre sus manos y hacer al mismo tiempo grandes negocios! ¡Ya verá!

Y Erich Hackendahl vio, vio una ciudad turbulenta. Es decir, no vio la ciudad. Tenía proyectado ir al museo Rijks a ver los Rembrandt. Quería ver el puerto y el tráfico de ultramar como hombre de tierra adentro, y no vio nada de esto. No vio más que los vestíbulos de los hoteles de lujo, los bares de la ciudad, los cafés a los que iban los bolsistas. Fue a las oficinas de los agentes de Bolsa donde, sentado a la mesa con otros clientes, miraba fija y febrilmente las tablas de vidrio en donde las cifras significativas del cambio se iluminaban, se extinguían y volvían a encenderse...

Doquiera que fuese no oía más palabras que las de divisas oro, especulaciones a la baja, letras de cambio, arbitraje, florines, francos, dólares, libras. No oía nada más. Pudiera ser que el pueblo holandés llevara otra vida. A veces, cuando a las cuatro de la mañana salía de algún bar para dirigirse a su hotel, veía a los pescadores camino del puerto y contemplaba sus rostros morenos y curtidos de los que se destacaban los claros ojos. Y de una manera pasajera llegaba a su conocimiento que aquella gente se dirigía al trabajo, a un verdadero trabajo manual, que arriesgaban su vida por un florín, mientras allí, muy cerca, tras de los muros de la Bolsa, podían ganarse y perderse cada día millares, centenas de millares, millones de florines.

Pero era algo que no hacía más que pasar. No tenía él nada que ver en ello. Le había enojado que Roest, el banquero, le recibiera como a un harapiento, como a un pobre diablo, mas pronto echó de ver que en aquella ciudad en la que cundía el desenfreno de los millones era él un verdadero pobre diablo. Roest, con sus tres miserables y sórdidas habitaciones, intervenía en el mercado con sumas de cincuenta millones de florines.

Otras gentes con quienes por su aspecto miserable hubiera desdeñado antes de entonces alternar en un café, trataban en negocios aún más importantes. Ahora gustaba de sentarse junto a ellos, procuraba aproximarse a ellos y escuchaba sus palabras con fervor, cuando removiendo el café de sus tazas con aire taciturno, decían:

«Tengo un presentimiento. He soñado con un gato negro de cola blanca, y tengo el presentimiento de que mañana el dólar estará algo flojo...».

Luego veía subir a aquellas figuras en sus autos de lujo ingleses o italianos y partir a toda velocidad hacia Scheveningen o Spaa...

Una envidia ardiente le embargaba. En Berlín había figurado como un hombre rico con su fortuna de medio millón, y allí veía que no tenía nada. Había allí gente con la que él hablaba, que en media hora perdían sumas veinte veces mayores que toda su fortuna y continuaban riendo. «No voy a ir mendigando, lo que haré será ver de recuperar mi dinero», decían, riendo. Y en realidad lo recuperaban.

Erich Hackendahl les envidiaba y les despreciaba. Les envidiaba su olfato para el mercado, sus nervios, la audacia inconsciente con que casi a cada hora arriesgaban toda su existencia, todo cuanto tenían; les envidiaba su tibieza de sentimientos... y les despreciaba hondamente por su incapacidad de aprovechar el dinero ganado, aprovecharlo a su debido tiempo, cuando todavía eran «verdaderamente ricos», y salirse de la agitación de la Bolsa para llevar una vida tal como él se la imaginaba.

Confusamente iba quedando claro en su interior que aquella gente era completamente distinta a él, que no hacían negocios para enriquecerse, sino por el gusto de hacer negocios. En el fondo eran jugadores, y como todos los jugadores no tenían ni freno ni escrúpulos; lo único que querían era seguir jugando. En cambio, él quería enriquecerse para vivir ricamente. Quería poder comprar cosas bellas, vivir con mujeres hermosas, poder hacer soberbios viajes. Durante toda su juventud había estado respirando el aire de una cuadra, y cuando pensaba en ello se estremecía. ¡Jamás volver a ser pobre!, pensaba. ¡Jamás tener que volver a preocuparse por el dinero!

Cautelosamente empezó a operar con su dinero. Entregó como depósito en dos o tres casas de agentes sendas sumas y se dedicó a dar órdenes de compra y venta. Procedía con extrema precaución, jamás perdió la sensación de que el terreno que pisaba era inseguro. Roest, el banquero al que por otra parte honraba con su clientela, le había juzgado adecuadamente a los cinco minutos de conocerlo: lo que más le hubiera gustado es conservar el dinero entre sus manos, quería jugar sin riesgo.

«¡Ya le quedará por ver, pobre diablo!», decía para sí, sonriendo, el señor Roest, en tanto que aconsejaba con cautela a su cliente. Sabía que primero hay que cebar a los pájaros antes de poder echarles la red.

Durante toda la primavera el marco se mantuvo desesperadamente firme y hasta incluso llegó a alzarse en un cincuenta por ciento. Erich, que creía saber más que todos los demás en lo que a la especulación del mismo se refería, no llegó a conclusión alguna. Incesantemente durante los meses de marzo y abril fueron llegando telegramas así concebidos: «Salud de Dora invariable. Padre». Incesantemente el Gobierno Cuno siguió empeñado en apoyar al marco; los bajistas se arruinaban a diario o bien se encontraban en un mal paso.

De vez en cuando, Erich, que comenzaba a impacientarse, se lanzaba a alguna especulación sobre el franco, pero las fluctuaciones de esta divisa eran imprevisibles. Erich ganaba un par de miles de francos seguía jugando y perdía quince mil...

A mediados de mayo estaba más alejado de su objetivo que a principios de febrero. En conjunto había perdido dinero y a ello se añadía que la vida en Amsterdam estaba a un precio exorbitante.

A todo esto, Erich había adquirido ya las costumbres de los bolsistas. Permanecía en el cuarto de su hotel tan solo un par de horas de la mañana. Todo el resto del día lo pasaba en los Bancos o con los agentes de cambio, escuchando su enrevesado lenguaje o anotando febrilmente los cursos de apertura de los cables de Nueva York —incluso los que no le interesaban—, y por la noche frecuentaba los bares y cafés. En contra de todos sus proyectos iniciales, no había tomado ninguna amiga, contentándose con logros hallados en algún bar. Tenía a la sazón veintiséis años y empezaba ya a notar que las mujeres iban perdiendo para él sus atractivos, carecían ya de importancia. Mucho más importante consideraba una buena mesa y buenos vinos, aunque sin exceso. Engordó rápidamente y aún más rápidamente habituó se a la pereza corporal.

En cambio, en su interior sentíase más vivaz que nunca y obsesionado tan solo por un único pensamiento: el del dinero. Quería recuperar su dinero y quería, además, ganar una suma veinte veces mayor. En ello pensaba incesantemente, sobre ello meditaba durante las varias horas en que, entregado a la digestión, se sentaba ante su café con el cigarro apagado en la boca.

Concebía miles de proyectos, pero siempre en el último momento, aun cuando el nuevo plan le pareciera muy seguro, el riesgo le atemorizaba. Le atemorizaba la pobreza. En casa de sus padres había gustado lo que él consideraba la pobreza. ¡No, jamás! Tenía que conservar su dinero. Su último recurso seguía siendo el amigo de Berlín, a pesar de que no llegaba a olvidar del todo que tal vez este amigo hubiera ya dejado de serlo, no obstante haber entregado a su custodia una crecida suma de dinero. Pudiera muy bien ser una añagaza.

Durante los primeros días del mes de mayo, al llegar a su hotel a las cinco de la mañana, le dijeron que desde la noche anterior le estaba esperando un señor.

Juzgando por la expresión del portero nocturno, echó de ver que el tal señor no podía ser muy distinguido, y efectivamente no parecía ser gran cosa el visitante a quien tuvo que despertar sacudiendo el sillón en que se había sumido en profundo sueño: era un muchacho, modestamente vestido y desnutrido como todos los que por aquel entonces invadían Amsterdam, procedentes de Alemania.

El joven declaró que venía de parte de un señor de Berlín y que tenía que entregarle en privado en mensaje. Erich Hackendahl le llevó a su cuarto y allí se despejó el muchacho, sin decir palabra, de su chaqueta de cuyo forro extrajo un papel profusamente doblado que alargó a Erich...

Temblando cogió este la notita, la desplegó y leyó el mensaje escrito a máquina, por el que se enteró que el Reichsbank iba a abandonar dentro de los tres o cuatro días siguientes el apoyo que al marco había venido prestando y de que era el momento en que Erich debía de jugar a la baja con todo cuanto poseía. «Ha llegado el momento que te dije».

Erich dio al muchacho un billete de diez florines, prometiéndole que en caso de que la nota le trajera suerte, le entregaría otros cien, y encargándole que al cumplirse una semana pasara a enterarse del resultado...

Erich pasó aquella noche en vela meditando continuamente sobre lo que debía de hacer. ¿No podría ser aquel el momento elegido por el amigo para llevar a cabo su venganza? Hasta entonces no había habido nada en la Bolsa que hiciera prever un descenso del marco, que a pesar de haber ido desvalorizándose lentamente durante las últimas semanas, estaba, sin embargo, mucho más alto de lo que a finales de enero estuviera. Se horrorizaba al pensar que su amigo habría tomado cumplida venganza si él jugaba a la baja con todo cuanto tenía, cumpliendo lo que en la advertencia se le decía, y el marco seguía incommovible.

La solución a la que llegó finalmente fue muy característica de Erich. Decidió esperar a arriesgar su dinero poniendo toda la suma confiada por su amigo en una especulación sobre la baja del marco. Roest se esforzaba en impedirselo. «¡Los alemanes resistirán en el Ruhr! ¡El marco se mantendrá firme!», exclamaba el banquero. Mas ¡también Erich se mantenía firme... y arriesgó el dinero de su amigo!

Dos semanas más tarde se maldecía. El apoyo del Reich había cesado y el marco bajó. Había ganado cincuenta mil marcos con el dinero de su amigo, pero hubiera podido ganar medio millón. El diputado había sido un verdadero amigo... ¡y él, el muy torpe, había desconfiado! Poco fue el consuelo que la consideración que el señor Roest le prodigara logró proporcionarle: «¡Este alemanito ha sabido más que toda la Bolsa de Amsterdam! Si me hubiera dicho algo, yo le hubiera apoyado y ¡habría que ver dónde estaríamos ahora!».

Y el señor Roest se secaba con un pañuelo de seda el rostro bañado en sudor.

Desde entonces los negocios de Erich tomaron nuevo incremento. Los telegramas procedentes de Berlín subrayaban un perpetuo empeoramiento de la salud de Dora. Y Erich ya no receló de ellos, así como tampoco de su amigo, recelando, en cambio,

vivamente de su propia pusilanimidad. No quedaba más que calcular lo rápido que el descenso del marco sería, y también sobre ello llegaron mensajes aclaratorios de Berlín, generalmente por medio de telegramas y en otras ocasiones por mensajeros...

A finales de julio era Erich millonario; mas un millón no era nada: Roest tenía quince empleados en sus especulaciones de Bolsa. En agosto, el Gobierno Cuno cayó y fue reemplazado por el Gabinete del doctor Stresemann, con lo que volvieron a emplearse para con Francia los tonos amigables y el dólar subió de uno a diez millones de marcos. Erich se vio con cinco millones de marcos oro.

Mas los había logrado a costa de sus nervios. Solo a fuerza de soporíferos lograba conciliar el sueño y se negaba a salir a pie, así como a hablar más de lo estrictamente necesario. Permanecía dos horas a la mesa y dominaba por completo el lenguaje enrevesado de los bolsistas. Los agentes de cambio le otorgaban toda clase de consideraciones y los banqueros le preguntaban en tono de camaradería acerca de sus previsiones sobre la divisa Oslo... Su principio de calvicie se acentuó...

Mas todo esto no fue más que un principio; el verdadero torbellino no tardó en iniciarse. En septiembre se interrumpió la resistencia pasiva en el Ruhr y en tres semanas subió el dólar de veinte a ciento sesenta millones de marcos. Erich no sabía ya la cantidad que poseía, pues estando la mayor parte de su fortuna invertida en especulaciones y modificándose sin cesar los cursos, no podía determinarlo. De vez en cuando se decidía a hacer cálculos, pero a poco se le embrollaban, le cansaban las interminables columnas de cifras y cejaba en su empeño...

«Ahora sí que termino... —se decía—. Esta sola vez...».

Erich Hackendahl había sido siempre un bajista había ganado su fortuna creyendo en la caída del marco, en el cese de la resistencia alemana, en el desmoronamiento de Alemania. «Todo por no volver jamás a Alemania», solía decir. Y todos le daban la razón.

Mas sabía que llegaría el día en que el marco se estabilizaría. Cundía el rumor de una reserva oro y hasta incluso de una reserva de centeno. En tanto que durante todo el mes de octubre siguió el marco bajando más y más hasta llegar a los mil millones, empezó a hacerse sentir la inseguridad. ¿Cuándo se detendrá? ¿Logrará subir a su debido tiempo?

Erich pensaba profusamente en ello. Había sabido con anticipación el cese del apoyo gubernamental al marco, sin tener la decisión necesaria para aprovecharse. A la sazón está de nuevo en el Poder el partido de su amigo y recibiría la debida información, ¡y esta vez estaba decidido a arriesgarlo todo! ¿Arriesgarlo? No era ningún riesgo. El amigo lo era de veras y cada una de sus indicaciones era algo precioso.

Por una única vez Erich estaba decidido a jugar a la alza con el marco; luego se retiraría. Llegó hasta proponerse liquidar con toda honradez las ganancias del amigo para que este estuviera contento.

Los últimos días de octubre fueron acrecentándose los rumores y la inseguridad

acerca del marco. Se había fundado en Berlín una banca de las rentas. ¿Cómo iba a estabilizarse el marco? Erich se decidió a mandarle un mensajero a su amigo. Encontró un camarero alemán que —¡qué idea más peregrina!— quería regresar a su patria, pues sentía la añoranza de ella, y costeándole el viaje le mandó a Berlín con un billetito.

El primero de noviembre enteró se por medio de emisarios de que el marco lograría estabilizarse cuando el dólar llegara a 420 mil millones. Estaba a 130 000 millones. Durante todo un día y el siguiente estuvo Erich dudando... Al tercero, cuando el dólar llegó a los 420 mil millones, se decidió, no sin maldecir su pusilanimidad, y colocó todo cuanto tenía a favor de la estabilización a 420 mil millones. De bajista que siempre había sido, pasó por primera vez a jugar al alza.

—¡Que Dios lo ampare! —exclamó Roest—. ¡Cómo le han cogido! ¡Me gustará oír mañana sus gritos!

El señor Roest se equivocaba, pues llegó y transcurrió el 4 de noviembre y el marco seguía inmovible. Erich triunfaba y, sin embargo, tenía cierto miedo. El día 5 el señor Roest empezó a dudar:

—¿Habrás tenido razón el alemanito? ¡Me lo recomendaron de Berlín! ¿Será cosa de jugar también al alza? Todavía estoy a tiempo... No, no, no, yo no me embarco, no creo en los alemanes... —y, perplejo, se secaba el rostro.

Igualmente durante todo el día 6 de noviembre se mantuvo el marco férreamente a 420 mil millones. Erich calculó sus ganancias y el total de su fortuna. Aun dejando aparte medio millón de marcos oro para el consejero berlinés, le seguían quedando 23 millones de marcos.

—¡Lo logré! —se dijo Erich, entregándose al sueño, aligerado de su peso.

Mas al cabo de pocas horas le despertó el sonar del teléfono.

—¿Dónde está usted? ¿A quién se le ocurre dormir? —gritaba en el aparato el señor Roest—. ¡Me lo encuentro durmiendo cuando el marco ha tenido una apertura débil y el dólar ha subido a 510! ¡Está usted arruinado!

Con gran suavidad, colgó Erich el auricular en el aparato. No se levantó; se quedó acostado con una sensación de debilidad por todo su cuerpo.

«Estoy perdido —se decía—. Me ha dejado en la miseria...».

Y a pesar de ello no lo podía creer. Todos aquellos meses vividos en un infierno despiadado, y total, ¿para qué? ¡Para perderlo todo! ¡Era increíble! Telefoneó a un agente de Bolsa, y se enteró de que el dólar estaba ya a 590.

—¡Venga y verá! ¡El marco se desmorona! ¡Vaya divisa que ha resultado! ¡Es como para enfermar!

Mas no fue ni se salvó. Se quedó en cama, temblándole toda su carne blancuzca, con un miedo cerval... Tenía casi tanto miedo como en los tiempos de las trincheras...

Llegó a pensar: «Da haber ido con él entonces al café, ¡habría que verme ahora!».

Sin embargo, pronto se le fue esta idea de la cabeza, le vinieron otras, se acordó

de que el mismo día anterior, hacía tan solo doce horas, creía haber triunfado. ¡Treinta y tres millones! Recordó lo que había tenido que humillarse y rebajarse antes de haber podido reunir los primeros veinte mil marcos. «Jamás lograré volver a reunirlos», pensó desconcertado. Pero ¿qué haré si no?...

Para un hombre como él, para un hombre que había sido lo que él fuera, era imposible volver a la nada, a la pobreza, a una existencia de empleado. ¿Qué hacer? Por dos veces pidió conferencia telefónica con Berlín y la anuló.

Roest, el banquero, le apremiaba a que fuera a salvar lo que aún podía salvarse. De hecho, hubiera aún podido salvarse algo, pues el dólar estaba anotado a 630 mil millones y hubiera podido recuperar parte de su fortuna.

Se vistió y salió; esta vez a pie y no fue a ver a ningún banquero o agente de bolsa. Se fue a pie al museo Rijks. Por lo menos quería ver los Rembrandt. Mas aquel mes de noviembre, el quinto aniversario del armisticio, no fue para él nada dichoso: el museo estaba cerrado. «Volveré mañana —pensó—. Por lo menos quiero haber visto los Rembrandt...».

En el camino de regreso a su hotel ocurriósele una idea. Con la mano abierta se golpeó la frente. ¡Era clarísimo: el Gobierno alemán se escudaba tras de aquella baja formidable! ¡Quisiera volver a comprar el marco a buen precio y luego lo estabilizaría a 420, habiendo así realizado un negocio de mil millones a costa de la Bolsa mundial!

Como su padre, se dijo: «¡Seré férreo! ¡No cejaré hasta que el marco ascienda a 420! ¡Férreo!».

Durante seis días, desde el 7 de noviembre hasta el 12, mantúvose firme en tanto que el dólar permaneció inmovible a 630 mil millones. Seguía siempre esperando una estabilización a 420 mil millones, como su amigo se lo había escrito. Los agentes de bolsa le dejaban en paz, puesto que sus consignaciones cubrían las pérdidas. Únicamente, Roest, el banquero, decía: «Será usted tan férreo como lo es el marco. ¡Está arruinado!».

El 14 de noviembre el dólar se anotó con 840 mil millones, precisamente el doble del curso que Hackendahl había previsto. Aquel día los agentes de bolsa liquidaron sus cuentas con Erich, se quedando con las aportaciones que él les hiciera para cubrir las pérdidas. Erich corrió de uno a otro rogándoles que esperaran unos días más y asegurándoles que el marco se estabilizaría a 420.

Los agentes levantaban los hombros y reían... Roest, dijo: «Lo que pusieran todos estos pobres diablos es ganar, pero en cuanto llegan las de perder... Sea usted hombre, señor Hackendahl, tiene todavía un auto estupendo, un anillo de brillantes, no tiene familia. ¡En peor situación he estado yo de lo que usted está!».

Varias veces pidió Erich una conferencia telefónica con Berlín, mas hasta el anochecer no logró comunicar con su amigo. Ya por el tono de la voz de este dedujo que no podía esperarse nada de su parte.

—¡Qué bien que hubiera telefoneado!... ¿Qué tal le iba? ¿Por qué había estado

tanto tiempo sin dar señales de vida? ¿Qué hacía en Amsterdam? ¡Ah! ¿Le iban mal los negocios?, ¡vaya! De modo que los negocios no iban bien. ¡Era lástima por Erich! ¿Cómo decía? ¿Escribir? ¿Telegrafiar? ¿Que bromas eran aquellas? ¿No le habrían gastado alguna broma? ¡Le creía más listo que todo esto! Toda la amistad que quisiera, pero aquel tono no podía emplearlo. ¿Cartas? ¿Telegramas? Espera un momento, Erich, haz el favor.

—Habla el jefe del departamento. Sí, señor. El consejero de Justicia me acaba de comunicar que debo hacerme cargo de sus quejas para el caso en que se necesite alguna prueba testifical. ¿Dice usted haber recibido cartas y telegramas del señor consejero de Justicia? El señor consejero de Justicia me ruega que le informe de que jamás le ha escrito ni teleografiado una sola palabra. Por lo tanto será necesario ver su nombre. Ah, ¿las cartas estaban sin firmar? Entonces, ¿qué es lo que le hace suponer?

...

Era inútil. Erich colgó el auricular.

Durante toda una noche estuvo obsesionado por la idea del suicidio. Pero ninguno de los medios de llevarlo a cabo le parecía lo suficientemente seguro y lo suficientemente poco doloroso. Ambas cualidades debían ir unidas. Y no había nada que viniera a llenar las exigencias de Erich.

La liquidación de su tren de vida en Amsterdam se llevó a cabo con muchísima más rapidez que la del de Berlín. Lo único que le quedaba por vender era el auto. A pesar del mucho dinero que había manejado temporalmente en Amsterdam, no había comprado nada más que el auto. Aquella vez no tenía nada que temer de parte de la Aduana; si bien seguía yendo bien equipado, sus efectos no tenían nada de nuevo.

Erich partió de Amsterdam con tres maletas, una manta de piel, un anillo de brillantes y un reloj de oro, y llevando en su corazón un odio candente hacia el que había sido su amigo.

Era el 16 de noviembre de 1923 y el dólar se cotizaba a 3 520 000 000 000 marcos. La cuestión de a qué curso se estabilizaría el marco seguía sin respuesta. Era un día gris, lleno de niebla, húmedo y frío, semejante al de su llegada.

Hasta que estuvo en el tren «D», camino de Colonia, no se le ocurrió que no había llegado a ver los Rembrandt. Tenía la impresión de que jamás iba a poder recuperar aquel olvido.

Aproximadamente al mismo tiempo en que Erich Hackendahl regresaba a su villa natal de Berlín, retornaba también a ella, proveniente de un corto viaje, Heinz Hackendahl. Había conducido a su cuñada Gertrud y a los dos chicos a la isla de Hiddensee.

En tanto que Erich libraba batallas por millones y millones de oro y era derrotado había Heinz tenido que luchar con sus millones de papel, pues cada vez se hacía más imposible, a pesar de la perseverante ayuda de Tutti, poder lograr el pan para cuatro bocas aquel pan que a la sazón, a diferencia de los tiempos de guerra, estaba expuesto en todos los escaparates de las panaderías y no hacía falta más que tener dinero para comprarlo.

Finalmente, y habiendo resultado favorable el viaje de reconocimiento practicado en Hiddensee, puesto que con las patatas del granero, la vaca que en el establo había y los tres cerdos en la pocilga, parecía estar asegurada la alimentación de los chicos, constantemente hambrientos, se llevó a cabo el traslado de residencia.

La tarde anterior a la partida de Heinz, habían estado él y Tutti en la playa, sentados en una barca pesquera: los niños hacía ya rato que dormían, cansados de corretear, gozando del insólito aire marino.

—¡Ah, esto sí que es bueno! —dijo Tutti, estremeciéndose por el viento.

—Hace un poco de frío, ¿no? —preguntó Heinz.

—¡Pero son un viento y un frío puros! —exclamó Tutti, dichosa de estar de nuevo en su provincia.

—¡Es cierto! Sin embargo, tendrás que vigilar a Gustavo, que es muy propenso a enfermar de la garganta.

—¡Ah! Aquí no enferma nadie. En estas Islas no se ha enriquecido jamás un médico.

—Vigílalo, te digo, Tutti —exclamó Heinz, enérgicamente.

—Naturalmente —contestó ella—. No pienso en nada más que en los chicos, Heinz.

Y tenía razón, pues era tontería recordárselo. Jamás había pensado en nada más que en sus hijos. Él dijo:

—Si os hubierais quedado medio año más en Berlín, Tutti, hubiera logrado que padre viniera a ver a los chicos.

—No tiene tanta importancia, Heinz.

—Para ti y para los chicos, no —concedió él—. Pero tal vez para padre la tuviera. Hace tiempo que no tiene ninguna alegría.

Ambos guardaron un rato de silencio. Había ya casi oscurecido por completo y tan solo una claridad nebulosa extendíase sobre las mugientes aguas; de pronto surgió el rayo blanco y cegador del faro de Ancona apareciendo a cortos intervalos y el

resplandor más rojizo y suave de la torre Bahoft.

Ambos pensaban en el anciano que en días muy aciagos habíase mantenido esforzado, muy esforzado...

—¿Irás de vez en cuando a ver a Eva? —preguntó Gertrud Hackendahl.

—Naturalmente. Tan a menudo como sea posible.

—Yo le escribiré desde aquí, y cuando hagamos matanza le enviaré un paquete.

—Ya preguntaré si puede enviársele. Tiene sus reglamentos...

—La haremos poco antes de Navidad. ¡Seguro que para Navidad lo permitirán!

—No es seguro. Recuerda que está en la prisión más rigurosa que pueda haber.

Ambos guardaron silencio nuevamente. Por fin dijo Gertrud muy pensativa:

—¡Dos años! Cuando uno está fuera no le parece tan, pero dentro debe ser una eternidad.

—A no ser por padre, hubieran sido cinco o seis.

—Ya sabes, Heinz, que por lo de Otto no tengo a padre mucha simpatía. Jamás podré olvidar cómo se portó con Otto... Pero ¡había que verle ante el tribunal cuando los demás culpaban a Eva, y ella decía a iodo que sí! Había que ver cómo padre se levantó diciendo:

«La chica era buena, y únicamente ha sido débil; el que es malo el tipo ese...». Cuando el abogado quiso ponerse en contra de él, estuvo verdaderamente férreo, Heinz.

—Fue muy suyo. Y cómo le respondió al abogado:

«Si la chica fuera verdaderamente tan mala, no diría que sí a todo lo que usted quiere hacerle decir». «Está protegiendo a este malvado, que por su parte no hace más que hundirla en el fango...».

—Desde que oyeron esto, la consideraron ya de distinto modo.

—Padre fue el que logró que infligieran a Bast el máximo de pena, y no a Eva...

—Sí —dijo Tutti—; a Bast ya nadie le quitará sus ocho años... Me pregunto si cuando él salga habrá logrado ella librarse de su influjo.

—¡Dios mío! —exclamó Heinz—. ¡Ocho años! ¡Quién puede prever hasta tan lejos! Dentro de ocho años estaremos en 1931, ¿qué sucederá entonces?

—Esperemos que estaremos un poco mejor.

—Sí. ¡Si cuando menos estuviera arreglado lo del dinero! No puedes imaginarte lo desconcertados que están todos en el Banco. Están locos los de las taquillas de pago, locos los de los efectos y más locos que todos los de las divisas. ¡Pero aún más que todos ellos lo están en la dirección!

—No puede tardar en arreglarse —opinó Tutti, alentadoramente—. Así no creo que continúe.

—Sí, ¿y entonces qué? ¡Entonces nadie tendrá dinero! ¡La mayoría lo han perdido todo!

—¿Te refieres a los Bancos?

—¡También a ellos!

—¡Ah, los Bancos tendrán siempre que hacer, Heinz! Y tú, con lo trabajador que eres, tendrás siempre empleo.

En la obscuridad, él sonrió desmayamente.

—¡Ahora te será más fácil todo, Heinz! ¡No teniéndonos a nosotros...!

—Naturalmente, solo que tú ya sabes...

—¡En cualquier caso conserva la vivienda, Heinz! —dijo con precipitación—. ¡No abandones el piso! ¡Tendrías que trasladarte a un cuarto amueblado!

—No, no —dijo él—. Lo guardaré a causa de tus muebles...

—¡Déjate! Ahora son tus muebles, Heinz, y es lo que menos importancia tiene. Lo principal es que tengáis un domicilio...

—¡Pero si ella no quiere, Tutti! No quiere de ninguna manera.

—Ya cederá.

—No, no. Tiene miedo. Tiene miedo de que vuelva a abandonarla...

—¡Qué tontería! ¡Tú no abandonarías a nadie! A mi no me has abandonado...

—A ella sí la dejé una vez...

—¡Qué importa! Entonces eras un chiquillo...

—No para ella. No para Irma.

De nuevo guardaron silencio.

Luego dijo Tutti, levantándose súbitamente:

—Hace verdadero frío. Ven, Heinz, vamos a correr un poco por la playa. Y vuelvo a decirte: ¡no abandones el piso! Mientras lo conserves serás un buen partido, y también ella lo reconocerá.

Y ahora estaba de nuevo en su hogar, en su piso. Lo recorrió todo, encendió el fuego, abrió la ventana, dejó entrar un poco del aire húmedo y turbio del exterior, deshizo las camas y decidió cómo iba a colocar los muebles; las camas de los niños podía llevarlas al desván...

Ya de las paredes no colgaban las cosas de los chiquillos, y cajones y armarios estaban vacíos en su mayoría. Por ello retumbaba de tal modo cuando recorría el piso. Sonaba a vacío, todo había quedado vacío no tan solo los cajones y la vivienda, sino toda su vida...

Los chicos se acostumbrarían pronto a la isla, y para Tutti era un verdadero regreso al hogar. Mas él no se habituaba jamás a la vacía habitación. Pensó en lo que sería desde entonces su regreso a casa después del trabajo: nadie le esperaría en la vivienda. Tendría que encender el fuego, arreglar la casa, cocinar. ¡Y todo tan solo para él!

Pensó en lo que le había ayudado, durante todos aquellos horribles años que tenía tras de él, el tener que cuidar de alguien, de tres nada menos. Lo que le había ayudado a olvidar a Tinette y, lo que era aún más facilitado a soportar los terribles años de inflación. Había tenido que vivir al día preocupado con el siguiente, proponiéndose pequeños objetivos: un traje nuevo para Gustavo, que Otto pudiera tomar sus rayos ultravioleta, el dentista para Tutti... Estas habían sido sus hazañas extras junto a las hazañas cotidianas y debidas: el alquiler, el pan, la cuenta del gas... Desde sus veinte años había tenido que ser padre de familia: y a menudo resultó difícil. No había podido ir a los cafés como los demás, ni a bailar, ni al cine. A menudo había resultado pesado, pero siempre le hizo bien.

¡Cuán frecuentemente se habían burlado de él sus colegas!: ¡Eres de lo más simple, Hackendahl! ¿Quién te manda cargar con dos mocosos? ¿Para qué sirve la beneficencia pública?

Sí, era simple hasta no poder serlo más para aquella gente. Pero les sobrepasaba con toda su simpleza con sus sencillos y nimios goces. Tenía algo en su interior y a su alrededor, una tarea que llevar a cabo en un tiempo en que para toda la generación no parecía existir tarea alguna, objetivo alguno...

Con tal de que vayamos pasando, decían, como hasta ahora vamos pasando, no importa cómo lo hagamos. Pero el cómo sí importaba, pues con las tanguistas y la cocaína no se llega a ningún sitio, y con los dos mocosos si se llegaba. El profesor Degener, hombre sin embargo oscuro, habíale aconsejado, con razón: «Las pequeñas tareas, Hackendahl. Hay que tener la célula sana, sin la célula sana no puede estar bien el cuerpo».

¡Cuánta razón tenía aquel hombre! Había que irle a ver de nuevo. Tal vez supiera alguna nueva máxima para quien está en su domicilio vacío y frío, de nuevo sin tarea

que llevar a cabo... Heinz Hackendahl se conoce a sí mismo mejor de lo que se conocía a los diecisiete años: sabe que no es ninguna lumbrera. Es un engranaje, pero confía en que podrá cumplir a la perfección su cometido. Lo único que quisiera saber es en qué consiste el cometido. En qué consiste su tarea. No se vendrá a esta tierra a arrastrarse, pasando calamidades, total para saciar el hambre; uno puede creer lo que quiera acerca de Dios y del Cielo, pero es cosa de creer que es uno algo más que un ácaro. O, ¿no será así...?

Heinz Hackendahl golpea, airado, su cama que está deshaciendo. Excitado, piensa que es de todo punto imposible que el único fin de la vida consista en ir al Banco y hacer una estadística perfecta acerca del desarrollo de la exportación en la industria eléctrica —con especial consideración de las instalaciones montadas en el extranjero por firmas alemanas— y luego irse, por la noche, a casa a arreglar la choza. ¡Lejos de ello!

A Heinz Hackendahl le ha entrado prisa de pronto, y ni se le ocurre cerrar la abierta puerta, ni la ventana, ni hacer la cama. En vez de ello se pone el sombrero, coge el abrigo y sale de estampía, corriendo por la ciudad, sin pensar siquiera en coger el tranvía. La impaciencia no gusta, de los tranvías, hay que moverse por sí mismo...

El resultado es que aún con mayor impaciencia irrumpe en la tienda de la viuda Quaas:

—Señora, no haga remilgos. ¡Tengo que hablar inmediatamente con Irma!

Y ya antes de que la señora Quaas, más quejumbrosa que antes, pueda proferir ni una sola queja, ha traspuesto ya la tienda e irrumpe en la habitación.

—Irma, perdóname, tengo una prisa loca... ¿Cuándo nos casamos?

—¿Te has vuelto loco, Heinz? ¡Jamás me casaré contigo!

—Ya te dije que tengo prisa. ¡Espera, debo de tener el anillo en el bolsillo, espera...! También estuve en la Alcaldía, tu madre me dio los papeles, ¿te parece bien el miércoles?

—¡Jamás! —dijo la señora Quaas con quejumbrosa voz, pero su vocecita pasó inadvertida en la confusión.

—¡Estúpido! —dijo Irma—. ¡Se ha vuelto estúpido! ¿Qué edad tiene usted, jovencito?

—¡Irma, por favor, déjate de tonterías! ¡Vamos, no finjas!

—¡No puedo tolerar que se me diga que finjo!...

—¡Naturalmente que finges!...

—No.

—Si.

—No.

—¿Quién fue el que, en otro tiempo, empezó el besuqueo?

—Una bofetada es lo que te di entonces, y ahora mismo estoy tentada de volver a empezar...

—¡Anda, hazme el favor!

—¿Cómo?

—Anda, ¿quieres darme otra? ¡Venga! Pero luego te vienes conmigo.

—¿A dónde he de ir?

—Ya te lo he dicho cien veces: a ver nuestro domicilio.

—¡Ahora resulta que tiene casa!

—Puesto que quieres casarte conmigo he de tener una casa. Es bien lógico.

—¡No quiero casarme contigo!

—¡Naturalmente que quieres! ¡No empieces ahora de nuevo con tus remilgos!

—¡No quiero!

—¡Si es que ya no puedes volverte atrás! Ya se han publicado nuestras amonestaciones.

—¡Tú verás cómo te vuelves atrás!

—¡Yo no quiero dejarlo correr!

—¡Pero yo si!

—¡Bueno, pues ya ves!

—¿Qué es lo que he de ver?

—Que estamos de acuerdo.

—¡Qué tonto!

—Naturalmente —dice sonriendo—, y ¿qué?

—¿Crees que me embaucarás? ¡Jamás! Como amigo de la infancia, ya te lo dije entonces, pase. Pero como marido, ¡jamás!

—¡Irma! ¡Irmita! ¡¡¡Irmgrad!!! Puesto que yo mismo me he ofrecido, venga ya.

—¿Venga qué?

—¡La bofetada! ¿No quieres darme una bofetada? Pues, anda, dámela por todo lo pasado. ¡Anda, Irma!

—No pienso hacerlo, y en cuanto al pasado, es mejor que te calles.

—Lo haré en cuanto me hayas dado la bofetada. Los demás se dan un beso de prometidos, y nosotros nos daremos un bofetón de prometidos. El beso ya nos lo dimos.

—¡También el bofetón!

—¡Dios! ¡Qué terca eres! ¿Así es que no quieres dejarte raptar?

—¡Por ti, jamás!

—¡Está bien! ¡Tendré que dejarte tiempo para reflexionar!

Preocupado, emitió unos suspiros y luego, arrastrando una silla hasta la mesa, sentó se junto a Irma.

—¡Haz el favor! —exclamó, indignada—. ¿No pensarás instalarte aquí?

—Eso pensaba hacer. Hasta que hayas reflexionado sobre el asunto.

—Es ya demasiado. ¡Ah!, no te muevas, madre. Haz como si no estuviera. Pronto encontrará tonta su actitud.

—Yo no le entregué los papeles, Irmita —dijo lastimeramente la señora Quaas—.

Acabo de ir a mirar y siguen todos allí. Ha mentido...

—Claro que ha mentido. No te extrañe, madre. ¡Es un vulgar mentiroso!

El ultrajado no reaccionó.

—Y también ha mentido en lo del anillo. ¡No lleva anillo! ¡Todo es mentira!

No hubo protesta alguna. Con gran desprecio:

—Y, naturalmente, tampoco tiene casa. ¡Bastante debe de costarle el poder pagar su cuarto amueblado!

—¡Eso sí que no! —dijo fríamente Heinz—. Lo de la casa es verdaderamente cierto. ¡Dios mío! —Y dio un salto, horrorizado—. ¡He dejado el gas encendido y el bote de la leche puesto al fuego!

Y corrió hacia la puerta. Asustadas, le contemplaron pensando en la leche derramándose y en el mal olor que desprendería al quemarse.

Pálido, dio media vuelta.

—Es igual —dijo sobriamente—. Que se queme, que vengan los bomberos. No me iré antes de haber salido de este espantoso estado de cosas. ¡Tengo que obtener una respuesta definitiva!

Y sentó se de nuevo junto a ella.

—¡No me casaré contigo jamás! —le gritó al oído—. Ya tienes tu respuesta definitiva.

—Por favor, querido Heinz, su leche... —La señora Quaas estaba completamente descorazonada.

—Ya lo dije —dijo, asintiendo con la cabeza—, todavía no ha logrado aclarar sus ideas. Tengo que dejarle tiempo para reflexionar...

—Por favor, Heinz, la leche...

—¿Te vas inmediatamente, Heinz, o no? —A la sazón había ya ella terminado la paciencia, y furiosa, se erguía ante él.

—Si quisieras reflexionarlo cuando estés más calmada —rogó, temeroso—. Estás ahora tan excitada, Irma...

—¡Vete a ver cómo está la leche! ¡No haces más que excitar a mi madre!

—Es solo medio litro —dijo en tono de excusa—. Cuando llegue a casa, se habrá ya derramado toda. Prefiero esperar aquí.

—De todas formas debes irte.

—Además —dijo él, arrepentido—, encuentro odiosas las mentiras. ¡No tengo la leche al fuego, Irma! Ni tampoco el gas está ardiendo, sino que...

¡Pam! El bofetón no se hizo esperar. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! ¡Tres veces más de lo convenido!

—¡Toma! ¡Toma y toma! Miserable embustero. ¡Atormentarnos de tal forma! ¡No sabes más que mortificar!

Pero él ya la tenía en sus brazos.

—¡Ah, Irma! —dijo—. Gracias a Dios que me has pegado. Desde hace cinco años lo tenía entre ceja y ceja.

—¡Suéltame! —dijo ella débilmente—. ¡Tienes que soltarme! No quiero abofetearte de nuevo...

—No, ahora tendrías que...

Hacia ella esfuerzos desesperados para librarse. Luego exclamó, impaciente:

—Madre, ¿no oyes que hay alguien en la tienda? ¡Vete a ver qué quieren!

Y apenas habíase cerrado la puerta tras de la intimidada anciana que, por otra parte, no comprendía nada de cuanto pasaba, que ni comprendía ni lo de la tienda, ni lo de su hija, ni lo de la leche al gas, ni nada en este mundo. Apenas pues, se encontraron solos, Irma dijo:

—Oye, Heinz. Una vez te lo soporté. Pero nunca más, ¿entiendes? Nunca más. ¡No quiero sufrir más esta angustia, este desespero! ¿Comprendido?

—¡Y tanto!

—Bien, así es que está ya perdonado y olvidado para siempre. Ahora puedes darme un beso, Heinz.

CAPÍTULO VII

EL QUE NO ACUDE CORRIENDO A DONDE HAY TRABAJO...

1

Habían estado operando con las máquinas contadoras de dinero y con las empacadoras, habían estado haciendo horas extraordinarias para contar el dinero y se habían dado casos de virtuosos en esa cuenta, a los que el cálculo no les impedía seguir conversando: sus dedos seguían contando mientras en su cabeza funcionaba una máquina de calcular y contaba hasta cien, mientras al mismo tiempo decían: '«Hace un frío de mil diablos, ¿no?». «¡Ayer estuve trasnochando de manera imponente! ¡Tal vez es por esto que tengo tanto frío!». En tanto, habían ido contando sin error ninguno y empacaban los fajos de millones y miles de millones de billetes. Como no había ni caja ni cámara acorazada que pudiera contener todas aquellas cantidades de dinero, hubo gran demanda de cestos de colada. Los cestos de colada se demostraron altamente idóneos para la custodia del dinero, y, por otra parte, eran del todo seguros.

Y, de golpe, todo ello terminó. Llegó el *rentenmark*, sobrevino la marea y, como suele suceder generalmente tras de una inundación, dejó tras de sí fango y destrucción. Durante todo el tiempo en que los billetes continuaron en curso, no tuvo la gente, ni aun siquiera los pobres, conocimiento de la verdadera inopia en que estaban. Las grandes cifras y las cantidades de los billetes les habían puesto un velo que les impedía ver claro.

Empero a la sazón empezaron las Bancas su gran limpieza. Se revisaron las cuentas, se comprobaron las libretas de ahorro, se contaron y se equipararon las acciones y luego se dirigieron cartas a los clientes: «Le rogamos que, en atención a la escasa importancia de los mismos, se sirva usted proceder a retirar los títulos y valores a su cuenta. Sus efectos, etc., quedan preparados para su devolución a las horas de despacho en las ventanillas. Con la más alta de las consideraciones...». Y empezó el desfile de los frustrados, de los desposeídos, de los que se consideraban engañados; acudieron los viejos que con los papeles penosamente adquiridos pensaban haberse asegurado el declinar de su vida; acudieron los rentistas, los pequeños capitalistas, empleados altos y medios. Se demostró que aquel pueblo no era precisamente lo que pudiera llamarse ávido de negocios. No habían hecho especulaciones con las divisas ni fraudes de ninguna clase; se habían limitado a esperar, y lo perdieron todo.

Las quejas, las protestas, los lloros y las maldiciones de los viejos hiciéronse oír, día tras día, en el vestíbulo del Banco. Los empleados se valían de palabras consoladoras, mas resulta difícil irle con palabras consoladoras a quien lo ha perdido

todo y se siente engañado, y tratar de hacérselo soportar con paciencia. Es imposible.

—Óigame usted —decía un caballero algo anciano, dando tristes golpecitos a su fajo de acciones cuidadosamente impresas y provistas de firmas de complicada rúbrica—. Aquí hay unas acciones. Acciones por valor de veinte mil marcos. ¿Y no van a valer ya nada?

—Tenga en consideración el estado del dólar, señor consejero. El último cambio del dólar era a 4200 millares de millones de marcos papel. También estas acciones representan marcos papel. Por lo tanto, resultan no valer ni un céntimo.

—Pero cuando yo presté mi dinero a la fábrica, era dinero oro. En cualquier momento el Reichsbank me lo hubiera cambiado por oro.

—Sí, entonces sí; en la anteguerra, sí, señor consejero. Desde entonces hemos perdido una guerra.

—¿Hemos? Usted, tal vez, yo no. Mis hijos... pero no es cosa de hablar ahora de ello. Sin embargo, la fábrica que se quedó entonces con mi dinero sigue existiendo ¿no es cierto? Hace poco la vi y salía humo de las chimeneas.

—Sí, claro, señor consejero...

—Por lo tanto, la fábrica no se ha convertido en papel...

—Debe usted comprender, señor consejero, que la desvalorización del marco...

—¡Oh, sí, lo comprendo perfectamente! Ha pasado lo mismo que con mis empréstitos de guerra. Es lo mismo que lo de: «Siempre os quedará el agradecimiento de la Patria»...

—Pero ya que la guerra...

—¡Estupendo!, ¡y que paguen los demás! ¡No, gracias! No volveré a poner los pies en un Banco.

Y dicho esto se fue. El infortunado empleado, que aquel día tuvo que habérselas con diecinueve clientes enfurecidos, contempló perplejo al vigésimo de ellos.

Mas, finalmente, también esto pasó. Terminó el baldeo la gran limpieza quedó acabada, y podían ya empezar a llegar los nuevos huéspedes, únicamente que no vinieron. Todo estaba preparado para recibirles; se les tributaría por sus ahorros el máximo posible para los tiempos que corrían. Las nuevas emisiones de acciones de las entidades prometían los más cumplidos dividendos, mas no vinieron. No querían ni ganancias ni dividendos. Ya no tenían confianza, y quedáronse al margen.

No tardó gran cosa en extenderse el modismo de la monumental hinchazón del aparato. La inflación había sido una hinchazón sobrevenida al mercado mundial, pero —comparación muy adecuada y en su punto para cosa tan pútrida— los Bancos habían sufrido también esta hinchazón. Ahora era cosa de descongestionarlos. Esta comparación no estaca ya tan bien. Antes esta palabra casi no se usaba y se empleaba la de desmoronar. Sin embargo, descongestionar sonaba mejor. Cada época tiene sus modismos y formas que merece. ¡Aceptemos el descongestionar!

Inevitablemente llegó el día en que Heinz Hackendahl fue llamado al despacho del jefe de personal. En el antedespacho esperaba mucha gente, y cada tres minutos

se abría la puerta del despacho, oyéndose decir a la voz de la secretaria: «¡El siguiente, por favor!». Se procedía a la descongestión con un cierto orden.

Naturalmente, todos los convocados sabían lo que les esperaba, pero la mayoría de ellos no lo tomaban a lo trágico. Hasta entonces había habido siempre trabajo, y aun no había nadie que conociera lo que el verdadero paro significaba.

—Hace tiempo que estaba harto de esta casa...

—El día que quiera puedo ir como corresponsal extranjero a...

—¡Ya verán cómo se las arreglan cuando no me tengan a mí!

—¡El siguiente, por favor!

En cambio, el cuadro que Heinz Hackendahl vio al entrar en el despacho fue algo completamente distinto: vio a un empleado entrado en años y calvo, a quien el jefe de personal proporcionaba un vaso de agua.

—¡Cálmese usted, señor Tummel! Con sus facultades, mañana mismo encontrará cualquier otro empleo...

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a poder hacer? ¡No hay Banco que dé empleo a gente tan vieja! Además, la mutua de empleados se ha desvalorizado, como todo...

—¡Por favor, por favor, señor Tummel, cálmese usted; hay dieciocho señores esperando ahí fuera! Si con cada uno de ellos tuviera que entretenerme tanto...

—¡Treinta y cinco años he estado trabajando aquí y ahora me echa usted a la calle!

—¿Cómo puede usted decir eso de nosotros? ¿Nosotros echar a la calle a alguien tan probo? Son cosas de esta época, y nosotros no lo hemos querido...

—Millones he ganado para este Banco, y ahora... Así son los capitalistas...

—¡Por favor, señor Tummel, por lo que más quiera! No vamos ahora a discutir de política, que no tengo tiempo para ello. Señorita, hágame el favor de conducir al señor Tummel a su despacho. Bueno, señor Hackendahl, le supongo ya enterado de lo que se trata... Nos vemos obligados a limitar personal... Lo sentimos, pues sus trabajos eran meritorios... si las coyunturas nos son favorables le colocaremos de nuevo...

El jefe de personal recitaba su cometido como un autómata. Aquella mañana había tenido que repetir lo mismo cincuenta veces, y hacíalo, sin embargo, con la exactitud e irreprochabilidad de un jurídicó: «Anuncio para el primero de julio. Se le informa de que desde ahora debe dejar su puesto en esta Casa, pudiendo pasar a recoger lo que se le debe de su asignación hasta el día 30 de junio...».

—¿Así es que puedo ya irme desde mañana?

—¡Claro, naturalmente! Ya ve usted qué pronto nos hemos entendido. Los que no quieren comprenderlo son los señores como el anterior, los empleados viejos. Mucho repetir lo de los treinta y cinco años de servicio pero no recuerda que también durante estos treinta y cinco años ha estado viviendo de la Banca. En esto no quiere pensar. ¡Hágame el favor de firmar el conforme de haber recibido la comunicación de cese!

—¿Cree usted que este hombre encontrará otra colocación?

—¡Qué va! ¡Una carroña así! ¡No podría ya habituarse! Hace dos años quise colocarle en otro despacho; en un despacho exactamente igual, de las mismas dimensiones y el mismo mobiliario, solo que tres habitaciones mas allá, ¿comprende? ¡Santo Dios, el revuelo que armó! ¡Decía que sentía nostalgia del otro! ¿Ha oído nunca nada igual? ¡Nostalgia de un despacho! No, Con este señor Tummel ya no puede hacerse nada. Bueno, señorita Schneider, ¿lo ha expedido usted? Llame, Pues, al siguiente, haga el favor. Hasta la vista y perdone. Buenos días, señor Hackendahl.

Heinz se fue a su despacho. ¡Jamás en su vida le había ocurrido nada igual! ¿Se alegraría también Irma? ¡Con aquel dinero podrían viajar! ¿Y si fueran a Hidnansee a ver a Tutti? ¡Era estupendo! Y que los *Rentenmark* le trajeran toda aquella dicha.

Al pasar ante una puerta abierta miró hacia el interior, en el que, rodeado de compasivos colegas, estaba el señor Tummel, con la cabeza metida entre las manos, exclamando, entre sollozos continuados: «¡Jamás volveré a encontrar otro empleo! ¡Jamás!».

¡Pobre diablo! Seguramente no encontraría, en verdad, más empleo. ¡Qué horrible es envejecer! ¡Qué estupendo ser aún joven! ¡Siempre habría trabajo; incluso, a veces, más de lo que uno quisiera!

De vuelta a su despacho, empaqueta sus cosas y se despide de los colegas. Pasa luego por la caja, en donde le pagan íntegramente su sueldo de tres meses. Quinientos cuarenta marcos oro. Jamás ha llevado consigo tanto dinero ganado con su esfuerzo, y le hace sentir avidez de nuevas empresas. Por el camino, de regreso al hogar, se detiene durante largo rato ante una tienda de electricidad, contempla el escaparate, murmura para sí, cuenta...

Se decide, por fin, a entrar en la tienda. Extensamente trata con el vendedor y oye pronunciar palabras que hasta entonces había tan solo leído. Luego recibe la entrega de unos cordones de electricidad verdes; otros, más delgados, pardos, y una tablilla en la que van montadas cosas extraordinarias y que resulta bastante cara...

Cuando abandona la tienda no tiene la conciencia del todo limpia. Una vez hecha la compra empieza a ocurrírsele: «¿Qué va a decir Irma? Al fin y al cabo no están en situación de poder gastar más de cincuenta marcos por un juguete... ¡No es ningún juguete —dícese, en su pensamiento, saliendo al paso de los reproches de Irma—, es una cosa muy grande...!».

Entra en casa algo inquieto por lo que Irma va a decir. Por expresarlo con más justeza, está un poco asustado, pues no ha cesado de acompañar su matrimonio la tensión y ambiente de tormenta con que se iniciara. Disputan con frecuencia, si bien sin enfadarse.

Mas Irma no le dice nada al llegar, pues no está en casa. Probablemente estará con su madre... No hay en ello nada de insólito, pues ha llegado a casa un par de horas antes de lo acostumbrado, pero le hubiera gustado podérselo contar todo inmediatamente, y no ve la necesidad de por qué ha de pasarse el día en casa de su madre...

Sin embargo, a la llegada de ella, no tiene ninguna prisa en hablarle. Por el contrario, grita, contrariado, al oír el portazo no muy fuerte que ella ha dado:

—¡Cuidado, Irma! ¡Vaya! ¡Creo que había cogido algo! ¡Dios mío! ¡Este reloj suena demasiado fuerte! Haz el favor, Irma, mete el despertador debajo de la almohada.

—¡Caramba! —dice, extrañada, mirando a su marido sentado ante aquel estrafalario aparato con auriculares en las orejas y haciendo mover cautelosamente dos círculos de alambre verde—. ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo estás ya en casa? Si no son ni las cuatro...

—¡Radio! —contesta misteriosamente—. Había ya cogido algo... Creo que debía de ser Nauen... o París... Irma, por favor, siéntate y no estés dando vueltas así. ¡No me dejarás oír nada!

Ella se le queda mirando. La duda y la preocupación se apoderan de ella.

—¿Has enfermado, Heinz? —pregunta, temerosamente—. ¿Cómo no estás en el Banco a estas horas?

—¡Me han despedido! —murmura él—. Es decir, primero tenemos tres meses de permiso. Mira, Irma, si quisieras estarte sentada un momento, en seguida te contaré...

—Despedido... —dice ella, dejándose caer en una silla y quedándose mirándole—. Y tú...

Está completamente desconcertada.

—¡No es tan grave! —murmura él—. ¡Dios mío, ahora se les ocurre a los de ahí al lado soltar sus malditos grifos! Y yo que había... ¡Irma... ven!

Tiene el rostro radiante. Con precaución suelta uno de los auriculares del casco.

—¡Irma, ven, por favor! ¡De puntillas! ¡Llévate esto a la oreja! ¿Lo oyes? ¿Lo oyes? Es música, ¿no lo notas?; creo que es Wagner; debe venir de Nauen o tal vez de Inglaterra, no sé todavía, ¡voy a cogerlo mejor! Tú lo oyes también, ¿no? Mira, Irma, no me mires tan extrañada. Es la radio, ya sabes lo que es, tienes que haber leído lo de la música que transmiten por el éter desde Nauen, París, Londres, por todas partes, radio... —y lo va deletreando lentamente mientras sigue a la escucha con el rostro radiante...

—¡Claro, naturalmente! —dice ella casi gritando—. ¡Si es clarísimo! El radium, eso con que le irradian a uno... Por el amor de Dios, Heinz, ¿para qué estás aquí fabricando radium...?

—¡Radio! ¡La radio es algo totalmente distinto del radium!

—¿Cómo estás aquí haciendo radio cuando tendrías que estar en el Banco? ¿Cómo es que te han despedido? ¿Cómo es que tienes permiso?

—¡Anda! ¡Ya se ha vuelto a marchar! ¿No puedes tener un poco de cuidado? Mira, ya vuelvo a cogerlo... Pues mira, Irma, estoy verdaderamente despedido, pero no hasta el primero de julio. Y hasta entonces no tengo necesidad de volver por allí. Tengo permiso, Irma; imagínate, un trimestre de permiso. ¡Y con todo el sueldo! —Radiante, se echa mano al bolsillo—. Imagínate, Irma, ¡quinientos cuarenta «pavos»!

... Es decir —se interrumpe—, menos lo del aparato de radio que he comprado, que son cincuenta y tres marcos, pero vale la pena...

—¿Cómo? —grita ella indignada—. ¿Más de cincuenta marcos por este instrumento?

—¡Has de tener en consideración que es una radio! ¡Que es la música a través del aire y los muros!

—¡Y qué! Mejor sería que hubieras comprado un buen gramófono y unos cuantos discos. ¡Este aparato retumba en el oído! ¿Dices que es Wagner? ¡Si era el «Sueño de un vals», de Strauss! ¿O es de Lehar?

—¡Era la obertura de Tanhauser!

—¡Lo oí perfectamente! —y dice canturreando—: Y yo no hice más que besarle un hombro...

—Pues esto es del «Murciélago» ...

—Bueno, en todo caso ya decía yo que era de Strauss. ¡Nada de Wagner! ¿Y por qué te han despedido?

—Por falta de trabajo; hoy día se despiden a cientos de hombres. Lo llaman descongestionar; es un nuevo invento. Hubieras tenido que ver, Irma, cómo lloraba un hombre ya viejo del departamento de efectos. Cree que no va ya a encontrar ningún otro empleo. Claro que a él le va a resultar difícil, pues es ya viejo.

—¿Y a ti?

—¿Yo? ¡Yo siempre encontraré colocación! ¡Soy todavía joven! ¡Puedo trabajar muy bien! ¡Siempre habrá demanda de gente que tenga capacidad para el trabajo! ¡Ah, Irma, no te preocupes! Ahora iremos a ver a Tutti... Y luego...

—¿Y luego?

—¡Ya veremos! Irma, ocúpate de la cena, pero sin hacer mucho ruido, pues voy a ver si cojo algo más. Es algo estupendo, música por los aires. Marconi lo descubrió, ¿sabes?... Ah, Irma, en el fondo soy felicísimo. ¡La radio y el permiso!

—¡Y sin empleo!

—¡Ya encontraré!

—Hay que reconocer que eres trabajador y es de esperarlo. ¡Me entusiasmará ir a Hiddensee! ¡Ya nos saldremos con bien!

2

Había pasado el tiempo de los extranjeros enriquecidos por el cambio, y el padre Hackendahl no encontraba ya americanos aficionados a dar crecidas propinas; desde que el marco se había consolidado y la vida en Alemania no resultaba más barata que en cualquier otro país, desde que no podían comprarse casas con el sueldo de un mes ni pieles con el importe de una propina, Berno era ya el mismo. El extranjero abandonaba a Alejandría a sí misma. Que se las compusieran como pudieran para ser felices con sus continuas disputas entre el Reich y las provincias, entre Baviera y Prusia, entre uno y otro ejército del Reich. Que siguieran debatiéndose por sus príncipes y por la cuestión de las banderas. ¡Lo que tenían que hacer era pagar! Esta era, junto al incesante desarme, la única cuestión que seguía interesando al extranjero.

En cambio, al férreo Gustavo, cuando a primeras horas de la mañana descendía por la avenida del Kaiser hacia la estación del Zoo, la única cuestión que le interesaba era la de si aquel día iba o no a poder lograr alguna carrera. Había días en que no se presentaba ocasión de hacer ni una carrera, días negros y lúgubres en que se pasaba las horas junto a la salida de la estación viendo llegar y salir ocupados a los taxis automóviles, sin que ningún mozo de equipajes gritara: «¡Un taxi de primer orden con herraduras!». «¿Cómo te va, Gustavo? ¿Confías en que tu penco hará un buen recorrido?».

Para decir verdad, hasta incluso los taxis automóviles atravesaban tiempos muy duros. Hackendahl lo reconocía. También sobre esto había cambiado y ya no despreciaba a los chóferes, sino que hablaba con ellos, admitiendo que eran hombres como él, con iguales preocupaciones.

—¡Vosotros sí que lo tenéis bien! —decía—. Vuestro trasto no come cuando no trabaja.

—¡Pero tenemos los impuestos, Gustavo! —decían suspirando—. Piensa en los impuestos sobre el auto la patente, y tanto si trabajamos como si no, no hay remedio...

—¿Pero cuánto? ¿Cuánto pagas? ¡Nosotros...!

No, no había motivo para envidiarles. ¡Si al menos lograra uno una carrera que valiera la pena! ¡Pero cada vez estaba más negro! Durante un tiempo logró ir algo bien llevando paquetes, y el simón de primer orden de Hackendahl estuvo durante un tiempo haciéndole la competencia al servicio de acarreo de paquetes de Berlín, y hacia el anochecer llegaban los empleados de los despachos antes de irse al correo para llegar a la partida de los trenes D, en dirección al Este:

—Bueno, Gustavo, ¿cómo va? ¿Nos llevas un poco? ¿Te va bien por una cerveza y un vasito de aguardiente?

—Hecho. ¡Lo que pidáis! ¡Si únicamente no se os ocurriera siempre venir al último momento! ¡Así hay que darse una prisa de mil...!

—No sueltes tacos, Gustavo. Tu delantera está dispuesta a llegar a tiempo. ¡Andando!

Luego llenaban el simón hasta los bordes de paquetes que iban a buscar a algún almacén, hasta tal punto que veíanse obligados a sentarse en el pescante junto a Gustavo, y a última hora llevaban aquella masa de paquetes al correo con gran enojo de los empleados y expedicionarios; «Tenemos que llegar al último tren de Colonia, o si no el jefe me pone en la calle. Haz correr al penco».

Y con todo, para Hackendahl eran las mejores carreras. Aquellos recaderos no eran malos clientes, siempre tan parlanchines, siempre dispuestos, a pesar de todas las miserias, a gastar alguna broma o a reírse de ella, y nada avaros por lo que atañía al precio de la carrera.

Los tiempos en que Hackendahl conducía a consejeros privados de Sanidad y profesores hasta la Charité en su vehículo de lujo, quedaban muy lejos. Cuando hoy en día pensaba en ello, le entraban a uno ganas de reír. Era cosa de risa pensar que mientras se había tenido todo aquello aun creía uno tener motivos de preocupación.

Y llegaron también los tiempos en que el período de acarreo de paquetes veíase, al pensar en él, como algo muy agradable. También las carreras con los paquetes fueron extinguiéndose.

A menudo, cuando a la sazón iba Gustavo Hackendahl recorriendo las calles a pescar peces, como él lo llamaba, encontrábase con alguno de sus viejos antiguos clientes. A algún recadero... Y le veía arrastrando un carrito de dos ruedas con unos pocos paquetes, o bien llevando su carga con toda comodidad debajo del brazo.

—Hola, Erwin, ¿qué tal va la tienda? ¡Ya no se te ve, chico! ¿No tenéis ya necesidad de utilizar el coche?

—¿Ir en coche? ¡Para coches estamos! ¡Lo que van a hacernos es ir dando tumbos! El jefe no hace más que hablar de reducción de gastos y de descongestiones. También a mi me ha despedido para el primero de mes...

Malas noticias, tristes nuevas y, finalmente, ya ni noticias siquiera. Finalmente el férreo Gustavo dejó de encontrarse a sus amigos los mensajeros, con sus pantalones extremadamente claros y extremadamente anchos planchados impecablemente; habían desaparecido esfumados como si no hubieran existido jamás.

Al viejo Gustavo le ocurría entonces con frecuencia pensar que era verdaderamente viejísimo, que con su penco y su simón provenía de tiempos muy remotos y lo había conocido y resistido todo. A la sazón le ocurría con tanta frecuencia, que los mozos de estación le enviaban extranjeros, a los que tenía que contarles el aspecto que todo tenía veinte o treinta años atrás, de cuando habían construido la iglesia del Kaiser Guillermo, de cuando Kurfürstendamm se llamaba WW y quedaba tan lejos como el lejano oeste, de cuando se hacían excursiones con coches de bancos, de cuando su alazán compitió en velocidad con un coche...

—Sí —decía luego—. Todo es distinto y todo ha cambiado, excepto yo; yo sigo siendo férreo. Por esto me llaman Gustavo el férreo.

Mas también él había cambiado. No había podido permanecer inmóvil, pues no existía tal cosa. También él nadaba en la corriente de su tiempo y era una partícula de su pueblo. No podía disgregarse de él y tenía que pasar por lo que su pueblo pasaba. Y siempre con el pensamiento puesto en su mujer, que le esperaba inquieta en casa, demasiado inquieta. Mientras permanecía esperando sentado al pescante, o propiamente más que esperando, descabezando un sueñecito, solía pensar en madre que le aguardaba en casa. Cuando él tardaba, echábase ella en la cama, mas no dormía hasta oírle regresar.

Al oírle levantaba la cabeza de la almohada y preguntaba inquieta, demasiado inquieta:

—¿Qué hay, padre?

—Buenas noches, madre. ¿Ha ido bien?

—¿Hay algo, padre?

—No, hoy no, madre. No nos preocupemos, ¡tanto mejor irá mañana!

—¡Ah, padre...!

Resultábale difícil decirle que no había absolutamente nada y solía pensar que a no ser por ella no le hubiera importado tanto. Él hubiérase contentado con un poco de pan untado de manteca y una taza de café con tal de que a su caballo no le faltara el pienso... Pero madre era como una chiquilla y creía que si no podía comer caliente a lo menos una vez al día, se iba a morir de hambre.

Cuando había tenido un buen día se reservaba parte del dinero para poderle dar también algo al siguiente, se preocupaba y sin darse nunca por satisfecho combinaba nuevas ocasiones de poder hacer alguna carrera. Tal vez fuera un bien la presencia de madre con sus continuas inquietudes y sus lamentaciones; había tanta gente que a la sazón se desmoronaba y que encontraba que nada valía la pena, que por muchos esfuerzos que se hicieran nada se conseguía...

En cambio, el viejo Hackendahl se esforzaba, reflexionaba, ¡puesto que se habían terminado los turistas y acabaron los acarreos de paquetes, no había más remedio que sacar lo que se pudiera de las carreras nocturnas! De una manera u otra tenía que proseguir; buscar de un modo u otro el dinero para madre.

Y de nuevo volvió a cambiar el día por la noche. A últimas horas de la tarde arreglaba el coche y era ya de noche cuando se dirigía hacia el Oeste, mas no hacia el Zoo, sino hacia las callejuelas silenciosas y oscuras del antiguo Oeste. Las pisadas del caballo sonaban a vacío ante las casas grises apenas alumbradas. Reinaba una calma tan desesperante... Pasaba siempre al paso ante aquellas casas siguiendo la dirección que el caballo quería tomar... Y al mismo tiempo vigilaba...

¡Cómo han cambiado los tiempos y cómo hemos cambiado nosotros con ellos! ¿Férreo? Sí, férreo en cuanto a la tenacidad, al aguante, a la voluntad de vivir. Férreo en cuanto a la resolución de llevarle a madre dinero a casa, la mezquina cantidad cotidiana de cinco marcos siendo buen día, o de dos siendo malo.

Allí van las chicas a apostarse en las esquinas, solas o formando a veces grupos

de a dos y tres. No son las encopetadas fulanas que pasean por Tauentzienstrasse o el Kurfürstendamm y que por nada del mundo subirían a un coche de caballos. Son las mancebas de poco más o menos, ya no muy guapas ni muy frescas; las que, como se dice, tienen alguna tara, a la espera de algún vacilante; las mancebas de poco más o menos a la caza de embriagados o de borrachos perdidos a quienes el aire ha serenado lo suficiente para comprender lo que de ellos quieren aquellas chicas, o bien de los que estando un poco alegres, se ven transidos de frío; estas son las presas que buscan...

Y cuando les han hecho caer en la trampa, resulta una gran cosa tener a mano un coche como aquel. Es divertido volver a tomar uno de aquellos simones, y es precisamente lo que le gusta en su actual disposición al caballero acompañante, en tanto que lo que a las chicas les interesa es llegar pronto a su objetivo, pues los borrachos cambian de idea con tanta facilidad, que en cualquier momento puede pasar a ocurrírseles cualquier otra cosa.

Mas ya cuida el viejo del pescante de que la cosa vaya de prisa. Conoce todos los lugares a que puede acudirse. Las pensiones de alto copete con campanilla nocturna, todos los hoteles de estudiantes de los alrededores. Además, no está siempre temiendo como los chóferes que le roben el vehículo. Ayuda a la chica, hace sonar el timbre por ella, empuja al señor escaleras arriba. ¡Ah! El viejo cochero de punto es algo serio y conoce el Berlín diurno y nocturno, en sus risas y en sus llantos. No se arredra ante nada, es férreo...

—¡No te importe, Gustavo! —le dicen las chicas cuando el caballero se niega a pagar el simón—. ¿Qué dice? ¿Que él no lo ha alquilado y que no sabe qué es lo que viene a hacer aquí...? Déjalo, Gustavo, mañana lo liquidaré contigo...

Sí, estas son sus carreras nocturnas, de ahí proviene el dinero que por las noches le lleva a madre. Pero no dice ni una palabra de ello.

¿Ha llegado a creer que no tendría que pasar por esto? Por todo ha tenido que pasar, la vida no ha tenido reservado para él, igual que para el pueblo a que pertenece, otro hado más feliz. Igual que su pueblo, lo que quería era comer, y como su pueblo, no puede procurarse el alimento de otra forma. Tuvo que tomarlo donde lo hallaba. Tal vez no le gustara, y es seguro que no había de gustarle el llevar a la cama a los caballeros embriagados, especialmente a una cama tal. Mas no le quedaba elección posible si quería vivir, si quería llevar dinero a madre. No tenía más que la elección entre vivir o morir. La muerte le era fácilmente accesible. Por aquel tiempo reinaba en Berlín una cierta afición al suicidio, sobre la que incluso hacíanse estadísticas. Estadísticas de suicidios. Principalmente eran o los muy jóvenes o los muy viejos los más inclinados a ello...

Mas lo que el férreo Gustavo quería no era morir, y sobre todo lo que no quería era que madre pasara hambre. Por lo tanto, se vio obligado a buscar el pan donde podía hallarlo, y si bien no era un pan ni bueno ni limpio, era pan al fin y al cabo.

Ni tan siquiera se le ocurría quejarse ni lamentarse en absoluto. Contaba a la

sazón sesenta y cinco años y no se sentía del todo viejo. Como le sucedía a casi todo el mundo en aquellos tiempos, tenía una vaga esperanza de resistirlos: un día u otro tenía que suceder algo distinto, algo mejor. Era imposible que se siguiera siempre yendo cuesta abajo.

No, si una idea fija le obsesionaba y atormentaba durante sus carreras nocturnas a través de las grises calles, era acerca de Eva... No le hubiera gustado volver a ver a Eva en tales condiciones yendo él en el pescante y ella con un hombre en el interior del coche... Hubiera sido para él una verdadera calamidad tener que conducir a Eva a uno de aquellos hoteles, siendo de una misma calaña padre e hija...

En tanto que solo él sabía la clase de carreras que eran las suyas podría soportarlo. No tenía que dar cuentas más que a sí mismo de lo que le venía en gana hacer. Mas era imposible que lo supiera nadie más y en especial alguien de la familia, y precisamente ella, a quien había echado de casa por cosas tales. Estaba obsesionado por la idea de encontrar a Eva. A gusto hubiera abandonado aquellas carreras a causa de ella... Pero había que pensar en madre...

La última vez que viera a su hija fue en el banquillo de los acusados, y ella no había mirado ni una sola vez en dirección a su padre. Al único al que de continuo miraba era a aquel tipo colocado en la opuesta diagonal de donde ella estaba. Por entonces debía haber cumplido o estar a punto de cumplir la condena, pero no quería ni pensar en volver a verla. ¡Jamás!

Y fue por aquel tiempo en una noche de otoño, una noche de octubre. Con violencia inusitada en Berlín, soplaban un viento del Este, haciendo chapotear ruidosamente la lluvia por las calles desiertas. Hackendahl había extendido sobre el jaco la manta de hule que, sin embargo, no le sirvió a aquel de nada, pues el viento la levantaba de continuo, haciéndola golpear los flancos del caballo. Todo chorreaba. No quedaba más solución que retirarse al hogar a pesar de no llevar ganado nada. Nadie vendría.

Iba, pues, camino de su casa cuando le llamaron desde la puerta de un café:

—¡Eh, cochero!

Corriendo acudió hacia él un hombre vestido de impermeable, contento de haber encontrado finalmente algún vehículo:

—Cochero, lléveme... Es decir, a mí y a una dama que está un poco alegre, pero ya nos arreglaremos... ¿Dónde me llevará? ¡Que no sea muy caro!

—Perfectamente. Seis beatas por toda la noche usted y la señora, y no tendrá necesidad de salir en seguida por la mañana. Pero dese prisa, que mi penco no es campeón de natación y se me está ahogando.

El caballero sacó a la muchacha del café y la sentó en el coche.

—¡Vamos! ¡Andando!

El padre llevó a su hija, a la que no reconoció, a un hotel por horas.

A pesar de todo, la vida ahorra algunos malos tragos a la Humanidad.

3

Con tres días de anticipación vino a alquilar al viejo Hackendahl una de aquellas muchachas de servicio de las que ya no abundaban: una anciana con delantal y cofia blancos y almidonados, sostenido el primero por dos largas tiras en cruz. A las diez en punto del martes tenía que aguardar frente a la casa número 17 de Neue Ansbacher y llevar a la clínica a su dueña, dama de avanzada edad.

—¡Perfectamente, señorita!

—¡No lo olvide! ¡A las diez!

—¡Perfectamente!

Al día siguiente vino también a prevenirle, ¿lo recordaba?

—Vaya que sí, señorita. Pasado mañana. A las diez de la mañana. Neue Ansbacher, 17.

La sirvienta se declaró satisfecha de su memoria, mas quiso saber si conducía prudentemente su simón. Si tenía cuidado con los autos. Dijo luego que la anciana dama odiaba los automóviles y que jamás había ido en uno de ellos, que desde hacia veintiún años no había salido de su domicilio y tenía noventa y tres.

—Ya tendré cuidado, señorita. Pronto cumplo los setenta.

—Yo tengo también sesenta y tres.

Y ambos sonrieron orgullosos de haber llegado a edad tan avanzada.

—Pero a los noventa y tres años no debería salir a la calle... Como no debe de estar acostumbrada la va a trastornar...

—¡Pues no tiene más remedio que ir a la clínica a que la operen! El señor consejero privado lo ha exigido, diciendo que si no, no curará.

—Yo, si fuera ya tan viejo, no dejaría que me manosearan, señorita.

—Pues ella se ha empeñado. Quiere vivir ciento once años, dice que es un número tan bonito, que ya de chiquita se lo propuso...

Gustavo opinó:

—¡Ah, bueno! Nosotros los viejos somos de otro calibre que esos peleles de hoy día. No cejamos durante toda la vida en lo que nos hemos propuesto. Somos férreos.

E hizo partir al caballo.

Al día siguiente, cuando la sirvienta se lo volvió a recordar, exclamó:

—Voy contra mis propios intereses, pero me parece más adecuada una ambulancia. El simón da un poco de sacudidas para sus noventa y tres años, y una ambulancia es toda goma y plumas...

—¡Pues ella no quiere! El consejero privado le ha alquilado para las once una ambulancia, pero ella es así y quiere partir una hora antes en un simón... Ya está riéndose de la cara que pondrá el consejero cuando vea que le ha jugado una trastada...

—Su señora debe ser un hueso...

—¡Y tanto! Hay que hacer lo que ella quiere, y ella no hace lo que no quiere. La ambulancia representa ir en auto y está decidida a no ir. Dice que como van con bencina, explotan si se prende fuego. Dice que todos autos explotan un día u otro...

—Nada, nada —dijo Hackendahl, balanceando la cabeza—, a mi me iría muy bien, pero no creo ya que sea así...

Y al día siguiente tuvo efecto la conducción de la nonagenaria, la primera salida después de veintiún años...

Del portal de la casa número 17 de Neue Ansbacherstrasse salió un sillón inmenso, una obra de arte de acolchamiento, con sus almohadones para los brazos y su almohadón para la cabeza, todo él forrado de un terciopelo raído, con dibujos de pájaros: colibríes y una gran ara azul y amarilla.

Dos mozos de cuerda con blusa azul llevaban el sillón pendiendo de una correa, y un tercer mozo de cuerda iba detrás sosteniendo el respaldo... Detrás del tercer mozo de cuerda iba el portero llevando mantas y cojines, y tras el portero iba la muchacha de servicio con un cofrecillo en la mano; toda aquella gente ponía cara medio solemne, medio divertida... En el sillón iba una mujercita tan menuda que parecía caber entre las manos, una mujercita de cabellos finísimos y blancos, y manos de niña. Llevaba sobre el pelo una cofia plana de azabache negro. El rostro de la mujercita era pequeñísimo, con mil arrugas y arruguitas, se le adentraban los labios en la boca, mas los ojos tenían una mirada lúcida y fresca.

A la sazón vieron aquellos ojos a Gustavo Hackendahl y, con voz de tono muy alto, dijo, satisfecha:

—Este sí que es un buen ejemplar de cochero berlinés. Lo hiciste bien, Malvina. ¿Cómo se llama usted, buen hombre?

—Gustavo Hackendahl —dijo con una sonrisa de todo su viejo rostro, el viejo, sintiéndose de nuevo como si hubiera vuelto a la juventud—. Pero la gente me llama, simplemente, Gustavo el férreo.

—¡Gustavo el férreo! ¿Lo has oído, Malvina? Esto sigue siendo el viejo Berlín que tanto me gusta. Oiga, ¿ya alimenta bien a su caballo, buen hombre? Tiene mal aspecto.

Gustavo el Férreo no quiso contarle a aquella anciana las preocupaciones que con el pienso de su caballo tenía, antes al contrario, le aseguró que el caballo recibía cotidianamente sus doce libras de avena, únicamente que digería tan mal porque masticaba con gran dificultad; tenía los dientes en mal estado...

—¡Ah, los dientes! ¡Los dientes! Y la digestión de cuando uno envejece. ¡Antes! ¡Ah, antes! —la anciana se acordó de otra idea—. Anda, Malvina, dale al caballo su azúcar.

Y evidenciando que ya de antemano lo habían previsto, sacó Malvina azúcar del bolsillo de su delantal.

—Toma, ahora tres terrones, y si eres un buen caballo nos llevas bien, te daré luego otros tres.

En cuanto izaron a la anciana dama al coche y la afianzaron con cojines y mantas, montó Malvina...

—Andando, cochero. Pero sin prisas, pues quiero ver el panorama y, por otra parte, no puedo sufrir los apresuramientos...

El caballo partió paso a paso. Cada vez que pasa a cerca de ellos un auto, exclamaba la anciana:

—¡Ah, que asco! —Y ante todos los establecimientos miraba a su alrededor, evocando sus recuerdos, y decía—: En otros tiempos había aquí una confitería, ya debe usted saberlo, cochero. Dietrich, eso es, Dietrich se llamaba.

Y al decir esto echábase hacia atrás, asustada, pues pasaba, trepidando, junto a ellos, un autobús de dos pisos. Al cabo de un rato preguntó con recelo si ya no existían los ómnibus de caballos. ¿No quedaba ya ni uno?

A poco se perdió en sus recuerdos y no sabía ya ni por qué calles pasaba, preguntando si no habrían equivocado el camino, pues allí había antes avenidas y estanques.

—El agua no puede estar muy lejos. Aún estoy viendo a los niños que chapoteaban en ella.

¡Ah!, los niños que la anciana veía chapoteando hacía ya tiempo que habían muerto, e igualmente sus hijos habíanse convertido en hombres y ya no chapoteaban, antes bien, tenían preocupaciones y hacíanse también conducir a las clínicas. El hermoso paseo en simón que con tanto placer habíase anticipado la anciana le resultó pesado al cabo de diez minutos. En su cuarto había podido llegar a creer que el viejo Berlín seguía viviendo, y, en cambio, todo se había transformado. Habían cambiado las calles, las casas, las tiendas, todo. Otras gentes eran las que deambulaban, otras totalmente distintas y de repente le apareció lo vieja que era, lo caduca que estaba. Cayó en la cuenta de que todo su mundo había muerto y yacía desde tiempo en el olvido, y que solo ella seguía viviendo, solo ella, infortunadamente.

Cerró entonces los ojos y oró para que fueran más de prisa, oró pidiendo descansar en una cama... ir pronto a una cama... Pues las camas no cambian como cambian las ciudades, y siguen siendo lo mismo en todos tiempos y en todas partes. A la sazón ansiaba tanto la anciana una cama que cuando pararon ante la clínica le parecía que los camilleros no venían con la camilla lo suficientemente prestos y relegó al olvido al coche, cochero y caballo. Desapareció por la puerta de la clínica llevando tras de sí a Malvina llorando quedamente, y Gustavo Hackendahl tuvo que esperar largo tiempo hasta que salió una enfermera a buscar las mantas, cojines y otros efectos.

—El dinero del viaje tendrá que pasar a cobrarlo al despacho de la señora directora, cochero —dijo la hermana.

Refunfuñando, bajó el viejo Hackendahl del pescante, ató al caballo y le colgó del hocico el saco con avena. Luego se dirigió al despacho en donde la señora directora, al volverse de cara dejando la ventana por la que había estado atisbando, apareció su

hija Sofía convertida en aquella mujer alta, imponente y de aspecto extremadamente enérgico.

—¡Vaya, Sofía!... —dijo—. Es gracioso... He tenido que acarrear a una mujer medio muerta para volver a verte. ¡Y que pueda pasar esto entre padres e hijos!...

—Te vi por ahí fuera, padre... —dijo fríamente—. Por esto te he mandado llamar. Hubiera podido hacer que te entregaran el dinero. ¿Qué hace madre?

—Sí, esta eres tú, Sofía. Así has sido siempre. Hasta el corazón tienes de hielo...

—Yo no me he hecho a mí misma, padre...

—¿Te provendrá de mí?

—No nos peleemos, padre. ¿Qué hace madre?

—¿Qué ha de hacer? ¡En estos tiempos! Lo principal es que tengamos lo suficiente que comer...

—¿No os va bien? No, ya lo veo por tu simón y por tu caballo. También en ti se ve, padre...

—No necesitas decírmelo, hago lo que puedo. Dame el dinero de la carrera, que son cuatro marcos con cincuenta. Por mal que me vaya, no tengo ninguna necesidad de que mi propia hija haga escarnio de mí. Yo no te necesito y, en cambio, tú sí me has necesitado...

Ella le miró pensativamente, con sus ojos fríos como el acero.

—Te he necesitado, padre, como todos los hijos necesitan a su padre. No más. Pero no hablemos de ello, lo pasado, pasado está.

—¡Eso es lo que tú dices! Yo os veo a vosotros, hijos míos, igual que cuando erais pequeños. Pero vosotros ya no queréis saber nada de esto, queréis haber sido siempre mayores.

—Me acuerdo perfectamente de cuando era pequeña y a veces sueño en ello. Y estos sueños no son nada bellos. No he logrado estar contenta hasta que he podido sostenerme por mí misma. Del todo contenta no lo estaré nunca, es como si me faltara algo, padre.

—Yo no he sido malo para ti, Sofía. He sido como he podido.

—Sí; también yo he sido como he podido. Bueno, como ves, padre, me he logrado desquitar. Soy ahora directora de esta clínica, en la que tengo participación, y gano bastante; si tú quieres, puedo hacer algo por vosotros, por madre...

—No quiero dinero tuyo.

—Tampoco yo te lo daría; con dinero no se ayuda a nadie. Pero ¿qué te parece si te trasladaras aquí con madre? En el sótano hay una pequeña vivienda bastante bonita, y podrías encargarte de la caldera de la calefacción y del termosifón...

—No, Sofía; soy cochero de punto y cochero de punto me quedaré. No pienso ser portero en mis vejees...

—Piensa también en madre ...

—Madre tiene bastante con que yo esté contento. Puedo seguir procurándome los garbanzos.

Sin sentirse ofendida en lo más mínimo, ella le contemplaba pensativamente. El testarudo padre estaba algo perplejo; en cambio, la hija mostrábase fría, seca...

Y aun con todo, tal vez no se sentía del todo indiferente. Algo la atormentaba. Algo que no era amor, antes, lejos de ello, era una especie de deber o pundonor al ver al viejo ante ella con su abrigo de cochero raído y hecho un puro zurcido, y el rostro barbudo que parecía como anquilosado...

De no tenerlo ante los ojos, de no haber sabido nada de él, nada le hubiera preocupado... Andando el tiempo hubiera podido construirse una clínica particular, procurarse un cuarto despacho agradable, agenciarse una renta segura y, sobre todo, un dominio, un mundo en el que pudiera mandar: mandar a enfermeras, hermanas y enfermos, ella que durante tanto tiempo había tenido que obedecer...

Y allí estaba, ante ella, aquel que la había mandado con más dureza, con más firme yugo. ¡No, tal vez no era solo el sentimiento de reconocimiento y deber!

No era tan solo eso, sino que anidaba en ella entonces lo reconocía, el deseo de mandar a quien tanto la había mandado, de sentir que dependía de ella aquel de quien ella había dependido. ¡Oh, no! No tenía el proyecto de darle órdenes directas, de hacerle sentir al poder de su hija. Hasta tal punto no llegaba su anhelo de venganza ni tampoco era tan mezquina. Lo que había es que le bastaba con saber: depende de mí, trabaja para mi; con esto le hubiera bastado. ¡Y él no quería!

Mientras por su cabeza ha ido pasando todo esto, con cierta semiclaridad ha seguido contemplándole y al mismo tiempo ha concebido prestamente otro plan.

Por el contrario, al padre le ha ido aumentando el enojo al verse bajo su mirada. No le gustaba que le miraran de aquel modo, y le disgustaba especialmente que la que lo hiciera fuera su propia hija.

—Bueno, vengamos a razones —dice— y dame mi dinero. Son cuatro con cincuenta...

—¡Naturalmente!, perdona... Estaba pensando en que... —Coge dinero de encima del escritorio y se lo entrega—. Haz el favor de firmarme el recibo, que lo necesito para la paciente...

—¿Qué tiene? —pregunta el padre—. ¿Crees que sanará una mujer tan vieja?

—¿Quién? ¡Ah! ¿La que has traído tú aquí? No sé muy seguro; creo que es cáncer. No, no sanará. No le hará gran cosa. Ha vivido ya mucho, ¿no te parece?

—Espero que no dirás lo mismo de mí, Sofía. Pronto tendré setenta años.

—¿De ti? ¿Por qué? ¡Ah, no, padre! Tú seguirás viviendo aún, te convertirás en centenario. Eso hay que reconocértelo, nos has dado una salud de hierro... a prueba de todo.

Al anciano le invade un sentimiento muy débil de dicha; la primera frase de reconocimiento que oye en labios de aquella hija...

—Mira, oye, padre. He pensado algo más...

A pesar de hacer un movimiento de defensa y de estar decidido a no querer nada con ella, escucha lo que le propone. Ella le explica que aquella clínica, con sus

ochenta camas, necesita de varios recadillos: hay que remitir e ir a recoger el equipaje de los enfermos, ir a buscar comida, carbón, madera: siempre hay recados para hacer en coche.

—¡No quiero servir de recadero! —dice tercamente—. Seguiré siendo cochero de punto. Para esto preferiría haber aprendido a conducir un auto.

Pero ella no cesa. Hablará con sus médicos —con mis médicos, dice ella—; los enfermos han de salir con frecuencia al aire libre, y en auto no da resultado, a causa de que o bien hay corriente de aire o aire viciado por estar cerrados.

—Habría que procurarse un vehículo abierto, y valdría la pena de hacer el gasto. Aquí no aceptamos más que pacientes que pagan bien. Les contaríamos a ellos un tanto por viaje y a ti te daríamos un salario mensual. No sería ningún regalo, padre.

—Conduciré siempre como taxi —dice tercamente—. Jamás he sido cochero a precio fijo.

—Y tanto que sí, padre —dice ella con presteza—. Recuerdo que antes de la guerra tenías clientes fijos a tanto el mes.

—Esto era con el taxi. Jamás he conducido a precio fijo. A lo más, para alguna excursión de Pascua.

Ella es lo suficientemente lista para no coaccionarle.

—Bueno, puedes pensártelo. No ha de ser hoy mismo. También por mi parte quiero hablar primero con mis médicos. Por lo demás, podrías igualmente conducir el simón al mismo tiempo; aquí no hay tanto trabajo como para todo el día.

Al irse promete que se decidirá, pero, naturalmente, no hay ninguna necesidad de decidirse. No quiere tener tratos con su hija. Algo le dice que no podría ir bien que el padre tenga que depender de la hija, ni que la hija tenga que dar instrucciones a su padre.

Ha tenido la intuición adecuada: precisamente lo que a ella le llama la atención es lo que le hace a él rechazar la proposición.

Además tampoco accedería. ¡Nada de ir a pasear enfermos por las calles! Es un cochero de punto y está habituado al clap-clap regular del taxímetro, habituado a la meta a que hay que llegar, a la espera en los lugares de paro y al lento parloteo con otros cocheros y chóferes... Es Gustavo el férreo. ¡Es capaz de querer hacerle enfundarse en una librea!

Al principio no le dice a madre ni una palabra de todo ello, pero no le sirve de nada. Debía de haberle constado que cuando a Sofía se le mete algo en la cabeza no cesa hasta lograrlo. Y precisamente por haberle ocultado la cosa a madre es por lo que ella se declara partidaria de hacerlo.

—¡Y no haberme consultado una cosa así, padre! —se queja su mujer—. ¡Jamás lo hubiera pensado de ti!

¡Claro que un hombre como tú no ha de romperse la cabeza pensando en cómo va a arreglárselas su mujer con el dinero para poderle dar de comer! ¡Muchas veces no me das nada durante tres días! ¡Y tendríamos algo fijo!

Él no contesta, pero madre sigue hablando y quejándose. En cuanto le ve, en cuanto le entrega solo dos marcos en lugar de cinco, en cuanto él quiere descansar, continuamente se le está ocurriendo: «¡Allí podríamos tener algo fijo, pero él no quiere! Cuanto más viejo, más terco se vuelve. No hace absolutamente nada. Jamás ha querido escucharme, y por su gusto no me hubiera dicho nada del asunto...».

Y así fue continuando incesantemente, ya sea a la ora de comer o cuando él se disponía a dormir... Le quedaba el recurso de enfadarse, de desencadenarse en improperios. Claro que podía... mas ¿de qué iba a servirle? A los sesenta años no puede uno estar quejándose continuamente; incluso cuando dormía de su respiración se exhalaba como un gemido acusador... Algo fijo, algo fijo... parecía roncar.

De todos modos pasaron casi cuatro semanas hasta que Gustavo el férreo cejó en su decisión y fue a ver a Sofía, la directora.

—¡Madre está empeñadísima! No tenías por qué ir a madre a decirle nada; era una cosa entre nosotros dos.

Pero la directora estaba muy ocupada aquella mañana. Además, todo habíase ya preparado de antemano. Le disgustó mucho la seguridad con que Sofía había contado con su aquiescencia. Le entregaron una nota en la que le decían de ir a ver, en tal y tal sitio, un nuevo landó; en tal otro, un coche abierto... Irse a tomar las medidas de un abrigo azul nuevo, comprarse zapatos... Estaba todo premeditado y tan premeditado que no podía poner objeción alguna... Hasta incluso el sastre parecía estar ya enterado.

—Comprendo, señor Hackendahl; algo parecido a su abrigo viejo, naturalmente. La señora directora me ha dado ya sus instrucciones.

Y empezaron los viajes. Era todavía invierno, no tenía ni siquiera motivos para protestar, puesto que no hubo lugar a pasear a los pacientes. No hacía otra cosa que llevar paquetes y comestibles, y hacia al anochecer, cenizas...

Cuando a Primeras horas de la mañana le dieron por primera vez para llevar a un laboratorio treinta vasos de orines con su contenido, exigió poder hablar con la directora. Pero, como era de esperar, la señora directora estaba en la sala de operaciones y no podía estorbársela. Lo que tenía que hacer era darse prisa con sus vasos —que allí llamaban ampollas—, pues el análisis era urgente...

Y se puso, pues, en camino. Haciendo honor a su filosofía, se consoló con el pensamiento de que en último término daba igual llevar a pasear la orina de sus clientes encerrada en su recipiente natural que llevarla a pasear encerrada en un vaso...

«Son cosas completamente humanas Gustavo» se decía a guisa de consuelo.

Con frecuencia, durante los bellos días pasados en la isla de Hiddensee, le asaltaba a Heinz Hackendahl la inquietud de que estaba viviendo allí al día y se afirmaba a sí mismo: «Ya encontraré empleo. ¡En cuanto esté en Berlín lo encuentro!».

Algo parecido al miedo le acongoja mientras merodea por la isla. Cuando a primeros de julio regresen él e Irma a Berlín, se encontrarán con que cuentan con lo preciso para vivir medio mes. ¿Y entonces qué? ¡El alumbramiento está próximo! ¿Encontrará algún empleo? ¡Ni piensa ir a la Caja de Paro!

«¡Ya nos arreglaremos!». ¿Y el niño? ¡Maldito sea todo! ¡Es algo de risa! Cuando ve merodear a los parados que a la sazón hay, hasta incluso en la isla, le invade un verdadero pánico de no sentir miedo. De no sentir miedo a la vida.

—¿Seré inconsciente —les pregunta a Tutti y a Irma— para que me parezca tan sencillo encontrar un nuevo empleo? ¿Qué haremos si no encuentro colocación?

—¡Bah, estas cosas no ocurren! —exclama Tutti, que ha trabajado toda su vida—. ¡El que quiere trabajar encuentra empleo! Los que no lo encuentran es que no quieren.

Propiamente, Heinz Hackendahl piensa lo mismo, mas dice:

—Hay dos millones de parados y no puede ser que sean todos unos holgazanes.

—¿Y por qué no? —le replica Tutti—. ¡Se han acostumbrado a holgazanear durante la guerra y la inflación! No tienes más que ver a esos chiquillos con la gorra sobre las orejas y el cigarrillo en la boca, ¡esos no trabajan!

—¿Así es que pensáis que no tengo que preocuparme? —pregunta él de nuevo—. ¿No es irreflexión por mi parte el que me esté aquí sin buscar un empleo?

—¡Qué va a ser! —repite Tutti—. No te amargues estos días de permiso que te quedan. Ya encontrarás cualquier colocación.

Irma no dice nada; a la sazón le ocurre con frecuencia quedar en silencio. «Proviene de mi estado» le ha dado como explicación.

Mas, sin embargo, cuando al atardecer van a pasear hacia el pequeño faro de las dunas oprime contra ella el brazo de Heinz y dice:

—¡Partamos antes del primero de julio!

—¿Cómo? —pregunta él—. ¿Tienes cierto miedo de que no encuentre colocación?

—¡No es eso! —dice ella—. Tengo miedo por el niño.

Bueno, no es miedo. Pero es que quiero que esté todo preparado para cuando venga.

—Muy lógico —dice él—. Partamos a mediados de junio.

Y siguen en silencio su camino.

Ha declarado encontrarlo lógico, pero no fue más que un modo de hablar. Encuentra extraordinario el modo de ser de las mujeres: no puede llegar a

comprender qué es lo que a Irma le preocupa ni el motivo de haber llegado a esa conclusión. Siente que está convencida de que el encontrará empleo; que no teme por el dinero, y que ni en sueños piensa en la Caja de Paro. Además, no tiene el menor temor a la vida, y a pesar de ello tienen que anticipar su partida para que el pequeño lo encuentre todo en orden. El pequeño que no sabe ni lo que el orden significa...

Es algo gracioso. Si ya empieza así, fácil es prever que así seguirá: que lo que para los padres resulta suficiente, no va a bastar para el pequeño.

—Ante todo —explica Irma— debo cuidar de dejar terminada su canastilla. Sería estupendo que en tu nuevo empleo ganaras un poco más que en el anterior. Para la canastilla necesito, por lo menos, cincuenta marcos. ¿Crees que vendiendo la radio te los darían?

Y he aquí: Caja de Paro y miedo a la vida, psicosis de la renta y canastilla del niño, gastos más elevados y sin radio que pueda venderse. De todas partes vienen golpes. ¿Y él teme no tener miedo? Naturalmente que tiene miedo. ¡Miedo de todo cuanto puede venir! Y entre él y el obscuro destino no hay nada sino una confianza que obstaculiza a la que en sí mismo tiene, y que descrita en berlinés tendría que interpretarse como: «Las cosas van a ponerse negras, Heinz».

Y todo salió a pedir de boca. Ya en Stralsund, compró Heinz Hackendahl los diarios berlineses, y en tanto que el tren iba acercándose a la hambrienta y empobrecida ciudad, estudió los anuncios de demandas.

—Aquí hay algo para mí, Irma —exclamó, señalando uno de los anuncios por el que la casa de banca Hoppe & Cía. pedía tenedores de libros jóvenes, enérgicos y de buena presencia. La presentación debía de hacerse por las tardes desde las tres a las cinco.

—¡Qué ilusiones! —dijo Irma en tono natural. ¿De buena presencia y enérgico?

Heinz contestó pensativamente:

—No había oído nunca este nombre de Hoppe y Cía. Bueno, ya veremos... Si es algo sucio no lo acepto.

Una maravillosa ausencia de malos presentimientos le embargaba, y en alas de esa falta de desconfianza penetró en el local de la firma Hoppe & Cia. de Krausenstrasse. Tal vez le asistía la razón al acostumbrado a un soberbio local de banca para arrugar la nariz ante aquel local sucio y ahumado. Un parado durante aquel período y que buscara un empleo...

—¿Empleo? —preguntó el joven que estaba detrás del mostrador—. ¿Empleo? Desde hace tiempo está todo tomado. Se despierta usted tarde.

—Vengo de fuera —dijo Heinz, decidido a no dejarse imponer—. En los baños de mar recibíamos los diarios berlineses con un día de retraso.

—Ah. ¿Ha estado usted bañándose en el mar? —dijo sonriendo el otro—. Yo, por los humos que se da, hubiera creído que estuvo tomando baños de vapor.

Ambos rieron divertidos.

—Bueno, en lo de darse humos también lo hace bastante bien.

—¡Hay que hacerlo, hijo, hay que hacerlo! Especialmente en este establecimiento. ¡Oiga, me parece conocerle! ¿También usted es de...?

—Naturalmente. Estadística de exportación.

—Permítame, Menz. Erich Menz. De la sección de efectos.

—Heinz Hackendahl ...

—¿También allí descongestionaron? Pues sí, aquí está todo tomado. Lástima. Me hubiera gustado poder hacer algo por un antiguo colega.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —Heinz miró a los cinco individuos de las ventanillas que parecían estar bastante aburridos.

—¿Hacer? No hacemos casi nada...

—¿Y les conservan el empleo?

—A primeros de mes empezará el trabajo. Nos trasladamos a un sitio estupendo, en la Friedrichstrasse. Lástima que esté todo tomado. Y anteayer mismo tuvimos que rechazar a cien peticionarios —de pronto pareció animarse—: Ahí viene el viejo; es

ese que cruza la puerta. Voy a ver si a lo mejor pica...

El viejo, que a lo sumo podría contar unos treinta años, era un hombre vestido con gran elegancia, de aspecto bastante mundano, delgado y de pelo rubio ceniza. Llevaba monóculo.

—Señor doctor —le abordó su empleado—, permítame presentarle a un colega mío el señor Dahlhacke, que trabajaba en el mismo Banco. Precisamente está sin colocación y es eficiente y con referencias inmejorables. ¿No se podría hacer algo, señor doctor?

—¿Hacer qué? Siempre he de estar haciendo algo. Y ustedes no hacen nada por ganar el sueldo que les doy. ¿Qué puede usted hacer, señor Dahlhacke?

Heinz renunció a toda protesta contra su nuevo nombre:

—Conozco todos los trabajos adecuados a una banca. Mis referencias...

Y echó mano al bolsillo interior de su chaqueta.

El señor Hoppe hizo un gesto de negación:

—De las referencias no se saca nada. Todo el mundo puede dar referencias... ¡Ja, ja! —dijo, riendo ante el rostro de Hackendahl—. No tiene usted mucha presencia de espíritu, señor Dahlhacke —dijo descontento—. Los jóvenes que trabajan en mi casa han de ser enérgicos. Han de saber también desembarazarse de los clientes. Echarlos a la calle.

—Es lo que hemos estado haciendo a diario durante estos últimos meses en nuestro Banco, señor doctor.

—Bueno, si es así —dijo el señor Hoppe—. ¿Está usted casado? Excelente. Me gusta que mis empleados sean casados. Yo, por mi parte, soy soltero. ¿Tiene hijos? ¿Está esperando uno? ¡Estupendo! ¡Aun no había tenido nunca un joven que estuviera esperando a un hijo! ¡Ja, ja, ja! —y de nuevo le espetó la risa al rostro—. Bueno, pues hasta el día primero. Señor Tietz, el señor Dahlhacke queda contratado para el día primero con doscientos marcos para empezar y alimento de cincuenta cada año, hasta el tope máximo. ¡Ja, ja, ja!

Y repentinamente malhumorado fijó el señor Hoppe la vista en su nuevo empleado:

—Pero cuando trabaje conmigo se pondrá usted otra corbata, señor Dahlhacke. Aquí no queremos tanto rojo. Somos neutrales...

Y traspuso la puerta de su sancta sanctorum.

—¿No estará un poco...? —preguntó Hackendahl, compasivamente.

—¡Qué va a estar! ¡Es una actitud! ¡Es un perro taimado!

—Me parece que no había pertenecido a ningún negocio de banca.

—¡Y qué le importa! ¡Con tal de que pague! Puede usted estar contento. ¡Doscientos «pavos»! ¡Y que paga al contado, nada de demoras!

—¡Bueno, si es así! —dijo Heinz Hackendahl, pensativamente.

Realmente era un establecimiento singular aquel en el que había caído Heinz Hackendahl y lo siguió siendo aun después del traslado de la entidad al local muchísimo más elegante de la Friedrichstrasse. La cuestión de sí el propietario de la firma, el señor Hoppe —a la compañía no se la veía por ninguna parte—, estaba loco o no la decidió Heinz Hackendahl al cabo de pocos días completamente de acuerdo con el veredicto de su colega Menz. El señor Hoppe no tenía nada de loco y era realmente un perro taimado.

Con ello no había avanzado nada en la solución de la cuestión de lo que en realidad era el señor Hoppe. De nuevo podía valerse del negativo. En modo alguno era el señor Hoppe un entendido en banca. No se necesitaba una especial agudeza para descubrirlo. No hacía ni el menor intento de encubrir que no tenía ni idea del funcionamiento de un Banco.

—¡Ratas de Banco! —solía decir cuando algún empleado le molestaba por alguna cuestión de apuntar en los libros—. ¡Vacas calculadoras! Por mi parte, con tal de que el establecimiento vaya bien, podéis poner el debe en el haber. ¡Ja, ja, ja, ja!

Y prorrumpía en risas ante el rostro de quien fuera. Por lo que parecía, el doctor Hoppe —era completamente incierto si jamás habrá aprobado ninguna clase de doctorado, pero concedía gran valor a este título— se había procurado una pequeña firma bancaria que quebrara durante la inflación y se preocupaba, en aquel momento en que las grandes bancas buscaban trabajosamente sus clientes, en pescar por su parte clientes para su Banquito liliputiense. Heinz Hackendahl se enteró de que poco antes del traslado a la Friedrichstrasse se habían mandado unos miles de prospectos que elaboró personalmente el director, y en los que se aconsejaba a los destinatarios que depositaran su dinero en la casa Hoppe & Cía...

El ulterior envío de estos prospectos, así como la elección de destinatario, parecía ser una de las importantes tareas del señor Hoppe. Rodeado de docenas de libros de direcciones de toda Alemania permanecía en su santuario alejado de toda inclinación a sus bromas o a sus extemporáneas risotadas. Mientras sus empleados iban consultado los libros de direcciones, les exhortaba en sensatos términos:

—Tengan siempre presente, señores míos, que lo que queremos es interesar a una clientela virgen. Gente que hasta el momento no han tenido nada que ver con los Bancos. Personas que han perdido la confianza en sus cajas de ahorros, individuos para quienes las acciones, obligaciones y participaciones son cosas desconocidas, en una palabra, a la gente modesta. La gente modesta vuelve a ahorrar; acaba de tener un serio disgusto, ¡y vuelve a ahorrar! Pero ¿cómo? En una hucha, en una media. Este es un capital muerto, amenazado por los ladrones; nosotros lo encauzaremos hacia el mercado de capitales, pues también a la gente modesta le gusta ganar dinero. ¿Qué les parece?

Ellos consideraban que el doctor Hoppe era un tipo algo ridículo, mas de todos modos reconocían que sabía cuidar de que se siguieran sus instrucciones...

—¿Quién de ustedes ha enviado una carta al señor consejero von Muller? ¿Usted, Dahlhacke? —Aun después de hecha la aclaración, el jefe seguía empeñado en usar de aquel nombre—. Cállese; me veo obligado a pedirle que respete mis deseos. Un consejero, y que además se llama von Muller, no tiene nada de modesto, y es de la clase de gente que puede tener acciones y hasta su puesto en un Consejo de administración. Ponga más cuidado. Si se trata de un pastor, sí. Los pastores son siempre buenos. Tampoco son malos los propietarios de alguna floristería —se sumió en reflexiones—. Los profesores serían adecuadísimos. Las comadronas, tiene usted razón, Menz, lo decía usted en broma, pero las comadronas suelen ahorrar bastante, les proviene de su profesión, por otra parte... ¿habrá una asociación de comadronas? Es posible... Habría que ver de encontrar una lista de asociadas. Ya anteriormente se me había ocurrido insistir sobre las comadronas... No, tiene usted mucha razón, Krambach, nada de agricultores. Con ellos se pierde el dinero.

Y así llegó el momento de remitir aquellas circulares. Resultaba claro que al señor Hoppe le interesaba tan solo la clientela de las gentes modestas e inexpertas. No era preciso que tuviera un mal significado. Concedía importancia a la pesca de los peces pequeños que las grandes bancas despreciaban. También el ganado menor produce su estiércol...

En lo que atañía a la redacción de las circulares, no deseaba el señor Hoppe que sus empleados tuvieran intervención en ella. Las tales circulares, con sus encabezamientos extremadamente bien impresos, le llegaban de una imprenta ya terminadas y escritas, por lo que a la circular en sí mismo se refería, en caracteres de extraordinario parecido con los de la máquina de escribir. Al señor Hoppe le era imposible impedir que los empleados leyeran aquellas cartas en cuyo encabezamiento tenían que escribir la dirección y el destinatario, que a no ser por esto...

—¡Señor Menz, señor Menz!

Erich Menz se apresuró a contestar:

—¿Dígame, señor doctor?

—Me permito llamar su atención sobre el hecho de que está usted aquí para dejar las cartas listas para el correo y no para leerlas. No pago horas extraordinarias todas las tardes con el cincuenta por ciento de recargo para convertir esto en un salón de lectura. Miren señores míos, este millar tiene que ser expedido esta misma noche.

A pesar de este extremo de vigilancia se traslucía naturalmente algo. El señor doctor Hoppe no podía tener los ojos en todas partes, y en un momento de descuido sustraían sus empleados alguna de aquellas cartas que leían al llegar a casa. Esto debió verlo el señor Hoppe y debió también decidir que puesto que sus empleados de las taquillas debían sostener conversación y responder adecuadamente a los clientes, sería mejor irse volviendo paulatinamente más explícito...

—En seguida he visto —dijo con aire reflexivo—: lo sorprendidos que habrán

quedado de que haya prometido a la clientela el tres por ciento de interés al mes, e incluso bajo ciertas circunstancias el cuatro y el cinco por ciento. Habrán pensado ustedes inmediatamente que debe de haber aquí algo turbio. ¿Tengo razón, Dahlhacke?

Heinz Hackendahl quedó sorprendido de que Hoppe se dirigiera precisamente a él... Y dijo algo contrariado:

—Verdaderamente, señor doctor, no lo comprendo...

—Naturalmente que no lo comprende; precisamente por eso me dirijo a usted, porque no lo comprende. Aunque en rigor debería entenderlo. Proviene usted de un gran Banco y debería saber que muchas veces se da, y no con poca frecuencia, el caso de que un negocio devengue el cincuenta, el cien e incluso el doscientos por ciento.

—Muy raras veces, casi nunca —dijo Heinz Hackendahl.

—Pero sucede. ¡Mire! Qué, Krambach. ¿Sucede? ¡Dígalo!

—Naturalmente, en miles de negocios...

—Pero no es ganancia pura, hay que descontar los varios negocios que no producen nada o que incluso traen pérdidas —intervino Heinz Hackendahl.

—¡Eso es lo que sucede en los Bancos importantes! —dijo despreciativamente el doctor Hoppe—, en esos Bancos que hacen diez negocios buenos por diez mil regulares cada año. Por ello les sucede que no pueden dar más interés que el del uno o el medio por ciento. La cosa varía cuando un individuo, un sencillito doctor Hoppe hace tan solo un negocio; pero un negocio bueno muy bueno, ¿qué magníficos dividendos no va a poder pagar?

En silencio, expectantes, temblorosos y desconfiados, se miraron uno al otro.

—¡Las praderas de Lüneburg! —dijo el doctor Hoppe, volviendo a tomar la palabra—. Hemos descubierto siete puntos en las praderas de Lüneburg —contuvo un momento la respiración y dijo luego, sencillamente—: Voy a hacer perforaciones en busca de petróleo, que estoy seguro de encontrar. Pero necesitamos capital para las concesiones, las torres perforadoras, las refinerías, las conducciones, las carreteras... Le pido el capital al pequeño ahorro y le hago partícipe en buena proporción en mi Banco. Puedo hacerlo, pues todavía me ahorro el enorme gasto que representan las aduanas en la bencina...

—¿Y por otra parte no va a hacer nada más nuestro Banco? —preguntó Krambach.

—¡Nada! —dijo el señor Hoppe, decidido—. ¡Un negocio de primer orden o nada!

—Sabe usted —le dijo más tarde Menz a Hackendahl, cuando se dirigían hacia sus hogares—, pudiera ser muy bien como dice el viejo, pero tampoco tiene nada de imposible que no sea así. Además, yo me he fijado en que este hombre no dice nunca lo que en el fondo piensa, y cuando se ha sincerado bastante ha sido cuando ha dicho lo del petróleo...

—Sí —dijo Heinz—, si esto del petróleo fuera en verdad un negocio tan bueno,

no tendría nada de extraño, pues hace poco leí algo sobre las perforaciones en las llanuras de Lüneburg, le sería facilísimo encontrar dinero, y no tendría ninguna necesidad de dar el treinta y seis y el cincuenta por ciento, como les está prometiendo, bastándole con del diez al veinte por ciento. No sé; no me parece el doctor Hoppe la clase de persona que por puro amor a la gente modesta sea capaz de regalarles el interés de un veinte o treinta por ciento...

—¡Tiene usted razón, colega! Y lo raro es que tan solo opera con la gente modesta, y fuera de ella no quiere en modo alguno tener nada que ver con nadie que entienda de Banca...

—¡Hay algo turbio, colega!

Durante un rato fueron caminando en silencio uno al lado del otro.

—Doscientas beatas no son cosa despreciable —dijo luego Menz, pensativamente—. Y la caja de paro debe de ser muy desesperante...

Calló. También Heinz Hackendahl guardó silencio.

—Además, que no es eso todo —prosiguió Menz—. Con una sospecha así no puede formularse una denuncia ni en la Policía ni en la Fiscalía...

—Por el contrario —dijo Heinz Hackendahl— con esto puede uno muy bien arriesgarse a que le enjuicien: difamación, perjuicio comercial.

—Y tanto, colega. No sabemos...

—¡Pero vigilaremos!

—¡Y cómo!

—¡Entonces!

—¡Hecho!

—¡A pesar de los doscientos marcos!

—¡Y de la Caja de Paro!

—¡Es muy lógico!

—¡Bueno, pues!

—¡Bueno, pues, hasta mañana!

—¡Buenas noches!

Ambos, tanto Hackendahl como Menz, eran jóvenes, al igual que todos los demás empleados de Hoppe y Cia. Tal vez no sin profundos motivos el doctor Hoppe aceptó tan solo empleados jóvenes. Eran jóvenes y, como le sucede a la juventud, se complacían en un trabajo que iba bien; al ver creer a los demás, creían ellos también. Participaban del éxito, de la fe, de la sugestión de los demás. Sus dudas, sus críticas y sus sensaciones de algo turbio duraron tan solo el tiempo que se prolongaron las preparaciones, en que se mandaron las circulares, en que el dinero caía, gota a gota, en la cara...

Mas llegó el tiempo en que la gente se amontonó en la caja, en que ya no fue necesario remitir más circulares y, sin embargo, no disminuyó la afluencia. Vino el tiempo en que el doctor Hoppe no pudo ya recibir personalmente a cada uno de sus clientes y en que sus jóvenes empleados tuvieron que tratar a la clientela, disiparle las dudas y pintarle sonrosados futuros...

Y es inevitable que quede grabado en uno algo de lo que tiene que repetir cientos de veces, de lo que tiene que defender con celo y convicción. Con tanta frecuencia tuvo que explicar Heinz Hackendahl la cuestión de las aduanas de la bencina, tantas veces tuvo que aclarar que en las llanuras de Lüneburg se había encontrado petróleo en diez o quince lugares, mostrando fotografías de las torres perforadoras y dando explicaciones técnicas, tanto tiempo estuvo disipando las dudas de la gente y haciéndoles creer en el doctor Hoppe que hasta llegó a creer por sí mismo en ellos...

¡Y que seguridad se le ofrecía a todo postor! En cualquier momento podían todos ellos volver a retirar su dinero sin más explicación, y a pesar de hacerla se les pagaba su interés mensual del tres por ciento. Si dejaba su dinero durante más de un mes, se le entregaba el cuatro por ciento; si por medio año, el cinco.

—Sí, sí, ¡no faltaba más!, aquí tiene el dinero con los intereses. Sí de nuevo quiere más tarde depositarlo, hónrenos con sus órdenes.

—¡Jamás se muestren ofendidos, señores míos! —les rogaba el señor doctor Hoppe—. No tomen a mal ninguna clase de desconfianza. La gente nos confía sus dineros ahorrados con grandes fatigas tienen razón en desconfiar. Sean siempre amables y acogedores y en casos de duda mejor es que se pongan en contra del Banco que en contra del modesto cliente.

Era realmente sorprendente ver cómo acudían aquellos, cómo se confiaban y aportaban su dinero. No tenían ni confianza en el Gobierno ni en otros agentes de negocios de reconocida solvencia; desconfiaban de Bancos y de Cajas de Ahorros. ¡Y confiaban en ellos! Primero se quedaban vacilantes en el vestíbulo, contemplando a la gente que estaba delante de las ventanillas y a los que tras ellas les atendían; contemplaban las columnas de billetes de banco que el cajero había formado junto a sí; cuando se decidían a pedir información, estaban excitados, agriados, desconfiados.

Mas de pronto decían:

—Bueno, está bien, pues pondré cien marcos, a ver... Acudían con las sumas más pequeñas, con billetes de diez marcos, con monedas de cinco marcos, céntimos incluso. Los empleados tenían orden de no rechazar imposición alguna, por pequeña que fuera, y el señor Hoppe era en ello inflexible, así como en lo de que al más insignificante de los clientes debía de tratársele con igual cortesía que al más encopetado. Y no es que por su parte el señor Hoppe abandonara su santuario tan solo para los clientes importantes, no; acudía a recibir precisamente a los trabajadoras, a los que separaban diez marcos de su semanal, y hablaba con ellos espetándoles al rostro su risotada.

Naturalmente, toda aquella gente era tan desconfiada porque no tenía la conciencia limpia. En los tiempos que corrían, los Bancos y Cajas de Ahorros pagaban a sus depositarios intereses del diez y doce por ciento. ¡En cambio, allí tenían que percibir el treinta y seis y hasta el sesenta por ciento anual! No podía ser nada lícito, ni nada correcto.

La codicia libraba batalla con la desconfianza, ganando por fin la codicia, que les hacía depositar su dinero, lo que no obstaba para que en el camino de regreso a sus hogares volviera a adquirir cuerpo la desconfianza. Pasaban las noches en vela, meditando y reflexionando en que ya una vez se habían visto desposeídos de todos sus ahorros y en que habían jurado no fiarse jamás de nadie. Y a primeras horas de la mañana siguiente volvían a la Banca murmurando excusas de que si lo habían pensado mejor o mintiendo acerca de que su mujer había enfermado repentinamente y necesitaban el dinero para una operación...

Y les devolvían entonces su dinero, sin dificultad ninguna, con los intereses de un día, que a menudo ascendían solo a unos céntimos. Con amable sonrisa era recibida su turbia conciencia:

—¡Pues no faltaba más! Es su dinero, ¿no es cierto? ¡Cuando quiera volver a depositar algo, pase por aquí!

Había un hombre de pelo muy revuelto, enfundado en un abrigo de paño verde, que acudía cada dos días. El empleado encargado de su cuenta se desesperaba. Pagaba mil marcos y los retiraba (con sus intereses), los volvía a pagar y volvía a retirarlos (con sus intereses).

—Bueno, bueno —decía el señor Hoppe, en tono conciliatorio—. Ya llegará el día en que ceda, Krambach. Además, una cantidad tan exacta le facilita enormemente el cálculo de intereses. ¡Ja, ja, ja!

—Pero es que hoy es la undécima vez que viene —se lamentaba Krambach—. ¡Le tengo un asco! ¡No le puedo ver! ¡Y menos olerle! Este hombre se debe alimentar casi exclusivamente de ajos, señor doctor.

—El ajo es muy saludable —decía el señor Hoppe—. Pregúntele por qué lo toma. Una pregunta de estas pone en seguida a la gente en plan de confianza.

Pero el del abrigo verde no adquiriría confianza alguna, antes por el contrario, cada

vez desconfiaba más. Llegó el día en que por la mañana, a las nueve, depositó sus mil marcos y por la tarde los volvió a retirar y reclamó los intereses de un día.

—Lo sentimos mucho, señor Lemke —dijo Krambach en tono de conmiseración—, pero esta vez no podemos pagarle intereses. Lo lamentamos infinitamente.

—Tengo derecho a reclamarlos —gritó el señor Lemke, excitado, despidiendo olor a ajo con más violencia que nunca—, les he confiado mi dinero...

—Tiene que dejárnoslo por lo menos toda la noche, señor Lemke. Ha de permanecer aquí lo mínimo veinticuatro horas. Tenga en cuenta que no hemos tenido tiempo de hacer trabajar su dinero.

—¡Trabajar! —El señor Lemke llenó con sus gritos el vestíbulo, cosa que los empleados tenían orden de evitar a toda costa. El cliente continuaba con sus denuestos—: ¡Mi dinero! ¡Trabajar para ustedes! ¡Ustedes son los que tienen que trabajar para mí! ¡Me prometieron intereses! ¡Les he confiado mi dinero!

—¿Está usted descontento? —preguntó suavemente el doctor Hoppe al hombrecillo, que echaba espumarajos de cólera—. ¿Qué sucede, Krambach?

Krambach contó los hechos con gran excitación en tanto que el señor Lemke le iba interrumpiendo aún más excitado.

—Dele al señor sus intereses —decidió el señor Hoppe.

—¡Pero el día de entrada es el mismo del de salida! —protesto Krambach—. ¿Cómo voy a inscribirlo en los libros?

El doctor Hoppe fijó gravemente la mirada en el pecho de Krambach con tal fuerza que este estuvo pensando si no se habría puesto una corbata del prohibido color rojo.

—Hemos de procurar que nuestra clientela quede contenta, señor Krambach —dijo el señor Hoppe, echando mano a su propia corbata, para arreglársela, en tanto que Krambach enderezaba la suya—. Cargue usted los intereses del señor Lemke en mi cuenta particular. La confianza es una planta delicada que hay que...

Durante toda una semana estuvo presentándose en el Banco el señor Lemke y depositando sus mil marcos, que volvía a recoger por la noche, con sus intereses.

—Esto no lo toleraría ningún establecimiento correcto —le decía Heinz Hackendahl a Erich Menz—. ¡Es una estafa!

Luego acudió una mañana el señor Lemke, más pálido y descompuesto que nunca. Con mano temblorosa pero firme, depositó diez mil marcos. Y no los retiró, antes al contrario, cuando volvió lo hizo acompañado de una mujer gorda, de rosadas mejillas, que depositó tres mil marcos más...

De Saúl, el señor Lemke se había convertido en Pablo, y reclutaba clientes para la Banca Hoppe y Cía. A menudo aparecía ante el empleado que llevaba su cuenta, con una notita grasienta en la mano, y se hacía calcular a cuánto ascendían sus intereses, controlando la cifra de acuerdo con sus propias cuentas.

—¿No quiere usted retirar de nuevo su dinero? —le decía, en tono de burla, su antiguo enemigo Krambach—. Solo para que vea usted que sigue estando ahí.

Pero el señor Lemke movía la cabeza.

—Tengo confianza en ustedes —decía, a regañadientes—. Y su jefe es un taimado...

Con frecuencia comunicaba Heinz a Irma sus aprensiones.

—Este establecimiento no puede ser nada limpio, Irma —se lamentaba—. No es correcto correr de tal modo tras de los clientes con el solo fin de obtener sus imposiciones.

—No pienses en ello —exclamaba Irma—. ¡Alégrate de tener empleo!

Pues a la sazón, también los jóvenes Hackendahl habían perdido parte de su optimismo. El paro se iba extendiendo como una peste contagiosa y alcanzaba a toda clase de profesiones. Irma no estaba ya tan segura de que Heinz hubiera encontrado empleo cualesquiera que fuesen las circunstancias. Además, faltaban tan solo un par de semanas para su alumbramiento, e Irma estaba empeñada en que el pequeño encontrara a su venida al mundo un estado de orden...

—Es que en cualquier momento el establecimiento ese se irá al diantre. Y yo me encontraré metido en ello como cómplice o cualquier cosa por el estilo.

—No seas ridículo. Sois catorce empleados y ¡vas a ser precisamente tú!

—Es todo... No es correcto, Irma. Nosotros vemos cómo la gente deposita su dinero, pero nadie tiene ni la menor idea de lo que se hace con el dinero entregado. Incumbe solo al señor Hoppe. He tratado de sonsacar a los colegas...

—¡Pues vaya! —exclamó airada—. Vas a lograr perderte el empleo. ¡Mejor es que pienses en que vas a ser padre!

—¡Ah, Irmita! No te pongas así, tampoco tu puedes querer que vivamos del engaño a las gentes modestas.

—¡Bueno, basta ya! —exclamó ella—. Tu no engañas a nadie. Te pagan tus doscientos marcos y trabajas para ganártelos...

—Pero...

—Óyeme. ¿Te dijeron alguna vez, en el gran Banco en que trabajabas, lo que hacían con el dinero de los clientes? ¡No seas ridículo, Heinz! ¡En estos tiempos, lo primero que hay que pensar es en uno mismo!

—Pero...

Contra aquel «primero pensar en uno mismo» tenía, como para lo demás, un pero que objetar. Encontraba que no se ajustaba a la razón. A su parecer, si todo el mundo se limitara a pensar en sí mismo, bueno iba a quedar todo.

Mas Heinz Hackendahl reconocía que Irma estaba entonces demasiado obsesionada en la espera del hijo, para poder tener el discernimiento claro. Heinz Hackendahl sentía se solo a pesar de su próxima paternidad. Solo observaba los acontecimientos en la casa de Banca Hoppe y Cía., con inquietud, pues en el fondo de su corazón no le hubiera resultado agradable descubrir la evidencia de lo turbio de los negocios de Hoppe.

Espiaba al señor Hoppe y le tenía siempre puesta la vista encima, cual si hubiera

sido un detective al acecho del malhechor. Con satisfacción comprobaba que el señor Hoppe no había cambiado ninguna de sus costumbres. Llevaba los mismos trajes que anteriormente, y fumaba los mismos cigarros. No olía a alcohol ni desaparecía al mediodía para asistir al solemne desayuno de las gentes de bolsa. Cada mañana a las nueve en Punto, sirviendo de constante ejemplo a todos sus empleados no puntuales, aparecía el señor Hoppe en su Banca. Jamás voz alguna de mujer alegre le llamaba al teléfono en conferencia privada.

No, Heinz Hackendahl no encontró nada de anormal ni escabroso en aquel doctor Hoppe rubio como el trigo. Tampoco Erich Menz, al que con frecuencia hacía partícipe, en un susurro, de sus dudas, había encontrado nada. Erich Menz se inclinaba a dejar las cosas tal como estaban.

—¡Contento deberías estar con tu trabajo! ¡No quiero ni pensar en la caja de paro!

Mas Heinz sentía en su interior una voz que no le dejaba en paz. Era una voz insistente, y con mucho hubiera preferido que callara. Se hubiera sentido más a gusto. Era la misma voz que le había hecho ceder a las tentaciones de Tinette y que le había hecho volver a la papelería de las viuda Quaas hasta hacer las paces con Irma. La voz de la conciencia era en un tiempo de egoísmo, de ateísmo y falta de conciencia, algo imperativo en un joven entre muchos, que le ordenaba no descansar ni calmar su hambre sin preguntarse previamente de dónde le venía la comida y sin estremecerse ante el futuro. Un joven entre muchos, mas en aquel tiempo había pocos de estos jóvenes.

Llegó, a poco, una tarde en la que el doctor Hoppe apareció completamente cambiado. Inquieto deambulaba por su Banca sin oír lo que se le preguntaba, desaparecía con gran prisa en su santuario, para volver a salir de él inmediatamente, sin motivo visible. Sintiéndose exuberante, ruidoso, cogía a todo el mundo por las solapas y le espetaba a la cara su risotada. Al instante volvía a ensombrecerse, a ponerse taciturno, casi irritado. Hubiérase podido pensar que llevaba una copa de más, pero no, no se trataba de esto.

—¡Hoy no acepto imposiciones! —gritó de pronto—. Señores míos, informen a la clientela. No quiero más dinero.

Los empleados le miraban perplejos.

—Pero ¿qué les vamos a decir a los clientes? —dijo una voz apagada.

—¡Me importa muy poco lo que les digan! —replicó a gritos el doctor Hoppe—. ¡Ya estoy hart! ¡No quiero ni un céntimo más! Díganles —dijo, calmándose de repente— que por el momento no tenemos buenas inversiones en que ponerlo. Que tal vez mañana.

Y el señor doctor desaparecía en su *sancta sanctorum*.

—Se ha vuelto loco... —murmuró Erich Menz al oído de Heinz.

Heinz Hackendahl sacudió la cabeza en ademán dubitativo. Y en el momento de hacer tal gesto vio entrar por la puerta giratoria a un hombre, a un señor. Heinz Hackendahl bajó la cabeza, desapareciendo casi tras del mostrador.

El señor habló en voz baja con un colega de una de las taquillas, que lanzó una mirada de duda a la puerta del despacho del jefe. El señor le susurró algo tranquilizador, y el colega le dejó pasar hacia el *sancta sanctorum*.

Como ya se ha dicho, Heinz Hackendahl se había escondido. No le hubiera gustado que su hermano Erich le viera. Su hermano Erich, pálido, como hinchado, muy grueso y con el pelo muy claro, pero muy elegante, casi exageradamente elegante, con sombrero de copa...

Al cabo de un cuarto de hora, el doctor Hoppe acompañó personalmente hasta la salida a su visitante; Erich llevaba, al salir, una de las carteras de documentos de Hoppe.

Al volver de acompañarle, dijo alegremente el señor Hoppe:

—¡Acabo de recibir las más inmejorables noticias! Se han encontrado tres nuevos yacimientos. Señores, volvemos a aceptar imposiciones.

Desde el instante en que Heinz Hackendahl hubo visto a su hermano Erich en el vestíbulo del Banco y salir luego con una de las carteras de documentos del jefe debajo del brazo, su sospecha se convirtió en casi certeza: ¡Los negocios de la Banca Hoppe y Cía. eran turbios! Erich intervenía en ellos y hasta entonces toda empresa en que había visto intervenir a Erich había sido equívoca. Puesto que su hermano participaba en ellos, no podían ser más que muy turbios.

Acerca de ello no podía hablar ni con Erich Menz, que no tenía por qué saber que tenía un hermano así, ni con Irma, que no tenía de Erich mejor opinión que él, pero faltaban apenas dos semanas para el alumbramiento.

Se veía, y solo tenía que decidir y cargar con la responsabilidad. «¿Qué debo hacer?» —se preguntaba—. «Si dejo el empleo por propia iniciativa, no me queda ni siquiera el derecho de presentarme en la caja de paro... e ¿ir a la Policía? ¡No tengo ninguna prueba!».

No tenía más reserva que apenas unos cien marcos. «¿Qué debo hacer? —volvía a preguntarse—. ¡He de abandonar la colocación! No quiero intervenir en nada sucio, pero Irma me lo va a reprochar. Y nos quedaremos sin nada absolutamente. ¡Y el niño!».

Todo esto pasaba por él sin quedar impreso en su espíritu. Más apremiantes eran las preocupaciones presentes que las que al porvenir se referían. Con sombrío rostro, acudía a su sitio de trabajo pensando que naturalmente era una locura pagar el treinta por ciento de intereses. ¡Había de ser una estafa! ¡Se necesitaba estar ciego para no haberlo visto desde el primer momento!

Todos estaban ciegos. Eran desconfiados y codiciosos y su codicia, el intento de ganar por lo menos, por su propia cuenta, la perdida guerra, el ansia de poder sacrificar su ovejita aunque a los demás les costara reventar, era algo que clamaba al cielo. Aquel Lemke era un verdadero modelo de todos ellos; adquiría confianza precisamente cuando su patrón le regalaba el dinero, ordenaba que le pagaran intereses que no le correspondían, hacía lo menos sólido que un comerciante puede hacer. Creía cuanto más engañado estaba.

«He de dejar este barracón inmundo. ¡Qué tonto he sido! Prometí que nunca más tendría que ver nada con Erich». Y empezó a buscar, a escondidas, en las ofertas de empleo que los diarios publicaban. ¡Ah, cuán escasas eran! Hasta entonces no había caído en la cuenta de las pocas que aparecían. Y siempre se presentaba demasiado tarde. «¡Gracias, ya está de hace tiempo! ¡Hay que despertarse un poco más temprano, jovencito!».

Estas ironías le dejaban de un humor endiablado. Mas el que le malhumoraran o no, el que hubiera o no esperanzas de encontrar empleo no le impedía continuar; la ociosidad es siempre algo asqueroso y no podía transigir con ella.

Cada mañana, al despedirse de Irma, que a la sazón veíase impedida en sus movimientos, para dirigirse a su trabajo, se maldecía a sí mismo por su pusilanimidad.

—No debería de ir. Soy un cobarde. Le he tomado miedo a la vida...

Era como en otros tiempos cuando estaba con Erich y Tinette. No, no resultaba fácil olvidar a Erich, todo se encargaba de recordárselo. También por aquel entonces se había prometido mil veces no volver más a la lujosa villa y, sin embargo, había vuelto, igual que entonces volvía cada mañana a su trabajo. Por aquel entonces la cobardía le había durado hasta tanto que las cosas se pusieron del todo mal: hasta que le llegó la humillación y la derrota vergonzosa... ¡No había que esperar esta vez a llegar hasta aquel punto! Tenía que dejar el empleo.

«De no ser por Irma y el niño, por mí únicamente ya tendría valor».

Mas esto de hacerse propósitos de lo que se llevaría a cabo si sucediera tal cosa o dejara de suceder tal otra, no era más que una máxima cobarde. ¡Si al menos el doctor Hoppe le hubiera despedido para tener entonces derecho a asistir a la Caja de paro! —Otra vez el condicional «si»—. Se volvió taciturno y melancólico, dando informaciones poco explícitas a los clientes, mordisqueando desafiadoramente el mango de la pluma, cuando había mucho trabajo, y decía «señor Hoppe» en vez de «doctor Hoppe», ostentando una corbata en la que dominaba el rojo.

Se encontraba pueril, y consideraba terriblemente cobarde dejar en manos de los demás la decisión de su propio destino, y a pesar de ello lo seguía haciendo. «Hay que ser práctico —decíase para animarse—. Ser avisado». Ya lo dice el proverbio que aconseja no tirar el agua sucia hasta que se tenga en mano la limpia, y todo sucedió con más rapidez de lo que creyera posible. En realidad, fue otro el que tomó entre sus manos la decisión sobre su destino...

Pues al salir un día por la puerta giratoria para dirigirse a la oficina de Correos a llevar un par de cartas urgentes, venía de la calle otra persona que le vio salir a través del cristal opuesto... Ambos hicieron girar con presteza la puerta y el impulso de Heinz ayudó a su hermano Erich a penetrar en el Banco, en tanto que el de Erich hizo salir a su hermano Heinz del mismo. Al hacerlo viéronse muy cerca el uno del otro a través del cristal. Heinz tenía una expresión airada, y a pesar de ello turbada; Erich pareció comprobar incommovible la situación, miró las cartas que su hermano llevaba, vio que iba este sin abrigo ...

En la calle, Heinz detúvose un momento, sintiéndose impulsado a hacerlo. En el interior del vestíbulo vio detenerse a su hermano, que igualmente miraba hacia su dirección. Erich no hizo a través del cristal el menor signo de reconocimiento a su hermano, ni evidenció su intención de dirigirle a Heinz la palabra...

Durante un instante quedaron mirándose los dos como dos enemigos: el materialista, gordo y de aspecto de vividor, y el idealista, pálido y languirucho.

Heinz pensó en algo superfluo: Vuelve a llevar sombrero de copa —fue lo que se le ocurrió—. «¡Que petimetre! ¡Siempre ha sido lo mismo!». ¡Como si no tuviera

cosas más graves que reprocharle a su hermano que tan vana presentación!

A esto se interpuso gente entre ellos alguien traspuso la puerta, giratoria y de pronto se encontró con que Erich había desaparecido. Con paso lento y muy pensativo, dirigióse Heinz al correo con sus cartas urgentes.

«¡Hoy sí que, sea como sea, acabo de una vez! —se dijo a si mismo, conminativamente—... ¡Soy un perro temeroso! ¡Soy cobarde! ¡Hoy me despido, tanto si puedo ir a la Caja de paro como si no!».

Mas no tuvo que despedirse, porque le despidieron. Su hermano Erich no encontró muchos obstáculos, le había bastado con ver una sola vez a Heinz...

—Óigame —dijo el señor doctor Hoppe, con enojo—, óigame; he oído decir que se llama usted Hackendahl.

—Sí, señor Hoppe.

—Y, ¿por qué se hace llamar usted Dahlacke? ¡Vamos a ver!

—Jamás me he hecho llamar así —dijo Heinz, con malos modos—. Es usted el que me llamaba con este nombre.

—¡Muy bonito! Y, ¿por qué tenía yo que llamarle Dahlacke, si se llama usted Hackendahl? ¿Quiere usted hacer el favor de explicármelo?

—Al parecer no comprendió usted bien mi nombre...

—Sí, sí. Y al parecer no me corrigió usted, porque no quería que hiciera averiguaciones respecto a usted, ¿no es eso?

—¿Y ahora las acaba de hacer, preguntándole al señor Hackendahl?

—¡Qué maneras de hablar son estas, joven! Soy su principal... Vive usted gracias a mi.

—Yo creía que gracias a mi padre...

—¡Joven!

—Hackendahl...

De pronto, el señor Hoppe cambió de parecer:

—Ya no le voy a necesitar más —dijo enfurruñado—. En mi casa cualquier día es bueno para despedir a un empleado. Hoy mismo le informo de que le despido y hoy mismo se llevará a efecto el despido. Aquí tiene usted su salario de este mes, Tiedke, o el que tenga tiempo para ello, puede despacharle los documentos. ¡Lárguese!

—Buenos días, señor Hoppe —dijo Heinz Hackendahl, increíblemente aligerado. Ya había sucedido, y ya estaba pasado; que sucediera ahora lo que quisiera...

Una cosa tenía de bueno Erich: era un excelente remedio contra la cobardía.

Dos días después, Irma dejó una tarde caer de entre sus manos los pantaloncitos que estaban a medio hacer, y dijo con un gemido apagado:

—¡Creo que está esto muy avanzado, Heinz!

—¡Pues andando! —dijo Heinz—. ¿Podrás ir hasta allí por ti misma?

—¡Pues claro! —Y se fueron a la clínica los dos.

—¡Continuamente me lo ha estado diciendo mi amiga! —dijo Irma—. Primero he de estar segura de que ya está tan avanzado. Lo que siento ahora no es más que un fuerte cólico.

Y una vez más le contó la infortunada historia de su amiga, que en medio de horribles dolores se hizo conducir a la clínica, sembrando el pánico entre su marido, su madre y el chófer, con la idea de que pudiera ocurrirle en el coche... Una vez en la clínica, esperó durante una noche, un día, ocho días, catorce días, se fue al cabo de ellos a su casa, porque encontraba que no estaba lo suficientemente avanzada, y apenas llegada al hogar, tuvo efecto el alumbramiento...

—Me moriría de vergüenza. No, mejor es que esperemos por aquí media horita más.

Y pasó la media horita, que se prolongó hasta dos horas, paseando frente a la clínica. Alguna que otra vez Irma se agarraba a la reja o a un farol o se cogía simplemente del brazo de su marido...

—Es una lástima no tener nada de experiencia, Heinz —se lamentó—. Nos hubiéramos podido quedar una hora más en casa.

—Alguna vez ha de ser la primera —dijo discretamente Heinz—. La próxima vez ya estarás mejor informada.

—Es que hubiera podido terminar los pantaloncitos —opinó ella—. Hubiera sido una cosa más que estuviera tal como debe ser.

Heinz no le había confesado que lo que no estaba como debía era lo principal, el empleo. Que estaba sin trabajo. Que durante los dos últimos días, en vez de ir al Banco había estado frecuentando la Caja de paro. Era sorprendente la de papeles que había que presentar para demostrar que se estaba sin trabajo sin culpa por parte de uno y que se sentía dispuesto a aceptar trabajo en cualquier momento y que no se prefería la mísera ayuda más que un buen salario a causa de padecer «psicosis de renta».

Las mujeres casadas deben de tener un don de adivinación. Irma dijo penetrando en sus pensamientos:

—Oye, Heinz, ¿va todo bien con tu empleo?

—¡Pues no faltaba más! —dijo, mintiendo descaradamente—. ¿Por qué no va a ir bien?

Ella le contempló con aire de extrañeza.

—¡Es que estos últimos días te encuentro tan contento!

—Oye, oye, ¿y crees que iba a estar contento si me hubiera quedado sin empleo?

—¡Mira, Heinz, cuando me encuentre ahí dentro, nome hagas una trastada!

—¡Qué va! Creo que lo mejor que podríamos hacer sería entrar.

—Espera cinco minutos más, No quiero tener que reprocharme nada.

Y lo quiso hacer tan bien, que a toda prisa, sin formalidades ni declaración de personalidad, la tuvieron que llevar inmediatamente a la sala de intervenciones. Lo último que Heinz oyó de ella «antes» fue:

—¿Lo ves, Heinz? No vine demasiado temprano.

—Bueno, jovencillo —dijo la directora agriamente—, ¿no hubiera podido traerla un poco antes? ¿Es que le dolía el dinero de un taxi?

Mas el método de Irma tenía de bueno que no tuvo que pasarse la noche sin dormir. Apenas había acabado de llenar los documentos de admisión, vino hacia él una enfermera:

—¡Ya está todo, joven! ¡Le felicito!

—¡Caramba! —dijo completamente perplejo—. ¡Qué rapidez! ¡No creía que fuera así! ¿Qué ha sido?

—Mañana se lo dirá la joven madre. Ahora es mejor que se vaya de aquí... Ya es más de medianoche.

Pero a pesar de ser más de medianoche, Heinz no se fue directamente a su casa. Encontraba que el tiempo era muy adecuado para un largo paseo. Se acercaba la primavera, lo que generalmente significa un tiempo poco agradable. Un viento helado le arrojaba al rostro ora nieve, ora lluvia, y a pesar de ello arribó ante la pequeña papelería un Heinz muy excitado que asustó mortalmente a la viuda Quaas, tamborileando en los cristales.

Luego, en cuanto cayó en la cuenta de que no era ningún malhechor, sino simplemente su yerno, volvió a estremecerse ante la noticia de que era abuela. Con manos temblorosas estuvo buscando su bata en el interior, mientras él esperaba afuera. Hubiera querido hacerle entrar, pero él se negaba.

—Dios mío, Dios mío, qué raro eres, Heinz —se lamentó—. ¿No le sucede nada a Irma? ¡Ven a beber por lo menos un café! ¿Cuándo fue?

—¡Después de las doce! —exclamó Heinz—. ¡Por poco no lo tenemos en la calle!

—¡Santo Dios! ¡Entra al menos un momento para tomarte un café! ¡Con este viento vas a coger algo! ¡Señor, Señor! ¡Si no te lo he preguntado todavía! ¿Es niño o niña?

—¡Todavía no se había comprobado, madre! —exclamó el yerno en la noche oscura y ventosa—. Estaban esperando al médico. Mañana al mediodía, no, este mediodía lo habrán dilucidado.

Y corriendo en la oscuridad le parecía seguir oyendo sus lamentaciones, cuando no era más que el *viento* que clamaba por entre las rendijas y cerraduras de las

puertas.

Al llegar a la Werxstrasse no tuvo necesidad de entrar en la vivienda, pues en el establo ardía ya la luz. El padre, sentado ante su caballo negro, volvió lentamente la cabeza hacia el recién llegado hijo y oyó el relato sin decir ni una palabra.

También preguntó:

—¿Un chico? —Y le fue contestado que su hijo aún no lo sabía.

—Es igual —dijo el padre—. Ya no tiene que hacer el servicio militar, es completamente igual que sean chicos o chicas; hoy día importa un bledo. ¿Te alegras?

—Naturalmente, padre.

—Naturalmente, es gracioso, cuando pienso que también me alegré yo de teneros a vosotros. Hoy día no comprendo cómo podía ser tan blando.

—Por ello me alegro yo tanto, padre.

—Es lógico; porque piensas que eres un padre distinto. Dejémoslo, no quiero hacerte rabiar. Te deseo que tu hijo no te haga sufrir más de cuanto tú me has hecho. Podrías estar más que satisfecho.

—Gracias, padre. Y ahora me voy directo a casa a dormir un par de horas. Tengo aún mucho que hacer en todo el día de hoy.

—¿Qué tienes que hacer? ¿Vas a ir a trabajar o pedirás permiso?

—A trabajar, bueno, a ti puedo decírtelo, Irma no sabe todavía nada. Ya no tengo empleo, pues hace tres días que me han despedido.

—¡Vaya, qué calamidad! —dijo el viejo, sorprendido—. ¡Que siempre tengan que venir las desgracias juntas! ¿Entonces estás en la calle? ¿Vas a ir a la Caja de paro?

—Ya veremos. A gusto, no.

—¿Quieres que pregunte a Sofía si tiene algo? Tal vez pueda hacer algo por ti. Le va muy bien con su clínica. Creo que hasta es propiedad suya.

—No, mejor es que lo dejes, padre. Con Sofía nunca me he entendido bien.

—Tienes razón. El parentesco solo ya es suficientemente malo. Y no faltaba más que parentesco y negocio. ¿Volverás hoy a decírselo a tu madre? No me gustaría tenerlo que hacer yo; no pondría el acento de alegría necesario.

—Ya veré, padre. Tal vez no venga hasta mañana.

Titubeó un rato, pues no le gustaba tener que preguntárselo a su padre, pero a poco lo hizo:

—¿Has sabido algo más de Erich, padre?

El viejo volvió lentamente hacia él la cabeza.

—¿De Erich? —preguntó despacio—. ¿Lo preguntas con alguna intención, o solo por saberlo?

—Probablemente ha sido él el motivo de que me despidieran del Banco, tan de repente.

Y contó al padre brevemente el encuentro con su hermano.

—¡Muy propio de Erich! —dijo, asintiendo el viejo—. Le retrata completamente.

Así es él. No, directamente no sé nada de él. Tan solo le he visto dos veces por Un momento en la estación del Zoo...

—Entonces tampoco tú sabes nada —dijo Erich, un poco desilusionado.

—¡Cuando un mayor está hablando, se espera! En el Zoo, con un sombrero de copa, unos gemelos y una cartera de documentos. Alrededor de las tres. ¿No comprendes?

—Sombrero de copa también lo llevaba cuando vino al Banco, y también la cartera de documentos.

—Y prismáticos —dijo el viejo tercamente, dando intención a su frase.

—No sé qué quieres decir.

—No te hagas el tonto —dijo el padre, con impaciencia—. ¿A dónde van los trenes que parten a las tres del Zoo?

—De veras que no lo sé. Parten tantos trenes ...

—Trenes para ir con gemelos y sombrero de copa no tantos: los demás son de mercancías, ¿no lo adivinas?

—¡Ah, quieres decir!... —exclamó el hijo verdaderamente conturbado con el torbellino desatado en su cabeza...

—Sí, señor —dijo el viejo con solemne entonación—. ¡Esto es lo que quiero decir! Me refiero a que a las tres se va por la estación del Zoo hacia Karlshorst, Hoppegarten y Strausberg. Antes de ahora he llevado más de una vez hacia allí a los aficionados a las carreras. A las carreras y a las apuestas...

La luz que los viajes de su hermano arrojaban sobre los negocios de la casa de banca Hoppe & Cía., cegó de momento a Heinz, mas después pareció aclararlo todo... ¿Decían que estaba loco? Sí, todo lo loco que puede estar un poseído. Era frío y sin escrúpulos, apostando a las carreras no podía importarle mucho entregar un interés del diez o veinte por ciento más o menos. ¡Qué desvergüenza, el dinero de la gente modesta!...

—Es correcto, padre, es correcto —exclamó, dirigiéndose ya hacia la puerta para salir—. Debo ir...

—¿Qué vas a hacer inmediatamente? Si no son ni las cinco.

—Pero mañana a primera hora, padre, hoy a primera hora, hay que procurar salvar para esas pobres gentes lo que todavía quede por salvar. ¡Este Hoppe! ¡Qué desvergüenza! Naturalmente, no iba él por sí mismo a la estación para que no le viera nadie. ¡Se necesita ser cerdo! Todos los ahorros de esas gentes...

—Bueno —dijo el viejo—. En todo caso son ahorros de gente que quería obtener un interés del cincuenta por ciento. A mí no me dan gran compasión.

—Pero todo es engaño y falsedad, todo esto del petróleo en las llanuras de Lüneburg.

—¡Cálmate, Heinz! ¿Qué es lo que te excita tanto? Habiéndote despedido, ¿por qué te ha de importar tanto todo el asunto?

—Pero, padre. Es que...

—¿Bueno, qué? ¿Qué pasa? ¿Somos nosotros los que tenemos que aplicar el derecho y la Ley...? Déjate que se las compongan ellos. Para que les vigilen ya están la policía, los jueces y los abogados. ¿Qué te importa a ti?

—No, padre —dijo Heinz—; no tienes razón. Hace un tiempo también tú pensabas de distinta manera.

El viejo guardó un rato de silencio. Luego preguntó:

—¿Tanto rencor le guardas a Erich? ¿Tan furioso estás contra él por su intervención en tu despido?

—No estoy nada... —empezó a decir Heinz. «Furioso contra Erich», iba a decir, Pero guardó silencio. Pues estaba furioso contra Erich. No tan solo por los acontecimientos de entonces, sino porque tenía la sensación de que Erich era la personificación del mal. Sabía que Erich gustaba del mal y hacía el mal tan solo por hacerlo. No había progreso posible en tanto que siguieran actuando gentes como Erich... Pero...

—Pero, padre, no voy a denunciarle para fastidiarle. Te aseguro que no. No quiero vengarme. Lo único que no quiero es que continúe este engaño.

—Bueno —dijo el viejo Hackendahl—. Pues denúncialo, pero hazle previamente una advertencia a Erich. Con Eva tenemos ya bastante.

—No puedo hacerla, padre. Si prevengo a Erich, prevengo a todos los demás. Entonces se pierden del todo los depósitos.

—Puedes hacerlo en el último instante, de tal modo que no le quede tiempo...

—No puedo, padre. No debo hacerlo.

—Se puede hacer, Heinz. No tiene importancia. Lo que antes era honroso está hoy día por los suelos. Yo me digo siempre: deja que se las compongan. No somos nosotros los que restableceremos el honor. Deja que Erich se escape.

—¡Algún día ha de restablecerse...!

—¿Cómo? Yo no veo cómo. Cada vez se va hundiendo más y más en el fango. Y, mira, Bubi, ya tengo de sobra. Me basta con representármela sentada en el banco de los criminales, a Eva me refiero, y no queriéndome mirar, no teniendo más ojos que para aquel sujeto inmundo, y con recordar cómo tuve que contarle al juez el comportamiento de mi hija y cómo me preguntó delante de todo el mundo si anteriormente había ya robado y cuándo había comenzado a tener relaciones con los hombres, y si había mentido mucho, y yo siempre pensando en que a pesar de ser mi propia hija, no quería ni mirarme... Esta ha sido mi aportación al pueblo alemán... No. Heinz, no quiero pasar otra vez por lo mismo y menos con Erich... No, hijo, no puede ser. No podemos ni yo ni madre consentirlo ...

—Bien, pues entonces, adiós, padre —dijo Heinz, al cabo de un rato—: Haré lo que tú has dicho. Aun cuando no sea muy justo...

—¡Dios mío, Heinz!; me gustaría que me dijeras lo que es justo en esta vida...

No, justo no lo era, y Heinz estaba convencido de ello.

Pasó la mañana en las oficinas de Policía y en la prefectura de Alexanderplatz, en

donde se encontró con los rostros malcarados de los empleados y con su indecisión. Les leía la sospecha pintada en el rostro: «Es la venganza de un empleado despedido...».

Berlín era un caos en el que ocurrían tan patentes crímenes que clamaban al cielo; los agentes estaban cansados hasta el extremo, y hasta el extremo fastidiados de que con mucha frecuencia se les impedía la actuación en delitos de lo más ostensible... por motivos políticos, por motivos de amistad o por relaciones. Había otras casas de Banca más importantes que el pequeño local de Hoppe & Cía. Había gente importante que se llamaba Barmat y Kustiker, personas que habían causado la expulsión de más de un agente...

No estaban muy dispuestos a intervenir a causa tan solo de la simple denuncia oral de un empleado despedido. Bueno, sí, ya verían, ya vigilarían, ya abrirían una información... Se habían quedado con su dirección...

—Entonces será ya demasiado tarde —dijo el joven—. ¿A quién puedo dirigirme?

—¡Qué a pecho se lo toma! —dijeron, en tono de burla—. Bueno, venga conmigo —dijo uno de ellos.

Y le hicieron sentar en la antesala de un alto funcionario, de un temido perro de presa, entregaron el informe al encargado de anunciarle, y le dejaron en sus manos... «Pronto se aburrirá de esperar», dijeron.

Y allí se quedó esperando Heinz Hackendahl sin aburrirse nada. Antes al contrario, pensando en su hermano Erich adquiriría tesón. Y de pronto tuvo conocimiento de que no había nadie en este mundo a quien odiara más que a su hermano Erich. Sí, era como había dicho su padre, que estaba furioso contra su hermano, mas no tan solo a causa de lo que le hiciera en cierta ocasión...

«No, no solo por esto», se decía a sí mismo.

No era sino que al pueblo alemán se le había hecho objeto en el mundo de muchas vejaciones, y no bastando con culparle de la responsabilidad de la guerra mundial, se intentaba dejarle sin derecho alguno, cual si fuera un pueblo de categoría inferior. Se le quería forzar a que trabajase para los demás, imponiéndole castigos y privándole de todo derecho...

El pueblo soportaba todas estas injusticias sin sentir gran odio contra los que le infligían tales agravios y, en cambio, en ocasiones, ya sea cualquier reunión política, o baile, ya sea que se reunieran dos a jugar al ajedrez, o tres parientes cualquier tarde de domingo, se desencadenaba el odio entre ellos. En aquel tiempo, no podían reunirse tres alemanes sin que el odio se interpusiera. Era este un odio casi devastador, un odio como solo puede existir entre parientes, entre hermanos, de esos que solo puede sentir un hermano contra el otro, por conocerle tan bien que cada palabra, cada movimiento del odiado le resulta a uno insoportable. No solo se odiaban por convicciones políticas, y no solo odiaba la derecha a la izquierda, sino que llegaban a odiarse porque uno tenía tal forma de amar a Alemania y el otro tal

otra; la ciudad odiaba al campo; el trabajador, al burgués; los parados odiaban al que tenía trabajo; el pueblo odiaba a sus funcionarios, odiaba al ejército; las mujeres odiaban a los hombres, por quienes creían verse desposeídas de sus derechos, y los hijos a sus padres.

Entre los alemanes no se daba ninguna clase de relación en la que el odio no desempeñara su papel. Como el odio lo embrollaba todo, no resultaba posible ponerse de acuerdo ni aun en las cosas más sencillas. Ante los ojos de sus opresores se hacían entuertos el uno al otro, se aniquilaban, y aquellos, mirándoles con desprecio, se regocijaban.

Así iban las cosas en el país, y así iban las cosas en el corazón de Heinz Hackendahl. Allí estaba esperando, en la antesala del consejero criminal, tan solo por causa del hermano a quien odiaba. Antes de la guerra hubiera sido completamente distinto; aun en tiempos tan corrompidos como eran aquellos, el que procedía contra todo separaba la propia persona de la comunidad. Se veía obligado a soportar el destino que él mismo se había tramado, y podía uno compadecerle, pero no había por qué odiarle.

En cambio, en la actualidad, lo que el hermano hacía dolía como una herida en el propio cuerpo, y no podía pasarse por alto ni soportarlo; se repetía uno, incesantemente: «No, no voy a soportarlo». Cuando estuvo declarando ante los funcionarios había hablado tan solo de Hoppe & Cía., sin decir nada de su hermano Erich, razón por la cual no logró convencerles. Realmente era como si la cosa no pudiera seguir, había que empezar contando lo de su hermano.

Y, sin embargo, ante el hermano se había erigido el padre, un viejo que no tuvo mucha suerte con sus hijos. Era muy comprensible que se erigiera protector ante el hijo. Al que no se podía, en cambio, comprender era al hijo, no, ni él se comprendía a sí mismo. Allí estaba, esperando a causa de su hermano y, sin embargo, en cuanto hubiera conseguido que procedieran contra él correría al teléfono para prevenirle... Llevaba incluso el número del teléfono apuntado en un papelito, en el bolsillo. Y no se disponía a prevenirle porque creyera que el hermano cambiaría de proceder tras de una advertencia así, sino únicamente porque... por una compasión de ser débil, firmemente convencido en su interior de que Erich seguiría haciendo el mal...

Si, tratábase en aquel caso de llegar a una decisión; era cuestión de si tendría uno el valor necesario para obrar de acuerdo con sus impulsos a pesar de que ello le doliera... Nadie le llamaba ni nadie le ayudaba... Tenía que fiarse tan solo de sí mismo... ¡Ah, si se hubiera tratado de una persona que le fuera indiferente, de un Hoppe cualquiera en vez de tratarse de su hermano! Y acordándose de lo radiante y agradable que Erich había sido. ¡Ah, sí, en otro tiempo le había amado y admirado mucho!

«Tal vez —pensó— tan solo se puede odiar tanto a lo que en otro tiempo se ha amado mucho».

Tal vez alrededor de todo aquel odio no había otra cosa que mucho amor. Y que

no quisiera soportarse en un hermano lo que en un extraño no le hubiera dolido.

Y a gusto se hubiera de nuevo retractado de su decisión. Tenía excusa más que suficiente para marcharse. ¡Irma debía de estar esperando ya impaciente!

Pero ha llegado ya a todo esto el momento en que le hacen entrar en el despacho del consejero criminal y en que no le queda ya la posibilidad de zafarse. No le queda ya más que la otra posibilidad, la de callar encubridoramente, y telefonar luego.

—Bueno —dijo el señor gordo, de rojo rostro, en cuanto hubo leído la corta información—. Vuélvame a contar ahora el asunto con sus propias palabras...

Y esto es lo que Heinz hace, contando solo lo que consta en el informe, sin añadir nada.

—¿Es esto todo cuanto sabe? —pregunta el consejero criminal.

Y Heinz asiente apresuradamente.

—Aquí falta algo —dice el gordo—. Y usted sabe perfectamente que así es.

Heinz hace como que no entiende.

—Está usted encubriendo a alguien —dice, en tono amigable, el perro de presa—. Quiere usted proteger a alguien —y sonrío—. Mire —añade—: Cuando hace ya bastante tiempo que se está aquí, se adquiere un olfato especial, no es ninguna hazaña. Y en su relato falta principalmente la ligazón de por qué ha llegado usted a creer que se trata de apostar a las carreras...

—Se me ocurrió sin más —dice Heinz, perplejo.

—¡Ah, naturalmente, se le ocurrió sin más! —dice el gordo, levantándose—. Buenos días, mi querido jovencillo; mejor es que no vuelva usted por aquí. A nosotros no nos han enseñado el arte de comer huevos sin romperles la cáscara, y no creo que llegue usted tampoco a aprenderlo. El mundo apesta como un gran montón de basura, pero si cada uno quiere apartar su montoncito de inmundicia, no hay manera de suprimir la inmundicia general... A este Hoppe ya le arreglaremos las cuentas, y hasta incluso sé de quién se trata; es un cajero que huyó con los fondos de una casa. Pero lo que precisamente me hubiera interesado es un montoncito de inmundicia particular... Bueno, pues como ya le he dicho, ya tenemos bastante trabajo sin necesidad de que venga usted a estorbarnos, Y puesto que no quiere ser hombre y quiere sentirse a gusto sin cumplir, ¡que buen provecho le haga la comida! ¡Cosa suya es, al fin y al cabo!

Cada una de estas palabras, tan groseramente dichas, le sentó a Heinz como una puñalada en el corazón. El perro de presa volvió a sentarse y púsose a leer unas actas, pareciendo considerar al visitante, a quien acababa de morder, como inexistente.

—¡Señor consejero! —dijo en voz baja Heinz. Sin parecer oírle, continuó hojeando sus actas.— ¡Señor consejero! —dijo Heinz, algo más alto.

—¿Qué pasa? ¿No se ha ido todavía? ¡Se le van a quedar los pies planos, jovenzuelo!

—¡Señor consejero!

—Bueno, pues, suelte ya. Pero con claridad, que si no, no vale la pena escucharle.

Y Heinz empezó a hablar con claridad...

—¡Tampoco esto significa nada! —dijo, descontento, el consejero criminal cuando Heinz terminó. Un sombrero de copa, una cartera de documentos y unos prismáticos no son indicios concluyentes. Naturalmente, vayan todos mis respetos por su conocimiento del amor fraternal. ¡Pero tampoco esto es ninguna prueba!

Descontento, dio unos gruñidos. Luego preguntó:

—¿De modo que quería llamarle? ¿Quería avisarle? ¡Enséñeme el número del teléfono!

Heinz hizo lo que le pedían.

—¡Muy bien! —dijo el consejero criminal—. Ahora va usted a ver qué gente más complaciente somos los de la Policía. Puede usted llamar ahora desde aquí, desde mi aparato, a su señor hermano y decirle que, bueno, digamos dentro de media hora, la Policía irá a hacer una visita a su amigo Hoppe, y por mi parte le puede también dar alguna indicación acerca de las carreras de caballos, todo exactamente igual que si se encontrara usted en una cabina telefónica...

El corazón humano es algo desconcertante. Ahora que se lo ofrecían y que podía hacerla con permiso de la Policía, no quería Heinz llamar a su hermano por nada del mundo. Incluso se estremecía ante el aparato que se le ofrecía, temiendo oír la voz de Erich al aparato...

—Bueno, ¿qué le pasa, joven? —dijo el consejero—. ¡No vuelva a hacer melindres! ¿Cree usted que quiero tenderle una trampa? ¡Ni mucho menos! Vaya ser franco con usted y le diré que mis agentes están ya en el local de Hoppe y Cía... y si llegara allí una llamadita de advertencia de su señor hermano, aunque tardía, nos serviría de indicio...

Siempre sucedía lo mismo: de una decisión se veía uno forzado a pasar a otra, de nada servía zafarse. A Heinz le había parecido ya bastante tener que delatar a su hermano en contra del deseo de su padre. ¡Estaba decidido a no ser ahora el que le hiciera morder el cebo y a no dejar que su voz sirviera de reclamo; mil veces no!

—Lo encuentro muy mezquino y degradante —dijo, perplejo.

—Repugnante, ¡y tanto! —refunfuñó el perro de presa—. Todas las medias tintas son repugnantes; en esto tiene usted razón. Lo que es malo, es malo, y con medias tintas no se consigue salir de ello. Hay en este país otras personas muy distintas, jovencito, que también aman a su patria y que dicen: existen muchas culpas, pero la más funesta es hacer las cosas a medias. Un día oirá usted hablar de estas gentes, y celebraré que entonces no haya usted obrado demasiado a medias. Y ahora lo mejor que puede hacer es irse a casa y comer algo tiene usted un aspecto malísimo. No, no tiene usted por qué telefonear. ¿Cree que le necesito para estas bromitas? Solo quería ver la clase de hombre que es usted. Bueno, pues, adiós, no se ha perdido toda la esperanza de que un día llegue usted a ser un hombre. Adiós, que tengo que hacer; no soy educador de jovenzuelos.

Y tal vez sí lo era aquel perro de presa.

En aquellos días, el joven Heinz Hackendahl tuvo mucho que oír, pero en medio de todo cuanto hacía le seguía resonando en los oídos la voz gruñona del gordo de rostro enrojecido. No la olvidó inmediatamente, y le servía para darle ánimos.

Muy pronto llegó el momento en que tuvo que contarle a su mujer que la colocación en la Banca Hoppe & Cía., había terminado. Tuvo que contárselo, pues le hubieran delatado los grandes titulares de los periódicos. «Cientos de personas desposeídos fraudulentamente de sus ahorros», decían. «Petróleo y totalizador. Eclesiásticos que cobran intereses exorbitantes. Desgracias de Hoppe, etc...».

Así es que tuvo que contárselo, y a pesar de que no tenía necesidad de explicarle la intervención que en todo ello tuviera, no dejó de hacerla, porque seguía retumbando en sus oídos aquella voz.

—He tenido que hacerlo, Irma. Desde el momento en que vi a Erich, supe que tenía que hacerlo.

Y como sucede casi siempre con las mujeres, lo tomó ella de muy distinto modo de como se había imaginado.

—De alguna manera te saldrás —dijo—. También los demás se van saliendo.

Y no le hizo ningún reproche.

También el padre lo tomó de distinto modo de como había esperado. Fue a verle una tarde y le encontró de nuevo en el establo, junto al caballo...

—Sofía quiere comprarme otro penco, pues el mío no le parece bastante —dijo el viejo—. Pero, no sé, yo estoy tan acostumbrado a él... ¿De modo que tu establecimiento se ha ido al diantre?

Heinz hubiera querido de nuevo retrotraerse, de no haber sido por la voz aquella. Podía haberlo hecho, pues hasta entonces los diarios no decían ni una palabra acerca de Erich Hackendahl. Y si a pesar de ello contárselo todo a su padre, lo hizo porque seguía oyendo la voz y porque le parecía tener mucha razón en lo que de las medias tintas había dicho.

—¡Ah!, bueno —dijo el viejo—. ¡De modo que lo has dicho! Bien, bien, ya pensaba yo, a medias, que lo harías. No puedes salir de tu modo de ser. Tampoco yo puedo. Esto es lo que le resulta a uno tan difícil de comprender que el prójimo tenga también su manera de ser. Se piensa siempre: este ha de pensar lo mismo que yo, puesto que es igual que uno. Y, sin embargo, no es así:

Mas cuando estaba ya Heinz junto a la puerta del establo, le gritó el viejo:

—Oye, Heinz, ¿no sabes nada de Erich?

—¡No, padre!

—Bueno, vete, pues. Pero como sepas algo, ven a decírmelo en seguida. No quiero medias tintas porque pienses que has de tener cuidado conmigo a causa de lo que te dije antes. ¡Las medias tintas me revientan!

Heinz se alejó pensativo, reflexionando en lo extraordinario que era que dos personas tan distintas como el viejo cochero de punto y el consejero criminal tuvieran los mismos puntos de vista sobre las medianías.

Pero sabía que no tenía tiempo de reflexionar mucho. Debía ir a visitar a Irma y al niño, que era varón y a quien, en memoria de un hermano medio olvidado, y para complacer a su cuñada, habían puesto el nombre de Otto. Mas pronto terminaron las visitas a la clínica, y después de los ocho días de rigor volvió Irma a casa.

Eran ya tres los habitantes de ella, y empezaron a adaptarlo todo y a acostumbrarse a la vida de tres. A veces no resultaba tan y tan fácil, pues era una vida completamente distinta de cuando eran solo dos. Pero se iba uno habituando...

A lo que no había modo de habituarse era a la comparecencia diaria en la Caja de paro, de la que regresaba siempre triste, cansado y a menudo malhumorado. En el fondo era cosa sencilla, y millones de parados tenían que efectuarlo como él diariamente; más tarde fue dos veces por semana: se llegaba hasta un despacho en donde se entregaba una cartulina en la que estampaban un sello para demostrar que se había presentado, y le dejaban a uno marcharse... Luego, una vez por semana, daban el dinero. Realmente, muy fácil...

Pero le dejaba a uno triste, cansado y a menudo incluso mal dispuesto...

Ya la Caja de paro por sí misma le predisponía a uno. Estaba instalada en una pequeña casa de una calle bordeada de hotelitos. Nada de grandes elegancias, sino villas habitadas por pequeños titulares de alguna pensión, antiguos profesores o mandatarios que tal vez precisamente poco antes de la inflación habían tenido la suerte de comprar aquellas villas de contratistas de obras, con sus doscientos metros cuadrados de jardín contando con los ahorros de toda una vida.

Por lo tanto, en la calle en que estaba enclavada la Caja de paro vivía gente modesta, a la que iba a visitar gente todavía más modesta. Y a pesar de ello, Heinz Hackendahl se enteró por los otros parados de que los habitantes de aquella calle ponían reclamación tras reclamación para que se trasladara de allí la Caja de paro, que, según ellos, perjudicaba a la calle y desvalorizaba las villas. A los titulares de pensión que en ellas vivían se les amargaba la hora del café al ver pasar por delante de su casa a los parados. Creían que a la Caja de paro le correspondía otra calle en la que vivía gente más modesta.

Naturalmente, nadie supo lo que los señores de la Caja de paro decían de estas reclamaciones, pero se cuidaron de colocar continuamente policía en aquella calle, que vigilaba que los parados tuvieran un comportamiento adecuado, no gritaran ni se les oyera cantar, pues se les tenía siempre el ojo encima...

Naturalmente, los parados comentaban continuamente tal estado de cosas. Disponían de mucho tiempo para hablar mientras esperaban que les llegara el turno de estampillar su cartilla. Hablaban continuamente de ello, y lo comentaban con pasión, odio y amargura. Pasaban frente a los mezquinos jardines. ¡Oh, no, no se les ocurría intervenir en ellos, y por su parte no había necesidad de que hubiera policía!

Pero miraban con verdadero odio a aquellos enanos de yeso, aquellas bolas de cristal, aquellos jardincillos pequeños y míseros: si los titulares de pensión no podían ver a los parados, estos les pagaban con la misma moneda y diez veces más.

Luego estaban los empleados de la Caja de paro. Era evidente que los tales empleados que había en los diversos departamentos y tras de las taquillas debían el tener trabajo a que los demás fueran parados. Vivían del paro. Los parados eran los que les proporcionaban trabajo. Por ello los parados opinaban que aquellos empleados tenían que ser un poco corteses con ellos, que tenían que tratar con respeto a los que les proporcionaban el trabajo.

Pero no podía verse ni lo más mínimo de tal respeto ni de tal consideración, antes al contrario, hacían todo cuanto estaba en su mano para hacerles la vida imposible a aquellos a quienes debían el trabajo. A cada momento estaban pidiendo nuevos papeles y documentos. Se metían en lo que había sido hasta entonces la vida de los parados, fingiendo intervenir en favor de lo que llamaban el destino del trabajo. Sacaban a relucir cualquier suciedad, y en cuanto uno hubiera tenido alguna pendencia con el patrón, le tildaban de rebelde, o si uno se declaraba enfermo y el médico de confianza de la Caja le encontraba sano, se le tildaba de vago...

Tales cosas le daban a uno a entender los señores empleados de detrás de las ventanillas y luego bajaban la corredera de cristal y, dejando esperar a los de fuera, se ponían a almorzar, desenvolviendo papeles de barba yo destapando termos. ¡Y eran ellos los que hablaban de vagos! Se comportaban como si el par de céntimos que le pagaban a uno fueran de su propio dinero. Eran los más idóneos para que se les diera una lección.

Así es que se la daban. Todos los días se armaba un escándalo en los despachos y en los corredores. Pero los empleados eran tan mezquinos que hacían expulsar por el portero o llamaban a uno de los policías de la calle para que se llevara al que les decía las verdades, lo que implicaba que, como castigo, se quedaba el tal sin el socorro de dos o cinco días. Todo, únicamente, porque no podían soportar tener que oír la verdad.

Sí, era un ambiente que le dejaba a uno perplejo y enfermo, pero no había más remedio que soportarlo, a veces durante horas, mientras se esperaba que le pusieran la estampilla. Cuando alguno de ellos gritaba en los corredores hasta el punto en que le salía espuma por la boca, experimentaba uno una sensación de desespero: aquellos vampiros le dejaban en suspenso su socorro, y, de regreso al hogar, tenía que ver a su mujer y a sus hijos consumirse lentamente...

«¡Si, a ti es a quien me refiero, a ti, ojos de bola, de detrás de la ventanilla! ¡Tendrías que haber oído como yo a tus hijos gritar, muertos de hambre, sin que te quede ni una miga de pan ni un *pfennig* para comprarles algo!».

Esto es lo que gritaba uno de ellos, y de nada sirvió que el que estaba junto a Heinz Hackendahl le susurrara que el compañero aquel estaba fingiendo, pues había gastado el mismo día de cobrarlo todo el dinero del socorro en bebida. A veces era

cierto y otras fingido. Pero era siempre triste que aquellos hombres tuvieran que mostrarse ante sus semejantes con tal desnudez y tal desvergüenza...

Y resultaba también triste cuando el vecino le hacía notar a uno que el anterior lograba no solo que le pusieran el sello del día, sino también el del anterior y el de dos días antes.

—El de detrás de la ventanilla tiene carnet del partido y también lo tiene el que le consulta y si algún día quieres llegar a ser algo más de lo que ahora eres, date prisa en procurarte uno de estos carnetitos. Ya verás qué repentinamente te sale todo a pedir de boca.

Ya cuando estaba en el Banco había oído decir Heinz lo mismo, sin prestar atención. En el vestíbulo de la Caja de paro había un gran cartel: «Se prohíben terminantemente las conversaciones sobre política». Cartel que en verdad era perfectamente inútil, pues todos los que esperaban hablaban de política cuando no versaba su conversación sobre la suerte que a cada uno le había cabido.

¡Ay, Dios, hasta qué extremo llegó Heinz Hackendahl a odiar aquella Caja de paro! No podía ser que los ofendidos rentistas de los alrededores la aborrecieran más. Cuán horrible era aquel gris desesperante, aquellas figuras que parecían irse volviendo más y más grises, los insultos y los agravios, los individuos indiferentes a todo y los envidiosos de lo poco que podía envidiarse: «¡Vaya suerte la de ese! No le queda más que una pierna, y de seguro que le pasarán una pensión. ¡Cómo me gustaría!». Y los colegas que pretendían conservar su trasnochada elegancia y cada día venían con historias nuevas de las mujeres estupendas que habían conquistado la noche anterior... Y los otros colegas que de repente se abandonaban y cuyos trajes aparecían, de la noche a la mañana, todos manchados... y que de pronto se ponían cordeles en lugar de cordones de los zapatos y aparecían con agujeros en los codos...

Y así fue pasando la primavera y llegó el verano, en que con frecuencia el cielo mostrábase azul y radiante brillaba el sol, y florecían las lilas en los jardines de los hotelitos. En cambio, los parados seguían tristes y envejecidos. Para ellos no había verano, y su vida transcurría de estampilla en estampilla. Solo una cosa existía para ellos: la Caja de paro. Era como una enfermedad que le atacara a uno y que le desposeyera de toda alegría, que les viciara el aire que poco a poco iba invadiendo paulatinamente a todo el ser.

Por ello se regresaba al hogar malhumorado, cansado, desesperado, y por ello se podía llegar, incluso, a tener envidia de Irma, que, ocupada en los cuidados de la casa, no sabía lo que era estar sin trabajo y que hasta entonces tenía más que hacer que anteriormente, a causa de su hijito Otto...

Él se dejaba caer en una silla y la contemplaba, sabiendo que durante todo aquel día no le quedaba más ocupación a que entregarse que la de contemplarla.

Al cabo de un rato miraba ella por dos o tres veces hacía donde él estaba, y decía:

—Le sacas a una de quicio con tu manera de mirar, Heinz. Ven, intenta lavar la ropita del niño...

Y a veces se colocaba ante la plancha del lavadero y empezaba a frotar. Pero aun cuando lograra llevar a cabo el trabajo, no le proporcionaba dicha alguna, pues el trabajo, para satisfacer, ha de tener algún sentido. Trabajar por trabajar y como pasatiempo, resulta tonto.

Por esto lo abandonaba pronto, o era ella la que le cogía el trabajo de entre las manos, diciendo:

—Déjalo, Heinz. No quisiera que te molestaras, únicamente es que resulta desesperante verte sin hacer nada. Hace siempre el efecto de que vas a dormirte. Ya sé perfectamente lo que te pasa, y me das lástima. ¿No podrías ocuparte en algo? Podrías ir a ver a tus viejos amigos. O mejor será que le hagas una visita a tu maestro. Hace tiempo que lo tienes proyectado.

—¿Tú crees? —preguntó Heinz—. No sé, parece como si fuera a llover. Pero tal vez vaya.

Durante un rato estuvo vagando indeciso por el hogar, pero al fin, y a instancias de Irma, se decidió a ir.

Hacía ya una serie de años que no había visto al profesor Degener, en rigor debía de avergonzarse de haber estado tanto tiempo sin preocuparse por el amado maestro. En otro tiempo, cuando empezó de meritorio en el Banco, había ido alguna vez que otra a verle y luego dejó de hacerlo. Había sido muy singular lo rápidamente que dos personas que tanta simpatía se tenían se habían encontrado sin nada que decirse, lo súbitamente que se les había hecho patente que uno de ellos era un filólogo de la antigüedad y el otro un pasante de Banca, dos cosas ridículamente distintas, que no parecían tener la menor conexión.

A la sazón volvía a visitarle. Era estupendo volver a recorrer el antiguo camino, ver la placa con el nombre de antiguo conocido y oprimir el mismo timbre. En un tiempo muy malo en que no se sabía qué consejo tomar, había acudido allí varias veces; entonces volvía a ser un mal tiempo.

Le salió a abrir la misma criada de antes, que, escudriñándole el rostro, dijo:

—Sí, ya sé, es usted del curso del 19. Vaya si le reconozco, a pesar del tiempo que hace que no viene por aquí.

—Corren malos tiempos —dijo Heinz.

—El señor profesor ha cambiado mucho. Desde que tuvo el accidente ya no ejerce. No le diga nada acerca de ello, porque le agitaría inútilmente. Aun en el caso de que no le reconociera, se alegraría. Puede estar bien tranquilo, que no le molestará en nada.

El profesor Degener estaba sentado ante su escritorio con el rostro apoyado en la palma de una de sus manos. El mechón de pelo que en otro tiempo fuera de un rojo vivo se había tornado gris, y cuando levantó la cabeza para contemplar al visitante, vio este que una horrible cicatriz roja le cruzaba la frente, en otro tiempo tan clara, y que también uno de los ojos parecía dañado. El párpado le colgaba rígido e inmóvil sobre la pupila.

—Sí, Hackendahl, recuerdo perfectamente —dijo el viejo maestro—. Claro que me acuerdo, había dos Hackendahl Y usted es uno de ellos... El otro..., el otro no me ha venido a ver nunca.

El hombre envejecido sonrió, y había en la sonrisa algo del antiguo humor, pero tan amortiguado. ¡Tan amortiguado!

—Sabe usted, Hackendahl... Siéntese. Quiero que me conteste a una pregunta. Se ha hecho usted un hombre y desempeña su papel en la vida. Por el anillo que hay en su dedo veo que se ha casado, y tal vez sea usted padre. Asiente usted, sostiene, pues una familia...

—Por desgracia, no; estoy sin trabajo, señor profesor.

El profesor hizo un ademán de aquiescencia:

—Sí, ya me he enterado. Muchos son los que están sin trabajo. Parece ser una

nueva profesión; y no muy fácil, ¿no es así...?

—No —dijo Heinz Hackendahl.

—Bueno, de todas formas —dijo el profesor— desempeña usted un papel. Es usted algo. Y dígame, pues, con toda franqueza, alumno Hackendahl, ¿le sirve de algo lo que aprendió entre nosotros, le ayuda en algo en su vida? ¿Hay para usted algo?

Miraba al escolar de otro tiempo con su ojo azul intenso, en tanto que el párpado del otro temblaba ligeramente. Sin esperar respuesta alguna, continuó:

—Mire usted; le recuerdo perfectamente, era inteligente y de espíritu vivo. Ha respirado usted el aire salino del mundo homérico e igualmente Platón fue para usted algo más que un nombre. Dígame, pues, Hackendahl, de todo cuanto aprendió entre nosotros, ¿le queda algo? ¿Le ayuda en algo? ¿Le da contento?

Heinz Hackendahl no había pensado jamás en ello, pues lo consideraba algo lejano, muy lejano en el pasado. Algo extraño y casi olvidado que a la sazón volvía a revivir lentamente con las palabras del maestro. Pero el solo hecho de tener que reflexionar constituía una respuesta a la pregunta del profesor, respuesta que no se atrevía a dar a aquel viejo.

—Mire usted, Hackendahl —continuó el profesor Degener—. Paso mucho tiempo aquí sentado reflexionando. No, ya no ejerzo desde... desde hace algún tiempo. También yo estoy sin trabajo, pero no lo siento, pues soy un anciano que tiene tras de sí su obra. Y de continuo me empeño en preguntarme: «¿He hecho en realidad mi tarea cotidiana?». He calculado lo siguiente: «He iniciado a más de mil jóvenes en el mundo de los griegos». Pero ¿les habré iniciado verdaderamente de tal modo que quede algo en ellos?

Había apoyado la barbilla en la mano y su pupila azul contemplaba a Heinz Hackendahl con más claridad y atención que nunca.

—¡Nadie lo hubiera podido hacer mejor que usted, señor profesor! —exclamo Heinz Hackendahl.

—No debe usted hacer objeto de críticas encomiásticas a su profesor, alumno Hackendahl —dijo sonriendo el anciano—. Lo que tiene que hacer es contestarme lo que de esas lecciones le ha quedado. ¿Piensa usted alguna vez en Hornero?

—Vivo en un mundo tan distinto...

—Ya veo que tampoco piensa —dijo turbado el profesor—. Tampoco usted, igual que todos a cuantos pregunto. Mire, Hackendahl, cuando uno envejece empieza a preguntarse: «En rigor, ¿por qué has vivido? ¿Qué es lo que has llevado a cabo?». Mucho de lo que a nosotros, los viejos, nos era caro, se ha desmoronado y cada día que pasa se desmoronan más cosas... Pero yo he querido consolarme diciéndome que he enseñado a más de mil jóvenes, les he iniciado en un mundo de belleza, de virilidad, de amor y de lucha... Pero no ha servido de nada, pues para ustedes este mundo no significa nada; es una consolación fingida...

El profesor no miraba ya a su antiguo alumno, sino que tenía la vista fija en la

mesa escritorio, sobre el raído paño verde en el que habían descansado los trabajos de miles de jóvenes que él había leído, corregido, puntuado, elogiado y censurado. Pero de todo ello no había quedado nada. Era algo parecido a cuando un niño traza rayas en la arena: el rocío las desdibuja, el viento arrastra la arena y la lluvia borra las rayas: no queda nada. ¡Puro juego!

El alumno Hackendahl miró al anciano profesor y dijo:

—Señor profesor, nosotros, los sin trabajo, pensamos a menudo como usted: en rigor, ¿para qué vivimos? No podemos llevar nada a término. Cuando estoy esperando en la Caja de paro un sitio, señor profesor, al que tenemos que acudir todos los días para demostrar que verdaderamente no trabajamos, pues hoy en día nuestro único deber es no hacer nada, pues cuando estoy esperando en la Caja de paro entre los demás, me parece como si fuera envejeciendo con incomprensible rapidez. Es difícilísimo explicar: como si fuera todavía joven y me envejeciera infinitamente pronto, y que entre los dos estados no quedara nada: ninguna empresa, ninguna dicha, tan solo un envejecer increíblemente acelerado...

—Es lo que me pasa a mí —dijo en un murmullo el profesor Degener—. Tampoco yo quería envejecer, y de pronto me vi anciano y comprobé que no había hecho nada...

—Y el tiempo pasado en la escuela le parece a uno —volvió a emprender Heinz— como si quedara infinitamente alejado, como si no hubiera existido nunca. Pero —prosiguió, poniendo la mano sobre la fina, blanca y azulada por las venas, del doctor— aun cuando no se piense ya más en la *Ilíada* ni en *Antígona*, he pensado siempre en algo que usted me dijo en cierta ocasión. Una vez, cuando las cosas me iban muy mal, me dijo usted: «Se puede caer en el fango, pero lo que no se puede es permanecer en él». Y otra vez en que yo tenía grandes planes, me dijo usted: «Hay que cuidar primero de que la célula esté sana, si no, no puede sanar el cuerpo...».

El profesor sacudió descontento la cabeza:

—Esto no son más que proverbios, Hackendahl. Cualquiera se los podía decir, no representan nada. No tiene nada que ver ni con la antigua Grecia ni con el trabajo de toda mi vida.

—Ciertamente, en cualquier parte pueden oírse proverbios de estos, señor profesor, pero no todos quedan grabados. No sirven de nada según quien sea el que los enuncia. A mí me han ayudado por ser precisamente usted el que los dijera.

De nuevo exteriorizó el profesor su descontento:

—Ah, Hackendahl, entonces surtió efecto porque le iban a usted mal las cosas, porque precisamente entonces su corazón estaba lacerado. Yo no tengo nada que ver en ello. Puede usted repetir cien veces: al final triunfa la honradez, y nadie le oirá. Pero si se lo dice usted a alguien dispuesto a hacer algo deshonesto, le queda grabado. No, en todo esto yo no tuve nada que ver.

Y de nuevo volvió a apoyar el rostro en su mano.

—Está usted empeñado en no haberme ayudado, señor profesor. Y, sin embargo,

lo hizo. ¿Cómo se explica que igual que nuestro profesor hubiera sido cualquier otro, y en vez de usted fuera este otro el que nos hubiera enseñado el segundo Ariosto, vengamos a verle precisamente a usted y le recordemos siempre? Tal vez habré olvidado a Homero por un tiempo, pero le aseguro que al profesor Degener no le he olvidado. Y lo mismo les pasa a muchos.

—Apenas si viene ya nadie —dijo el profesor—. Casi nunca suena el timbre.

Mas precisamente, cuando decía esto, sonó afuera el timbre y entró un compañero de clase de Heinz Hackendahl. Hoffmann, que aunque más alto y más fuerte y con algunas cicatrices en el rostro, era perfectamente reconocible...

Cambiaron unos saludos y Heinz exclamó:

—Oye, Hoffmann. El señor profesor se empeña en haber sido un profesor como los demás, y supone que al fin y al cabo no habría gran diferencia en que hubiéramos tenido en lugar de él, al candidato... ¿Cómo se llamaba? ¿Llebllich, Liebreich, Liebling?

Rio Hoffmann en tono de bajo profundo.

—No diríamos nosotros lo mismo. ¿Te acuerdas, Hackendahl, de cómo le hicimos rabiar y tuvimos que ir a presentarle excusas a su cuarto? ¡Usted fue el que lo exigió, señor profesor!

—¡Es que os habíais portado bastante mal!

—¡Era un piojo, un despreciable piojo! —dijo Hoffmann, volviendo con gran sencillez al antiguo tono escolar. Y por lo demás, ambos hicieron una rápida incursión a los tiempos escolares, en la que no tardó en unírseles el profesor, evadiéndose del presente...

La anciana criada trajo té con pasteles. Un poco preocupado, el profesor buscó un cigarro que fuera lo suficiente flojo para no molestar a los jóvenes, y dejó grandemente sorprendido al alumno Hoffmann comunicándole, después de años y años, que su maestro había notado perfectamente que el futuro bachiller Hoffmann había copiado su trabajo de examen:

—Pero no quise suspenderle, Hoffmann. Era el último examen del bachillerato y se exigía muy poco, pues no estaban ustedes preparados para una prueba normal. ¡Siempre ha sido usted un perezoso, Hoffmann!

Los tres, incluso el anciano profesor, estaban muy divertidos. Ya no se rompía este la cabeza acerca de lo que había llevado a cabo durante su vida, ya generalmente es esta una cuestión espinosa y por el momento lo era todavía más...

Más tarde fuéronse Hoffmann y Hackendahl juntos hacia sus casas.

—Espera, te acompaño —dijo Hoffmann—. ¿Dónde vives, Hackendahl?

—No, te acompaño yo —dijo Hackendahl—. Tengo tiempo...

—¡También yo lo tengo y en gran cantidad! —dijo Hoffmann—. Precisamente hace justo dos años y medio que me licencié en Derecho y estoy viendo que tendré que esperar otros dos años y medio antes de encontrar trabajo. O tal vez cinco.

—¿También tú estás parado?

—Naturalmente, ¿cómo no? Todos los de nuestro curso que sigo viendo están parados. Es muy amargo, hijo mío, haber estado tres y cuatro años estudiando para nada.

—También yo estuve cuatro años de prácticas.

—¡Pero pudiste trabajar un poco! Nosotros nos hemos estado preparando con gran tesón para la vida y para el trabajo, y cuando hemos llegado a lo del trabajo nos encontramos sin él. Y tú, ¿qué haces? ¿Estás ya casado y tienes un hijo? ¡Todo esto has logrado! En cambio yo...

—Cualquier día puedes hacerlo.

—No seas inconsciente. ¿Cómo voy a hacerlo? Este, hijo mío —dijo Hoffmann, moviendo cuidadosamente sus potentes músculos enfundados en su traje—, este es el único traje un poco decente que me queda, Lo uso para ocasiones solemnes, como la de una visita al profesor Degener o una inútil solicitud de trabajo. De mis otros pantalones, no te diré más que mi señora madre dice que no hay ya remiendo posible para ellos.

—¡Igual que nos pasa a nosotros! —exclamó Heinz Hackendahl. Y no puede pasarse en silencio que casi se alegró de que a un «académico» le sucediera lo mismo que a él.

—Lo único es que vosotros podéis ir a la Caja de paro —dijo Hoffmann—. Las traseras de nuestros pantalones tienen agujeros igual que las nuestras, pero conservamos nuestros prejuicios... La Caja de paro no está bien vista entre nosotros.

—Pues con nosotros vienen un par de universitarios a que les estampillen la cartilla —observó Hackendahl.

—Bueno sí —dijo Hoffmann—. Es que son avanzados. Pronto llegará el día en que el padre noble dirá: «No suelto un céntimo más...».

—Te lo habías representado algo distinto, ¿no?

—¿Representado el qué?

—Pues todo este carnaval. La vida.

—Claro, claro... Es una m...

—Y tanto, una m...

—Claro, pura m...

Y durante unos minutos se estuvieron divirtiendo pronunciando la palabra m... Para ellos no era tan solo una palabra, sino una realidad...

Más tarde hablaron de su antiguo maestro, el profesor Degener...

—¿Cuál ha sido su accidente? —pregunto Heinz Hackendahl—. ¿Sabes algo acerca de ello, Hoffmann?

—Pues claro. ¿No te enteraste? Una cosa formidable que le va muy bien a la m... general.

Y Hoffmann explicó que el profesor Degener, hombre por otra parte muy reacio a toda demostración de sus sentimientos, había colocado en cierta ocasión en que era procedente una bandera negra, blanca y roja en su balcón, que como suele ocurrir en

las grandes ciudades lindaba con otro cuyo propietario no era partidario de dicha bandera y prefería la roja...

Como el Reichstag no lograba ponerse de acuerdo acerca de la cuestión del color de la bandera alemana y un ministerio había caído por ello en tanto que el viejo Hindenburg intervenía personalmente sin obtener éxito alguno, pues los ánimos estaban demasiado excitados, tenía, pues, todo el pueblo alemán su lucha de banderas, y, por lo tanto, el del vecino balcón no veía por qué no había de tener también la suya: así es que, abalanzándose sobre el balcón, se apoderó de la tricolor del profesor y la hizo pedazos.

El profesor, que aunque pacífico intelectual no estaba desprovisto de un cierto espíritu de lucha, no había considerado hasta entonces las banderas como algo importante, pero consideraba en extremo grave el insulto a la bandera, así es que sustituyó a la desgarrada por otra nueva y se puso a la expectativa...

Pero un maestro viejo no tiene en lo de asistir puntualmente a la escuela la menor preferencia sobre su alumno más joven. Cuando el profesor regresó al mediodía de la escuela tuvo que comprobar que aquella vez no tan solo había sido ultrajada su bandera tricolor, sino que en vez de ella aparecía en su balcón una de un rojo flamante.

El profesor Degener era hombre docto en humanidades y tenía por ello la opinión de que incluso en el peor de los hombres había algo de bueno que podía uno sacar a relucir valiéndose de la suavidad.

Con precaución, enrolló el maestro la bandera repudiada, se permitió una incursión al balcón vecino para desplegarla allí y se fue personalmente a comprar una a su gusto. En el ínterin se había ido enardeciendo tanto que compró una bandera mayor y más resistente que la anterior. Aquella nueva no tardó tampoco en ser desgarrada.

Cuando regresó volvía a lucir en su balcón la bandera roja, y aquella vez estaba el vecino en el suyo mirando al letrado con ojos sombríos. Hasta entonces no se había este preocupado mucho en imaginar cómo sería el autor de todo aquello; ahora le veía en toda su altura, su fortaleza y con los ojos sombríos...

—Perdone —dijo suavemente el profesor, empezando a desatar las cintas que ligaban la bandera a la reja del balcón.

—Esa bandera se queda donde está —dijo con tono amenazador el vecino.

—¡De ningún modo! —contestó el profesor, prosiguiendo su tarea de desanudar las cintas—. Su manera de pensar no es la mía, y será por ello un engaño si...

—¡Saque las patas de ahí! —ordenó el otro—. No quiero que insulte la fachada con ese trapo suyo.

—Tendrá usted que reconocer —dijo el profesor con firmeza— que el forzar la opinión de uno, sería esclavizarle. Precisamente si a usted le gusta esta bandera...

—Su trapo me fastidia —dijo el gordo—. ¡El trapo de Guillermo! —y con voz ronca empezó a cantar—: «¡Oh, verde abeto; oh, abeto; oh, verde abeto; el Kaiser es

un mal sujeto!».

El profesor había deslizado la bandera y la sostenía en la mano.

—Es indigno de un hombre que se precie —dijo enfurecido—, burlarse de quien ha sido débil, pero no malo. Le ruego...

Si quitas este trapo de ahí, buen hombre —replicó el gordo en tono amenazador—. Ya te enseñaré yo quién es el débil...

El profesor desenrolló imperturbable su bandera. El gordo se abalanzaba de vez en cuando sobre la barandilla divisoria y trataba de impedir que el maestro desenrollara la bandera, dándole a esta sendos tirones. El profesor Degener se apartó dos pasos más allá y empezó a anudarla fuera del alcance del otro. El enemigo enarboló la bandera suya, enrollada en forma de bastón, y empezó a golpear con ella a su antagonista...

—Deje esto... —dijo el profesor, yendo hasta el extremo de su balcón...

—¡Esta bandera no se pondrá! —rugió el gordo en tono amenazador, que resultó en vano, pues el enemigo estaba fuera de su alcance.

El profesor Degener que, equivocadamente, creía que el conflicto de las banderas había quedado solucionado por la lejanía, siguió anudando la suya. Igual error sufrieron los señores del Reichstag al instaurar el pabellón negro, blanco y rojo.

—¡Quita de ahí ese trapo sucio! —tronó el gordo, mientras el profesor lo seguía anudando incommovible, sin decir palabra.

A la sazón el enemigo tenía el ánimo enardecido. Realizó primero varias tentativas de pasar de un balcón al otro, pero una mirada que lanzó al abismo le preservó la vida. Cogió un tiesto y lo lanzó contra el sabio...

—¡Déjese de ese desatino! —dijo el profesor, volviéndose. Todavía no se le había hecho patente que un tiesto es algo muy distinto de una bola de nieve, y que un escolar descarado es mucho más inofensivo que un partidario encolerizado.

El segundo tiesto fue a dar de lleno en el rostro vuelto hacia él y se hizo añicos. El profesor prorrumpió en un alarido, no tanto por el dolor corporal como por la tristeza de ver comportarse así a un semejante. Luego cayó de espaldas...

El adversario miró al caído y murmuró:

—¡Esto le enseñará a colgar su trapo asqueroso en cualquier otro sitio! —Y desapareció...

—Por lo menos le encarcelaron, ¿no? —preguntó Heinz, amargado.

—¡Qué va! El profesor no presentó demanda judicial contra él. No, estaba más que harto de todo; fastidiado, se retiró, pidiendo su pensión. Es muy comprensible, pues cuando uno ha perdido el ánimo...

—Sí, él es viejo. Ha obtenido algo de la vida; en cambio, nosotros...

—Y tanto... También nosotros hemos perdido el ánimo, ¿verdad? Pero bastante antes. Mucho antes.

—Imagínate, Hackendahl; tengo ahora veintisiete años, voy empezando a estar calvo y a tener barriga, y aún no he ganado ni un céntimo. O, para ser más exacto, a

los diecisiete y dieciocho me gané cinco marcos por semana durante un tiempo dando clases. Pero desde entonces no he tenido igual suerte.

—Un día u otro ha de cambiar la cosa, Hoffmann.

—No faltaría más. ¡Habría que ver si no lográramos que cambiara, Hackendahl!

—Sí, pero ¿cómo?

—Esta es la cuestión, hijo mío: ¿cómo?

En Heinz Hackendahl alternaban períodos de la más negra depresión con los del más acentuado entusiasmo.

Cuando estaba deprimido, hasta incluso el ponerse en camino hacia la Caja de paro le resultaba una tarea casi imposible. En el camino se encontraba con los dichosos, con los que se dirigían al trabajo llevando debajo del brazo la cartera de documentos con el almuerzo, y que le miraban indiferentes, o encontrando tal vez que llevaba un abrigo en extremo raído.

Cuando les veía fijaba los ojos en la lejanía con amargura, pensando en que eran mucho más jóvenes que él y en que año tras año acudía al trabajo una nueva generación, y le embargaba un miedo profundo y deprimente al ver que iba envejeciendo; envejeciendo cada vez más, hasta que llegaría a ser inútil para todo trabajo antes de haber podido trabajar verdaderamente. Inutilizado por el paro forzoso. Inutilizado.

Luego llegaba a la Caja de paro y se alineaba en la fila de los demás, como uno de tantos; como uno de tantos parados que iban aumentando de día en día.

Conocía ya por aquel entonces a ciertas figuras, de algunas de las cuales temía la aproximación, en tanto que buscaba acercarse a otras.

Había allí uno, a no dudar un perfecto imbécil, que le decía siempre con una gran sonrisa:

—Hombre, colega, ¿de nuevo por aquí? No te apures, que ya hemos pasado lo peor.

Venía diciendo lo mismo semana tras semana, mes tras mes, siempre con el mismo rostro amigable, un poco desvaído, imperturbable en su esperanza.

Luego había un tal Marwede a quien Heinz evitaba siempre encontrar...

—Buenos días, colega. ¿Sabes aquel pequeño que se llamaba Preis, que estaba en la Bewag y venía siempre aquí, te acuerdas? Pues también ha acabado. Se tomó un vaso de Lysol. Le llevaron al hospital, pero estaba ya todo quemado... Sí, colega; ese ya ha acabado de una vez; nosotros todavía no hemos llegado...

Marwede contempló a Heinz Hackendahl:

—Da tristeza oírlo, ¿no? Pero así es. No queda más que el suicidio o el crimen: esas son nuestras soluciones. No podemos hacer más.

—El comercio puede volver a funcionar —opinaba Heinz.

—Pero ¿cómo? ¿Con qué? ¡Dime con qué! Y aun cuando así fuera, a nosotros ya no nos necesitan. Tienen a otros más jóvenes. Nosotros ya no podemos trabajar; hace poco probé. Es inútil: al cabo de dos horas no podía ya más.

—Es que estás depauperado.

—¿Y crees que somos como las calderas de vapor, que con una paleta da más de carbón vuelven a funcionar? ¿Que con una capa de grasa volvería a pitar la cabezota?

No, hijo; nuestra cabecita no puede ya más; se ha quedado amodorrada y no da ya más de sí. Necesita tranquilidad. No nos queda más que el suicidio o el crimen, colega. Nada más.

—Entre tanto, todavía puedes venir a estampillar tu cartilla de parado —dijo Heinz, inútilmente enojado.

—Sí, entre tanto. No tienes idea, colega, de cómo me siento algunas mañanas. Me encuentro tirado en la cama sin haberme desnudado la noche anterior para más seguridad, pues no sabe uno nunca si a la mañana siguiente tendrá uno ánimos de vestirse, y, como te digo, allí echado, voy diciendo, mientras cuento mis botones: «Suicidio, crimen, Caja de paro...».

—Debes tener unos botones muy especiales que siempre te indican que vengas a la Caja de paro...

—¡Qué va! ¡Es que soy un cobarde! Chico, no puede uno hacer de mangas capirotos. El hombre es cobarde más que nada; tú, yo: todos somos cobardes.

—Entonces no vengas hablando de suicidio y crimen.

—¡Mejor es que te calles! ¡Una cosa de estas se hace de pronto! Mira: todas las noches vengo observando un bar que hay en Tauentzien, al que va siempre un pez gordo con la cartera muy abultada... y alrededor de la una atraviesa la plaza de Wittenberg, sumida en la oscuridad...

—¡Cállate la boca! —gritó Hackendahl, enfurecido—. No vengas ahí fingiendo.

—Y tú no salgas ahora con esas indignaciones forzadas. ¿No habrás pensado en algo parecido para indignarte de esa manera? Lo que te pasa es que eres tan cobarde como yo.

—¡Si no cierras el pico, Marwede...! —Y Heinz Hackendahl le mostró el puño en actitud amenazadora.

Después de un incidente así regresaba a casa completamente desquiciado, para encontrarse con Otto, su hijo, tan sorprendentemente parco en su llanto. Había estado él yendo a la Caja de paro cuando el niño estaba aún en su cunita, siguió yendo cuando hizo sus primeras tentativas de andar y seguía yendo ahora que empezaba a hablar. Y se veía yendo aún a la Caja de paro, a la que tal vez algo más tarde pudiera acompañarle su hijo durante el camino. Y más tarde aún tal vez irían a estampillar juntos la cartilla, padre e hijo.

De tal modo podía pensarse y a pesar de ello le sonaban a uno tan mal las palabras suicido o crimen...

—Oye, Irma —decía entonces—: ¿No estás ya fastidiada de tener por marido a un parado?

—¿De mal humor? —preguntaba ella—. No te apures, que ya se arreglará. —Y de repente— Ya verás, cuando más desesperado estés...

—Entonces tendrá que ser verdaderamente muy pronto, dentro de dos o tres minutos o cosa así. No, lo que yo te pregunto es si no estás fastidiada.

—¡Qué va! Los buenos berlineses no perdemos tan pronto el ánimo. Vete a ver a

tu madre. Me dijo que miraría si podía encontrar arenques para nosotros. Pero date un poquito de prisa.

—¡De transportador de arenques! —decía él, yendo, a pesar de todo.

Y entonces llegaba de nuevo el día en que todo cambiaba. No había necesidad de que el cielo fuese azul y podía hasta incluso llover; pero el corazón latía de distinto modo, latía con más fuerza, pleno de esperanza. «¡Cómo reiría la gente si me dejara abatir! —pensaba—. Tengo hoy un presentimiento...» y saltaba de la cama poniendo los dos pies a la vez en él suelo.

—Hoy tengo el presentimiento de que ha de pasar algo, Irma —decía—. Naturalmente, algo agradable. No me esperes para comer; quiero ir a la clínica de Sofía...

—Bueno —decía ella—. Que tengas mucha suerte.

En días de tal optimismo la espera en la Caja de paro resultaba solo desagradable cuando duraba mucho rato. Marwede servía de motivo para sus burlas:

—¿Qué? ¿Todavía no has matado a nadie? ¿No te has suicidado? A este paso vas a celebrar tus bodas de oro con la Caja de paro, colega. Te nombrarán parado de honor, con la cartilla como condecoración.

Con lo que Marwede se enfurecía de nuevo, sin que le importara.

Apenas puesto el sello en la cartilla, salía de estampía con un impulso extraño en el cuerpo. En los kioscos se procuraba los diarios necesarios, consultaba inmediatamente las demandas y volvía a ponerse en camino.

El ímpetu, la confianza y la alegre esperanza le llevaban a uno a los despachos desconocidos, en donde con rostro sonriente se pasaba por delante de los demás peticionarios y se procuraba hacer buena impresión en el jefe de personal, prodigando una sonrisa al más agriado de los patronos. Además, en aquellos días se sabía hacer todo: no tan solo llevar una contabilidad doble, tanto al sistema italiano como al americano, y, naturalmente, ajustada al balance, sino también escribir a máquina, taquigrafía y correspondencia inglesa y francesa. ¿Que si sabía, además, arreglar un escaparate? Naturalmente que sí...

En tales días le resultaba a uno casi indiferente cuando finalmente se limitaban a decir: «Ya le avisaremos». El aviso no llegaba jamás. O bien: «Todo está tomado. Lo sentimos; precisamente lo que necesitábamos era a alguien como usted. Bueno, le tendremos en cuenta».

Y apenas si hacía uno un ademán de indiferencia cuando le decían: «¿Cómo? ¿La demanda? ¡Si hace semanas que la hicimos retirar! Lo que pasa es que los diarios la siguen publicando por poner algo en su sección de demandas. Lo sentimos mucho; pero ¿por qué no va usted a armar un escándalo en el diario?».

No, lo que hacía uno era irse de allí a toda prisa, pensando que si allí no había dado resultado lo daría en cualquier otra parte.

En algún sitio tenía que ser, habiendo tenido aquella mañana un presentimiento tan bello...

Y luego, cuando se habían recorrido inútilmente todos los caminos no implicaba nada. Se iba uno entonces a ver a Sofía...

—¿Qué? ¿De nuevo a la busca y captura? —preguntaba Sofía, fríamente—. Me gusta ver que no pierdes el ánimo. Claro que puedes usar el aparato de sacar copias. Pero ten cuidado de limpiarlo bien al terminar; la última vez dejaste los engranajes sucios.

Y esto no le molestaba a uno, a pesar de haber dejado el aparato impecablemente limpio. Quién sabe si alguien lo utilizaría también para imprimir certificados; los aparatos aquellos estaban muy buscados ...

—¿Has almorzado ya? —le pregunta Sofía—. Bien, bien. No te creo; pero no pienso forzarte. Ea, pues, vete a usarlo. Ya sabes cómo funciona. Y, mira, hazme el favor, si tienes verdaderas ganas de fumar, aquí te dejo estos cigarrillos; llévalos, por favor. Los tuyos huelen tan mal, que luego el despacho queda inutilizable.

Y, dicho esto, ella se iba. Tal vez fuese ella así en realidad o tal vez es que se había acostumbrado a aquel tono. Teniendo a su cargo una gran institución con tantas mujeres, no hay manera de ser suave y amable. Y eso sí que no lo era. No lo había sido nunca.

A pesar de todo, Heinz ponía en marcha el aparato multicopista con un cierto enojo, pero paulatinamente el ímpetu que sentía dentro de sí le ganaba la mano al encono. Tenía que vigilar, pues su intención era enviar sus ofrecimientos irreprochablemente presentados, con la tinta muy negra, pero nada corrida; la primera impresión, la presentación de tales ofrecimientos era de extrema importancia. Propiamente eran pocos los certificados que acompañaba: el del tiempo pasado de aprendiz en la Banca y el de salida de la misma. Resultaba muy poco para quien estaba ya en los veinticinco años; parecía como si el demandante no hubiera trabajado nunca.

Pero Heinz Hackendahl se había ingeniado para aumentarlos, añadiendo primero el diploma del bachillerato y más tarde su certificado de voluntario durante un año, porque hacía también buen efecto.

Para más seguridad hacía un resumen de lo que había sido su vida, a pesar de que muchos de los patronos no le concedían efecto si no era escrito a mano. Otros, en cambio, odiaban todo lo que fuera a mano y dejaban sin leer las demandas así escritas.

Trataba de imaginarse el empleo que obtendría con la ayuda de sus ofrecimientos; no, nada de extraordinario, no pedía gran cosa: un salario normal, aunque el jefe de departamento no fuera particularmente amable; tampoco los colegas le preocupaban, pues eran iguales los de un sitio que los de otro, y nunca tendría dificultades con ellos. Nada sensacional, tan solo un trabajo que estuviera bien, algo que reconfortara: «Hackendahl, hágame el favor de terminar esto pronto. Quédese hoy una hora más. Si no, no terminaremos el trabajo».

¡Ah, que hubieran habido tiempos en los que tenía uno medio de no desempeñar

el trabajo, porque había demasiado! Hoy en día se procuraba estirar el trabajo para que alcanzara a varios, se ideaba el trabajador restringido. En la guerra se había ideado el trabajo forzado. La devastadora guerra había sido mejor patrona para el trabajador que el, estado de reconstrucción al que se empeñaban en llamar paz...

De vez en cuando el estómago gruñía y pensaba uno entonces en la hermana. En la directora Sofía. Al preguntarle ella si había almorzado, él había declinado el ofrecimiento. Cualquiera otra le hubiera llevado, a pesar de todo, un poco de almuerzo o por lo menos un plato de algo. Al fin y al cabo, estaban en una clínica, en una casa en cuya cocina hay siempre algo que comer...

Pero Sofía no era como las demás «¡Ah, muy bien; puesto que renuncia, es que no lo quiere, y yo no estoy dispuesta a forzar a nadie!».

De vez en cuando entra ella a dar un vistazo, pero no por ver si quiere tomar algo, sino por cuidar del aparato multicopista. Y también, naturalmente, de que no fume cigarrillos pestilentes.

No vuelve a decir nada acerca de ello, lo considera ya como algo solucionado. Ha expresado ya sus deseos, y esto debe de bastar. En vez de insistir, dice:

—¿Te queda tiempo por la tarde, Bubi? ¡Estupendo!

Tengo una pequeña diferencia con el administrador a causa de los impuestos. Podrías ver de calcularla según los libros.

Y después de hacer con la cabeza un signo de asentimiento, sale del despacho.

De no estar Heinz de tan buen humor se enfurecería con Sofía. Esto la retrata por completo: permite a su hermano que use, sin pagarle nada, de su aparato multicopista, máquina complicada con ruedas y engranajes que, naturalmente, alcanza tan solo una cierta duración, y cada vez que se usa se aproxima más y más a su fin, como ya se ha dicho, lo hace sin cobrarle nada, a pesar de lo inevitable de su desgaste; pero, eso sí, en compensación considera que el hermano puede perfectamente pasar dos o tres horas de la tarde verificando su contabilidad.

¿Es que es avara? Tal vez sea tan solo exacta. No quiere regalar nada. Tampoco a ella le han regalado nada en toda su vida, y, decididamente, no es partidaria de hacer dones.

Al principio, cuando lo hizo por primera vez, Heinz pensó que al final de su molestia ella le pondría fraternalmente en la mano una moneda de cinco marcos. Y estaba decidido a rehusar aquellos cinco marcos. Pero ella se limitó a decir:

—Gracias Heinz. Ya sabes que no puedo darte dinero. Como cobras la pensión de parado, sería incurrir en trabajo fraudulento.

¡Era algo bien raro! En otro tiempo ella había sido escuálida y con el pecho completamente plano, y volvió del frente redondeada y gorda, pero en su interior seguía siendo tan escuálida y tan agria como lo fuera en su juventud...

Un poco más tarde vuelve a entrar de nuevo. Esta vez se concede a sí misma más tiempo y no se queda en el umbral. Se sienta en la silla de la mesa escritorio, coge uno de los cigarrillos que hay en ella —naturalmente sin hacer observación alguna

acerca de que él no ha cogido ninguno— y empieza a fumar...

Le contempla durante un rato y finalmente rompe a hablar, quejándose del padre: de que si ha hecho tanto por él, que lo ha vestido de pies a cabeza, le ha comprado un coche nuevo y le tiene encargado un medio landó y que hasta Incluso está dispuesta a comprarle un caballo nuevo.

—¡Pero padre es tan testarudo! Según me ha contado madre, tú tienes influencia sobre él. Háblale, Heinz...

—¿Por qué es testarudo?

—En primer lugar, no me trata a los pacientes como debiera... Dios mío, son enfermos y, además, casi siempre gente de mucho dinero... Uno tiene que doblegarse a sus deseos, aun cuando sean un poco caprichosos. Últimamente ha despedido de su coche, en mitad de la calle, al fabricante Otto, ya sabes, ese de las fábricas de acumuladores, llenándole de improperios.

—Es que está viejo.

—Siempre está diciendo que si es férreo. ¡Que lo demuestre! No hay que negar que el señor Otto es molestísimo, pero yo me entiendo perfectamente con él. Y luego está lo del dinero, Padre encuentra siempre que no le pago suficiente. Dice que con su simón gana más. Pero ha de tener en cuenta que yo he tenido que procurarlo todo, tanto trajes como coche, y que si vamos a mirar no es más que un cochero de alquiler. Me he enterado por madre de lo que necesitan a la semana, y esto es lo que le pago, Tampoco, en último caso, puede querer hacerse rico conduciendo coches.

Pensativamente contempla a su hermano durante un rato. Luego se levanta al ver que ya ha terminado de fumar el cigarrillo.

—Bueno, así quedamos en que mañana le hablarás a padre. Tiene que reconocer que por un salario semanal podría encontrar docenas, cientos de otros, Y que no es particularmente agradable para mí cuando se pone a explicarles a los pacientes que si es el cochero más antiguo de Berlín, Gustavo el férreo, y que si la directora es su hija.

Heinz da la vuelta a la manivela del aparato sin responder a su hermana. Esta tampoco parece esperar que lo haga. Ha dicho lo que tenía intención de decirle, y se marcha...

Naturalmente, Heinz no va a hablarle a su padre de nada de todo aquello. Si Sofía quiere disputar con su padre, él no tiene por qué intervenir. Ya bastante complicada es la vida sin todas estas cosas.

En cuanto Heinz ha sacado las suficientes copias, se sienta a la mesa escritorio y empieza a redactar los ofrecimientos. En rigor hubiera podido hacerlo en casa, pero, puesto que a última hora de la tarde ha de consultar la contabilidad de Sofía, no vale la pena de regresar al hogar. Es de esperar que Irma no se extrañaría de su ausencia.

Empieza a escribir con su letra perfilada e impersonal de tenedor de libros: «Muy apreciada firma»... Ha anotado cinco o seis anuncios que hacían constar que el ofrecimiento debía de ser hecho a mano... Si se esfuerza un poco y Sofía no acude muy a menudo a estorbarle, podrá terminar antes de la caída de la tarde. Luego,

cuando vaya hacia su casa, echará las cartas en el buzón nocturno, Tal vez reciba, pasado mañana mismo, la citación para hacer su presentación personal...

Cuando piensa en ello, adquiere su mano renovado ímpetu y fluidamente va anunciando todas sus cualidades, tarea siempre algo penosa. Es fácil propasarse en ella, pero también la modestia es estúpida, y cuando se usa de ella las cartas de ofrecimiento no hacen ningún efecto... Se le ha quedado algo del ímpetu matutino, y la esperanza vuelve a renacer en él. Al levantarse ha pensado: «¡Hoy ha de irme bien!». Y piensa, a la sazón: «Tal vez pasado mañana me dé resultado».

Naturalmente, el ímpetu ha disminuido desde la mañana, pero persiste la esperanza, y cuando existe aunque sea un poco de ilusión, la vida es cien veces más llevadera. Este poquito constituye una gran diferencia, en tanto que sin él, todo es puro desconsuelo; teniéndolo, la vida es soportable.

Allí está, pues, entregado a la escritura. Para cada una de las cartas de ofrecimiento emplea una plumilla nueva. Sopla primero sobre el papel, pues una motita de polvo podría perturbar la simetría del escrito. Usa un papel a rayas. Antes de empezar a escribir agrupa en su cabeza el contenido dividido en frases, y reflexiona en cómo va a dividir estas frases a ambos lados del papel: un escrito de ofrecimiento no debe quedar demasiado lleno, pero tampoco ha de parecer anémico. Toda cuanta potencia creadora posee la emplea en estas cartas.

Tiene una inteligencia dotada de razón y de memoria. Su razón debiera de decirle que estos ofrecimientos son inútiles. Con dos millones de parados, las probabilidades en favor suyo son nimias. En la Caja de paro cuentan que un solo anuncio recibe con frecuencia dos y tres mil ofertas, y que hay entre ellas ofertas de gente que se compromete a trabajar por la mitad y hasta un cuarto del salario normal, por una propina. Las posibilidades de éxito son casi nulas y no valen ni la pena del dinero del sello, ni del ímpetu puesto en las cartas, ni el gasto del papel y plumillas nuevas. Si escribiera: «Señores, he descubierto cómo renovarlo todo», tendría su carta muchísimas posibilidades de ser atendida.

Por otra parte, su memoria debiera decirle que ha redactado ya docenas, cientos de tales ofertas. ¿Cuál ha sido el éxito obtenido? Su memoria le responde ateniéndose a la verdad: a cientos de cartas no ha recibido contestación. A diez cartas llegó el aviso de que su oferta era tenida en consideración y que cuando llegara el caso la tendría en cuenta, pero no se evidenció más tarde que la hubiera tenido. A unas cinco le avisaban para que se presentase. Lo sentían, pero habían otorgado el puesto en el ínterin.

Pero él seguía escribiendo y esperando. Hasta hacía un tiempo se oía comentar mucho, en la Caja de paro, el derecho que al trabajo tienen todos los nacidos, pero ya hacía bastante que ni se hablaba de ello. A la sazón lo único que le queda es la esperanza de trabajar. Esperanza que le viene de pronto. Cuando sucede esto, escribe y solícita, y lentamente va esfumándose la ilusión en él y empieza de nuevo el infinito y triste desconsuelo, en el que le resulta casi imposible el ir ni tan siquiera a

la Caja de paro...

Durante todo este largo período de paro, dos veces le sonrió a Heinz la suerte: encontró trabajo por dos veces. La primera fue como auxiliar en un Banco ocupado en la liquidación de fin de año. ¡Era estupendo verse de nuevo sentado en un despacho, haciendo el trabajo que tan familiar le era!

Verdad es que no era del todo lo que él conocía. Mucho de nuevo se había ido introduciendo. Habían desaparecido los libros registro, encuadernados en tela, en cuya primera página se ostentaba desde tiempo inmemorial la inscripción «Con Dios». Los libros se llevaban en hojas sueltas, y habiendo sentado sus reales las máquinas calculadoras, no había ocasión de implorar la ayuda de Dios para un texto en caracteres impresos...

Nuevo era esto para Heinz Hackendahl, como nuevo era también el tener que pedir consejo y ayuda a los más jóvenes. En su anterior trabajo había pertenecido a los jóvenes. Pero lo que más sorprendente le resultaba era descubrir que no podía ya trabajar de una manera continuada. Le resultaba difícil permanecer ocho horas sentado en una silla teniendo ante él un trabajo, sin otra cosa alguna que tal trabajo. De sus tiempos de holganza se le había quedado una penosa inquietud. De continuo sentía la comezón de levantarse y dar una vuelta. Le resultaba difícilísimo acostumbrarse a estar ocho horas haciendo lo mismo.

Durante los últimos meses, las cosas habían ido de tal modo que a cada instante tenía algo distinto que hacer. Estaba ayudando a Irma en algún trabajo y de repente decía:

—Un momento, voy a comprar unos cigarrillos —y se lanzaba a la calle.

Generalmente, cuando estaba de regreso, Irma había ya terminado su trabajo, y se ponía a jugar un rato con el niño. A poco se cansaba también de esto y salía de nuevo a la calle para consultar los periódicos expuestos en el kiosco. Luego regresaba de nuevo al hogar...

En aquel entonces no había caído en la cuenta de lo inquieto que su falta de ocupación le tenía. Pero a la sazón y encontrándose de nuevo ante un trabajo sentía aquella comezón que se encerraba en él, y de continuo estaba ansiando levantarse para dar una vuelta. Y no para ir a ningún sitio determinado ni hacer nada fijo, tan solo por el mero hecho de dar una vuelta...

Se vigilaba a sí mismo, cuidando de no ceder a aquel impulso. Pero un par de veces tuvo que soportar que le regañaran por ir con demasiada frecuencia al lavabo y no encontrársele en su sitio. Le resultaba evidente que, a pesar de todos los esfuerzos que hacía, no iba a obtener en aquel Banco un trabajo perdurable.

La segunda ocupación de ayudante que encontró fue en una gran casa de exportación textil. En ella se enviaban, semana tras semana, cientos de miles de estampados, colosal reclamo a la manera americana para impulsar el mercado cada

vez más vacilante. Era aquella la ocupación adecuada para los parados, y daba ocupación a una docena de entre ellos, hombres y mujeres. Se plegaban los estampados se acompañaba a ellos una tarjeta para la dirección y se añadía una nota de compra. Luego había que escribir las direcciones, meterlo todo en un sobre y se llevaba al correo metido en varios cestos de colada.

Para ello se tenía que ir de un lado para otro y continuamente era necesario cambiar de ocupación. Ora se dedicaba uno a plegar las telas, ora a empaquetarlas; a poco venía lo de escribir las direcciones, y luego había que ir con los cestos a la oficina de correos más próxima, tres calles más abajo. Y en medio de todo ello se reía y se bromeaba, pues la sensación de tener trabajo y ganar un par de marcos complacía a los más melancólicos.

Hubieron pequeñas rencillas y un poco de jaleo y discusiones acerca de un ovillo de cordel que había desaparecido. La señorita Pendel y el señor Lorenz fueron sorprendidos en el momento de besarse tras de una puerta.

—Vaya, vaya. Qué manera de aprovecharse. También a esto le deben ustedes llamar ocuparse de los estampados.

Y proporcionó ocasión para risas interminables...

En este empleo se ganó Heinz Hackendahl el reconocimiento de sus jefes. Adquirió una especie de mando sobre la indisciplinada horda de parados. Le competía a él el negociar, conciliar las diferencias de opinión, estimularles e imponer una norma de trabajo...

—¿Nos queda hasta el sábado para terminar todo el mercado del Norte, incluso Hamburgo? ¡Se hará; descuide, que lo tendremos hecho! Cuide tan solo de que se nos den a su debido tiempo los listines de direcciones; el trabajo principal consiste en escribirlas...

Durante un tiempo, Heinz Hackendahl llegó incluso a hacerse la ilusión de que le iban a emplear definitivamente. Le daban muchas esperanzas, diciéndole que era trabajador y con un gran sentido de la responsabilidad. Y de pronto no hubo nada de todo ello:

—Lo sentimos, señor Hackendahl. Ya sabe usted que nuestro gusto hubiera sido emplearle permanentemente. Pero el éxito de la empresa no ha sido el que esperábamos. No, no ponga esa cara; en cuanto tengamos que emplear a alguien, pensaremos en usted. Ya le escribiremos, esté seguro.

No escribieron jamás.

Fueron estas dos ráfagas de luz, pero de dos ráfagas de luz no surge la claridad. El dinero alcanzó para lo más necesario, para el alquiler y la comida... No pudieron hacer ni tan siquiera la más pequeña compra. Y era necesario hacer alguna, pues la ropa interior estaba hecha jirones, y los trajes, despedazados. Tuvieron que poner medias suelas a los zapatos, y al poco tiempo estaban en tal estado, que el zapatero le dijo a Irma:

—¿Qué quiere usted que haga yo con esos zapatos, joven? No les queda suela, y

tienen el cuero destrozado; lo que sí están bien son los cordones; yo que usted, les pondría unos zapatos a esos cordones.

El matrimonio se pasaba el día haciendo cuentas, pero es ya cosa sabida que por muchos cálculos que se hagan, diez marcos siguen siendo diez marcos, y las cuentas no logran aumentarlos. No podía negarse que el socorro que se les daba a los parados había aumentado en algo, pero aun así no alcanzaba para nada. La ayuda a los parados se convirtió en un seguro contra la indigencia, y la Caja de paro pasó a ser una oficina de trabajo.

—No será esto lo que nos hartará —murmuraban los eternos descontentos.

No, se contara como se contara, no había manera de que bastara a las necesidades. Primero lentamente y luego cada vez con más celeridad, fueron deteriorándose los efectos del hogar. Las camisas se convirtieron en un harapo, y los abrigos se quedaron raídos hasta el extremo. La vajilla que se rompía no podía ser nunca reemplazada. Le tenían verdadero pánico al hombre del gas, y terror al de la electricidad cuando venía a leerles el contador. Poco a poco se fueron retrasando en el alquiler. Primero les quedó un pequeño pico por pagar, que prometieron saldar en el próximo pago. Luego no lograron saldar aquel pico, y pronto se encontraron con todo un mes de retraso.

El casero apenas si les saludaba, y más tarde les llegaron cartas de la Fiscalía de la Vivienda; al principio, de tonos sencillos y corteses, y más tarde, certificadas, duras y groseras...

—Todo es inútil: pagamos demasiado de alquiler —repetía Irma una y otra vez, tanteando el terreno—. Es el alquiler lo que nos hace ir mal.

—Espera un poco —decía él—. No nos precipitemos. Tal vez dentro de muy poco encuentre algo.

Cuatro semanas más tarde volvía Irma a insistir sobre la carestía del alquiler.

—¡Pues que escriban todo lo que les dé la gana! —decía Heinz, malhumorado—. Pueden ponernos verdes. A mí me es completamente igual.

Pero no le era igual. Sufría no pudiendo cumplir con sus deberes, como tan bellamente se dice. No le daba ningún consuelo pensar que tampoco con él cumplía nadie con sus deberes y que no le deparaban ni una ocasión de trabajar.

Se infundió nuevos ánimos y aceptó un puesto de Corredor. Con cientos de sus compañeros de penas empezó a ir de un lado para otro con una maletita en la que llevaba un pulverizador y un frasco de cera liquida junto a un par de cepillos, y se dedicaba a esparcir cera en el suelo de toda casa cuya ama lo permitía y a sacarle todo el brillo que podía ...

¡Ah, eran pocas las que lo permitían! Y de estas pocas aun menos las que sentían deseos de comprar un aparato. Y de entre estas últimas había muchas a quienes el dinero no les alcanzaba para hacerlo; no, aquellas correrías no valían la pena.

—Déjalo —decía Irma—. Gastas más suelas de cuanto lograrás sacar nunca con todo este ajetreo.

Y lo dejó muy a gusto. No servía para corredor. Le disgustaba tener que convencer a una mujer para que comprara una cosa que no necesitaba, a una ama de casa que debía ir tan corta de dinero como Irma. A menudo, cuando vendía alguno de sus aparatos, tenía remordimientos de conciencia.

—¿Qué te parece? ¿No será mejor que dejemos este piso?

—Por mí, si tú lo crees.

—Ya sabes lo que pasa. El alquiler...

—¡Sí, claro! ¡No puedo negarlo!

—No hay manera de arreglarlo, Heinz. Y para madre también es un sacrificio.

Naturalmente, también para la señora Quaas era un sacrificio. Preocupada e inquieta, aceptó que la familia fuera a vivir con ella. El mobiliario de los jóvenes Hackendahl invadía todo su piso, ya de por sí reducido, y la mayor parte de él tuvo que ir a parar al desván...

—Ahora nos alcanzará el dinero. No solamente ahorraremos en el alquiler, sino también en la comida, pues al hacerla junto con madre no resulta tan cara, puesto que ella paga su parte. Ahora podremos, al fin, comprar alguna que otra cosa.

—Lo primero que tenemos que hacer es pagar el atraso del antiguo alquiler. No quiero tener deudas, y menos con quienes le tratan a uno como si fuera un harapiento por el mero hecho de que no encuentra trabajo.

Sí, a la sazón la vida se facilitó un poco para los Hackendahl. Irma ayudaba en el negocio, la madre ayudaba en la casa, y se intercambiaban en sus ocupaciones. Disponían de poco espacio, madre e hija dormían con el pequeño en el único dormitorio, y él fue confinado a la cocina...

Era un mundo al revés: un matrimonio sin comunión, en el que el más sencillo de los besos velase cohibido por la madre. Mientras el hombre estaba condenado a la inactividad, las mujeres trabajaban... Un mundo al revés, pero apenas más trastornado que el mundo exterior, el gran mundo, el mundo político, en el que por entonces se empezaba a poner en vigor el plan Dawes, en medio de gran griterío y no pocas disputas, combinación por la cual el acreedor prestaba dinero al deudor, a fin de que el empobrecido deudor pudiera pagar sus deudas...

Tuvieron, naturalmente, algún que otro alivio, algún que otro rayo de luz: el padre, el viejo Hackendahl, se detenía con su coche ante la tienda y hacía que montara en él su nietecito Otto, a quien acompañaba también Heinz.

Blücher partía al trote, y el férreo Gustavo chasqueaba el látigo, no por que fuera necesario para nada, sino porque al niño le divertía, y daban un paseo hasta dos y tres calles más abajo, acompañando al abuelo en su camino a la clínica.

Al llegar allí descendían padre e hijo y volvían a paso lento, parándose ante los escaparates, pues no les urgía el tiempo. Infantil parloteo, la manita confiadamente cogida de la del padre —piadoso engaño—, el niño no sabe todavía que no es su padre una criatura parecidísima a Dios, que no es más que un parado, un repudiado, un paria. Aun le falta a Heinz saber hasta qué punto ha llegado en su desamparo,

tampoco esto va a poder ahorrárselo. Cuando entrega su cartilla para que se la estampillen, mira el empleado una lista que tiene a su lado y luego fija la vista en el rostro de Hackendahl.

—¿El señor Hackendahl? Pase usted por el despacho 357.

Y Heinz Hackendahl pasa por el despacho 357. Cuando en aquel lugar le ordenan alguna cosa, la hace. No es más que uno de los miles que allí hay; ya no tiene ni individualidad ni albedrío. Desde hace tiempo se ha acostumbrado a no reaccionar en aquel lugar como individuo. Pero aquella vez es como individuo que se le cita.

Tras de la mesa escritorio está sentado un hombre seco y bilioso: «¡Vaya cabeza ridícula!», piensa Heinz. Es propiamente lo que se llama una pera...

—Se llama usted Heinz Hackendahl, tal y tal y tal. Está sin trabajo desde el día tantos y tantos y vive usted en tal y tal sitio, ¿no es cierto?

—Sí, es correcto.

Lo que no lo es, es que no le hayan ni tan siquiera ofrecido una silla a pesar de estar de pie, eso es lo que no es correcto. Pero no vale la pena de sublevarse por tal cosa. En aquel lugar no es cosa de sublevarse.

—¿Qué especie de domicilio es el que tiene usted? —pregunta el de la cabeza de pera.

Naturalmente, cuando alguien se ve interrogado en tal forma, siente inclinaciones malignas en contra de una cabeza así. Hasta entonces se limitaba a encontrarla graciosa...

Heinz Hackendahl cree que se le interroga acerca de su antiguo domicilio y que el propietario debe de haberse quejado a la Caja de paro por el atraso en el alquiler. Pero como ya lo ha pagado, así lo hace constar.

—¡Ah! —dice el de la cabeza de pera—. ¿De modo que tenía también atrasos en el alquiler y ahora ha podido pagarlos? ¿Con qué los ha pagado?

Naturalmente, uno se enardece lentamente con tanta pregunta. Heinz Hackendahl dice que desgraciadamente no tiene otro ingreso que la ayuda que le dan como parado, y que de esto es de donde ha sacado para pagar su atraso en el alquiler.

—Muy bien —dice el de la cabeza de pera—. Antes el socorro no llegaba para el alquiler y ahora alcanza. ¿Cómo ha sido eso?

—Porque ahora no pagamos alquiler, pues vivimos con mi suegra —explica Heinz.

—¡Ah!, muy bonito. Viven ustedes con la suegra. Sin pagar nada. ¿Y qué hace usted allí?

—Nada.

Tristemente es bien cierto que no hace nada.

—¡Ah!, ¿nada absolutamente?

—No. ¿Qué iba a hacer, si no?

—¿Y de repente tiene usted tanto dinero que puede pagar sus atrasos en el alquiler? ¿Le ha dado a usted su suegra tal vez el dinero?

—No, con penas y fatigas logra ir viviendo de su pequeño negocio de papelería.

—¡Ah! ¿De modo que tiene una papelería? ¿Algunas veces le ayudará usted en ella?

—No.

—Mejor es que reflexione usted en sus respuestas. ¿Colabora usted en el despacho de la papelería?

—No.

—¿Y recibe usted una gratificación?

—No.

—La gratificación puede no tan solo consistir en dinero contante y sonante, sino que puede también recibirse en forma de albergue y comida, ¿no lo cree usted así?

—No. Yo pago mi parte en todo.

—Y a pesar de ello puede usted pagar sus deudas de alquiler.

—Sí, porque cuando se lleva una casa entre dos resulta más barato que cuando se llevan dos separadas.

—¿Y le consta a usted que no trabaja en la tienda?

—Sí, me consta.

—Vaya. ¿Naturalmente, conocerá la prohibición de trabajar a espaldas nuestras?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted que no puede desempeñar ningún trabajo que comporte gratificación?

—Lo sé, y jamás...

—¿Conoce usted también las penalidades que sobre ello recaen? No tan solo se retira el socorro, sino que se aplican medidas contra el engaño...

—Jamás me he...

—Según la denuncia que aquí tengo, el día 5 de este mes, alrededor de las seis de la tarde, le vendió usted al denunciante tres impresos de empadronamiento por diez *pfennig*. Estaba usted solo en la tienda. El denunciante está dispuesto a confirmar su declaración. ¿Qué me dice usted?

—Es ridículo... Es algo de lo más mezquino. ¿Y concede usted valor a una denuncia así? ¿Por algo como esto me cita usted aquí tan solemnemente?

—Cuando haya usted acabado de lanzar improperios, tal vez querrá contestar con precisión. ¿Conviene usted en que los datos proporcionados por el denunciante son correctos?

—Ya me dirá usted qué es lo que se le ha ocurrido denunciar a ese canalla.

—¡Ah, vaya! ¿De modo que ni lo recuerda usted? ¿Despacha usted a menudo en la tienda?

—¡Nunca he despachado nada! Hay en casa dos mujeres, y a lo sumo acuden veinte clientes por día; ellas pueden muy bien atenderles.

—¿De modo que niega usted haber trabajado a espaldas nuestras, poniéndose en contra de quien está dispuesto a jurarlo?

—Yo no he trabajado a espaldas de nadie. No es ningún trabajo el que por una vez haya acudido a la tienda. No le quito el trabajo a nadie. Tal vez sería que mi mujer estaba removiendo algún puchero puesto al gas y que me dijera: «¡Ve tú a ver!». ¿Cómo se le puede llamar a esto trabajo prohibido?

—El dictamen acerca de lo que es trabajo prohibido y de lo que no lo es, será mejor que se lo deje usted al juez. En caso de que fuera como usted lo pinta, ¿por qué no remueve usted el puchero y deja que su mujer acuda a la tienda?

—Porque el cocinar es trabajo de mujeres y... —se interrumpió.

El otro continuó por él:

—... y despachar a los clientes es trabajo de hombres. ¡Ya ve usted! ¡Lo mismo que pensábamos nosotros! Así es que ha dejado usted a las mujeres entregadas a su cocina y ha hecho usted por ellas el trabajo de hombres, o sea el servir a los clientes. Acaba usted de convenir en ello.

—¡Yo no he convenido en nada! ¡No he dicho más que quizá alguna vez he acudido a la tienda en vez de mi mujer!

—De todas formas, son tan frecuentes los casos de excepción, que ya no puede usted recordar este que nos ocupa.

—¿Es que se está entablando un proceso en contra de mi? —gritó, enojado—. ¡Es ridículo! ¿De verdad cree usted que iba a perder mis derechos al socorro y arriesgarme a que me aprisionaran por vender diez *pfennig* de género?

—En primer lugar, repórtese usted —dijo el de la cabeza piriforme, de mal talante—. Me está usted hablando a gritos y no es procedente. Lo primero que tiene que hacer es sentarse, y en cuanto se haya tranquilizado...

—Sí, ahora me ofrece usted asiento, ahora que estoy tan excitado que no quiero hacerlo.

—¿Y por qué está usted excitado? Si tuviera la conciencia limpia no tendría ninguna necesidad de enfurecerse. Vamos, a ver, ¿cómo fue la cosa?

—¡Ya se lo dije!

—Ha negado usted que hubiera trabajado a espaldas nuestras y luego ha convenido en que había despachado en la tienda. Ha incurrido en una contradicción.

—Ninguna contradicción. El servicio que hice no era trabajo.

—Esta es su opinión.

—Y tanto. Esa es mi opinión.

—Muy bien, pues. Por el momento puede usted irse.

—¿De veras? ¿Puedo irme? ¿No me va usted a encarcelar inmediatamente?

—Puede usted irse.

—Bueno. Está bien.

Ya en cuanto se fue su ira se había casi disipado. No se comprendía a sí mismo. Todo aquello no era más que la obra de unos zorros de escribanía ante quien algún tipo mezquino había presentado una denuncia, y como tales habían reaccionado inmediatamente. Sometían a preguntas alambicadas, eran muy precisos, pero

desconocían la vida. Ya antes había oído contar casos como aquel, de que si tal había ayudado a su hermana a transportar sus muebles: trabajo clandestino. Tal otro había ayudado a su madre a cavar un terreno: trabajo clandestino. Toda ayuda a sus semejantes era sospechosa. Era inútil inquietarse, no podían culparle de nada, pero resultaba desagradable.

Y resultó aún más desagradable.

Ya de por sí hubiera sido bastante grave el tener que estar todo el día sentado en la cocina o en el dormitorio, puesto que no se atrevía ni a entrar en la tienda por miedo a incurrir en nuevas sospechas. Sentirse de continuo como si fuera un prisionero vigilado incesantemente por un ojo invisible.

Pero le mortificaron aún más. Le hicieron pasar de funcionario en funcionario. Se demostró que su primera declaración había producido un efecto desfavorable. El de la cabeza piriforme le había calificado de «indómito», cualidad muy poco deseable. Tenía que ser sumiso y no indómito. Le competía demostrar obedientemente su inocencia, pues la prueba de su culpabilidad la tenían ellos entre sus manos con la denuncia.

—Sí, señor mío —le dijo un funcionario de más edad y más cortés—. Aun en el caso de que la cosa hubiera sucedido como usted la representa, no hubiera debido de acaecer. Percibiendo el socorro como percibe, debió usted haber guardado las apariencias. Y las apariencias de un trabajo a escondidas nuestras no las ha guardado usted.

—Jamás se me ocurrió la idea de que el ayudar a mi mujer pudiera aparecer como trabajo clandestino. Hay cientos de parados que cocinan y barren en tanto que su mujer gana unos céntimos.

—Es que usted ha despachado en una tienda como vendedor. Es algo distinto. En todo caso, le ha faltado a usted tacto, señor Hackendahl, bastante tacto. Cuando uno recibe un socorro público, hay que pensar siempre en guardar las apariencias ante el público.

Heinz Hackendahl se iba viendo fastidiado por aquellas tres ridículas hojas de empadronamiento que no valían un cuarto. Cuando de nuevo le citaban para presentarse en alguno de aquellos despachos, veía su expediente allí encima y contemplaba cómo iba creciendo imaginándose su paso de sección a sección. Tal vez había ya ido a parar a manos de la policía y de la fiscalía y habían estos encontrado que aun no era lo suficientemente extenso para abrir un proceso por fraude.

Finalmente llegó a hacerle a Heinz Hackendahl el efecto de como si la cosa empezara a aburrir a los funcionarios. Como si siguieran ocupándose de él tan solo porque tenían el expediente a su vista y no había quien tuviera el valor de escribir sobre él «Sobreseído».

—Mira, amigo —le dijo uno de sus compañeros de la Caja de paro—, si estuvieras afiliado al partido, no te marearían tanto. Te limitarías a ir a tu secretario de distrito y ya se encargaría este de pararles los pies a estos tíos. Pero así, no siendo

nada, como no eres...

Eso sí que Heinz lo había ya aprendido: sabía ya que no era casi nada. Era como un grano de trigo entre millones. Todo dependía de cómo le trataran las ruedas, del molino. Del todo incólume, no salía nadie de los aprisionados entre aquellas ruedas. Muchos de ellos quedaban tan solo escasamente perjudicados en tanto que otros quedaban completamente destrozados y salían del aparato hechos polvo y como reducidos a ceniza. Aniquilados.

A menudo, cuando reflexionaba sobre sus tres hojitas verdes de empadronamiento, temía que también a él le llegaría el día de verse destrozado por completo. El asunto de las hojas quedó finalmente en nada, parecía como dormido. Pero si verdaderamente hubieran podido encontrar algo que inculparle, si hubiera aceptado a su hermana Sofía una moneda de cinco marcos por llevarle los libros, entonces se hubiera visto destrozado, reducido a polvo y ceniza, liquidado.

Durante mucho tiempo le atormentó esta impresión. Era una depresión muy grave. No quería hacer absolutamente nada ni coger nada entre manos, ni tan siquiera limpiarse los zapatos o ponerle el abrigo al niño, nada de nada. Estaba condenado, pendía sobre él una sentencia mucho más dura que la que pende sobre criminal alguno. El criminal no tan solo podía, sino que debía entregarse al trabajo en su celda. Algo salía de entre sus manos, aun cuando fuera tan solo una estera de coco o una red para la compra.

En cambio, él deambulaba por el mundo, siéndole todo prohibido. No se le permitía hacer nada. Se veía dotado de fuerzas y raciocinio, pero le estaba prohibido ejercitar sus potencias y llevar a cabo nada en absoluto. Para lo único que le servía el raciocinio era para meditar en su infortunio, para nada más. «Alejado de la vida, espera hasta morir; te damos justo lo suficiente para que puedas seguir esperando, esperando por bastante tiempo, esperando a tu muerte. Esta espera es tu ocupación».

La suegra, Irma, la plañidera madre y hasta incluso el padre trataron de animarle, de arrancarle de su inmovilidad.

—Anímate, Heinz, no seas así. Son todos unos cretinos.

—Sí, y estos cretinos son los que deciden de nosotros.

—El domingo te llevaré a ti y a tu familia a dar un paseo por el campo en el simón. A Blücher le gusta también ver un poco de verde además del de los bancos de la Kaiserplatz.

—Sí, sí, los bancos; habrás ya leído, padre, que también se nos ha prohibido a los parados sentarnos en ellos. Basan la prohibición en que nos pasamos allí todo el día y le quitamos el sitio a los demás.

No había nada que hacer, era casi una obsesión, una idea fija...

Pero cuando uno es joven, y Heinz Hackendahl era todavía joven, pues apenas contaba veintisiete años, la depresión no dura para siempre por negros que parezcan el mundo y el destino particular. Y cuando alguien tiene la sangre ardiente y no un espíritu de esclavo, reacciona y se resiste, reacciona primero ante las cosas pequeñas y luego ante las grandes.

Antes las cosas pequeñas inició Heinz Hackendahl su reacción y a ella vino a añadirse por sí mismo lo otro, lo grande. La señora Quaas había sido siempre modesta y plañidera. Jamás contradecía a su yerno. Mas también Irma, a pesar de su lengua expedita, había perdido la costumbre de contradecirle; Heinz merodeaba por el piso, lo miraba todo, lo oía todo, en todo daba su parecer y no hacía nada.

—Ya está hoy volviendo a refunfuñar por nada, Irmita —le decía a su hija la señora Quaas en voz baja—. Es inaguantable.

—Que refunfuñe, madre —contestaba Irma Hackendahl—. Yo no le hago caso.

Pero no siempre podía no hacérsele caso y con frecuencia tenía que pasar a la defensiva. Una noche, alrededor de las diez, estaba Heinz sentado en su cama de la cocina, ya solo con los pantalones y en mangas de camisa y contemplaba cómo su mujercita seguía arreglando algo.

—Bueno, Irma —dijo, con los ojos brillantes, ya sea por haber bostezado, ya sea...

—¿Qué hay, Heinz? —preguntó ella desde su sitio—. ¿Cansado?

—¿Cansado? —repuso él, ya molesto—. ¿De qué voy a estar cansado?

Ella le dirigió una mirada fugaz y siguió trabajando sin contestarle.

Al principio aquel silencio le fastidió, le sobraba a él la razón. ¿De qué iba a estar cansado? ¿De andar un poco por la calle y pararse ante algún kiosco buscando la sección de demandas en los periódicos expuestos, en los que casi no se encontraba tal sección? ¿De ir a la Caja de paro? ¡Y preguntaba si estaba cansado!

Mas lentamente se le fue disipando el enojo, la contempló admirando el modo rápido y decidido con que lo hacía todo, contempló su brazo en el momento de apartar un plato de su sitio, ¡precioso! Vaya si le gustaba, se había adueñado de él, seguía siempre presente en él.

—Oye, Irma —dijo al cabo de un rato.

—Sí, Heinz... —De nuevo la mirada fugaz.

—Siéntate un momento aquí a mi lado...

—En seguida.

Y siguió ocupada en su quehacer. Él la contempló durante un buen rato, pacientemente, y luego dijo:

—¿No vas a venir nunca?

—¡Ah, Heinz!...

—¿Qué quiere decir «¡ah, Heinz!»? ¿Ya no te gusta estar conmigo?

Ella se volvió, llevaba en la mano una cuchara. Más tarde recordó él perfectamente que llevaba ella una cuchara en la mano cuando le dijo:

—No tenemos derecho.

—¿Que no tenemos derecho? —preguntó lentamente—. ¿Tampoco a esto tenemos ya derecho?

Sin decir una palabra, movió ella la cabeza en ademán negativo, con los labios apretados. Pero le miró fijamente sin la menor vergüenza o timidez.

—Pero... —dijo él al cabo de un rato, completamente trastornado—. Pero... pero si hasta ahora ...

Ella seguía mirándole. Había olvidado que llevaba en la mano aquella cuchara ridícula. Le miraba muy fijamente, con insistencia; mejor que palabra alguna decía aquella mirada que no se trataba de un capricho pasajero, sino de una decisión inquebrantable, madurada lentamente desde mucho tiempo atrás...

—Pero... —repitió él. Y entre tanto trataba de reflexionar, de decidirse, de aclarar aquello...

—Sin embargo, hasta ahora siempre... siempre nos ha ido bien...

Ella le seguía mirando. Finalmente dijo con lentitud:

—No puedo aguantarlo más... Después siempre tengo un miedo cerval hasta que sé... No, no puede ser...

—No puede ser... —repitió Heinz sin tono en la voz.

—No me mires así, Heinz —dijo ella apasionadamente—. Ya sabes cuánto te quiero y sabes también cómo me gustan los niños. Sabes perfectamente que no puedo pasar ante un cochecito infantil sin mirar al interior... Hasta me gusta de ellos el olor... Más a gusto que nada en el mundo tendría hijos, muchos hijos...

Fijó en él la vista sin verle. Parecía mirar más allá, hacia una casa clara y llena de sol, una casa en la que morase la dicha y se viera animada por risas infantiles.

Luego sus ojos se ensombrecieron por el dolor y abandonó su rigidez.

—Lo que no quiero en manera alguna —dijo— son niños a los que no se pueda alimentar, niños para quienes haya que acudir a la beneficencia para vestir... No, no y no.

Este «no», repetido tres veces, volvió a dar rigidez a su porte; su decisión de sustraerse a la ley conyugal debía de ser irrevocable.

Le volvió a mirar y dijo:

—Lo siento muchísimo, Heinz. Pero no me es posible cambiarlo. No soy yo quien ha hecho estos tiempos...

Parecía esperar de él una respuesta. Como si pudiera él decir algo que solucionara aquel caos, aquel tiempo tan malo. A poco hizo con la cabeza un ademán de conmiseración, no hacia él, sino hacia ella misma, y dijo:

—Buenas noches, Heinz —y salió de la cocina. Seguía conservando entre su mano la cuchara.

Durante mucho rato estuvo mirando por la ventana hacia el patio, con la luz de la cocina apagada. Tampoco el patio estaba iluminado. Eran las once de la noche y apenas si en alguna que otra de las viviendas se veía luz. Era aquella una casa pobre y sus habitantes se levantaban fija la mente en la palabra «ahorro» y con la palabra «ahorro» en el pensamiento se volvían a acostar, indiferentes a si les venía en gana o no dormir. ¿Por qué no habían de meterse en la cama en cuanto oscurecía? Tenían en el lecho suficiente compañía: se la proporcionaba el hambre, las preocupaciones y el desconcierto. Ya se cuidaban los tiempos de que tuvieran algo en que meditar mientras estaban en la cama y no se aburrían por falta de ello.

—Buenas noches, Heinz —le había dicho ella al irse. Ni siquiera le había dado la mano para hacerle olvidar el no haber estado junto a él en su lecho. También aquello había terminado. Veintisiete años y también su matrimonio tenía que ser un contrasentido; después del voto de pobreza se le imponía también el voto de castidad. Y con la diferencia de que no vivía en una celda de monje, sino junto a su mujer, a quien amaba. ¡Y a pesar de ello! ¡Precisamente por ello!

Durante un rato se ocupa con la idea absurda de por qué no habrá dejado ella la cuchara sobre la mesa de la cocina y se la habrá llevado consigo a la habitación. Sería un excelente pretexto para poder entrar de nuevo en la habitación a recoger la cuchara y entablar un debate sobre el cómo y el porqué... ¿Un debate? ¡Uria disputa! ¡Una discusión! ¿Es que puede dejarse ordenar sin decir una palabra? ¿Ha de ser ella la que decida acerca de él? ¡Ah, también esto ha terminado! Frustrado, privado de las cosas más elementales de esta tierra, y ahora también ella ha venido a unirse a los demás expoliadores.

Sí, naturalmente, él Comprende que todo cuanto ella ha dicho es cierto: tanto lo del temor de lo que pudiera suceder como lo de su amor por los niños. Todo verdad. Les tiene ella verdadero cariño a los niños, y él pesar de que alguna que otra vez le dé algún bofetón a Otto, no por ello deja de ser una madre excelente. No tiene el menor temor a tener hijos, y sus cuidados para conservar su esbelta figura no son más que relativos; no, no se trata de esto. Pero ella se hace eco de los demás, le aplica la sentencia dictada por otros, dice que los tiempos son así, que es lo mismo que decir que así Son las leyes, y que a él le incumbe ver la posición que adopta.

¡Parásito! ¡Eres un parásito de este mundo! Eres ya polvo corrompido a pesar de que tu cuerpo sigue viviendo. Las mismas moscas, sí, estas moscas que hay encima de la cocina, tienen más derechos que tú. Tienen su derecho a la vida. El derecho a la existencia. El derecho de perpetuarse y tener hijos, es algo como una riqueza, risas y esperanzas, sus preguntas, su desarrollo, más que toda riqueza es como una brújula para el tiempo y la eternidad. Pero nosotros hemos roto la brújula y ya no tenemos senda que seguir, tan solo nos quedan abrojos, pantanos, lagunas, barro ancestral;

dejémoslo de una vez.

Y se separa de su ventana; aquel patio apenas iluminado no habla de nada mejor. ¡Barro original! Fija la vista en el interior de la cocina, hacia donde sabe que está su lecho. Nos vamos a tener que meter en él, Heinz, hijo mío. Y no es que estemos particularmente cansados ni que nuestras ideas nos prometan un sueño tranquilo y reparador, pero nos vamos a acostar. Para hacernos pasar el aburrimiento podríamos imaginarnos lo que hacíamos en otro tiempo cuando estaba uno cansado. Hasta ahora, a la hora de acostarnos nos hemos imaginado lo que ha de ser encontrar un trabajo adecuado. O bien lo que era entrar en un local y decir: «Camarero, tráigame una cerveza blanca con tapas y diez cigarrillos», mientras se tenía en el bolsillo dinero ganado por propio esfuerzo y que podía gastarse con toda la legitimidad, sin perjudicar en nada a Irma y a Otto. ¡Hoy nos entretendremos en imaginar lo que es el matrimonio! Miembros blancos y besos; ¡ah!, besos que siempre le sabían a uno tan bien, a pesar del tiempo que llevábamos de casados. Irma tenía una forma tal de acercar su boca a la suya, con los labios entreabiertos...

¡Oh, maldición! ¡Maldición! ¿Cómo se podía soportar? ¡Le gustaría a uno destrozarse el mundo entre sus manos! Tener que estar acostado teniendo como huésped al fantasma de su propio matrimonio y reaccionar ante los propios recuerdos conyugales. ¡Maldición! ¡Jamás, jamás, jamás! Acabaría uno por hundirse en lo abyecto, y yo no quiero ser un depravado, lo juro. Que los demás lo presenten bajo la forma que quieran: Yo no quiero ser un depravado.

De un salto sale Heinz Hackendahl de la cocina y se encuentra en el oscuro patio. A través de la ceniza y de los restos de vajilla que allí se encuentran se abre paso, en la obscuridad, hasta la puerta. Naturalmente esta no está cerrada, pues en aquella casa nadie teme a los malhechores y se puede dormir tranquilamente con la puerta abierta, cosa que le place a Heinz, por no tener que ir a pedir la llave. Se imagina que si fuera a pedir la llave a Irma adivinaría esta en seguida su estado de ánimo, y entonces, por compasión...

«¡Oh, calla ya de una vez! ¡Déjame en paz! Voy a irme a pasear hasta tanto que me haya librado de estas ideas lúgubres. No voy a implorar la piedad de mi propia mujer, calma. No quiero... Berlín es una ciudad bastante grande. Estoy ahora en Wilmersdorfstrasse y podría, por ejemplo, irme hasta Kreuzbergstrasse. Luego, cuando llegue a casa, podré contemplar con tranquilidad cómo Irma prepara el desayuno en la cocina, sin que precisamente... ¡Oh, maldición! Cálmate ya. Yo...».

Heinz Hackendahl parte. Se aparta de su propia mujer, pero, naturalmente, no le es dado salirse de su interior, de sus deseos, sus ansias, sus esperanzas, sus sueños, que no puede menos de llevar consigo. Va vacío y lleno a un tiempo. Como no tiene ni deber ni tarea que llevar a cabo, se entrega de lleno a sus deseos que le martirizan, y todas sus ideas le llevan a que ni siquiera puede dormir con su propia mujer. Cuando se vio sin poder vender las tres hojas de empadronamiento le pareció que aquello era ya el colmo. Pero aun hay algo que rebasa más la medida, y he aquí que a

la sazón nos estamos convirtiendo en una especie de jovencuelo con vicios secretos, utilizamos a nuestra mujer legítima con fines lúbricos... ¡Oh, maldición! Basta ya.

Heinz Hackendahl, saliendo de la Werxstrasse, ha ido a parar a la Haupstrasse. Luego, por la Kolonnenstrasse, llega a la Dreibungstrasse. Las calles están mal iluminadas y en tal estado, llenas de papeles y de gente. De nuevo ha pasado algo en el mundo o en la ciudad de Berlín, que es un mundo. Heinz recuerda que en alguno de los diarios colgados en un kiosco ha leído lo que es. La gente discute acerca de si debe de construirse o no un buque acorazado que se utilizaría para la defensa de la Prusia Oriental. Unos votan en pro y otros en contra, y así se reparten impresos, celebran reuniones, hablan y discuten... ¡Ay, Dios!, cuán harto está Heinz de impresos y discursos y de que al fin no se llegue a nada... de que todo vaya a parar al arroyo al que a la sazón han ido ya a parar sus impresos antes de que las reuniones hayan llegado a su fin ...

No, no han llegado a su fin; Heinz se acerca a una gran cervecería y ve que ante la entrada a la sala de fiestas hay gente, jóvenes que chismorrean y por algún motivo aguardan que se terminen las reuniones. De pronto le resulta a Heinz aburrido deambular de aquella forma solo y atormentado por pensar en Irma. Se une a ellos y está un rato escuchando lo que dicen. Puede hacerlo, pues es un parado, lo evidencia en su aspecto y, por lo tanto, se confunde con los demás. Una sola vez le echan una mirada furtiva, y al ver su abrigo raído, con los ojales dilatados, y su cara de hambre, con los pómulos tan salientes y los ojos tan hundidos, apartan la vista y siguen cotilleando.

—Un crucero acorazado, una cosa así vale lo menos treinta o cuarenta millones. Si se decidieran a repartir este dinero entre los parados, harían mucho mejor.

—Claro que sí. ¿Qué vamos a hacer con un bote de plomo así? Los otros tienen diez o veinte cacharros de esos.

—Tienes razón, camarada. Y a cada uno de nosotros, los parados, nos tocarían veinte marcos. ¡Imagínate!

—Pero habría trabajo para treinta millones —dice uno, tímidamente.

—¡Qué iba a haber! Ya me dirás cómo. No todo son salarios; lo principal son las ganancias que se embolsarían esos del Gobierno.

—Y luego el dinero gastado en comilonas antes de llegar a un acuerdo así —dice uno de ellos, pensativo.

—¿Qué? Ya te gustaría lamer un poco de lo que allí habría, ¿eh? Mejor es que te lamas los dientes, y así no te estropearás el estómago...

Heinz Hackendahl va corriendo de un grupo al otro y oye sin decir nada. Pero, esté donde esté, oye siempre lo mismo, solo que con palabras: falta de confianza, dudas de todo, falta de valor. Y no es que piense de manera muy distinta a ellos, pues no le parece que este crucero tenga mucha razón de ser. ¿De qué se va a componer su tripulación? ¿De gentes como aquella que habla? No hay otros. ¡Todos hablan así! Y precisamente lo más desconsolador es que todos hablen así, que el estado de

desconsuelo de cada uno responda al desconsuelo general. Que no haya, en parte alguna, el menor asomo de esperanza...

Tan repentinamente como había iniciado Heinz su paseo a pie y solo, se decide a continuarlo. Precisamente entonces se ha terminado la reunión, y se ilumina el arco de bombillas que hay en la entrada de la sala de fiestas, para proporcionar a las gentes, cuando menos, un poco de iluminación al principio de su regreso a los hogares, pero Hackendahl se va de allí. No le interesa ni lo que se haya discutido ni lo que se haya dicho.

Así es que prosigue su camino y llega al Parque Victoria. Después de dejar la calle de la Triple Alianza ha llegado al Parque Victoria. Todo cosas muy buenas que en otros tiempos existían, pero que no han alcanzado hasta estos. Victoria equivale a triunfo, y ya no se triunfa sobre nada, así como tampoco se encontraría en toda la tierra pueblo alguno que tuviera ganas de aliarse con aquella Alemania tan quebrantada.

Heinz Hackendahl se sienta en un banco de aquel parque. En un banco casi sumido en la obscuridad, a no ser por un poco de luz que le llega de lejos. Corren los últimos días de octubre y su vestido es bastante ligero, pero como se le han pasado las ganas de pasear, decide sentarse. No tiene ganas de volver a su casa, pues aun no se ha calmado su caos interior. ¿A causa de qué había de calmarse?, ¿por los chismorreos acerca del crucero acorazado? Tampoco tiene ganas de proseguir su paseo. ¿A dónde va a ir? ¡El mundo es tan lastimero en otros sitios como allí! Y, por tanto, decide sentarse. Lo que estaría muy bien sería tener algo que fumar, pero hace ya tiempo que el dinero no le alcanza para fumar. Involuntariamente escarba Heinz con el pie en el suelo, y mira con atención hacia él a pesar de la obscuridad. Pero a poco se avergüenza y fija la vista en los árboles y setos. Recoger colillas y fumarlas, no, esto sí que no, por ahora no. A pesar de que la mujer de uno no quiera ya sentarse junto al marido en el lecho conyugal, hay que conservar un cierto respeto a sí mismo...

Vaya, otra vez hemos venido a parar a lo mismo, ya vamos a tener con qué pasar el rato en este banco.

Por suerte, en este mismo momento pasa una figura delante de él. Heinz se inclina y fija su vista en el paseante. Se alegra de tener algo que le libere de sus pensamientos, e, inclinado hacia adelante, sigue con la vista fija en el hombre que pasa ante él. Estaría muy bien que a aquel individuo se le ocurriera la idea de venir a sentarse junto a él, y así podrían charlar un rato. Pero al paseante no parece que se le vaya a ocurrir tal idea. Ni siquiera le ve. Ha estado en la reunión y vuelve a toda prisa a su hogar, andando muy erguido y con presuroso paso. Lleva en el brazo algo que se destaca por su claridad, un brazal, algún distintivo de la reunión...

Heinz se queda con la vista fija en aquel hombre, como si quisiera hacer que se detuviese. Pero el pasante sigue andando hasta el seto más cercano y desaparece.

A punto está Heinz de volver a entregarse a sus pensamientos cuando vuelve a

acercarse alguien hacia allí. Esta vez se trata de tres personas que no caminan, sino corren. Cuando iban a pasar de largo ante Heinz, uno de ellos le ve y se detienen todos.

—¡Aquí está!

Lentamente se van acercando, casi con precaución, pero al hacerlo dice uno de ellos:

—¡Qué va, este no es!

—¡... nas noches! —dice Heinz, para confirmar que no es él.

—... nas noches —le contestan, con buenos modos—. Oye, ¿no acaba de pasar uno por ahí?

—Sí, pasó —dice Heinz—. A la derecha de estos setos le veréis.

Y apenas ha acabado de decirlo cuando les ve partir, corriendo a toda prisa, en dirección hacia la derecha del seto.

Cuando de nuevo se dispone Heinz a enfrentarse con su soledad oye algo parecido a un grito proveniente del lado derecho del seto, y de un salto se pone en pie, da un paso, titubea y oye cerca de él algo parecido a un gemido airado.

Apenas acaba de oírlo echa a correr. En un momento ha comprendido que los tres que preguntaban por el primero no eran amigos o conocidos de este, sino adversarios políticos dispuestos a luchar con él. A pesar de que hasta el momento ha figurado Heinz entre los que sienten honda repulsión a preocuparse de política, por varios motivos, no es partidario de que tres individuos asalten a un desprevenido. Es algo que lleva en la sangre, y de no ser así tampoco lo consentiría, pues, a pesar de haber transcurrido diez años, no ha podido olvidar jamás aquel espectáculo de cincuenta forajidos —entre los que estaba su hermano Erich— arrancándoles los galones a tres oficiales.

En aquel entonces se había limitado a observar, como joven inexperto e indefenso que era; hoy en día corre...

Dobla el seto y se encuentra con la escena que había imaginado: los tres se han echado sobre el primer paseante y se esfuerzan, en silencio, en derribarle, cosa que no puede tardar en ocurrir.

—¡Alto! —grita Heinz, que movido por ciertos escrúpulos burgueses cree que lo menos que puede hacer es anunciar su intervención.

Solo un momento se detienen los asaltantes.

—¡Lárgate! —exclama entonces uno de ellos—. Ya nos bastamos nosotros para degollar a este puerco nazi...

En el mismo instante recibe el que acaba de hablar un golpe que le derriba. El asaltado se lanza sobre el segundo y el tercero va a detenerle, y allí acude Heinz. Si odia las pependencias, piensa, pero hoy está en una disposición de ánimo que sería capaz de batallar contra el mundo entero. Le es completamente igual que el atacado sea un nazi. Hasta ahora la palabra nazi la ha visto siempre empleada en sentido insultante en los periódicos expuestos en los kioscos, y sabe que son cierta gente que

tienen algo contra los judíos; por lo demás, no sabe más... No, no por ello interviene, sino porque está furioso a causa de Irma y porque son tres contra uno. No está todavía acostumbrado a la pelea y al principio reparte sus golpes con cuidado, con la intención de no herir gravemente, como si se tratara de haber reemprendido una de aquellas peleas, en el patio de la escuela, entre él y Porzig.

Pero en cuanto recibe en pleno rostro un puñetazo formidable y se siente agarrar despiadadamente por la garganta mientras le colocan una rodilla en la espalda, cual si quisieran romperle la espina dorsal, su sangre se pone en ebullición. Se despierta en él el espíritu de lucha del viejo Hackendahl: hay que ser férreo; le proviene de su padre el no doblegarse bajo los golpes, sino contestar primero a ellos.

Luchan sin decir palabra, el derribado se ha vuelto a levantar y siguen siendo tres contra dos, pero aguantarán.

De pronto pasa la pesadilla. El pito de un policía resuena, y con la rapidez del relámpago desaparecen los asaltantes entre el seto y con igual rapidez le coge de la mano el del brazal:

—Vamos, corra.

—¿Por qué? Si a usted le asaltaron —exclama Heinz.

—¡Corra! —dice el otro, secamente, y echan los dos a correr, sin rumbo, tropiezan con una barandilla de alambre, caen ambos, se levantan y siguen corriendo en la noche por entre arriates y luego entre calles—. ¡Corra!

Por fin se detienen en un sitio indeterminado, a la sombra de una calle.

El otro deja de la mano a Heinz y dice:

—Bueno, ya les burlamos. Permítame, Ramin.

—Hackendahl —dice en voz baja Heinz, extrañado de tanta corrección.

—Mucho gusto —dice el otro. Y añade pensativamente—: Hackendahl... ¡Yo conozco este nombre! —Y, sin embargo, a poco olvida sus reflexiones—. Está usted precioso, jovencito. —Y señala con el dedo algo de Heinz—. De seguro que esta violeta no florecerá oculta.

Heinz se lleva la mano al ojo. Durante todo el rato ha estado sintiendo que le comenzaba una hinchazón y a la sazón se da cuenta que no ve ya por uno de sus ojos. Irma va a extrañarse, piensa para sí y dice en voz alta:

—Pero también usted tiene un aspecto bastante deplorable. Dios mío, si está sangrando. Tiene toda la frente abierta.

—Uno de los valerosos mancebos llevaba un refuerzo de plomo en el puño. Supongo que la policía lo encontrará en el lugar del suceso, como dirán los diarios de mañana...

—¡Pero hay que vendarle a usted! —dice Heinz, preocupado, mirando inquieto al otro, que parece palidecer cada vez más—. ¿Dónde habrá por ahí un puesto de socorro?

Y queda meditando, pero no tarda en recibir la respuesta:

—¡Un puesto de socorro! Tiene usted una opinión muy buena de su patria y de la

ciudad en que ha nacido. Primero quería usted esperar a la policía y luego busca un puesto de socorro y como final se vería usted en la cárcel. No venga ...

Y echa a andar en tanto que Heinz sigue mecánicamente a su lado. Y repite testarudamente:

—Pero si le han asaltado y nada menos que tres a la vez.

—¡Esto es lo de menos! —dice el otro despreocupadamente—. ¿Y si a los tres se les ocurriera declarar que he sido yo el que les atacé? Además...

Y guarda silencio prosiguiendo su camino apresuradamente.

—Además, ¿qué? —pregunta Heinz.

—Ah, sí. Pues que hoy en día el que como yo lleva un brazal de estos, en su patria alemana... no puede contar mucho con un apoyo de las autoridades...

Heinz contempla el brazal. Jamás ha visto uno tan de cerca. Por así decirlo, junto a su brazo.

—Es usted nacional socialista —dice.

—¡Qué listo! —dice, sonriendo, el otro—. ¡Hay que ver la deducción que acaba de hacer!

—¿Y qué tienen ustedes en contra de los judíos? —le pregunta Heinz, descontento, casi con tono de reprobación, como el de un profesor que ha descubierto alguna nueva desfachatez de sus alumnos. Lo que ha leído en los periódicos le influye.

—Amigo mío —dice el otro cogiéndole del brazo y deteniéndose de repente—. Fue muy amable por su parte el salir en mí defensa, pero no por ello tengo que soportar sus preguntas, contestar a ellas. El porqué llevo esto —y golpeó con los dedos su cruz gamada— es cosa completamente mía. ¿O tal vez por el brazal ha acudido usted en mi ayuda?

—No —dice Heinz sin sentirse ofendido en lo más mínimo—. Lo hice porque no puedo ver que tres hombres se lancen contra uno y porque era yo el que había indicado por dónde había ido usted y porque, la verdad, estaba rabiando...

—¿Por qué estaba rabiando?

—¡Ah, es algo completamente particular: por mi mujer!...

—¿Se peleó con ella?

—No precisamente. Es en general...

—¿Parado? —pregunta el otro, en tanto que le contemplaban sus claros ojos, por lo que asomaba un espíritu agudo, mas no hostil.

Heinz da de buen grado la información pedida:

—Desde hace ya mucho tiempo —dice. Le tiene simpatía a aquel hombre con el que ha estado recorriendo sin rumbo las calles sumidas en la noche. Hay algo en él que le atrae.

—Ya veo. Y si uno sigue más tiempo parado, no lo va a poder resistir...

—Es cierto —confirma Heinz.

—¿No tiene usted ninguna ocupación? ¿Nada que le guste hacer? Existe también

el trabajo que, a pesar de no estar considerado así por la oficina del trabajo, no por ello deja de ser una verdadera ocupación —añade como aclaración.

—¿Se refiere usted a esto? —dice Heinz, señalando él a su vez al brazal.

—Tal vez —dice el otro.

—No —dice Heinz—. Yo no hago nada de eso.

—¿Es que no quiere o que no lo hace?

—Las dos cosas. No quiero tener nada que ver con la política.

—Muy bien, muy bien —dice el otro indiferentemente—. Cuando se vuelvan a convocar elecciones, ¿tampoco piensa votar?

—No pienso. Primero todo es hablar mucho y después se queda todo tal como está.

—No —dice el otro.

—¿Cómo, no?

—¿Porque yo no voto?

—¡Lo ve usted!

—Claro. Porque usted no vota.

—¿Porque yo no vote?

—Usted y tres millones más.

—Ah ya. Pero si...

—Si no quiere usted tener nada que ver con la política, no hable tampoco de ella. Pero siempre ha sido igual —dice suspirando—. Todos dicen que no quieren saber nada de política y todos hablan de ella. ¡Continuamente!

Y de nuevo vuelve a suspirar, mira a Heinz, ríe al ver el rostro compungido de este, añadiendo luego:

—Su cara me es conocida. ¿Cómo se llama usted?

—Hackendahl.

—Pues sí. Hackendahl. También el nombre me es conocido. ¿De qué será? ¿Cuándo debe de haber sido? —Y se sume en reflexiones.

—¿Y usted? ¿Cómo se llama? —pregunta Heinz a su vez. Está firmemente convencido de no conocer a aquel joven que debe contar unos seis años más que él, si bien no le disgustaría conocerle mejor a pesar de alguna que otra observación poco amable que ha enunciado.

—Ramin. Günter von Ramin.

—Yo estoy seguro de que no le conocía —dijo Heinz, decidido—. Jamás he oído su nombre. No conozco a tanta gente como para no acordarme.

—Pero yo sí conozco su nombre —dice el otro testarudamente—. Y también su rostro me es conocido. ¡Qué raro! Me hace siempre el efecto de que voy a acordarme al instante y se me escapa...

—Mi padre tenía antes una empresa de coches en la Frankfurter Allee —dice Heinz—. Empleaba treinta coches. Tal vez es que habrá usted leído el nombre al pasar.

—Empresa de coches... —dice el otro de repente muy excitado—. ¡Claro, Hackendahl! El cabo Hackendahl, el hombre que no quería ir con permiso. ¡Hombre! ¿Fue usted por fin con permiso? Pero no, ya veo que no es usted, es demasiado joven...

—Tenía dos hermanos en el frente —explica Heinz—. Otto y Erich. De seguro se debe usted de referir a Otto. Erich apenas estuvo en las trincheras.

—En el año dieciséis debía ser. ¡Dios mío, si hace ya doce años de todo esto! Estábamos su hermano y yo en un hoyo de obús y me contaba él que «tenía una amiga con quien a gusto se hubiera casado de no ser por su padre, el hombre este de los coches, que es un tirano...».

—No era ningún tirano...

—Pero no quería acceder al matrimonio. Y yo le convencí a su hermano e influí para que le dieran un permiso. ¿Se lo dieron? ¿Se casó?

—Sí, vino con permiso y se casó, y luego, muy poco después, lo mataron...

—De modo que cayó. Lástima, era un valiente y en aquella ocasión me sacó de entre el fuego enemigo, pues estaba herido. De modo que a pesar de todo se casó. A Dios gracias no cayó antes de haber podido casarse.

El señor von Ramin miró emocionado al rostro de Heinz. Este encontraba en extremo singular que el hermano muerto hacía tanto tiempo y casi olvidado siguiera viviendo en la mente y en el corazón de aquel hombre y que alguien, al cabo de doce años, pudiera alegrarse de que su hermano se hubiera casado con Gertrud Gudde. Y precisamente a favor de aquel hombre había estado luchando hacía poco...

El otro exteriorizaba en aquel momento la misma idea:

—Y ahí me encuentro con su hermano que viene a librarme de los compañeros rojos. No creo en premoniciones y demás monsergas, y más me inclino a creer que es mejor que cada cual se haga su cama en vez de dejarle a la vida el cuidado de hacerla, pero no me gustaría dejarle a usted partir sin más. Ha de contarme cosas acerca de su hermano Otto y de su amiga. ¿Estuvo contenta de poder casarse con él y qué ha sido del niño? ¿Había un niño, no? Y de si vive el viejo tirano y de qué dijo cuando se enteró. Venga usted. ¿Cómo se llama de nombre?

—Heinz.

—Venga usted, Heinz Hackendahl y entre en el salón. No es que lo tengamos muy bien arreglado ni que ni siquiera esté al abrigo de la tormenta. Pero quisiera no entrara usted y me contara... Muy a menudo he pensado en qué habría sido del Hackendahl que yo conocía, que tenía a su mando media compañía y temía a su padre como si hubiera sido un crío de tres años que se ha ensuciado en los pantalones. Entre, pues, y me contara...

Y así es cómo Heinz Hackendahl entró en la existencia del señor von Ramin y llegó a tener ocupación, trabajo y muchos contratiempos; así llegó a la ira, al odio, a la fe; así fue como entró en el partido. Aunque esto no fue inmediatamente, pues no puede decirse que se ejercitara en él presión alguna. Antes al contrario, tras de aquella primera noche en la que no se habló para nada de política, sino que transcurrió poniendo compresas de agua blanca en las hinchazones y pintando de yodo las heridas, no se habló de otra cosa que de Otto Hackendahl y de Gertrud, nacida Gudde, y del férreo Gustavo, que Ramin se empeñaba en no llamar de otra forma que «el viejo tirano». Tras de aquella primera noche regresó Heinz Hackendahl a su casa, al dormitorio y cocina que servían de trastienda a la portería, sin que se le hubiera forzado a nada en lo más mínimo.

Naturalmente, las mujeres estaban ya levantadas, y a Heinz Hackendahl no le molestó casi nada que al parecer no se hubieran extrañado de su ausencia durante la noche, ni les hubiera preocupado a pesar de haberse ido en un estado de ánimo bastante desconcertado.

En vez de ello tuvo que sufrir reproches de su aspecto descompuesto y a causa de los desgarrones de Su chaqueta, e Irma dijo dictatorialmente después del relato entre dientes de los acontecimientos de aquella noche:

—Ahora no se te ocurra meterte en política. Y menos con los nazis. Son aún peores que los comunistas.

—Está bien —dijo Heinz, yéndose a descansar a su catre.

Y sin sentir acuciado su deseo ante la feminidad de su mujer, pudo contemplarla ocupada en el cuidado de la cocina.

Apenas veía la habitación, ocupado en pensar en la gran sala que en otro tiempo perteneciera a una fábrica de cartuchos y que ahora servía de hogar y domicilio social al señor von Ramin. Aunque a decir verdad no tenía mucho aspecto ni de hogar ni de domicilio, antes bien, parecía un cuartel con sus tres camas de campaña, una percha desvencijada en la que habían muy pocas ropas colgadas y una pequeña alacena para el pan y la mantequilla sintética. De aquel pan y aquella margarina habían comido durante la noche después que el gordo Templin hubo vendado sus «heridas» y el señor van Ramin, que era de muy buena familia, como se suele decir, hubo contado que en otros tiempos había habido en la alacena tocino, salchichas y jamón, pero que su encumbrada familia, que vivía en el campo, había suprimido los envíos a causa de su manera de pensar.

—¡Los muy sinvergüenzas! —había exclamado Templin, el gordo, desde su cama de campaña.

Heinz había creído que hacía ya rato que estaba durmiendo.

—Este es él —había dicho repentinamente Ramin, señalando con el cuchillo, y

Heinz Hackendahl, levantándose, había visto el retrato que colgaba en la pared, única imagen que había en aquel cuarto de cuartel. Conocía a aquel hombre por las fotografías que de él viera en los diarios, pero en aquel retrato se veía completamente distinto. En aquel cuarto estaba muy en su atmósfera, en tanto que entre los titulares de los diarios que todos ellos hablaban en contra de él, se veía tan fuera de lugar como si se encontrara en lucha en el campo de batalla.

Mas Heinz no había dicho nada ni tampoco el señor von Ramin había esperado exteriorización alguna de sus sentimientos, y como ya se ha dicho, tanto antes como después de este incidente, la conversación había versado tan solo sobre la familia Hackendahl. Tenía Ramin una manera endiabladamente inteligente de preguntar, y en media hora sabía ya todo lo que se refería, no tan solo a Otto, su mujer y su hijo, sino también a los viejos Hackendahl, a Heinz y a Irma. Hasta incluso se enteró de lo que relativo a Sofía, Erich y Eva deseaba saber, y también se le reveló la existencia del bribón de Eugen Bast.

Heinz tuvo la impresión muy clara de que Ramin no había preguntado sin más ni más. En su cabeza se había ido formando inmediatamente una imagen de toda aquella gente, y si Heinz hubiera añadido algo acerca de, pongamos por ejemplo, Sofía aquel detalle hubiera ido a unirse en la cabeza del señor van Ramin a la representación que de Sofía se había formado.

En todo esto pensaba Heinz al disponerse a dormir, y ya no se acordaba de Irma y de su rechazo conyugal. Por fin se durmió, y cuando había ya dormido bastante, se levantó, fue a la Caja de paro y estuvo esperando en ella malhumorado, enfureciéndose como no podía menos de hacer al dirigírsele uno de los empleados de manera muy grosera, porque al hablarle no se había sacado las manos de los bolsillos.

Más tarde estuvo vagabundeando por las calles, leyó los diarios en donde los encontró expuestos y la única diferencia que hubo con su anterior proceder fue que se dio la molestia de ir especialmente hasta donde encontrara expuesto algún «Angriff». Por lo demás, se dedicó a jugar un rato con su hijito, igual que antes, hasta que se aburrió de ello; estuvo contemplando cómo trabajaban las mujeres hasta lograr impacientarlas y que le sacaran de allí, e igual que antes siguió llevando la vida de un parado.

Y, sin embargo, todo había cambiado. A la sazón cuando iba errando de un lado para otro, procurando matar el tiempo y todo lo que en la vida tenía valor, pensaba en el cuarto del cuartel de la antigua fábrica de cartuchos y en su pelea entre los setos del parque Victoria, en Templin el gordo y en el retrato de la pared. Tenía un poco en qué pensar, materia para su cabeza desierta, y su cabeza meditaba una y otra vez en todo lo pasado, y las imágenes en vez de palidecer, resistían a todas cuantas veces en ellas se pensara.

No podía dudarse que los del cuartel eran también parados, por lo menos Templin el gordo. Al individuo de la otra cama no había llegado a verle, pues estuvo todo el tiempo durmiendo. Eran, por tanto, parados por lo que parecía; pero no podían

quejarse de falta de ocupación ni tampoco de depresión. Por el contrario, eran una gran cosa, un tipo completamente nuevo de parados, de excelente humor, muy joviales y, según intuía, animados de las mejores esperanzas.

Y allí estaba Heinz Hackendahl merodeando sin hacer nada, antes por el contrario, cayendo cada vez más bajo. Para él, en lugar de los campos cultivados que en otro tiempo hubieran, en su interior era todo espinas y abrojos, pero en aquel Ramin y en aquel Templin...

Verdad es que el señor von Ramin le había reprochado no preocuparse de política, pero no había formulado trágicamente su reproche y tampoco Heinz debía tomarlo por lo trágico. Podía volver a verles tranquilamente y observar cómo se las componían para estar satisfechos con sus pocos marcos de socorro, y no solo estar satisfechos, sino sentirse dichosos como los pinzones y llenos de esperanza como unos idealistas ...

¡Idealistas! A Heinz Hackendahl le pareció sentir como un dolor. Hacía a la sazón diez años que Tinette, la amiga de su hermano Erich, le había calificado de sublime idealista y a su hermano Erich de horrible materialista. Ciertamente, Erich había seguido siendo un materialista, pero ¿qué fue de su idealismo? Desapareció sin dejar rastro, dejándole convertido en un cínico desesperante, un amargado; todo cuanto de bello había en la vida desapareció...

Este descubrimiento en sí mismo le causó una especie de angustia al joven que Heinz Hackendahl seguía siendo. Se vio a sí mismo en el lujoso vestíbulo de la villa de Dalhem ante su hermano Erich y recordó cómo había abandonado la villa lleno de desprecio y odio por su hermano. Hoy en día apenas si le quedaba el derecho de hacer nada parecido, ya no quedaba en él nada que le permitiera despreciar o enfurecerse con nadie; en rigor, lo único que podía hacer era burlarse y estar de mal humor...

Y todo era debido a que no quedaba ya en él nada en que tuviera fe. En cambio, aquellos otros del cuartel habían de tener fe en algo, y tenía la sensación de que así era. Y al contemplar en silencio su alma, vio de repente, en medio de su terror, la devastación que en ella habían sembrado los años, y con un sobresalto se dijo: «Me tiene muy sin cuidado lo que hagan, tal como estoy no quiero seguir viviendo. Voy a ir a ver, cómo es que estos, que no les va mucho mejor que a mí, se les da la vida de una manera completamente distinta...».

Y allí fue y vio lo que quería. No le dijo nada a Irma sobre ellos. Primero quería poner orden en sus ideas para así poder hablarle con convencimiento. Volvió, pues, a la fábrica de cartuchos y si se había imaginado que le recibirían con grandes júbilos o como a un huésped muy bien recibido, se engañó. El señor von Ramin no estaba, pero el obeso Templin, que, sin embargo le había curado por sí mismo el ojo amoratado, no se preocupó ni tan siquiera de preguntarle cómo seguía este. En vez de ello le indicaron que se sentase a la larga mesa en la que había tres o cuatro más y le encargaron de plegar unas proclamas acerca del crucero acorazado sin ceremonia ninguna, como si le conocieran ya de tiempo.

Y allí se sentó y estuvo escuchándoles mientras hablaban, en tanto que, como ellos, iba plegando proclamas y de vez en cuando decía también algo. Tenían ante ellos algo que les recordaba a aquel crucero acorazado para la defensa de la Prusia Oriental: él había oído hablar ya algo acerca del mismo y también había leído los diarios que de él se ocupaban, y a la sazón se estaban dedicando a plegar proclamas que de él trataban. ¿Aprovechaban para hablar de él? ¿Se peleaban exponiendo el pro y el contra, mostrándose como sagaces conductores de pueblos, como parados ávidos de trabajo o tajantes militaristas?

Nada de esto; hablaban de mil cosas, pero no dijeron ni una palabra acerca del crucero. Este fue el primer descubrimiento sorprendente que hizo. Y no es que evitaran aquel tema de conversación, pues no eran ni tan prudentes ni tan cuidadosos como todo esto. No era sino que el partido había ya adoptado una posición acerca de la cuestión y con ello se consideraba esta terminada. Ni críticas ni aires de suficiencia en aquellos días en que precisamente cualquiera estaba firmemente convencido de que si le nombraran a él burgomaestre, ministro, presidente del Consejo o del Reich, lo arreglaría todo, haciéndolo muy distinto, pero mucho mejor.

No, no hablaban de esto; tenían fe en tal y tal cosa.

—Él lo logrará —decían, y de vez en cuando una mirada rápida ascendía hacia el retrato que en la pared había.

No, no discutían, sino que comentaban la forma más eficaz de distribuir las hojas aquellas. Hablaban de calles y patios en que la atmósfera estaba muy cargada y era conveniente no aventurar se solo, antes mejor ir tres. Hablaban acerca del problema de la mejor manera de volver a casa sin ser detenidos, después de las reuniones; llenaban de improperios a la policía que les dejaba casi sin protección e iban adoptando una posición cada vez más contraria a ellos y comentaban sobre tal y tal agente de vigilancia que parecía empezar a transformarse. Y junto a todo esto dilucidaban la mejor forma de engrasar las botas.

Sobre esto hablaban y Heinz Hackendahl les escuchaba. Iba plegando, escuchando y reteniendo para sí. Desde la lejanía de su primera juventud le llegaba como un eco lejano la frase de su querido maestro acerca de la necesidad de que la célula sea lo primero que sane. Estos que le acompañaban en aquella mesa se preocupaban tan solo de cosas que les quedaban próximas y que pedían vigilar. Se esforzaban en llevar a cabo sus tareas particulares del mejor modo posible y dejaban la consecución de otras tareas en manos de aquellos a quienes concernían. Tenían fe, era ridículo, pues en aquellos tiempos esta palabra sonaba a ridículo, pero tenían fe. Tenían confianza a pesar de la desconfianza reinante. En días de tan desenfrenada codicia no tenían ansias de lucro. Se quedaban allí, plegando sus proclamas y luego salían a repartirlas lo mejor y más eficazmente posible.

Luego llegó el señor von Ramin e injurió al obeso Templin porque no había hecho todavía las camas y la habitación parecía una cuadra:

—Si a ti te gusta vivir como un cerdo, haz lo que quieras. Pero yo...

Y es que el señor von Ramin era lo que se llama un hombre distinguido, y con educación. De pequeño había tenido su cuarto de jugar. Luego había sido oficial y en cierto modo parecía ser en el partido algo más que el obeso Templin con su rostro blanco y lleno de granos, que tenía siempre la expresión de un lactante aquejado de cólicos. Era Templin un verdadero berlinés y ni tan siquiera hablaba en correcto alemán. ¿Le impedía ello, no obstante, llenar a su vez de improperios al distinguido, señor ven Ramin? No se lo impedía en lo más mínimo.

—¡Hazte tú mismo, tu cuna de piojos! —exclamó—. ¿Te fastidia? Primero, y ante todo es el trabajo. Y hasta llegar a ti hay un buen trecho, Ramin. Tú mismo has dicho que las hojas han de estar listas para las ocho, y si no tienes la suficiente comprensión...

Y así iba la cosa que no tan solo se desencadenó la ira del señor ven Ramin entre rayes y truenos desde las alturas de su casta señorial y su jerarquía para aplastar al obeso Templin como a un miserable escarabajo, sino que, sin dejar de lanzar improperios, se hizo él mismo su cama, se metió en ella y dijo:

—¡Grandísimo bestia! —Echándose a dormir y roncando a poco, con beatitud.

Esta fue la segunda y la mayor de cuantas experiencias había tenido Heinz desde hacía años al descubrir que verdaderamente existía algo como la camaradería. No solamente aquella gente se fiaba uno de otro, creían lo mismo, confiaban en lo mismo y por el mismo objetivo luchaban, sino que lo ponían todo en común y lo compartían todo sin mirar si eran refinados o incultos. Uno de ellos mandaba y el otro obedecía sin pestañear, y no por ello, el que mandaba era más que el que obedecía y no se sentía superior, sino que sentía que ambos eran necesarios y se necesitaban el uno al otro y que pedía muy bien ser que el que ordenaba pasara a ser mandado, y el ordenado se convirtiera en «superior».

Pero no era eso todo, sino que lo importante era la camaradería. Pronto echó de ver Heinz Hackendahl el porqué no se había concedido entre ellos excepcional importancia a que hubiera él acudido en ayuda de von Ramin en su pelea. Una cesa así se daba allí por descontado, y cuando uno de ellos estaba en un apuro, les demás le ayudaban, no por interés, sino porque entre camaradas no ha de existir el apuro individual. Le han de ir las cosas a uno, como les vayan a les demás.

Ante la Caja de paro se reunían miles y miles; por decirlo con más precisión, iban por aquel tiempo a estampillar su cartilla cerca de des millones y medio de parados que presentaban todos igual documento y recibían igual asignación de socorro. Pero cada uno de ellos se sentía aislado, se insultaban unos a otros por su forma de pensar, procuraban abrirse paso dejando atrás a los más débiles, y cuando regresaban a sus hogares iba cada uno de ellos hacia su destino egoísta.

En cambio, aquellos que veía en el cuarto de la fábrica de cartuchos no estaban soles. Tal como lo reconocían en su saludo, estaban unidos por el vínculo de la camaradería. Lo que era privativo de uno lo era de todos y lo que no era de todos tampoco era privativo de uno. ¡Santo Dios, en aquellos tiempos malditos existía una

verdadera unidad, algo en qué confiar! Y todo junto a ello existía la fe de que pronto, muy pronto todo cambiaría y todo mejoraría.

Heinz Hackendahl había visto ya antes aquellos nazis esperando en la Caja de paro, y no eran muchos comparados con la masa de los demás; eran en realidad unos pocos. Con frecuencia se había extrañado un poco de a qué obedecería el tesón de aquella gente. Por mucha animadversión que hubiera entre ellos, en los miles de otros, en una cosa se ponían de acuerdo, en su odio contra los nacionalsocialistas. Siempre se les relegaba a último término y eran los que más tenían que esperar, y cuando finalmente llegaban a la ventanilla les empleados de la Caja de paro les trataban con la mayor grosería y sequedad.

Heinz se había extrañado de que aquella gente llevara sus insignias de manera tan ostensible, cuando hubieran podido guardárselas tranquilamente en el bolsillo y ser mejor recibidos. Pero a la sazón empezaba a comprender que no era ser bien recibido lo que querían y que despreciaban la comodidad y se enorgullecían más y más con el odio de los demás y que la fuerza para todo ello, su tesón y su resistencia les provenía de la sensación de no encontrarse aislados. ¡Tenían sus camaradas!

No solo una vez fue Heinz Hackendahl a sentarse a aquella mesa, sino que acudió más y más frecuentemente. Le gustaba y se sentía bien entre ellos.

Y luego vino por sí mismo que cuando alguno de ellos se encontró en un apuro acudió él en su ayuda. Más de una vez fue Heinz Hackendahl a alguna bocacalle o a la puerta de algún local de reunión a repartir prospectos o enarbolando alguna pancarta con cualquier reivindicación.

Pasaba por alto las burlas y los insultos de los que pensaban de distinto modo; también él creía seguir pensando de manera diferente de lo que rezaban las hojitas que repartía. No hubiera sido un valiente si aquellas burlas no hubieran provocado su tesón.

Luego, una de las veces, le fueron arrancadas por la fuerza las hojas y recibió una paliza. En otra ocasión un policía le llevó a la Comisaría inculpándole de haber interrumpido intencionada y aviesamente la circulación. Y en la Comisaría no le hablaron con muy buenos modos.

Hasta entonces creyó que yendo sin insignias y sin uniforme actuaba como por cuenta propia. Pero aprendió que no podía pasar inadvertido. Habían observado su rostro, y regresando cierta noche a su casa le vigilaron, y recibió tal tunda que al primer momento creyó que, por lo menos, le habían roto media docena de huesos.

Cuando se repuso un poco y pudo ir tambaleándose, prefirió ir al cuarto del cuartel que a su casa, en la papelería, a aguantar los reproches de Irma, y allí, en vez de compadecerle o llenarle de alabanzas, se limitaron a ponerle esparadrapo.

Con ocasión de esto, el obeso Templin, con un algodón empapado en yodo en la mano, dijo:

—Bueno, Hackendahl, es ya la tercera vez que te dan una paliza por nosotros.

Con afectuoso cuidado limpió los sanguinolentos arañazos; quemaba como si

fuese fuego; y echo esto, continuó:

—Yo, en tu lugar, ya sé lo que haría.

—¿Y sería? —preguntó Heinz con indiferencia, más preocupado de sus dolores actuales que del futuro.

—Yo de ti me adherida al partido, y al menos sabría al qué recibo las zurras.

Heinz Hackendahl, en vez de contestar, miró hacia donde estaba el señor von Ramin, mas este le hizo ademán alguno y continuó escribiendo a máquina, con solo dos dedos, una información.

—¡Pero si es que no sé nada del programa de vuestro partido! —dijo Heinz al cabo de un rato, alusivamente.

—¡Cierra el pico! —dijo, imperturbable, el obeso Templin—. No tengo más remedio que volver a hacerte daño. Te han dislocado el dedo meñique. Mira, hijo —el hijo estuvo a punto de aullar de dolor—, eres todavía joven y aún no sabes nada de nada. Como político estás aún en pañales. Espera a tener la edad de tu papaíto...

Y con ello quedó terminado el incidente. Y ya hecha la invitación, tres o cuatro días más tarde se dirigió Heinz a la oficina del partido de su distrito, instalada en una habitación pequeña y llena de humo.

—Quisiera alistarme al partido —dijo, un poco cohibido y con cierta decisión.

El hombrecillo de amables ojos de búho tras de sus lentes, que recibió a Heinz, no hizo grandes aspavientos ante tan gran resolución.

—Está bien —dijo—. Firma ahí y llena esto. Y luego haz ahí una declaración jurada de que eres ario.

—Muy bien —dijo Heinz, poniéndose a escribir.

—Son seis marcos —dijo el de los lentes.

—Es que no los tengo; no tengo más que dos.

—Bueno, entrega dos. Cuando tengas más los traes.

Así fue cómo Heinz se adhirió al partido sin tener que vencer grandes obstáculos, pues parecía una cosa completamente natural.

También le parecía natural el juntarse con los diez doce camaradas de partido que asistían, a la Caja de paro, y Marwede, que seguía sin decidirse si iba a entregarse al suicidio o al crimen, le dirigió la palabra para decirle:

—Vaya, esto sí que no lo hubiera creído nunca de ti, Hackendahl. Mira que tú, un intelectual, ostentar una cruz gamada, no lo entiendo.

Al oírle, Heinz se limitó a reír y le espetó a la cara su risa alegre y despreocupada, convencido de que ya en adelante no lograría deprimirle con su lúgubre charla.

Naturalmente, con Irma resultó más difícil. Al principio, estaba completamente desquiciada y no había manera de que aceptara con tranquilidad su alistamiento al partido... Lo hubiera comprendido todo, el partido que fuera... pero este precisamente, que no tiene ningún porvenir. «¡Como si ya no tuviéramos bastantes contratiempos! Ahora sí que no vas a encontrar trabajo».

Un par de semanas antes hubiera tratado Heinz de convencer a Irma explicándole

y exponiéndole el porqué de que él pensara de modo esencialmente distinto acerca del porvenir del partido y lo que, dejando aparte este futuro, daba ya de sí el partido en el presente: Tesón, alegría interior, trabajo, camaradería...

Esto, de haber sido un par de semanas antes. A la sazón se limitó a levantar la cabeza de ella y a decir, tras de besarla en la boca:

—No te sulfures, Irmita; espera y verás.

Y tan parecido fue de repente el tono adoptado al que usara el Heinz que había sido su amigo de adolescencia y que había logrado arrebatarse a pesar de todo su enojo, que no pudo menos de decir, asombrada:

—¡Ah, Heinz! ¿Tanto te satisface?

Y cuando, durante las semanas y meses siguientes, su cabeza quería rebelarse contra la constante ausencia de su marido, y en contra de que una parte pequeña, pero perceptible de su socorro de parado, fuera a parar al partido y de que pareciera siempre en peligro su vida, le decía el corazón: «Pero a él le tiene contento; casi ha vuelto a ser el antiguo Heinz».

Sí, en él se operaba un cambio. De la silueta desdibujada y miserable volvía a surgir algo firme. Le oía reír. Volvía a mortificar a su madre. Jugaba durante horas y horas con el niño. De un parado volvió a surgir un hombre en toda la extensión de la palabra, e Irma se vio ganada por ello.

CAPÍTULO VIII

EL VIAJE A PARÍS

1

En tanto que Heinz Hackendahl descubría un nuevo sentido a la vida y una renovada alegría de vivir también su padre, el viejo Hackendahl, encontraba una tarea nueva que cumplir. También al viejo le vino de improviso, sin que él la buscara, y fue creciendo paulatinamente en él.

Al principio no pasó la cosa de ver en la estación Wannsee una masa compacta de curiosos que se apretujaban unos a otros. Ondeaban entrelazadas las banderas de la nueva Alemania y la francesa, había representaciones militares sonaba la música y hasta incluso un orador subió al entarimado dirigiéndose a la concurrencia...

Gustavo Hackendahl podía ver todo el proceso perfectamente desde lo alto de su coche. Vio también una amazona con traje negro montada sobre su caballo bayo. La amazona no parecía, por lo menos, desde lejos, ser nada de particular, pero el caballo tenía buena planta.

«Un caballito estupendo —pensó Gustavo—. Lástima para una mujer. Estaría muy bien para mi coche».

Se informó preguntando a un chófer de taxi:

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—¡Hombre Gustavo! —dijo el chófer, que naturalmente como todos los chóferes berlineses, le conocía—. ¡Caes de la luna! Esa es la que ha venido cabalgando desde París a hacernos una visita. Eso es lo que ha hecho sin desmontar del jamelgo. No me hubiera gustado ni ser el jamelgo ni el trasero de ella. Pero la cuestión es que los dos lo han soportado muy bien, y ahora les aclaman...

—¿Aclamarles? ¿Por qué?

—Hombre, Gustavo, tendrán que electrificarte la cabezota. Toda la ciudad de Berlín podría preocuparse de ello. ¡Ha venido cabalgando desde París! ¡Por eso la aclaman! ¡Todo el camino montada en su jamelgo!

—¿Y eso es todo? ¿Por eso tanto bombo? ¡Arrea; si esto lo hacemos yo y mi Blücher el día que nos dé la gana! ¡Tengo casi setenta años! Si no es más que ir de Berlín a París, también nosotros podemos ir. ¿Verdad Blücher?

—¡Pues hazlo! —dijo, riendo, el chófer, y añadió, dirigiéndose a los demás conductores que se habían acercado a escuchar—: Oíd, oíd: Gustavo quiere ir con su coche a París. ¿Qué os parece, chicos?...

—Como Gustavo se empeñe, lo hace.

—A tu Blücher se le van a calentar los pies, Gustavo.

—Hacerlo con un coche es mejor que cabalgando.

—Oigo continuamente hablar de París. Te refieres a este París que esta tocando a Spandauer Krug ¿no Gustavo?

Gustavo siempre férreo. No te tendrán que fundir en bronce. Con ponerte un pedestal ya habrá bastante para que aguantes.

—No sé —dijo Gustavo Hackendahl, sorprendido— que es lo que os extraña tanto. ¿Es que os parece algo extraordinario? Si me lo propongo lo hago. Y creo que lo haré...

Pensativamente volvió a su coche y subió al pescante. Desde lejos, vio cómo proseguía la recepción. Vino todo un escuadrón de caballeros a saludar a la amazona, envolviéndola como las nubes envuelven al sol. Y el cortejo se encaminó hacia el interior de la ciudad, precedido por la música. Las gentes prorrumpían en hurras...

«No sé —pensaba Gustavo— si en París deben de tener también coches. Pero si los tienen, sería magnífico ver unos cincuenta reunidos en cabalgata. Cambiaría un poco de tanto auto, que parece que los hayan amputado por delante, por más que la gente diga lo que quiera...».

Luego le llegaron tres clientes que le pidieron seguir al paso el cortejo. Y les oía hablar entre ellos:

—Esa mujer es digna de todas las consideraciones. ¡Vaya hazaña! ¡Estas francesas! ¿Has visto? Tiene el rostro muy pálido, pero radiante como el lucero del alba.

Y pensaba quedamente, mientras mantenía su caballo negro al paso. «¡Así podrían hablar de ti, Gustavo! No sería como cuando tenía el negocio de los coches, porque esta vez sería un poco de locura; pero cambiaría de este continuo conducir el coche. ¡Pronto hará ya cuarenta años que vienes haciendo lo mismo! Sería un cambio. Y si llego hasta Francia, podría hacer una visita a Otto... No sé, a veces me parece que no era tan remiso como todo esto, y de caballos entendía un rato...».

Así vagaban sus pensamientos, sin apartar su camino del cortejo. Y cuando oía cómo la gente daba vítores y vio cómo el alud de los entusiastas se iba acentuando más y más al acercarse a la puerta de Brandeburgo, pensó: «Gustavo, vigila y mira bien. Tal vez esto te sirva para...».

2

El férreo Gustavo no hubiera *visto* jamás a la amazona parisiense de no ser por su hija Sofía, que fue la causante de que de nuevo saliera diariamente con su coche de punto.

En calidad de cochero de alquiler vio a la visitante parisiense y empezó a hacer cábalas.

Sofía no hubiera sido la Sofía fría, calculadora y desalmada si no hubiese empezado y continuado cada vez más a sentir como un lastre el que ella, la dueña de una floreciente clínica privada, tuviera como padre a un simple cochero de punto. Y el que se enteraran de ello todos los pacientes, no por las enfermeras, pues esto lo hubiera impedido con una orden terminante, sino por su mismo padre, que le faltaba tiempo para contarle a todo el mundo que él era el decano de los cocheros berlineses, conocido por Gustavo el férreo, y que la directora era su propia hija...

—Hasta no hace mucho era una especie de tabla de planchar, un verdadero adefesio. En la guerra se ha puesto como está. Es lo que las gentes dicen: «Lo que para unos equivale a la muerte, es el pan para otros. Ya sé que no debiera decir esto. Ustedes aquí no son más que pacientes, y Sofía vive de sus enfermedades...».

Sofía no logro obtener el convencimiento de que todo ello fuera un simple chocheo del padre. A menudo le parecía como si fuera pura maldad por parte de él, como si su padre quisiera hundirla y desacreditarla.

En una ocasión en que volvió a enterarse de una de aquellas habladurías y chocheos, le llamó a su presencia, y el viejo le contestó de buen talante:

—¿Y qué hay de malo, chica? ¿Qué hay de malo? Yo soy cochero de punto y tú has progresado mucho, esa es la pura verdad. ¿O es que te avergüenzas de no ser más que la hija de un cochero de punto? Puedo también decirles que tenía una cochera con treinta coches cuando naciste tú. Es decir, cuando tú naciste no tenía aún tantos. Pero puedo preguntarle a madre, que de seguro sabrá el número exacto...

—¡Lo que tienes que hacer es no hablar con los pacientes! ¡Tu misión es llevarles de paseo y nada más!

—¡Esa sí que es buena! ¡Si son ellos lo que me dirigen la palabra! Bueno, haré lo que quieras, Sofía. ¡Por lo visto tengo que callarme la boca cuando ellos me piden conversación!

—Tú sabes muy bien a lo que me refiero. Por mi parte puedes decirles que eres el férreo Gustavo, a pesar de que no lo encuentro de muy buen gusto; pero no veo la necesidad de contarles que la señora directora es tu hija...

—Yo digo siempre la señorita directora. ¿O es que has tenido marido, Sofía?

Y así continuaron las disputas. Sofía estaba siempre pálida de ira, pero el anciano la afrontaba de buen talante. Desvaríos de chochez. Presunción, maldad... ¡Ah, qué a gusto se hubiera deshecho de él!

«Si lograra deshacerme de él...» pensaba con frecuencia. Mas, sin embargo, le

acudía siempre como idea inseparable: «Ha de partir de su iniciativa».

Y así fue cómo trató de irritarlo, buscando subterfugios. Fue espaciando los paseos a los pacientes y haciendo cada vez más frecuentes los transportes de carbón, cenizas y vasos de orina, que tanto le disgustaban.

Pero si ella era taimada, ladino era él. Con frecuencia tenía ella la sensación de como si él viera a través de ella, cual si fuera de cristal, y era una sensación desagradable. Además de tojo ello, la tacañería de Sofía le hacía deplorar el no usar con más frecuencia el coche y el caballo para amortizar el dinero que en ellos gastaba. Se acostumbró a viajar por sí misma en el coche, a pesar de que hubiera ido mil veces más a gusto a pie. Era ella de estas personas que cuando en un restaurante han pedido un plato y no les agrada, lo comen a pesar de todo, porque van a tener que pagarlo.

Y así era cómo se hacía acarrear en el coche de una tienda a otra, carreras que resultaban tan desagradables a la cliente como al cochero, pues este no iba nunca con la rapidez deseada, y consideraba que tomaba los virajes mal. Además, las gentes miraban y decían:

—Mira, tú: un coche de caballos. Seguro que van al museo.

Así, exasperada de enojo, solía ir en el medio landó siempre a punto de estallar, y poco faltaba para que en alguno de aquellos trayectos llegara la explosión final.

Explosión que llegó un mediodía en que se hacía llevar a la estación. Citó a su padre para las nueve, y este se presentó a la hora en punto. Pero como suele suceder en las empresas vastas, cuando la directora quiere marchar, aun cuando sea solamente por unas cuantas horas, en el último momento tuvo que atender a todo lo imaginable, y eran ya las nueve y doce minutos cuando llegó al coche.

—¡Vamos, padre!

—Son las nueve y doce, Sofía —dijo el padre—. Creo que no llegaremos. Mejor es que vayas en el Metro.

—Naturalmente que llegaremos. No tienes más que hacer trotar al caballo. ¡Hemos de llegar! ¡Vamos!

—No lo creo.

—¡Anda, vamos, padre!

—Por mí no hay inconveniente, Sofía; pero no te pongas hecha una furia conmigo si no llegamos.

—¡Si no lo alcanzamos lo harás para fastidiarme!

—¡No digas esas cosas, Sofía! ¡Estás excitada! ¿Por qué te habría de fastidiar? Yo no soy así.

Y el padre puso su caballo al trote en un avance al estilo del Blücher que le daba nombre. Atravesó como pudo los cruces de las calles, eligiendo las de menos tráfico; ella tuvo que reconocer que hacía todo lo posible para llegar a tiempo.

Finalmente se volvió hacia ella y dijo, con gran júbilo:

—Creo que verdaderamente lo alcanzamos. Es que al llevarte a ti, el caballo se

pone de otro talante que cuando tiene que llevar cenizas.

—Date prisa —grito ella, enojada.

—La luz sigue en rojo —dijo, imperturbable, pero en cuanto vio el disco amarillo partió de nuevo.

Ella, en el interior del coche, estaba enojada consigo misma por haberle dolido el dinero del Metro, y exasperada porque el padre había tenido razón al afirmar que era demasiado tarde; de sazónada de que él, imperturbable hiciera cuanto estaba en su mano para llevarla a tiempo a la estación; irritada en contra de ella, del coche, de su rechinar, de todo el mundo. Enojada por no haberse aún librado de él.

Y así llegaron a la Potsdamer Platz. No les quedaba más que andar unos cuantos pasos y de seguro que llegaban a buena hora.

—¡Ah, es que Blücher y yo...! —dijo el padre, radiante, volviéndose hacia ella.

Sofía asintió a disgusto.

En el poste de señales que había en el centro de la plaza encendió se la luz amarilla.

—¡Hué, Blücher! —gritó el padre.

El caballo empezó a trotar, dobló lo bocacalle de la Potsdamerstrasse que daba a la plaza y atravesó alegremente la baraúnda de autos y autobuses, entre ciclistas y camiones.

Dentro de un minuto tomarían la callejuela que conducía a la estación.

Y el caballo retardó el paso y quiso detenerse.

—¡Hué, Blücher, hué! —exclamó el viejo Hackendahl—. ¡Venga, hombre, sigue! —y le gritó a la hija, por encima del hombro—: ¡No hay manera!...

—¿De qué no hay manera? —exclamó ella, enojada. El caballo quedó inmóvil. Un auto estuvo a punto de hacer volcar el coche. El chófer se puso a injuriales, acudió un agente y se formó un corro, lo que no impidió que el caballo, impasible en medio de toda aquella confusión, se pusiera a satisfacer una necesidad natural.

El padre echaba pestes, los chóferes y el agente se deshacían en maldiciones. Alguien tiró de la brida al caballo para llevarle hasta el borde de la acera. Blücher mostró se férreo y siguió haciendo aguas...

Para Sofía Hackendahl, en su calidad de directora y de vieja solterona, fue como una de aquellas horribles pesadillas en las que uno se encuentra solo, desnudo o con muy poca ropa, en medio de gente correctamente vestida...

Ya sin ello se encontraba bastante desplazada entre el torbellino de circulación de la Plaza Potsdamer, por ser el único vehículo de tracción animal entre todos aquellos coches que pasaban tan raudos, y no faltaba más que a aquel jamelgo se le hubiera ocurrido dejar correr sus aguas. Le parecía oírlas fluir durante rato y rato, y si miraba hacia un lado las veía correr a raudales. Y cuando miraba en su derredor se encontraba con rostros burlones, rientes o airados. ¡Y ella, con su uniforme de enfermera, blanco de tantas miradas! ¡Pero no le sucedió como en los sueños, que uno se queda fijo en el sitio sin poderse mover, sino todo lo contrario!

—¡Señor guardia! —gritó, dirigiéndose al policía de tráfico—. Haga el favor de conducirme hasta la acera.

—Con mucho gusto, hermana —dijo el guardia—. ¡Venga usted! Comprendo que una cosa así ha de resultarle penosa.

—¿A dónde vas, Sofía? —exclamó el padre, desde el pescante—. En un momento habrá terminado. No ha podido hacer otra cosa. Una necesidad es una necesidad...

Ella vio a las gentes reírse.

Aquella noche terminó sus relaciones con su padre. Dijo que lo sentía muchísimo, pero que no podía exponer a sus pacientes a encontrarse en una situación tan penosa como la pasada por ella, ni a una carrera tan descompuesta.

—Ni a tus pacientes ni a ti misma. Ni tampoco a tu caja —dijo el padre—. ¡Bueno, dejémoslo, Sofía! Hace ya tiempo que querías librarte de mí. ¿Crees que no lo había notado? Es bueno saber lo que se tiene entre ceja y ceja. Bueno, dejémoslo; os pude educar muy bien sin ayuda de nadie, y sin ayuda me bastaré para alimentar a madre. Lo que no quiero es que pienses que me engañas. Aunque llegues a tener una clínica tan importante como el hospital, para mí seguirás siendo siempre una mocosa presuntuosa. Buenas noches, Sofía.

Y desde entonces el viejo Hackendahl volvió a conducir por sí mismo su coche de punto. Verdad es que no lo hacía a gusto, pero le ocurría a él lo mismo que a Blücher: una necesidad es una necesidad.

Y de este modo fue cómo tuvo ocasión de ver a la amazona en la estación Wannsee.

El negocio de los coches de punto iba un poco mejor de lo que había ido en los dos últimos años. De repente había vuelto a circular el dinero; la gente ganaba, y el paro iba disminuyendo. Fue la lluvia de los empréstitos extranjeros la que irrigó la siembra tras larga sequía, y esta irrumpió y creció en gran escala. Quedaba la cuestión de hasta qué punto se mantendría la humedad, pues nadie confiaba aún en aquel súbito crecimiento. Era como un invernadero en el que bastaba que entrara un viento frío.

Pero precisamente porque la gente no confiaba en su dicha, era por lo que iba bien el negocio de los coches de punto, ya que tenía prisa en desprenderse de su dinero, que les quemaba los bolsillos, y lo dilapidaban con gusto. Tenía la gente dinero de sobra. El férreo Gustavo y su Blücher volvieron a tener ocupación, si bien no excesiva, bastante.

Y era una suerte que sin tomarse grandes fatigas vinieran las carreras por sí mismas, pues Hackendahl había perdido la práctica de hacer dinero fuera como fuera, con sus viajes para la clínica. Tal vez fuera efecto de la edad el que a la sazón se adormeciera en su pescante pensando: «Aunque hoy no haga ningún viaje, también pasaremos. Hasta ahora hemos ido tirando, ¿por qué no va a seguir siendo así? Y, por otra parte, con solo querer...».

Y de esta forma se iban perdiendo sus pensamientos hacia París... Todavía no era nada firme, ni llegaba tan solo a un proyecto. No era ni siquiera un plan. No era más que un devaneo del entendimiento, algo para las horas perdidas, como cuando uno se imagina algo y se dice: «Podrías hacer tal cosa y estaría muy bien». Y luego no lo hace...

A madre le había contado en una ocasión lo de la mujer que había venido cabalgando a Berlín, opinando:

—Me gustaría a mí hacer otro tanto.

—¡Estás loco! —se había limitado a decir madre.

—¿Y por qué loco? ¿Crees tú que lo que una francesa ha podido hacer no soy yo capaz de hacerla?

—¡Padre, a tus años! Verdaderamente, creo que te falta un tornillo.

Vio perfectamente que madre no pensaba ni en sueños que lo pudiera decir en serio, y precisamente fue esta completa desconfianza por parte de ella lo que le fue aguijoneando.

—Todo el mundo cree que estoy loco. ¡Me gustaría enseñarles lo loco que estoy!

Pero de tales pensamientos a la acción faltaba aún un buen trecho. Además, no tardó en hacérsele evidente que no le bastaba con sentarse al pescante del coche y partir sin más. De algún modo había que preparar la cosa, tenía que procurarse dinero para él y para Blücher. Y procurárselo también para que madre viviera durante el tiempo en que se quedara sola.

En cierta ocasión vio parado en una de las calles un gran carretón, sobre el que unos obreros sin trabajo habían construido el modelo de una mina. Bajó y se detuvo a contemplarlo, viendo las lamparitas encendidas, las vagonetas que corrían y los martillitos que repiqueteaban. Era una maqueta muy bonita. No le dolió en lo más mínimo el *groschen* que gastó, finalmente para comprarse una tarjeta postal en la que venía reproducida la maqueta aquella.

—¿Qué? ¿Cómo va el negocio, chicos? —les preguntó a los parados.

—Así, así. La cosa es que vamos tirando. Siempre da un poco más que la ayuda oficial.

«Una cosa así es lo que tendría que hacer yo» —fue pensando mientras se alejaba—. Tendría que vender unas tarjetas postales que dijeran: «El decano de los cocheros berlineses hace el viaje Berlín-París y regreso», La gente las compraría, pues una cosa así siempre llama la atención...

De tal modo fue acarreado piedra tras piedra a su decisión. Mas ello no implicaba la decisión por si misma. Para que se decida un hombre tan anciano ha de ocurrir antes algo más, un empujón exterior, algo que le ponga en movimiento, algo especialmente triste o especialmente festivo, pero algo extraordinario...

Y vino el empujón...

—Madre —dijo un día—. ¡No sé lo que haces con el dinero! Hasta ahora te arreglabas muy bien con cinco marcos al día, y, de repente, me sales con que no te llegan...

—Todo se ha encarecido, padre. La mantequilla, la leche...

Y empezó a soltar una letanía quejumbrosa, a la que Hackendahl no atendió. Lo que madre dijera no tenía gran importancia. Lo esencial era que le alcanzara el dinero. Y la cosa no parecía ir bien...

—Madre —dijo una semana más tarde—, ¿estuvo Heinz aquí?

—No, padre, ¿por qué?

—No sé. Hay en casa tal olor de cigarrillos...

Madre recordó de pronto que el hombre del gas había estado fumando.

—Pues mejor es que no lo haga; díselo así, madre —opinó Hackendahl—. Acabará prendiendo fuego a nuestros cachivaches, y nos quedaremos sin nada.

Mas a poco lo olvidó. Estaba poco tiempo en la vivienda, en rigor las pocas horas que dedicaba al sueño. Se pasaba diez y doce horas sentado en el pescante, fuera el negocio como fuera, y antes y después de ellas pasaba siempre su media hora con el caballo, al que daba el pienso, limpiaba y abrevaba...

Con frecuencia le llevaba madre la cena al establo. Le gustaba estar en aquel antiguo taller de aquel hombre cuyo nombre no recordaba y que se había ahorcado. Se sentaba allí oyendo los ruidos de la calle, que empezaban a extinguirse. De nuevo había transcurrido un día. Podía irse a dormir. Y lentamente se levantaba, le alargaba al caballo una vez más el cubo con agua y se iba directamente a la cama, cansado, muy cansado.

Mas tales cansancios no perduran en la gente anciana. Es más un cansancio de vejez, un cansancio de la vida que necesidad de sueño. Dormía dos, tres y hasta cuatro horas más; luego se despertaba. Quedábase quieto en la cama, para no molestar a madre. Quedábase tal coma se había despertado, Hacía ya tiempo que el estar de aquella forma acostado había dejado de ser lo peor...

Se podía pensar en muchas cosas. No en el viaje a París, pues era aquel un tema para reflexionarlo en pleno día. Por las noches se inclinaba más a pensar en el pasado, en lo que le había salido bien y lo que le había salido mal, en los caballos que había tenido, en los cocheros que habían trabajado para él, en el viejo Rabause. En el tiempo pasado de militar y en suboficiales y reclutas. Incluso podía acordarse de muchas cosas de su pueblo natal antes de que fueran a Passewalk. Le hubiera gustado ver de nuevo aquella aldea, y reflexionaba si no habría modo de arreglar el pasar por allí cuando fuera a París. «Pero será difícil de combinarlo —piensa—. Queda demasiado hacia el Norte...».

Es singular lo que sucede con una vivienda en la que se ha estado durante años: se la conoce como a un traje que se haya llevado muchísimo. Por poco que haya algo que no esté en el bolsillo debido parece que le punza a uno, hasta que se le ha colocado donde siempre. El viejo Hackendahl yace en su cama, que es la misma de siempre y hecha por las manos de la misma mujer. Y si bien otras veces ha estado también despierto a esta misma hora, encuentra que aquel día hay algo que él mismo no sabe lo que es... La vivienda le punza y le inquieta...

Ni siquiera se le ocurre pensar en aquel momento en el olor a cigarrillos, ni en que a madre no le alcanza ya el dinero. No sospecha de nada, pero está intranquilo. ¡Qué raro!

En aquel mismo momento acaba de toser alguien o, más propiamente, acaba de hacer alguien como un balbuceo de tos, como suele hacerse durante el sueño para aclararse uno la garganta. Parecía cual si proviniera de la mansión y, con más precisión, del cuarto en donde solía dormir Heinz...

Naturalmente, es imposible que haya sido en la propia mansión, pero, sin detenerse ni a escuchar más ni a pensarlo, coge a su mujer de los hombros, la sacude y exclama:

—Oye, tú; hay alguien en casa.

La mujer gime y a poco dice, con presteza:

—¡Qué imaginación tienes, padre! ¡Has estado soñando! ¿Quién va a haber en casa que no pertenezca a ella?

—¡Hay alguien en casa! —repite él con testarudez—. Lo noto perfectamente. ¿Quién es el que está ahí?

—¡Mira, padre, que estás soñando! ¡Aquí no hay nadie! ¿Quién va a ser? ¡En casa no hay nada que llevarse!

—Es en el cuarto de Heinz —dice él con insistencia—. Lo sé tan bien como si lo estuviera viendo. ¡En el cuarto de Heinz hay alguien!

Y busca a tientas las cerillas para encender la vela.

—¡Padre, padre! No nos hagas desgraciados. Es verdad que duerme alguien en casa. Yo se lo he permitido. Déjale dormir, que mañana le despediré. O si no le despediré ahora mismo. Déjeme ir y le despido enseguida...

Y deshecha en llanto le tiene firmemente cogido. Pero a Hackendahl no le corre ninguna prisa para salirse de la cama:

—¿Quién puedes haber metido en el cuarto de Heinz a quien yo no pueda ver y no pueda saber ni que está? Dime en seguida quién es, madre.

—Es un huésped que he tomado, padre. No sé siquiera a qué se dedica. Lo he hecho porque, como no me alcanzaba el dinero, así tengo unos cuantos *groschen* más. ¡Por eso lo hice, padre!

—Estás mintiendo, madre. ¡Lo veo bien claro! ¿Crees tú que no noto cuando mientes? Lo noté en seguida cuando me dijiste lo del hombre del gas y el cigarrillo, que era también mentira. Únicamente que no volví a pensar en ello.

—Es verdad, padre. No es más que un huésped para dormir.

—Por haber tornado un huésped no me mentirías, madre. Por dinero tan solo no me has mentido jamás. Siempre que lo has hecho ha sido por tus hijos. Por ellos has venido siempre con tapujos a espaldas mías. Sé perfectamente quién es el que duerme.

—Padre, no vayas allí. Si quieres tenerme contenta, no vayas. Déjale que duerma. Lo necesita, porque está extenuado...

—¿Extenuado de qué? ¿Qué le pasa a ese señorito para tener que venir a refugiarse en la covacha de su madre, estando acostumbrado a dormir en los mejores hoteles...?

—¡Nada, padre! Déjale dormir. Ya me preocuparé de que se vaya cuanto antes. Mañana por la noche ya no estará aquí, padre. Te lo prometo.

—¿Y por qué tiene que irse de noche? ¿Qué nueva fechoría ha cometido?

—No lo sé, padre. No se lo he preguntado. Es mi hijo y no lo voy a echar cuando viene. Que descanse. No quiero saber lo que les haya hecho a los demás. Lo que me ha hecho a mí lo he olvidado hace ya tiempo.

—Yo no quiero albergar a un malhechor contumaz. Siempre ha sido un sinvergüenza, y va a hacer te también a ti alguna granujada.

—¡Aunque así fuera! No me importa que me la haga. Yo no le tengo en cuenta lo que me haya hecho o pueda hacerme, padre...

—¡Tiene que salir de casa! —dice el anciano, levantándose y echando mano al candelero—. No voy a insultarte ni voy a insultarle a él. No tengas miedo. El tiempo en que me ponía furioso por cosas de estas, ya pasó. En aquel entonces pensaba que solo un mal pájaro se empeñaba en ensuciar su nido propio. Hoy sé que es distinto. ¡Hay que ver lo que ha hecho este con su nido, y lo que ha hecho aquel otro que mandaba nuestro ejército, del que estaba yo tan orgulloso...! Hoy en día, en vez de pararme a mirar toda esta porquería, me limito a reír...

Pero no tenía ningún aspecto de divertirse allí, de pie, ante el lecho de su mujer, con el candelero en la mano. Antes al contrario, le temblaban el rostro y la barba...

—Déjale dormir, padre —rogó ella—; no le pegues.

—No seas imbécil, madre. ¿Crees que voy a pegar a un hombre de treinta años? Ya no serviría de nada. No; tú quédate en cama...

Y atravesando, con los pies descalzos, el corto corredor, abre la puerta de la alcoba. Levanta el candelero deteniéndose a ver y escuchar. Luego se acerca a la cama...

En ella yace el hijo predilecto, el que estuvo más adentrado en el corazón de su padre y que tal vez lo siga estando. Yace sobre un costado y duerme. Por el aspecto que ofrece, madre hubiera podido con toda tranquilidad sostener su afirmación de que era un huésped desconocido, y tal vez Hackendahl lo creyera. La faz hinchada y descompuesta y los lagrimales endurecidos, abultados y azulados, la frente surcada de profundas arrugas de fatiga, un principio de barba desagradable y la boca medio abierta y húmeda de saliva daban a aquel rostro un aspecto totalmente desconocido.

El padre se deja caer en la cama y, abalanzándose a la cabecera, alumbra la cara del durmiente. Busca el rostro de otro tiempo; el del joven a quien amaba, el de aquel ente más etéreo que él, cuya ligereza y jovialidad tanto admiraba. Pero no alumbra más que un poco de barro triste y sombrío, algo lamentable prometido a la muerte y al olvido. El durmiente parece muerto... Probablemente todo cuanto de ligero y jovial había en él ha muerto desde hace tiempo...

El padre se endereza y empieza a registrar la ropa de su hijo, pieza por pieza. En verdad que no son aquellas vestiduras con las que pueda irse a los hoteles de categoría. Con dos meses más que tenga que llevarlas, le quedarán en absoluto inservibles... Pieza por pieza las va revisando, revisa la unión de las suelas de los zapatos con el cuero, vuelve todos los bolsillos...

Dando un suspiro coge la luz y sale de la alcoba. Va a su propio cuarto, donde su mujer, sentada en la cama, fija en él su mirada temerosa...

—No tengas miedo, madre —dije—. Sigue durmiendo aún. Dame tu portamonedas. ¿Tienes dinero en algún otro sitio?

Y vacía también sus propios bolsillos, reuniendo todo el dinero que hay en la casa, incluso la calderilla que un cochero ha de llevar siempre consigo. Luego regresa al cuarto en que está su hijo.

Este sigue durmiendo, y el padre le mete el dinero en el bolsillo del traje. Luego se dirige con presteza hacia la cama y sacudiendo uno de los hombros del durmiente, con el antiguo tono de mando:

—¡Levántate, Erich!

Con un estremecimiento se despierta el hijo. Se ve claramente cómo la orden de mando le pone en conmoción todos los miembros. A pesar de los quince años transcurridos, el cuerpo no ha olvidado aquella orden. Los ojos se abren, y al mirar, adormecidos, hacia aquella figura con la luz y comprender quién está ante él, pasa

por aquel rostro una expresión de terror, de pánico...

Y es entonces cuando, a través del rostro envejecido, vuelve a ver el padre a su hijo. Le reconoce por su miedo vil y rastrero, por el miedo al castigo de cuando había cometido alguna fechoría en la que el padre le sorprendiera.

—¡A vestirse! —ordena el padre.

Y se queda allí, en pie, junto a la cama. El hijo se viste sin darse una prisa excepcional, por lo que se conoce que le va pasando el miedo. El hijo no se avergüenza ya ante su padre, pues ha perdido la vergüenza. Y al que tal le ocurre suele ocurrirle también que cuando ve que el otro no le va a hacer nada, se descara.

Y así es como no transcurre largo rato sin que el hijo tome la palabra. ¿Qué es lo que dice el antiguo predilecto? ¿Qué dice...?

—En una ocasión me encerraste en el sótano por puro cariño, ¿no es así, padre? Y hoy, por puro cariño, me pones en la calle. ¿Es que te falta el tiempo para librarte de mi?

Todo en él se ha vulgarizado: el lenguaje, la expresión, el modo de pensar y el tono empleado.

—¡Vaya un padre que estás hecho! —dice el hijo despreciativamente o fingiéndolo al menos—. Buena sopa boba es la que nos has dado. Es muy fácil tener hijos. Lo que no has sabido es hacer hombres de estos hijos, porque tú mismo eres una piltrafa... palabra por palabra transpiran la mentira, la ruindad, la cobardía. El padre cierra los puños, pero recuerda que ha prometido a su mujer no pegar al hijo. Y como este desnaturaliza todas cuantas palabras pueda pronunciar, no puede ni discutir con él.

En vez de ello, el padre se decide a hacer algo muy distinto, y, apagando la luz, comprueba que en cuanto se ve a oscuras el hijo queda calmado. Apenas ha dejado de ver a su padre, le ha vuelto a entrar el miedo; tan intranquilo está de lo que pueda sucederle. Mascullando una blasfemia, dice airadamente:

—¿A qué viene esta estupidez?

Pero se da prisa en vestirse.

Y acontece como si el padre, a quien él no ve más que como una sombra, viera en la oscuridad. Apenas se ha plantado Erich el sombrero en la cabeza, una mano se alarga en las tinieblas hacia su nuca y se agarra en ella y empuja al hijo hacia el corredor. Se somete a salir sin resistencia...

Pero el padre, apartándole de la puerta de entrada, le lleva hacia la de la alcoba de su madre. El hijo trata de resistirse, pero no le sirve de nada. La mano que le oprime la nuca es como una tenaza oprimiendo un pedazo de madera. En cuanto nota que se resiste, oprime con más fuerza.

La madre ha oído el ruido que han hecho, y exclama en la oscuridad:

—¿Quién está aquí? Padre, Erich, ¿qué pasa? Al oído del hijo murmura el padre:

—¡Te despides, ahora de madre! Y le das las gracias, ¿comprendido? De forma bien correcta.

El hijo quiere resistirse, pero la mano del anciano le oprime la nuca. Hace un movimiento airado, que sirve para que la voz en su oído diga más amenazadoramente:

—¿Vas a obedecer?

Estas palabras de mando, salidas del fondo de su infancia, producen su efecto. Erich carraspea y exclama:

—Me voy, madre. Muchas gracias por todo.

—¡Erich! —exclama ella—. ¡Erich, hijo mío! ¿Por qué no hay luz? ¡Ven a darme un beso! ¡Ay, Erich!... Padre, trae la luz...

Pero padre no trae la luz. Necesita que le proteja la obscuridad. Protegido por las tinieblas, empuja al hijo descarriado y malo hasta la cabecera de la cama, y le susurra:

—¡Haz lo que te pide! —Y al notar resistencia, añade en igual tono amortiguado—: ¡Te juro que como no lo hagas llamo a la policía! —Y haciéndole arrodillar al borde de la cama, espera a que este dé el beso de despedida a su madre...

—¡Ah, Erich, que tengas mucha suerte! Vigila bien, no vayan a atraparte. ¡Adiós, Erich!...

Y rompe a llorar de nuevo. Entre estos llantos, el padre empuja a su hijo a salir de la habitación, y haciéndole pasar la puerta de salida, le arroja a la escalera... Allí le suelta, y antes de que Erich haya podido gritar su odio, se ha interpuesto ya la puerta entre padre e hijo.

A la noche siguiente lee el anciano Hackendahl en el diario que la policía ha detenido en la calle a un criminal, a un enemigo del país. En aquella noticia no figura nombre alguno, así como tampoco nada indica que aquel hombre sea Erich Hackendahl, pero al anciano le parece probable al principio que así sea, y más tarde se va convirtiendo en una convicción: «Era Erich».

No comunica a nadie su pensamiento, pero durante unos cuantos días siente el temor de que la policía vaya a su casa a preguntar por Erich... Sin embargo, nada pasa, y lentamente se van borrando de su mente el enojo y la tristeza. Es demasiado viejo para seguir indignado largo tiempo, y su misma vejez hace que en todo cuanto piensa, dice y hace, apunte una vaga tristeza.

Mas en todos los días aquellos en que la excitación por causa de su hijo va apaciguándose y vuelve la monotonía cotidiana, piensa aún con más intensidad en el viaje de París. De repente, después de tantísimos años de recorrer Berlín con su coche de punto, se siente hastiado de ello. Le habían aquellos cortos trayectos a ochenta *pfenings* o a un marco veinte. En el mejor de los casos, y cuando le iba bien, por un *taler*, hasta Schlesischen. «Y, sin embargo, ninguno de estos paseos vale nada. Podrían hacerse con un cochecito de niños», pensaba de pronto.

Actualmente le gustaría llegar más lejos, adentrarse en el país. No estar siempre en calles empedradas. Le gustar la volver a ver los campos en los que ha trabajado de joven. Le gustaría ver desde el pescante de su coche cómo los labriegos aran, esparcen la semilla y la recubren. Es como una especie de añoranza que le asalta de pronto. Una añoranza y una fiebre viajera... Viajar y viajar más y más a través del campo. Para lo que en él ha hecho nacer, el campo es el hogar y no puede acostumbrarse a considerar como tal a la ciudad...

¿Por qué ha de situar su hogar en un pueblo determinado de la región de Passewalk? Toda aldea por que atravesase será en cierto modo su hogar. En todos los pueblos parten las gentes con sus carros al campo, suenan al mediodía las campanas y a la hora del crepúsculo se forman grupos ante las casas para charlar un rato. Una muchacha corre presurosa a la fuente con dos cubos que tintinean. En el campo todo debe seguir igual que antes, y a él le gustaría verlo.

La ciudad en cambio, le fastidia. Quiere partir, partir de todo lo cotidiano. Antes de que venga lo ineluctable quisiera hacer algo nuevo, algo jamás hecho. Tanto y tanto ha pensado en este viaje a París, que no se le antoja ya nada de extraordinario. Puesto que las gentes están continuamente viajando y toda su vida no ha hecho más que conducir viajeros a la estación, ¿por qué no va a hacerlo él a su vez? ¿Por qué ha de ser una locura? ¡Si es sencillísimo! ¡Le gustaría poder calcular la de veces que ha ido hasta París si fuera a juntar toda sus carreras por Berlín! ¡No tiene nada de particular! ¡No hay más que decidirse!

«¡Me voy y me voy! —piensa—. No hay más que reflexionar. ¿Qué puede pasar? Si les da la gana de decir que estoy loco, que lo digan. ¡Cuanto más loco esté, mejor! Todo el mundo comprará las tarjetas postales que un loco les ofrezca».

Y así el vago plan va convirtiéndose lentamente en una firme decisión. Entre tanto pasó el invierno prosiguiendo sus carreras con el simón. Mas cuando llega a las proximidades de alguna tienda de mapas, entra a contemplar los del país u observa el globo terráqueo. Queda sorprendido de lo cerca que están ambos puntos. «Si no es más que un trocito», piensa. «Justo la anchura del pulgar No sé por qué la gente hace tantos aspavientos. Se debe de poder hacer en una semana».

La siguiente cosa sobre la que tiene que informarse son las tarjetas postales. Por lo tanto, se pone a buscar y encuentra una pequeña imprenta en donde le parece adecuado preguntar...

—¿Tarjetas postales? Naturalmente, pueden hacerse.

El mil son 35 marcos. Encargando al menos cinco mil, resultarán a 32 marcos. ¿Con inscripción? También nos ocuparemos de ello. ¿Qué ha de rezar?

—«El férreo Gustavo, el decano de los cocheros de Punto berlineses, parte de Berlín para París en viaje de ida y vuelta».

—Es una inscripción un poco larga, pero la haremos por el mismo precio. ¿Es usted mismo el férreo Gustavo?

—Ese soy yo.

—Bueno, amigo. ¿Ya lo ha pensado bien? ¿A sus años?

—No soy tan viejo como esto. Apenas llego a los setenta. ¿Qué hay de particular?

—No, de particular, nada. Solo que... ¿Tiene usted ya el permiso? Necesitará también pasaporte, ¿no? No va a pasar así la frontera... ¿Dejarán pasar así, sin más, al caballo y al coche? Hay que contar con la Aduana, ¿comprende usted?

—¿Cree usted que me harán pagar Aduana?

—Y ¿sabe usted hablar francés? Ha de saber también el francés. Si se encuentra solo con un caballo en un pueblecito francés... ¿Qué come el rucio? Comerá cebada. ¿Sabe cómo se llama la cebada en francés? A lo mejor le traen pepinos agrios. Sería bonito, ¿no?

El viejo Hackendahl se ha quedado tan pensativo con todos los problemas que van surgiendo, que ni siquiera atiende a la sutil burla del de la imprenta.

—Bueno, pues; entonces, muchas gracias —dice, disponiéndose a salir de la tienda.

—Bueno, ¿qué hay de las tarjetas postales? —exclama el impresor, que echa de ver demasiado tarde que con sus chanzas berlinesas se está perdiendo un cliente.

—Lo consultaré con la almohada —dice Hackendahl, saliendo.

Se encarama al pescante y parte. En un lugar de aparcamiento se detiene y da pienso a Blücher. Al poco sube al coche un cliente y parte para la carrera. Finalmente llega a su casa, da nuevo pienso al caballo, cena y se mete en la cama. Pero no pega un ojo. Todo el tiempo se lo pasa pensando y echando cuentas:

«Son cuatro meses de viaje», piensa. «Por lo menos he de dejarle a madre doscientos cuarenta marcos. O no; con doscientos tendrá bastante. No, no; han de ser doscientos cuarenta. Para mí y el rocín necesito por lo menos quinientos. Hay que contar con la posada, el establo, la comida y los piensos. Y luego con la Aduana. También a Blücher habrá que procurarle nuevos arreos. Y hay que mandar a remozar el coche, que si no, no resiste. Todo junto, calculado por encima, serán unos mil marcos. Mil marcos representan diez mil tarjetas postales a un *groschen*. Diez mil tarjetas postales cuestan a su vez... pongamos trescientos marcos. Son entonces mil trescientos marcos. Es decir, que tendré que comprar tres mil tarjetas postales más, que son a su vez cien marcos más...».

Y así su cabeza va trabajando día tras día. Ni come ni duerme.

—¿Qué te pasa, padre? —pregunta madre.

—¡Bah, déjate! —dice—. Debe de ser la primavera. Me ataca al «reumatismo»...

Si bien no le dice una palabra a madre, ve que por sí solo no va a poder llevar a cabo la cosa. Es imposible, no solo procurarse mil marcos, sino quinientos.

«Y a pesar de todo —piensa—, a pesar de todo, ya veremos. Es sencillísimo. La cuestión es no complicarlo».

Tras largas deliberaciones se decide a pedir consejo a una agencia de viajes.

Como todo cuanto se relacionaba con su viaje a París, reflexionó el férreo Gustavo cuidadosamente y bien a fondo la cuestión de a qué agencia de viajes iba a dirigirse. No era partidario de los despachos que hay en las estaciones.

«Allí no tienen otro interés que vender billetes —pensaba—. Si me presento me embarcan con coche y todo».

Tampoco le parecían bien las agencias en cuya vitrina se veía un vaporcito. («Una cosa así quisiera regalarle a mi nieto Otto como juguete...»). Finalmente eligió Hackendahl una agencia de viajes enclavada en el edificio de un gran rotativo. Tenía la impresión, no del todo errónea, que los de la agencia tendrían algo que ver con el diario, y las gentes de los diarios están muy bien informadas de lo que ocurre en todas partes del mundo.

Un buen día, habiendo adoptado su resolución súbitamente, entró en aquella agencia elegida entre varias, y tras colgar de una percha su sombrero de copa, colocó junto a él su látigo, se volvió y estuvo contemplando el despacho y la gente que en él había. Luego, cuando hubo pasado examen a todo, dirigió se hacia un joven que se sentaba tras de una mesa que le pareció tener un aspecto más avisado que los demás empleados, sin preocuparle lo más mínimo el que el letrero que sobre la cabeza bien engominada de aquel joven rezaba:

«Cheques y divisas».

—Joven —dijo el férreo Gustavo—, no voy a comprarle a usted nada. Tan solo vengo a rogarle una información. Quiero por capricho largarme con mi coche hasta París, y me gustaría saber cuánto tiempo me llevará, el dinero y los papeles que necesito, y si tendré que aprender el francés.

Hackendahl había logrado condensar en una sola frase todas las preocupaciones y cuestiones largamente maduras. Una vez dicha, guardó silencio, mirando con entrecortada respiración al joven.

Este miró a su vez al viejo, no sin interés, mas tampoco del todo libre de la preocupación genuinamente berlinesa de ser tomado por un tonto, y acogiéndose a la última de las preguntas, inquirió:

—¿Aprendería usted el francés si fuera necesario?

—Está claro, joven —dijo el férreo Gustavo.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Este año cumpliré los setenta. ¿Es que tiene ello algo que ver con mi viaje?

—Mire, cuanto más viejo es uno, tanto más difícil le resulta el aprender idiomas —le explicó el joven.

—¿Ah, sí? Bueno, joven. Tranquilícese usted. Lo que pueden aprender los niños de pañales franceses, puedo aprenderlo también yo.

El joven de la agencia de viajes le contempló pensativamente.

—¿Quiere usted verdaderamente ir hasta París con su simón? —preguntó de nuevo—. ¿No es ninguna broma?

—¡Oiga usted! —protestó el férreo Gustavo—. ¿Cómo voy a gastarle bromas? Me es usted completamente desconocido. ¡No voy a gastarle bromas a quien no conozco!

—Bien, bien —dijo el joven, pensativamente—. ¿De modo que quiere usted ir a París?

—Eso quiero —reafirmó Gustavo Hackendahl, esperando pacientemente el resultado de aquella meditación.

Mas se equivocaba si pensaba que el joven estaba pensando en el dinero o en el pasaporte. Pensaba en un primo suyo llamado Grundeis, que dos pisos más arriba, en el edificio del rotativo, llevaba una vida anodina de aprendiz de redacción. Naturalmente, el jovenzuelo no pensaba ni por un momento que el viaje a París de aquel anciano fuera una cosa seria. Pero encontraba que aquel viejo cochero de punto era un tipo bastante cómico. Tal vez el primo Grundeis, sirviéndose de él, pudiera hacer un artículo sobre el modo de ser y el legítimo humor del viejo Berlín. Una cosa así siempre gusta leerla...

—¡Óigame! —dijo el jovenzuelo, pensativamente.

—¿Qué hay? —preguntó, esperanzado, Hackendahl.

—Conozco ahí arriba en el diario a un señor al que voy a enviarle. Seguro que él podrá informarle mejor.

Pero Hackendahl desconfiaba.

—No tengo nada que hacer con un diario. Quiero hacer un viaje y esto es una agencia, ¿no es cierto?

El berlinés comprendió inmediatamente la deseen, fianza de su conciudadano, y dijo con tono conciliador:

—Si el señor de ahí arriba no puede informarle, siempre está a tiempo de volver a mí. Pero sí podrá, y es justamente el hombre que usted necesita. Le voy a anunciar a usted por teléfono. Se llama Grundeis. Es en el tercer piso, despacho número 317.

—Me hace el efecto de que con un nombre así^[2] me convendrá. —Dijo el viejo Hackendahl. Y tal vez por causa de aquel nombre, a pesar de su desconfianza, se dejó meter en el ascensor y estuvo esperando pacientemente en la sala de espera de la redacción al joven Grundeis.

Por lo que atañe al joven Grundeis, al pelirrojo Grundeis, al zorro Grundeis, era desde hacía varios años aprendiz en la redacción, y cuando contemplaba pensativamente la parte trasera de los pantalones de sus superiores veíase obligado a decirse que tenía pocas probabilidades de encumbrarse en un futuro previsible. Los superiores ocupaban su asiento y por mucho que corriera cuando llegaban, fuera donde fuera, les encontraba ya sentados: todas sus correrías no eran buenas para procurarle un asiento. Y para esperar que alguno de los que llevaban tiempo sentados declinara y fuera arrojado, tenía el joven Grundeis el temperamento demasiado vivo.

Sufría también de ambición insatisfecha. Siempre que ocurría algo le dejaban aparte. Nadie decía de él: «Este es el que ha escrito tal cosa y tal otra», sino que le presentaban desvergonzadamente diciendo: «Este es nuestro galgo. Corre como Nurmi, Es un corredor excelente. ¿Que si escribe? Sí, también escribe. Creo haber leído algo de él. Algo que encontré en la papelería».

Grundeis padecía de ambición insatisfecha. A menudo recorría por la noche toda la ciudad en tinieblas, suplicándole al cielo que ocurriera algo ante sus narices. Algo que nunca le parecería lo bastante extraordinario y pavoroso. Mas jamás ocurría nada. Ni la menor incidencia...

En otros momentos caía en una horrible apatía. Estaba firmemente convencido de que aun cuando se derrumbara todo el mundo, el lugar en que él se encontrara permanecería intacto.

Cuando su primo le contó por teléfono lo del viejo cochero, anciano que quería irse a París, dijo con gran calma:

—¡Qué se imagina este viejo! ¡No tiene ningún mérito hacer esto con un coche! Si fuera con un patinete. Bueno, por mi parte puedes enviármelo.

Mas en su interior sentía invadirle una oleada de calor. Aquello podía ser algo, podía ser algo grande, la suerte de toda su vida. ¿Un artículo sobre el humor berlinés? ¡Puah!, ni pensarlo. Ni pensarlo por un momento. De lo que se podía sacar algo era de la clase de tipo que aquel hombre fuera. Todo el mundo puede tener ideas locas, y no era de la idea, sino del hombre que dependía todo. El individuo tenía que creer en su locura, no debía parecerle tal y había de ser el hombre capaz de llevarla a cabo...

Grundeis estuvo contemplando a su hombre. Introdujo al viejo Hackendahl en un cuarto solitario de la redacción y allí le sometió a un interrogatorio. Le hizo primero hablar, y cuando el viejo había ya soltado todo lo que le preocupaba, cuando había ya contado por tercera vez cuanto tenía planeado, empezó Grundeis a poner cuantas objeciones le vinieron a la mente, enumeró todas las dificultades, lo desmoronó despiadadamente y todo lo pisoteó.

Mientras lo iba haciendo, observaba a su víctima.

Miraba al viejo desde el punto de vista periodístico. Estuvo reflexionando en si era fotogénico, si tenía madera para ser una figura popular, si sabía hablar, si tenía gracia. Reflexionó en si estaba osificado y en cómo se conduciría ante una situación difícil, en una arenga, en un banquete, en una rotura de ejes. En si era inclinado a la enfermedad.

Sobre todo le examinó para saber si resistiría, si no cedería fácilmente, si se dejaban desanimar, si se dejaba influenciar por lo que los demás decían, si tenía en si un núcleo firme y, con especial atención, si estaba poseído de su idea...

Y cuando el viejo Hackendahl hubo respondido a la décima objeción con una seguridad impertérrita:

—Le parecerá a usted que es tan difícil, joven. En cuando esté metido, todo saldrá de por sí —fue cuando quedó convencido de haber hallado el hombre con el empeño

necesario, un hombre férreo, Gustavo el férreo por más señas...

Dijo por tanto:

—Bueno, pensaré un poco sobre el asunto. Pues no es tan fácil como todo esto, señor Hackendahl. Vuelva usted dentro de una semana. Y sobre todo, guárdelo en secreto y no cuente nada a nadie.

Ambos se miraron con una sonrisa.

—¿Él de ahí abajo de la agencia de viajes, le habrá dicho a usted que estoy un poco majareta? —preguntó Hackendahl, muy contento.

—¡Bah, son gente joven que no han visto nada del mundo como hemos visto nosotros! —dijo con una sonrisa forzada el joven Grundeis.

Y con ello se separaron en el mejor de los acuerdos.

El viejo Hackendahl pensaba que la cosa estaba ya en marcha y que se había liberado de sus preocupaciones. Pero para el joven Grundeis empezaron entonces los quebraderos de cabeza. Pues era aquel un asunto que podía convertirse en una gran cosa y el lo olfateaba.

Pero por bello que fuera había una cosa de grave: Grundeis no era más que aprendiz de redacción, es decir, galgo; es decir, un, don nadie. Un don nadie, por muchas vueltas que le de al asunto, no puede empezar ninguna cosa de envergadura. Para ello necesitaba del diario, y no tan solo de su dinero, pues no era esto lo más grave, sino de sus relaciones, de todo su aparato, de sus conexiones con la provincia, de su representante en París... de todo el diario, en una palabra.

Pero los que ponían en marcha todo aquel aparato eran los colegas, es decir, los que ocupaban sus asientos, los encumbrados, envidiosos y detractores de toda fama que no fuera la suya. Cuando se enteraran del asunto o bien lo ahogaban por mala fe o bien lo iniciarían por su cuenta, arrojándole luego al galgo como recompensa un hueso mondo, tal vez el paso por Brandeburgo. En cambio, él quería los bocados substanciosos, la partida de Berlín, el cruce de la frontera, la recepción en París y el regreso hacia Berlín... ¡Todo!

¡Qué ajeno estaba a ello el férreo Gustavo! Cuando pensaba en Grundeis imaginaba que no iba a tener más cuidados que el del pasaporte y las tarjetas postales, el del dinero para dejarle a madre y el que él tenía que llevar consigo. De la verdadera extensión y de la verdadera especie de las preocupaciones del señor Grundeis no tenía el padre Hackendahl la más ligera idea.

«¿Cómo haré para asegurar el asunto en mis manos?». Este era el tema de reflexión para Grundeis noche y día. Cuando se le ocurría pensar en el dinero o en el pasaporte, decía como el padre Hackendahl: «Todo esto ya se encontrará. Todo depende de tener asegurado el asunto en mis manos».

Entre aquella terrible incertidumbre pensó Grundeis en un hombre a quien en el rotativo conocían por el hombre de «La gallina ponedora», la gallina que pone huevos de oro. Aquel hombre, muy bien considerado —y aun mejor pagado—, no tenía otra misión que la de tener ideas. Era el hombre de las ideas, y cuando los

señores redactores y redactores en jefe estaban completamente desconcertados, acudían a él corriendo y se lamentaban.

—Ya no se nos ocurre nada y no hay a quien se le ocurra. Dinos, por el amor de Dios, qué vamos a poner para nuestro número de Pascua. ¿Qué cubierta nos recomendarías tú para el Carnaval en nuestro semanario? ¿Qué idea luminosa hará aumentar la circulación de nuestra revista? ¿Qué le gustará ver al público en la primera página de nuestro diario? ¿No tienes nada que esté bien para las amas de casa?, ¿y para las jovencitas? ¿Y para los chicos? Con nuestra novela por entregas hemos ofendido a los señores peluqueros y a su honor gremial. ¿Cómo vamos a hacerlo para congraciarnos? Hemos ya fotografiado a la estrella del cine Eva Lewa, de frente, de espaldas, de arriba, de abajo, desnuda, vestida y semidesnuda. ¿Cómo la vamos a presentar ahora?

Y a cada una de estas preguntas iba poniendo la gallina ponedora huevo tras huevo, tenía ocurrencias e ideas; a veces tardaba un rato, otras iba más rápidamente, pero generalmente triunfaba. Y como las ocurrencias eran buenas y gustaban a la gente, era una verdadera gallina de los huevos de oro, que no tan solo costaba dinero, sino que lo producía también.

A aquel hombre gordo que llevaba una vida desprovista de ambición, acudió Grundeis, el de los flamígeros cabellos. Lo encontró sentado en un rincón de una cervecería. Estaba meditando ante un vaso de cerveza.

—Siéntate, galgo —dijo—. Y no hables. Creo que se me va a ocurrir algo...

El joven Grundeis se sentó y encargó con un murmullo una cerveza para él, mientras contemplaba reverentemente al gran hombre que en cualquier caso no tenía a la sazón un aspecto muy dichoso, pues su rostro iba ensombreciéndose más y más. Paulatinamente empezó el gordo a gemir, a removerse en la silla, a secarse el rostro. Luego dio un suspiro, echó algo de la ceniza de su cigarro en la cerveza quiso pescarla y lo olvidó, porque extrajo de su bolsillo la libreta de notas...

Alto, lejano e infinitamente solitario miró al joven Grundeis y empezó a garabatear algo, se detuvo, lo volvió a mirar y volvió a guardarse la libretita de notas en el bolsillo...

—Creí que tenía algo —dijo—. Pero no es así. No se me ocurre nada. Los martes no se me ocurre nada, y menos en ese tabernucho —y, disgustado, echó una mirada en torno a la cervecería—. ¿Por qué vendré yo siempre aquí, donde nada se me ocurre? El hombre constituye el más grande de los problemas para sí mismo. ¿Has tirado tú la ceniza en mi cerveza, galgo? Suelta ya lo que quieres.

Con lo que Grundeis contó lo del viejo Hackendahl, su plan y las preocupaciones que él tenía para guardarse el asunto para sí.

—La cosa —dijo la gallina ponedora, dando su veredicto como si lo hubiera meditado desde hacía diez años— ha de empezar en pequeñas escala, con una simple noticia. Haz partir a tu coche el día primero de abril o a lo sumo el día 2, para que siempre te quede el recurso de decir que fue una broma digna de la fecha, en el caso

de que la gente no pique. Si la gente pica puedes irte extendiendo, y así ves que les gusta, puedes incluso llegarte hasta París, y venir en primera página con grandes titulares y tu foto... Este ha sido siempre el más ferviente de vuestros deseos y os pirráis por veros en fotografía en vuestro propio diario, en el que dais publicidad a tanta gente honorable y no honorable...

—¿Cree usted, por tanto, que hay algo que hacer? ¿Vale la pena? —preguntó Grundeis.

—¡Lila! ¿Crees que iba a estar aquí perdiendo el tiempo contigo por una bagatela? Anda, paga la cuenta. Esto te enseñará a pedirme consejo. He consumido siete dobles y cuatro cigarros. Ven, que iremos al director y haremos que nos concedan el dinero...

Juntos partieron hacia el rotativo a ver al director Schulze. Era aquel el hombre que tenía por misión el distribuir los fondos y guardaba su tesoro como un siniestro Cancerbero. La más entusiasmadora de las ideas no le arrancaba sonrisa alguna y de continuo se lamentaba:

—No, señores míos; esto no va para la provincia. Perderemos todos los subscriptores provincianos. Yo no pongo dinero en eso.

En el caso que se le propusiera cualquier otra cosa, exclamaba:

—¡Justo no es nada adecuado para mis berlineses! ¡Si conoceré yo a mis berlineses! Para Hamburgo tampoco va. Sí; es muy fácil soltar dinero y aún más fácil perderlo, pero ganarlo es un arte, señores míos.

A aquel amargado escéptico acudieron, pues, la gallina ponedora y Grundeis. A Grundeis solo no se le hubiera permitido jamás entrar, en el *sancta sanctorum* del director Schulze. Era para ello demasiado poco. Pero la gallina ponedora gozaba allí de excelente consideración, y amparado en él, se coló Grundeis.

—¡Director! —dijo la gallina ponedora—. El galgo rojo, que aquí ve, ha tenido una idea luminosa que se pondrá en práctica precisamente en primavera, cuando empieza a hacer calor y la gente deja la suscripción de su diario. La idea durará todo el verano...

—¡Vaya, al grano! —dijo el director—. Le conozco perfectamente. Diga ya cuánto va a costar esa idea.

—Cien mil marcos entre una cosa y otra —dijo fríamente la gallina ponedora, haciendo que Grundeis se ruborizara, pues no había contado nunca con más de cinco mil.

El director Schulze contempló con enojo los rostros de sus interlocutores.

—Cien mil marcos —dijo de mal talante—. ¿Ha visto usted alguna vez cien mil marcos sobre una mesa?

—No, pero sí en un cheque, director. ¿No se acuerda ya de los derechos que me pagaron en América por un film?

—¡Todo el día está usted envaneciéndose de sus pequeños éxitos! También por ochenta mil marcos ha de poder hacerse —de nuevo contempló los rostros que ante él

tenía—. Incluso estoy convencido de que por setenta mil.

—Digamos por setenta y cinco, director, y le cuento a usted toda la trama...

—No me comprometo a nada. Primero quiero saber de qué se trata y luego preguntaré a los señores de la Dirección, y más tarde al Consejo de Administración y después a los redactores en jefe. ¿Y qué tiene que ver en todo esto este joven?

—Es la otra condición; si no se pone el asunto en sus manos, no hay nada que hacer.

—¡Setenta mil marcos y un hombre tan joven! ¿Ha visto usted alguna vez setenta mil marcos sobre una mesa, joven?

—¡Claro que sí! —dijo Grundeis—. E incluso los he tenido en el bolsillo. Para ser más exacto durante la inflación.

Una sonrisa débil e incolora apareció en los rostros de los dos veteranos. Fue como cuando el sol luce por un momento entre un cielo cubierto de nubes. Fue como cuando a un lactante, tras de incesantes lloriqueos, se le da el pecho y se mezcla a sus lloriqueos una sonrisa lejana...

—Bueno, en todo caso no se pierde nada con hablar del asunto —dijo el director Schulze—. Siéntense, señores míos. ¿Quieren un cigarro? Bueno, bueno. Esperemos que se trate de algo amoroso. El amor es algo muy buscado en este momento.

El año viejo se convirtió en otro nuevo, el mes de enero dejó paso al de febrero. El viejo Hackendahl seguía merodeando con su coche de punto, sentándose junto a su Blücher, mientras le daba el pienso, y llevando a su casa poco o nada de dinero, igual que siempre. Y no decía ni una palabra de su proyecto.

Si bien a la sazón hubiera podido decidirse a hablar y explicar sus grandes planes y proyectos, pues ya todo estaba calculado a la perfección con los señores del rotativo y había firmado un contrato, optaba por callarse. Con frecuencia, sentado delante de madre, dispuestos a comer ante la mesa cubierta con hule, la iba contemplando mientras masticaba, con sus grandes ojos saltones que cada vez más se iban poblando de venillas rojas. La miraba fijamente...

—¿Por qué me miras así, padre? —preguntaba madre—. ¿Qué te pasa? Siempre estás mirándome así.

—¡No me pasa nada! —decía entonces el viejo Hackendahl, molesto—. Es que estoy reflexionando.

—¿Y en qué piensas, padre? ¡Y a la hora de comer precisamente! ¡Cuando se come no se debe hacer nada más, que si no no sienta bien!

—En nada —decía Hackendahl.

Pero vaya si reflexionaba. Reflexionaba de continuo en cómo se las iba a componer para decirles a madre y a todo el resto de la familia lo de su viaje a París. Y no es que tuviera miedo de que ellos pudieran impedirselo, pues en toda su vida no había hecho más que su santa voluntad. De lo que tenía miedo era de sus habladurías, de las lamentaciones de madre, de las perpetuas quejas y lloriqueos. ¡Ni siquiera cuando dormía se encontraba a salvo!

Con el que hubiera sido más fácil explicarse era con Heinz, mas a este casi no se le veía; estaba siempre en danza. Había ingresado en uno de los muchos partidos que por entonces pululaban.

—¡Que no hayas sabido resistirte! —había dicho el anciano, desaprobando—. No te comprendo, Bubi. Hasta ahora teníamos treinta emperadores, reyes y príncipes, y ahora tenemos treinta partidos. Y tú apoyando a este. No eres más que un pelele electoral.

—Ya hablaremos sobre esto, padre —había dicho Heinz sin inmutarse y con una sonrisa—. Ahora tengo que irme pitando. Estamos en... Estamos en danza otra vez.

El viejo Hackendahl estuvo observándole no del todo descontento. No podía negarse que el chico se había rehecho en los últimos meses. De un fracasado amargado en que se había convertido, pasaba a recuperar su juventud, su frescura y buen ánimo. A uno le entraban ganas de llamarle de nuevo Bubi. Y así lo hacía.

Mas no cabía ni pensar en hablar con él, en extenderse con él en conversaciones sobre el gran viaje a París, ni convencerle para que apoyara con madre su causa. Pera

ello tenía el chico la cabeza demasiado ocupada con su partido...

Por lo tanto, el padre decidió dejar que todo se fuera revelando por sí mismo. Cuando la cosa estuviera muy avanzada ya lo notarían. Y al fin y al cabo, cuanto más tarde lo notaran mejor, pues así les quedaría menos tiempo para chismorrear.

Y así fue que estaba ya casi finalizando febrero cuando encontró Irma la noticia en un diario que...

Leyó y se quedó atónita. Se fue corriendo hacia su madre, se la leyó y quedaron las dos perplejas. El mismo día anterior padre se había detenido con su coche a la puerta de la tienda y había llevado a dar una vuelta al pequeño. ¡Y no les dijo ni una palabra!

—Debe de ser un error —dijo Irma, mirando fijamente el periódico completamente desazonada—. Pero aquí está bien claro, y por lo general no se equivocan nunca.

—¡Seguro que Heinz está enterado! —se condolió la viuda Quaas—. ¡En cosas de estéis los hombres siempre se apoyan!

—¿Heinz? ¡Estoy convencida de que no tiene ni idea! —exclamó Irma, indignada.

Y ambas se enfrascaron en la cuestión de si un hombre le tiene más apego a su padre o a su madre, perdiendo de vista con esta disputa la noticia que fue su causa.

Mas por la noche, cuando Heinz regresó a casa y se sentó bastante cansado sobre la cama a cepillar sus propias botas, le preguntó Irma en tono bastante subido y agresivo:

—Oye, ¿es que no lees los diarios?

—¿Por qué...? —preguntó sorprendido en primer lugar por el tono y luego porque tenía conciencia de haber leído durante aquellos últimos tiempos más diarios de cabo a rabo de cuanto hubiera hecho en su vida, ya que tenía que saber lo que pasaba a su alrededor.

—¿No has visto entonces esto? —le preguntó Irma, señalándole la noticia con el dedo.

Lo primero que miró Heinz no fue la noticia, sino el título del diario.

—¡No leo ese diario! —dijo evasivamente—. ¡Hay que ver lo que escriben!

—¡Lee, pues! —dijo Irma, con impaciencia.

No eran más que unas diez líneas. Una verdadera noticia Grundeis. Y decía lo siguiente:

EL DECANO DE LOS COCHEROS DE PUNTO BERLINÉS PARTE HACIA PARÍS.

Gustavo Hackendahl, que con sus setenta años es el cochero más antiguo de Berlín, iniciará a principios de abril un viaje a París. Va a realizar todo el viaje de ida y vuelta en su coche de punto, que ostenta el número 7. Por lo que

de París nos dicen, el Sindicato de Cocheros parisienses prepara una solemne recepción al valiente berlinés, a quien con justicia se le llama «Gustavo el férreo».

—¡Es el colmo! —dijo Heinz, mirando con fijeza al diario, sin poder dar crédito a sus propios oros—. ¡Es imposible! —murmuró perplejo.

Irma observaba con aire crítico, pero estaba ya convencida de que Heinz no tenía antes de entonces ni la menor idea acerca de ello, y, por lo tanto, había tenido ella razón en contra de su madre.

—Creo que es mejor que lo sepas —dijo cautamente. De repente cayó el rayo de entre las nubes.

—¡Tú lo sabías ya! —exclamó él—. ¡Padre había hablado contigo acerca de ello! ¡Naturalmente que lo sabías! ¡A espaldas mías! —Y con amargura añadió:— ¡Y a esto le llamas tú matrimonio!

—¡Permíteme! —exclamó Irma con indignación—. No tenía la menor idea. Precisamente creí que tú y tu padre... Es decir, madre opinaba... —Prefirió callar lo que su madre opinaba—. Se me ha ocurrido pensar —dijo— que tal vez sea una broma de primero de abril.

—¡Una broma de abril! —exclamó él—. Por está época... ¡En febrero!... ¡Qué líos te haces! —Y miró de nuevo el diario—. Pudiera ser —al poco, con más calma— que padre haya caído en manos de algún redactor bromista. Pero suena a verdadero; hace el efecto como si hubiera algo de cierto en todo ello. ¿Qué haremos, Irma?

—Habla primero con padre —decidió ella.

—Naturalmente. Pero estamos bien si padre se ha metido una cosa en la cabeza y ha encontrado quien le anime. Para ellos no es más que una diversión. —Suspiró—. A padre le creo capaz de todo. Tan solo que no están los tiempos para cosas de estas. Hoy en día hay que hacer algo serio para arreglar nuestra situación. ¡No pamemas de esas!

Y miró de mal talante al periódico.

Irma guardaba silencio. No compartía el punto de vista de su marido, pero, como mujer prudente, callaba cuando veía que no podía variar nada. Cuando Heinz contaba cosas del partido y de sus planes, le parecía imposible que proyectaran todo aquello. ¡Querían revolver el mundo! Pensaba ella que mucho mejor que todos aquellos grandes proyectos sería que Heinz encontrara un poco de trabajo...

Heinz decía algo así:

—¿Qué vamos a conseguir si encuentro trabajo y todo queda como está? ¡Al poco tiempo volveré a estar sin él! No; primero hay que modificar las bases, y el trabajo vendrá entonces por sí mismo...

Irma no creía en el trabajo que había de venir «Por sí mismo». Pensaba también con frecuencia que si Heinz aplicara toda la energía que al partido dedicaba a buscar trabajo, haría ya tiempo que ganaría su pan.

Pero Irma guardaba silencio acerca de todo ello. Había comprobado que su marido estaba más contento, más libre. Incluso tal vez tuviera razón con sus puntos de vista. A pesar de que no le creía, admitía la posibilidad. En todo caso, como no podía cambiar nada con su intervención ni con sus reproches, decidía callarse.

—Mejor será que hables con padre —repitió finalmente.

—Sí; esto es lo que haré —dijo él, levantándose—. ¡Dios mío, qué cansado estoy! —suspiró, quitándose su chaqueta—. ¡Ah, Irma! —exclamó bruscamente—. ¡Si le dejaran al menos a uno las manos libres! ¡Si no se interpusieran de continuo! Hemos propuesto en el Reichstag la moción para la adopción del trabajo obligatorio. Sería un millón de gente joven que en vez de vagabundear trabajaría la tierra como servicio, ¿comprendes? ¡Pues lo han rechazado! ¡Dicen que no hay suficiente trabajo para ellos! ¡Que no hay suficiente trabajo en un país en que todo se está desmoronando, Irma!

—Yo no sé, Heinz. No entiendo nada de esto. Pero los que mandan...

—¿Crees que entienden algo? De lo único que han entendido es de convertirnos en parados. ¿No es cierto, Irma?

—No sé, no sé. Tal vez sea también culpa de los tiempos. La guerra...

—¡Ah, Irma! —dijo Heinz—. Siempre buscas excusas. Hay que hacer algo para que cambien las cosas y no siempre excusar que sean así. —Miró en torno suyo y vio el diario—. Bueno; pues iré ahora a ver a padre. Si se me hace tarde, no te olvides de sacarme de la cama mañana a las seis, sea como sea. Puedes usar el sacudidor, si quieres. Mañana tengo que...

Presurosamente fue a ver a su padre, al que encontró en la cuadra.

Levantando la vista lanzó este una mirada fugaz a su hijo y volviendo a inclinarse prosiguió engrasando cuidadosamente una de las pezuñas del caballo.

—¿Qué hay, Bubi? —dijo mientras lo hacía—. Leo en tu cara lo que quieres decirme. Pero es mejor que no digas nada. También a Blücher le toca irse. Dicen que no resistiría el viaje hasta París. Me darán uno nuevo. Es una lástima, por Blücher, que era un caballito muy bueno. Muy distinto del viejo Rucio. ¿Te acuerdas aún de Rucio, Bubi?

Heinz guardó silencio. ¡De modo que era verdad, que no era una broma abrileña el que el padre quisiera realmente ir a París!...

El padre, ocupado con la pezuña de su caballo, lanzó una mirada oblicua y taimada a su desolado hijo.

—Óyeme —dijo finalmente—. Ahora no te parece nada bien, ¿verdad? ¡Y tú tienes la culpa de todo!

—¿Yo? —Heinz se sobresaltó—. ¿Qué quieres decir con eso padre? Yo jamás...

—¡Y tanto que sí! Siempre has estado predicando que, en vez de hablar tanto, lo que debíamos hacer era obrar, pues bien, Heinz, ahora hago algo. Cada cual según sus posibilidades. Tú te colocas algo en el ojal, y yo me voy a París. ¿Qué más puede hacerse?

—Padre —dijo Heinz—, hazme el favor de no hablar así. Sobre esto no entiendes tú nada. Tal vez seas demasiado viejo, pero ya verás...

—¡Naturalmente que veré! No, Heinz, en esto no tienes razón. Yo he perdido la fe, he perdido la confianza en todo... No quise desengañarte, y te dejo tu fe. Eres joven y hasta incluso me gusta que no seas un fresco como los demás golfillos de hoy en día... Pero, puesto que yo te dejo en tu creencia, déjame tú a mí mi diversión. También un viejo ha de tener su diversión de vez en cuando. Es muy triste, Bubi, no ser ya más que un viejo. Puedes creérmelo.

—Los tipos estos del diario te están tomando el pelo, padre —dijo Heinz—. No lo hacen, ni con mucho, por ti.

—No, no, Heinz; estate tranquilo. Tengo firmado con ellos un contrato en regla.

—¿Un contrato? ¿Qué clase de contrato?

—¡Bah, nada de particular! No es más que yo me comprometo a hacer el viaje a París de ida y vuelta y ellos corren con todos los gastos y me regalan un nuevo caballo. Luego me dan quinientos marcos para madre, y lo que pueda ganar de la venta de tarjetas postales y demás, queda también para mí, con la única condición que les conceda la exclusiva de imprimir artículos acerca de mi y publicar mis fotografías. No está mal, ¿verdad?

Heinz Hackendahl vio que su padre era presa de gran excitación y se sentía muy dichoso por lo del contrato. Sin embargo, le rogó:

—¡Padre, no lo hagas! Vuélvete atrás y diles que te has puesto enfermo, o que te sientes demasiado débil...

—Pero ¿por qué? ¡Como si madre y yo no tuviéramos preocupaciones! Lo que saque de la venta de Blücher puedo también quedármelo.

—¡Es que no lo resistirás, padre! Piensa que, a tus años, tener que estar expuesto a todas las inclemencias del tiempo en el pescante...

—¡Mira, mira! —dijo, con sonrisa forzada, el anciano—. ¡Qué hijos más atentos tengo! Tener que resistir al mal tiempo desde el pescante. No se te ocurre decirme esto cuando voy dando vueltas por Berlín.

Heinz mordió se los labios:

—Déjalo, padre —volvió a rogar, a poco—. No lo podrás resistir, y nos desacreditarás. A toda la familia...

Se detuvo, porque el viejo había levantado la cabeza tan rápidamente que incluso el caballo se asustó.

—¡Quieto! —exclamó el viejo para tranquilizar al animal—. Deja, Blücher, no te intranquilices por la tontería de los demás...

Y dirigiéndose al hijo, dijo:

—¿A qué viene eso de desacreditaros? ¿Es que no puedo hacer lo que quiero? ¿Te he impedido yo que hicieras las tonterías que has querido? Sé de un tiempo en que cada noche acudías, corriendo a una cierta villa y la pasabas fuera de casa. ¿Te he impedido yo hacer tus tonterías? ¡Pues déjame tú hacer las mías!

Y fulminaba con la mirada a su hijo. Volvía a ser el antiguo Hackendahl, el del cuartel y el de la cochera; ni el tiempo ni la edad habían logrado dar al traste con él.

—¿Que yo desacredito a la familia? Conozco hermanos y hermanas tuyas que han desacreditado a la familia de un modo muy distinto y que han arrastrado nuestro nombre por el fango. Ya sé, Bubi, que tú no tienes en ello ninguna culpa y que has sido siempre un rapaz honrado. Pero no has acudido corriendo a tus hermanos a espetarles en la cara: «Dejad de hacer vuestras tonterías, que me desacreditáis». ¡Eso has tenido que venir a decírselo a su padre!

Miró al hijo y sacudió la cabeza.

—No te pongas de esta forma, Bubi. ¿A qué viene? Deja que un viejo se de ese gusto. Si la gente se ríe de mi, a ti no te han de dañar. Te insultan a ti cuando vas con tus cosas del partido por la calle, y de mí se reirán: ¡Déjales!

Y cogió con tal cariño al hijo, pasándole el brazo por el hombro, como no había hecho casi nunca.

—¡Anda, Bubi! Ya veo que no hablas con la sola idea de fastidiarme, sino que crees seriamente en lo que os espera. Pero yo no puedo creer, y es demasiado pedirme que por tu creencia renuncie yo a mi placer...

El hijo miraba ante sí, medio subyugado. Pensaba en otros, en muchos otros más instruí dos y más inteligentes que su padre que llegaban hasta a no concederle la bondad de su creencia, que reían de todo cuanto decía, que le perseguían por tener fe en una idea que no le acarrearaba provecho alguno personal...

—Bueno, padre... —dijo finalmente.

—¡Lo ves, Bubi!, ya sabía yo que eras un chico razonable. Y ahora hazle a tu anciano padre un verdadero servicio. Vete a donde madre y explícale con toda suavidad lo de mi viaje. Ya se barrunta algo, pero aún no sabe nada de cierto. Anda, ve a hacerlo. Tú eres el más indicado para decírselo. Sé amable, ¿eh, Bubi?

Y así sucedió que Heinz Hackendahl, a quien en aquellos tiempos se le volvía a llamar con razón Bubi, pasó a ser el portador de una noticia y el defensor de una causa que hubiera querido combatir hasta la muerte.

El mes de marzo sucedió al de febrero. Se acercaba abril, y todo el mundo había tenido tiempo de acostumbrarse a la idea de que el viejo se disponía a emprender un largo viaje. A todos les parecía completamente inverosímil, pues el férreo Gustavo no dejaba traslucir la menor fiebre viajera. Como siempre, seguía encaramándose al pescante de su coche, esforzándose por ganar su dinero cotidiano.

Lo único que hacía de insólito era contemplar pensativamente, de vez en cuando, al nuevo rocín, al que por motivos desconocidos había bautizado con el nombre de «Grasmus», «No sé —decía al hacerlo—, es un caballo muy mono y que de seguro será voluntarioso. Pero no sé si podrá con dos mil kilómetros de una tirada...».

Y le palpaba las piernas, sacudiendo de continuo la cabeza, con gran preocupación.

A finales de marzo pareció como si todo fuera a quedar sin efecto, pues el viejo Hackendahl enfermó. Por primera vez en su vida se puso verdaderamente malo. Tuvo una gripe. Naturalmente, estuvo afirmando que no tenía la menor molestia, hasta que no pudo más. Con cuarenta grados de fiebre se acostó, rechinándole los dientes, mientras iba gimiendo:

—¡Y que tuviera que pasarme esto a mí! ¡No he estado nunca enfermo, y voy a estarlo ahora, que tengo proyectado el más grande viaje de toda mi vida! ¡No me dejaré atrapar! ¡Madre, dame un poco más de esa tisana! ¿Qué más puedo hacer? Estoy dispuesto a hacer lo que sea con tal de poder ir a París. Si no logro ir, nada habrá servido de nada.

Durante el tiempo que duró aquella enfermedad, los convenció a todos. Si tan desesperante le resultaba no poder ir a París...

—Heinz, ¿le haces ya hacer ejercicio al caballo? Dile al carnicero que lo enganche al carro cuando vaya al matadero. No quiero que «Grasmus» se anquilese. ¡Ay, Dios, si no logro llegar hasta París!

—Sí llegarás, padre. Seguro que llegas —llegaba incluso a decir madre, a pesar de estar horrorizada ante la sola idea de aquel viaje.

—¡Bueno, pelirrojo! —exclamaba el viejo entre la fiebre, los escalofríos y el sudor—. Está pasando sus angustias, ¿eh? ¡Bah, no se preocupe! Durante toda mi vida una palabra mía ha sido una palabra. En esto he sido siempre férreo. Ya lo sabe usted, Gustavo el férreo...

—Tal vez pudiéramos publicar un sueltcito —decía Grundeis, quejumbrosamente— diciendo que se ha puesto enfermo y que hará el viaje un poco más tarde, ¿no le parece?

—¡Nada de más tarde! Para un anciano como yo no hay ya más tardes que valgan. Lo que quiero hacer lo hago al momento. Partiré para este viaje el día y a la hora que tenemos proyectado.

—Pero si no faltan más que tres semanas —gemía el desdichado.

—¡Precisamente! Si en una semana me he puesto enfermo, ¿por qué no voy a curarme en tres? ¡Estaríamos apañados! ¡No lloriquees, madre! ¡No llores ni te apenes, que en París no me verás!

Y el viejo se dejaba caer de nuevo en su almohada, muy satisfecho de sí mismo, y se dormía con una sonrisa en los labios.

—¡Jamás nos saldremos de esta! —se lamentaba el rojo Grundeis.

—Padre ha de restablecerse —decía Heinz, hablando a impulsos de su corazón—; se ha de poder dar ese gusto.

—Yo le hubiera dejado disfrutar de ese viaje —lloriqueaba madre.

—¡Seguro que se restablecerá! —decía Irma—. Nada le abate a padre.

—No lloriquees ni te apenes, que en París no me verás —murmuraba, en sueños, el viejo Hackendahl, con una sonrisa en los labios.

Ante la entrada principal del rotativo detúvose el coche de punto n.º 7, pomposamente decorado. Llevaba prendido en su parte trasera un gran cartel, que decía:

GUSTAVO HACKENDAHL
el decano de los cocheros de punto berlineses,
parte con su simón para el recorrido
Berlín-París-Berlín

Tocaba una banda, los curiosos se detenían, leían, reían y continuaban su camino. El bayo «Grasmus» trataba, en parte con éxito y en parte sin él, de mordisquear su guirnalda de flores, más no se veía ni por asomo al cochero.

Estaba aún en el interior del rotativo, despidiéndose. El director, Schulze, le dio la mano, deseándole mucha suerte.

—Y piense usted, durante el viaje en lo mucho que...

Quería añadir: «hemos invertido en usted»... pero a la vista del círculo de oyentes, dominó su mezquina tacañería y dijo: «en lo mucho que esperamos de su salud».

—En cuanto a esto, volverá a ir como una seda —dijo el férreo Gustavo, impertérrito—. ¿Quiere usted una tarjeta postal, señor director? Son a un *groschen* cada una.

Palidísimo y tembloroso, vigilaba Grundeis a su protegido. ¿Qué tal se comportaba? ¿Producía buena impresión? ¿No hubiera habido que acortarle un poco la barba? ¿No se excedía en la venta de tarjetas postales?

¡Ah, aquel anciano que partía a través del mundo y de cuyo viaje dependía la dicha y el éxito de un joven! Él no sospechaba nada. No pensaba más que en sí mismo.

En aquel momento habíase vuelto hacia el director general, Klotsche, y le ofrecía una docena de tarjetas postales, rechazando hacerle una rebaja por quedarse con tan crecido número.

¡Verdaderamente, se excedía! ¿Y qué tal iría en cuanto estuviera en París? Se tropezaría con un idioma desconocido y con gente también desconocida.

«¡Ah, si no me hubiera embarcado en todo esto!». Pero tal vez fuera por bien: ¡Todos los presentes reían! Todos miraban con buenos ojos al viejo cochero, con su capote azul y su sombrero de copa blanco. ¿Tal vez hubiera debido dársele más extensión al asunto? En la calle, los curiosos eran poco numerosos, pues la mayoría lo habían tomado como una broma abrialeña. ¡Pero la gallina ponedora se había mostrado recalcitrante a extender muchos laureles...!

Grundeis sudaba, palidecía, se ruborizaba. ¡Ah, tenía mucho más miedo que el viajero!

En aquel momento le entregaron un ramo de flores. ¿Cómo iba a comportarse? La donante es la secretaria del director general, una mujer de gran valía. Se le hubiera debido de advertir. ¡Ah, si es como un chico inconsciente! Era imposible advertirle de todo cuanto pudiera pasar en el transcurso del viaje.

Gustavo Hackendahl mira fijamente ora al ramo, ora a la donante.

—¿Qué voy a hacer con él? —pregunta—. Mi penco no come flores. Tome, quédeselas usted.

Y el ramo va a parar a manos de Grundeis.

Por suerte ha sido el primer gran éxito de jovialidad. Todos están contentos. Los superiores sonríen, y ríen los subordinados. ¡Magnífico!

La gallina de los huevos de oro se acercó, más gordo y más ensimismado que nunca. Le estrecha al férreo Gustavo la mano, con gran solemnidad, como si le estuviera dando el más sentido pésame. ¿Qué le pregunta aquel miserable burlón al anciano? ¿Quiere tenderle una añagaza?

—«¿Parlez-vous français?» —le pregunta.

Y Gustavo Hackendahl contesta, impertérrito:

—«Yes».

Suenan risotadas atronadoras.

El cortejo oficial va de despacho en despacho, y la venta de tarjetas postales va como sobre ruedas. Acércase la primera cazadora de autógrafos en busca de su presa...

—¿Qué, señorita? ¿Cómo? ¿Que le ponga mi firma? ¿Para qué? Para que después escriba usted encima de ella que me ha prestado cien pavos, ¿eh? ¡Qué va! ¡El férreo Gustavo no es un idiota! Oiga usted, pelirrojo, escriba usted su nombre aquí, que le va mucho mejor a una chica joven.

¡Otro éxito! No, verdaderamente, el viejo Hackendahl no tiene nada de tonto y se adapta perfectamente a la situación. No está asustado, pues sabe lo que de él esperan. No es cuestión ni de solemnidades ni de parloteos acerca de la fraternidad entre dos naciones. Se hacen unas cuantas bromas, y ya está. ¡Le gusta tanto reír un poco a la gente, y quedan tan agradecidos al que consigue provocar su hilaridad! ¡Pues a reír se ha dicho!...

—¡Espere un poco, joven! ¡No tenga tanta prisa! —dice, dirigiéndose a Grundeis—. ¡Ya llegaré a tiempo a París! Mi tren especial no se va sin mí. Primero tengo que cambiar mi dinero...

Y vaciando sus bolsillos hace que el cajero le cambie los *groschen* por billetes.

—¡No va nada mal el negocio! He vendido aquí, en la casa, casi quinientas postales. Estoy verdaderamente satisfecho de vosotros, los jóvenes de ahí. La próxima vez que tenga que suscribirme a algo pensaré en vosotros.

No puede hacer más. Surge por sí mismo. La verdadera jerga berlinesa celebra en

su boca una orgía a pesar de no haber él nacido en Berlín sino en un pueblecito de Pasewalk...

Son casi las once cuando el férreo Gustavo vuelve a encaramarse al pescante de su simón. En el ínterin, «Grasmus» ha ido mordisqueando casi enteramente las guirnaldas de ornato, pero no hay ya tiempo de arreglarlas, pues los músicos se impacientan:

—Tenemos las piernas heladas, Gustavo, y tú, paseándote por ahí.

Suena la marcha triunfal, y el bayo se inquieta al oír el insólito ruido, cual si bailara. Gustavo se quita el sombrero de copa y saluda hacia las múltiples ventanas del rotativo, llenas de sonrientes rostros.

En el interior del simón está ya esperando un invitado de honor, para el que no rige el taxímetro. En calidad de tal tiene derecho a viajar gratis, y los colegas del rotativo le contemplan en parte con benevolencia y en parte con envidia.

Gustavo Hackendahl vuelve hacia él la cabeza y dice:

—Bueno, ¿qué tal nos hemos salido, señor Grundeis?

—Magníficamente para el comienzo. En el primer suplemento le hago salir a usted.

—¿Ve usted cómo mira la gente? No es solo a causa de la música. Me miran a mí —y tras un suspiro añade—: ¡De vez en cuando la vida es bella, pelirrojo! —¡Y que 10 diga!— dice el pelirrojo, entusiasmado.

—En rigor —opina Hackendahl, pensativamente— debería bajar del pescante en cada esquina y vender unas cuantas tarjetas postales, pero perderíamos demasiado tiempo. ¿No le importaría a usted, señor Grundeis, ir repartiendo algunas, mientras el coche va rodando?

—No se vaya a volver codicioso, señor Hackendahl —dice Grundeis—. No viaja usted por interés. Viaja por placer.

—¡Ah! Bueno, como a usted le parezca. Espero que sí será un placer.

A todo esto han llegado ante el Ayuntamiento berlinés. Ante la casa roja.

—Bueno, vamos —dice el viejo Hackendahl, saltando a tierra—. Deme usted el librito, señor Grundeis —y coge la cartilla encuadernada en cuero—. Estaremos de otro talante cuando, al regresar, volvamos a entrar ahí con el librito ese lleno, ¿eh? Mirad bien, chicos Podéis luego contarles a vuestras madre que habéis visto al más loco cochero de Berlín, que parte hacia París. Les gustará a ellas enterarse de que en Berlín los locos tienen aún derecho a circular en libertad. Venga, Grundeis.

Grundeis se niega a penetrar en el Ayuntamiento.

—Ya le anuncié a usted, y me queda un encargo que hacer.

Hackendahl tiene que entrar solo. Una oficina pública es algo muy distinto que un rotativo, y un funcionario algo también muy distinto de un redactor. Allí nadie concede la menor atención a Gustavo Hackendahl.

—Bueno, entrégueme el pasaporte. Con sus ideas locas lo único que consigue es

dar trabajo, y luego no se volverá a oír nada de usted. Bueno, pues: A las once y treinta y cinco minutos del día 2 de abril se presenta el cochero de punto Gustavo Hackendahl, como acredita por su pasaporte, declarando en este Ayuntamiento de la ciudad de Berlín que se dispone a partir para París en su simón n.º 7. ¿Está bien?

—¡Sin duda debe de estar todo en regla! —suspira Hackendahl, un poco desilusionado por aquel recibimiento—. Pero a mi regreso me pondrá usted mejor cara, ¿eh?

—¡Ande, ande, váyase! No tenemos aquí tiempo que perder en habladurías. Aquí se trabaja en serio, mi buen hombre.

—¡No me diga! —dice Hackendahl, con forzada sonrisa—. ¿También trabajan ustedes? Yo creí que no hacían más que emborronar papel.

Y dicho esto apresúrase a marchar, pues un funcionario airado resulta peligroso. Pero lo hace sin convencimiento.

«¡Vaya tipo!» —murmura para sí—. «No se entusiasma por nada. ¡Ya verá cuando regrese!».

En cuanto está en la calle, desaparece su enojo. Se amontonan allí varios curiosos, y los guardias tienen que ir abriéndole paso... A poco llega Grundeis, con grandes prisas, y salta al interior del coche...

—¡Andando! —exclama—. Pero retenga bien al caballo, que va a oír algo bueno.

Y apenas se ha puesto el coche en marcha óyese un griterío ensordecedor de bocinas y voces humanas por toda la plaza. Todos los autos hacen sonar sus bocinas y sirenas guardando un ritmo como concertado de antemano.

—Los chóferes berlineses le dedican una serenata en su honor —grita Grundeis al oído de Hackendahl—. ¿Oye usted? Están tocando: «Hay que ir, hay que ir...».

—¡Ni pensarlo! —le grita Hackendahl a su vez—. Lo que tocan es «A quien Dios le concede su gracia...». ¡Si se entiende perfectamente! ¡Qué poco instinto musical tiene usted!

El estrépito se va contagiando. Los tranvías eléctricos hacen sonar su campanilla, los chiquillos silban metiéndose los dedos en la boca, la gente se grita cosas unos y otros, entre risas jubilosas, trozos de la marcha que toca la banda se mezclan a la confusa maraña musical. Con los rostros enrojecidos por el enfado, corren los guardias de una parte a otra, reprendiendo a los chóferes causantes de aquel desorden.

Agitando su sombrero de copa pasa el viejo Hackendahl entre el tumulto. Paulatinamente va menguando el estrépito, y la banda toca su última pieza. Hackendahl acucia al bayo con la fusta. «Grasmus» empieza a trotar, y el cochero pregunta, volviéndose:

—¿Qué, señor Grundeis? ¿Qué tal va? ¿Sigue usted acompañándome? Hasta aquí ha sido usted mi invitado, pero de ahora en adelante empezará a funcionar el taxi...

Y mientras dice esto oprime la palanca del taxímetro, que hace desaparecer el cartelito de libre. Van atravesando la ciudad como un simón ordinario. Mil veces ha circulado el viejo de aquella forma por todas las calles berlinesas; la única diferencia

que aquel día ofrece es que pende del coche un poco de follaje de adorno y que por detrás le cuelga un cartel que la gente no ve o ve demasiado tarde...

—Por lo menos ha de llegar hoy hasta Potsdam —dice Grundeis, como advertencia.

—¿A Potsdam? Hoy llego hasta Brandeburgo, señor Grundeis —declara Hackendahl despreciativamente—. A buena hora llegaría a París si ya desde hoy me dispusiera a ir a dormir en Potsdam.

El bayo trota más velozmente.

—Ese se cree que va hacia casa. Sí, vamos a casa, «Grasmus», pero continuaremos luego hasta más lejos. ¿Has oído hablar de París. «Grasmus»? No te gustará, porque según parece allí no les dan a los pencos más que maíz.

—¿Y por qué le llama usted «Grasmus» al rocín? ¿Qué significa?

—No lo sé. Constaba en la factura del vendedor.

—¿Grasmus?

—Naturalmente. ¿Es que tiene algo en contra de ese nombre?

—¡Espere un momento, Hackendahl! ¡Me estoy haciendo un lío! De seguro que lo que allí decía era Erasmus.

—No sé. ¿Qué quiere decir Erasmus?

—Erasmus era un hombre muy piadoso.

—No, no, pelirrojo. Prefiero quedarme con «Grasmus». ¡Piadoso y hacer un viaje a París! ¡No le va! Lo que noto, señor Grundeis, es que el coche no hace ningún efecto. La gente ni se vuelve siquiera.

—¡Bah, es que aquí están aún habituados a los coches! Ya verá en cuanto haya salido un poco de la ciudad...

—No, no. Hay que cuidar un poco de la decoración. Y ya sé lo que voy a hacer ...

Al pasar por delante de la tienda de la viuda Quaas se detiene y compra toda una serie de banderas y pabellones.

—Esto le toca pagarlo a usted, *Grundeis*. Entra en los gastos generales, según dice el contrato. ¿Qué hay, señora Quaas? ¿Damos unas vueltecitas de vals como cuando nos convertimos en suegro y suegra?... ¿O prefiere usted otra clase de *diversiones*?

—¡Señor Hackendahl, que siempre ha sido usted un hombre muy serio!...

—Hoy, no; hoy me voy de viaje. Hoy salgo para París. ¿Está Heinz ahí? ¡Ah, claro que no! Estará de servicio. Salúdele de mi parte y dígame que haga por que esto haya cambiado de aspecto a mi regreso. ¿E Irmita? ¿Está planchando? Es una chica muy dispuesta. Salúdela usted también de mi parte. No; no puedo esperar ya más. Tengo prisa por llegar a París. Prenda bien las banderas, pelirrojo. Han de aguantar un buen rato. En cada ciudad por la que pase me compraré la bandera local. Así tendrá el coche un cierto buen aspecto, Hay que tener el sentido del adorno. ¿Le gustan mis tarjetas postales? «El cochero de punto, trastornado con su loca idea del viaje de ida y vuelta a París; a un *groschen* cada una. Todo un sombrero de copa lleno de locura y lo

que hay debajo de él un *groschen...*».

—Este hombre está loco perdido —susurra la viuda Quaas.

—¡Vámonos ya! —advierde Grundeis—. ¡No llegará usted a Potsdam!

—¡Hasta Brennabor, pelirrojo! —dice Hackendahl, disponiéndose a partir. Luego dice a su pasajero:

—¡No sabe usted, señor Grundeis, cómo me gustaría ya haber pasado la entrevista con madre! Madre piensa que no voy a poder resistirlo. Dice que no volveré. ¡Ay, Dios! Aquí está.

Y verdaderamente allí está en el bordillo de la acera, sentada sobre un saco de avena que debe cargarse en el coche a guisa de supremo refuerzo para «Grasmus».

Alrededor de madre hay varias personas en pie. Y, ¡oh sorpresa!, hay también cinco o seis coches de punto parados. El espectáculo no es tan imponente como el de delante de la Casa Roja. Aquello no es más que la Werxstrasse en Wilmersdorf, pero a pesar de todo resulta bonito.

—Madre, ¿qué haces ahí en medio de la calle?... ¿Delante de tanta gente?

—Qué importa, padre, puesto que eres tú que nos has puesto en evidencia. Toma, come... Y «Grasmus» que coma también. No dejaría que nadie me impidiera daros de comer...

Y Gustavo Hackendahl, que se ha convertido en un personaje que atrae la atención pública, se sienta en una de las esquinas del coche a comer una pata de cerdo con coles agrias y puré de guisantes. La señora Hackendahl se sienta en otra de las esquinas y se echa a llorar, convencida de que no le va a volver a ver con vida, mientras le va recomendando que se abrigue bien, que coma caliente y que no beba tanto...

—¡Estoy segura de que no te volveré a ver!...

De vez en cuando interrumpe Hackendahl su colación para vender tarjetas postales. El joven Grundeis, sentado en el pescante con su libreta de notas sobre las rodillas, esboza su primer artículo, que quiere hacer en verso. Tal vez el ambiente no sea poético y difícilmente podrá hacerse de ello un soneto o una oda. Pero le parece ver en ello como una imagen de la vida. Algo inconmensurable se desprende de aquel matrimonio sentado tras de él en el coche, llorando, comiendo, dudando y hablando de calcetines secos...

—Naturalmente, me recortarán las cosas más bonitas que pueda decir sobre ello.

Finalmente, son ya casi las tres cuando el coche parte hacia las afueras de Berlín, dirigiéndose hacia el Oeste, hacia París...

El coche número 7 ha atravesado Berlín, y a la sazón está ya en las afueras.

Mucha gente le ha visto pasar, le ha sonreído y saludado con signos amistosos, olvidándole al instante. Apenas si alguna de aquellas personas se le ocurre por la tarde o por la noche decir:

—¿Has visto el coche ese con el cochero que quiere ir a París? ¡Vaya ánimo el de este viejo!

Y verdaderamente el viejo tiene denuedo. A la sazón ha salido de Berlín. «Grasmus» trota alegremente hacia Potsdam y no tarda en llegar allí. En el puesto de policía, en donde quiere que conste su paso, le acogen entre risas:

—¡Pronto se hartará usted de su idea! ¿Dónde quiere pasar la noche? ¿Aquí?

—¿Con ustedes? ¿En Potsdam? ¡Yo pernocto en mejores ciudades! ¡Hoy pienso llegar hasta Brennabor!

—¡Pues no pierda usted tiempo y salga! ¡Dele un buen achuchón al caballo!

—Todo se hará señor comisario, y muchísimas gracias. Aquí tiene una tarjeta postal que puede colgar de la pared para ir diciendo luego que Gustavo el férreo estuvo visitándoles.

Y sigue luego su camino más y más allá, mientras el crepúsculo se va convirtiendo en noche cerrada. Atravesando el Havel llega a Werder. Hasta aquel punto ha llegado alguna que otra vez, no muy frecuentemente. En los varios años que conduce el coche le ha tocado algunas veces llegar hasta allí, durante los tiempos de las vacas gordas. Tales trayectos le daban a ganar unos veinte marcos, y veinte marcos de aquel entonces eran bastante más que ahora. Al regreso, los pasajeros solían llegar achispados de aguardiente de frutas, y uno tenía que vigilar para no achisparse también. Tenía uno que tener cuidado en conducir el coche debidamente. ¡Hasta el presente siempre había uno conducido el coche debidamente!

Cuando se Vuelve para mirar atrás ve sobre Berlín un gran halo luminoso. Parece como si de las nubes se desprendiera luz sobre aquella ciudad. El sitio por el cual pasa está sumido en la obscuridad, como sumido en la obscuridad está el sitio por donde ha de adentrarse. Pero sabe que no solo se aleja de un resplandor, sino que también se dirige hacia otro resplandor, a un lugar en que se dice que es mayor que el que deja tras él.

Cuando uno tiene una certeza así, no importa que tenga que adentrarse en la obscuridad con tal de saber que se dirige a la luz, a la claridad. Estuvo un largo período rodando por la obscuridad completa, teniendo delante y detrás de sí las tinieblas y alrededor la noche. Aun recuerda perfectamente el tiempo en que hizo de conductor de mancebas. De una forma u otra ya no recuerda cómo logró salirse de aquel período. La cuestión es que de repente se encontró con que pertenecía al pasado, y que se ve a la sazón dirigiéndose a la lejana claridad...

Pocos son los que en aquel momento piensan desde Berlín en él, apenas unos cuantos...

Uno de ellos es su mujer, que sentada a la ventana está mirando a la calle. Los faroles alumbran aún y no se ven casi transeúntes.

Ha sido siempre una mujer plañidera y poco animosa, pero aquella noche está verdaderamente triste. Sentada en su silla va viendo cómo se hace tarde y piensa en que tiene que irse a la cama. Pero no se atreve a hacerlo por no aumentar su tristeza. En rigor no ha cambiado mucho su situación de lo que antes era. ¡Cuán a menudo salía padre a hacer carreras nocturnas! Por lo tanto no se trata de la sensación de soledad por no haber un hombre en la casa...

Se trata de algo más triste, algo mortalmente desconsolador. Cuando habló por primera vez de su intención pensó que estaba loco. Y cuando Heinz le contó todo el proyecto, tuvo la esperanza de que el joven no cedería. Luego, cuando enfermó, llegó a creer que el proyecto no se llevaría a cabo...

¡Y ahora se ha llevado a cabo y bien a cabo...!

De nuevo ha vuelto él a salirse con la suya. En todo el tiempo que llevan de matrimonio no recuerda ni una sola vez en que él no haya hecho su voluntad. Siempre ha sido ella la que ha tenido que ceder. Es algo horroroso y desconsolador. Y no es que le haga a padre ninguna clase de reproches, pues siempre ha sido bueno con ella. Tampoco desea que se le interponga ningún obstáculo en la realización de su viaje. Lejos de ello, anhela con todo su corazón que se realice su deseo. ¡Pero le hubiera gustado hacer su voluntad por una sola vez en la vida! Quisiera poder decirse que por una vez ha tenido razón en contra de padre. Ella se ha unido con los hijos en contra de él y no le ha ayudado jamás; sin embargo, siempre se ha quedado él con la última palabra. Cientos y miles de veces ha estado equivocado en su terquedad, en sus accesos de cólera y, sin embargo, nunca ha confesado su equivocación. Le gustaría saber a qué obedece. La vida está injustamente repartida...

Lanza un suspiro. Triste hasta la desesperación queda allí sentada mirando la calle, que cada vez va haciéndose más solitaria. No ha encendido la luz y está con la habitación a oscuras. Toda su vida ha sido una estancia oscura, en la que no ha osado encender la luz. Esta gracia no le ha sido concedida.

Esta es una de las personas que piensa en Gustavo el férreo y en su viaje a París...

Irma y Heinz están sentados a la mesa dispuesta para la cena. El pequeño Otto está durmiendo.

—Padre estuvo aquí con su coche —explica Irma.

—¿Y qué dijo? —pregunta Heinz.

—Yo no estaba presente. Estaba planchando. Le ha comprado a madre todas las banderitas de papel que tenía para adornar el coche.

—Estaba completamente trastornado —susurra la viuda Quaas, que está ya acostada en el cuarto contiguo con la luz apagada—. ¡Quiso bailar conmigo en plena calle! ¡Nunca le había visto así!

—Por lo visto estaba de buen humor —dice Heinz, pensativamente—. Tal vez fue un bien que le dejáramos salirse con la suya.

—Naturalmente que fue un bien —confirma Irma—. No hay que coaccionar a la gente...

—Claro que hay que coaccionar —le contradice Heinz—. Precisamente lo que hay que hacer es coaccionarla a hacer lo que es un bien para ellos.

—La cuestión es que padre estaba de buen humor y que por fin ha tenido una alegría.

—Pero ¿y cuándo regrese? ¿Qué hará entonces? Volverá a ser un simple cochero de punto, y ¿dónde quedará su dicha? Todo esto, Irma, suena un poco a falso, se trata de dichas superficiales como la que obtiene de la embriaguez el jugador que lo ha perdido todo. No sirve para nada ni perdura. Yo quisiera que padre...

E interrumpiéndose se sume en sus reflexiones.

—¿Qué es lo que quisieras, de padre...? —pregunta Irma, finalmente.

—Que padre tuviera por una vez una verdadera alegría. Que viera que no todo cuanto él ha creído se ha derrumbado. Que tuviera de nuevo fe en algo. Que todas estas cosas de ahora no son más que absurdos...

—No sé, Heinz. Desde hace un tiempo que no te comprendo muy bien. Te has vuelto mucho más jovial, y al mismo tiempo me hace el efecto de que lo tomas todo mucho más en serio, como si no hubiera nada en el mundo que no te llevara a pensar en tu partido.

—Y así es, Irma. Porque precisamente no es un partido como los demás. Es algo que a todos pertenece, que se concilia con todo y que a todo se adapta. Por ello todo le lleva a uno a pensar en él, incluso padre y su viaje.

Estás son dos personas más que piensan en el viejo.

Los periódicos de la tarde habían insertado, naturalmente, una corta noticia sobre el viaje en simón Berlín-París. Y *así* tal vez hubiera unas cuantas personas más que pensarán en el viejo.

Por ejemplo, unos cuantos de los cocheros que para él habían trabajado:

—Madre, es el viejo Hackendahl, al que llamábamos Gustavo el férreo, y para el que yo trabajaba antes de la guerra, ¿le recuerdas? ¡Tenía treinta coches a sus órdenes y ahora llegar a este punto! ¡A lo que tienen que llegar las gentes!

O bien Rabause, que actualmente se ocupa en cuidar los caballos de una cervecería. Ha envejecido, pero recuerda perfectamente todo el pasado. En su cabeza todo ha permanecido indeleble. «Mira, mira —piensa—. Siempre le ha estado predicando a Otto que lo único que cuenta es el trabajo y el cumplimiento del deber, y ahora hace una bobada así. ¡Si Otto lo supiera!».

O bien su hija Sofía, la directora. Abre el periódico y piensa. «Gracias a Dios que aquí me llaman todos la señora directora y ninguno de mis pacientes conoce el

nombre de Hackendahl. Cuando le despedí lo hice bien oportunamente. Naturalmente, es en él una manifestación de chochez. Heinz podría cuidar un poco mejor del viejo, pues se le debería internar...».

No; en conjunto si el viejo, que sobre la calzada ya haciendo su camino, supiera lo que de él se piensa en la gran ciudad bajo el halo de luz, no se sentiría muy animado. Pero las cosas, tanto las pequeñas como las grandes, no se llevan a cabo por la fe que los demás tienen en nosotros, sino por la fe que anida en nuestro propio pecho. Con tal de que uno crea firmemente en sí mismo, los demás ya se unirán a su fe. De un modo u otro acabarán por acudir todos, diciendo que siempre habían estado seguros del triunfo.

Hay empero, una persona que piensa con benevolencia en el viejo. Esta persona fue en un tiempo su favorita, por lo bella y por lo limpia, pero ha dejado de poseer estas cualidades hace ya tiempo. Está sentada en una taberna de la Alexanderplatz, sin importarle para nada aquel día ni su trabajo, ni el dinero que pudiera ganar. Ha leído la noticia en el periódico y también a primeras horas de la tarde encontrábase entre los curiosos de frente al rotativo. Por un chiquillo se ha hecho comprar unas cuantas postales: «El decano de los cocheros de punto berlineses, Gustavo Hackendahl, llamado Gustavo el férreo... Berlín-París-Berlín...».

Luego ha ido siguiendo al coche hasta la Casa Roja y ha escuchado la serenata de bocinas de los autos, yendo tras del coche hasta donde la banda se ha separado de él. Hasta donde el caballo ha empezado a trotar, desapareciendo de su vista...

Ha visto a su padre sin que este la viera a ella. Y ha prendido en ella como una llama, una especie de entusiasmo, orgullo y confianza. Algo que parecía decirle:

«Yo me he hundido irremisiblemente, pero el viejo sigue viviendo. El viejo es imperturbable y nos deja atrás a todos... ¡Dios mío! Había que verle sentado en su pescante, con su barba roja y gris, riendo y bromeando con el joven, vendiendo tarjetas postales, cogiendo las riendas y haciendo que el caballo partiera al trote inmediatamente. ¡Imperturbable e indomable! Nos deja atrás a todos...».

Para ella no hay excusa ni hay nada que la disculpe. Ha ido demasiado lejos, ha caído demasiado bajo; ya casi ha dejado de existir, está acabada. Unos meses más y Eugen habrá purgado su pena. Anhela y al mismo tiempo la sobrecoge de espanto el día de su liberación. Le esperará a la puerta de la cárcel en Brandeburgo sobre el Havel. ¡Con tal de que él no la desdeñe!

Se repite que es ciego y piensa al mismo tiempo en su propio aspecto. No tiene la esperanza de poderle engañar. A pesar de su ceguera adivinará él que ya no resulta ningún negocio, que bastante trabajo tiene con poder mantenerse a sí misma. Pero espera que, sin embargo, él la aceptará consigo. De algún modo se ingeniará él para revalorizarla. Se le ocurrirá algo para sacar de ella algún provecho hasta que quede completamente inutilizable.

¡Qué importa! Pase lo que pase, la situación no se prolongará por mucho tiempo. Pero acaba de ver que a pesar de todo, tanto la vida como los Hackendahl continúan.

Es un sentimiento consolador el saber que el tronco sigue viviendo y reverdece a pesar de que una de las ramas se haya quebrado.

Más tarde se acerca un hombre a su mesa. A pesar de que aquel día siente una especie de repugnancia, no es libre de hacer lo que quiera, y a causa del patrón, con quien tiene una pequeña deuda, no puede despedir con cajas destempladas al importuno.

El hombre le ofrece un vaso de licor y cerveza y vuelve a pedir bebida para ella. Quisiera comunicarle la animación de que él, participa y que es producto del alcohol, pero es tirar el dinero, pues a ella no le hace efecto. Le enseña una de las postales:

—Este es mi padre —dice con orgullo.

—Anda, pues tienes suerte —le dice, mirando estúpidamente, sin comprender ya del todo bien a qué viene lo de aquella postal y aquella manceba...

—Vamos a alegrarnos —exclama—. Por lo que nos cuesta, igual podemos ponernos alegres que tristes, ¡eh, tú, patrón!, echa un *groschen* en el acordeón. Ven, chica, vamos a bailar...

Y como ve que ella sigue mirando aquella estúpida tarjeta postal, la coge y la desgarró. Se origina una barahúnda de gritos, de lamentos y de injurias, de palabra y de obra, hasta que viene un agente que se los lleva a los dos a la comisaría.

Esta es otra de las personas que piensan en el viejo Hackendahl y en su viaje. Pero no se puede decir que le sea a aquel un gran consuelo, Tal vez sean los pensamientos que ella le ha dedicado los que hacen que al llegar a las inmediaciones de la ciudad levante el viejo los ojos hacia los altos muros que a su entrada se ven, pues no piensa en Eugen Bast, en aquella especie de yerno suyo.

—Un hospital —se dice— o una cárcel. ¡Que en un sitio tan pequeño necesiten una prisión tan grande! ¡Bah! ¡Quién sabe! Es ya muy obscuro. Démonos prisa a entrar, sino no encontraré alojamiento ni para mí ni para «Grasmus». Y hace un frío de mil diablos. Tengo las patas yertas, ¡ea! En París hará más calor...

Y sigue su camino.

Mas hay otro más que piensa en él, y este lo hace con toda la intensidad posible, no deseándole más que prosperidades.

El joven Grundeis hubiera podido regresar a su casa desde las cinco de la tarde, pues hacía ya tiempo que había entregado su artículo y que estaba este compuesto en la imprenta. Incluso había leído la prueba que, naturalmente, estaba todo lo mutilada que podía esperarse de la inconsciencia y del desatino de sus queridos colegas influyentes.

Por ello hubiera podido irse perfectamente a su casa. Pero para hacerlo estaba demasiado inquieto. Iba de un lado para otro a través del inmenso rotativo, se perdía en las habitaciones inutilizadas y oscuras, fue a molestar a los redactores nocturnos, que acabaron por ametrallarle con los tampones. Merodeó por la sala de composición,

fastidiando a todo el mundo y dificultando el funcionamiento del gran rotativo, que a la sazón rugía y trepidaba al imprimir el diario de la mañana, de aquel diario de la mañana que iba a servirles a los berlineses, a la hora del desayuno, su primer gran artículo. El primer artículo que iba firmado por él. Al pie del mismo se leía: Grundeis.

¡Y con qué aspecto de importancia lo pesaba! ¡Con qué amoroso cuidado lo leía y releía!

—¿Lo ha leído usted ya? —le preguntó al jefe tipógrafo con aire indiferente.

—Deje ya de meterse en eso, señor Grundeis —exclamó este—. ¿Qué si lo he leído? ¡Y qué más querrán ustedes por la porquería del salario que nos dan! No faltaría más que tuviéramos que leer esta basura. Bastante es con que tengamos que imprimir sus porquerías burguesas.

Pues infortunadamente el jefe tipógrafo pertenecía a otro partido, y solo echando pestes imprimía las elucubraciones de sus antagonistas.

Inquieto vagaba el joven Grundeis, y de continuo iba pensando en el viejo que en plena calzada se había empeñado en proseguir su viaje hasta Brandeburgo, cuando para el primer día con llegar a Potsdam quedaba suficientemente bien. Y pensaba, al mismo tiempo, que con aquel anciano todos sus propósitos de medrar en el futuro andaban por obscuras sendas, y que si al viejo le sucedía algo, ya fuera o no por su culpa, a él no se le daría en aquella casa ya nunca jamás una ocasión de prosperar.

Y se imaginaba que el viejo podía caer enfermo —no hacía mucho que lo había estado—, o que un auto podía entrar en colisión con el coche —todos los días sucedían cosas parecidas—, o que el anciano podía emborracharse —tenía una nariz tan sospechosa—, o que podía desprenderse una de las ruedas del coche —las consecuencias serían imprevisibles—, o que incurriera en alguna transgresión del reglamento de circulación —y en vez de a París fueran a dar en la cárcel—, o que a su caballo le diera un cólico...

Grundeis maldecía cada vez más su locura. Su locura. Su locura de haber combinado un absurdo como aquel en vez de irse a sentar cómodamente, al atardecer, en el círculo de sus amigos, con una jarra de cerveza. Locura de no haberse dicho serenamente: «Sigue ya tu curso de una vez, Destino». Por la estupidez de haber elegido entre todas aquella profesión detestable y haberse entregado al azar de aquella excursión a París. A causa de todo ello va aumentando su desazón, su desconcierto y su agitación. Como lo sabe muy bien, su estado no hace más que empeorar.

Revuelve sus rojos cabellos, hace sonar la calderilla de sus bolsillos. Como acosado por las Erynias, recorre los pasillos, las estancias. Y cuando se pone a pensar en el tiempo que ha de transcurrir antes de que el señor Hackendahl llegue a París y que todos aquellos días, con sus noches, los pasará con tal inquietud, su desconcierto se convierte en locura.

«¡Ten calma! —se dice a sí mismo—. Ten calma, amigo, que un repórter ha de

tener sangre fría. ¡Un periodista ha de dar con toda frialdad la noticia de un asesinato! Estás muy excitado, Grundeis. Demasiado excitado. ¡Tendrás que reaccionar!».

Se traslada a la sala de lectura, revuelve las novelas manuscritas amontonadas allí —al día siguiente el bibliotecario va a estar contento—, coge una, lee media página, exclama. «¡Vaya asco!». Coge la siguiente, lee diez líneas y exclama: «Peor asco aún». Y sin siquiera abrir la tercera, dice, mirando la cubierta con un gemido intenso: "¡Qué porquería, qué maldita porquería! ¿Quién es capaz de resistirlo? Y esta vez no se refiere al manuscrito... A este, que lo conserva aún entre sus manos, lo deja caer, simplemente, en el cesto de los papeles, en donde, como es sabido, no debería ir a parar un manuscrito en una redacción bien ordenada. Luego, el joven Grundeis se marcha de la sala de lectura, dejando, como es de esperar, la luz encendida.

Diez despachos más allá consulta la guía de ferrocarriles. La frase que antes pronunciara: «¿Quién es capaz de resistirlo?», le ha hecho pensar en que no tiene ninguna necesidad de resistirlo. Y que en aquellas primeras horas de la noche ha de haber algún tren que parta para Brandeburgo (Havel).

Naturalmente, hay todavía uno, y a pesar de que no le corre tanta prisa como esto, se lanza frenéticamente a la calle y entra, resollando, en un taxi, gimiendo: «A la estación de Potsdam».

El chófer, muy impresionado por una prisa tal, le lleva en cuatro minutos a la estación, pensando: «¡Lo menos va al lecho de un agonizante!».

Y Grundeis, después de precipitarse a la taquilla, corre, con su billete, escaleras arriba, coge por asalto el vagón vacío, ocupa él solo todo un departamento, vuelve a salir de él precipitadamente, bebe algo, compra un periódico, entra, sale, compra fruta, vuelve a salir, vuelve a entrar...

Por fin parte el tren.

Durante casi una hora y cuarto se ve encerrado en aquel maldito tren que se va parando en cada estación, incluso en Potsdam. Le dijo bien claramente a Hackendahl que no llegara más que hasta Potsdam, pero, naturalmente, el viejo no quiso escuchar el prudente consejo del joven y se metió en la cabeza el llegar a Brandeburgo. ¡Ya desde el primer día empezaba a excederse!

Con rostro sombrío se queda contemplando su billete, en el que se lee que el recorrido Berlín-Brandeburgo es de sesenta y dos kilómetros. ¡Con aquel viejo testarudo estipularon que el promedio diario sería de treinta y cinco kilómetros! ¡Y a un idiota tal le ha confiado la dicha de toda su vida!

Una honda desazón hace presa de él. De seguro que todo va a irle mal. Todo cuanto emprende se le estropea. Ya en la escuela el profesor titular de la misma, un hombre muy gordo llamado Biei, le había dicho:

«Grundeis, basta que tú sepas una cosa para que sea seguro que no es exacta». Y cuando su madre, con ocasión de un fiesta estival, le puso un traje de marinero blanco, con el cuello azul y lo colocó sobre el taburete del piano para estar segura de que no se ensuciaría hasta la hora de partir, ¿quién había de hacer girar la plataforma

rodando de forma tan seguida que el espiral de madera se había desprendido, yendo a dar en el suelo la plataforma, el trípode y el vestido blanco?

Él, siempre él. Jamás le ha salido nada bien en su vida. Su divisa para toda la eternidad es: «Hay quien nace con estrella y hay quien nace estrellado». Y él era de los segundos.

De mal talante avanza arrastrando los pies por las oscuras calles de adoquinado desigual de la ciudad de Brandeburgo. De mal talante y con indecisión tira de las campanillas nocturnas de los hoteles y espera, paciente y resignadamente, el «No, no está aquí», que le espetan de mala gana los encargados soñolientos, arrastrándose, una vez recibida la contestación, hasta el hotel siguiente.

¡Ah, es perfectamente inútil! Si encontrara un banco por allí se sentaría en el, compadeciéndose de sí mismo, esperando con paciencia la única cosa que no duda un instante que ha de llegarle: su despido.

Pero como no hay por allí banco alguno, encuentra una especie de sereno que le informa que el cochero de Berlín ha llegado con su coche de punto, y que él mismo le ha conducido hasta el «Caballo Negro»...

—Es un viejo muy simpático, tan solo estaba un poco transido de frío. Es aquí mismo, a la esquina, señor. Yo le mostraré el camino...

Melancólicamente avanza Grundeis, llevando al lado a su guía. Naturalmente, todo será un equívoco, a menos que los periódicos rivales no hayan enviado a algún otro cochero de punto para hacerle una mala jugada. Su cochero estará descansando, en el mejor de los casos, en Potsdam. Eso si no se ha caído en alguna cuneta...

Tan solo por cortesía con su guía y por no desilusionarle, acompaña a aquel buen hombre. Pero no piensa, naturalmente, poner los pies en el «Caballo Negro». ¡No quiere morder el cebo preparado por su rival! ¡Lo más probable es que se encuentre allí a Willi, el gordo, el del «Diario de la noche»! ¡No, no entrará de ninguna manera!

Ya en el umbral del «Caballo Negro», llegan a él risas estrepitosas.

—Las gentes están hoy bastante excitadas —dice el jefe de los camareros, sonriendo él también con excitación—. Este cochero berlinés es muy divertido.

Grundeis no se detiene más que el tiempo justo para poner una propina en manos de su guía, y entra de estampía en la sala.

Y lo primero que allí ve es al anciano cuyo rostro moreno se ve a la sazón encendido por efecto del grog que está tomando y del calor de la sala, y cuya barba se destaca en el círculo de los notables de Brandeburgo, que le están oyendo contar:

—Y yo voy y le digo al penco, a mi Blücher: «¡arre!», y el animal empieza a retroceder; así como lo oyen, señores míos...

Al verle allí él, la única persona que siente por el anciano un verdadero afecto, quisiera hablarle...

Quisiera extenderle los brazos y decirle:

—¡Divino anciano! ¡Nave cargada con mis aspiraciones y esperanzas! Arriba venturosamente a todos los puertos.

Pero no dice más que:

—Bueno, Hackendahl, ¿se salió con la suya, eh? Es usted el Gustavo más férreo de todo Berlín.

El coche y su anciano conductor recorren Alemania. A medida que el año avanza y que el frío húmedo y tempestuoso de abril va convirtiéndose en un mayo caliente, alegre y soleado, el coche va alejándose de Berlín y abandonando los campos áridos de la Marca, se va internando en las provincias de Sachsen y Hannover y acercándose a las alegres tierras renanas. La acogida que le dispensan va haciéndose cada vez más entusiasta.

Hasta Magdeburgo el viaje no es todavía más que un trayecto para batir una marca, y se les ocurre allí instalar un cuenta kilómetros en el coche, para poder así medir la duración de la proeza. Y el autor de la misma, el viejo Hackendahl, sigue preocupado con la idea de si «Grasmus» resistirá el trayecto. El caballo se muestra con frecuencia abatido; los establos pueblerinos en que se ve obligado a pasar la noche, junto a vacas y cerdos, no le sientan nada bien.

—El penco ha de poder moverse a sus anchas, señores míos —dice Hackendahl, con tono de censura.

Al llegar a Hannover, el viaje es una cantera de preocupaciones. Las tormentas y las lluvias han transido y calado al anciano. «¿Lo desistiré?», es su secreta preocupación, a la sazón. Y el nuevo presente, que es un impermeable, es recibido con gran agradecimiento.

Pero al llegar el mes de mayo e irse acercando a Colonia y Dortmund, las gentes se van haciendo aún más afectuosas y joviales, y el viaje-hazaña, el penoso trayecto, se va convirtiendo en un cortejo triunfal, alegre y entusiasta.

Ahora, desde el día anterior al de su llegada, los agentes municipales recorren el pueblo agitando su campana y voceando:

—Mañana llega el cochero de punto berlinés, de paso hacia París. Salid a recibirle, acogedle y festejadle.

Y salen a recibirle, le acogen y le festejan. Aquel día, el campesino deja de salir al campo con su carro, se cierra la escuela y colegiales y maestros se alinean en la carretera agitando banderitas; las niñas tienen ramos de flores preparados para entregárselos y repiten con inquietud los versitos con que van a saludar al anciano viajero.

Y llega el anciano. Lleno de polvo, pero ornado con profusión de flores y banderitas; el coche atraviesa el pueblo al trote de su caballo. Saludan y aclaman al viejo, que va sentado en lo alto. Se recitan los versitos, se bebe un brindis de bienvenida, subiéndose al estribo. El pueblo se siente honrado hasta el máximo si en él baja el anciano del pescante y come en el albergue pueblerino, en tanto que el bayo, atado a una argolla ante la puerta, se ve convidado a festines de avena cada vez más copiosos. Imaginan regalos especialísimos para el cochero, y todas las sorpresas que pueden prodigarle les parecen pocas. En uno de los pueblos, mientras almuerza

en el mesón, los más notables aldeanos del lugar engrasan su coche. En otro le cambian las herraduras a «Grasmus» ante la tienda del principal herrero.

Y lo mismo que en los pueblos ocurre en las ciudades, La entrada de Hackendahl en Dortmund y en Colonia semeja al cortejo triunfal de un caudillo victorioso. De la noche a la mañana, el desconocido cochero de punto se ha convertido en una figura legendaria, y cada una de sus palabras es celebrada con risas; cada una de sus historias pasa de boca en boca. En la ciudad de Dortmund se aprestan ciento cincuenta mil personas a recibirle, y toda la policía de la misma está en conmoción para regular el tráfico, lo que no impide que a su paso se pare la circulación. Apiñadas unas a otras están las gentes para ver al viajero. El servicio telefónico interurbano deja de funcionar durante dos minutos, para que todas las telefonistas puedan, por lo menos, ver al anciano desde la ventana. Los coches de punto de la ciudad se reúnen para acompañarle a su paso por ella. La corporación de patronos, cocheros le ofrece un vino de honor. Ante los mesones le esperan los patronos del establecimiento respectivo brindándole espumosos jarros de cerveza o jarras llenas de vino. En su coche van amontonándose los regalos: cigarros, vinos, licores, comestibles, quesos, barriles de arenques... Los ramilletes de flores tapizan el fondo. Un ingenioso, que quiere ser más que los demás, tiende en el último momento un cable a través de la carretera, para que el viajero se vea precisado a detenerse ante su casa.

El viejo Hackendahl se muestra a la altura de las circunstancias. Grundeis considera sorprendido a su criatura. A todo esto se ha convertido el joven en Grundeis el triunfador, y cuantos artículos puede proporcionar a su diario sobre aquel viaje triunfal son calurosamente acogidos. Grundeis mira, pues, sorprendido a quien es aún más triunfador que él. Ni aun en el más optimista de sus sueños hubiera imaginado tal entusiasmo en las gentes.

Tampoco hubiera imaginado tal seguridad en el anciano. Hace este siempre lo que la gente espera de él o, por lo menos, la gente se entusiasma siempre por cuanto él hace.

Al pasar ante la Catedral de Colonia, todos tienen la mirada puesta en él y esperan que haga algo. ¿Qué es lo que puede hacer en este mundo un viejo cochero de punto rodeado de miles de espectadores, al pasar ante la Catedral de Colonia? Mira al edificio y a los mirones, y vuelve a mirar al edificio para posar al poco, de nuevo, sus ojos sobre los espectadores mirones... Luego, levantándose y agitando el sombrero de copa, exclama:

—¡Viva la Catedral de Colonia!

Y todos le aclaman, entusiasmados.

En cambio, cuando una fundición, ávida de reclamo, le entrega solemnemente cuatro herraduras nuevas flamantes, para su «Grasmus», mira alternativamente a las herraduras, al caballo y al jefe de la empresa, vestido de levita, y, sacudiendo la cabeza, exclama:

—No, no; llévense esto. No le vendrían bien a «Grasmus». Calza un número mucho más pequeño.

Y con estas palabras pone las herraduras en manos de su interlocutor y parte al trote. La actitud provoca una nueva explosión de alegría desbordante.

¿Qué verán todas estas gentes en él que les exalte hasta el punto de que tanto en las ciudades como en el campo acudan presurosos a su paso y se extasíen ante sus menores hechos y dichos? ¿Pata que la extravagancia de sus recepciones vaya en progresión creciente? ¿Qué móvil les animará?

Verdad es que se trata de un hombre muy anciano, un septuagenario, que se ha lanzado a una empresa que ya para un hombre de treinta o de cuarenta años resultaría difícil.

Mas no es esto todo.

También es cierto que es uno de los últimos cocheros de punto, el representante de una era abolida que se va muriendo; que aclaman en él a la imagen de sus padres.

A pesar de todo, tampoco esto último basta. Después de un largo periodo de odio perpetuo, de discordia y de cólera, vuelven a experimentar un sentimiento de amistad hacia el «enemigo hereditario» de la otra parte del Rin. Y como un mensajero de conciliación va el anciano hacia Francia. A tal mensajero es a quien celebran, aunque tampoco es este el motivo de tan triunfales acogidas.

La verdad es que en él se aclaman aquellas gentes a sí mismas. Saludan a su propia voluntad de vivir y a su indestructible fuerza vital. Aquel anciano proveniente de mediados del siglo pasado, ha conocido innumerables acontecimientos, guerras, victorias y derrotas, un periodo interminable de las más tremendas derrotas. No hay más que contemplar su rostro surcado de arrugas como un campo en seco. Año tras año ha ido recolectando nuevas decepciones, peores derrotas y amargas privaciones.

Y a pesar de todo ello los ojos no se le han enturbiado y la boca encuentra aún la palabra graciosa que decir. Si bien ellos no han recuperado ni con mucho la antigua prosperidad —a pesar de que su situación económica ha mejorado notablemente—, este hombre parece presagiar un porvenir más dichoso. El pasado no ha logrado abatirle. Es verdaderamente Gustavo el férreo, y sabe aún lo que es la esperanza. Es como si se dijera: «A pesar de que noventa y nueve cosas que hemos emprendido han fracasado, la centésima puede triunfar, y seguimos nuestro camino. Reímos. Jamás abjuraremos de la esperanza. Aislados y como nación podemos caer, pero no vamos a quedar sumidos en el fango, No cesaremos jamás de creer en nosotros, y seguiremos nuestro camino».

Algo de estos pensamientos es lo que anima a los que aclaman al viejo con tanto ardor.

¿Y qué reacción obra toda ella en aquel anciano que se ve salido del silencio y la quietud de una vida retirada, convertido en el centro de interés de todo, un pueblo?

Nada consigue hacerle perder la cabeza. No tiene manías de grandezas ni estas le intimidan. Es para ello demasiado práctico en las cosas de la vida. Jamás ha sido un

soñador. Lo único que dice es: «¡Ah, la gente!».

No les comprende ni comprende su entusiasmo. A escondidas entrega los ramos de flores a «Grasmus» y a sus compañeros de establo, las vacas, para que los mordisqueen; a escondidas revende los regalos recibidos: os cigarros, los vinos, los licores, los arenques, el queso y demás, a sus patronos. Jamás descuida la venta de tarjetas postales. Ha conocido demasiados días aciagos, y ve en aquel negocio una última posibilidad de amasar un pequeño peculio para madre y para él, y la aprovecha. ¿Qué reparo podría tener uno en sacar dinero de una cosa que divierte a la gente? Y precisamente esta desenvoltura es lo que a esta le gusta.

Por lo demás, el frenesí general no se le contagia. Lleva el peso de su viaje como lleva el de sus años. A medida que va avanzando se acerca a la frontera, al pueblo extranjero, a la lengua desconocida, y se inquieta en su fuero interno. A pesar de ello, no comunica sus temores a nadie. Ni tan siquiera al pelirrojo.

Cuando más va aumentando la efervescencia, tanto más imposible le resulta retroceder. A la sazón tiene nostalgia de Berlín. Desde sus años mozos no ha abandonado jamás aquella ciudad. Los berlineses con sus usos y costumbres, las calles y plazas de la ciudad, los lugares de aparcamiento de coches que hay en ella y los agentes de tráfico, han pasado a ser el ambiente que le precisa, su pan nutritivo que tanto apetece actualmente. Un día que tocaron en su honor una canción que hacía furor en Berlín en cuya letra se hablaba de los tilos de la Avenida, tuvo que correr al establo a esconder sus lágrimas, junto a «Grasmus», él, que no recordaba haber llorado en su vida.

Pero todo esto pasa y se va. No perdura. Lo que perdura son las aclamaciones. Pasa por entre ellas, y como es viejo, mira a la gente desde lo alto y desde lejos. Presiente confusamente que le confirman en la fe que siempre ha tenido. A pesar de haber descendido desde dueño de una cochera a simple cochero de punto; a pesar de haber conocido amargas decepciones con sus hijos y haber casi fracasado en su vida; de ser viejo en tanto que ellos son jóvenes, la gente le aclama. Le aclama porque ha resistido, porque se ha mostrado férreo y no ha renunciado jamás a su esfuerzo. Porque ha creído siempre que la vida tiene un sentido y que a despecho de las contrariedades hay que continuar viviéndola.

Aquellas gentes le brindan su adhesión a su vida y él a la de ellos...

Aclamado por todas partes, sigue su camino. A la sazón acércase a la frontera.

Llegado a Diedenhofen, pasa la frontera y abandona por primera vez en su vida el suelo alemán. Y he aquí de nuevo al joven del rotativo, al pelirrojo Grundeis.

—¿Qué hay, padre Hackendahl? Hoy hacemos algo grande, ¿eh? ¿Puedo comunicar que pasamos la frontera?

—Pues claro. ¿Qué otra cosa estamos haciendo?

—¿No tiene usted miedo? Piense que ya no me volverá a ver hasta que llegue a París.

—¿Miedo? ¿De qué voy a tener miedo? ¡No me va a morder nadie! Lo que sí le he de decir antes de que se vaya es que me compre, cargándolo a los gastos del viaje, una nueva almohaza y una nueva rascadera para almohazar al caballo.

—¿Tanta porquería espera acumular?

—¡Qué va! Es que en el último pueblecito en que «Grasmus» y yo pasamos la noche, los cerdos, los muy cerdos, se me comieron por las buenas la almohaza y la rascadera, «Vaya manera que tienen ustedes de alimentar a los cerdos», les dije a los dueños. «Cuando llegue la matanza, no se molesten en darme ninguna salchicha».

Y riendo, pasa Hackendahl la línea fronteriza por donde están las casetas que albergan a los aduaneros y soldados franceses. ¡No se puede decir que tenga el menor miedo! ¡Parece habérselo transferido al joven!

—*Bonjour!* —saluda a los franceses, como tenía proyectado ya de antemano.

—*Guten tag* —exclaman ellos, riendo—. *Guten tag!*

Desde el poste fronterizo Grundeis queda observándole y se ve forzado a intervenir al poco, pues ya por ambas partes se han agotado los conocimientos lingüísticos. Y la Aduana resulta una cosa complicada. Hay que depositar una fianza para asegurar que el caballo y el coche volverán a abandonar el suelo francés dentro de seis meses a lo más tardar, y hay que firmar compromisos a este efecto. El férreo Gustavo grita por encima de la barrera divisoria:

—¡Bueno, si me muero antes, tendrá usted que guiar el coche de vuelta, pelirrojo!

—Y lo haría. Con mucho gusto. ¡Pero usted no se morirá nunca, Hackendahl! Es indestructible.

Y sigue con la vista un buen rato al anciano. Le va siguiendo hasta que hace ya rato que no puede verle. Grundeis ha dejado ya de ser aprendiz en la redacción. Ha subido como un meteoro fulgurante. Ahora es ya otro el que tiene que escribir las noticias de cinco líneas tan solo...

Pero comparado con lo aun no logrado, es muy poco lo conseguido. Grundeis ruega por que el anciano llegue a París. El recibimiento que esta ciudad le tribute y los artículos sobre la misma sobrepasarán a todo lo escrito hasta la fecha. «¡Que llegue hasta París! Por favor. Por favor», ruega Grundeis al destino, en tanto que sigue con la vista fija en el lugar por el que ha desaparecido el coche.

Y el coche va rodando y rodando. No resulta tan difícil, y una vez más los temores se demuestran infundados. Pues las gentes de por allí son de la Lorena y hablan alemán. Pueden entenderse perfectamente con él. Naturalmente, no le aclaman tan jubilosamente como en Alemania. Todo va más quedamente, como amortiguado. Es como si aun después de diez años del final de la guerra siguiera esta perdurando con más intensidad que en Alemania, que al fin y al cabo es la tierra vencida... como si la huella de la guerra perdurara con más intensidad en los «vencedores»...

Luego, no tan solo en los rostros cerrados de los moradores comprueba Hackendahl lo mucho que sigue perdurando la guerra en aquel país. Desde Confians-Instay hasta Châlons-sur-Marne su coche va rodando por espacio de varios días por entre antiguos campos de batalla, por pueblos destrozados, por cementerios interminables. Pasa por Verdún, cuyo nombre estuvo en otro tiempo figurando cotidianamente en los diarios de todo el mundo, y estuvo grabado en el corazón de todos los que en la retaguardia esperaban noticias con impaciencia, por haber sido el teatro de insólitos sacrificios y esfuerzos...

A la sazón no es más que una villa de doce mil habitantes. Pero en torno a los vivientes moran los muertos. Las tumbas de quinientos mil muertos rodean las viviendas de los doce mil vivos.

Y sigue adentrándose por aquella región durante varios días. Se ha enterado de que las cruces negras jalonan las tumbas alemanas y las blancas las francesas. Los cementerios lindan con la carretera; por todas partes por donde mira ve tumbas que escalan las colinas y montes. Los valles están también llenos de cruces. ¡Cuántas cruces negras!

No puede evitar pensar en Otto. En el que en otro tiempo fue su hijo. También cayó allí y debe descansar en aquella tierra extranjera... Trata de recordar el nombre del lugar, y se le ocurren varios nombres que los partes de guerra incluían incesantemente: Bapaume, Somme, Lille, Peronne... Pero no recuerda ya el nombre del cementerio de Otto, si es que alguna vez lo ha sabido...

Con frecuencia detiene a «Grasmus», baja pesadamente del pescante y pasea por entre las tumbas de un cementerio cualquiera, recorre las interminables avenidas de cruces y se para aquí y allá indiferentemente. Queda un rato en contemplación de alguna tumba y de vez en cuando pasan guardianes del cementerio o jardineros que tratan de enterarse de cuál es la tumba que busca. El sacude la cabeza. No se trata de lo que piensan.

Todas las tumbas son la que le conviene y ninguna lo es. Jamás ha estado tan compenetrado con su hijo, que tenga que ser una determinada... Todos los que allí descansan eran mucho más jóvenes que él cuando les llegó la hora de morir. Es infinitamente más viejo que todos ellos. Actualmente todos han pasado a la eternidad y él sigue con el tiempo. Casi está tentado de preguntar: «¿Por qué?».

Durante el tiempo que pasa ante las cruces, grupos de turistas pasan ante él bajo la égida de un guía. Oye hablar en todos los idiomas. Cuando reemprende su camino

y el coche va avanzando por las largas cintas grises de las carreteras, pasan raudos los grandes autobuses de turismo repletos de ingleses y americanos. Los guías vociferan en sus megáfonos... Aislados y en comitiva van cruzando ante él... Curiosos y enlutados. Unos indiferentes y otros que parecen embargados por la tristeza... Continuamente ve ondear al viento velos de viuda y continuamente se arrodillan madres ante la tumba del hijo caído...

Y él sigue avanzando, avanzando siempre. Atraviesa las ruinas mantenidas como tales artificialmente. Los turistas han de encontrar algo más en que satisfacer su curiosidad que meras tumbas. Los postes indicadores ostentan letreros: «Hacia los campos de batalla». A la entrada de los cementerios han surgido hoteles que permiten a los vivos residir cerca de sus muertos. De continuo se remueve el suelo en busca de armas y de obuses, y de continuo se descubren nuevos muertos, esqueletos que van a aumentar los cementerios. Al borde del camino se colocan los vendedores de recuerdos que ofrecen como mercancía: lápices, vasos y ceniceros hechos con cápsulas de cartuchos y de obuses.

Los muertos ocupan todos los campos. Ya ni se ara, ni se siembra, ni se recolecta. Son los muertos los que proveen al sustento de los vivos. Toda una provincia vive de ellos. Vive de la pasada guerra aun presente.

Allí las gentes no dispensan calurosas acogidas al padre Hackendahl. Apenas si se vuelven al paso del coche berlinés. Están familiarizados con las siluetas más extrañas, con los visitantes venidos de todo el mundo, curiosos de Australia, impasibles del Asia, oscuras figuras del África.

En los mesones se le alberga igual que a cualquier otro visitante y con frecuencia resulta difícil encontrar un establo y forraje para el animal. Tiene que pagar como todos los demás...

Frecuentemente se encuentra con alemanes que van hacia los cementerios y le saludan. ¡Ah, sí! Han leído ya algo acerca de él. Bravo. ¿Cuánto tiempo lleva en camino? Muy bien. Sí, tienen que irse, pues les es preciso buscar a sus muertos. ¡Resulta tan difícil buscar allí entre tantos a un muerto determinado! Todas las tumbas se parecen. ¿Tiene allí a alguien de su familia? ¿A un hijo? ¡Ah, naturalmente, todo el mundo tiene por allí a alguien muerto, apenas hay alguna familia que haya sido librada! ¿Ha encontrado ya la tumba? Bueno, pues ya la encontrará, pues por allí dan toda clase de facilidades...

Mas él ya no busca más. Opina que no tiene tanta importancia. Todas las tumbas se parecen como se parecen todos los muertos. Lo que le entristece, al ver tantos muertos, es que de tanto valor y sacrificio no haya hasta entonces salido otra cosa que desastre, miseria y discordia...

Lentamente prosigue su camino. Jamás se ha sentido tan cansado ni tan viejo como a la sazón, que se ve un anciano aun con vida entre millones de jóvenes ya muertos.

El 4 de junio, dos meses y dos días después de su partida de Berlín, hace Gustavo Hackendahl su entrada en París. Verdaderamente puede decirse que hace su entrada, pues París le dispensa una acogida principesca.

Las aclamaciones que tuvo a su paso por Alemania se repiten. A los parisienses todo les parece poco para festejar al anciano. Las calles están repletas de gente, los cocheros acogen a su colega berlinés, los estudiantes desuncen a «Grasmus» y tiran triunfalmente del coche a través de la ciudad. En el pescante va el viejo Hackendahl y en el fondo del interior el joven Grundeis.

Todo es sonriente, alado, exuberante. ¡No es como en Alemania! Aquí no aclaman al viejo que ha sabido resistir a los malos tiempos sin perder el valor. Lo que aquí aclaman es la proeza, la fraternidad; es al viaje por sí mismo y al pueblo extranjero lo que aquí se celebra y honra.

Se celebran banquetes solemnes y exuberantes, el joven Grundeis se ha cuidado de ello magníficamente. Recepción en las Embajadas, recepción en la Prensa angloamericana, solemnes discursos, pero también divertidas comidas con los estudiantes. Hay también la entrega de una herradura dorada para llevar colgada de una cadena al cuello. A «Grasmus» se le permite entrar en la sala como espectador, y en una jofaina de porcelana se le sirve una comida de avena...

Hackendahl está satisfechísimo; la melancolía de la edad le desaparece y su fama se extiende de nuevo.

Compone este pareado: «De lo que Lindbergh con su avión hizo es trasunto, lo que Gustavo el férreo ha hecho con su coche de punto».

Pero Grundeis le sobrepasa aún, todos los periódicos publican la fotografía del joven redactor sentado en el coche número siete, con un pie que dice: «¿Que cómo voy desde Berlín a París, colega? Pues sencillamente, tomando un coche».

—Risas, júbilo y vértigo. Dos quintales de ramos de flores en el cuarto del hotel. Regimientos de botellas de champaña. El septuagenario sube en avión por primera vez y ve el mundo desde las alturas. Participa en todo sonriente, impertérrito... ¿Algo especial? ¿Algo especialísimo...?

En el transcurso de un almuerzo muy alegre surge de pronto la idea: Puede hacerse una carrera entre el decano de los cocheros de punto parisienses y el berlinés, con un recorrido de trescientos metros. ¡Admirable!

¿Admirable del todo? Empiezan a surgir reparos. ¿Quién va a ganar? ¿Quién podrá ganar? Los ánimos están aún tan susceptibles... ¿Puede allí, en la capital de Francia, vencer el alemán al francés? ¡Imposible! Pero ¿puede ser derrotado el invitado, el septuagenario que de manera impecable acaba de realizar una hazaña tal? ¡Imposible igualmente!

Hay interminables deliberaciones. Conspiraciones. Súplicas. Finalmente surge la

solución mantenida en riguroso secreto y sellada por juramentos: los adversarios se comprometen bajo palabra de honor a llegar al mismo tiempo a la meta...

—¡Compréndalo, Hackendahl, no puede hacerse de otro modo! ¡No nos cubra de vergüenza! ¡Retenga a «Grasmus»! Piense usted que nuestro embajador... La nación francesa... Podría haber conflictos y empeorar las relaciones diplomáticas entre ambos países que oficialmente habían mejorado un poco... ¿Lo comprende usted?

Hackendahl lo comprende y da su palabra de honor. El otro la da también.

El Campo de Marzo está cercado, a miles se apiñan los curiosos mantenidos en fila por los agentes, entre los que hay gran cantidad de estudiantes con sus novias. Cuando los dos rivales, aquellos representantes de los buenos tiempos, hacen su aparición en medio de los autos estacionados a la redonda, se patentizan verdaderos arrebatos de alegría. Les aclaman a los dos; uno de ellos saluda con su sombrero de copa negro y el otro con el blanco. Los dos coches desfilan uno al lado del otro, Hackendahl con «Grasmus», y su adversario con un rucio huesudo y de largas extremidades... Las apuestas son favorables a Alemania.

Grundeis conmina por última vez a Hackendahl:

—¡Ya sabe usted lo que tiene prometido!

—¡Si le quisiera usted también decir unas palabras a «Grasmus», señor Grundeis! ¡Es tan fogoso! No hacen más que darle de comer, y como no sale de la cuadra apenas puedo retenerle...

—No nos desacredite, Hackendahl, se lo suplico...

—Haré lo que pueda, señor Grundeis. Confíe en mí.

A ambos contendientes les ofrecen una copa de champaña, ya que no pueden ofrecérsela a los caballos. De pescante a pescante cambian saludos y se dan la mano por última vez. «Grasmus» olfatea con curiosidad a su adversario. Por mejor decir, más que con curiosidad es con voracidad, pues quiere comer la guinalda del rucio. Este echa las orejas hacia atrás y muestra amenazadoramente sus dientes largos y amarillentos...

Explosiones de alegría. Suena el tiro de partida.

—¡Arreando, «Grasmus»! —dice Hackendahl, tirando de las riendas para que el bayo no se entusiasme desde el principio...

El otro, pensando también en la palabra empeñada, ha retenido al rucio. La carrera empieza con el más lento de los pasos, pues cada uno de los adversarios tiene el ojo puesto en el otro para no llegar antes que él ni tampoco después.

Risas, gritos, enfurecimientos...

—No me fío de él —dícese Hackendahl para sí, sin desviar los ojos de su contendiente—. Después saldrá arreando y yo me quedaré segundo. Avancemos lentamente...

El rival piensa exactamente igual y la carrera se convierte en una competición de lentitud...

Gritos y más gritos.

—¡Anda ya! ¡Trampa!

Grundeis, con el rostro enrojecido, aparece al lado del coche.

—Ande, Hackendahl. ¡Hay que correr! ¡Corra, hombre!

—Es que no me fío. Si «Grasmus» sale arreando...

—Trote. Vaya tan solo al trote, se lo suplico...

—¡Ahí va!

Un estudiante febril, inflamado de orgullo nacional, agita su gorra ante los ojos del rucio. Este da un salto sorprendido y parte a toda marcha...

—¡Canalla! —grita Hackendahl—. ¡Estafador!

«Grasmus» recibe un latigazo. Hackendahl se pone en pie.

—¡Esto no es lo que habíamos convenido! ¡Los alemanes no nos dejamos derrotar tan fácilmente! ¡Arre, «Grasmus»!

Tanto en un campo como en otro empieza la contienda y se olvidan todas las palabras dadas. Luchan los cocheros y los espectadores. Grundeis grita:

—Hala, Hackendahl. ¡Alemania ante todo!

Y aquel con quien ha celebrado el contrato y se ha comprometido bajo palabra de honor, le grita airado en su misma cara:

—*Vive la France, en avant la France!*

—¡Alemania!

—¡Francia!

—¡Hala!

—¡Más aprisa, Hackendahl! ¡Dale, hombre!

¡Cómo traquetean y se zarandean los viejos coches y el estrépito que arman! Los caballos saltan en sus horquillas, los cocheros, en pie, agitan sus látigos. El bayo gana terreno y el rucio lo pierde...

—Lo ves, perjuro maldito —exclama Hackendahl, furioso.

Está a la sazón a la altura de su adversario y la meta les queda muy próxima... El rucio no puede ya más y el bayo va a triunfar. Alemania va a ganar la carrera.

De pronto se oye un crujido.

Ambos cocheros, que no tenían ojos más que el uno para el otro, han dejado de observar el camino y sus coches han topado. Una rueda se enreda con la otra, los cocheros se tambalean, están a punto de caer y busca cada uno de ellos apoyo en su adversario...

Y así llegan a la meta al mismo tiempo, estrechamente abrazados y fieles a la palabra dada.

Es ya otoño cuando Gustavo Hackendahl se acerca a su Berlín. La barba de un rubio rojizo se le ha encanecido algo más y el sombrero de copa blanco, al momento de partir, está tan lleno de firmas y estampillas, que presenta un color negruzco.

El hombre está casi desconocido. El joven Grundeis gira estupefacto a su alrededor.

—¡Caramba, Gustavo, cómo ha cambiado! ¡Ha adelgazado de un modo fantástico!

—He perdido veintidós libras. Madre me va a regañar. Siempre ha sido contraria a este viaje.

—Pero ¿cómo ha sido? ¡No será porque le faltara comida, Hackendahl! ¡En todas partes le han recibido como a un príncipe!

—¡Comida sí! ¡Pero siempre toda aquella gente! ¡Ah, señor Grundeis! No sabe usted hasta qué punto me molesta la gente. Es que no puedo ni verla. En cuanto me es posible doy un rodeo para librarme. ¡Venga aclamaciones y venga a llamarme Gustavo el férreo!... Y al fin y al cabo, ¿qué es lo que he hecho? ¡Nada que valga la pena! ¡Un fracaso!

—¡Permítame usted, Hackendahl!

Grundeis se inquieta al ver en peligro la recepción en Berlín que ha de ser la corona de oro del viaje. ¡El viejo está tan cansado y tan disgustado!

Le habla con persuasión, diciéndole que está cansado del viaje y que es muy comprensible. Pero que ha realizado una proeza y que no tiene más que ver los diarios. Todo Berlín se dispone jubilosamente a recibirle.

—¡Bah! Los berlineses, con tal de ver algo nuevo... Si les enseña usted un mico pintado de verde, le correrán detrás igual que a mí.

—¡No diga eso, Hackendahl! ¡Sabe usted muy bien la hazaña que ha realizado! ¡Y en estos últimos meses ha sacado bastante cosa! ¡Ya no tiene que preocuparse por sus vejece!

—¡Déjese de mis vejece! ¡No necesito una vejez tranquila! ¡Si puedo volver a guiar mi coche, ya tengo bastante! ¡Eso es! ¡Igual que antes! De incógnito, ¿comprende? Ya estoy harto de la popularidad.

—¡Hackendahl! ¡Hombre! Sea usted férreo una vez más. Vea el programa de festejos para su recepción en el diario y cambiará de humor.

Hackendahl le lanza una indignada mirada de soslayo.

—¡No me hable de los periódicos! ¡Estoy indignado con ellos! ¡Qué cosas de escribir sobre mí!

—Pero ¿cómo puede ser? ¿Quién ha escrito algo malo sobre usted?

—¡Mejor es que no hablemos de ello! ¡Pero estoy envenenado!

—Pero ¿qué ha sido? Suéltelo ya, Hackendahl.

—¡Esos perros malditos que han escrito que me he vuelto demasiado distinguido para ir en coche y que he vuelto de París en auto! —explota Hackendahl—. Ya sé que no es usted, Grundeis. De sobra sé que no cree usted en estas estupideces. Pero los demás. Ya le contaré lo que pasó. Me senté a tomar una cerveza y los chicos se empeñaron en no dejarme partir. Un colega se ofreció a salir con mi coche para que no dejara de hacer mi recorrido de dos horas. ¡Y ahora se salen con que soy demasiado distinguido para ir en coche! Por haber ido dos horas en auto y cinco meses en el coche. ¡La gente es odiosa! ¡Le quitan a uno las ganas de hacer nada más al ver que no se lo reconocen!

El joven Grundeis estuvo tentado de reír y llorar al mismo tiempo por aquel anciano que no tan solo estaba fatigado, sino que sobre todo estaba dolido en su amor propio. El viejo es como un chico y se ha dolido.

Pero Grundeis no puede ni reír ni llorar, pues está en juego la recepción, la gran recepción de honor para la cual le han dejado libre toda la primera página del diario. En su estado de humor actual, Gustavo el férreo es capaz de regresar a su casa dando un rodeo y dejar a la gente esperando.

Grundeis emplea todos los argumentos para dulcificar el ultraje en el amor propio del viejo y finalmente consigue volver a animarle. No son los grandes honores los que logran atraerle ni es la banda que le esperará, son los festejos ni el vino de honor, es la recepción del alcalde...

Es que al término de su viaje va a poder regresar al punto de partida, a aquella oficina cuyo funcionario le estampó el primer sello en el pasaporte con palabras tan poco amables. Eso es lo que le reconcilia y le atrae. ¡Esto será lo mejor!

—¡Hombre, pelirrojo, encuentro que tiene usted razón! ¡Sería un imbécil si dejara de fastidiar a aquel tío! ¡Que me salga ahora con que tiene mucho trabajo y con que son tonterías! ¡Ya le enseñaré yo! ¿Para qué pago si no, mis impuestos? ¡Al fin y al cabo vive de mí! ¡Ya le demostraré yo cómo hay que tratarme! Estoy contento, pelirrojo, ahora estoy verdaderamente contento.

Hubiera sido una verdadera lástima que el mal talante de Hackendahl le hubiera hecho renunciar a su entrada triunfal en Berlín. Los berlineses habían leído en la Prensa la acogida que le dispensaran a su paisano en Dortmund. Colonia, París y Magdeburgo, y naturalmente no podían quedarse atrás. Como suelen hacer siempre en tales casos, se excedieron un tanto; trescientas mil personas, de las cuales seis meses atrás apenas una hubiera pensado en dedicar ni un solo marco a aquel viaje en coche de punto, estaban a la sazón dispuestos a dedicarle medio día de trabajo. Toda la policía urbana habíase movilizad para regular el tráfico y contener a las masas. ¡Verdaderamente fue algo magnífico! Gustavo el férreo, de haber dado el rodeo proyectado para evitar su acogida, lo hubiera lamentado luego.

Pero no hubo tal rodeo, pasó por el mismísimo centro. La Charlottenburger Shaussee estaba atestada de gente, en la Grossen Stern formaba esta una especie de muralla y toda la Unter den Linden quedó libre para un solo transeúnte que se llama Gustavo Hackendahl.

Transcurre a lo largo de Die Linden en medro de aclamaciones. En el más audaz de sus sueños, de cuando era aún amo de la cochera, no había llegado a imaginar que su ciudad residencial le aclamaría de tal modo.

Al pasar por delante de la oficina de turismo francés detiene el coche, y haciendo un signo en medio del tumulto, se pone en pie. La música cesa, y él, agitando su sombrero de copa, grita a todo pulmón:

—*Vive la France!*

Y la gente grita con él:

—*Vive la France!*

Sí, que viva la tierra hospitalaria que tan amablemente ha acogido a su conciudadano; pero, sobre todo, que viva aquel conciudadano. Es un chiquillo viejo magnífico, uno de los nuestros, igual que nosotros. ¡Hurra por nosotros igual que por él! ¡Los berlineses somos indestructibles, formidables! ¡Nadie puede con nosotros!

Y Gustavo Hackendahl prosigue, pasando por delante del Palacio. En la Königstrasse, la muchedumbre resultaría peligrosa a no estar «Grasmus» tan habituado a las aglomeraciones. Sin embargo, la atraviesan perfectamente, y helos aquí pasando por delante de la Casa Roja.

En el mismo momento empiezan todos los chóferes a hacer sonar sus bocinas. Esta vez no hay necesidad de que Grundeis, solícito, se lo encargue, ni tampoco esta vez interviene ningún policía indignado. Puesto en pie en el pescante, canta Gustavo el férreo la marcha que tocan con sus bocinas, que esta vez distingue sin ninguna dificultad. «Aquel a quien Dios dispensa su gracia» es lo que tocan.

Ante el Ayuntamiento le están esperando. El que saluda allí al férreo Gustavo con un discurso bien preparado, felicitándole por ser un simple hombre del pueblo el que

ha conseguido una aproximación entre ambos países, es un burgomaestre. Luego ofrece a aquel hombre sencillo el vino de honor de la ciudad.

Gustavo Hackendahl está habituado a los vinos de honor. Vacía su copa, y al ver que esperan de él una respuesta, dice, simplemente:

—Perdónenme un momento, señores —y entra corriendo en el Ayuntamiento.

Recorre, sin dejar su precipitación, todos los pasillos, pues recuerda aún perfectamente el número del despacho que busca. Lleva en el bolsillo su pasaporte, y no está dispuesto a dejar pasar por alto su venganza del empleado. «¡Ya verás, hijo mío!».

Empujando la puerta, entra con gran ímpetu en el despacho.

—¡Ea! ¿Dónde está el que solía sentarse ahí?

—¿A quién se refiere y qué es lo que desea? ¿Cómo entra usted aquí de forma tan precipitada? ¡Ah, Dios mío, si es usted el férreo Gustavo! ¡Le conozco por los diarios! Es un honor, señor Hackendahl. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Quisiera que constara mi regreso ahí, en este librito. Sí, ya sé que está muy lleno y que no hay casi sitio, pero quisiera que constara y que lo hiciera el mismo señor que cuando partí... ¿Es que no está ya aquí?

—¿El jefe de secretariado, Brettschneider? ¿Le conocía usted personalmente?... Sí, era un hombre encantador. Pero, desgraciadamente, señor Hackendahl, la gripe ¿comprende usted?... Desde el mes de mayo. Siguió viniendo al despacho y, días más tarde... ¡Qué le voy a decir! ¡Partió! Es una pena, ¿no es cierto?

—¡Sí, una gran pena! —dijo el viejo Hackendahl, encontrando que verdaderamente era una gran pena que su adversario se hubiera zafado. Fue como una gota amarga en la copa de la dicha. El corazón humano es algo singular. Todo Berlín le aclama, y echa de menos a un solo berlinés que ha muerto.

Luego prosigue el viaje. El gran rotativo le está esperando, dispuesto a agasajar a su glorioso cochero. Y es lo que hace. Directores generales y directores, redactores en jefe y redactores titulares —entre los que se cuenta, desde hace un tiempo, el pelirrojo Grundeis—, le están esperando y le festejan...

A tantos agasajos sucede un banquete, compuesto de pies de cerdo, coles agrias y puré de guisantes. Al ciudadano triunfante de Berlín se le ofrece sus platos predilectos. A la derecha del férreo Gustavo se sienta una «estrella» del cine, y a su izquierda, madre. Pues han logrado llevar a madre, que no va ya a ningún sitio, a aquel banquete en el edificio del gran rotativo.

Lleva esta un traje de seda nuevo. Saluda a su Gustavo y dice:

—¡Gracias a Dios que estás de vuelta, padre! La gente invade la casa preguntando por ti, y no hacen más que traer cosas; todo el piso está lleno de papeles, cajas de cartón y regalos. ¿Dónde vamos a meter tanta cosa? Ayer vino una que quería regalarte un pajarito. Un verdadero canario de Harz. Pero ya la eché de casa. ¡Quién sabe lo que quería decir con el regalito! Yo le dije: «Si cree usted que mi marido tiene la cabeza a pájaros, es una cuestión de familia, en la cual no tiene por qué meterse».

Pero no es que yo crea que tienes la cabeza a pájaros, padre... Es que la gente es, a veces, tan odiosa...

Pero no es madre la única que siente ganas de hablar; también el director Schulze se levanta y pronuncia una arenga, que suena como si hubiera salido de la misma pluma que la del burgomaestre de Berlín. Al poco se pone en pie el férreo Gustavo y pronuncia su brindis:

—Berlín-París-Berlín. ¡Pensado y hecho! ¡Llevado a cabo en el día de hoy!
Jubilosas aprobaciones.

Siguen los brindis y hay un festivo ir y venir, apretones de manos y, además, se encuentra la ocasión propicia para meter un sobre en el bolsillo del viejo Hackendahl. El anciano no tendrá ya muchas preocupaciones con su dinero...

Paulatinamente va haciéndose de noche. Madre insiste en que se despidan. Está inquieta por lo que pasará en su casa con todas aquellas cosas bonitas. Se origina una discusión al querer alguien llevarle a casa en auto, diciendo que ya se encargarán de conducir luego a «Grasmus».

Gustavo se niega rotundamente. Con toda su antigua terquedad férrea se resiste a viajar en el auto. Que lo utilice madre. Él, irá con su coche...

—Madre, no lo tomes así. He venido sano y salvo desde París hasta aquí, ¿y no voy a poder hacer el trocito que me falta hasta la Werxstrasse...?

Naturalmente, logra imponer su voluntad. Les ve partir en el auto y luego se dirige hacia su coche, hacia «Grasmus». Unos cuantos tipógrafos le ayudan a sacar las guirnaldas, las banderitas, las pancartas, los regalos y a irlo dejando todo en un rincón.

—Ya vendré otro día a buscar todos estos cachivaches. Ahora quiero pasar por Berlín completamente de incógnito. Como un verdadero cochero de punto. Estoy más que harto de la gente...

Y parte. Al principio mira con recelo a la gente que cruza, preguntándose si le reconocerán. Pero se ha hecho ya de noche y las gentes tienen prisa, y apenas miran al coche de caballos que lentamente va subiendo la calle.

Gustavo el férreo va cómodamente sentado en su pescante. ¡Qué agradable es volver a conducir el coche a través de Berlín como un verdadero cochero de punto! El taxímetro va haciendo sonar su clic-clac familiar.

Un policía, que a causa de su profesión ha de tener mejores ojos que el resto de los habitantes de la ciudad, reconoce al cochero de punto, y pensando en los honores de la tarde, le saluda rígida y militarmente.

—¡Caramba! —exclama Hackendahl—. ¿Ahora te despiertas? ¡Eso ya ha pasado hace mucho rato! ¿Es que piensas hacerlo todos los días, cuando pase yo con mis carreras? ¡Harías mejor renunciando a tiempo!

Y, complacido, sigue su camino. Si piensan que ahora que tiene un poco de dinero va a renunciar a sus carreras están muy equivocados. ¡Conducir es lo más bello que existe en el mundo! Sobre todo si es en Berlín y como un verdadero cochero de

punto.

Y un solo deseo le embarga, y apenas acaba de formularse, lo ve realizado.

—¡Eh, cochero; alto! Ayúdeme a subir el cesto en el coche. ¡Al Zoo! Quería coger el tranvía, pero no me dejan, porque el cesto es demasiado grande. ¡No me cobre demasiado caro!, ¿eh?

—No. No le costará ninguna fortuna. ¡Arre, «Grasmus»!

Y dichoso, parte en dirección al Zoo. Su deseo se ha realizado. Berlín le pronostica que todo irá bien.

De vez en cuando se vuelve para echar una mirada a su pasajero, por si habrá caído en la cuenta de qué hombre tan famoso es el que le conduce. Pero el cliente, un hombrecillo pequeño y preocupado, demasiado pequeño y demasiado preocupado para llevar bien su gran cesta de viaje, no deja traslucir nada. Con la vista melancólicamente fija ante él, lo más probable es que esté pensando en lo caro que es un coche y en lo mucho más barato que le hubiera resultado el tranvía. ¡La cara que va a poner cuando se entere!

Pero el que se queda con la boca abierta es Hackendahl.

Pues, cuando, llegados a la estación del Zoo, ayuda al hombrecillo a sacar el cesto del coche y le pregunta, con complacido orgullo:

—Bueno, ¿ya sabe usted quién le ha traído hasta aquí? Pues, el férreo Gustavo, el que ha hecho el célebre recorrido Berlín-París-Berlín.

El hombrecillo responde:

—Déjeme usted en paz. ¿Qué me importa a mí? Mejor es que coja mi cesto. He de coger el tren para Meseritz. ¡París! ¡Mira que salirme con esto! ¡Quédate en tu país y vive contento! ¡Un marco cincuenta por un trayecto de un momento, que en el tranvía no me hubiera costado ni medio marco...!

Y con estas palabras desaparece el hombrecillo, contrariado, dejando sin más al célebre cochero de punto de guardia junto a su cesto. La gente pasa por delante de este, empujándole con sus prisas para llegar al tren. Ni le miran siquiera; casi han olvidado al célebre Gustavo el férreo.

CAPÍTULO IX

POR EL FINAL, HACIA EL COMIENZO

1

Si el anciano padre Hackendahl había pensado que a la sazón, habiendo pasado los setenta años y después de un glorioso viaje por esos mundos que marcaba el término y el coronamiento de su carrera, y luego de haber recibido la consagración de su cara ciudad de Berlín, podría ya dedicarse cómodamente, hasta el fin de su vida, a representar el papel de cochero de punto, una vez más se había equivocado. Una vez más la vida le tenía preparada otra cosa, y no había ni que pensar en una vejez tranquila.

Empezó su desilusión cuando, con madre, se dedicó a poner orden en la vivienda, que verdaderamente estaba repleta de regalos venidos de todo el mundo en alarmante profusión. Ambos ancianos, madre y padre, se dedicaron a desenvolver los paquetes y a admirar su contenido. Verdaderamente había más de un regalo que en otro tiempo hubiera colmado la dicha de madre, pero esta no se regocijaba ya de nada.

—Mira, madre —dijo el férreo Gustavo—, qué jarro de cerveza más bonito me han regalado los de Passewalk. Tiene el cuartel pintado. Si miras con la suficiente atención, podrás incluso imaginarte el cuarto en que yo vivía cuando tú me conociste. ¿Es bonito, no?

—Sepáralo, padre —dijo madre—. ¿Qué vamos a hacer con una cosa así? ¡Bonito! Cuando al mono del parque le pasan una zanahoria por entre los barrotes de la jaula, piensa también que es algo muy bonito, pero lo que quiere la gente es divertirse viéndole comer.

—¿Te refieres con esto a mí, madre? —preguntó Hackendahl—. ¿Me vas a comparar a mí con un mico y al jarro de cerveza con una zanahoria?

—¡Ah! No busques pendencia, padre. ¡Siento una cosa tan rara en la cabeza! Todo se me embrolla, y sales tú ahora hablándome de jarros.

—Es el aire viciado del gabinete, madre. Como no sales de casa... Espera un momento que enganche a «Grasmus» y nos daremos un paseo por el Tiergarten. Para eso lo tenemos, y podemos aprovecharlo.

—Haz lo que quieras, padre. Siempre he hecho lo que has querido. No podrás decir lo contrario. Lo que me gustaría...

—¿Qué te gustaría, madre? Ya veo que no estás del todo bien...

—Engancha a «Grasmus», padre. No harás lo que yo quiero; nunca lo has hecho.

—¡Ea! Di ya lo que quieres, madre. Haré lo que pueda.

—No lo harás.

—Te aseguro que sí. ¿Qué es lo que quieres?

—Bueno, pues: rompe el jarro de los de Pasewalk...

—¡Oh, el jarro tan bonito que los de Pasewalk me han enviado! Madre, no puedes querer verdaderamente eso. Tú no estás bien. ¿Vamos a dar el paseo? ¿Tienes ganas?

Y así fue ocurriendo varias veces, pero los paseo no animaban a la madre. Y aún cuando padre accedía algunas veces a su voluntad, no logró hacérselo estimar por las muchas en que no lo había hecho.

Cuando el viejo se despertaba por la noche y alargaba la mano hacia el otro lado de la cama, lo encontraba vacío. Y por la frialdad notaba que hacia largo rato que estaba así.

Entonces se levantaba y la buscaba con la luz en la mano, encontrándola generalmente sentada, a oscuras, en la cama de la que había arrojado a Erich, sin una lágrima que delatara su pena. O bien la encontraba en la cocina, junto a la fregadera, con el grifo un poco abierto goteándole lentamente sobre la mano.

—Ven, madre —decía el hombre de hierro, con dulzura—, ven a acostarte; te estás enfriando.

Y ella le acompañaba al lecho.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué correteas de esta manera? —le preguntaba, entonces, después de haber apagado la luz—. ¿Sigues enfadada conmigo por lo del viaje a París?

—Siento una opresión en el corazón que va subiendo. Luego, el recuerdo de Otto me atenaza. ¿Te acuerdas, padre? Otto...

—Claro, madre, que me acuerdo —decía el viejo.

—Con frecuencia pienso que soy solo yo la que me acuerdo de qué hemos tenido hijos, y de que los he criado como cualquiera, y que ahora se han ido y ni uno solo nos recuerda. Ni uno solo.

—Únicamente Otto ha muerto, madre. Todos los demás viven.

—Cuando dejo que el grifo vaya goteando sobre mis dedos... No, padre, no puedo explicártelo, pues ni yo misma lo sé... pero tengo siempre la impresión de que a Otto le han puesto en mal ataúd de madera corrompida, ¿comprendes, padre?, y que la lluvia le va cayendo sobre el rostro. Entonces interpongo las manos para por lo menos hacer algo, padre.

Tras un prolongado silencio, dijo el férreo Gustavo:

—Debes haberlo soñado. Otto descansa. Duerme tranquilo. No hay lluvia que le perturbe —y después de una pausa, prosiguió—: Mañana iré a buscar al doctor para que te prescriba unas gotas. Tienes agua en las piernas, madre, y esto te oprime el corazón. Por esta causa te vienen estos pensamientos que no son naturales. No te preocupes.

—Haz lo que quieras, padre.

Se fue a buscar al médico, quien confirmó lo que padre había dicho. Tenía agua en las piernas y le había ido subiendo. Se le recetaron unas gotas que le fueron bien

durante un tiempo, y cuando estas dejaron de hacerle efecto, se le extrajo el agua. Madre se alivió algo y cuando iba el joven matrimonio —que ahora les visitaba con más frecuencia— no se cansaba nunca de repetir la de agua que el médico le había extraído. Cada vez iba siendo un poco más.

En cierta ocasión dijo Heinz al partir, en un susurro:

—¿Qué te parece, padre?

El anciano balanceó la cabeza. Miró a su hijo, pero no dijo nada.

Heinz se decidió:

—¿Quieres que volvamos a pasar después de cenar, padre? El doctor opina...

—Déjame solo con ella —dijo el anciano con un murmullo ronco—. Lo que tengo de común con madre, lo tenemos nosotros dos solos; ella y yo, ¿comprendes, Heinz? Vosotros los chicos no os podréis imaginar jamás que madre ha sido una muchacha y una esposa joven. Pensáis siempre que no es nada más que vuestra madre...

Miró fijamente a su hijo. Le brillaban los ojos cual si fuera a llorar. Pero aquellos ojos envejecidos no querían llorar por nada del mundo.

—¡Tengo setenta años, pero cuando pienso en lo magnífica que era de joven, Bubi...! —empujó al hijo hacia la puerta, haciéndole salir—. Déjame solo con ella; cuando muera tal vez ella vuelva a recordar lo que fue en otro tiempo...

Vino la noche. Incorporada en su lecho, madre respiraba penosamente. Tenía los ojos muy abiertos, unos ojillos ya vacíos, hablaba muy de prisa para sí misma; ¡diciendo tantas y tantas cosas!...

Él le oprimía la mano que ella retiraba continuamente.

—¡Madre! —imploró Gustavo—. ¡Augusta! —exclamó. Ella no le oía. Ni siquiera se daba cuenta de que estaba a su lado. Todos los demás estaban presentes para ella; él no. No estaba allí: estaba junto a los demás y gritaba, gritaba con una voz alta y clara:

—Evita, ¿está ya la sopa lista? Date prisa, que padre subirá inmediatamente de la cuadra. Tráeme una taza de café; no se dará cuenta. Sofía, date prisa en poner la mesa, que ha de estar lista para cuando padre llegue. Bubi, dile a Erich que se dé prisa en vestirse, que a padre le molesta esperar...

Se afanaba, miraba en torno a la habitación apenas iluminada por una sola vela... Estaba de nuevo en la Frankfurter Allee, preparando el desayuno.

—Evita, dispón los mendrugos de manera que también a padre le toque uno. Puesto que quiere que nos comamos el pan duro, que le toque también a él.

—¡Madre! —imploraba el anciano, cogiéndole la mano que ella le volvía a retirar.

Miraba en la oscuridad en dirección a las sombras:

—¿Dónde está Otto? ¿Todavía está en la cuadra?

Decidle que venga. No puedo soportar que padre le riña continuamente...

Se reclinaba Y cerraba los ojos sin dejar de murmurar.

—¡Madre! ¡Madre!

—¿Estás ahí, padre? ¡Veo tan mal! ¿He estado soñando? ¿Por qué enciendes solo la vela? Enciende el gas. En mi última hora puedes perfectamente gastar un *groschen* para mí.

Él subió a una silla y prendió la llama del gas. Al volver junto a ella, desvariaba de nuevo.

—Se cree ser algo, porque le motejan de férreo. Pero no es nada. No ha llevado a cabo nada. Le hizo la vida imposible a mi padre, diciéndole que la cuadra estaba descuidada, y ¿cómo tiene él ahora la cuadra? ¡No ha hecho más que mandar e injuriar, y por esto se cree ser algo! ¡Pero cómo le hemos engañado!

Se sentó en la cama con los ojos muy abiertos y empezó a reír con picardía. ¡Reía verdaderamente!

—Todos le hemos estado burlando, los cocheros, los hijos y yo sobre todo. ¡Y se cree ser algo!

—¡Augusta! ¡Madre! ¡Óyeme! ¿Quieres oírme?

Completamente despierta y despejada, pregunta:

—¿Sí, Gustavo?

—¿Te acuerdas aún de cuando los coraceros te otorgaron el primer premio de cocina? ¿Te acuerdas aún?

—Sí, Gustavo, aún lo recuerdo. Era un manual de cocina muy gordo. Lo malo es que lo robaron. ¡Como todas tenían tanta envidia!

—Y luego, Augustina, ¿te acuerdas aún de cuando en aquello de coger anillos tenías tú la mayoría de argollas en tu sable? ¿Y que el coronel de Pannwitz bailó contigo el baile de honor? ¡Qué orgulloso estuve de ti!

—Sí, Gustavo; aún me acuerdo de todo. Llevaba mi traje blanco con puntillas y un «echarpe» de seda azul en el talle.

—Y ¿te acuerdas aún de cuando tuviste a Otto, de cómo te admiró la comadrona, porque no te quejaste ni un poco?

—Si, Gustavo, sí. Tú estabas sentado junto a la cama y me cogías de la mano. Dame tu mano, Gustavo...

Lo había logrado. Lo había vuelto a conseguir. Alejándola de la enemistad y de la unión secreta e ignominiosa con los hijos, los cocheros y todo el mundo, la atraía de nuevo hacia sí, hacia la juventud compartida... Conocía a madre y sabía que su forma de hablar de hacía un momento expresaba el fondo de sus pensamientos, pero no estaba dispuesto a soportarlo, porque aquella no era manera de morir.

La volvió a ganar para sí cuantas veces fue necesario. En aquella interminable vela nocturna entre dos y tres de la noche se le fue ocurriendo de continuo algo para ganarla para sí. Las lúgubres sombras de la muerte merodeaban ya sobre el anciano rostro abotargado y deshecho, la respiración roncaba ya detenida en la garganta y él

iba diciendo:

—¿Y te acuerdas aún, Augusta, de tu pajarito, el «Juanín»? ¿Que siempre se subía a tu dedo, y al mío no quería...?

Conclusión. Final.

El viejo se levanta y pasa los dedos ante los ojos de madre, pero no la mira a la cara. Vuelve a subir en la silla y apaga el gas. Tan solo la vela sigue quemando...

Gustavo el férreo no se vuelve para mirar a madre y sale de la alcoba con la vela. Ha visto morir a muchas personas, ha mirado al rostro a muchos muertos y sabe que la máscara que al principio lleva aún las trazas de la lucha se va transformando lentamente: ha pasado el combate y llega la paz. Entonces ocurre con frecuencia que en el rostro envejecido asoma una faz infantil lejana, muy lejana...

Hasta entonces no mirará a la cara de madre.

Ahora coge la luz y sale de la habitación. Se va a la cocinita y empieza a buscar en el armario. Finalmente encuentra el jarro de cerveza y lo contempla a la luz del candelabro. Es un muy vaso bonito...

Hace poco, mientras le contaba a madre sus viejas historias de juventud en Pasewalk, se acordó del jarro que los habitantes de la localidad enviaron a su célebre conciudadano, y recordó que madre le había pedido que rompiera el jarro y que él se lo había prometido a medias, pero no lo había hecho.

Mira hacia la fregadera. No necesita más que golpear con fuerza el jarro contra la pila y la voluntad de madre se cumpliría.

Durante un momento se queda allí en pie con el jarro, al que ya no mira, en la mano. Ve ante sí su largo matrimonio con madre. Ahora no piensa ya en su juventud, sino en todo lo que luego ha sucedido. Son muchas cosas y él ha tenido razón siempre en todas ellas. Ni aún la muerte convierte en injusto a lo justo.

El férreo Gustavo sacude la cabeza.

—No te serviría ya de nada, madre —dice a media voz en la vacía cocina—, si por amor a ti rompiera el jarro ese con el solo propósito de que te hayas salido por una vez con tu voluntad. Es un jarro muy bonito...

Lo vuelve a colocar en donde estaba, coge la luz y vuelve a entrar en la alcoba a mirar el rostro de madre.

2

La muerte de madre introdujo un cambio considerable en la vida del viejo Hackendahl. Jamás había sabido lo necesaria que le era. No para cocinar, limpiar y coser, pues para esto se encontraba sustituta al fin y al cabo, sino que simplemente la echaba de menos. No podía estar en la vivienda vacía y el sueño le huía desde que la parte de cama en que ella dormía estaba desocupada.

A las cinco de la mañana salía con «Grasmus»; comía un bocado en cualquier tabernucho y no volvía a casa hasta la noche. Pero no era una vuelta al hogar, pues este ya no existía por muy cuidadosamente que Irma arreglara la casa a diario. Extenuado de fatiga, se acostaba en el lecho, pero al cabo de tres minutos se incorporaba y preguntaba:

—Madre, ¿qué tienes que gimes así?

Pero madre ya no gemía. Madre ya no gemiría jamás.

Viendo que no podía dormir se levantaba, acercaba una silla a la ventana y miraba a la calle. Era la Werxstrasse; después de todos los acontecimientos que le habían sucedido seguía siendo la misma Werxstrasse que él había recorrido con el coche trescientas o tres mil veces y que a la sazón miraba desde arriba. Los faroles de gas estaban encendidos; oía llegar los trenes a la estación de circunvalación Wildersdorf-Friedenau; y poco después atravesaba la calle un tropel de gente presurosa por meterse en la cama. Si volvía la cabeza hacia arriba, a la izquierda, veía una tira de cielo o el vapor que allí se llamaba cielo... En la taberna de la esquina seguían armando jaleo...

Inclinaba la cabeza, cerraba los ojos y tras los cerrados párpados aparecían los cielos de su años mozos. Se representaba una ocasión en que habiendo segado hasta muy tarde, y acostándose sobre un montón de centeno, había contemplado el cielo estrellado. El viento agitaba dulcemente los árboles de las lindes del campo, y de las praderas distantes y más bajas subía un ligero vapor del que le llegaba el aroma más que la visión. A poco aparecieron las estrellas, lucientes, blancas y variadas... Parecían lanzar un frescor lejano que llegaba hasta él...

Reflexionaba en el largo camino que mediaba entre el frescor juvenil y estelar de su años mozos —toda una vida futura e intacta— hasta el presente en aquella habitación oscura y sin cielo, con toda una vida ya empleada tras él. Había seguido aquella senda sin reproche y sin fallo alguno; lealmente, rectamente; pero ¿qué le había quedado de ella? Cuadra e hijos, fortuna y mujer, soldados y Kaiser, ¡todos le habían abandonado! Sus esperanzas se habían cumplido tan solo para infligirle heridas más dolorosas. Sus hijos habían nacido tan solo para echarse a perder; su imperio estaba destruido, le habían abandonado, traicionado, escupido... ¿qué más faltaba?

¡Está tan viejo y triste! Tan solo vive en él el pasado. Los recuerdos se arrastran

como gusanos en su cerebro. Pero por ello no atenta contra su vida. Por ello sigue viviendo.

Se levanta y merodea como un fantasma por el piso. Busca en el armario un traje de madre, azul adornado de amarillo... Acaba de pensar en él por lo bien que le sentaba. Busca el traje que llevaba hace veinte años, y al no encontrarlo, en seguida lo olvida de nuevo, mientras continúa aún su búsqueda. Se sienta en la cama y se adormece.

Y se vuelve a despertar. Es aún noche cerrada, pero el padre Hackendahl baja la escalera y va a juntarse con el único ser viviente a quien puede acudir durante la noche...

«Grasmus» relincha quedamente. Hackendahl se sienta junto a él, llevándose a la boca una brizna de paja. Se queda allí, sentado varias horas, hasta que «Grasmus» le empuja con el hocico, mendigando su pienso...

Si tuviera la facultad de establecer comparaciones, pensaría Gustavo el férreo en su rucio, a quien después de la carrera, de su involuntaria competición con el auto, quedó en el establo con unas briznas de paja entre la boca y le ofreció unos terrones de azúcar. El animal desechó aquella golosina que le ofrecían las manos de su dueño. También Hackendahl ha llevado a cabo una carrera, realizado la carrera de la vida con un largo recorrido. Y ahora dormita como su derregado rucio en el establo, con una brizna de paja perdida entre la boca.

3

Pero Gustavo el férreo no era hombre para quedarse mucho tiempo en la inacción y el desespero. Tenía a la sazón setenta y un años, pero no por ello quería ser viejo; no cesaba en su empeño, no se debilitaba. Decía:

«Aguantaré...», y no preguntaba jamás por qué tenía que aguantar; él, el decepcionado, el desesperado, el desprovisto de toda fe...

Llegó un día en que poniendo término a sus reflexiones cogió su sombrero de copa y se fue a casa de los jóvenes. Llegó en ocasión propicia: cuando estaban todos reunidos en la pequeña cocina en torno a la mesa, apretados como arenques de barril.

—Buenos días —le dijo Irma—. Ven; siéntate y toma con nosotros un poco de café.

—¿Sentarme? ¿En dónde? ¿En el fogón de gas?

—Coge a Otto en las rodillas —sugirió Heinz.

—Estáis aquí estrechísimos —dijo desabridamente, el viejo— y yo tengo todo un piso vacío. Mudaros a vivir conmigo. La señora Quaas se alegrará también de poder vivir con un poco más de tranquilidad.

—¡Qué va, señor Hackendahl! ¡Qué ocurrencia! Estoy con mi propia hija y con mi nieto...

—Pues yo estaré también con mi propio hijo y con mi nieto...

—No sé, padre; entonces serías tú el que tendría la intranquilidad y la estrechez...

—No, padre —dijo también Heinz—. Sería demasiado para ti. Estoy de servicio a todas horas; de día y de noche. Como, por otra parte, tú eres contrario a mi partido, no harías más que rabiar.

—Yo no estoy en contra de tu partido. Simplemente estoy en contra de todo partido. Pero no se puede negar que llevas un uniforme de campanillas. ¡Hay que ver! ... Bueno; ¿qué hay de lo del traslado? ¿Queréis que venga dentro de una hora con un coche de mudanzas, o es que tú, Irma, necesitas más tiempo para empaquetar tus cachivaches?

—¡Ah, Dios mío, Dios mío! Señor Hackendahl, no se pueden hacer las cosas con tanta prisa, Hay que reflexionar, hablar de ello...

—¡Bueno, pues se habla! A las once me tenéis delante de la puerta con una conductora, y si no os viene bien, por mi os podéis ir todos...

—¡Padre!

—¡Señor Hackendahl!

Pero el viejo salió de la casa. Seguía odiando la palabrería y las discusiones. Heinz le alcanzó en la calle:

—Padre, ¿cómo te imaginas la cosa? ¡No es tan sencillo como todo esto! Hay que hablar sobre todo del alquiler...

—¿Para qué? Me dais lo que le dabais a la señora Quaas y yo añado el resto.

Siempre me irá mejor que hasta ahora. No tengas miedo, Heinz, que no voy a regalarte nada. No he sido nunca dado a los regalos, y si te imaginas que ahora, porque tengo unas cuantas perras del diario... Ni pensarlo, ¿comprendido?

—Está bien, padre; de acuerdo. Pero no eres muy suave, y si empiezas a decir mal del partido...

—¡Ah, vamos! ¿Me vas a impedir que regañe? Hoy estás tremendo. ¿Te ha sucedido alguna vez que te haya pisoteado? ¡No vengas con pamplinas! Mejor es que digas cuándo venís a casa. No hay necesidad de que sea a las once. Eso lo he dicho tan solo para despabilar un poco a las mujeres. ¿Vengo a las seis?

—Primero quisiera hablarlo con Irma...

—¿Qué has de hablar con Irma? ¿Le preguntaste algo cuando te quisiste poner ese uniforme? ¡Pues entonces! ¡Ahora vendrás haciéndote el marido pundonoroso! No, Heinz. Mírame.

El hijo miró a su padre.

—Lo de la muerte de madre me ha apabullado bastante, necesito tener gente a mi alrededor. ¡Vamos, Bubi! Si no, te aseguro que me dedicaré a buscarme una novia, y no le vas a consentir eso a tu padre.

Los jóvenes se trasladaron a casa del viejo y la mudanza sentó muy bien a ambas partes.

Irma tenía de nuevo una morada de la que ocuparse y que dirigir; en la trastienda de la papelería se veía siempre obligada a preocuparse por su madre, en cambio, el viejo no la contradecía en nada. A menudo le decía a Heinz:

—¡No comprendo por qué tu madre se pasaba el día quejándose de tu padre! Jamás he tenido una discusión con él. Está contento con todo.

—En tanto hagas su voluntad —le advertía Heinz, contento en el fondo de que se llevaran tan bien.

Sí; ella hacía su voluntad, pero también de vez en cuando le contradecía. Padre había insistido en que el joven matrimonio ocupara la sala y alcoba y en que él se iría a dormir en el cuarto que había pertenecido a Heinz. Ella le llevó la contraria:

—Tú has dormido siempre en la alcoba, padre —dijo.

—Por eso mismo —contestó él—. ¿Te imaginas lo que es, Irmita, cuando me despierto por la noche y encuentro la cama vacía a mi lado? No; me voy al otro cuarto. Me pondré allí una cama de campaña, un lavabo de hierro esmaltado, una silla y una cómoda pequeña para mi ropa blanca y estaré de nuevo como en un cuartel. He sido padre, he sido esposo y ahora volveré a ser como un militar. Al fin y al cabo fue el tiempo que mejor pasé.

—No es justo, padre.

—Claro que es justo y tú lo sabes muy bien. Haz lo que yo quiero. Madre me reprochaba muchas veces el que yo impusiera siempre mi voluntad. Pero ¿por qué se imponía? ¡Porque siempre tenía razón!

—Padre, es imposible...

—¡Vaya! Vamos a ver, chiquilla. ¿Por qué es imposible? Te lo voy a decir: porque piensas que las gentes van a criticar y que dirán que el viejo tiene que dormir en el cuartito, mientras vosotros dormís en el salón. No debes pensar nunca en la gente, Irmita. Hagas lo que hagas te criticarán. Haz lo que tienes por justo y déjame dormir en el cuartito.

—Bueno, por mí puedes hacerlo, padre.

—¿Lo ves, hija mía? Lo que me gusta de ti es que tienes algo dentro de la cabeza. Y otra cosa te quería decir: tenéis vuestros propios muebles; aunque provienen de la jorobada Gudde no me molesta; pon en el desván todo lo que no te guste de los cachivaches de madre, que a mí no me importa. El amor no depende de un armario...

Sí; así era. Irma tenía razón en elogiar su comprensión. Se armó de valor. Ni por un momento dijo nada a Heinz de sus planes, y esperando a un día en que tenía este que pasar tres o cuatro fuera, en comisión de servicio, cogió una escalera de mano, empapeló la habitación, la pintó, puso unos muebles y sacó otros, colgó visillos de las

ventanas e incluso llegó a repintar el sombrío vestíbulo. Cuando Heinz regresó no había nada de la lúgubre habitación.

—¡Magnífico! —dijo él, y la besó, riendo—. Tiene todo el aspecto como si de pronto nos hubiéramos pasado a vivir a una parte soleada. ¿Qué le parece a padre?

Sí; ¿qué le parecía a padre?

El viejo Hackendahl iba silencioso de cuarto en cuarto, pasaba luego a la cocina y después al vestíbulo, mirándolo todo con sus grandes ojos estriados de rojo sin decir nada. Irma empezó a sentir un cierto malestar.

No tardó padre en dar su opinión:

—Es extraño, Heinz. Por un tiempo pensé que todo se había terminado. Que todo era negro y que no había ya más novedad que la muerte. Pero nada ha acabado; todo continúa. Lo que tu Irma ha hecho con la sombría cueva de madre, es sencillamente asombroso. Irma, no quiero que se me excluya a mí. Podrías también pintar mi cuartito. Yo te pagaré la pintura.

En una palabra, padre se demostraba admirable y, por otra parte, apenas se notaba su presencia, o, por lo menos, no estorbaba en nada. Muy temprano, por la mañana, cuando todos dormían aún, bajaba a la cuadra para dar el pienso a su «Grasmus» y no volvía hasta la noche a hora muy avanzada. Irma y el niño dormían ya. Heinz solía estar de servicio. Naturalmente, en este intervalo hacía una aparición durante la pausa del almuerzo de «Grasmus», comía un bocadillo en la cocina y se eclipsaba para echar una siestecita en su cuarto. De vez en cuando se sentaba al lado de Irma y la miraba mientras planchaba, charlando un rato con ella:

—Vaya, Irma, siempre tan ocupada. Bravo. ¿Cuánto te pagan por una camisa como esta cuando la tienes planchada?

—Un *groschen*.

—¿Un *groschen*? No es gran cosa. Pero a pesar de todo es una ayuda, ¿eh, Irmita? Un suplemento para el gasto de casa. Hubiera querido que madre tuviera una ocupación parecida, nos hubiera aliviado en los periodos de penuria.

—¿Cómo va el negocio en este momento, padre?

—¿Cómo quieres que vaya? No del todo bien. Nuestra época está cada vez más corrompida.

—Heinz suele decirme: «Es necesario que llegue todo al punto peor y después cambiarán las cosas».

Padre inició una mueca de disgusto y luego, dominándose, respondió:

—Bubi hace mal en decir cosas tan absurdas. ¿Que querrá decir con eso del punto peor? Tenemos cuatro millones de parados, ¿qué más quiere? ¡Para esos cuatro millones, a los que hay que añadir diez millones de mujeres y niños que dependen de ellos, es un verdadero infierno! ¡Y encima nos viene diciendo que no murmuramos, que ya llegará el día! ¡El día de empeorar!

Irma guardó silencio durante un momento, mientras planchaba un puño primero por el derecho y luego por el revés, y de nuevo por el derecho para sacarle todas las

arrugas.

Hecho esto continuó diciendo:

—Heinz se refiere a otra cosa. Yo, por mi parte, tampoco le comprendo del todo, pero veo que en otro tiempo había perdido el valor y la confianza, y que ahora los ha recuperado. Una causa capaz de transformarlo hasta este extremo, me parece a mí que no puede ser mala.

El viejo calló, meneó la cabeza, contempló a su nuera con expresión astuta, arrugando un poco los párpados y dijo:

—Sí, vosotros dos estáis llenos de valor y de confianza; ya me he dado cuenta. Y por lo visto tenéis intención de cargar con un nuevo crío.

Irma no respondió. Plegó cuidadosamente la camisa planchada, pasó una vez más la plancha para quitar las últimas arrugas y hasta que se inclinó sobre el cesto de la ropa para coger otra camisa no respondió:

—En efecto, esa intención tenemos y me alegro.

—¿Te he molestado, Irmita? —preguntó el padre—. No lo he hecho con intención, ya sabes lo que te quiero...

Ella, en vez de contestar directamente, dijo:

—Heinz opina que hay que tener confianza. Tampoco él comprende todo lo de su partido, pero dice que hay que depositar confianza en él. Dice que no se les puede pedir que le expliquen los puntos que no se le alcanzan. Está ya harto de desconfianza y ahora quiere tener fe.

—El chico tiene suerte —suspiró Gustavo el férreo—, es aún joven y tiene la confianza fácil. ¡Ah, la juventud! Yo soy ya un viejo y no volveré a tener fe en nada.

Se dirigió hacia la puerta y añadió:

—Cuando llegue el momento, si te encuentras en algún apuro, recurrirás a mí, ¿eh, Irmita? Pero no vayas a explicarle a Heinz que tengo la intención de participar en su acto de confianza.

Era así. «No tiene nada de malo», se decía Irma. Incluso le agradaba verle sentado junto a ella en la cocina. Le gustaba su forma de expresarse; era ella lo suficientemente berlinesa para no tomar a mal sus bromas, sus continuas burlas. Él le preguntó si no se angustiaba cuando Heinz iba a las reuniones a cuidar del orden de la sala, a aquellas reuniones en las que los adversarios pasaban cada vez con más facilidad a los hechos, en las que a los argumentos se les oponían vasos de cerveza y a las refutaciones patas de silla arrojadas con toda furia.

Al ver que Irma sacudía lentamente la cabeza, sonriendo, él aprobó con un movimiento de cabeza:

—Me he reído de su uniforme, y ahora veo que para él es algo más que una simple distracción. Tú eres como la mujer de un soldado que tuviera el marido en la guerra. Pero no vayas a repetírselo. ¡Sería envanecerle demasiado! Después de todo, no es más que un chiquillo.

Además, le gustaba verle sentado en la cocina, porque para su gusto el anciano

pasaba demasiado tiempo recorriendo la ciudad en la busca de carreras. Con frecuencia Irma se quejaba de ello a Heinz:

—No sé por qué padre se afana de ese modo. No tiene ninguna necesidad. Del viaje a París sacó mucho dinero, y la enfermedad y el entierro de madre no fueron tan y tan caros. De seguro que debe de tener mucho dinero en la caja de ahorros y, sin embargo, no se concede el menor descanso.

—Deja a padre —respondía Heinz—. Estoy casi seguro que no lo hace por codicia. Echa de menos a madre y por ello tiene necesidad de agitación. Por las noches está siempre levantado, esperando, por poco ruido que procure yo hacer, y por tarde que sea, la hora en que regreso. Se sienta junto a mí en la cocina y asiste a mi cena. Yo le dejo tranquilo, y sería también lo mejor que podrías hacer tú...

En efecto, las noches de padre habían mejorado. Cuando el sueño le huía, abría la ventana y se quedaba echado en la cama sin moverse. La necesidad de movimiento no le inquietaba ya; dejaba vagar un poco sus pensamientos y prestaba oído al ruido de pasos en la calle. En cuanto reconocía los de Heinz, se ponía su capote azul de cochero por encima de la camisa de dormir, y cuando Bubi subía la escalera a tientas y con los zapatos en la mano, encontraba abierta la puerta de entrada y la cocina iluminada.

El uno en frente del otro se sentaban a la estrecha mesa. El hijo comía algún bocado, y bebía el té caliente, que sacaba del termo preparado para él, mientras el padre se quedaba ocioso con la barbilla apoyada en la mano, contemplándole atentamente, fijos en él sus grandes ojos. A veces estaban en silencio, pero generalmente hablaban en un murmullo para no despertar a los demás. Al padre todo le parecía bien, le era igual callarse que hablar, que explicar algo él solo. Lo esencial era llegar a pasar la noche, la interminable noche en la que se tenía siempre la impresión de haber recorrido inútilmente un camino largo, inacabable.

Cuando Bubi hablaba no parecía ya todo irremediablemente desesperado. Su fe permanecía intacta a pesar de que el nuevo Gobierno de Brüning hubiera llegado a fijar en cuatro millones el número de parados, cifra sin precedentes. Pero también era un hecho sin precedentes el que a la sazón 107 diputados de su partido tenían asiento en el Reichstag y el que hubiera un ministro nacionalsocialista, aunque fuera en el país de Turingia, pues tampoco lo había habido jamás hasta entonces.

—¡Ah, sí, los tiempos cambian! —opinaba Heinz.

Hasta entonces siempre que habían estado a punto de caer en la humillación o la miseria, las gentes se limitaban a decir: «No se le puede hacer nada; hemos perdido la guerra».

A la sazón iba aumentando el número de los que decían: «Es preciso actuar. En cuanto a saber si hemos sido nosotros los que hemos perdido la guerra, la cosa no es aún segura. Nuestros muertos no están excluidos del todo; también los muertos pueden vencer».

El padre observaba atentamente el rostro al lado de su hijo, y hacía de vez en

cuando un signo de aprobación, agitando la cabeza. Aunque generalmente callaba y murmuraba:

—¿Cómo queréis crear nada en un momento en que todo se ha venido abajo? La juventud está muy bien, pero es preciso también tener experiencia. Un aprendiz solo no sabría fabricar un armario, pues para ello hace falta la mano del maestro, a lo menos de un compañero.

—Pero, padre, ¿es que la gente que nos gobierna son maestros o tan siquiera compañeros? No hacen más que obturar con un emplasto el más terrible de los agujeros, Y entre tanto el edificio se resquebraja por diez sitios más.

El viejo sacudía la cabeza.

—No son ellos los responsables de todo, Heinz; no te olvides de la guerra.

—Y su trabajo de emplaste no es lo que más les preocupa —siguió diciendo Heinz, sin apearse de sus trece—. No hacen más que ponernos dificultades en el camino. Continuamente están poniendo interdicciones, restricciones, obstáculos y negativas. Son los autores de una memoria oficial, ni más ni menos: «La tentativa de alta traición de los N. S. D. A. P.». ¿Tengo yo cara de traidor?

Gustavo el férreo fijó en él sus ojos. Pensaba en el cuartito que ocupaba y del que dos años atrás arrojó a uno de sus hijos. No lo había logrado olvidar.

—No, tú no, Bubi —exclamó con una emoción desacostumbrada—. ¡Tú, jamás! No hay que ser demasiado intransigente con la gente.

Se levantó, salió de la cocina y se quedó largo rato melancólicamente sentado en la obscuridad hasta el momento de dar el pienso a su «Grasmus», hasta que la mañana apuntara y pudiera partir, con el coche durante todo el día, muy lejos, evadirse de su inquietud, de su inutilidad, de su escepticismo atormentador.

Las conversaciones entre padre e hijo no siempre se desarrollaban en una atmósfera tan pacífica: de vez en cuando discutían, y no a causa de las convicciones del hijo, que eran tan puras y desinteresadas que el padre no tenía por qué reprochárselas y jamás atacaba seriamente. Se limitaba a escucharlas. Nadie hubiera sido capaz de sacar en claro lo que de ellas retenía y hasta qué extremo le lograban convencer los argumentos expuestos por Heinz.

Lo que sí tenía era un prurito: estaba convencido de que por haber sido primer sargento, nadie entendía más que él en cuestiones militares. Por mucho que actualmente Heinz luciera un uniforme, para su padre seguía siendo un crío sin discernimiento.

El hijo volvía a casa a última hora de la tarde o por la noche. Habían presentado en el Reichstag una moción pidiendo la derogación del tratado de Versalles. El proyecto había sido rechazado, o mejor dicho, no había sido ni tan siquiera tomado en consideración. Fue estimado como una ridiculez y como una maniobra escandalosa para atraerse a los electores, diciendo que era como tratar de coger las estrellas. ¿Iban a renunciar los demás a ir apretando el garrote? ¿Quién les obligaría? ¿Su grandeza de alma? ¿Su dignidad?

—¡En todo caso, nosotros no, Heinz, no seas cerril! Nos harían polvo. ¡Si solo tenemos cien mil infelices! No; por una vez tus adversarios tienen razón, y vuestra moción es una fanfarronada.

—Pero no siempre nos quedaremos con los cien mil hombres de ahora. Se restablecerá el servicio militar...

El padre se echó a reír con tal violencia, que la mesa de la cocina retemblaba.

—¡Hechos polvo quedaríamos! ¡Desmenuzados como un picadillo! Mira que salirte con el servicio militar... me gustaría saber quién se encargaría de vuestra formación.

Se acaloraban y discutían, pero de todos modos padre e hijo se entendían demasiado bien para que sus discusiones pudieran degenerar en riñas. Se esforzaban en no alzar la voz por consideración a los durmientes. Acostumbrado a las violentas contradicciones de sus concentraciones, Heinz no abandonaba su sangre fría.

Pero hubo algo más. La conversación fue desviándose desde el ejército de cien mil hombres hacia la guerra mundial. Heinz, que en realidad no sabía nada de ella por sí mismo, invocaba a un cierto militar al que se refería con tanta frecuencia, que el padre acabó por preguntar con desprecio:

—¿Quién diablos es ese sujeto? ¿Qué sabe de guerra? ¿Ramin, dices que se llama? ¿Habrá ni tan siquiera olido la pólvora?

Naturalmente. Heinz empieza a hablar de ese señor von Ramin, que ha estado en la gran guerra casi desde su principio. Y si Gustavo Hackendahl ignora lo que representa la veneración juvenil, puede aprenderla en los ojos de su hijo.

El padre ve y oye. Por primera vez descubre el papel que una persona de edad puede representar junto a otra joven, el que puede representar un padre junto a su hijo. Él no ha sido capaz de desempeñarlo; ha creído que el mundo se desmoronaba, que había perdido toda clase de disciplina, el respeto, la moralidad. Ahora se da cuenta de que el mundo evoluciona. En el rostro de su hijo lee que la juventud sigue siendo capaz de obedecer con la condición de haber elegido libremente quien la mande; capaz de admirar, pero tan solo lo que ella juzga digno de admiración, capaz de dejarse guiar por el jefe que ha elegido.

Sentado a la mesa frente a él, el hijo habla y discute, pero sin levantar la cabeza. No le admira ni se somete ciegamente a su juicio. Y, sin embargo, es su padre.

Este sentimiento resulta mortificante para el viejo; se confunden en él los celos y el amor propio ultrajado y el orgullo decepcionado. Desde el fondo de su amargura exclama:

—¿Ramin? ¡Por lo visto es un gran tipo! ¡Tendrás que mostrármelo algún día, Bubi! Hablas de él como hablaría una jovencita de su primer novio.

Heinz enrojeció, y como justamente su padre acaba de herir en él una admiración que disimulaba con temor, dice de modo retador:

—¡Sí, es un gran tipo! Es valiente y fiel. Y agradecido. No olvida que Otto le acarreó bajo la metralleta francesa, aunque no suele hablar de ello.

—¿Otto? —repite el padre, que al oír ese nombre se siente interesado—. ¿Qué puede tener que ver con Otto?

—¡Mucho! —responde Heinz, vivamente—. Se encontraron en el frente del Oeste. Otto le llevó bajo la metralla enemiga y quizá le salvó la vida. Y el señor von Ramin hizo que Otto se decidiera a pedir un permiso y a casarse con Gertrud...

Tiene en este momento un sobresalto y observa con temor a su padre. ¡Demasiado tarde! Acaba de revelar el secreto que quería callar, llevado de su celo por defender a su amigo.

Y padre lo ha comprendido al instante.

—¡Mira! —dice lentamente Hackendahl, haciendo un esfuerzo como si acabara de recibir un golpe en pleno pecho—. ¡Mira! ¿De modo que tu señor von Ramin es un tipo de esos capaces de...?

—Lo siento, padre... —le atajó Heinz, molesto—. Hubiera hecho mejor en no hablarte de ello. Sin embargo, Ramin tuvo razón al convencer a Otto. Era una cobardía lo que estaba haciendo, y fue una suerte que gracias a Ramin se saliera de ella...

—¡Mira! —vuelve a decir el viejo, que no le ha escuchado—. De modo que es un tipo capaz de poner a mal a los hijos contra sus padres, y tú te echarías al fuego por él. Y por una persona de esa calaña le plantas cara a tu padre...

—¡Vamos, padre! Yo no te he plantado cara; por llevarte una vez tan solo la contraria. ¡Tendrías que ver a Ramin, padre!

—No quiero ver a tu elegante aristócrata mete líos. Aunque fuera de lo mejor, yo encontraría que no vale nada. Un hombre que azuza primero a un hijo y luego al otro contra su propio padre no puede ser nada bueno. Ha de ser de lo peor, Bubi.

—¡Estás deformando la verdad, padre! Pretendes que Ramin nos haya acuciado con toda la mala intención a Otto y a mí a disgustarte, y no es nada cierto. Yo jamás te he causado, voluntariamente, ningún disgusto, y Otto se vio forzado a hacerlo, pues tanto con Ramin como sin él no hubiera podido comportarse de otro modo, a menos de ser un cobarde.

—¿Ves?, tú mismo lo dices.

—Va no digo nada. Yo digo que no hay que hacer responsable a Ramin. Y que tampoco hay que culpar al partido. No estamos en contra de los viejos, pero si no queréis uniros a nosotros, nos vemos obligados a prescindir de vosotros. No podemos detenernos por vuestra causa, si no el mundo no progresaría jamás. Acabaráis por seguirnos; tu también, padre, ya verás.

—Me imagino muy bien la situación, Heinz. Ese tipo te ha embabiecado. Como es noble, antiguo oficial y Otto le ha salvado la vida, si se le ocurre pedírtelo, te apartarás de tu padre...

—¡Yo no me aparto de ti, padre!

—¡Sin embargo, acabas de confesarlo! ¡Has dicho que vosotros continuaréis vuestro camino y que yo debo seguirlos! ¡Lo has dicho y no puedes negarlo, pero yo

no me adheriré a una teoría como esa! ¡Es demasiado poco para mí! Y si hasta este momento he escuchado pacientemente todo cuanto me contabas, ahora se ha terminado, Bubi. No hablemos ya más de ello... ¡Vaya partido ese! ¡Poner a mal a los unos con los otros, a los padres con sus hijos!

Se levantó y añadió:

—Buenas noches, Bubi.

—Pero, padre...

—He dicho buenas noches, Bubi.

—No, padre; el partido...

—No quiero oír hablar más de tu partido, ya te lo previne. Buenas noches, Bubi.

—Buenas noches, padre.

Una noche de mayo. Sopla un aire tibio que llega incluso a la Werxstrasse. Es primavera. El viejo Hackendahl está tendido, despierto, en su lecho. No por el calor ni la primavera tiene la ventana abierta. Igual que durante varias noches anteriores, está esperando oír los pasos que le anuncian el retorno de su hijo.

Hasta hace un momento siguió reinando en la Werxstrasse un gran bullicio; se oía un confuso griterío. A la sazón todo está sumido en el silencio. Es ya más de la una de la madrugada. Seguramente es que se han cansado de esperar... Eso suponiendo que estuvieran al acecho... No hay que temer siempre lo peor.

Hackendahl se levanta y mira durante largo rato a la calle desierta. El aire es muy suave y, sin embargo, fresco. Recuerda esta misma época cuatro años atrás, cuando, camino de París, atravesaba los países renanos y el aire tenía la misma frescura tibia. ¡Ah, qué estupendo era! Hace una profunda inspiración y se vuelve a acostar en el lecho. Puede hacerlo tranquilamente; la cama está vacía. Hace unos instantes le había parecido oír unos cuchicheos en el portal de la casa; pero debió de equivocarse, o tal vez fuera una pareja de novios. Ahora todo está en calma. Por esta noche todo irá bien, una vez más.

Viejo corazón paternal lleno de agravios contra su hijo querido. Celoso de otro hombre; de un nuevo ideal. Pero irreductible, como siempre.

Además, ¿a qué va a resolverse? Puede merodear, encolerizarse, obstinarse, pero no dejar de lado el amor y la esperanza. Otto ha caído. Erich y Eva se fueron. No hay ya nada a esperar por parte de ellos. Son demasiado parecidos a su madre. Demasiado débiles para una época ruda. Tal vez hubieran atravesado sin dificultad el tiempo de anteguerra, el tiempo de vida fácil, pero la dureza de la guerra y lo despiadado de la postguerra los ha deshecho.

¿Sofía? Verdad es que Sofía ha llegado a ser algo, pero tampoco algo de lo que uno puede envanecerse. Un alma mezquina que ha sabido ir capitalizando su mediocridad. «No me interesa para nada», piensa el viejo, con desdén.

Heinz sí que es alguien. Ha estado dos veces en peligro y siempre se ha librado de él por sí solo. No hay que temer ni el que le silben ni lo pisoteen hasta no formar en el suelo más que un montón de barro. Como legítimo hijo de su padre, las contrariedades, en vez de reblandecerlo, le templan.

No, su corazón no se ha encallecido, y allí, en su prisión corporal, no ha envejecido. El padre está enfadado con su hijo a causa del señor von Ramin, pero vela esperando a escondidas su vuelta. No se sienta junto a él en la mesa de la cocina para hablar un rato, pero el corazón no cesa de decirle que hace mal. Un anciano no tiene muchos seres a los que acudir, y necesita conservar, los pocos afectos que le quedan. No es que obedezca a cálculo alguno. Es que se parece a las nubes que se apelotonan, tejen un velo y de pronto aparece la claridad. Cuando ocurre esto último,

piensa en madre, en Otto, en Irma o en Heinz, y le invade una oleada de sentimientos diversos. El más remoto pasado, el ayer, el hoy, se confunden en él. De pronto, después de cuarenta años, de cuarenta y cinco años, se ve en el establo pisoteando la rueda hidráulica del pequeño Otto, y ve el rostro encolerizado y ahogado por las lágrimas del niño. Vuelve a ver aquel rostro y su propio pie entre los restos del molino, y vuelven a surgir las nubes, quedando todo sombrío, gris y encapotado. Sin embargo, Heinz...

Vuelve a surgir la claridad, y esta vez es por efecto del presente. Ha oído pasos en la calle. ¿Será su hijo que vuelve? Mientras se va poniendo el capote de cochero sobre la camisa de dormir distingue los pasos de dos personas. Esta noche su hijo viene acompañado.

—Está bien combinado —piensa el viejo Hackendahl, atisbando por detrás de la cortina—. Se acompañan una vez uno y otra vez otro. Eso es camaradería. Se aparejan el peligro y la seguridad. Ve acercarse a dos nombres con uniforme pardo; de pronto desaparecen debajo de su ventana y los pierde de vista, pero sigue oyendo sus voces, y para escuchar su conversación abre los postigos y se acoda en el reborde. No encuentra nada de malo en ello. ¿Por qué no va a escuchar lo que su hijo le explica a un camarada? Es su padre, ¿no es así?

Hubiera hecho mejor no escuchando, pues oye una voz clara que pregunta:

—¿Y el viejo tirano? ¿Sigue tan obstinado?

Su hijo contesta:

—Padre no cede tan fácilmente, Ramin.

Ramin, Ramin. A Hackendahl le sube la sangre a la cabeza. Viejo tirano, obstinado... Esas son las palabras que usa para hablar de él el sobornador de su hijo. ¿Y Heinz le escucha sin protestar? Gustavo el férreo se abalanza hacia la calle hasta medio cuerpo; no quiere por nada del mundo perder ni una sola palabra de aquella conversación sediciosa.

La voz impertinente y desenvuelta continúa:

—¿No quieres que le hable, Heinz? Después de todo, en otro tiempo fue primer sargento y tal vez no necesite más que un buen rapapolvo.

—Déjate, Ramin. No se puede obligar a nada a un anciano.

Ramin responde:

—Sí se puede. Hay que obligar a todo el mundo. El que no quiera doblegarse al bien por propio impulso, debe hacérsele claudicar por la coacción. No podemos esperar que condesciendan todos a convertirse...

Y de nuevo dice el hijo:

—Tal vez tengas razón, Ramin...

El padre esta fuera de sí. Desde su invisible puesto de escucha ruge con su antigua voz de cólera:

—¡Vaya disciplina! ¿Se puede llamar teniente al que incita a sus hombres a la desobediencia? ¡Ese es un sinvergüenza! ¡Apártese de mi vista! Y a ti, Heinz, te dejo

elegir: o él o yo...

La voz tonante venida del cielo ha hecho retroceder del portal a los dos hombres que de pie en la calzada levantan la vista hacia donde está el viejo. Heinz exclama:

—¡Vamos, padre!

—¡Rayos y truenos, señor Hackendahl!

Pero para soltar rayos y truenos está mejor colocado el padre, que les domina desde su altura. Le grita a Heinz:

—O rompes con este individuo o ya te estás largando de mi casa...

—¡Padre!

—¡O él o yo! ¡Hay que ventilar la cuestión al momento!

—Es que, padre, yo no puedo...

—¡Señor Hackendahl!, escuche usted...

—¡Él o yo! ¡Inmediatamente!

—Padre, yo...

—¿Es, pues, que no?

—Padre, es imposible... Hablemos con calma...

—¡Entonces es que no! Está bien. No pondrás ya más los pies en mi casa, o si no...

Pero ni el hijo ni el señor von Ramin están para escucharle. Miran hacia el portal de la casa y mientras observan inmóviles y desconfiados, también el padre presiente desde su altura que va a pasar algo, y calla.

En efecto, pasa algo: ocho individuos se lanzan a la calle. Escondidos tras el portal esperaban a Heinz para cogerle por sorpresa. Los gritos que salían de la ventana y de en medio de la calzada les desconcertaron, Creyéndose descubiertos, se lanzan sobre los dos compañeros. Sobre el sinvergüenza y el hijo repudiado...

El anciano ultrajado lo comprende todo: los dos seres a quienes hace un momento odiaba son víctimas de una emboscada. Viéndoles luchar dos contra ocho, en silencio y tensos, su cólera y sus celos se disipan. Se ve poseído de un solo sentimiento: es uno de ellos, son de la misma disposición de ánimo, su causa es la suya. Todo lo demás ha dejado de existir.

La algarada entre los combatientes va creciendo. De vez en vez, cuando algún golpe particularmente duro alcanza su destino, se oye subir un largo gemido que pronto queda ahogado. Gustavo quisiera gritar «socorro», pero en toda su vida no ha tenido que pedirlo. Quisiera correr abajo, pero llegaría demasiado tarde. Preso de una furia impotente tira de los cordones de las cortinas que se le quedan entre las manos, golpea contra los cristales, que se rompen y caen a la calle con estrépito.

Pero no sirve de nada. Allá abajo los suyos están combatiendo desesperadamente contra un número de adversarios demasiado crecido.

Gustavo se separa de la ventana. Se separa de la visión de su hijo luchando, a punto de caer a cada instante. Sale corriendo de la habitación, y descuelga, al pasar, la larga espada colgada en la pared, con tal violencia, que caen los ganchos que la

sostenían y se resquebraja la cal que recubre el muro. Mientras va bajando la escalera de cuatro en cuatro peldaños, desenvaina el arma, pensando: «¡Qué suerte que aun durante los peores períodos no haya dejado de engrasarla!...».

Y he aquí que acude, blandiendo la espada deslumbrante, el arma de otro tiempo conservada incólume, en socorro de los desarmados de hoy en día...

—¡Perros! ¡Cobardes! ¡Asesinos!

—A mí, no —grita Heinz—. ¡Ayuda a Ramin, padre que yo ya me saldré!

El viejo no duda un momento: en vez de proteger a Heinz se lanza en socorro del «sobornador de su hijo», de su enemigo. Con la hoja de su sable golpea a los adversarios.

De todas formas la lucha es corta, pues su intervención belicosa hace huir a los adversarios. Son unos cobardes que se fugan sin volver la cabeza. Al ver aquel sable desenvainado se sienten desazonados. El arma que ellos emplean es la barra de plomo, que se oculta en el puño, o a lo sumo el revólver. Armas que pueden disimularse. Armas clandestinas.

Se dan a la fuga, y Gustavo el férreo, furioso y olvidándolo todo, les persigue a través de la calle sumida en la obscuridad. Les persigue hasta que Heinz y su amigo, dándole alcance, le contienen.

—¡Detente, padre! No vas a pretender correr tan aprisa como ellos...

Se contemplan. Sus rostros excitados están enrojecidos por la lucha. Hay un silencio. Por fin el señor von Ramin, dice:

—Nos ha socorrido usted en la adversidad, señor Hackendahl.

Y el anciano, que de pronto ha recobrado su disposición recalcitrante, dice:

—¡Bah! Habrían acabado también por salirse sin mi ayuda.

—Pero aun nos ha ido mejor con ella —dice von Ramin, ofreciéndole la mano.

Él duda un instante y mira a su hijo. Este hace con la cabeza un signo de asentimiento. Entonces Gustavo el férreo coge la mano que se le ofrece, Y estrechándola, dice:

—Sea. Estoy con vosotros.



HANS FALLADA, seudónimo de Rudolf Ditzen (Greifswald, 1893 – Berlín, 1947). Se trasladó de niño a Berlín y más tarde a Leipzig por el trabajo de su padre. Un accidente marcaría su vida por sus secuelas dolorosas, que le llevaron a la droga. Se graduó en Agricultura y trabajó entre 1915 y 1925 de tesorero, inspector y contable, y entre 1928 y 1931 de mecanógrafo y empleado en una editorial. Escribió su primera novela, *El joven Goedeschal*, en 1920. Entre sus obras destacan *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?* (1932), llevada al cine por Frank Borzage, *Lobo entre lobos* (1937) y *Solo en Berlín* (1947), que ha sido recuperada recientemente con gran éxito en todo el mundo. Está considerado uno de los autores más destacados de las letras alemanas de los últimos tiempos. Su obra mereció los elogios de Thomas Mann, Hermann Hesse o Graham Greene.

La vida de Hans Fallada estuvo llena de episodios polémicos. Adicto al alcohol y las drogas, fue encarcelado por falsificación y entró en diversas ocasiones en instituciones psiquiátricas. En 1944, Fallada fue recluido en un psiquiátrico cercano a Berlín tras una fuerte discusión con su esposa en la que disparó un arma de fuego, según el autor, de forma accidental. Allí escribió *El bebedor* y *En mi país desconocido. Diario de la cárcel*, 1944.

Considerado autor no deseado por el nazismo, cayó en desgracia con la subida de Hitler al poder. *Solo en Berlín* fue la última novela que escribió, en 1947, antes de poner fin a su vida con una sobredosis de morfina.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible, a base del nombre del sujeto, que significa también la acción de cuadrarse militarmente. <<

[2] Relaciona Grundeis con «eiserne», férreo en alemán. <<